

TOMI ADEYEMI

HIJOS
DE
SANGRE
Y
HUESO

RBA



D.J.57

Título original: *Children of Blood and Bone*

© Tomi Adeyemi, 2018.

© de la traducción: Ana Mata Buil, 2018.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO228

ISBN: 9788427214279

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

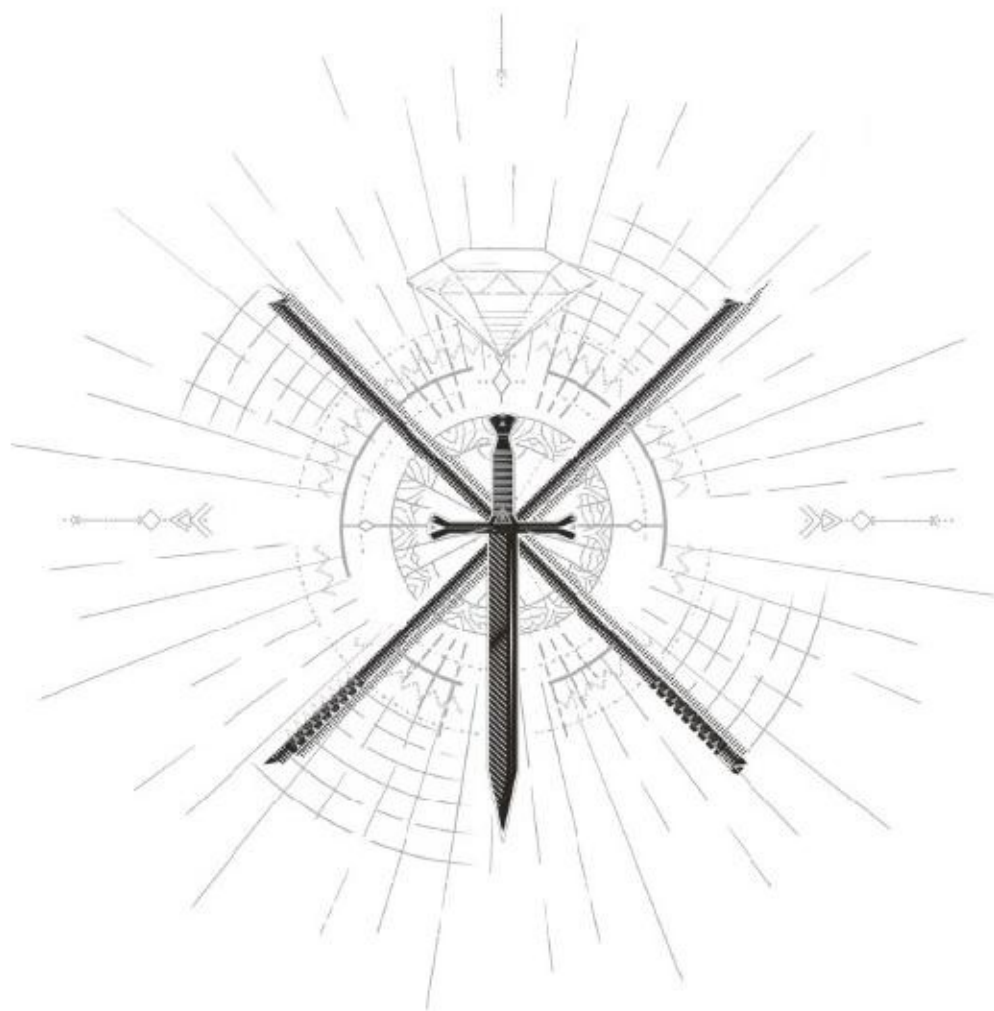
Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

CLANES DE LOS MAJI
CAPÍTULO UNO. ZELIE.
CAPÍTULO DOS. ZELIE
CAPÍTULO TRES. AMARI
CAPÍTULO CUATRO. ZELIE
CAPÍTULO CINCO. ZELIE
CAPÍTULO SEIS. INAN
CAPÍTULO SIETE. ZELIE
CAPÍTULO OCHO. INAN
CAPÍTULO NUEVE. ZELIE
CAPÍTULO DIEZ. ZELIE
CAPÍTULO ONCE. INAN
CAPÍTULO DOCE. ZELIE
CAPÍTULO TRECE. ZELIE
CAPÍTULO CATORCE. INAN
CAPÍTULO QUINCE. AMARI
CAPÍTULO DIECISÉIS. INAN
CAPÍTULO DIECISIETE. AMARI
CAPÍTULO DIECIOCHO. ZELIE
CAPÍTULO DIECINUEVE. INAN
CAPÍTULO VEINTE. ZELIE
CAPÍTULO VEINTIUNO. INAN
CAPÍTULO VEINTIDÓS. AMARI
CAPÍTULO VEINTITRÉS. ZELIE
CAPÍTULO VEINTICUATRO. INAN
CAPÍTULO VEINTICINCO. ZELIE
CAPÍTULO VEINTISÉIS. INAN
CAPÍTULO VEINTISIETE. AMARI
CAPÍTULO VEINTIOCHO. AMARI
CAPÍTULO VEINTINUEVE. ZELIE
CAPÍTULO TREINTA. AMARI
CAPÍTULO TREINTA Y UNO. ZELIE
CAPÍTULO TREINTA Y DOS. AMARI
CAPÍTULO TREINTA Y TRES. ZELIE

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO. AMARI
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO. INAN
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS. ZELIE
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE. AMARI
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO. ZELIE
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE. INAN
CAPÍTULO CUARENTA. ZELIE
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO. INAN
CAPÍTULO CUARENTA Y DOS. AMARI
CAPÍTULO CUARENTA Y TRES. INAN
CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO. ZELIE
CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO. INAN
CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS. AMARI
CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE. INAN
CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO. ZELIE
CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE. AMARI
CAPÍTULO CINCUENTA. INAN
CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO. ZELIE
CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS. AMARI
CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES. ZELIE
CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO. INAN
CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO. ZELIE
CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS. ZELIE
CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE. AMARI
CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO. INAN
CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE. ZELIE
CAPÍTULO SESENTA. AMARI
CAPÍTULO SESENTA Y UNO. ZELIE
CAPÍTULO SESENTA Y DOS. AMARI
CAPÍTULO SESENTA Y TRES. ZELIE
CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO. INAN
CAPÍTULO SESENTA Y CINCO. AMARI
CAPÍTULO SESENTA Y SEIS. INAN
CAPÍTULO SESENTA Y SIETE. INAN
CAPÍTULO SESENTA Y OCHO. AMARI
CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE. INAN
CAPÍTULO SETENTA. ZELIE

CAPÍTULO SETENTA Y UNO. ZELIE
CAPÍTULO SETENTA Y DOS. ZELIE
CAPÍTULO SETENTA Y TRES. ZELIE
CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO. INAN
CAPÍTULO SETENTA Y CINCO. ZELIE
CAPÍTULO SETENTA Y SEIS. AMARI
CAPÍTULO SETENTA Y SIETE. ZELIE
CAPÍTULO SETENTA Y OCHO. ZELIE
CAPÍTULO SETENTA Y NUEVE. ZELIE
CAPÍTULO OCHENTA. ZELIE
CAPÍTULO OCHENTA Y UNO. INAN
CAPÍTULO OCHENTA Y DOS. AMARI
CAPÍTULO OCHENTA Y TRES. AMARI
CAPÍTULO OCHENTA Y CUATRO. ZELIE
CAPÍTULO OCHENTA Y CINCO. ZELIE
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS
NOTAS



RBA MOLINO

TOMI ADEYEMI



HIJOS
DE
SANGRE
Y
HUESO

Traducción de Ana Mata Buil

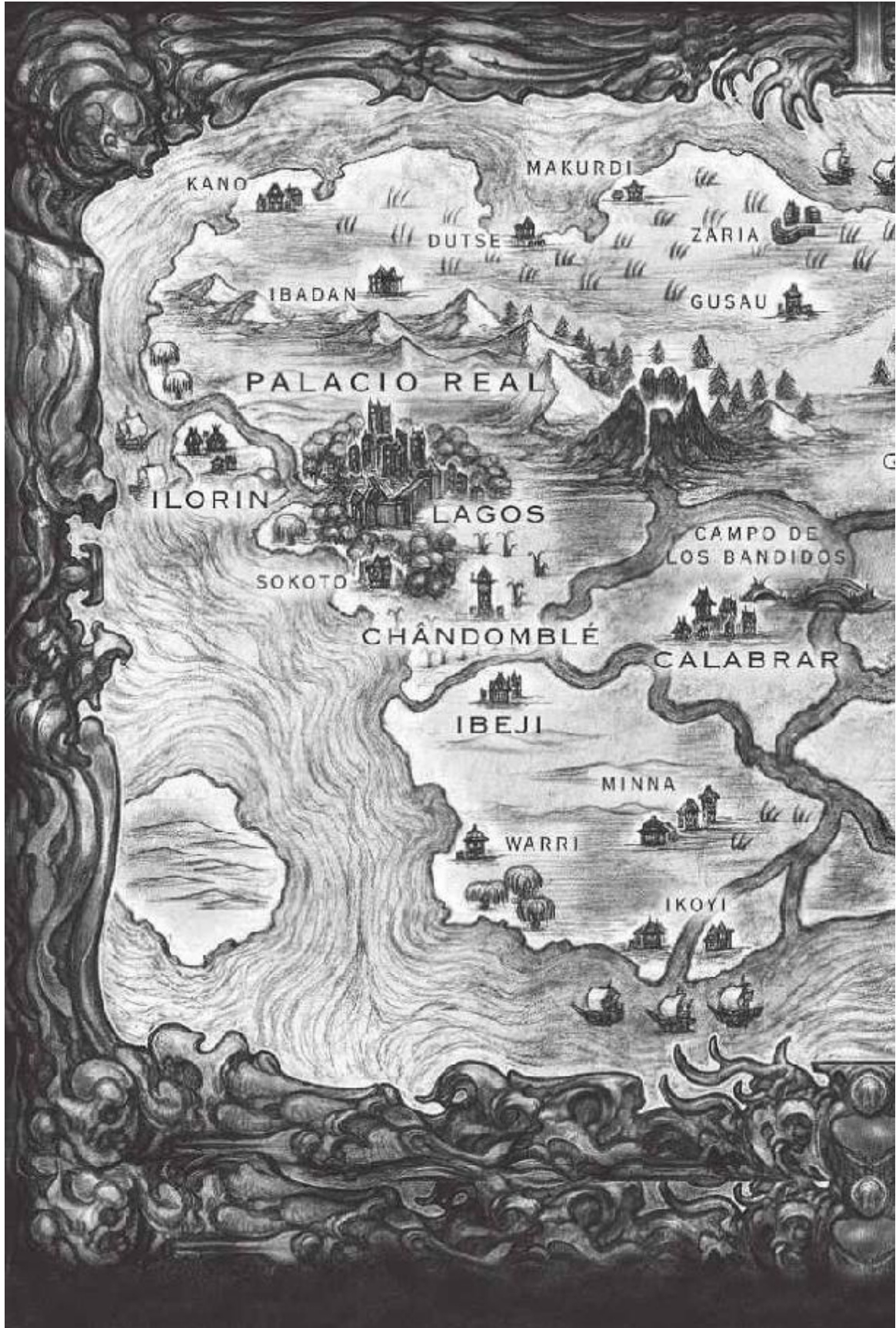
RBA



*Para mamá y papá,
que lo sacrificaron todo para darme
esta oportunidad.*

Y

*Para Jackson, quien creyó en mí
y en esta historia antes de que lo hiciera yo.*



KANO

MAKURDI

DUTSE

ZARIA

IBADAN

GUSAU

PALACIO REAL

ILORIN

LAGOS

CAMPO DE LOS BANDIDOS

SOKOTO

CHÂNDOMBLÉ

CALABRAR

IBEJI

MINNA

WARRI

IKOYI



TEMPLO SAGRADO

JIMETA

GOMBE

ORON

LOKOJA

KADUNA

BENIN CITY

ORISHA

CLANES DE LOS MAJI

CLAN IKÚ: *MAJI* DE LA VIDA Y LA MUERTE
TÍTULO DE LOS *MAJI*: PARCAS
DEIDAD: OYA

CLAN ÈMÍ: *MAJI* DE LA MENTE, EL ESPÍRITU Y LOS SUEÑOS
TÍTULO DE LOS *MAJI*: MEDIADORES
DEIDAD: ORÍ

CLAN OMI: *MAJI* DEL AGUA
TÍTULO DE LOS *MAJI*: AMOS DE LAS MARCAS
DEIDAD: YEMOJA

CLAN INÁ: *MAJI* DEL FUEGO
TÍTULO DE LOS *MAJI*: ABRASADORES
DEIDAD: SÀNGÓ

CLAN AFÉFÉ: *MAJI* DEL AIRE
TÍTULO DE LOS *MAJI*: AMOS DEL VIENTO
DEIDAD: AYAO

CLAN AIYE: *MAJI* DEL HIERRO Y LA TIERRA

TÍTULO DE LOS *MAJI*: SOLDADORES Y TERREROS
DEIDAD: ÒGÚN

CLAN ÌMỌLÉ:: *MAJI* DE LA OSCURIDAD Y LA LUZ

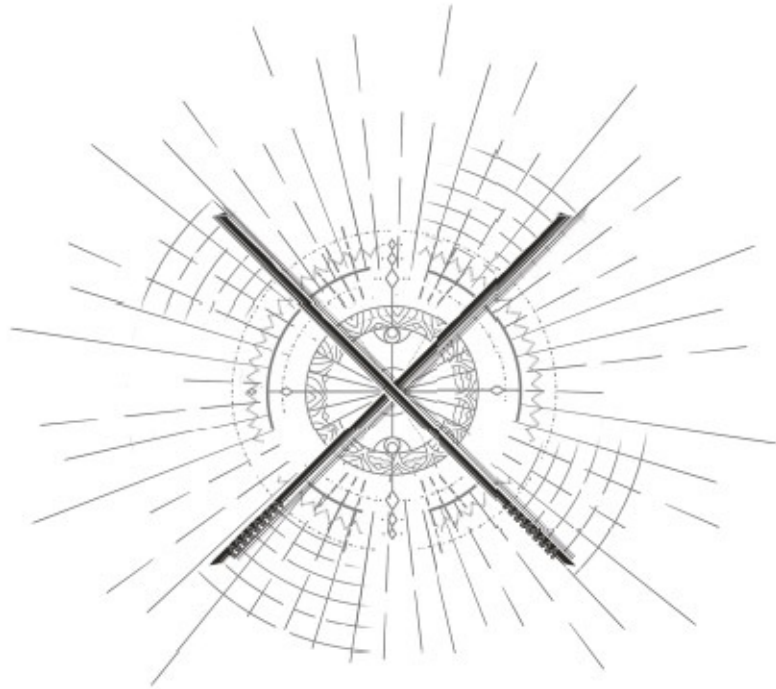
TÍTULO DE LOS *MAJI*: HACEDORES DE LUZ
DEIDAD: OCHUMARE

CLAN ÌWÒSÀN: *MAJI* DE LA SALUD Y LA ENFERMEDAD

TÍTULO DE LOS *MAJI*: SANADORES Y CÁNCERES
DEIDAD: BABALÚAYÉ

CLAN ARÍRAN: *MAJI* DEL TIEMPO
TÍTULO DE LOS *MAJI*: VIDENTES
DEIDAD: ORÚNMILA

CLAN ẸRANKO: *MAJI* DE LOS ANIMALES
TÍTULO DE LOS *MAJI*: DOMADORES
DEIDAD: OXOSI





*Intento no pensar en ella.
Pero cuando lo hago, pienso en arroz.
Cuando Mama estaba aquí, la cabaña siempre olía
a arroz jollof.
Pienso en cómo brillaba su piel oscura, igual que el sol de
verano, en cómo su sonrisa devolvía la vida a Baba. Pienso en
cómo se le crespaba y rizaba el pelo blanco, una corona indomable
que respiraba y crecía fuerte.
Oigo las leyendas que me contaba por las noches.
La risa de Tzain cuando jugaban al agbön en el parque.
Los gritos de Baba cuando los soldados le pusieron una
cadena en el cuello. Los alaridos de Mama cuando se la
llevaron a rastras en la oscuridad.
Los encantamientos que salieron a borbotones de su boca,
igual que la lava. La magia de la muerte que la llevó por
el mal camino.
Pienso en cómo colgaba su cuerpo de aquel árbol.
Pienso en el rey que se la llevó.*



CAPÍTULO UNO



ZÉLIE

«Elígeme».

Tengo que contenerme para no gritar. Clavo las uñas en la madera de roble marula de mi palo y aprieto los dedos para evitar moverlos con nerviosismo. Unas gotas de sudor me resbalan por la espalda, pero soy incapaz de decir si es por el calor que ha llegado con el amanecer o porque el corazón me late desbocado en el pecho. Luna tras luna no me ha elegido.

Hoy no puede ocurrir lo mismo.

Me sujeto un mechón de pelo blanco como la nieve por detrás de la oreja y hago lo que puedo para estar quieta. Como siempre, Mama Agba hace que la selección sea agotadora, va mirando una por una a todas las chicas durante tanto rato que nos entra vergüenza.

Junta las cejas con concentración y se pronuncian aún más las arrugas de su cabeza afeitada. Con la piel marrón oscura y el kaftán de tonos apagados, Mama Agba se parece a cualquier anciana de la aldea. Nadie adivinaría que una mujer de su edad pudiera ser tan letal.

—Ejem.

Yemi carraspea al frente de la *ahéré*, un recordatorio nada sutil de que ella ya ha pasado esta prueba. Nos sonrío con petulancia mientras hace girar su palo tallado a mano, ansiosa por saber a cuál de nosotras podrá vencer en el combate de graduación. Casi todas las chicas se acobardan ante la posibilidad de enfrentarse a Yemi, pero hoy yo me muero de ganas de hacerlo. He practicado mucho y estoy preparada.

Sé que puedo ganar.

—Zélie.

La voz curtida de Mama Agba rompe el silencio. Una exhalación colectiva sale como un eco de las otras quince chicas a las que no ha elegido. El nombre rebota por las paredes de junco trenzado de la *ahéré* hasta que caigo en la cuenta de que Mama Agba me ha llamado a mí.

—¿De verdad?

Mama Agba chasquea los labios.

—Puedo elegir a otra...

—¡No! —Me pongo de pie de un brinco y hago una rápida reverencia—. Gracias, Mama. Estoy lista.

El mar de rostros oscuros se parte en dos mientras avanzo entre la multitud. A cada paso, me concentro en el modo en que mis pies descalzos se arrastran sobre los juncos del suelo de Mama Agba, compruebo la fricción que me hará falta para ganar este combate y graduarme por fin.

Cuando llego a la estera negra que marca la zona de combate, Yemi es la primera en hacer una reverencia. Espera sin moverse de posición a que yo haga lo mismo, pero su mirada solo sirve para avivar el fuego de mi corazón. No hay respeto en su postura, no expresa la promesa de un combate limpio. Piensa que, como soy una *divîner*, soy inferior a ella.

Cree que voy a perder.

—La reverencia, Zélie.

Aunque la advertencia está clara en la voz de Mama Agba, soy incapaz de moverme. A tan escasa distancia de Yemi, lo único que veo es su atractivo pelo negro, su piel de color marrón coco, mucho más clara que la mía. Su piel tiene el marrón suave de los orïshanos que nunca han pasado un día trabajando de sol a sol. Lleva una vida privilegiada gracias al dinero sucio de un padre al que nunca ha conocido. Algún noble que compró el silencio de Yemi, cuando desterró a su hija bastarda a nuestra aldea para evitar la vergüenza.

Echo atrás los hombros y saco pecho, estiro el cuerpo, aunque sé que tengo que inclinarme. Las facciones de Yemi destacan entre la multitud de *divîners* con el pelo blanco como la nieve. Unas *divîners* que se han visto forzadas a hacer reverencias una y otra vez ante quienes tienen el mismo aspecto que ella.

—Zélie, no me obligues a repetírtelo.

—Pero Mama...

—¡Haz una reverencia o sal de ahí! Nos estás haciendo perder el tiempo a todas.

Al ver que no me queda otra opción, aprieto la mandíbula y me inclino para hacer una reverencia, que provoca que la prepotente sonrisa de Yemi aflore aún más.

—¿Tanto te costaba? —Yemi hace otra reverencia para mantener las formas—. Si vas a perder, hazlo con orgullo.

Unas risitas ahogadas se oyen entre las chicas, pero una tajante sacudida de la mano de Mama Agba las silencia al instante. Las aniquilo con la mirada antes de concentrarme en mi oponente.

«Veremos quién se ríe cuando gane yo».

—Tomad posiciones.

Nos retiramos para colocarnos en los extremos de la zona de combate y levantamos los palos del suelo con un golpe seco. La sonrisa de Yemi desaparece mientras entrecierra los ojos y emerge su instinto asesino.

Nos miramos fijamente, esperando la señal del inicio del combate. Tengo miedo de que Mama Agba prolongue esta tortura para siempre cuando por fin grita:

—¡Comenzad!

Y al instante me pongo a la defensiva.

Antes de que pueda pensar siquiera en golpearla, Yemi blande el palo con la rapidez de un guepardario. El palo gira por encima de su cabeza un segundo, y al segundo siguiente lo noto pegado al cuello. Aunque las chicas que tengo detrás suspiran, yo no me inmuto.

Puede que Yemi sea rápida, pero yo lo soy aún más.

Cuando me acerca el palo, arqueo la espalda todo lo que puedo y esquivo el ataque. Todavía estoy agachada cuando Yemi ataca de nuevo, y esta vez intenta golpearme con la fuerza que tendría una chica el doble de corpulenta que ella.

Me tiro de lado y ruedo por la estera justo a tiempo, de modo que su palo impacta contra las tiras de junco. Yemi retrocede para tomar impulso de nuevo mientras yo procuro reincorporarme como sea.

—Zélie —advierte Mama Agba, pero no necesito su ayuda.

Con un movimiento fluido, me pongo de pie y blando el palo hacia arriba para interceptar el siguiente golpe de Yemi.

Nuestros palos chocan con un crujido audible. Las paredes de la cabaña de juncos tiemblan. Mi arma todavía reverbera después del golpe cuando Yemi gira para golpearme en las rodillas.

Lanzo una pierna hacia delante, balanceo los brazos para coger impulso y doy una voltereta lateral en el aire. Mientras salto por encima de su palo extendido, veo la primera brecha: mi oportunidad de pasar a la ofensiva.

—¡Ja! —exclamo, casi con un gruñido, y utilizo el impulso de la voltereta aérea para aterrizar dándole una estocada. «Vamos...».

El palo de Yemi impacta contra el mío y mi contrincante detiene el ataque antes siquiera de que haya comenzado.

—Paciencia, Zélie —indica Mama Agba—. No es tu hora de atacar. Observa. Reacciona. Espera a que tu oponente golpee.

Reprimo un gruñido, pero asiento con la cabeza, y me aparto con el palo.

«Tendrás tu oportunidad», me repito. «Solo espera tu tur...».

—Eso es, Zél. —Yemi habla casi en un susurro, tan bajo que solo yo puedo oírla—. Escucha a Mama Agba. Sé una larva obediente.

Y ahí está.

Esa palabra.

Ese insulto miserable y degradante.

Susurrado con desprecio. Envuelto en esa sonrisita arrogante.

Antes de poder contenerme, lanzo el palo hacia delante, y queda a un pelo del estómago de Yemi. Después tendré que soportar uno de los infames azotes de Mama Agba por esto, pero el miedo en los ojos de Yemi hace que valga la pena con creces.

—¡Eh!

Aunque Yemi se vuelve hacia Mama Agba para que intervenga, no tiene tiempo para quejarse. Hago girar el palo con tal rapidez que sus ojos se abren como platos antes de que le lance otro ataque.

—¡El ejercicio no es así! —chilla Yemi, mientras salta para evitar el golpe en las rodillas que quiero propinarle—. Mama...

—¿Es que tiene que sacarte ella las castañas del fuego? —pregunto entre risas—. Vamos, Yemi. Si vas a perder, ¡hazlo con orgullo!

La rabia destella en la mirada de Yemi como si fuera una leonaria con cuernos de toro lista para embestir. Agarra con fuerza el palo, dispuesta para la venganza.

Ahora es cuando empieza el combate de verdad.

Las paredes de la *ahéré* de Mama Agba zumban mientras nuestros palos chocan una y otra vez. Devolvemos golpe por golpe mientras ambas buscamos el fallo de la otra, una oportunidad de atestar la estocada definitiva. Veo una posibilidad cuando...

—¡Aaaaah!

Doy un traspiés y me ovillo hacia delante, tambaleándome mientras las náuseas me suben por la garganta. Por un momento temo que me haya roto las costillas, pero el dolor en el abdomen acalla ese miedo.

—Alto...

—¡No! —interrumpo a Mama Agba con voz áspera. Obligo al aire a entrar en mis pulmones y me ayudo del palo para incorporarme—. Estoy bien.

No he terminado todavía.

—Zélie... —empieza a decir Mama Agba, pero Yemi no espera a que termine.

Se abalanza sobre mí ardiendo de furia y deja el palo a apenas un dedo de mi cabeza. Cuando se inclina hacia atrás para atacar, doy un brinco y me aparto de

su alcance. Antes de que ella pueda girar, la rodeo y la azoto con el palo en el esternón.

—¡Ah! —gime Yemi.

Su rostro se contorsiona por el dolor y el sobresalto mientras se encoge y retrocede tambaleándose lejos de mí. Nadie la había golpeado en uno de los combates de Mama Agba. No sabe lo que se siente.

Sin darle tiempo a recuperarse, giro y le clavo el palo en el estómago. Estoy a punto de propinarle la ansiada estocada definitiva cuando las cortinas rojizas que cubren la entrada de la *ahéré* se abren de par en par.

Bisi cruza corriendo el umbral de la puerta, con la melena blanca flotando al viento. Su pequeño pecho agitado sube y baja sin parar mientras mira a los ojos a Mama Agba.

—¿Qué ocurre? —pregunta Mama.

A Bibi se le acumulan las lágrimas en los ojos.

—Lo siento —solloza—. Me quedé dormida, yo... No estaba...

—¡Suéltalo ya, niña!

—¡Vienen! —exclama por fin Bisi—. Están cerca, ¡casi han llegado!

Por un momento dejo de respirar. Creo que todas nos hemos quedado sin aliento. El miedo paraliza cada centímetro de nuestro ser.

Después se impone el deseo de sobrevivir.

—Rápido —sisea Mama Agba—. ¡Tenemos poco tiempo!

Tiro de Yemi para que se ponga de pie. Todavía le cuesta respirar, pero no hay tiempo de comprobar si está bien. Agarro su palo y me apresuro a recoger los demás.

La *ahéré* se ve inmersa en un caos borroso, mientras todas corren para ocultar la verdad. Metros y metros de tela brillante vuelan por el aire. Un ejército de maniqués de junco emerge de la nada. Ocurren tantas cosas en el mismo momento que no hay modo de saber si vamos a ser capaces de esconderlo todo a tiempo. Lo único que puedo hacer es concentrarme en mi tarea: arrojar todos los palos debajo de la estera de la zona de combate, donde no puedan verlos.

En cuanto termino, Yemi me lanza una aguja de madera a las manos. Todavía no he llegado al lugar que tengo asignado cuando las sábanas que cubren la entrada de la *ahéré* se abren de nuevo.

—¡Zélie! —ladra Mama Agba.

Me quedo de piedra. Todas las miradas de la *ahéré* se vuelven hacia mí. Antes de que pueda hablar, Mama Agba me da un coscorrón; un latigazo con el que solo ella es capaz de hacer que las lágrimas me bajen por la espina dorsal.

—Ve a tu sitio —sisea—. Te hace falta practicar mucho.

—Mama Agba, yo...

Se me acelera el pulso cuando veo que se inclina hacia delante. Entonces comprendo la verdad que esconde el brillo de sus ojos.

«Una distracción...».

Una forma de ganar tiempo.

—Lo siento, Mama Agba. Perdonadme.

—Vuelve a tu sitio.

Me muerdo el labio para no sonreír e inclino la cabeza a modo de disculpa. Me agacho lo suficiente para poder estudiar a los guardias que acaban de entrar. Igual que casi todos los soldados de Orisha, el más bajo de los dos tiene un color de piel similar al de Yemi: del mismo tono que el cuero curtido y enmarcado por un grueso pelo negro. Aunque solo somos un puñado de chicas, el soldado mantiene la mano en la empuñadura de la espada. La agarra cada vez con más fuerza, como si temiese que en cualquier momento una de nosotras pudiera golpearle.

El otro guardia, más alto, permanece erguido, solemne y serio; su piel es mucho más oscura que la de su compañero. Se queda cerca de la entrada, con los ojos fijos en el suelo. Tal vez tenga la decencia de sentir vergüenza, por lo que sea que se dispongan a hacer.

Ambos lucen el sello real del rey Saran, austero e impactante en sus pecheras de hierro. Basta con echar un vistazo al leopardario de nieve para que se me revuelva el estómago, un duro recordatorio del monarca que los envía.

Hago mucho teatro mientras me dirijo con cara enfurruñada al maniquí de junco que me corresponde, pero las piernas me tiemblan del alivio. Lo que antes parecía un club de lucha ahora tiene un aspecto de taller de costura bastante convincente. Los vistosos tejidos tribales adornan los maniqués que hay delante de cada una de las chicas, prendas cortadas y sujetas con alfileres con los estampados característicos de Mama Agba. Damos puntadas en los bajos de los mismos *dashikis* que llevamos años cosiendo, movemos la aguja en silencio mientras esperamos a que los guardias se marchen.

Mama Agba se pasea entre las filas de muchachas para inspeccionar el trabajo de sus aprendices. A pesar de los nervios, sonrío al ver que hace esperar a los guardias, negándose a reconocer su inoportuna presencia.

—¿Puedo ayudaros en algo? —pregunta al fin.

—Hora de los impuestos —gruñe el guardia más oscuro de piel—. Paga de una vez.

El ánimo de Mama Agba cae en picado como el calor por la noche.

—Ya pagué los impuestos la semana pasada.

—Los impuestos de hoy no son por tu negocio. —La mirada del otro guardia recorre a todas las *divîners* con largas melenas blancas—. Las tasas de las larvas han subido. Y como tienes tantas, debes pagar más.

«Por supuesto». Agarro la tela del maniquí con tanta fuerza que me duelen los nudillos. Al rey no le basta con tener sometidos a los *divîners*. Tiene que hacer la vida imposible a todos los que deciden ayudarnos.

Tenso la mandíbula mientras intento olvidarme del guardia, olvidarme de cómo ha salido la palabra *larvas* de su boca, igual que un aguijón. No importa que nunca vayamos a convertirnos en los *maji* que estábamos destinados a ser. A sus ojos, seguimos siendo larvas.

Eso es lo único que serán capaces de ver en su vida.

Mama Agba aprieta los labios y su boca forma una línea fina y tensa. Es imposible que tenga el dinero que le piden.

—Ya subisteis la tasa de los *divîners* la luna pasada —se queja—. Y la luna anterior a esa.

El guardia de piel más clara da un paso al frente, se lleva la mano a la empuñadura, listo para atacar al menor signo de desafío.

—Quizá no deberías codearte con las larvas.

—Quizá deberíais dejar de robarnos.

Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas. La sala contiene la respiración. Mama Agba se pone rígida, sus ojos oscuros me suplican que me calle.

—Los *divîners* no producimos más dinero. ¿De dónde esperáis que salgan esos nuevos impuestos? —pregunto—. No podéis pasaros el día subiendo los impuestos una y otra vez. Si no paráis de subirlos, ¡no podremos pagarlos!

El guardia camina hacia mí con una pose que hace que me arrepienta de no tener a mano el palo. Con un golpe certero podría tirarlo al suelo; y con el latigazo adecuado, podría romperle la garganta.

Es entonces cuando me fijo en que el guardia no empuña una espada cualquiera. La hoja negra reluce dentro de la funda, un metal máspreciado que el oro.

«*Majacita...*».

Una aleación convertida en un arma y forjada antes del Asalto. Creada para debilitar nuestra magia y quemarnos la piel.

Igual que la cadena negra con la que rodearon el cuello de Mama.

Un *maji* poderoso podría combatir el efecto del arma, pero ese metal tan raro resulta debilitante para casi todos nosotros. Aunque yo no tengo ninguna magia que la piedra pueda anular, la proximidad de la hoja de *majacita* me provoca un cosquilleo en la piel a medida que el guardia me acorrala.

—Más te valdría mantener el pico cerrado, niña.

Y tiene razón. Más me valdría. Cerrar el pico, tragarme la rabia. Vivir para ver un día más.

Pero cuando lo tengo a un palmo de la cara, me cuesta horrores contenerme para no clavarle la aguja de costura en su reluciente ojo marrón. Quizá debería callarme.

O quizá él debería morir.

—Que te...

Mama Agba me aparta con tanta fuerza que caigo al suelo del empujón.

—Tomad —me interrumpe con un puñado de monedas en la mano—. Tomadlas y basta.

—Mama, no...

Se da la vuelta como el rayo y me mira con tal furia que me quedo petrificada. Cierro la boca y me pongo a gatas, me encojo bajo la tela estampada del maniquí.

Las monedas tintinean mientras el guardia cuenta las piezas de bronce que le ha colocado en la palma. Suelta un gruñido al terminar.

—No es suficiente.

—Tendrá que serlo —dice Mama Agba, con desesperación en la voz—. No hay más. Es todo lo que tengo.

El odio me hierve bajo la piel, noto un picor agudo y caliente. Esto no está bien. Mama Agba no debería tener que suplicar. Levanto la mirada para buscar la del guardia. Un error. Antes de que pueda volver la cara o enmascarar mi asco, el guardia me agarra por el pelo.

—¡Ah! —grito cuando el dolor me atraviesa el cráneo.

En un segundo, el guardia me tira al suelo de bruces y me quedo sin aire.

—Puede que no tengas más dinero. —El guardia me hinca la rodilla en la espalda—. Pero tienes larvas más que de sobra. —Me agarra del muslo con una mano áspera—. Empezaré por esta.

Me abrasa la piel y respiro con dificultad. Aprieto las manos para ocultar el temblor. Quiero gritar, romperle todos los huesos del cuerpo, pero a cada segundo que pasa, me marchito un poco más. Su tacto borra todo lo que soy, todo lo que he luchado tanto por conseguir ser.

En ese momento vuelvo a ser aquella niña pequeña, indefensa, mientras un soldado se lleva a mi madre a la fuerza.

—Ya basta. —Mama Agba empuja al guardia y tira de mí hacia su pecho, amenazadora como una leonaria con cuernos de toro que quisiera proteger a su cachorro—. Ya tenéis mis monedas, y eso es todo lo que os vais a llevar. Fuera de aquí. Ahora mismo.

La rabia del guardia hierve ante su audacia. Se dispone a desenvainar la espada, pero el otro guardia lo retiene.

—Vamos. Tenemos que cubrir toda la aldea antes del anochecer.

Aunque el guardia más moreno habla con tono despreocupado, se le tensa tanto la mandíbula que se le marca el músculo. Puede que en nuestros rostros vea a una madre o una hermana, un recordatorio de alguien a quien le gustaría proteger.

El otro soldado se queda quieto un instante, tan quieto que ignoro qué va a hacer a continuación. Al final, suelta la empuñadura de la espada y, en lugar de atacarnos, nos atraviesa con la mirada.

—Pues enseña a estas larvas a mantenerse a raya —advierte a Mama Agba—. O lo haré yo.

Su mirada se desplaza hacia mí; aunque me chorrea el cuerpo de sudor, por dentro estoy helada. El guardia repasa mi silueta de arriba abajo, una advertencia de lo que puede hacerme si quiere.

«Inténtalo», me entran ganas de gritarle, pero tengo la boca tan seca que no me salen las palabras. Nos quedamos plantadas de pie hasta que los guardias salen y los pisotones de sus botas con suela de metal se pierden en la distancia.

La templanza de Mama Agba desaparece entonces como una vela que el viento hubiera apagado. Se sujeta a un maniquí para no perder el equilibrio, la guerrera letal que conozco va menguando hasta convertirse en una vieja y frágil desconocida.

—Mama...

Me dispongo a ayudarla, pero me aparta dándome un golpe en la mano.

—Òd!

«Tonta», me recrimina en yoruba, la lengua de los *maji* prohibida después del Asalto. Hace tanto tiempo que no oigo nuestro idioma que tardo unos segundos en recordar incluso qué significa esa palabra.

—Por el amor de los dioses, ¿se puede saber qué te pasa?

Una vez más, todas las miradas de la *ahéré* están clavadas en mí. Incluso la pequeña Bisi me mira con curiosidad. Pero ¿cómo puede chillarme Mama Agba?

¿Por qué insinúa que es culpa mía cuando los ladrones son esos guardias tramposos?

—Solo intentaba protegeros, Mama Agba.

—¿Protegerme a mí? —replica Mama Agba—. Sabías que tus impertinencias no iban a cambiar nada, maldita sea. ¿Podrías haber hecho que nos mataran a todas!

Me tambaleo, aturdida por la dureza de sus palabras. Nunca había visto semejante decepción en sus ojos.

—Si no puedo luchar contra ellos, ¿para qué estamos aquí? —Se me quiebra la voz, pero me trago las lágrimas—. ¿Qué sentido tiene entrenar si no podemos protegernos? ¿Por qué hacemos esto si no podemos protegeros a vos?

—Por el amor de los dioses, ¡piensa, Zélie! ¡Piensa en algo más que en ti misma! ¿Quién iba a proteger a tu padre si atacaras a esos hombres? ¿Quién mantendría a salvo a Tzain cuando los guardias fueran a tu casa con sed de sangre?

Abro la boca para responder, pero no puedo decir nada en mi defensa. Tiene razón. Aunque consiguiera tumbar a unos cuantos guardias, nunca podría eliminar a todo el ejército. Tarde o temprano, me encontrarían.

Tarde o temprano destrozarán a las personas que amo.

—¿Mama Agba? —pregunta Bisi con su vocecilla aguda, temerosa como un ratón. Se cuelga de los pantalones drapeados de Yemi mientras las lágrimas se le acumulan en los ojos—. ¿Por qué nos odian?

Una fatiga nueva aparece en la expresión de Mama. Abre los brazos hacia Bisi.

—No os odian, niña mía. Odian lo que estabais destinadas a ser.

Bisi se entierra dentro de la tela del kaftán de Mama, que amortigua los sollozos. Mientras llora, Mama Agba repasa la sala y ve todas las lágrimas que el resto de chicas trata de contener.

—Zélie ha preguntado para qué estamos aquí. Es una pregunta válida. A menudo hablamos de cómo debéis combatir, pero nunca hablamos de por qué. —Mama aparta con cariño a Bisi y hace un gesto hacia Yemi para que le acerque un taburete—. Chicas, tenéis que recordar que el mundo no siempre ha sido así. Hubo un tiempo en el que todos estaban del mismo bando.

Mientras Mama Agba se acomoda en el asiento, las chicas se reúnen a su alrededor, ansiosas por escuchar sus palabras. Día tras día, las lecciones de Mama terminan con un relato o una fábula, una enseñanza de otra época. En otras circunstancias, me apresuraría a abrirme paso para sentarme en primera fila

y saborear cada una de sus palabras. Hoy me quedo al margen, demasiado avergonzada para acercarme a ella.

Mama Agba se frota las manos de manera lenta y metódica. A pesar de todo lo que ha ocurrido, una fina sonrisa se adivina en sus labios, una sonrisa que solo un relato puede provocar. Incapaz de resistirme, doy un paso adelante y me cuelo por entre unas cuantas chicas. Esta es nuestra historia. Sí, nuestra Historia con mayúsculas.

Una verdad que el rey intentó enterrar junto con nuestros muertos.

—Al principio de los tiempos, Orisha era una tierra en la que prosperaban los *maji*, especiales y sagrados. Cada uno de los diez clanes había sido dotado por los dioses celestiales y había recibido un poder diferente sobre la tierra, un don. Había *maji* que podían controlar el agua, otros que gobernaban el fuego. Había *maji* con el poder de leer la mente ¡e incluso *maji* que podían atisbar a través del tiempo!

Aunque todas hemos escuchado esa historia en un momento u otro —de boca de Mama Agba, de unos padres que ya no tenemos—, volver a escucharla no hace que desaparezca la maravilla de esas palabras. Se nos iluminan los ojos mientras Mama Agba describe a los *maji* que tenían el don de sanar y la capacidad de causar enfermedades. Nos encogemos cuando nos habla de los *maji* que domesticaban a las bestias salvajes del país, los *maji* que emanaban luz y oscuridad de la palma de la mano.

—Todos los *maji* nacían con el pelo blanco, señal de que habían sido tocados por los dioses. Utilizaban sus dones para cuidar de la gente de Orisha y eran venerados por todo el territorio. Pero no todo el mundo había recibido poderes de los dioses. —Mama Agba mueve la mano de lado a lado de la estancia—. Debido a eso, cada vez que nacía un nuevo *maji*, provincias enteras se regocijaban y lo celebraban en cuanto veían el primer indicio de sus mechones blancos. Los niños elegidos no eran capaces de hacer magia antes de los trece años, así que hasta que se manifestaban sus poderes, recibían el nombre de *ibawi*, «los divinos».

Bisi levanta la barbilla y sonrío al recordar el origen de nuestro título de *diviners*. Mama Agba alarga la mano hacia la niña y le acaricia un mechón de pelo blanco, un indicador que todas hemos aprendido a ocultar.

—Los *maji* se propagaron por toda Orisha y se convirtieron en los primeros reyes y reinas. En esa época todo el mundo vivía en paz, pero dicha paz no duró. Quienes estaban en el poder empezaron a abusar de su magia y, como castigo, los dioses les arrebataron sus dones. Cuando la magia se secó de su sangre, como

señal de su pecado también desapareció su pelo blanco. Con el paso de las generaciones, el amor hacia los *maji* se transformó en miedo. Y el miedo se transformó en odio. El odio se transformó en violencia, en el deseo de eliminar a los *maji* de la faz de la tierra.

La habitación se oscurece con el eco de las palabras de Mama Agba. Todas sabemos lo que sigue a continuación; la noche de la que nunca hablamos, la noche que nunca podremos olvidar.

—Hasta esa noche, los *maji* fueron capaces de sobrevivir porque utilizaron sus poderes para defenderse. Pero hace once años, la magia desapareció. Solo los dioses saben por qué. —Mama Agba cierra los ojos y suelta un profundo suspiro—. Un día la magia respiraba. Al día siguiente, murió.

«¿Solo los dioses saben por qué?».

Por respeto a Mama Agba, me como las palabras. Habla del mismo modo que hablan todos los adultos que vivieron el Asalto. Resignados, como si los dioses se hubieran llevado la magia para castigarnos, o como si hubieran cambiado de opinión en un arrebató.

En el fondo de mi ser, conozco la verdad. La adiviné en cuanto vi encadenados a los *maji* de Ibadan. Los dioses murieron con nuestra magia.

Nunca regresarán.

—En aquel día aciago, el rey Saran no vaciló —continúa Mama Agba—. Se aprovechó del momento de debilidad de los *maji* para atacar.

Cierro los ojos para contener las lágrimas. La cadena con la que apretaron el cuello de Mama. La sangre que goteaba en el suelo.

Los recuerdos silenciosos de aquella noche llenan la cabaña de juncos e inundan el aire de dolor y pena.

Todas nosotras perdimos a los miembros *maji* de nuestras familias aquella noche.

Mama Agba suspira y se pone de pie, aún la fuerza que todas sabemos que posee. Mira una por una a todas las muchachas como si fuese un general que pasa revista a sus tropas.

—Enseño a utilizar el palo a todas las chicas que quieran aprenderlo, porque en este mundo en el que vivimos siempre habrá hombres que quieran haceros daño. Pero empecé estos entrenamientos para los *divîners*, para todos los hijos de los *maji* caídos. Aunque haya desaparecido vuestra capacidad para convertirlos en *maji*, el odio y la violencia contra vosotros permanece. Por eso estamos aquí. Por eso entrenamos.

Con vigor, Mama sacude su sólido palo y golpea el suelo con él.

—Vuestros contrincantes llevan espadas. ¿Por qué os ilustro en el arte del palo?

Nuestras voces pronuncian como un eco el mantra que Mama Agba nos ha hecho repetir una y otra vez.

—Evita en lugar de herir, hiere en lugar de lisiar, lisia en lugar de matar... El palo no destruye.

—Os enseño a ser guerreras en el jardín para que nunca tengáis que ser jardineras en la guerra. Os doy la fortaleza de la lucha, pero todas debéis aprender la fortaleza de la contención. —Mama se dirige a mí. Echa los hombros hacia atrás—. Debéis proteger a aquellos que no pueden defenderse por sí mismos. Esa es la filosofía del palo.

Las demás chicas asienten, pero yo no puedo hacer nada salvo mirar al suelo. Una vez más, lo he mandado todo al traste. Una vez más, he decepcionado a los demás.

—Muy bien —dice Mama Agba, y suspira—. Suficiente por hoy. Recoged vuestras cosas. Mañana lo retomaremos donde lo hemos dejado esta mañana.

Las chicas salen a toda prisa de la cabaña, agradecidas de poder escapar. Intento hacer lo mismo, pero la mano arrugada de Mama Agba me agarra por el hombro.

—Mama...

—Silencio —me ordena.

Las últimas chicas en salir me miran con compasión. Se frotan el trasero, probablemente calculando cuántos latigazos recibirá el mío.

«Veinte por desobedecer durante la práctica... Cincuenta por hablar cuando no tocaba... Cien por provocar que casi nos maten...».

No. Cien latigazos por eso sería poco.

Ahogo un suspiro y me encojo, intentando prepararme para el escozor. «Será rápido», me animo. «Antes de que me dé cuenta habrá...».

—Siéntate, Zélie.

Mama Agba me ofrece una taza de té y se sirve otra para ella. El aroma dulce se me mete en la nariz y el calor de la taza me templá las manos.

Enarco las cejas.

—¿Le habéis puesto veneno?

Mama Agba mueve un ápice las comisuras de los labios, pero oculta la diversión tras una cara seria. Yo oculto la cara dando un sorbo de té y saboreo el toque de miel en la lengua. Le doy vueltas a la taza en las manos y repaso con los dedos las bolitas plateadas que lleva incrustadas en el borde. Mama tenía una

taza igual que esta: las bolitas de mi madre eran de color lavanda, decoradas en honor de Oya, la Diosa de la Vida y la Muerte.

Por un instante, el recuerdo me distrae de la decepción de Mama Agba, pero en cuanto desaparece el sabor del té, el regusto amargo de la culpa vuelve a acecharme. Ella no tendría que pasar por esto. No por culpa de una *divîner* como yo.

—Lo siento. —Sigo tocando las bolitas de la taza para evitar levantar la mirada—. Sé que... sé que no os pongo las cosas fáciles.

Igual que Yemi, Mama Agba es una *kosidán*, una orishana que no tiene el potencial de hacer magia. Antes del Asalto, creíamos que los dioses eran los que elegían quién nacía siendo *divîner* y quién no, pero ahora que la magia ha desaparecido, no comprendo qué importancia puede tener la distinción.

Desprovista del pelo blanco de los *divîners*, Mama Agba podría mezclarse con otros orishanos y evitar la tortura de los guardias. Si no se relacionase con nosotras, los guardias no la molestarían en absoluto. Parte de mí desea que nos abandone, que se ahorre el dolor. Con sus buenas dotes de modista, probablemente podría convertirse en comerciante, ganarse la vida y tener la bolsa llena de monedas en lugar de ver cómo se las arrebatan todas.

—Cada vez te pareces más a ella, ¿lo sabías? —Mama Agba da un sorbo al té y sonrío—. El parecido es escalofriante cuando chillas. Has heredado su rabia.

Me quedo boquiabierto; a Mama Agba no le gusta hablar de las personas a las que hemos perdido.

A pocos nos gusta.

Oculto mi sorpresa con otro sorbo de té y asiento.

—Sí, lo sé.

No recuerdo cuándo ocurrió, pero el cambio en Baba fue innegable. Dejó de mirarme a los ojos, incapaz de observarme sin ver el rostro de su mujer asesinada.

—Estupendo. —La sonrisa de Mama Agba se transforma en una mueca de preocupación—. Eras muy pequeña cuando ocurrió el Asalto. Temía que te hubieras olvidado.

—No podría olvidarme aunque quisiera.

No, cuando Mama tenía una cara radiante como el sol.

Es esa cara la que intento recordar.

No el cadáver que goteaba sangre por la garganta.

—Sé que luchas por ella. —Mama Agba pasa la mano por mi pelo blanco—. Pero el rey es despiadado, Zélie. Estaría dispuesto a masacrar todo el reino antes

que tolerar que un *divîner* le llevase la contraria. Cuando tu contrincante no tiene honor, debes luchar de otras formas, con más astucia.

—¿Y alguna de esas formas implica aplastarles el cráneo con el palo a esos malnacidos?

Mama Agba chasquea la lengua y entrecierra los ojos color caoba, en los que aparecen unas arrugas.

—Prométeme que tendrás cuidado. Prométeme que elegirás el momento idóneo para luchar.

Agarro las manos de Mama Agba e inclino la cabeza. Hago una marcada reverencia en señal de respeto.

—Os lo prometo, Mama. No volveré a decepcionaros.

—Bien, porque tengo algo y no quiero arrepentirme de mostrártelo.

Mama Agba mete la mano dentro del kaftán y saca un delgado tubo negro. Lo sacude con firmeza. Doy un respingo al ver que el tubito se extiende y se convierte en un reluciente palo de metal.

—¡Por todos los dioses! —exclamo mientras trato de contenerme para no arrebatarse esa obra maestra.

Unos símbolos antiguos cubren cada centímetro de la superficie de metal negro, y cada uno de esos grabados remite a alguna de las lecciones que nos ha enseñado Mama Agba. Igual que una abeja que va hacia la miel, lo primero que ven mis ojos es la *akofena*, las puntiagudas hojas cruzadas, las espadas de la guerra. «El coraje no siempre ruge», nos dijo aquel día. «El valor no siempre brilla». Mis ojos se posan luego en el *akoma* que hay junto a las espadas, el corazón de la paciencia y la tolerancia. Aquel día... estoy casi segura de que aquel día me gané unos azotes.

Cada uno de los símbolos me remite a una lección u otra, a un relato, a un sabio consejo. Miro a Mama, a la expectativa. ¿Es un regalo o piensa utilizarlo para pegarme?

—Toma. —Coloca el suave metal sobre mi mano. De inmediato noto su poder. Recubierto de contundente acero... Fabricado para romper cráneos.

—¿Habláis en serio?

Mama Agba asiente.

—Hoy has combatido como una guerrera. Te mereces graduarte.

Me levanto para hacer girar el palo y me maravillo al notar lo fuerte que es. El metal corta el aire como un cuchillo, más letal que cualquier palo de roble que he tallado en mi vida.

—¿Te acuerdas de lo que te dije cuando empezamos a entrenar?

Asiento e imito la voz cansada de Mama Agba.

—«Si vas a buscar pelea contra los guardias, será mejor que aprendas a ganar».

Aunque me da un coscorrón en la cabeza, su alegre risa se hace eco por las paredes de junco. Le devuelvo el palo y lo empuja contra el suelo haciendo presión; el arma vuelve a plegarse y se transforma de nuevo en un tubo corto de metal.

—Ahora ya sabes ganar —me dice—. Solo hace falta que te asegures de saber cuándo tienes que pelear.

El orgullo, el honor y el dolor revolotean en mi pecho cuando Mama Agba vuelve a colocar el palo en la palma de mi mano. Como no me fío de lo que pueda decir, me limito a abrazarla con fuerza por la cintura e inhalo ese olor tan familiar a tela recién lavada y té dulce.

Aunque al principio Mama Agba se pone tensa, me aprieta contra su cuerpo hasta que hace desaparecer el miedo con su abrazo. Luego se aparta para decirme algo más, pero se detiene al ver que las cortinas de la *ahéré* se abren de nuevo.

Agarro el tubo metálico, preparada para desplegarlo, hasta que reconozco a mi hermano mayor, Tzain, de pie en el vano de la puerta. La cabaña de juncos se encoge de inmediato ante su imponente presencia, todo músculo y tensión. Los tendones se le marcan bajo la piel oscura. El sudor cae a chorro de su pelo negro y le empapa la frente. Me mira a los ojos y noto una presión inmensa que me atenaza el corazón.

—Es Baba.

CAPÍTULO DOS



ZÉLIE

Las últimas palabras que querría oír.

«Es Baba» significa que se acabó.

«Es Baba» significa que está herido, o peor...

«No». Detengo mis pensamientos mientras corremos por entre los puestos de madera del barrio de mercaderes. «Baba está bien», me prometo. «Pase lo que pase, vivirá».

Ilorin se levanta con el sol, que devuelve la vida a nuestra aldea costera. Las olas chocan contra los postes de madera que mantienen a flote nuestro asentamiento y nos salpican los pies de espuma. Igual que una araña atrapada en la telaraña del mar, nuestra aldea se alza sobre ocho patas de madera unidas en el centro. Es a ese centro al que nos dirigimos ahora. Ese centro nos acerca a Baba.

—¡Mira por dónde vas! —me grita una mujer *kosidán* cuando la adelanto a toda velocidad y casi tiro la cesta de plátanos que lleva en la cabeza, sobre el pelo negro.

Quizá si la mujer fuese consciente de que mi mundo se está desmoronando, sería más comprensiva y me perdonaría.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto entre jadeos.

—No lo sé —suelta Tzain—. Ndulu se presentó en la práctica de *agbön*. Me dijo que Baba estaba en apuros. Me dirigía a casa, pero Yemi me contó que tuviste un problema con los guardias o algo así...

«Oh, por los dioses, ¿y si es uno de los hombres que entraron en la cabaña de Mama Agba?». El miedo se cuela en mi conciencia mientras zigzagueamos entre las vendedoras y los artesanos que abarrotan las pasarelas de madera. El guardia que me atacó podría haber ido a buscar a Baba. Y pronto irá a buscar a...

—¡Zélie! —grita Tzain con ese tono irritado que indica que no es la primera vez que trata de llamar mi atención—. ¿Por qué lo dejaste solo? ¡Te tocaba a ti quedarte!

—¡Hoy era el combate de graduación! Si me lo perdía...

—¡Maldita sea, Zél! —el rugido de Tzain hace que algunos aldeanos se

vuelvan a mirarnos—. ¿Hablas en serio? ¿Dejaste solo a Baba por un estúpido palo?

—No es solo un palo, es un arma —me defiendo—. Y no lo abandoné. Baba seguía durmiendo. Necesitaba descansar. Y me he quedado todos los días de esta semana...

—¡Porque yo me quedé todos los días de la semana pasada!

Tzain salta por encima de un niño que gatea. Los músculos se le marcan cuando aterriza en el suelo. Una chica *kosidán* sonríe cuando mi hermano pasa por delante, con la esperanza de que un flirteo pueda detener sus apresuradas zancadas. Incluso ahora, las aldeanas gravitan alrededor de Tzain como si fuesen imanes que buscasen el camino a casa. A mí no me hace falta dar codazos para abrirme paso: en cuanto ven mi pelo blanco, la gente me evita como si fuese una plaga contagiosa.

—Solo faltan dos lunas para los Juegos de Orïshan —continúa Tzain—. ¿Sabes lo que significaría para nosotros si ganara las monedas del premio? Cuando yo practico, tú tienes que quedarte con Baba, ¿de acuerdo? ¿Qué parte de esa frase te cuesta entender? Maldita sea.

Tzain se para en seco ante el mercado flotante del centro de Ilorin. Rodeado por una pasarela rectangular, el retazo de mar abierto es un hervidero de aldeanos que regatean en sus redondos barcos de coco. Normalmente, antes de que empiecen las compras diarias, podemos correr por el puente nocturno hasta nuestra casa en el sector de los pescadores. Pero hoy el mercado ha abierto antes de tiempo y no hay ni rastro del puente. Tendremos que ir por el camino largo.

Tzain, un atleta nato, se pone en marcha de nuevo y hace un esprín por la pasarela que rodea el mercado para llegar cuanto antes junto a Baba. Empiezo a seguirlo, pero me detengo cuando veo los barcos de coco.

Los mercaderes y los pescadores hacen trueques e intercambian frutas frescas por las mejores piezas que se han pescado hoy. En épocas de bonanza, el comercio es benévolo: todo el mundo acepta un poco menos a cambio de dar un poco más a los demás. Pero hoy todos los aldeanos regatean con ferocidad y exigen bronce y plata en lugar de promesas y pescado.

«Los impuestos...».

La despreciable cara del guardia me llena la mente mientras el fantasma de sus garras me quema en el muslo. El recuerdo de su odiosa mirada me da impulso. Salto sobre el primer barco.

—¡Zélie, ten cuidado! —grita Kana mientras protege su preciada fruta como si fuese su hijo.

La jardinera de nuestra aldea se recoloca el pañuelo de la cabeza y frunce el entrecejo cuando salto sobre una barcaza de madera rebosante de peces luna azules.

—¡Lo siento!

Pido disculpas a gritos sin parar mientras salto de barco en barco como una ranaria de nariz roja. En cuanto aterrizo en la plataforma del sector de pescadores, echo a correr, deleitándome en la sensación de los pies al rebotar contra las planchas de madera. Aunque ahora Tzain me va a la zaga, yo continúo a toda velocidad. Tengo que ser la primera en encontrar a Baba. Si la cosa pinta mal, Tzain necesitará que lo mentalice primero.

«Si Baba ha muerto...».

Ese pensamiento da impulso a mis piernas. No puede estar muerto. Ya hace un rato que amaneció; tenemos que cargar el barco y salir a faenar. Cuando consigamos echar las redes, la mejor pesca del día ya se habrá terminado. ¿Y quién me regañará si Baba no está?

Lo visualizo tal como lo dejé al marcharme, dormitando en el vacío de nuestra *ahéré*. Incluso dormido, se le notaba fatigado, como si ni el más profundo de los sueños fuera capaz de proporcionarle descanso. Confiaba en que no se despertase hasta que yo hubiera vuelto del entreno, pero tendría que habérmelo imaginado. Cuando está en reposo, tiene que lidiar con el dolor, los reproches...

Y conmigo.

Sí, conmigo y mis estúpidos errores.

Me paro en seco al ver una muchedumbre reunida a la puerta de nuestra *ahéré*. La acumulación de personas me impide ver el océano, señalan y gritan hacia algo que no logro ver. Antes de que me dé tiempo de abrirme paso, Tzain se adentra a codazos en la multitud. Cuando el camino se despeja, se me para el corazón.

Casi medio kilómetro mar adentro hay un hombre que sacude sus oscuras manos presa de la desesperación. Unas olas bravas rompen contra la cabeza del pobre hombre y lo hunden cada vez más con cada envite. El hombre pide socorro a gritos, su voz suena débil y entrecortada. Aun así, es una voz que reconocería en cualquier lugar.

La voz de mi padre.

Dos pescadores reman frenéticos hacia él, dando impulso como pueden a sus barcos de coco. Pero la fuerza de las olas los empuja hacia atrás. Nunca lograrán salvar al hombre a tiempo.

—No... —me lamento horrorizada cuando la corriente empuja a Baba hacia el

fondo del mar.

Aunque espero que vuelva a aparecer, nada se abre camino entre las olas vengativas. Hemos llegado tarde.

Baba ha muerto.

La realidad me golpea como un mazazo en el pecho. En la cabeza. En el corazón.

En un instante, el aire se desvanece de mi mundo y me olvido de respirar.

Sin embargo, mientras yo me esfuerzo por mantenerme en pie, Tzain pasa a la acción. Grito al ver que se zambulle en el agua y atraviesa las olas con la potencia de un tiburón de dos aletas.

Tzain nada con un frenesí que no había visto en mi vida. En cuestión de segundos rebasa los barcos. Y unos instantes más tarde llega a la zona en la que se ha hundido Baba y se sumerge.

—Vamos.

El pecho se me tensa tanto que juro que oigo el crujido de mis costillas. Pero cuando Tzain reemerge, tiene las manos vacías. Ni rastro de un cuerpo.

Ni rastro de Baba.

Entre jadeos, Tzain se zambulle de nuevo y esta vez pateo el agua con más fuerza. Los segundos sin él se prolongan una eternidad. «Por todos los dioses, por favor...».

Podría perderlos a los dos.

—Vamos —susurro de nuevo mientras miro fijamente las olas en las que han desaparecido Tzain y Baba—. ¡Volved!

No es la primera vez que suplico eso.

De pequeña, una vez presencié cómo Baba rescataba a Tzain de las profundidades de un lago y lo liberaba de las algas que lo habían atrapado bajo el agua. Intentó devolver el aire a su frágil pecho infantil, pero cuando Baba se dio por vencido porque no conseguía que Tzain volviese a respirar, fue Mama y su magia quien lo salvó. Lo arriesgó todo al violar la ley *maji* de invocar los poderes prohibidos que corrían por su sangre. Tejió el encantamiento sobre Tzain como si fuese un hilo y tiró de él para devolverlo a la vida con la magia de los muertos.

Todos los días deseo que Mama estuviera viva, pero nunca lo había deseado tanto como en este momento. Ojalá la magia que corría por su cuerpo corriese también por el mío.

Ojalá pudiese mantener a Tzain y Baba con vida.

—Por favor.

A pesar de todas mis creencias, cierro los ojos y rezo, igual que hice aquel día. Si queda un único dios ahí arriba, necesito que me escuche en este instante.

—¡Por favor! —Las lágrimas brotan por entre mis pestañas. La esperanza se marchita en mi pecho—. Deja que vuelvan. Por favor, Oya, no te los lleves también...

—¡Aaaaah!

Abro los ojos de golpe cuando Tzain emerge repentinamente del océano, con un brazo alrededor del pecho de Baba. Parece que por lo menos un litro de agua escapa por la garganta de Baba cuando tose, pero está aquí.

Está vivo.

Caigo de rodillas, a punto de desplomarme en la plataforma de madera.

«Por todos los dioses...».

Ni siquiera es mediodía, y ya he puesto en peligro dos vidas hoy.

Seis minutos.

Ese es el tiempo que Baba ha estado ahogándose en el mar.

El tiempo que ha tenido que luchar contra la corriente, el tiempo que sus pulmones han estado faltos de aire.

Una vez que estamos sentados en el silencio de la *ahéré* vacía, no puedo quitarme ese número de la cabeza. Por cómo tiembla Baba, juraría que esos seis minutos le han robado diez años de vida.

«No debería haber pasado esto». Es demasiado temprano para haber echado a perder el día entero. Yo debería estar fuera, limpiando la pesca de hoy con Baba. Tzain debería estar volviendo de su práctica de *agbön*, dispuesto a ayudarnos.

En lugar de eso, Tzain observa a Baba, con los brazos cruzados, demasiado enfurecido conmigo para mirarme siquiera de reojo. Ahora mismo mi única amiga es Nailah, la fiel leonaria que he criado desde que era un cachorro herido. Ya no es una cría, desde luego, mi montura se alza como una torre ante mí, y le llega al cuello a Tzain cuando está a cuatro patas. Dos cuernos puntiagudos emergen por detrás de sus orejas, tan cerca de las paredes de junco de nuestra cabaña que amenazan con perforarlas. Levanto el brazo y, de forma instintiva, Nailah agacha su gigantesca cabeza, con cuidado de no hacerme daño con los colmillos curvados que le asoman por encima de la mandíbula. Ronronea cuando le acaricio el hocico. Por lo menos hay alguien que no está enfadado conmigo.

—¿Qué ha pasado, Baba?

La voz ronca de Tzain corta el silencio. Esperamos la respuesta, pero la expresión de Baba continúa en blanco. Dirige la vista al suelo con la mirada tan perdida que me duele el corazón.

—¿Baba? —Tzain se agacha para mirarlo a los ojos—. ¿Recuerdas qué ha pasado?

Baba se arropa aún más con la manta.

—Tenía que pescar.

—¡Pero se supone que no puedes salir solo! —exclamo.

Baba se retuerce de dolor y Tzain me mira con severidad, obligándome a suavizar el tono.

—Cada vez tienes más lagunas, Baba —vuelvo a intentarlo—. ¿Por qué no podías esperar a que yo volviera a casa?

—No tenía tiempo. —Baba sacude la cabeza—. Vinieron los guardias. Dijeron que tenía que pagar.

—¿Qué? —Las cejas de Tzain se juntan tanto que parecen fundirse—. ¿Por qué? Ya les pagué la semana pasada.

—Es un impuesto para los *divîners*. —Me aferro a la tela drapeada de mis pantalones, todavía contaminada por las zarpas del guardia—. También se presentaron en la cabaña de Mama Agba. Seguro que han entrado en las casas de todos los *divîners* de Ilorin.

Tzain aprieta los puños contra su frente, como si pudiera atravesarse el cráneo de un puñetazo. Quiere creer que si jugamos según las reglas de la monarquía estaremos a salvo, pero nada puede protegernos cuando esas reglas están enraizadas en el odio.

Resurge mi anterior sentimiento de culpa y me ronda hasta que se me hunde en el pecho. Si yo no fuera una *divîner*, ellos no sufrirían. Si Mama no hubiese sido una *maji*, aún continuaría viva.

Me estrujo el pelo con los dedos y, sin querer, me arranco algún mechón. Una parte de mí se ha planteado cortárselo al cero, pero, aunque me deshiciera de esta cabellera blanca, la herencia *maji* que tengo sería la maldición de mi familia de todos modos. Somos la clase de personas que llenan las celdas del rey, las personas que nuestro reino convierte en trabajadores forzosos. Las personas a quienes no quieren parecerse los orïshanos, las personas cuyo linaje se proscribe como si el pelo blanco y la magia de los muertos fuesen una lacra social.

Mama solía decir que, al principio de los tiempos, el pelo blanco era señal de los poderes de los cielos y de la tierra. Contenía la belleza, la virtud y el amor, significaba que contábamos con la bendición de los dioses celestiales. Pero cuando todo cambió, la magia se convirtió en algo abominable. Nuestra herencia se transformó en algo odioso.

Es una crueldad que he tenido que aceptar, pero cada vez que veo el dolor que

infligen a Tzain o Baba, algo me desgarrar por dentro hasta límites insospechados. Baba continúa expulsando agua salada al toser y no podemos dejar de plantearnos cómo vamos a salir a flote.

—¿Y si les ofrecemos el pez vela? —pregunta Tzain—. Podemos pagarles con eso.

Camino hasta el fondo de la cabaña y abro nuestra pequeña nevera metálica. En una tina de agua marina casi congelada está el pez vela de cola roja que con tanto esfuerzo logramos pescar ayer; sus escamas relucientes auguran un sabor delicioso. Es una rareza en el mar de Warri, y demasiado valioso para que nos lo comamos nosotros. Pero si los guardias quisieran aceptarlo...

—Se negaron a que les pagara con pescado —refunfuña Baba—. Hacía falta bronce. Plata. —Se masajea las sienes como si así pudiera hacer desaparecer el mundo entero—. Me dijeron que fuese a buscar monedas o le pondrían los grilletes a Zélie.

Se me congela la sangre. Me doy la vuelta de inmediato, incapaz de ocultar mi terror. Dirigidos por el ejército del rey, los condenados a llevar grilletes son quienes realizan los trabajos forzados por todo el reino de Orisha. Cada vez que alguien no puede afrontar el pago de los impuestos, lo obligan a pagar con su sudor la deuda con nuestro rey. Los presos con grilletes tienen que trabajar de sol a sol, erigen palacios, construyen carreteras, sacan carbón de las minas y hacen cualquier otra cosa que pueda imaginarse.

En otros tiempos, ese sistema funcionaba con sensatez en Orisha, pero desde el Asalto se ha convertido en poco menos que una sentencia de muerte aprobada por el estado. Una excusa para anular a mi gente, como si la monarquía necesitase excusas... Ahora que todos los *divîners* nos hemos quedado huérfanos por culpa del Asalto, no podemos permitirnos pagar los altísimos impuestos que fija el monarca. De hecho, somos los verdaderos objetivos de cada subida de impuestos.

«Maldita sea». Lucho por que mi terror no salga a la superficie. Si me obligan a llevar grilletes, nunca volveré a ser libre. Nadie de los que entran a hacer trabajos forzados logra salir. Se supone que esos trabajos deberían durar solo hasta que se saldase la deuda original, pero como los impuestos no dejan de aumentar, la deuda también lo hace. Muertos de hambre, azotados o algo peor, los *divîners* son transportados igual que el ganado. Obligados a trabajar hasta que se les rompe el cuerpo.

Meto las manos en el agua marina fría para calmar los nervios. No puedo permitir que Baba y Tzain descubran lo aterrorizada que estoy. Solo serviría para

empeorar las cosas para todos nosotros. Pero cuando empiezan a temblarme los dedos, ya no sé si es del frío o del terror. ¿Cómo puede estar ocurriendo esto? ¿Cuándo se torcieron tanto las cosas?

—No —susurro casi como si hablase sola.

La pregunta no es esa.

No debería preguntarme cuándo se torcieron las cosas. Debería preguntarme por qué he llegado a pensar alguna vez que se enderezarían en el futuro.

Miro la solitaria cala negra trepadora que se ha enredado en la mosquitera de la ventana de nuestra cabaña, el único vínculo vivo que me queda de Mama. Cuando vivíamos en Ibadan, Mama solía colocar calas en la ventana de nuestra antigua casa para honrar a su madre, un tributo que los *maji* rinden a sus muertos.

Normalmente, cuando contemplo la flor, recuerdo la amplia sonrisa que se dibujaba en los labios de Mama cada vez que inhalaba el aroma a canela. Pero lo único que veo hoy en sus hojas marchitas es la cadena de *majacita* negra que ocupó el lugar del amuleto de oro que siempre llevaba en el cuello.

Aun cuando ese recuerdo tiene ya once años, se me presenta con más claridad que la visión de lo que tengo delante.

«Esa fue la noche en que se torcieron las cosas». La noche en que el rey Saran ahorcó a mi gente para escarnio público y declaró la guerra contra los *maji* de hoy y de mañana. La noche en que murió la magia.

La noche en que lo perdimos todo.

Baba se estremece y corro a su lado, le coloco una mano en la espalda para ayudarlo a incorporarse. En sus ojos no veo rabia, solo derrota. Al verlo aferrado a la manta gastada, me encantaría advertir al guerrero que conocí cuando era pequeña. Antes del Asalto, era capaz de vencer a tres hombres armado solo con un cuchillo de escamar pescado. Pero después de la paliza que le dieron aquel día, tardó cinco lunas en poder volver a hablar siquiera.

Esa noche lo hicieron trizas, le rompieron el corazón y le machacaron el alma. Tal vez se hubiese recuperado si, al recobrar el conocimiento, no se hubiera encontrado con el cadáver de Mama apresado con cadenas negras. Pero así fue.

Desde entonces no ha vuelto a ser el mismo.

—Bueno —Tzain suspira, siempre intenta ver el lado bueno de las cosas—. Pues vamos a buscar la barca. Si nos marchamos ahora...

—No funcionará —le interrumpo—. Ya has visto el mercado. Todo el mundo está arañando lo poco que tiene para poder pagar los impuestos. Aunque

consiguiéramos llevar nuestro pescado, a estas alturas las pocas monedas que le quedan a la gente habrán volado ya.

—Y no tenemos barca —murmura Baba—. La he perdido esta mañana.

—¿Qué?

No me había fijado en que la barca no estaba fuera. Miro a Tzain, preparada para escuchar su nuevo plan, pero se derrumba en el suelo de juncos.

«Estoy acabada...». Me apoyo en la pared y cierro los ojos.

Ni barco, ni monedas.

Ni forma de evitar los grilletes.

Un silencio pesado se apodera de la *ahéré* y sella mi sentencia. «Tal vez me asignen al palacio».

Servir a unos nobles malcriados sería preferible a toser echando polvo de carbón por la boca en las minas de Calabrar o acabar en los otros canales perversos que los carceleros pueden tener reservados para los *divîners* presos. Por lo que he oído, los burdeles subterráneos no se acercan siquiera a las peores cosas que los carceleros podrían obligarme a realizar.

Tzain se remueve en el rincón. Lo conozco. Va a ofrecerse a ocupar mi lugar. Pero, mientras me preparo para protestar, el pensamiento del palacio real me da una idea mejor.

—¿Y si vamos a Lagos? —pregunto.

—Huir no servirá de nada.

—No me refiero a huir. —Niego con la cabeza—. Ese mercado está plagado de nobles. Puedo vender allí el pez vela.

Antes de que alguno de los dos pueda poner pegasa a mi idea brillante, cojo papel de estraza y corro a por el pez vela.

—Volveré con el dinero necesario para los impuestos de tres lunas. Y con monedas para un barco nuevo.

Así Tzain podrá concentrarse en sus partidos de *agbön*. Baba podrá descansar un poco por fin. «¡Y yo seré útil!». Sonrío para mis adentros. Por fin podré hacer algo bien.

—No puedes ir tú —la voz cansada de Baba interrumpe mis pensamientos—. Es demasiado peligroso para una *divîner*.

—¿Más peligroso que acabar con grilletes? —pregunto—. Porque, si no hago esto, así es como acabaré.

—Ya voy yo a Lagos —interviene Tzain.

—No, tú no vas. —Meto en la mochila de cuero el pez vela envuelto en el papel de estraza—. Si casi no sabes regatear. Echarías a perder la venta.

—Puede que consiga menos monedas, pero sé protegerme.

—Y yo también.

Blando el palo que me dio Mama Agba antes de meterlo también en la bolsa.

—Baba, por favor. —Tzain me aparta—. Si va Zél, hará alguna tontería.

—Si voy, volveré con más monedas de las que hemos visto en la vida.

Baba arruga la frente mientras delibera.

—Zélie debería hacer la venta...

—Gracias.

—... pero Tzain debería mantenerte a raya.

—No. —Tzain se cruza de brazos—. Baba, necesitas que alguno de los dos se quede aquí por si vuelven los guardias.

—Llebadme a casa de Mama Agba —dice Baba—. Me esconderé allí hasta que regreséis.

—Pero Baba...

—Si no os marcháis de una vez, no podréis volver antes de que anochezca.

Tzain cierra los ojos para reprimir la frustración. Empieza a cargar la montura de Nailah en su inmenso lomo mientras ayudo a Baba a levantarse.

—Confío en ti —murmura Baba, en voz tan baja que Tzain no puede oírlo.

—Lo sé. —Ato la manta gastada alrededor de su enclenque cuerpo—. No volveré a meter la pata.

CAPÍTULO TRES



AMARI

—¡Amari, pon la espalda recta!

—¡Por todos los cielos!...

—Ya basta de postre, ¿no crees?

Bajo el tenedor cargado de tarta de coco y echo los hombros hacia atrás, casi impresionada por la cantidad de críticas que Madre es capaz de susurrar entre dientes en un minuto. Está sentada en la presidencia de la mesa de cobre con un *gele* dorado enroscado alrededor de la cabeza. Parece que el pañuelo capte toda la luz de la sala y contrasta con su suave piel cobriza.

Me recoloco el *gele* azul marino e intento parecer regia, lamentando que la sirvienta me lo haya apretado tanto. Me remuevo en el asiento. Los ojos ambarinos de Madre escudriñan a las *oloyes* vestidas de punta en blanco, en busca de las hienarias escondidas entre el rebaño de ovejas. Las damas de nuestra nobleza se deshacen en sonrisas, aunque sé que nos critican a la espalda.

—Me han dicho que la han desterrado a los aposentos del ala oeste...

—Desde luego, tiene la piel muy oscura para ser hija del rey...

—Mis sirvientas juran que Saran ha dejado embarazada a la comandante...

Hacen alarde de los secretos que conocen como si fuesen diamantes relucientes, igual que la pedrería cosida a sus magníficas blusas *buba* de encaje y a las largas faldas *iro* anudadas. Sus mentiras y sus perfumes con olor de azucena contaminan el aroma a miel de los pastelitos que ya no me dejan comer.

—¿Y vos qué opináis, princesa Amari?

Levanto la mirada de repente de una deliciosa porción de tarta para toparme con Oloye Ronke, que me analiza con expectación. La blusa de un tono esmeralda desprende destellos por toda su piel color caoba, elegida precisamente por el modo en el que reluce contra el estucado blanco de las paredes del salón.

—Disculpadme, ¿qué decíais?

—Sobre ir a visitar Zaria.

Se inclina hacia delante, hasta que el enorme rubí que le cuelga de la garganta

roza la mesa. La ostentosa joya es un recordatorio continuo de que Oloye Ronke no nació con un sitio reservado en nuestra mesa. Lo compró.

—Sería un honor para nosotros que nos deleitaseis con una visita a nuestra casa de campo. —Toquitea la impresionante gema roja y tuerce los labios cuando se da cuenta de que la miro fijamente—. Estoy segura de que podríamos encontrar otra joya como esta para vos.

—Qué amable —contesto a la par que trazo mentalmente el camino desde Lagos hasta Zaria.

Zaria se encuentra más allá de la cordillera de Olasimbo, en el extremo norte de Orisha, tocando al mar Adetunji. Se me acelera el pulso mientras me imagino visitando un mundo más allá de los muros del palacio.

—Gracias —digo al fin—. Sería un honor...

—Pero, por desgracia, Amari no podrá ir —interviene tajante Madre. Frunce el entrecejo sin el menor atisbo de tristeza—. Está en un momento crítico de sus estudios y va retrasada en aritmética. Interrumpirlos ahora sería demasiada distracción.

La emoción que había crecido en mi pecho se deshincha. Miro la tarta que queda sin comer en mi plato. Madre casi nunca me permite salir del palacio. No sé por qué me había hecho ilusiones.

—Tal vez en el futuro —digo en voz baja, rezando para que esa pequeña concesión no alimente la ira de Madre—. Debe de ser fabuloso vivir allí... Tener el mar a vuestros pies y las montañas a la espalda.

—No son más que rocas y agua. —Samara, la hija mayor de Oloye Ronke arruga su ancha nariz—. Nada comparado con este magnífico palacio. —Le dedica una sonrisa radiante a Madre, pero su dulzura desaparece cuando se dirige a mí—. Además, Zaria está infestado de *divîners*. Por lo menos, las larvas de Lagos saben mantenerse en los suburbios.

Me tenso al percibir la crueldad de las palabras de Samara; dan la impresión de quedarse latentes sobre nosotras, suspendidas en el aire. Miro por encima del hombro para ver si Binta también la ha oído, pero mi mejor amiga no parece estar presente. Como es la única *divîner* que trabaja en la parte superior del palacio, mi criada siempre ha destacado, una sombra viva eternamente pegada a mí. Incluso con la cofia que Binta se coloca sobre el pelo blanco, sigue estando aislada del resto del servicio.

—¿En qué puedo ayudaros, princesa?

Me doy la vuelta y miro por encima del otro hombro. Descubro a una sirvienta que no reconozco: una chica con la piel castaña y los ojos grandes y redondos.

Retira mi taza medio llena y la sustituye por otra. Echo un vistazo al té de color ámbar; si Binta estuviera aquí, me habría echado a escondidas una cucharada de azúcar en la infusión cuando Madre no mirase.

—¿Has visto a Binta? —le pregunto.

De pronto, la chica da un respingo; aprieta los labios.

—¿Qué ocurre?

La chica abre la boca, pero sus ojos deambulan entre las mujeres de la mesa.

—Llamaron a Binta para que fuese al salón del trono, Su Alteza. Poco antes de que empezara el almuerzo.

Arrugo la frente e inclino la cabeza. ¿Qué podría querer Padre de Binta, vamos a ver? De todos los sirvientes de palacio, nunca la llama a ella. Es más, casi nunca llama a ningún sirviente.

—¿Te han dicho para qué? —pregunto entonces.

La chica niega con la cabeza. Baja la voz y elige a conciencia cada una de las palabras siguientes.

—No. Pero la acompañaron unos guardias.

Un sabor agrio avanza por mi lengua, y se vuelve amargo y oscuro mientras se desliza garganta abajo. Los guardias de este palacio no acompañan. Llevan a la fuerza.

Exigen.

La chica parece desesperada por contarme algo más, pero Madre la acribilla con la mirada. Sus garras frías me pellizcan por debajo de la mesa.

—Deja de hablar con los sirvientes.

Desvío la mirada y luego bajo la vista para esquivar la penetrante mirada de Madre. Entrecierra los ojos como un halcón de fuego petirrojo a punto de cazar, a la espera de que yo vuelva a dejarla en ridículo. Sin embargo, a pesar de su frustración, no puedo sacarme de la cabeza a Binta. Padre sabe lo estrecho que es nuestro vínculo... Si quería algo de ella, ¿por qué no me ha pedido a mí que intervenga?

Miro por las ventanas de paneles hacia los jardines del palacio a la vez que voy acumulando preguntas y hago oídos sordos a la risa vacía de las *oloyes* que me rodean. Las puertas del palacio se abren de par en par de un bandazo.

Mi hermano entra con paso decidido.

Inan es alto y apuesto, imponente con su uniforme, y se dispone a dirigir su primera patrulla por Lagos. Resplandece entre los guardias que lo obedecen, su casco decorado refleja su reciente ascenso a capitán. A mi pesar, sonrío. Ojalá

también yo pudiese participar de ese día tan especial para él. Era su mayor deseo. Por fin lo ha visto cumplido.

—Impresionante, ¿verdad? —Samara clava sus ojos marrón claro en mi hermano con una lujuria que da miedo—. El capitán más joven de la historia. Será un rey excelente.

—Desde luego —contesta Madre radiante. Se inclina hacia la posible nuera que se muere de ganas de tener—. Aunque preferiría que el ascenso no fuese acompañado de semejante violencia. Nunca se sabe lo que puede intentar hacer una larva desesperada con el príncipe heredero del trono.

Las *oloyes* asienten y comparten opiniones inútiles mientras yo bebo el té en silencio. Hablan de nuestros asuntos con la misma ligereza que si comentaran la nueva moda de llevar *geles* con incrustaciones de diamantes que se ha instalado en Lagos. Me vuelvo hacia la sirvienta que me ha hablado de Binta. Aunque ya está lejos de mi mesa, me fijo en que todavía le tiemblan las manos de los nervios...

—Samara. —La voz de Madre se introduce en mis pensamientos y vuelvo a concentrarme en el presente—. ¿Os he dicho ya lo regia que os veis hoy?

Me muerdo la lengua y apuro el resto del té. Aunque Madre dice «regia», la palabra «blanca» se esconde detrás de sus labios. Igual que los nobles *oloyes* que pueden repasar su linaje con orgullo hasta llegar a su parentesco con las primeras familias reales que lucieron la corona de Orïsha.

No «vulgar», como los campesinos que trabajan los campos de Minna o los mercaderes de la propia Lagos que ofrecen sus productos bajo el sol. No «desdichada», como yo, la princesa que Madre casi se avergüenza de llamar hija.

Cuando miro de reojo a Samara por detrás de la taza, me sorprende descubrir su nuevo tono de piel de un marrón claro. Hace apenas unos días compartía el color caoba de su madre.

—Qué amable sois, Su Majestad. —Samara baja la mirada a su vestido en un alarde de falsa modestia. Se alisa unas arrugas inexistentes en la tela.

—Deberíais compartir los trucos de belleza con Amari. —Madre me pone una mano fría en el hombro; sus dedos claros destacan contra mi piel cobriza más oscura—. Mi hija come tantas veces en los jardines que empieza a parecer una campesina.

Madre se ríe, como si no hubiera una horda de sirvientes que me tapasen con sombrillas cada vez que piso el exterior. Como si ella no me hubiera cubierto de polvos blancos justo antes de este mismo almuerzo, soltando pestes porque mi

tono de piel tan oscuro hace que la nobleza cotillee y se atreva a decir que se acostó con un criado.

—No es necesario, Madre —contesto avergonzada. Aún recuerdo el agudo dolor y la peste a vinagre de su último potingue cosmético.

—Ay, por supuesto. Sería un placer —responde Samara radiante.

—Sí, pero...

—Amari —Madre me interrumpe una vez más con una sonrisa tan tensa que podría cortarle la piel—. A mi hija le encantaría, Samara, sobre todo antes de que empiece el cortejo.

Intento tragarme el nudo que se me forma en la garganta, pero ese simple movimiento hace que casi me atragante. En ese momento percibo con tanta intensidad el olor a vinagre que casi noto el escozor en la piel.

—No os preocupéis. —Samara me coge una mano y la cubre con las suyas, malinterpretando mi reacción—. Con el tiempo acabará encantándoos el cortejo. En el fondo es muy divertido.

Me obligo a sonreír e intento apartar la mano, pero Samara me agarra con más fuerza, como si no me permitiera soltarla. Su anillo de oro me aprieta en la piel, cada una de las vueltas tiene engarzada una piedra preciosa especial. El anillo se entrelaza en una delicada cadena que se une a un brazalete adornado con el sello de nuestra monarquía: un leopardario de nieve engarzado con diamantes. Samara luce con orgullo el brazalete. No me cabe duda de que es un regalo de Madre. Muy a mi pesar, admiro su belleza. Tiene incluso más diamantes que el mío...

«¡Cielos!».

No es mío. Ya no...

El pánico me inunda mientras recuerdo lo que ocurrió con mi propio brazalete. El que le regalé a Binta.

Ella no quería aceptarlo; temía el precio de un regalo procedente del trono. Pero Padre había aumentado los impuestos de los *divîners*. Si no vendía mi brazalete, su familia y ella perderían su hogar.

«Deben de haberse enterado», pienso entonces. «Deben de pensar que Binta es una ladrona». Por eso la han convocado al salón del trono. Por eso necesitaba que la «acompañaran».

Me levanto dando un respingo. Las patas de la silla chirrían contra el suelo de baldosas. Me imagino a los guardias sujetando las delicadas manos de Binta.

Me imagino a Padre blandiendo la espada.

—Disculpadme —digo mientras retrocedo.

—Amari, siéntate.

—Madre, yo...

—Amari...

—¡Madre, por favor!

«He gritado demasiado».

Lo sé en cuanto las palabras salen de mi boca. El chillido rebota por las paredes del salón de té y acalla todas las conversaciones.

—Lo... lo siento —murmuro—. Me encuentro mal.

Con todos los ojos clavados en la espalda, me escabullo por la puerta. Noto el calor de la rabia incipiente de Madre, pero ahora no tengo tiempo para eso. En cuanto la puerta se cierra, echo a correr y me levanto el pesado vestido. Los zapatos de tacón repiquetean contra las baldosas mientras avanzo a la carrera por los pasillos del palacio.

«¿Cómo pude ser tan ingenua?», me reprendo mientras esquivo a un sirviente. Debería haber salido corriendo en cuanto esa chica me contó que habían convocado a Binta. Si se hubieran invertido los papeles, Binta no habría perdido ni un segundo.

«Oh, cielos», maldigo, y me fuerzo a correr más rápido. Paso por delante de los jarrones de lirios de impala rojos del vestíbulo, por delante de los retratos de mis antepasados reales que me observan desde hace varias generaciones.

«Por favor, que no le haya pasado nada». Me aferro a esa silenciosa esperanza mientras doblo la esquina que conduce al salón principal. Se nota calor en el ambiente y me cuesta todavía más respirar. El corazón me sale por la boca cuando freno justo delante del salón del trono de Padre, la sala que más temo de todo el palacio. El primer lugar en el que Padre nos obligó a Inan y a mí a combatir con espadas de verdad.

El origen de tantas de mis cicatrices.

Agarro las cortinas de terciopelo que cuelgan delante de las puertas de roble negro. Mis manos empapadas de sudor se hunden en el grueso tejido. «Puede que no me escuche». Fui yo quien se desprendió del brazalete. Padre podría castigarme a mí en lugar de a Binta.

Un latigazo de terror me recorre la espina dorsal y me entumece los dedos. «Hazlo por Binta».

—Por Binta —susurro.

Mi amiga más duradera. Mi única amiga.

Tengo que mantenerla a salvo.

Respiro hondo y me seco el sudor de las manos, saboreando los últimos

segundos antes de entrar. Apenas he llegado a rozar con los dedos la manija que resplandece por detrás de las cortinas cuando...

—¡¿Qué?!

La voz de Padre retumba por las puertas cerradas igual que el rugido de un gorileón salvaje. El corazón me golpea con fuerza en el pecho. Ya había oído gritar a Padre en alguna otra ocasión, pero nunca así. «¿Habré llegado demasiado tarde?».

La puerta se abre de par en par y retrocedo de un salto cuando un torrente de guardias y abanicadores salen corriendo del salón del trono como una panda de ladrones pillados in fraganti. Agarran a los demás nobles y sirvientes que merodeaban por el salón principal y los apartan con brusquedad hasta dejarme sola.

«Vamos». Me tiemblan las piernas mientras la puerta empieza a cerrarse. Padre está de un humor de perros. Pero tengo que encontrar a Binta. Si no me equivoco, podría estar atrapada allí dentro.

No puedo dejar que se enfrente a Padre ella sola.

Me abalanzo hacia delante y agarro la puerta justo antes de que termine de cerrarse. Me aferro al marco con la otra mano y abro un poquito la puerta para espiar por la rendija.

—¿A qué os referís? —vuelve a gritar Padre. La baba le salpica la barba. Se le marcan las venas bajo la piel caoba, que contrasta con la larga *agbada* roja que lleva.

Abro un ápice más la puerta, con temor a entrever el esbelto cuerpo de Binta. Pero en lugar de eso veo al almirante Ebele encogido de miedo ante el trono. Las perlas de sudor se acumulan en su calva mientras mira a todas partes menos a Padre. Junto a él, la comandante Kaea se yergue. El pelo le cae por la nuca en una trenza prieta y brillante.

—Los artefactos llegaron a la playa de Warri, una pequeña aldea costera — explica Kaea—. Su proximidad activó las habilidades latentes en unos cuantos *divîners* de la localidad.

—¿Habilidades latentes?

Kaea traga saliva; se le tensan los músculos, que destacan contra su piel marrón claro. Le da al almirante Ebele una oportunidad de hablar, pero este permanece en silencio.

—Los *divîners* se transformaron. —Kaea se estremece, como si esas palabras le produjeran un dolor físico—. Los artefactos despertaron sus poderes, Su Majestad. Los *divîners* se convirtieron en *maji*.

Jadeo, pero me tapo la boca a toda prisa para ahogar el sonido. «¿*Maji*? ¿En Orisha? ¿Después de tanto tiempo?».

Una leve punzada de miedo me recorre el pecho y cada vez me cuesta más respirar, pero me obligo a abrir la puerta un poquito más para ver mejor. «Eso no puede ser», espero que diga Padre. «Eso sería...».

—Imposible —contesta al fin, con un tono de voz que es poco más que un susurro.

Agarra la empuñadura de su hoja de *majacita* negra con tanta fuerza que le crujen los nudillos.

—Me temo que no, Su Majestad. Lo vi con mis propios ojos. Su magia era débil, pero estaba allí.

«Cielos...».

¿En qué nos afecta eso? ¿Qué ocurrirá con la monarquía? ¿Los *maji* estarán planeando ya su ataque? ¿Tendremos alguna posibilidad de contraatacar?

Los recuerdos de Padre antes del Asalto se reproducen en mi mente, un hombre paranoico con los dientes apretados y el pelo cada vez más canoso. El hombre que nos obligó a Inan y a mí a entrar en la bodega del palacio y nos puso sendas espadas en la mano aunque fuéramos todavía unos críos y demasiado débiles para sujetarlas siquiera.

«Los *maji* vendrán a buscaros», nos advirtió. Repetía las mismas palabras cada vez que nos obligaba a combatir con la espada. «Cuando lo hagan, debéis estar preparados».

El recuerdo del dolor me recorre la espalda mientras estudio la cara pálida de Padre. Su silencio intimida más que su rabia. El almirante Ebele no para de temblar.

—¿Dónde están ahora los *maji*?

—Liquidados.

Se me encoge el estómago y contengo la respiración para obligarme a hacer bajar el té que he tomado en el almuerzo. Esos *maji* están muertos. Asesinados.

Arrojados al fondo del mar.

—¿Y los artefactos? —insiste Padre, inmutable ante la muerte de los *maji*.

Si por él fuera, es probable que los «liquidara» a todos.

—Yo tengo el pergamino. —Kaea se lleva la mano a la coraza y saca un rollo de piel curtida—. En cuanto lo descubrí, me encargué de los testigos y vine directa al palacio.

—¿Y qué hay de la piedra del sol?

Kaea dirige a Ebele una mirada tan punzante que podría sacarle sangre. Él

carraspea con fuerza, como si quisiera estirar cada uno de los segundos que le quedan antes de dar la noticia.

—Alguien robó la piedra de Warri antes de que llegásemos, Su Majestad. Pero tratamos de seguirle la pista. Hemos asignado la búsqueda a nuestros mejores hombres. No me cabe duda de que la recuperaremos en breve.

La ira de Padre reluce como una llama que asciende por el aire.

—La tarea que se os encomendó fue destruirlos —susurra—. ¿Cómo ha podido ocurrir esto?

—¡Lo intenté, Su Majestad! Después del Asalto, lo intenté durante lunas. Hice todo lo que pude por destruirlos, pero los artefactos estaban embrujados.

Los ojos de Ebele se clavan en Kaea, pero ella mira fijamente al frente. El almirante vuelve a carraspear. El sudor se acumula en los pliegues que se le forman debajo de la barbilla.

—Cuando hice trizas el pergamino, los pedazos se recompusieron solos. Cuando lo quemé, volvió a tomar forma de las cenizas. Ordené al más fuerte de mis hombres que le diera un mazazo a la piedra del sol y ¡ni siquiera le salió un arañazo! Cuando vi que esos malditos artefactos no se rompían ni en sueños, los encerré en un baúl de acero y los hundí en medio del mar de Banjoko. ¡Es imposible que volvieran a emerger a la superficie! Se necesitaba mag...

Ebele se detiene antes de pronunciar la palabra.

—Os lo prometo, Su Majestad. Hice todo lo que pude, pero parecía que los dioses tuvieran otros planes.

¿Los dioses? Me apoyo en la pared. Cielos, ¿es que Ebele ha perdido la chaveta? Los dioses no existen. Todo el mundo en palacio lo sabe.

Espero que Padre reaccione ante la estupidez de Ebele, pero su rostro permanece inmutable. Se levanta del trono, pausado y calculador. Luego, veloz como una víbora, ataca, agarrando a Ebele por la garganta.

—Decidme, almirante. —Levanta en volandas el cuerpo de Ebele y le apretuja el cuello—. ¿Los planes de quién teméis más? ¿Los de los dioses? ¡¿O los míos?!

Me encojo y aparto la mirada cuando advierto que está asfixiando a Ebele. Esta es la faceta de Padre que tanto odio, la faceta que tanto me esfuerzo por no ver.

—Os... os lo prometo —jadea Ebele, sin aliento—. Lo arreglaré. ¡Os lo prometo!

Padre lo deja caer como si fuera una fruta podrida. Ebele jadea y se masajea la

garganta, los moretones ya han empezado a oscurecer su piel cobriza. Padre se da la vuelta y mira el pergamino que Kaea lleva en la mano.

—Mostrádmelo —le ordena.

Kaea hace una señal y se desplaza hacia alguien que queda fuera de mi campo de visión. Unas botas repican contra el suelo de baldosas. Entonces es cuando la veo.

«Binta».

Se me encoge el pecho al ver que la arrastran hacia delante, las lágrimas se acumulan en sus grandes ojos plateados. La cofia que con tanto esmero se ata bien todas las mañanas se le ha movido y ha dejado al descubierto unos mechones de su largo pelo blanco. Alguien la ha amordazado con un pañuelo largo, de modo que le resulta imposible chillar. Pero si pudiera hacerlo, ¿quién la ayudaría? Ya está en las garras de los guardias.

«Haz algo», me ordeno a mí misma. «¡Ya!». Pero soy incapaz de lograr que mis piernas se muevan. Ni siquiera me noto las manos.

Kaea desenrolla el pergamino y camina despacio hacia Binta, como si se aproximara a un animal salvaje. Como si no fuese la dulce chica que me ha enjugado las lágrimas durante tantos años. La sirvienta que guarda todas sus raciones de palacio para que su familia pueda disfrutar de una buena comida al día.

—Levantadle el brazo.

Binta sacude la cabeza mientras los guardias le levantan el brazo de un tirón y sus sollozos amortiguados se escapan por la mordaza. Aunque Binta se resiste, Kaea la obliga a cogerlo.

Un haz de luz estalla en la mano de Binta.

Cubre todo el salón del trono con su magnificencia: brillantes tonos dorados, resplandecientes morados, relucientes azules. La luz describe arcos y destellos mientras cae en cascada, un torrente inagotable que emerge de la palma de la mano de Binta.

—Cielos... —suspiro, el terror lucha contra la admiración y borbotea en mi pecho.

«Magia».

Aquí. Después de todos estos años...

Las viejas advertencias de Padre contra la magia me retumban en la cabeza, relatos de batallas y fuego, de oscuridad y enfermedad. «La magia es la fuente de todos los males», sisea Padre. «Dividirá y destrozará a Orisha».

Padre siempre nos enseñaba a Inan y a mí que la magia implicaría nuestra

muerte. Un arma peligrosa que amenazaba la existencia de Orisha. Mientras existiera, nuestro reino siempre estaría en guerra.

En los días aciagos que siguieron al Asalto, la magia se apoderó de mi imaginación como un monstruo sin cara. Pero en las manos de Binta, la magia resulta hipnotizadora, una maravilla sin igual. El júbilo del sol estival fundiéndose en el atardecer. La esencia pura y el aliento de vida...

Padre ataca con rapidez. Veloz como el rayo.

Un momento, Binta está de pie.

Al siguiente, la espada de Padre se le hunde en el pecho.

«¡No!».

Me llevo la mano a la boca y aprieto fuerte antes de poder gritar. Casi me caigo de espaldas. Las náuseas me suben por la garganta. Unas lágrimas calientes me escuecen en los ojos.

«Esto no está pasando». El mundo comienza a dar vueltas. «Esto no es real. Binta está a salvo. Te espera con una barra de pan dulce en tu habitación».

Pero mis pensamientos desesperados no cambian la realidad. No la devolverán de entre los muertos.

El color escarlata tiñe el pañuelo que amordaza la boca de Binta.

Unas flores encarnadas manchan su vestido azul celeste.

Me atraganto al ahogar otro grito cuando su cuerpo cae a plomo al suelo.

La sangre forma un charco alrededor de la cara inocente de Binta, tiñe sus rizos blancos de color rojo. Su olor acre se cuele por la rendija de la puerta. Contengo las arcadas.

Padre arranca el delantal de Binta y lo utiliza para limpiar su espada. Como si nada. No le importa que la sangre de mi amiga le manche la vestimenta real.

No ve que su sangre mancha también mis manos.

Me tambaleo hacia atrás, intentando recuperar el equilibrio, y me piso el bajo del vestido. Subo a toda prisa la escalera que hay en un rincón del salón principal, pero las piernas me tiemblan a cada paso. Se me nubla la vista mientras trato de llegar como sea a mis aposentos. Sin embargo, lo máximo que consigo es acercarme a trompicones a un jarrón de pie. Me agarro al borde de cerámica. Todo lo que llevo dentro me sale por la boca.

La bilis me agujonea con ferocidad, amarga por el ácido y el té. El primer sollozo se libera en cuanto mi cuerpo se desploma en el suelo. Me agarro el pecho.

Si Binta estuviese aquí, sería ella quien viniera en mi auxilio. Me cogería de la mano y me guiaría hasta mis aposentos, me invitaría a sentarme en la cama y me

secaría las lágrimas. Recogería todos los añicos de mi corazón roto y encontraría la manera de volver a unirlos.

Ahogo otro sollozo y me cubro la boca, unas lágrimas saladas se me cuelan entre los dedos. El hedor de la sangre me llena la nariz. El recuerdo de la afilada hoja de Padre se me clava otra vez...

Las puertas del salón del trono se abren de par en par. Me incorporo de un brinco, temerosa de que sea Padre. En lugar de eso, veo salir a uno de los guardias que sujetaban a Binta.

Lleva el pergamino en la mano.

No despego ojo del rollo de cuero curtido mientras el guardia sube las escaleras hacia mí; recuerdo que ha bastado un leve contacto para hacer que el mundo estallara de luz. La luz que había atrapada en el interior del alma de mi querida amiga, de una belleza increíble, de una valentía eterna.

Aparto la mirada cuando el soldado se acerca a mí y escondo la cara surcada de lágrimas.

—Disculpadme, no me encuentro bien —murmuro—. Debo de haber comido alguna fruta podrida.

El guardia se limita a asentir con la mirada, distraído mientras sigue subiendo los escalones. Aferra el pergamino con tal fuerza que se le oscurecen los nudillos, como si temiera qué podría provocar ese rollo mágico si no lo agarrase así. Observo que sube hasta la tercera planta y abre una puerta pintada de negro. De pronto caigo en la cuenta de adónde se dirige.

Los aposentos de la comandante Kaea.

Los segundos transcurren como una agonía mientras observo esa puerta, a la expectativa, aunque no sé muy bien por qué. Esperar no hará que Binta vuelva conmigo. No me permitirá disfrutar otra vez de su risa melódica. Pero, aun así, aguardo, y me quedo petrificada cuando la puerta se abre de nuevo. Regreso al jarrón y vomito una vez más, sin parar hasta que el guardia vuelve a pasar por delante de mí. Sus botas con suela de metal tintinean mientras se dirige al salón del trono. Ya no lleva el pergamino.

Con manos temblorosas, me seco las lágrimas. Sin duda, se me habrá corrido el maquillaje y los polvos que Madre me obligó a ponerme en la cara. Me paso la palma por la boca para limpiarme los restos del vómito. Varios interrogantes llenan mi mente mientras me reincorporo y me acerco a la puerta de Kaea. Debería continuar hasta mis aposentos.

A pesar de todo, entro en su habitación.

La puerta se cierra tras de mí con un golpe fuerte y doy un respingo; temo que

alguien intente averiguar el origen del sonido. Nunca había pisado los aposentos de la comandante Kaea. Creo que los sirvientes ni siquiera tienen permitido el acceso.

Mis ojos peinan las paredes de color burdeos, tan distintas de la pintura lavanda que cubre las mías. Hay una túnica real tirada a los pies de la cama de Kaea. La túnica de Padre... Debe de habérsela dejado en un descuido.

Cualquier otro día, descubrir que Padre había estado en los aposentos de Kaea me habría provocado un nudo en la garganta, pero ahora mismo apenas puedo sentir nada. El descubrimiento de la túnica de Padre palidece en comparación con el pergamino que se halla en el escritorio de Kaea.

Camino hacia él con piernas temblorosas, como si me acercase al borde de un precipicio. Espero notar algún tipo de aura en presencia del rollo; sin embargo, el aire que lo rodea continúa muerto. Alargo la mano y me detengo, trago el miedo que empieza a acumularse dentro de mí. Veo la luz que estalló en las manos de Binta.

La espada que le perforó el pecho.

Me obligo a alargar el brazo y extender las puntas de los dedos. Cuando las yemas rozan el pergamino, cierro los ojos.

No surge la magia.

El aliento que no sabía que había contenido se apresura a salir cuando recojo el pergamino arrugado. Lo desenrollo y resigo con el dedo los extraños símbolos, intentando en vano descifrar su significado. Los símbolos no se parecen a nada que haya visto antes, no están en ninguno de los idiomas que he aprendido. Y, sin embargo, son los símbolos por los que murieron los *maji*.

Unos símbolos que bien podrían haberse escrito con la sangre de Binta.

La brisa entra por las ventanas abiertas y revuelve los mechones que se me han salido del *gele* medio suelto. Debajo de esas cortinas que se mecen está el equipo militar de Kaea: espadas afiladas, riendas para pantenarias, escudos de cobre. Mis ojos se clavan en los rollos de cuerda. Tiro el *gele* al suelo.

Y sin pensar, agarro la túnica de Padre.

CAPÍTULO CUATRO



ZÉLIE

—¿De verdad no piensas volver a hablar conmigo?

Me apoyo en el lateral de la silla de montar de Nailah para mirar la cara pétrea de Tzain. Contaba con que se pasase la primera hora en silencio, pero ya llevamos tres horas.

—¿Cómo te fue el entrenamiento? —pruebo para variar. Tzain es incapaz de resistirse a conversar sobre su deporte favorito—. ¿Qué tal tiene el tobillo M'ballu? ¿Crees que se habrá curado a tiempo para los juegos?

Tzain abre la boca una milésima de segundo, pero se contiene. Tensa la mandíbula y tira de las riendas de Nailah, para que galope más deprisa por entre los ébanos africanos que se alzan como torres.

—Venga, Tzain, por favor —le digo—. No puedes ignorarme el resto de tu vida.

—Puedo intentarlo.

—Por todos los dioses. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Qué quieres de mí?

—¿Qué tal una disculpa? —suelta Tzain—. ¡Baba ha estado a punto de morir! ¿Y ahora quieres que cabalgue sin más y finja que no ha pasado nada?

—Ya os he pedido disculpas —contrataco—. A ti y a Baba.

—Eso no cambiará lo que ha ocurrido.

—¡Es que no podré cambiar el pasado solo diciendo que lo siento!

Mi chillido se hace eco entre los árboles y provoca una nueva etapa de silencio entre nosotros. Resigo con los dedos las grietas del cuero gastado de la silla de montar de Nailah mientras noto cómo se me forma un incómodo agujero en el pecho.

«Por el amor de los dioses, ¡piensa, Zélie!», resuena en mi mente la voz de Mama Agba. «¿Quién iba a proteger a tu padre si atacaras a esos hombres? ¿Quién mantendría a salvo a Tzain cuando los guardias fueran a tu casa con sed de sangre?».

—Tzain, lo siento —digo en voz baja—. En serio. Me siento fatal, no te lo puedes ni imaginar, pero...

Tzain lanza un suspiro de exasperación.

—Como siempre, tenía que haber un *pero*...

—¡Porque no es solo culpa mía! —exclamo. Mi rabia está a punto de entrar en ebullición—. ¡Si Baba salió al mar fue por culpa de los guardias!

—Y si estuvo a punto de ahogarse fue por tu culpa —contrataca Tzain—. Lo dejaste solo.

Me muerdo la lengua. No tiene sentido seguir discutiendo. Un *kosidán* fuerte y apuesto como Tzain no puede comprender por qué necesito el entrenamiento que nos proporciona Mama Agba. Los chicos de Ilorin se esfuerzan por ser sus amigos, las chicas se esfuerzan por robarle el corazón. Incluso los guardias lo siguen como corderos y cantan alabanzas a su destreza con el *agbön*.

No comprende lo que significa ser yo, pasearse bajo la piel de una *divîner*. Saltar asustada cada vez que aparece un guardia, no saber nunca cómo terminará una confrontación.

«Empezaré por esta».

Se me hace un nudo en el estómago al recordar la garra firme del guardia en mi pierna. ¿Seguiría gritándome Tzain si lo supiera? ¿Gritaría si se diera cuenta de lo mucho que me costó no echarme a llorar?

Cabalgamos en silencio hasta que los árboles empiezan a despejarse y la ciudad de Lagos aparece ante nuestra vista. Rodeada por una robusta muralla construida con la madera del corazón de los ébanos africanos, la capital es el polo opuesto de Ilorin. En lugar de alzarse sobre el mar en calma, Lagos está inundada por una horda interminable de personas. Incluso desde lejos, se ven tantas arracimadas dentro de los muros de la ciudad que es imposible entender cómo pueden vivir todas juntas.

Estudio el perfil de la capital desde lo alto del lomo de Nailah y me fijo en el pelo blanco de los *divîners* con los que nos vamos encontrando al pasar. La proporción entre *kosidán* y *divîners* en Lagos es de tres a uno, así que es fácil distinguirlos. Aunque el espacio que queda entre los muros de Lagos es ancho y largo, mi pueblo se congrega a lo largo del perímetro de la ciudad en barriadas marginales. Es el único lugar en el que permiten vivir a los *divîners*.

Me recoloco en la silla de Nailah, pero al ver los suburbios, noto que se me hunde el pecho. Hace siglos, diez clanes de *maji* y sus hijos *divîners* estaban aislados y repartidos por distintos puntos del territorio de Orïsha. Mientras que los *kosidán* poblaban las ciudades, los clanes de *maji* vivían junto a las montañas, los océanos y los campos. Pero con el tiempo, los *maji* se aventuraron

a conocer otras zonas y los clanes se extendieron por toda la superficie de Orisha; la curiosidad y la oportunidad guiaron su migración.

Con el paso de los años, los *maji* y los *kosidán* empezaron a casarse y crearon familias mixtas de *divîners* y *kosidán* como la mía. Conforme las familias mixtas se multiplicaron, el número de *maji* en Orisha también creció. Antes del Asalto, Lagos albergaba la población más grande de *maji*.

Ahora, estos *divîners* son lo único que queda.

Tzain tira de las riendas de Nailah y la detiene cuando nos acercamos a la muralla de madera.

—Esperaré aquí. Nailah se volvería loca si entrara en semejante caos.

Respondo con un gesto de la cabeza y desmonto. Le doy un beso a Nailah en el hocico negro y húmedo. Sonríe cuando me lame la mejilla con la lengua rugosa, pero la sonrisa se desvanece en cuanto vuelvo a mirar a Tzain. Las palabras no pronunciadas penden en el aire, pero me doy la vuelta y continúo avanzando de todos modos.

—Espera.

Tzain desmonta del lomo de Nailah y me alcanza de un salto. Me entrega una daga oxidada.

—Tengo el palo.

—Ya lo sé —responde—. Solo por si acaso.

Meto el arma en el gastado bolsillo del pantalón.

—Gracias.

Nos quedamos mirando el suelo de tierra en silencio. Tzain le da una patada a una piedra. No sé quién de los dos va a acabar cediendo antes hasta que por fin habla él.

—No estoy ciego, Zél. Sé que lo de esta mañana no era culpa tuya, pero necesito que vayas con pies de plomo. —Por un momento, los ojos de Tzain resplandecen y amenazan con revelar todo lo que está conteniendo—. Baba se encuentra cada vez peor y los guardias no te quitan el ojo de encima. No puedes permitirte un tropiezo ahora. Si cometes otro error, podría ser el último.

Asiento con la cabeza sin despegar la mirada del suelo. Puedo lidiar con muchas cosas, pero la decepción de Tzain me corta como un cuchillo.

—Simplemente ten más cuidado —dice Tzain, y suspira—. Por favor. Baba no sobrevivirá si te pierde... Y yo tampoco.

Intento pasar por alto la tensión que me atenaza el pecho.

—Lo siento —susurro—. Tendré más cuidado. Te lo prometo.

—Bien. —Tzain fuerza una sonrisa y me alborota el pelo—. Pues no se hable

más. Ve a vender ese maldito pescado y a ver cuánto sacas.

Me echo a reír y reajusto las tiras de la mochila de cuero.

—¿Cuánto crees que podré conseguir?

—Doscientas monedas.

—¿Solo eso? —Inclino la cabeza—. Qué concepto tan bajo tienes de mí, ¿no?

—¡Doscientas es una cantidad escandalosa, Zél!

—Te apuesto a que puedo sacarles más.

La sonrisa de Tzain se ensancha. Noto su alegría al saberse ante una buena apuesta.

—Si sacas más de doscientas, me quedaré en casa con Baba toda la semana que viene.

—De acuerdo. Trato hecho.

Sonrío y ya empiezo a imaginarme la revancha del combate contra Yemi. A ver qué tal se defiende contra mi palo nuevo.

Aprieto el paso hacia la ciudad, lista para hacer la venta, pero cuando llego al punto de control, se me revuelve el estómago al ver a la guardia real. Tengo que sacar fuerzas de flaqueza para mantener quieto el cuerpo mientras deslizo el palo plegable por dentro de la cinturilla de los pantalones drapeados.

—¿Nombre? —ladra el guardia más alto, con los ojos fijos en su registro.

Sus rizos negros se erizan por el calor y recogen el sudor que le gotea por las mejillas.

—Zélie Adebola —respondo con tanto respeto como soy capaz de mostrar.

«No metas la pata». Trago saliva. «Por lo menos, hoy no».

El guardia apenas me echa un vistazo antes de escribir la información.

—¿Origen?

—Ilorin.

—¿Ilorin?

Bajo y fornido, otro guardia se aproxima tambaleándose. Se apoya en la imponente muralla para mantenerse en pie. El intenso olor a alcohol inunda el aire en cuanto noto su inoportuna presencia.

—¿Qué haaaace una laaaarva como tú tan lejoss de casssaaaa?

Arrastra tanto las palabras que cuesta comprenderlas, gotean de su boca igual que la saliva que le salpica la barbilla. Se me encoge el pecho cuando se acerca a mí; el brillo ebrio de sus ojos resulta peligroso.

—¿Propósito de la visita? —pregunta entonces el guardia alto, que por suerte está sobrio.

—Comercio.

Al escucharlo, una sonrisa desagradable aparece en la cara del guardia borracho. Alarga la mano hacia mi muñeca, pero me aparto y les enseño el paquete envuelto.

—Comercio de pescado —aclaro, pero a pesar de mis palabras, se abalanza hacia mí.

Gruño cuando me rodea el cuello con sus mugrientas manos y me aprieta contra la muralla de madera. Se me acerca tanto que puedo contar las manchas negras y amarillas que tiene en los dientes.

—Yaaaa veo que vassss a vender pesssscaaaado. —Se echa a reír—. ¿Cuánto vaaaale una laaarva estossss díassss, Kayin? ¿Dossss monedassss de bronce?

Se me eriza la piel y me pican los dedos, que ansían poder agarrar el palo que llevo escondido. Desde el Asalto, va contra la ley que los *divîners* y los *kosidân* se den siquiera un beso, pero eso no impide que los guardias puedan magrearnos como si fuésemos animales.

Mi enfado se convierte en una furia negra, una oscuridad que percibía en Mama cada vez que los guardias se atrevían a interponerse en su camino. Al sentir el arrebató de ira, me entran ganas de empujar al soldado y romperle de un bastonazo todos los dedos sebosos. Pero junto con la furia llega la preocupación de Tzain. La angustia de Baba. La reprimenda de Mama Agba.

«Piensa, Zélie. Piensa en Baba. Piensa en Tzain. Prometí no meterme en líos. Ahora no puedo decepcionarlos».

Me lo repito una y otra vez hasta que el bruto me suelta. Se ríe en voz baja antes de dar otro trago a la botella, orgulloso. A sus anchas.

Me dirijo al otro guardia, incapaz de ocultar el odio en la mirada. No sé a cuál de los dos desprecio más: al borracho por tocarme o a este bastardo por dejar que lo haga.

—¿Alguna otra pregunta? —mascullo entre dientes.

El guardia sacude la cabeza.

Cruzo la muralla con la velocidad de un guepardario antes de que alguno de los dos pueda cambiar de opinión. Pero basta que dé unos cuantos pasos hacia el interior para que el frenesí de Lagos haga que me entren ganas de salir corriendo otra vez.

—Por todos los dioses —susurro, abrumada por la increíble cantidad de gente.

Ciudadanos, mercaderes, guardias y nobles abarrotan las anchas calles de tierra, todos y cada uno de ellos se desplazan con decisión y se nota que tienen algún propósito.

A lo lejos resplandece el palacio real: sus paredes de un blanco impoluto y sus

arcos dorados relucen al sol. Su presencia crea un contraste increíble con los suburbios de chabolas que rodean la periferia de la ciudad.

Me maravillo ante las moradas rústicas, me quedo sin aliento al observar las casuchas que se apiñan hacia lo alto. Igual que un laberinto vertical, las chabolas se apoyan unas sobre otras, una empieza donde acaba la anterior. Aunque muchas son marrones y están descoloridas, otras destacan por su pintura reluciente y sus vistosos adornos. Esa vibrante protesta desafía la etiqueta de suburbio, un rescoldo de belleza donde la monarquía no ve nada hermoso.

Camino hacia el centro de la ciudad con pasos temerosos. Conforme atravieso los suburbios, me fijo en que la amplia mayoría de los *divîners* que deambulan por las calles no son mucho mayores que yo. En Lagos es casi imposible que los niños *divîners* que sobrevivieron al Asalto lleguen a la edad adulta sin acabar antes entre rejas u haciendo trabajos forzados con grilletes.

—Por favor. No era mi intenci... ¡Aaaah!

Se oye un chillido agudo.

Doy un respingo justo cuando el bastón de un noble golpea delante de mis narices. Hace una raja en la piel de un joven *divîner* y le deja manchas de sangre en la última prenda de ropa limpia que el muchacho llevará en su vida. El chico cae sobre un montón de piezas de cerámica rotas, las baldosas hechas añicos que probablemente no ha podido sujetar entre los brazos. El noble vuelve a levantar el bastón y esta vez me fijo en el brillo de su empuñadura de *majacita* negra.

«Por todos los dioses». El olor acre de la carne abrasada me invade cuando el noble aprieta el bastón contra la espalda del chico. Su piel echa humo mientras él se esfuerza por ponerse de rodillas. Esa nauseabunda estampa hace que se me entumescan los dedos y me recuerda mi propio destino en potencia si me ponen los grilletes.

«Vamos». Me obligo a seguir avanzando, aunque se me encoge el corazón. «Muévete o la siguiente serás tú».

Me apresuro hacia el centro de Lagos y hago todo lo que puedo por ignorar el olor a alcantarilla que se desprende de las calles del suburbio. Cuando entro en el cúmulo de edificios de color pastel del barrio de mercaderes, el hedor se desvanece, sustituido por el olor a pan y canela. Me ruge el estómago.

Respiro hondo y me mentalizo para el regateo cuando veo que el mercado central zumba con los sonidos del interminable intercambio de bienes. Pero cuando veo el bazar, no me queda más remedio que frenar.

Da igual cuantas veces haya ido a la capital a vender un buen pescado con Baba, la locura del mercado central nunca dejará de sorprenderme. Más

tumultuoso aún que las calles de Lagos, en el bazar se encuentran todos los productos de Orisha que uno pueda imaginar. En una única fila de puestos veo cereales en grano de los vastos campos de Minna junto a codiciadas herramientas de hierro forjado de las fábricas de Gombe. Me paseo por entre los puestos abarrotados y disfruto del olor dulce de los plátanos fritos.

Con los oídos bien atentos, intento captar el patrón de regateo, la rapidez de cada venta. Todos compiten, aunque en lugar de cuchillos pelean con las palabras. Es mucho más agresivo que el mercado de Ilorin. Aquí no hay buena voluntad, solo negocio.

Paso por delante de los puestos de madera en los que venden cachorros de guepardario y sonrío al ver cada uno de los diminutos cuernos que asoman de sus frentes. Tengo que zigzaguear para esquivar las carretas de tejidos estampados antes de llegar por fin a la lonja de pescado.

—Cuarenta monedas de bronce...

—¿Por un pez tigre?

—¡No pienso pagar más de treinta!

Los gritos de los regateadores en plena transacción son tan estruendosos que apenas oigo mis pensamientos. Esto no es el mercado flotante de Ilorin. Aquí no sirve un trueque ni un regateo cualquiera. Me muerdo el carrillo por dentro mientras estudio la multitud. Necesito un objetivo. Un tontorrón, un...

—¡Trucha! —chilla un hombre—. ¿Acaso tengo cara de comer trucha?

Me doy la vuelta y me topo con un noble vestido con un *dashiki* morado oscuro. Entrecierra los ojos color avellana ante el vendedor *kosidán* como si acabase de recibir un grave insulto.

—Tengo pintarroja —le ofrece el mercader—. Platija, lubina...

—¡He dicho que quería pez espada! —espeta el noble—. Mi sirviente me ha dicho que os negáis a venderlo.

—No es la temporada...

—¿Y el rey come pez espada todas las noches?

El mercader se rasca la nuca.

—Si alguien pesca un pez espada, va directo a palacio. Es la ley del país.

El noble se sulfura y saca un saquito de terciopelo.

—¿Cuánto ofrece el rey? —Hace tintinear las monedas—. Os pagaré el doble.

El mercader mira la bolsa de dinero con anhelo, pero se mantiene firme.

—No puedo arriesgarme.

—¡Yo sí! —grito.

El noble se da la vuelta y entrecierra los ojos con sospecha. Le indico con la

mano que se acerque a mí y se aleje del puesto del pescadero.

—¿Tienes pez espada? —me pregunta.

—Aún mejor. Tengo un pescado que nadie podrá venderos en este mercado.

Se queda boquiabierto y noto la misma emoción que cuando un pez rodea el anzuelo justo antes de picar. Desenvuelvo el pez vela con cuidado y lo muevo bajo un rayo de luz para que sus escamas reluzcan.

—¡Cielos! —exclama el noble—. Tiene un aspecto magnífico.

—Y sabe todavía mejor. Un pez vela de cola roja, recién pescado en la costa de Ilorin. No están de temporada, así que le aseguro que ni siquiera el rey cenará esto hoy.

Una sonrisa cruza el rostro del noble y sé que esta presa acaba de picar. Sujeta el saquito de dinero.

—Cincuenta monedas de plata.

Abro mucho los ojos, pero aprieto los dientes.

«Cincuenta...».

Con cincuenta monedas podríamos pagar los impuestos debidos, tal vez incluso pudiéramos comprar otro barco. Pero si los guardias vuelven a subir los impuestos la siguiente luna creciente, con cincuenta no me libraré de los grilletes.

Suelto una estruendosa carcajada y empiezo a envolver de nuevo el pescado.

El noble arruga la frente.

—¿Pero qué haces?

—Me llevo esta joya para ofrecérsela a alguien que pueda pagarla.

—¡Cómo te atreves...!

—Disculpadme —le interrumpo—. No tengo tiempo para un hombre que ofrece cincuenta por un premio que vale diez veces más.

El noble refunfuña, pero rebusca en los bolsillos y extrae otro saquito de terciopelo.

—Toma trescientas. No pienso ofrecerte ni una moneda más.

«¡Por todos los dioses!».

Clavo los pies en la tierra para no tambalearme. Eso es más de lo que hemos visto en toda nuestra vida. Por lo menos seis lunas de impuestos, ¡aunque los suban!

Abro la boca para aceptar el trato, pero algo en los ojos del noble me hace dudar. Si ha sido tan rápido en hacerme una contraoferta, es posible que pueda subirla todavía más.

«Acéptalo», me imagino que me advierte Tzain. «Es más que suficiente».

Pero estoy tan cerca de conseguirlo que no puedo detenerme ahora.

—Lo siento. —Me encojo de hombros y termino de envolver el pescado—. No puedo malgastar un plato digno de un rey con un hombre que no puede pagarlo.

El noble echa humo por la nariz. «Ay, por todos los dioses...». Creo que me he pasado. Espero que ceda, pero se limita a seguir enfurecido en silencio. Me obligo a darme la vuelta.

Cada paso que doy dura una eternidad mientras me hundo bajo el peso de mi error. «Encontrarás a otro», intento calmarme. «A otro noble desesperado que quiera demostrar lo que vale». Puedo conseguir más de trescientas monedas. Este pescado vale mucho más que... ¿o no?

—Maldita sea. —Casi me golpeo la cabeza contra un puesto de gambas. ¿Qué voy a hacer a ahora? ¿Quién va a ser lo bastante tonto para...?—. ¡Espera!

Cuando me doy la vuelta, el rollizo noble me coloca tres monederos rebosantes contra el pecho.

—De acuerdo —gruñe con aire de derrota—. Quinientas.

Me lo quedo mirando incrédula, una expresión que él confunde con la desconfianza.

—Cuéntalas si te hace falta.

Abro uno de los saquitos y la imagen es tan hermosa que me entran ganas de llorar. La plata reluce como las escamas del pez vela, su peso es la promesa de las cosas buenas que llegarán. «¡Quinientas!». Después de comprar un barco nuevo, todavía quedará para casi un año entero de descanso de Baba. «Por fin...».

He hecho algo bien.

Le entrego el pescado al noble, incapaz de ocultar una sonrisa radiante.

—Disfrutadlo. Esta noche cenaréis mejor que el rey.

El noble resopla, pero las comisuras de la boca se le curvan hacia arriba de satisfacción. Deslizo los saquitos de terciopelo dentro de mi bolsa y comienzo a caminar; el corazón me late tan rápido que compite con la locura del mercado. Sin embargo, me quedo petrificada cuando los gritos se apoderan del ambiente. No es el sonido típico del regateo. «Qué dem...».

Doy un respingo cuando veo que explota un puesto de fruta.

Una tropa de guardias reales llega a la carga. Los mangos y los melocotones de Orisha vuelan por los aires. A cada segundo que pasa, aparecen más guardias, que inundan el mercado en busca de algo. De alguien.

Me quedo mirando anonadada la conmoción que me rodea antes de darme

cuenta de que tengo que moverme. Llevo quinientas monedas de plata en la bolsa. Por una vez, puedo perder algo más que la vida.

Me abro paso entre la multitud con un fervor renovado, desesperada por escapar. Casi he pasado ya la zona de puestos de telas cuando alguien me agarra por la muñeca.

«En nombre de todos los dioses...».

Saco el palo plegable, esperando encontrarme con el brazo de algún guardia real o con algún ladrón de poca monta. Pero cuando me doy la vuelta, veo que quien me ha agarrado no es ni un guardia ni un rufián.

Es una chica de ojos ambarinos con un vestido elegante.

Tira de mí y me esconde en una rendija que queda entre dos puestos, me aferra con tal fuerza que no soy capaz de liberarme.

—Por favor —me suplica—, ¿tienes que sacarme de aquí!

CAPÍTULO CINCO



ZÉLIE

Por un momento, me quedo sin respiración.

La chica de piel cobriza se sacude con un miedo tan visceral que se filtra en mi piel.

Los gritos aumentan de volumen conforme los guardias se acercan con sus temerarias zancadas a cada segundo que pasa. No pueden encontrarme junto a esta chica.

Si lo hacen, me matarán.

—Suéltame —le ordeno, casi tan desesperada como ella.

—¡No! No, por favor... —Las lágrimas se acumulan en sus ojos color ámbar y me agarra todavía más fuerte—. Por favor, ¡ayúdame! He hecho algo imperdonable. Si me atrapan...

Sus ojos se llenan de un terror que me resulta demasiado familiar. Porque cuando la atrapen, la cuestión no será si va a morir o no, la cuestión será cuándo ocurrirá: ¿en ese preciso momento? ¿De hambre en la cárcel? ¿O acaso los guardias se la irán pasando por turnos? ¿La destruirán por dentro hasta que se asfixie de angustia y de dolor?

«Debéis proteger a aquellos que no pueden defenderse por sí mismos». Las palabras de Mama Agba de esta mañana me resuenan en la cabeza. Me imagino su mirada seria. «Esa es la filosofía del palo».

—No puedo —digo en un suspiro, pero incluso mientras las palabras salen de mi boca, empiezo a prepararme para el combate. «Maldita sea».

No importa si puedo ayudarla o no.

Lo que importa es que no seré capaz de vivir en paz si no lo intento.

—Vamos.

Agarro a la chica por el brazo y nos metemos a toda prisa en un puesto de ropa más grande que el resto. Antes de que la tendera pueda gritar, le tapo la boca con la mano y aprieto la daga de Tzain contra su garganta.

—¿Qué... qué haces? —pregunta la chica.

Escudriño su elegante túnica. ¿Cómo habrá logrado llegar tan lejos con esa

pinta? La piel cobriza de la chica y sus prendas opulentas dicen a gritos que es de sangre noble, toda cubierta de rico terciopelo y tules dorados.

—Ponte esta túnica marrón —le ordeno antes de volver a dirigirme a la vendedora. Unas perlas de sudor le resbalan por la piel; con una ladrona *divîner*, un movimiento en falso podría ser el último que hiciera—. No voy a hacerte daño —le prometo—. Solo quiero hacer un trato.

Me asomo por la parte delantera del puesto mientras la chica se cambia una túnica por otra; todavía lleva debajo su ostentoso vestido, pero así pasará inadvertida. Sujeto a la vendedora con más vigor cuando suelta un chillido, que amortiguo con la mano. El mercado está infestado de tantos guardias que podrían formar un ejército. Los comerciantes y los ciudadanos desperdigados añaden aún más caos a la situación. Busco la manera de salir de esa locura, pero no se me ocurre ninguna ruta por la que escabullirnos. No hay escapatoria.

Tendremos que tentar a la suerte.

Vuelvo a meter la cabeza justo cuando la chica se coloca la capucha de la túnica nueva para que le tape bien la frente. Agarro la túnica que llevaba antes y la arrojo a las manos de la vendedora. El miedo en sus ojos se atenúa un poco cuando pasa los dedos por el suave terciopelo.

Bajo la daga que todavía tenía sobre su garganta y agarro otra túnica para mí, con el fin de esconder el pelo blanco bajo la capucha oscura.

—¿Estás preparada? —pregunto a la chica.

Asiente con la cabeza. Un atisbo de determinación reluce en sus ojos, pero sigo detectando un terror paralizante.

—Sígueme.

Salimos del puesto y nos adentramos en el pandemónium del mercado. Aunque los guardias se paran justo delante de nuestras narices, las túnicas marrones que nos camuflan sirven de escudo. Buscan sangre noble. «Gracias a los dioses».

Puede que en realidad sí tengamos alguna oportunidad de escapar.

—Camina a paso ligero —susurro tan bajo como puedo mientras avanzamos por los huecos entre los puestos textiles—. Pero no... —La agarro por la túnica antes de que se aleje demasiado—. Pero no corras. Llamarás la atención. Mézclate con la muchedumbre.

La chica asiente con la cabeza, pero no le salen las palabras. Bastante tiene con seguirme como un cachorro de leonaria, siempre a menos de dos pasos de mí.

Nos abrimos hueco entre la multitud hasta que llegamos al límite del mercado.

Aunque los guardias vigilan la entrada principal, hay una abertura en un lateral en la que solo monta guardia un soldado. Cuando da un paso adelante para interrogar a un noble, veo nuestra oportunidad de escapar.

—¡Rápido!

Me escurro por detrás del puesto de un ganadero para escabullirme del abarrotado mercado y aparecer en las calles de adoquines del barrio de mercaderes. Suspiro aliviada al comprobar que la enclenque chica también logra escurrirse, pero al darnos la vuelta, vemos a dos guardias como torres que nos bloquean el paso.

«¡Por todos los dioses!».

Mis pies frenan en seco. Las monedas de plata tintinean en la bolsa. Miro a la chica de reojo; su piel morena ha perdido casi todo el color.

—¿Ocurre algo? —pregunto haciendo alarde de inocencia.

Uno de ellos cruza los brazos anchos como troncos.

—Hay una fugitiva suelta. De aquí no sale nadie hasta que la atrapemos.

—Ah, perdón, no lo sabíamos —me disculpo mientras hago una reverencia respetuosa—. Esperaremos dentro.

«Maldita sea». Me doy la vuelta y regreso hacia los puestos, estudiando a toda prisa el frenético mercado. Si todas las salidas están vigiladas, nos va a hacer falta otro plan. Tendremos que buscar otra manera de sa...

Espera.

Cuando ya casi he llegado al centro del mercado, descubro que la chica no está junto a mí. Me vuelvo de nuevo y la encuentro petrificada delante de los guardias, con un leve temblor visible en las manos, que ha colocado en una postura rara.

«¡Por el amor de los dioses!».

Abro la boca para susurrar su nombre, pero ni siquiera sé cómo se llama. Lo he arriesgado todo por una desconocida. Y ahora va a conseguir que nos maten a las dos.

Intento distraer a los guardias, pero uno de ellos está a punto de mirar debajo de la capucha de la chica. No hay tiempo. Agarro el tubo metálico y lo sacudo.

—¡Agáchate!

La chica se tira al suelo. Blando el palo y golpeo con fuerza contra el cráneo del guardia: un repugnante crujido corta el aire cuando se desploma en el polvo. Antes de que el otro guardia pueda desenfundar la espada, lo azoto con el palo de combate en el esternón.

—¡Arg!

Le doy un golpe seco en la mandíbula y cae hacia atrás. Queda inconsciente en la tierra roja.

—¡Cielos! —la chica perjura como los nobles. La palabra «cielos» la delata.

Pliego el palo. Y yo he atacado a los guardias.

Ahora sí que vamos a morir.

La furia inminente de Tzain aparece en mi pensamiento como un fogonazo mientras ponemos pies en polvorosa, corriendo hasta el límite de nuestras fuerzas por el barrio de mercaderes.

«No metas la pata. Entra. Y sal». ¿En qué parte del plan encajaba el ayudar a una fugitiva?

Mientras zigzagueamos por las calles delineadas por edificios de color pastel, dos tropas de guardias reales se esfuerzan por abatirnos. Sus gritos se oyen cada vez más altos. Sus pasos resuenan cada vez más fuertes. Blandiendo las espadas recortan la distancia que los separa de nosotras; están a pocos pasos ya.

—¿Sabes dónde estamos? —le pregunto.

—Más o menos —contesta entre jadeos, con los ojos llenos de terror—. Lo suficiente para saber llegar a los suburbios, pero...

—¡Pues vamos allí!

Aprieta el paso y me adelanta para dirigir la carrera. La sigo mientras continuamos corriendo por las calles de adoquines, tumbando a varios mercaderes confundidos al pasar. La adrenalina corre por mis venas. El calor me zumba debajo de la piel. No vamos a conseguirlo. Es imposible que escapemos.

«Relájate», oigo a Mama Agba en mi cabeza. Me obligo a respirar hondo. «Sé resolutiva. Saca provecho de lo que te rodea».

Observo con atención las compactas calles del barrio de mercaderes, presa de la desesperación. Cuando doblamos la esquina, miro de reojo una pila enorme de barriles de madera. «Eso servirá».

Extiendo el palo y le doy un golpe de efecto gigante a la base de la torre de barriles. Cuando el primer barril cae al suelo y se rompe, sé que los demás no tardarán en seguirlo.

Los gritos de los guardias resuenan en el aire conforme los barriles los van golpeando. La distracción nos da tiempo suficiente para correr como locas hasta los suburbios y detenernos luego a recuperar el aliento.

—¿Y ahora qué? —jadea la chica.

—¿No sabes cómo salir de aquí?

Niega con la cabeza y veo que el sudor le chorrea por la cara.

—Nunca he venido a esta parte de la ciudad.

Los suburbios parecían un laberinto vistos desde lejos, pero desde dentro, las chabolas y casuchas se arraciman formando una red. Los pasadizos estrechos y las calles de tierra se entremezclan ante nuestros ojos. No veo ninguna salida.

—Por aquí. —Señalo la calle que queda enfrente del barrio de mercaderes—. Si ese sentido lleva hacia el centro de la ciudad, este tiene que llevar afuera.

Corremos con tantas ganas que levantamos nubes de polvo. Pero, aun así, una tropa de guardias nos cierra el paso... No nos queda más remedio que salir en estampida hacia el otro lado.

—¡Cielos! —exclama la chica con otro jadeo mientras corremos por un paseo y arrollamos a un grupo de *kosidán* sin techo.

Por un momento, me asombra que la chica haya logrado llegar tan lejos. Dudo que esquivar a los soldados formase parte de su educación como noble.

Doblamos otra esquina, pocos pasos por delante de los guardias. Me obligo a correr todavía más rápido cuando la chica tira de mí para que frene.

—¿Pero qué hac...?

Me pone la mano en la boca y me apretuja contra la pared de una chabola. Justo entonces me fijo en el espacio tan estrecho en el que nos hemos camuflado.

«Por favor, que funcione». Por segunda vez en más de una década, digo una oración, rezo a cualquier dios que pueda quedar aún allá arriba. «Por favor —suplico—. Por favor, escóndenos».

El corazón amenaza con atravesarme la caja torácica, y late tan fuerte que estoy segura de que nos va a delatar. Pero cuando la tropa se acerca, pasa de largo en estampida igual que una manada de rinomes persiguiendo a una presa.

Alzo la mirada al cielo y parpadeo al ver las nubes que pasan. Unos relucientes rayos de sol brillan entre los huecos. Es casi como si los dioses se hubieran levantado de entre los muertos, resucitados del cementerio formado después de la carnicería del Asalto. Sea lo que sea lo que habita allá arriba, me ha bendecido.

Solo confío en que la bendición no se agote pronto.

Salimos como podemos del estrechísimo hueco y tomamos otro camino, hasta toparnos sin querer con un par de *divîners* curiosos. Uno suelta la botella de ron y el fuerte olor a alcohol se me mete en la nariz, tan intenso que me arden los orificios nasales. Con ese hedor resurge otra lección de las que Mama Agba me ha dado en su *ahéré* y me da una idea.

Recojo la botella del suelo y busco por toda la calle hasta encontrar el ingrediente que me falta. «Ahí está». A pocos metros de la cabeza de la chica.

—¡Coge la antorcha!

—¿Qué?

—¡La antorcha! —chillo—. ¡La que tienes ahí delante!

La muchacha tarda un segundo en soltar la antorcha metálica de la arandela que la sujeta, pero, en cuanto lo consigue, echamos a correr. Mientras pasamos por el final de los suburbios, arranco un pedazo de tela de mi túnica y la embuto en la botella.

—¿Para qué es eso? —me pregunta.

—Ojalá no tengas que averiguarlo.

Salimos por fin de los suburbios de chabolas y la robusta puerta de madera que da entrada a Lagos aparece ante nosotras. La llave de nuestra escapatoria.

Anulada por una barricada de la guardia real.

Se me encoge el estómago cuando nos paramos en seco ante la interminable fila de guardias armados. Los soldados van a lomos de unas amenazadoras pantenarias negras, todas y cada una de las gigantescas bestias enseñan los desafiantes colmillos. Su pelaje oscuro brilla como una capa fina de aceite al sol, arcoíris de colores mate se dibujan por todo su abrigo negro. Incluso agachadas, siguen alzándose cual torres ante nosotras, supremas y listas para saltar.

—¡Estáis rodeadas! —Los ojos ambarinos del capitán me atraviesan—. Por decreto del rey Saran, ¡os ordeno que paréis!

A diferencia de los soldados, el capitán monta una feroz leopardaria de nieve casi tan grande como mi cabaña. Ocho robustos cuernos salen de su lomo, afilados y de un negro resplandeciente. El monstruo se relame los largos colmillos serrados y gruñe, ansioso por decorar su pelaje blanco moteado con nuestra sangre.

El capitán tiene el mismo tono de piel cobrizo oscuro que la chica, una piel sin arrugas ni cicatrices de guerra. Cuando la chica lo ve, sus manos vuelan a la capucha; empiezan a temblarle las piernas.

Aunque el capitán es joven, los guardias obedecen sus órdenes sin rechistar. Uno por uno, todos los soldados desenvainan la espada y nos apuntan con las hojas puntiagudas.

—Se acabó —susurra la chica, abatida.

Las lágrimas le surcan la cara mientras se arrodilla en el suelo. Tira la antorcha, rendida, y saca un rollo de pergamino arrugado.

Finjo seguir su ejemplo y me acuclillo mientras toco la tela que he metido en la botella con la llama de la antorcha. El olor acre del humo me llena la nariz. Cuando el capitán se me acerca, arrojo el arma explosiva a la fila de pantenarias.

«Vamos», azuzo a la botella de cristal, y resigo con la mirada el arco que

describe. Mientras vuela, temo que no ocurra nada.

Entonces el mundo estalla en llamas.

El fuego arde con ferocidad y arrastra a hombres y pantenarias cornudas entre sus llamaradas. Las bestias aúllan histéricas y tiran al suelo a sus jinetes en un intento de escapar.

La chica observa horrorizada, pero la agarro del brazo y la obligo a reaccionar. Ahora estamos a pocos metros de la puerta; sí, solo unos cuantos metros nos separan de la libertad.

—¡Cerrad la puerta! —ruge el capitán cuando paso por delante.

La chica se choca con él, pero consigue zafarse de sus garras cuando el capitán da un traspiés.

Los goznes metálicos chirrían y rotan, y la pesada puerta de madera empieza a bajar para cerrarse. Los guardias del punto de control blanden las armas, nuestros últimos obstáculos para lograr la libertad.

—¡No lo lograremos! —se lamenta la chica.

—¡No hay alternativa!

Hago un esprín tan rápido que hasta yo me asombro de mi velocidad. El guardia borracho de antes saca la espada y levanta el brazo, listo para atacar. Su movimiento torpón provoca la risa más que el miedo. Lo golpeo en el cráneo para vengarme y me entretengo un segundo extra para darle un rodillazo en la entrepierna cuando cae abatido.

Otro guardia consigue blandir la espada, pero me resulta fácil bloquearla con el palo de combate. Hago girar la vara metálica en las manos y le arrebató la espada de las manos. Abre mucho los ojos cuando le propino una patada rotunda en la cara y lo estampo contra la muralla de madera antes de salir por el escaso espacio que aún queda abierto.

«¡Lo hemos conseguido!». Me entran ganas de gritar mientras corro a cobijarme bajo los ébanos africanos. Me vuelvo para sonreír a la chica, pero no está. Me da un vuelco el corazón al ver que tropieza y cae al suelo, a apenas un dedo de llegar a la salida. Unas nubes de polvo la reciben al caer.

—¡No! —chillo.

A la puerta le quedan pocos segundos para acabar de cerrarse.

Después de todo, no va a conseguir escapar.

Después de estar tan cerca, van a matarla.

«Corre», me ordeno. «Huye. Tienes a Tzain. A Baba. Has hecho todo lo que podías».

Pero la desesperación de sus ojos tira de mí y entonces sé que las bendiciones

se han agotado. Porque, a pesar de todas las protestas de mi cuerpo, entro como un rayo por la rendija de la puerta y caigo rodando dentro de la ciudad pocos momentos antes de que se cierre del todo.

—Estás acabada. —El capitán da un paso al frente, ensangrentado por la bomba incendiaria—. Tira el arma. ¡Ahora mismo!

Parece que todos los guardias de Lagos nos observan fijamente. Nos rodean por todos los flancos, bloquean todos los pasos antes de que podamos intentar escapar de nuevo.

Ayudo a la chica a incorporarse y levanto el palo. Aquí acaba la historia. No me cogerán viva. Los obligaré a matarme donde estoy.

El corazón me retumba contra el pecho conforme los guardias cierran el círculo sobre nosotras. Me tomo un segundo para saborear mis últimas respiraciones. Imagino los ojos dulces de Mama, su piel de ébano.

«Voy contigo». Pienso en su espíritu. Lo más probable es que ahora Mama habite en el *alâfia*, que flote por la paz de la otra vida. Me imagino que estoy a su lado. «Enseguida estoy con...».

Un rugido ensordecedor corta el aire y petrifica a los guardias. El grito sube de volumen aún más mientras se aproxima, hasta que resulta insoportable. Apenas tengo tiempo para apartar a la chica y que no corra peligro cuando la monstruosa figura de Nailah salta por encima de la puerta de la ciudad.

Los guardias retroceden como pueden, muertos de miedo, cuando mi leonaria aterriza en el camino de tierra, la saliva le gotea de los inmensos colmillos. Estoy convencida de que es una alucinación hasta que oigo a Tzain, que grita desde lo alto del lomo de Nailah.

—¿A qué demonios esperas? —me chilla—. ¡Monta!

Sin perder ni un segundo más, salto a lomos de Nailah y tiro de la chica para que suba también. Salimos disparados y saltamos de una chabola a otra, antes de que las pobres casuchas se desplomen ante el peso de la leonaria. En cuanto Nailah logra tomar suficiente altura, da un salto definitivo y vuela hacia la puerta de entrada.

Ya estamos casi a salvo cuando noto en las venas un estremecimiento que me azota como un relámpago.

La sacudida viaja por todos los poros de mi piel y me abrasa, me deja sin aliento. El tiempo parece congelarse mientras bajo la cabeza y miro a los ojos al joven capitán.

Una fuerza desconocida arde tras su mirada ambarina, una cárcel de la que no puedo escapar. Algo en su espíritu parece aferrarse al mío. Pero antes de que

pueda pasar un segundo más atrapada en sus ojos, Nailah salta volando la puerta y corta de cuajo nuestra conexión.

Aterriza con un golpe seco y empieza a frenar, avanzando por entre los ébanos.

—Por todos los dioses —digo sin resuello.

Todas las partes de mi cuerpo gritan por el esfuerzo. No puedo creer que lo hayamos conseguido.

No puedo creer que no esté muerta.

CAPÍTULO SEIS



INAN

Fracaso.

Decepción.

Desgracia.

¿Con qué insulto me marcará hoy Padre?

Repaso las posibilidades mientras entro en palacio y subo por la escalinata de mármol blanco. «Fracaso» sería adecuado. Al fin y al cabo, regreso sin la fugitiva en las manos. Pero puede que Padre no malgaste saliva con las palabras.

Podría darme la bienvenida con el puño.

Esta vez no podré culparlo. En realidad, no.

Si no soy capaz de defender a Lagos de una única ladrona, ¿cómo diantre se supone que voy a convertirme en el próximo rey de Orisha?

«Malditos sean los cielos». Hago una pausa y me agarro a la pulida barandilla de alabastro. Hoy tenía que ser el día de mi victoria.

Entonces se cruzó en mi camino esa desgraciada con ojos de plata.

La cara de la *divîner* aparece como un fogonazo ante mis ojos por décima vez desde que la observé volar por encima de la puerta de Lagos. La imagen de su piel de obsidiana y su pelo largo y blanco me contamina. Es imposible apartarla de mis pensamientos.

—Capitán.

Hago oídos sordos ante el saludo de los guardias de la entrada y me introduzco en el salón principal. El título me parece un insulto. Un auténtico capitán habría atravesado con una flecha el corazón de esa fugitiva.

—¿Dónde está el príncipe? —Una voz aguda reverbera en las paredes del palacio.

«Maldita sea». Lo último que me faltaba.

Madre empuja las puertas de entrada y se le descoloca el *gele* cuando forcejea con los guardias que le bloquean el paso.

—Pero ¿dónde está? —chilla—. ¿Dónde está... Inan?

La cara de Madre se suaviza, aliviada. Las lágrimas asoman a sus ojos. Se

inclina para acercarse a mí y me toca el corte que llevo en la mejilla.

—Me han llegado noticias de unos asesinos.

Aparto a Madre y sacudo la cabeza. Unos asesinos habrían tenido un objetivo más claro. Habrían sido más fáciles de seguir. La fugitiva era solo una, y quería huir a toda costa. Una única fugitiva a quien no he podido apresar.

Sin embargo, a Madre no le importa la verdadera identidad de los atacantes. Ni mi fracaso. Ni el tiempo perdido. Junta las manos y contiene las lágrimas que siguen brotando.

—Inan, tenemos que... —su voz pierde fuelle.

Hasta entonces no se ha dado cuenta de que todo el mundo nos mira. Se recoloca el *gele* y da un paso atrás. Casi creo ver las garras que se extienden desde sus manos.

—Una larva atacó nuestra ciudad —suelta ante la multitud reunida—. ¿Es que no tienes que ir a ningún sitio? Ve al mercado, corre a los suburbios. ¡Asegúrate de que no vuelva a ocurrir jamás!

Soldados, nobles y sirvientes se marchan del salón al instante; tan rápido huyen que se tropiezan y se pisan unos a otros. Cuando ya se han ido, Madre me agarra por la muñeca y tira de mí hacia las puertas del salón del trono.

—No. —No estoy preparado para la ira de Padre—. No tengo noticias...

—Y no volverás a tenerlas.

Madre abre de par en par los enormes portones de madera y me arrastra por el suelo de baldosas.

—¡Fuera de la sala! —ladra.

Igual que los ratones, los guardias y los abanicadores se desperdigan.

La única alma con valor suficiente para desafiar a Madre es Kaea. Para mi sorpresa, le favorece la armadura negra de su uniforme nuevo.

«¿Almirante?». Me quedo mirando el sello decorado que indica su ascenso de rango. Es inconfundible. La han ascendido. «Pero, ¿qué ha ocurrido con Ebele?».

El fuerte olor a hierbabuena me hace cosquillas en la nariz cuando nos acercamos al trono. Repaso las baldosas y, por supuesto, veo dos marcas inconfundibles de sangre fresca que manchan las junturas.

«Cielos».

Padre ya está de malas pulgas.

—También me refiero a vos, almirante... —sisea Madre con retintín. Cruza los brazos delante del pecho.

Noto la tensión en la cara de Kaea; siempre le ocurre lo mismo cuando Madre

se dirige a ella con esa frialdad. Kaea mira a Padre. A regañadientes, este le indica que sí con la cabeza.

—Disculpadme.

Kaea hace una reverencia dirigida a Madre, aunque no hay rastro de arrepentimiento en su tono de voz. Madre sigue a Kaea con la mirada y el ceño fruncido hasta que sale por las puertas del salón del trono.

—Mirad. —Madre me empuja hacia delante—. Mirad lo que han hecho esas larvas con vuestro hijo. Esto es lo que pasa cuando lo mandáis a luchar. ¡Esto es lo que pasa cuando juega a ser el capitán de la guardia real!

—¡Las tenía acorraladas! —Sacudo el brazo para liberar la muñeca que Madre me sigue agarrando—. Dos veces. No es culpa mía que mis hombres rompieran filas después de la explosión.

—No digo que sea culpa tuya, mi amor. —Madre intenta tocarme la mejilla, pero me aparto de su mano con aroma a rosas—. Solo digo que es demasiado peligroso para un príncipe.

—Madre, si tengo que hacer esto es precisamente porque soy un príncipe —insisto—. Es mi responsabilidad que Orïsha esté a salvo. No puedo proteger a mi pueblo si me escondo dentro de los muros del palacio.

Madre sacude la mano y quita importancia a mis palabras antes de dirigirse de nuevo a Padre.

—Es el próximo rey de Orïsha, por todos los cielos. ¡Jugad con la vida de algún campesino si queréis!

La expresión de Padre continúa en blanco. Como si hubiera neutralizado a Madre. Mira por la ventana mientras ella habla y le da vueltas al anillo de rubí que luce en el dedo.

Junto a él, la espada de *majacita* descansa, imponente, en su soporte dorado, el leopardario de nieve tallado en su empuñadura reluce y devuelve el reflejo de Padre. La espada negra es como una extensión del rey, nunca está fuera de su alcance, como mucho, a un brazo de distancia.

—Has dicho que «las tenías» —interviene al fin Padre—. ¿Con quién iba la fugitiva? Cuando salió de palacio, estaba sola.

Trago saliva y me obligo a mirar a Padre a los ojos mientras doy un paso al frente.

—De momento, no conocemos su identidad. Solo sabemos que no es originaria de Lagos.

«Pero yo sé que tiene unos ojos como la luna. Sé que tiene una cicatriz antigua que le parte la ceja».

Una vez más, la cara de la *divîner* me inunda la mente con tanta claridad como si hubiera un retrato suyo en la pared del palacio. Sus labios carnosos se separan en un gruñido; sus músculos se tensan contra su constitución delgada.

Otro latigazo de energía late por debajo de mi piel. Agudo y ardiente, como el licor en una herida abierta. Ese latigazo me azota debajo del cuero cabelludo. Me estremezco y me obligo a apartar la vil sensación.

—El médico real está reanimando a los guardias del punto de control —continúo—. Cuando recuperen la conciencia, haré que la identifiquen y me digan su origen. Todavía puedo seguirles la pista...

—No harás nada semejante —espeta Madre—. ¡Hoy podrías haber muerto! Y entonces, ¿qué? ¿Dejarías el trono en manos de Amari? —Avanza con los puños prietos y el tocado bien alto—. Debéis detener esto, Saran. ¡Detenedlo en este preciso instante!

Inclino la cabeza hacia atrás. Acaba de llamar a Padre por su nombre de pila...

La voz de Madre resuena contra las paredes rojas del salón del trono. Un duro recordatorio de sus agallas.

Ambos miramos a Padre. No soy capaz de aventurar qué hará a continuación. Empiezo a pensar que Madre ha ganado la batalla de verdad cuando Padre habla.

—Largo de aquí.

Madre abre mucho los ojos. La confianza que acaba de lucir con tanto orgullo cae de su cara igual que el sudor.

—Mi rey...

—Ahora mismo —ordena, incluso con el tono de voz—. Requiero hablar a solas con mi hijo.

Madre me agarra por la muñeca. Ambos sabemos cómo suelen terminar las charlas privadas con Padre. Pero ella no puede interferir.

No, a menos que quiera enfrentarse también a la furia de Padre.

Madre agacha la cabeza, rígida como una espada. Me mira a los ojos mientras se dispone a salir. Lágrimas nuevas dejan surcos en los polvos con los que se ha maquillado las mejillas.

Durante un buen rato, lo único que llena el amplio salón del trono son los pasos de Madre. A continuación, la puerta se cierra de golpe.

Padre y yo estamos solos.

—¿Conoces la identidad de la fugitiva?

Vacilo un momento... Una mentira piadosa podría salvarme de una paliza brutal. Pero el olfato de Padre es tan agudo como el de las hienarias a la caza.

Una mentira solo empeoraría las cosas.

—No —respondo—. Pero antes del atardecer tendremos alguna pista. Cuando la tengamos, cogeré a mis hombres...

—Olvídate de tus hombres.

Me pongo tenso. Ni siquiera piensa darme una oportunidad.

Padre no cree que pueda lograrlo. Va a quitarme el mando de la guardia real.

—Padre —digo con cautela—. Por favor. No supe prever los recursos de la fugitiva, pero ahora estoy preparado. Dadme una oportunidad de arreglar esto.

Padre se levanta del trono. Un movimiento lento y deliberado. Aunque su rostro permanece tranquilo, he visto de primera mano la rabia que puede ocultar tras su mirada vacía.

Bajo la vista al suelo mientras se acerca a mí. Ya puedo oír la sentencia que va a gritarme: «La obligación antes que uno mismo».

Orïsha antes que yo.

Hoy le he fallado. Tanto a él como a mi reino. Dejé que una sola *divîner* sembrara el caos por todo Lagos. Por supuesto que va a castigarme.

Bajo la cabeza y contengo la respiración. Me pregunto cuánto dolerá su azotaina. Si Padre no me pide que me quite la armadura, irá directo a mi cara.

Más moretones que podrá ver todo el mundo.

Cuando levanta la mano, cierro los ojos. Me preparo para el golpe. Pero en lugar de su puño contra la mejilla, noto la palma de la mano sobre el hombro.

—Sé que puedes hacerlo, Inan. Pero tienes que ir tú solo.

Parpadeo confundido. Padre nunca me había mirado de esta forma.

—No es una fugitiva cualquiera —masculla entre dientes—. Es Amari.

CAPÍTULO SIETE



ZÉLIE

Hasta que no llevamos recorrida la mitad del trayecto a Ilorin, Tzain no se siente lo bastante seguro para tirar de las riendas de Nailah y hacerla frenar. Sin embargo, cuando nos paramos en seco, mi hermano no se mueve. Debo de haber encendido en él un nivel de rabia insospechado.

Mientras los grillos cantan en los imponentes árboles, me bajo de la montura, abrazo la gigantesca cara de Nailah y le masajeo ese punto especial entre los cuernos y las orejas.

—Gracias —le susurro con el rostro metido entre el pelaje—. Cuando lleguemos a casa, te daré el mejor premio de todos.

Nailah ronronea y me roza la nariz con el hocico como si yo fuese el cachorro que tiene encomendado proteger. Basta con eso para hacerme sonreír, pero cuando Tzain baja al suelo y me acecha, sé que ni siquiera Nailah podrá protegerme contra su ira.

—Tzain...

—¿Pero a ti qué te pasa?! —grita con tanta furia que una familia de merópodos de bigotes azules sale huyendo de los árboles que tenemos encima.

—¿No me quedó otra opción! —me defiendo a toda prisa—. Iban a matarla...

—Y, en nombre de los dioses, ¿qué piensas que van a hacer contigo, eh? —Tzain da un puñetazo a un árbol con tanto ímpetu que la corteza se desprende—. ¿Es que no puedes pensar un poco para variar, Zél? ¿Por qué no te limitas a hacer lo que se supone que tienes que hacer?

—¡Eso hice! —Meto la mano en la mochila de cuero y le arrojo el saquito de terciopelo a Tzain. Las monedas de plata se desperdigan por el suelo—. ¡Saqué quinientas a cambio del pez vela!

—Ni todo el dinero de Orisha servirá para salvarnos ahora. —Tzain se tapa los ojos con las palmas de las manos, las lágrimas le manchan las mejillas—. Nos van a matar. ¡Te van a matar, Zél!

—Por favor —chilla la chica con voz aguda para llamar nuestra atención.

Posee una inquietante capacidad para encogerse; me había olvidado de que estaba aquí.

—Yo... —Se pone pálida. Bajo la inmensa capucha apenas distingo sus imponentes ojos color ámbar—. Es culpa mía. Todo lo que ha ocurrido.

—Gracias.

Pongo los ojos en blanco e ignoro la mirada penetrante de Tzain. Sin ella, Tzain se desharía en sonrisas. Nuestra familia estaría a salvo por fin.

—¿Qué habías hecho? —le pregunto—. ¿Por qué te perseguían los hombres del rey?

—No nos lo cuentes. —Tzain sacude la cabeza y señala hacia Lagos—. Vuelve. Entrégate. Es la única posibilidad que tenemos de...

Se quita la túnica y nos deja a los dos sin palabras. Tzain es incapaz de apartar la mirada de su rostro regio. Yo no puedo dejar de mirar la diadema dorada que lleva prendida en la trenza. Le cae por encima de la frente, llena de cadenas que descienden en cascada y de hojas resplandecientes. En el centro brilla un sello con diamantes incrustados. Un leopardo de nieve muy decorado que solo una familia tiene permitido lucir.

—Por el amor de los dioses —digo en un suspiro.

La princesa.

Amari.

He secuestrado a la princesa de Orisha.

—Puedo explicarlo —se apresura a decir Amari. Entonces me percato del afectado acento real que tanta dentura me produce—. Sé lo que debéis de estar pensando, pero mi vida estaba en peligro.

—Tu vida —susurro. A pesar de saber que es la princesa, el enfado me impide tratarla con respeto—. ¿¿Tu vida?!

Un fogonazo rojo me pasa por detrás de los ojos. La princesa chilla cuando la empotro contra un árbol. Se atraganta y abre los ojos, muerta de miedo, cuando le agarro el cuello con las dos manos y aprieto.

—¿Qué haces? —grita Tzain.

—¡Le enseñé a la princesa qué se siente cuando su vida corre peligro de verdad!

Tzain me sujeta por los hombros.

—Maldita sea, ¿es que has perdido el juicio?

—¡Me mintió! —grito como respuesta—. Me dijo que iban a matarla. ¡Me juró que necesitaba mi ayuda!

—¡No te mentí! —A Amari le cuesta respirar. Se lleva la mano a la garganta a

toda prisa—. Padre ha ejecutado a algunos miembros de la familia real solo por «compadecerse» de los *divîners*. ¡No dudaría en hacer lo mismo conmigo!

Se mete la mano dentro del vestido y saca un rollo de pergamino. Lo agarra con tanta fuerza que le tiembla la mano.

—El rey necesita esto. —Amari tose y mira el pergamino con una reverencia que no me cuadra—. Este rollo puede cambiarlo todo. Puede lograr que vuelva la magia.

Nos quedamos mirando a Amari, incrédulos. «Miente». La magia no puede volver. La magia murió hace once años.

—Yo también pensaba que era imposible. —Amari capta nuestra desconfianza—. Pero lo vi con mis propios ojos. Una *divîner* tocó el pergamino y se convirtió en *maji*... —Baja la voz—. Hizo surgir la luz de sus manos.

«¿Una Hacedora de Luz?».

Doy un paso al frente y analizo el pergamino. El descrédito de Tzain se me pega igual que el calor del ambiente. Y, sin embargo, cuanto más habla Amari, más me atrevo a soñar. Cuando me topé con ella, había demasiado terror en sus ojos. Un miedo genuino por su bienestar. ¿Por qué, si no, iba a perseguir medio ejército a la princesa si su huida no supusiera un riesgo aún mayor?

—¿Dónde está ahora esa *maji*? —le pregunto.

—Ya no está. —Las lágrimas asoman a sus ojos—. Padre la mató. La asesinó solo por lo que era capaz de hacer.

Amari se arropa el cuerpo con los brazos, cierra con fuerza los ojos para contener las lágrimas y que no broten. Parece encogerse. Se ahoga en su dolor.

La exasperación de Tzain se suaviza, pero las lágrimas de la princesa no significan nada para mí. «Se convirtió en *maji* —oigo el eco de su voz en mi mente—. Hizo surgir la luz de sus manos».

—Dame eso.

Me acerco al pergamino, ansiosa por inspeccionarlo. Pero en el momento en que toca mis dedos, un escalofrío antinatural viaja por mi cuerpo. Doy un respingo, sorprendida, y dejo caer el pergamino, que choca contra la corteza de un ébano africano.

—¿Qué ocurre? —pregunta Tzain.

Sacudo la cabeza. No sé qué decir. La extraña sensación zumba debajo de mi piel; extraña y al mismo tiempo familiar. Resuena en el centro de mi ser, me calienta desde dentro y ese calor emana hacia el exterior. Late como un segundo latido, vibra como...

«¿Como el *ashê*?».

El pensamiento me atenaza el corazón y revela un agujero negro dentro de mí, un agujero que ni siquiera yo sabía que existía. Cuando era pequeña, lo que más deseaba del mundo era poseer el *ashê*. Rezaba por que llegara el día en que sintiera su calor en las venas.

Como símbolo del poder divino de los dioses, la presencia de *ashê* en nuestra sangre es lo que separa a los *divîners* de los *maji*. Es el motor que nos hace falta para utilizar nuestros dones sagrados. *Ashê* es lo que necesitan los *maji* para poder hacer magia.

Me observo las manos y busco las sombras de la muerte que Madre podía conjurar mientras dormía. Cuando el *ashê* se despierta, también se despierta nuestra magia. Pero ¿es eso lo que me sucede ahora?

«No».

Apago la chispa que nace en mí antes de que su semilla pueda florecer y convertirse en esperanza. Si la magia vuelve, todo cambia. Si ha regresado de verdad... Ni siquiera sé qué pensar.

Con la magia llegarán los dioses, que ocuparán el centro de mi vida después de once años de silencio. Apenas he logrado recoger los añicos desperdigados que quedaron de mí misma después del Asalto.

Si me abandonan una vez más, no seré capaz de salir a flote de nuevo.

—¿Lo notas? —La voz de Amari desciende hasta convertirse en un susurro y da un paso atrás—. Kaea dijo que el pergamino transforma a los *divîners* en *maji*. Cuando Binta lo tocó, ¡todas aquellas luces surgieron de sus manos!

Muestro la palma y busco el brillo de color lavanda propio de la magia de las Parcas. Antes del Asalto, cuando un *divîner* se transformaba, no había garantías de cuál sería el tipo de *maji* en el que se convertiría. A menudo, los *divîners* heredaban la magia de sus padres, y casi siempre se transmitía la sangre de la estirpe materna. Dado que mi padre es un *kosidán*, estaba segura de que me convertiría en una Parca como Mama. Me moría de ganas de que llegara el momento de sentir la magia de los muertos en mis huesos, pero ahora mismo lo único que siento es un cosquilleo inquietante en las venas.

Recojo el pergamino con cuidado, temerosa de que vuelva a desencadenar alguna reacción. Soy capaz de distinguir un dibujo amarillo que representa el sol en el gastado cuero del pergamino, pero el resto de los símbolos me resultan indescifrables, son tan antiguos que parecen más viejos que el tiempo mismo.

—No me digas que te lo crees. —Tzain baja la voz—. La magia se acabó, Zél. No volverá nunca.

Sé que solo intenta protegerme. Son las palabras que ya ha tenido que decirme

otras veces, para enjugar mis lágrimas, para contener las suyas. Unas palabras que siempre he escuchado, pero esta vez...

—Y los demás que tocaron el rollo. —Me vuelvo hacia Amari—. ¿Ahora son *maji*? ¿Recuperaron sus dones?

—Sí. —Asiente también con la cabeza, primero con ímpetu, pero poco a poco su entusiasmo desaparece—. Su magia regresó a ellos... pero los hombres de Padre los liquidaron.

Se me huela la sangre mientras miro el pergamino. Aunque el cuerpo inerte de Mama vuelve a mi pensamiento como un fogonazo, no es su rostro el que visualizo ensangrentado y apaleado.

Es el mío.

«Pero ella no tenía su magia —me recuerda una vocecilla—. No tuvo oportunidad de luchar».

Y con ese mero pensamiento, vuelvo a tener seis años, estoy ovillada junto al fuego en nuestro hogar de Ibadan. Tzain me abraza con cariño y me coloca mirando a la pared, procurando protegerme, igual que siempre, del dolor del mundo.

Un estallido encarnado salpica el aire mientras el guardia golpea a Baba una y otra vez. Mama les grita que paren mientras otros dos soldados le colocan la cadena en el cuello, tan prieta que los eslabones de *majacita* le causan heridas en la piel, de las que mana sangre.

Se asfixia cuando la arrastran desde la cabaña como un animal, patatea y forcejea cuanto puede.

Excepto que, en esta versión de lo ocurrido, sí tendría su magia.

Esta vez, ganaría.

Cierro los ojos y me permito imaginar cómo habría podido ser.

—*Gb ariwo ikú!* —masculla Mama entre dientes, ahora que ha recuperado la vida gracias a mi imaginación—. *Pa ipò dà. Jáde nínú j ara!*

Los guardias que intentan estrangularla se quedan petrificados antes de sacudirse con violencia cuando su encantamiento surte efecto. Gritan cuando les arrebatan el espíritu del cuerpo, los mata con la ira de una Parca en plena posesión de sus dones. La magia de Mama se alimenta de su propia furia. Con las oscuras sombras retorciéndose a su alrededor, parece Oya, la propia Diosa de la Vida y la Muerte.

Con un grito gutural, Mama se arranca la cadena del cuello y ata los eslabones negros alrededor de la garganta del guardia que queda en pie. Gracias a la magia, salva el espíritu guerrero de Baba.

Gracias a la magia, sigue viva.

—Si lo que dices es verdad —la voz enfadada de Tzain interrumpe mi ensoñación—, no puedes quedarte. Han matado a otras personas por esto. Si encuentran el pergamino junto a Zél...

Se le quiebra la voz y mi corazón se rompe en tantos pedacitos que no sé si mi pecho podrá soportarlo. Yo podría amargarle la existencia para el resto de sus días y, aun así, Tzain seguiría dispuesto a morir al intentar mantenerme a salvo.

«Debo protegerlo a toda costa». Ahora le toca a él ser salvado.

—Tenemos que irnos. —Enrollo el pergamino y me lo guardo en la bolsa de cuero. Me muevo tan rápido que casi me olvido el saquito lleno de monedas de plata en el suelo—. Real o no, tenemos que volver con Baba. Escapemos mientras podamos.

Tzain se traga la frustración y monta encima de Nailah. Me subo detrás de él y entonces la princesa interviene, tímida como una niña.

—¿Qué... qué pasa conmigo?

—¿Qué pasa contigo? —repito yo.

Mi odio hacia su familia se enciende. Ahora que tenemos el pergamino, me entran ganas de dejar a Amari abandonada en el bosque, dejar que se muera de hambre o que acabe siendo presa de alguna hienaria.

—Si piensas llevarte ese estúpido pergamino, ella tiene que venir también. —Tzain suspira—. De lo contrario, guiaré a los guardias hacia nosotros sin pestañear.

El rostro de Amari palidece cuando me dirijo a ella.

Como si fuese yo la persona a la que tiene que temer.

—Venga, monta.

Me desplazo hacia delante para dejarle sitio en la silla de montar de Nailah.

Por muchas ganas que tenga de perderla de vista, todavía no hemos acabado con ella.

CAPÍTULO OCHO



INAN

—No lo entiendo.

Mil pensamientos se agolpan en mi mente. Intento aferrarme a los hechos: magia en Orïsha; un pergamino antiguo; ¿traición a manos de Amari?

No es posible. Aunque pudiera creer en la magia, no puedo aceptar que mi hermana esté involucrada. Permite que Madre le diga qué ropa tiene que ponerse. Amari nunca ha pasado un día fuera de estos muros, ¿y ahora ha huido de Lagos con la única cosa que podría desmoronar todo nuestro imperio?

Vuelvo a pensar y rememoro el momento en el que la fugitiva se topó conmigo. Cuando nos chocamos, algo agudo y caliente se me coló en los huesos. Un ataque extraño y poderoso. Estaba tan aturdido que no miré debajo de la capucha de la fugitiva. Pero si lo hubiese hecho, ¿de verdad habría reconocido los ojos ambarinos de mi hermana mirándome a la cara?

—No —susurro para mí mismo.

Es una barbaridad. Estoy a punto de mandar a Padre a ver al médico real. Pero es imposible negar lo que transmiten sus ojos. Enloquecidos. Calculadores. En dieciocho años he visto muchas cosas en la mirada de Padre. Pero nunca miedo. Nunca terror.

—Antes de que nacierais, los *maji* estaban borrachos de poder, siempre conspiraban para derrocar a nuestro linaje —me explica Padre—. Incluso a pesar de su insurgencia, mi padre luchó por ser justo y jugar limpio, pero con ese juego limpio solo consiguió que lo mataran.

«Junto con vuestro hermano mayor», pienso en silencio. «Vuestra primera esposa, vuestro hijo primogénito». No existe ni un solo noble en Orïsha que no conozca la masacre que tuvo que soportar Padre a manos de los *maji*. Una carnicería que más adelante sería vengada con el Asalto.

Por puro instinto, toco el peón mellado que llevo en el bolsillo, un «regalo» robado de Padre. Esa pieza de *sênet* es la única superviviente del tablero infantil de Padre, un juego de estrategia al que solía jugar conmigo cuando era pequeño.

Aunque el frío metal suele darme confianza, hoy lo noto cálido al tacto. Casi

me escuece al pasarlo entre los dedos, me quema ante la verdad latente en las palabras de Padre.

—Cuando ascendí al trono, supe que la magia era el origen de todo nuestro dolor. Ha desmoronado imperios antes que el nuestro, y mientras perviva, seguirá destrozando imperios.

Asiento con la cabeza y recuerdo las diatribas de Padre antes del Asalto. El Britāunîs. El Pörltöganés. El imperio Spānî... Todas esas civilizaciones quedaron destruidas porque quienes poseían la magia ansiaban el poder, y quienes estaban al mando no hicieron todo lo necesario para detenerlos.

—Cuando descubrí la aleación cruda que los bratonianos utilizaron para contener la magia, pensé que con eso bastaría. Crearon cárceles, armas y cadenas con *majacita*. Seguí sus tácticas e hice lo mismo. Pero ni siquiera eso bastó para domar a esas larvas traicioneras. Para que nuestro reino sobreviviera, sabía que tenía que aniquilar la magia para siempre.

«¿Qué?». Doy un salto hacia delante, incapaz de creer lo que acabo de oír. La magia nos supera. ¿Cómo iba Padre a atacar a un enemigo semejante?

—La magia es un regalo de los dioses —continúa—, una conexión espiritual entre ellos y los seres humanos. Si los dioses habían roto ese vínculo con los monarcas generaciones atrás, sabía que su conexión con los *maji* también podía romperse.

Me da vueltas la cabeza al intentar asimilar las palabras de Padre. Si a él no le hace falta ir al médico, a mí sí. La única vez que me atreví a preguntarle por los dioses orïshanos, su respuesta fue tajante: «Los dioses no son nada si no hay tontos que crean en ellos».

Me tomé al pie de la letra sus palabras, construí mi mundo sobre esa firme convicción. Y, sin embargo, aquí está, diciéndome que sí existen. Y que él les declaró la guerra a conciencia.

«Cielos».

Miro fijamente las manchas de sangre en las rendijas de las baldosas. Siempre he sabido que Padre era un hombre poderoso.

Lo que ocurre es que nunca me había percatado del alcance que podía tener ese poder.

—Después de la coronación, busqué la manera de romper el vínculo espiritual. Tardé años en hacerlo, pero al final descubrí la fuente de la conexión espiritual de los *maji* y ordené a mis hombres que la destruyeran. Hasta hoy, pensaba que había logrado borrar la magia de la faz de esta tierra. Pero ahora ese maldito rollo de pergamino amenaza con devolver la magia a Orïsha.

Dejo que las palabras de Padre me cubran como las olas, lo analizo todo poco a poco, hasta que incluso los hechos más inconcebibles se mueven como peones de *sênet* en mi mente: romper la conexión; romper la magia.

Destruir a las personas que ansiaban nuestro trono.

—Pero si la magia ya había desaparecido... —Se me forman mil nudos en el estómago, pero necesito saber la respuesta—. ¿Por qué provocar el Asalto? ¿Por qué... asesinar a todas esas personas?

Padre pasa el pulgar por el filo dentado de su espada de *majacita* y camina hasta las ventanas de paneles. El mismo lugar desde el que, de niño, contemplé cómo ardían en llamas todos los *maji* de Lagos. Once años más tarde, el olor a carbón de la carne ardiendo todavía me persigue como un recuerdo constante. Tan vívido como el calor en el ambiente.

—Para lograr que la magia desapareciera para siempre, todos los *maji* tenían que morir. En cuanto hubieran probado ese poder, nunca dejarían de luchar hasta conseguir que la magia regresase al mundo.

«Todos los *maji*...».

Por eso dejó vivir a los niños. Los *divîners* no manifiestan sus habilidades hasta que cumplen trece años. Los niños indefensos que nunca habían ejercido la magia no suponían una amenaza.

La respuesta de Padre es pausada. Tan directa que no me cabe duda de que hizo lo correcto. Pero el recuerdo de la ceniza se me mete en la lengua. Amargo. Punzante. No puedo evitar preguntarme si a Padre se le revolvió el estómago ese día.

Me pregunto si yo seré lo bastante fuerte para hacer lo mismo.

—La magia es una plaga. —Padre interrumpe mis pensamientos—. Una enfermedad letal, la peste. Si se apodera de nuestro reino como ha hecho con otros, nadie sobrevivirá a su ataque.

—¿Y cómo vamos a impedirlo?

—El pergamino es la clave —continúa Padre—. Eso es todo lo que sé. Hay algo en él que posee el poder de devolver la magia al mundo. Si no lo destruimos, él nos destruirá.

—¿Y Amari? —pregunto en voz más baja—. ¿Tendremos que... tendré que...?

El pensamiento es tan nauseabundo que no puedo pronunciarlo.

«La obligación antes que uno mismo». Eso es lo que me dirá Padre. Es lo que me gritó aquel fatídico día.

Pero pensar en levantar la espada contra Amari después de todos estos años

hace que se me seque la garganta. No puede ser lo que el rey Padre quiere de mí. No puedo matar a mi hermana pequeña.

—Tu hermana ha cometido traición —dice despacio—. Pero no es culpa suya. Yo le permití que cogiera confianza con aquella larva. Tendría que haber sabido que la disposición simplona de tu hermana la llevaría por el mal camino.

—Entonces ¿Amari puede vivir?

Padre asiente.

—Si la capturas antes de que nadie sepa lo que ha hecho. Por eso no puedes llevarte a tus hombres: la almirante Kaea y tú debéis ir en solitario a recuperar el pergamino.

El alivio me golpea el pecho con la misma fuerza que un puñetazo de Padre. No puedo matar a mi hermanita, pero sí puedo hacer que vuelva al redil.

De repente, alguien llama con impaciencia a la puerta; la almirante Kaea asoma la cabeza. Padre hace un gesto con la mano para darle la bienvenida. Detrás de ella, veo de refilón a Madre, ceñuda. Una nueva pesadez se instala sobre mis hombros. «Cielos».

Madre ni siquiera sabe dónde está Amari.

—Hemos encontrado a un noble. Afirma que vio a la larva que ayudó a la fugitiva —anuncia Kaea—. Le vendió un pescado muy extraño de Ilorin.

—¿Habéis contrastado la información en el registro de entradas y salidas? —pregunto.

Kaea asiente.

—Solo aparece una *divîner* de Ilorin que haya entrado hoy. Zélie Adebola, diecisiete años.

«Zélie...».

Mi mente encaja la pieza que le faltaba al puzle de su imponente imagen. El nombre resbala por la lengua de Kaea igual que la plata. Demasiado suave para una *divîner* que atacó mi ciudad.

—Dejadme ir a Ilorin —suelto. Repaso mentalmente los planes mientras hablo. Alguna vez he visto el mapa de Ilorin. Los cuatro sectores de la ciudad flotante. Menos de mil aldeanos, en su mayoría modestos pescadores. Podríamos tomarla con...—. Diez hombres. Eso es lo único que necesitamos Kaea y yo. Encontraré el pergamino y traeré a Amari de vuelta. Solo dadme una oportunidad.

Padre le da vueltas al anillo mientras piensa. Casi noto que tiene la negativa en la punta de la lengua.

—Si esos hombres descubren algo...

—Los mataré —le interrumpo.

La mentira se me escapa de la boca con facilidad. Si soy capaz de redimir mis faltas anteriores, nadie más tendrá que morir.

Pero Padre no puede saberlo. Ya apenas confía en mí tal y como están las cosas. Exige un compromiso férreo y sin titubeos.

Como capitán, es lo que debo darle.

—Muy bien —acepta Padre—. Marchaos. Daos prisa.

«Gracias a los cielos». Me recoloco el casco y hago la reverencia más exagerada del mundo. Estoy casi en la puerta cuando Padre me llama de nuevo.

—Inan.

Hay algo inquietante en su tono de voz. Algo oscuro.

Peligroso.

—Cuando encuentres lo que necesitas, incendia el pueblo hasta que quede reducido a cenizas.

CAPÍTULO NUEVE



ZÉLIE

Una inmensa paz reina en Ilorin.

Por lo menos, esa es la sensación que me da después del día de hoy. Los barcos de coco se mecen y tiran de las anclas, las cortinas cubren la entrada redondeada de las *ahéré*. La aldea se retira a la vez que el sol y se prepara para una noche de sueño tranquilo.

Amari abre los ojos como platos, llena de asombro, mientras navegamos por el agua y cuando nos dirigimos a la cabaña de Mama Agba a lomos de Nailah. Absorbe todos los detalles de la aldea flotante igual que un famélico campesino a quien pusieran delante de un majestuoso festín.

—Nunca había visto nada semejante —susurra—. Es una maravilla.

Inspiro el fresco aroma del mar y cierro los ojos cuando las gotitas de agua me salpican en la cara. El sabor a sal en la lengua hace que me imagine qué ocurriría si Amari no estuviera aquí; una barra recién hecha de pan dulce, un buen pedazo de carne especiada. Por una vez, podríamos irnos a la cama con el estómago lleno. Una cena de celebración en mi honor.

Mi frustración se reenciende ante la expresión embelesada e ignorante de Amari. Seguro que una princesa como ella nunca se ha saltado una comida en su atiborrada vida.

—Dame la diadema —espeto cuando Nailah entra en el barrio de mercaderes.

El asombro se borra del rostro de Amari y se pone tensa.

—Pero Binta... —Hace una pausa y recupera la compostura—. No tendría esto si no fuera por mi sirvienta... Es lo único que me queda de Binta.

—Me da igual. Por mí, como si los mismos dioses te dieron esa quincalla. No podemos arriesgarnos a que la gente descubra quién eres.

—No te preocupes —añade Tzain con tono amable—. Lo guardará en su mochila, no lo tirará al mar.

Me sulfuro ante su intento de consolarla, pero sus palabras surten efecto. Amari forcejea con el cierre y tira las relucientes joyas en mi mochila. El resplandor que añaden al brillo de las monedas de plata es exagerado. Esta

mañana no poseía ni una triste moneda de bronce. Ahora cargo con el peso de las riquezas de la familia real.

Me agacho sobre el lomo de Nailah y me doy impulso para caer en la pasarela de madera. Asomo la cabeza por la cortina de la puerta de Mama Agba y me encuentro a Baba durmiendo profundamente en un rincón, ovillado igual que un gato salvaje delante de una llama incandescente. Su piel ha recuperado el color, su cara no parece tan esquelética y demacrada. Deben de ser los cuidados de Mama Agba. Sería capaz de devolver un cadáver a la vida gracias a sus mimos.

Cuando entro, Mama Agba asoma la cabeza por detrás de un maniquí cubierto por un brillante kaftán morado a medio terminar. Las vetas que recubren las costuras indican que es digno de un noble, una venta con la que tal vez pueda cubrir los siguientes impuestos.

—¿Qué tal ha ido? —susurra, antes de cortar el hilo con los dientes.

Se ajusta el *gele* verde y amarillo que lleva atado alrededor de la cabeza y después da unas últimas puntadas para rematar el kaftán.

Abro la boca para contestar, pero Tzain entra en la tienda, seguido con timidez por Amari. La princesa observa toda la *ahéré* con una inocencia que solo puede ser fruto del lujo y pasa los dedos por los juncos trenzados.

Tzain hace un gesto de agradecimiento con la cabeza mirando a Mama Agba mientras coge mi mochila, luego se detiene para entregarle el pergamino a Amari. Levanta el cuerpo dormido de Baba con facilidad. Baba ni siquiera se remueve.

—Voy a buscar nuestras cosas —dice—. Decidid qué hacemos con este pergamino. Si nos vamos...

Su voz pierde fuelle y el estómago se me encoje por el sentimiento de culpa. Ya no hay lugar para un «si» condicional. Me he cargado de un plumazo esa posibilidad.

—Date prisa y punto.

Tzain se marcha y hace todo lo posible por enterrar sus emociones. Observo la puerta mientras desaparece su imponente constitución. Lamento en el alma ser el origen de su dolor.

—¿Iros? —pregunta Mama Agba—. ¿Por qué ibais a marcharos? Y ¿quién es esta?

Sus ojos se entrecierran mientras repasa a Amari de arriba abajo. Incluso con esa túnica tan poco favorecedora, la postura perfecta de Amari y la barbilla levantada denotan su naturaleza regia.

—Eh, hum... —Amari se vuelve hacia mí y aprieta con más fuerza el

pergamino—. Yo... soy...

—Se llama Amari. —Suspiro—. Es la princesa de Orisha.

Mama Agba suelta una risa profunda.

—Es un honor, Mi Alteza —bromea mientras hace una reverencia exagerada.

Sin embargo, al ver que ni Amari ni yo sonreímos, Mama abre los ojos como platos. Se levanta del taburete y abre la túnica de Amari para dejar al descubierto el vestido azul oscuro que lleva debajo. Incluso a pesar de la mala iluminación, el marcado escote brilla con las relucientes piedras incrustadas.

—Por el amor de los dioses... —Se vuelve hacia mí agarrándose el pecho con ambas manos—. Zélie, ¿puede saberse qué has hecho, niña mía?

Obligo a Mama Agba a sentarse y le cuento lo que ha ocurrido durante el día. Los detalles de nuestra huida le despiertan oleadas de orgullo y rabia, pero son las propiedades del pergamino las que la dejan paralizada.

—¿Es real? —pregunto—. ¿Hay algo de verdad en todo esto?

Mama se queda callada un momento interminable, mirando con fijeza el rollo de pergamino que sostiene Amari. Por una vez, sus ojos oscuros resultan indescifrables, ocultando las respuestas que tanto anhelo.

—¿Puedo cogerlo?

En cuanto el pergamino toca las palmas de las manos de Mama Agba, le falta el aliento. Su cuerpo tiembla y se sacude con tal violencia que se golpea la cabeza contra el suelo.

—¡Mama Agba! —Corro a su lado y la sujeto de las manos. No la suelto hasta que los temblores cesan. Con el tiempo, remiten por fin y puedo dejarla tumbada en el suelo, tan quieta como uno de sus maniquís—. Mama, ¿estáis bien?

Las lágrimas le inundan los ojos y se derraman sobre las arrugas de su piel oscura.

—Hacía tanto tiempo —susurra—. Nunca pensé que volvería a notar el calor de la magia.

Abro los labios, sorprendida, y retrocedo, incapaz de creer lo que acabo de oír. No puede ser. Creía que no había ni un solo *maji* que hubiese sobrevivido al Asalto...

—¿Sois una *maji*? —pregunta Amari—. Pero vuestro pelo...

Mama Agba se quita el *gele* y se pasa la mano por la cabeza afeitada.

—Hace once años tuve una visión de mí misma visitando a un Cáncer. Le pedí que me liberara de mi pelo blanco y utilizó la magia de la enfermedad para quitármelo todo.

—¿Sois una Vidente? —pregunto anonadada.

—En otro tiempo lo era. —Mama Agba asiente con la cabeza—. Perdí el pelo el día del Asalto, horas antes de que llegaran los soldados que me habrían liquidado.

«Increíble». Cuando era pequeña, la gente reverenciaba a los pocos Videntes que vivían en Ibadan. La magia que utilizaban terminó por ayudar a sobrevivir a todos los demás clanes de *maji* de nuestra ciudad. Sonrío, aunque mi corazón ya debería habérselo imaginado. Mama Agba siempre ha tenido un sexto sentido, una sabiduría muy superior a la que podría haber adquirido con sus años.

—Antes del Asalto —continúa Mama Agba—, percibí que la magia iba a ser eliminada de este mundo. Intenté conjurar una visión de lo que se avecinaba, pero cuando lo necesitaba más que nunca, no fui capaz de ver nada.

Se estremece con una mueca, como si reviviera el dolor de ese día una y otra vez. Intento imaginar qué imágenes horribles se suceden en su mente.

Mama arrastra los pies hasta las ventanas con mosquitera y corre las cortinas. Observa sus manos cuarteadas, arrugadas después de tantos años de costura.

—*Orúnmila* —susurra para invocar al Dios del Tiempo—. *Bá mi s r . Bá mi s r .*

—¿Qué hace?

Amari da un paso atrás, como si las palabras de Mama Agba pudiesen cortarla. Pero la emoción al escuchar yoruba auténtico por primera vez después de más de una década es tan sobrecogedora que no soy capaz de contestar.

Desde el Asalto, lo único que he oído son las pausas abruptas y los sonidos guturales del orishano, la lengua que nos obligan a hablar. Hacía tanto tiempo que no oía un encantamiento, tanto tiempo desde que la lengua de mi pueblo solo existía en mis recuerdos...

—*Orúnmila* —traduzco mientras Mama Agba canta—. Háblame. Háblame. Está invocando a su dios —le cuento a Amari—. Intenta hacer magia.

Aunque la respuesta sale con facilidad, ni siquiera yo creo lo que veo. Mama Agba canta con una fe ciega, paciente y confiada, tal como se espera de los seguidores del Dios del Tiempo.

Mientras invoca a *Orúnmila* para que la guíe, una sacudida de nostalgia se remueve en mi corazón. Da igual lo mucho que lo haya deseado en mi vida, nunca he tenido suficiente confianza para invocar así a Oya.

—¿No es peligroso? —pregunta Amari, que se aplasta contra las paredes de junco de la *ahéré* cuando las venas se marcan en la garganta de Mama Agba.

—Es parte del proceso —contesto mientras intento tranquilizarla con un gesto de la cabeza—. El coste de utilizar nuestro *ashê*.

Para despertar la magia debemos emplear el lenguaje de los dioses para aprovechar y moldear el *ashê* que corre por nuestra sangre. Para una Vidente con experiencia, este encantamiento sería fácil, pero después de tantos años sin practicar, es probable que el encantamiento requiera todo el *ashê* de Mama Agba. El *ashê* se ejercita como cualquier otro músculo del cuerpo; cuanto más lo utilizamos, más fácil es aprovecharlo y más fuerte se vuelve nuestra magia.

—*Orúnmila, bá mi s r . Orúnmila, bá mi s r ...*

A cada palabra que pronuncia, su respiración se agita más. Las arrugas de su rostro se tensan hasta desaparecer por el esfuerzo. Aunar el *ashê* conlleva un precio físico. Si intenta generar demasiada energía para la magia, podría perder la vida.

—*Orúnmila...* —la voz de Mama Agba se vuelve más intensa. Una luz de color plateado empieza a brotar de sus manos—. *Orúnmila, bá mi s r Orúnmila, bá mi s r ...*

El cosmos explota entre las manos de Mama con tanta fuerza que Amari y yo caemos de espaldas en el suelo. Amari chilla, pero mi grito queda atrapado en el nudo que tengo en la garganta. Los azules y morados del cielo nocturno centellean entre las palmas de Mama Agba. Se me encoge el corazón ante una visión tan hermosa. «Ha vuelto».

Después de todo este tiempo, la magia está aquí por fin.

Es como si se me abriera en el corazón la compuerta de una presa de agua, una ola interminable de emoción que arrastra todo mi cuerpo. Los dioses han regresado. ¡Están vivos! Han vuelto con nosotros después de todos estos años de ausencia.

Las relucientes estrellas que rodean las palmas de Mama Agba dan vueltas y bailan unas con otras. Poco a poco, cristaliza una imagen, que se endurece igual que una escultura ante nuestros ojos. Al cabo de un rato, consigo distinguir tres siluetas en una cordillera montañosa. Trepan con una furia incansable, se abren paso por una espesa maleza.

—Cielos —maldice Amari. Da un tembloroso paso adelante—. ¿Esa... soy yo?

Resoplo ante su vanidad, pero al ver mi *dashiki* recortado me quedo muda. Tiene razón: somos nosotras dos, acompañadas de Tzain, y ascendemos por el verde de la selva. Alargo las manos hacia una piedra mientras Tzain guía a Nailah con las riendas para que suba a una repisa. Ascendemos más y más por la montaña, escalamos hasta que llegamos a...

La visión se desvanece y deja un vacío en el aire en un abrir y cerrar de ojos.

Nos quedamos mirando las manos también vacías de Mama Agba, unas manos que acaban de cambiar mi mundo entero.

Los dedos de Mama tiemblan tras el esfuerzo de su visión. Más lágrimas escapan por sus ojos.

—Siento... —se atraganta a causa de los sollozos silenciados—. Siento que puedo volver a respirar.

Muevo la cabeza, aunque no sé cómo describir la tirantez de mi propio corazón. Después de lo ocurrido en el Asalto, estaba segura de que no volvería a ver la magia jamás.

Cuando las manos de Mama Agba dejan de temblar, agarra el pergamino, la desesperación se desprende de su tacto. Estudia el rollo con atención; por el movimiento de sus ojos, me percató de que en realidad está leyendo los símbolos.

—Es un ritual —informa—. Eso lo tengo claro. Algo con un origen antiguo, una forma de conectar con los dioses.

—¿Podéis hacerlo? —pregunta Amari.

Sus ojos ambarinos brillan con una mezcla de asombro y miedo. Mira a Mama Agba con la misma admiración que si estuviera hecha de diamantes; sin embargo, se estremece cada vez que se le acerca.

—No soy yo la que está destinada a hacer esto, chiquilla. —Mama Agba me coloca el pergamino en las manos—. Tú has visto la misma visión que yo.

—No... No podéis hablar en serio —tartamudea Amari. Por una vez, le doy la razón.

—¿Por qué os empeñáis en discutir? —pregunta Mama—. Vosotros tres salíais en la visión. ¡Viajabais juntos para recuperar la magia!

—Pero ¿no ha vuelto ya? —pregunta Amari—. Lo que acabáis de hacer...

—Una fracción de lo que podía hacer antes. Este pergamino enciende la chispa de la magia, pero para que regrese con todo su poder, debéis hacer algo más.

—Tiene que haber alguien mejor. —Niego con la cabeza—. Alguien con más experiencia. Es imposible que seáis la única *maji* que escapase del Asalto. Podríamos utilizar vuestros poderes para encontrar a alguien más apropiado que se encargue del pergamino.

—Chicas...

—¡No podemos! —estallo—. ¡Yo no puedo! Baba...

—Yo cuidaré de tu padre.

—Pero ¿y los guardias?!

—No te olvides de quién te enseñó a luchar.

—Además, no sabemos qué hay que hacer —interrumpe Amari—. ¡Si ni siquiera entendemos lo que pone!

De repente, Mama Agba tiene la mirada perdida y se nota que una idea nueva le ronda la cabeza. Se desplaza hasta un rincón donde guarda sus preciados objetos personales y regresa con un mapa descolorido.

—Aquí. —Señala un punto en la selva Funmilayo varios días al este de la costa de Ilorin—. En mi visión viajabais allí. Debe de ser donde está Chândomblé.

—¿Chândomblé? —pregunta Amari.

—Un templo legendario —responde Mama Agba—. Se rumorea que es el hogar de los sagrados *sêntaros*, los protectores de la magia y el orden espiritual. Antes del Asalto, solo los líderes recién elegidos de los diez clanes de los *maji* realizaban la peregrinación al santuario, pero si mi visión os mostraba de camino a ese templo, debe de ser vuestro momento de ir. Debéis hacerlo. Puede que Chândomblé posea las respuestas que buscáis.

Cuanto más habla Mama Agba, menos siento las manos y los pies. Me entran ganas de gritar: «Pero ¿¿por qué no lo entendéis?!».

Me falta valor.

Miro a Amari; por un instante, casi me olvido de que es una princesa. A la luz de las brillantes velas de Mama Agba, parece pequeña, insegura de sus movimientos.

Mama Agba me pone una mano arrugada en la cara y agarra la muñeca de Amari con la otra mano.

—Sé que tenéis miedo, chicas, pero también sé que podéis hacerlo. Zélie, de todos los días en que podías viajar a Lagos, has ido justo hoy. Amari, de todas las personas a las que podías haberte acercado en el mercado, la elegiste a ella. Los dioses han empezado a actuar. Nos han bendecido con nuestros dones por fin, después de todo este tiempo. Debéis confiar en que no van a dejar el destino de los *maji* en manos de cualquiera. Los dioses no se equivocan. Confiad en vosotras mismas.

Suelto un profundo suspiro y me quedo mirando el suelo de juncos tejidos. Los dioses que en otra época me parecían tan lejanos están ahora más cerca de lo que habría imaginado que era posible. Mi única intención hoy era graduarme.

Solo me hacía falta vender un pescado.

—Mama...

—¡Socorro!

Un grito rompe la calma de la noche. En un instante, todos nos incorporamos. Agarro el palo plegable mientras Mama corre a la ventana. Cuando abre las cortinas con brusquedad, me fallan las piernas.

El fuego ruge en el barrio de mercaderes, todas las *ahérés* han quedado engolfadas entre las llamaradas abrasadoras. Volutas de humo negro suben como torres hacia el cielo, junto con los alaridos de los aldeanos, que piden auxilio mientras nuestro mundo se derrumba, preso de las llamas.

Una fila de flechas encendidas cruza la oscuridad; cada una de ellas explota en cuanto entra en contacto con los tejados de junco y las estacas de madera de las *ahérés*.

«Pólvora».

Una mezcla poderosa que solo los guardias del rey podrían obtener.

«Tú», murmura asqueada mi voz interior. «Los has traído tú».

Y ahora los guardias no se limitarán a matar a todos mis seres queridos.

Quemarán el pueblo entero hasta que termine reducido a cenizas.

Antes de que transcurra un segundo más, ya estoy en la puerta, y no me detengo, aunque Mama Agba me llama a gritos. Tengo que encontrar a mi familia. Tengo que asegurarme de que están a salvo.

Con cada paso que doy sobre la pasarela medio desmoronada, veo crecer el infierno que ilumina mi hogar, convertido en una llama continua. El hedor a carne quemada se me atasca en la garganta. Hace pocos minutos que se declaró el fuego y, sin embargo, todo Ilorin arde ya en llamas.

—¡Socorro!

Por fin reconozco los lamentos. La pequeña Bisi. Sus gritos cortan la oscuridad y su desesperación es desgarradora. Se me hunde el pecho mientras corro a toda velocidad y dejo atrás la *ahéré* de Bisi. ¿Conseguirá salir del incendio con vida?

Sigo corriendo hacia casa y veo varios aldeanos desesperados por escapar de las llamas que saltan al océano, sus gritos perforan el cielo nocturno. Tosiendo, se aferran a los maderos achicharrados, luchan por seguir a flote.

Una extraña sensación se apodera de mí, surge por mis venas y detiene mi respiración, que me obstruye el pecho. Con esa sensación, noto un calor que zumba bajo mi piel. «Una muerte...».

Un espíritu.

«Magia». Uno las piezas para resolver el enigma. «Mi magia».

Una magia que todavía no comprendo. Una magia que nos ha encerrado en este infierno.

Pero aun cuando las ascuas encendidas me queman la piel, visualizo a los Amos de las Mareas convocando torrentes de agua para combatir las llamas. Abrasadores que mantengan a raya las llamaradas.

Si aquí hubiera más *maji*, sus dones podrían detener este horror.

Si estuviéramos entrenados y armados con encantamientos, el fuego no tendría ninguna posibilidad de vencer.

Un fuerte crujido reverbera en el ambiente. Los tablones de madera que hay bajo mis pies crujen cuando me acerco al sector de pescadores. Corro hasta donde me lo permite la pasarela y después me lanzo al aire dándome impulso.

El humo me quema la garganta cuando aterrizo en la temblorosa cubierta que sustenta mi hogar. Las llamas me impiden ver, pero aun así, me obligo a actuar.

—¡Baba! —grito entre toses, mis chillidos se suman al caos de la noche—. ¡Tzain!

No hay ni una sola *ahéré* en nuestro sector que no esté engolfada en llamas y, a pesar de todo, continúo corriendo, con la esperanza de que la nuestra no comparta el mismo destino.

La pasarela se tambalea bajo mis pies y mis pulmones gritan, faltos de oxígeno. Caigo al suelo rendida delante de mi casa, abrasada por el calor que irradian las llamas.

—¡Baba! —chillo horrorizada, buscando algún signo de vida entre las lenguas de fuego—. ¡Tzain! ¡Nailah!

Grito hasta que se me queda la garganta en carne viva, pero nadie responde a mi llamada. No sé si hay alguien atrapado dentro.

No distingo si aún siguen vivos.

Me incorporo como puedo y extendiendo el palo. Empujo con él la puerta para abrirla. Estoy a punto de entrar a la carrera cuando una mano me agarra por el hombro y tira de mí con tal fuerza que me tropiezo y caigo al suelo.

Las lágrimas me nublan la visión. Me cuesta distinguir el rostro de mi asaltante. Sin embargo, al cabo de poco las llamas parpadeantes iluminan su piel cobriza. «Amari».

—¡No puedes entrar ahí! —grita entre toses—. ¡Se va a derrumbar!

Me zafó de Amari y la tiro al suelo, con la pasajera intención de ahogarla en el mar. Cuando por fin me suelta, camino a gatas hacia mi *ahéré*.

—¡No!

Las paredes de junco que tardamos una luna en levantar se desmoronan con un fuerte crujido.

Se queman hasta unirse con las maderas de la pasarela chamuscada y caen al

mar, se hunden hasta el fondo. Espero que la cabeza de Tzain emerja entre las olas, que Nailah suelte un alarido de dolor. Pero solo veo negrura.

De un plumazo, mi familia entera ha quedado barrida por el fuego.

—Zélie...

Amari vuelve a cogerme del hombro; me arde la sangre al notar el contacto. La agarro por el brazo y tiro de ella hacia delante; el dolor y la rabia alimentan mi fuerza.

«Te voy a matar», decido. «Si ellos mueren, tú morirás también».

Así tu padre experimentará este dolor.

Así el rey sabrá lo que es una pérdida insoportable.

—¡No! —grita Amari mientras la arrastro hacia las llamas, pero casi no la oigo, porque la sangre me bombea dentro de los oídos y lo anula todo.

Cuando la miro, veo el rostro de su padre. Todo lo que llevo dentro se retuerce de odio.

—Por favor...

—¡Zélie, basta!

Suelto a Amari y corro como el rayo hacia el mar abierto. Nailah badea en el agua con Tzain montado en su lomo. Detrás de él, Baba y Mama Agba están sentados, sanos y salvos, en un barco de coco atado a la silla de montar de Nailah. Me siento tan sobrecogida por la estampa que tardo unos segundos en asimilar que están vivos.

—Tzain...

Los fundamentos del barrio de pescadores se desmoronan por completo. Antes de que podamos saltar, el barrio entero se hunde y nos arrastra consigo. El agua fría como el hielo atrapa nuestro cuerpo en un remolino y calma las quemaduras de las que ya me había olvidado.

Me permito hundirme entre los maderos rotos y las casas destrozadas. La oscuridad limpia mi dolor y aplaca la rabia, la enfría.

«Puedes quedarte aquí abajo», oigo un tímido pensamiento, como un susurro interior. «No hace falta que continúes luchando...».

Por un momento me aferro a esas palabras, me agarro como puedo a mi única posibilidad de escapar. Pero cuando me silba el pecho, obligo a mis piernas a patear y a devolverme al mundo hecho añicos que conozco.

No importa cuánto anhele la paz, los dioses tienen otros planes.

CAPÍTULO DIEZ



ZÉLIE

Flotamos hasta una pequeña ensenada enfrente de la costa norte en silencio, incapaces de hablar después de tanto horror. Aunque las olas bravas rugen con fuerza, el recuerdo de los gritos de Bisi atruena todavía con más fuerza en mi cabeza.

Cuatro muertes. Cuatro personas que no pudieron escapar de las llamas.

Yo provoqué el incendio de Ilorin.

Su sangre me mancha las manos.

Me agarro de los hombros para guardarme todas estas emociones mientras Mama Agba cura nuestras heridas y las protege con tela que se ha arrancado de la falda. Aunque hemos conseguido escapar del incendio, varias quemaduras y algunas ampollas nos motean la piel. De todos modos, acepto encantada ese dolor; casi me lo merezco. Las heridas de mi piel no son nada comparadas con el sentimiento de culpa que me abrasa el corazón.

Una intensa presión me atenaza el estómago mientras el recuerdo de un cadáver calcinado cristaliza detrás de mis ojos. La piel achicharrada que se pelaba en sus extremidades, el hedor a carne quemada que todavía contamina cada una de mis inspiraciones.

«Están en un lugar mejor», me repito para mitigar la culpa. Si sus espíritus han ascendido a la paz del *alâfia*, la muerte casi habrá sido un regalo. Pero si sufrieron demasiado antes de morir...

Cierro los ojos e intento tragarme el pensamiento. Si el trauma de sus muertes fue exagerado, sus espíritus no ascenderán a la otra vida. Se quedarán atrapados en el *apâdi*, el infierno eterno, y allí revivirán lo peor de su sufrimiento.

Cuando aterrizamos en la rocosa extensión de tierra, Tzain ayuda a Amari mientras yo acompaño a Baba. Le prometí que no estropearía las cosas. Ahora toda nuestra aldea está en llamas.

Clavo la mirada en las rocas escarpadas, incapaz de mirar a los ojos a mi padre. Baba debería haberme vendido a los carceleros para que me pusieran los grilletes. Si lo hubiera hecho, por fin viviría en paz. El silencio de Baba no hace

más que intensificar mi miseria, pero cuando se agacha para mirarme a la cara, las lágrimas suavizan sus ojos.

—No puedes huir de esto, Zélie. Ahora no. —Me toma de las manos—. Es la segunda vez que esos monstruos han destruido nuestro hogar. Que sea la última, por favor.

—¿Baba?

Me cuesta creer que exprese su rabia. Desde el Asalto, no ha mascullado ni un solo insulto contra los monarcas. Pensaba que Baba había dado por perdida la batalla y se había rendido.

—Mientras nos falte la magia, nunca nos tratarán con respeto. Tienen que saber que podemos contraatacar. Si ellos quemar nuestras casas, nosotros quemaremos también las suyas.

Tzain se queda boquiabierto y me mira a los ojos. Hacía once años que no veíamos a este hombre.

Ni siquiera sabíamos que seguía vivo.

—Baba...

—Llevaos a Nailah —nos ordena—. Los guardias están cerca. No tenemos mucho tiempo.

Señala en dirección a la orilla, hacia la costa norte, donde cinco siluetas con armadura real agrupan a los supervivientes como si fuesen ganado. La luz reluciente de las llamas ilumina el sello del casco de uno de los soldados. «El capitán...». El mismo que nos persiguió a Amari y a mí.

Ha convertido en cenizas mi hogar.

—Ven con nosotros, Baba —protesta Tzain—. No podemos dejarte atrás.

—No puedo. No haría más que retrasaros.

—Pero Baba...

—No —corta de cuajo las quejas de Tzain. Se incorpora para ponerle la mano encima del hombro—. Mama Agba me ha contado lo de su visión. Sois vosotros tres quienes lideraréis la lucha. Es preciso que lleguéis a Chândomblé y averigüéis qué hay que hacer para devolver la magia.

Noto un nudo en la garganta. Aprieto la mano de Baba.

—Ya nos han encontrado una vez. Si vuelven a buscarnos, también os buscarán a vosotros.

—Nos iremos mucho antes de que lleguen —me asegura Mama Agba—. ¿Quién mejor que una Vidente para esquivar a los guardias?

Tzain pasea la mirada entre Mama Agba y Baba, y aprieta la mandíbula

mientras lucha por no cambiar la expresión de la cara. No sé si será capaz de dejar atrás a Baba. Tzain no sabe vivir sin ocuparse de proteger a los demás.

—¿Cómo os encontraremos luego? —pregunto en un susurro.

—Traed la magia de vuelta para siempre —indica Mama Agba—. Mientras siga teniendo mis visiones, siempre sabré adónde ir.

—Tenéis que marcharos ya —nos urge Baba con contundencia al oír otro aluvión de gritos.

Un guardia agarra a una anciana por el pelo y le pone la espada en la garganta.

—¡Baba, no!

Intento tirar de él para que nos acompañe, pero Baba es mucho más fuerte que yo, y se arrodilla para arropar mi tembloroso cuerpo con sus brazos. Me estrecha con una fuerza y un cariño que no había demostrado desde hacía años.

—Tu madre... —Se le quiebra la voz. Un sollozo se me escapa de la garganta—. Te quería con locura. Ahora mismo estaría muy orgullosa de ti.

Me agarro con tanta fuerza a Baba que le clavo las uñas en la piel sin querer. Me vuelve a abrazar fuerte antes de levantarse para dar un abrazo a Tzain. Aunque Tzain supera a Baba en altura y envergadura, Baba lo iguala en intensidad al abrazarlo. Se quedan así cogidos unos segundos más, como si no pensarán separarse nunca.

—Estoy orgulloso de ti, hijo. Pase lo que pase. Siempre estaré orgulloso.

Tzain se apresura a limpiarse las lágrimas. No le gusta mostrar sus emociones. Reserva el dolor para la soledad de la noche.

—Os quiero —nos susurra Baba mirándonos a los dos.

—Nosotros también te queremos —respondo con la voz quebrada.

Hace un gesto hacia Tzain para que monte en Nailah. Amari sube la siguiente, mientras unas lágrimas silenciosas le resbalan por las mejillas. A pesar de mi dolor, noto un cosquilleo de rabia. ¿Por qué llora?

Una vez más, su familia es la razón por la que la mía tiene que romperse.

Mama Agba me da un beso en la frente y me estrecha entre sus brazos con cariño.

—Ten cuidado, pero sé fuerte.

Sorbo y asiento con la cabeza, aunque ahora mismo me siento de todo menos fuerte. Tengo miedo. Soy débil.

Voy a decepcionarlos.

—Cuida de tu hermana —le recuerda Baba a Tzain cuando subo a la montura—. Y Nailah, sé buena. Protégelos.

Nailah le lame la cara a Baba y baja la cabeza, una señal de una promesa que

siempre cumplirá. Se me encoge el pecho cuando la leonaria empieza a avanzar, alejándome de mi corazón y de mi hogar. Entonces vuelvo la cabeza y el rostro de Baba reluce con una extraña sonrisa.

Rezo por que vivamos lo suficiente para volver a ver esa sonrisa.

CAPÍTULO ONCE



INAN

—Cuenta hasta diez —me digo en voz baja—. Cuenta. Hasta. Diez.

Porque cuando termine de contar, este horror habrá acabado.

La sangre de los inocentes ya no me manchará las manos.

—Uno..., dos...

Sujeto el peón de *sênet* de Padre con mano temblorosa, lo agarro tan fuerte que el metal me hace daño. Los números ascienden, pero nada cambia.

Igual que Ilorin, todos mis planes se han desmoronado por culpa de las llamas.

Se me hace un nudo en la garganta al ver que la aldea se derrumba en una feroz llamarada y se hunde en el mar, llevándose consigo las casas de cientos de personas. Mis soldados arrastran los cadáveres por la arena, cuerpos achicharrados hasta quedar irreconocibles. Los gritos de los vivos, muchos de ellos heridos, me ensordecen. Mi lengua solo nota la ceniza. Cuántas vidas malgastadas. Cuánta muerte.

Este no era mi plan.

Debería tener a Amari en una mano y a la ladrona *divîner* encadenada en la otra. Kaea debería haber recuperado el pergamino. Solo la choza de la *divîner* debería haber ardido.

Si hubiera conseguido recuperar el rollo, Padre lo habría entendido. Me habría dado las gracias por mi discreción, habría alabado mi buen juicio al ahorrar un sufrimiento innecesario a la aldea de Ilorin. Nuestro comercio de pescado estaría a salvo. La única amenaza a la monarquía habría sido erradicada.

Pero he fallado. Una vez más. Después de suplicarle a Padre otra oportunidad. El pergamino sigue en manos enemigas. Mi hermana está en peligro. Un pueblo entero ha sido arrasado. Y aun con todo, no tengo nada que ofrecer a cambio.

Los ciudadanos de Orisha no están a salvo...

—¡Baba!

Agarro la espada al ver a un niño pequeño que se arroja al suelo. Sus gritos perforan la noche. Entonces descubro el cadáver cubierto de arena que tiene a sus pies.

—¡Baba!

Se aferra al cuerpo y desea con todas sus fuerzas que se despierte. La sangre de su padre mancha la piel de sus manitas morenas.

—¡Abeni! —Una mujer avanza a trompicones por la arena mojada. Suspira al ver los soldados que se aproximan—. Abeni, no grites, tienes que estar callado. Ba... Baba quiere que estés callado...

Aparto la mirada y cierro fuerte los ojos, obligándome a tragar la bilis que me sube a la garganta. «La obligación antes que uno mismo». Oigo la voz de Padre. La seguridad de Orisha antes que mi conciencia. Pero estos aldeanos también son Orisha. Son las personas que he jurado proteger.

—Esto es un caos.

La almirante Kaea llega a mi lado con paso firme. Tiene los nudillos ensangrentados de la paliza que le ha propinado al soldado que lanzó la primera flecha encendida demasiado pronto y provocó el incendio. Lucho por contener las ganas de apalearlo yo también al oírlo gemir tirado en la arena mojada.

—¡Levántate y átales las muñecas! —ladra al guardia antes de volver a bajar la voz—. No sabemos si las fugitivas están vivas o muertas. Ni siquiera sabemos si regresaron aquí.

—Tendremos que interrogar a los supervivientes. —Suelto un suspiro frustrado—. Confío en que alguno de ellos...

Me falla la voz y una vil sensación reptante por mi piel. Igual que en el mercado, el calor me hace cosquillas en el cráneo. Late mientras una débil bocanada de aire sopla hacia mí. Una extraña nube de color turquesa se abre paso entre el humo negro.

—¿Veis lo mismo que yo? —le pregunto a Kaea.

Señalo el aire y retrocedo a la vez que la nube de humo turquesa se acerca a mí. Esa extraña nebulosa transporta el aroma del mar y se impone sobre el fuerte olor a ceniza del ambiente.

—¿Si veo qué? —pregunta Kaea, pero no tengo oportunidad de responderle.

La nube turquesa se me cuele entre los dedos. Una imagen desconocida de la *divîner* se enciende en mi mente...

Los sonidos de alrededor se amortiguan y se convierten en un murmullo apagado y confuso. El mar frío me baña mientras la luz de la luna y el fuego palidecen desde arriba. Veo a la chica que atormenta mis pensamientos, hundiéndose entre los cadáveres y los despojos, cayendo en la negrura del mar. No lucha contra la corriente que la empuja hacia abajo. Renuncia a tener el control. Se hunde en la muerte.

Cuando mi visión se evapora, regreso a los aldeanos que gritan y a la arena cambiante. Algo me pica bajo la piel, la misma clase de escozor que empecé a sentir la última vez que vi la cara de la *divîner*.

De repente, todas las piezas encajan. El latigazo. La visión.

¿Cómo no lo imaginé desde el principio?

«Magia...».

Se me forma un sinfín de nudos en el estómago. Me rasco con fuerza hasta marcarme las uñas en el brazo, que no deja de picarme. Tengo que sacarme este virus como sea. Tengo que arrancar esta sensación traicionera de mi piel...

«Inan, concéntrate».

Aprieto el peón de *sênet* con tanta fuerza que me crujen los nudillos. Le juré que estaba preparado. Pero, por todos los cielos, ¿cómo iba a estar preparado para esto?

—Cuenta hasta diez —susurro de nuevo.

Recojo todas las piezas de los acontecimientos como si fueran peones encima de un tablero. Cuando pronuncio el número cinco, una terrible afirmación se apodera de mí: la *divîner* tiene el pergamino.

El foganazo que sentí cuando me rozó. La energía eléctrica que surgió por mis venas. Y cuando nuestros ojos se encontraron...

«¡Cielos!».

Seguro que me contagió ella.

Las náuseas se me agolpan en el estómago. Antes de poder evitarlo, el pez espada a la brasa que he tomado esta mañana sale disparado. Me doblo sobre la barriga mientras el vómito me abrasa la faringe y cae en la arena salpicándolo todo.

—¡Inan!

Kaea arruga la nariz al verme toser, con un atisbo de preocupación eclipsado por el asco. Lo más probable es que piense que soy débil. Pero prefiero eso a que descubra la verdad.

Aprieto el puño, casi convencido de que puedo notar la magia que me ataca la sangre. Si ahora los *maji* son capaces de contagiarnos de esta manera, nos vencerán antes de que tengamos oportunidad de borrarlos del mapa.

—Ha estado aquí. —Me limpio la boca con la palma de la mano—. Me refiero a la *divîner* que robó el pergamino. Tenemos que localizarla antes de que haga daño a alguien más.

—¿Qué? —Kaea arquea las cejas—. ¿Cómo lo sabéis?

Abro la boca para contárselo cuando el nauseabundo picor surge de nuevo

bajo mi cuero cabelludo. Me doy la vuelta. El cosquilleo aumenta... Es más fuerte cuando miro el bosque que hay hacia el sur.

Aunque el aire apesta a carne quemada y a humo negro, percibo de nuevo el escurridizo aroma del mar. «Es ella». Tiene que serlo. Escondida entre los árboles...

—Inan —espeta Kaea—. ¿A qué os referís? ¿Cómo sabéis que ha estado aquí? «Magia».

Agarro todavía más fuerte el peón deslustrado. Me escuece la palma al tacto con el metal. Esa palabra parece todavía más repugnante que *larva*. Si a mí ya me cuesta digerir la idea, ¿cómo reaccionará Kaea?

—Un aldeano —miento—. Me dijo que iban rumbo sur.

—¿Y dónde está ahora ese aldeano?

Señalo con ojos perdidos hacia un cadáver cualquiera, pero mis dedos aterrizan en el cuerpo abrasado de un niño. Otra nube color turquesa vuela hacia mí. Huele a romero y ceniza.

Antes de que pueda escaparme, la nube pasa por entre mi mano con un calor doloroso. El mundo se funde en un muro de llamas. Los gritos me revientan los tímpanos.

—¡Socorro...!

—¡Inan!

Vuelvo a la realidad. Una fría marea lame mis botas.

«La playa». Aprieto el peón. «Continúas en la playa».

—¿Qué sucede? —pregunta Kaea—. ¿Por qué gemíais?

Miro en todas las direcciones buscando a la chica. Esto tiene que ser cosa suya. Seguro que está utilizando su maldita magia para llenarme la cabeza de sonidos.

—Inan...

—Deberíamos interrogarlos. —Hago caso omiso de la preocupación en los ojos de Kaea—. Si uno de los aldeanos sabía adónde se dirigían, puede que otro tenga más información.

Kaea vacila y aprieta los labios. Se nota que le gustaría indagar más. Pero su obligación como almirante se antepone. Siempre lo hará.

Caminamos hacia los supervivientes del pueblo. Me concentro en la marea para hacer oídos sordos ante sus alaridos, pero el griterío no hace más que aumentar conforme nos acercamos.

«Siete...», cuento mentalmente. «Ocho..., nueve...».

Soy el hijo del mayor gobernante de Orïsha.

Soy el futuro rey.

—¡Silencio!

Mi voz retumba en la noche con una fuerza que no parece proceder de mí. Incluso Kaea me mira con sorpresa de reojo mientras los chillidos se acallan hasta desvanecerse.

—Buscamos a Zélie Adebola. Ha robado algo valioso para la corona. Nos han dicho que se dirige al sur y ahora necesitamos saber por qué.

Estudio las caras oscuras de quienes se niegan a mirarme a los ojos, en busca de alguna pista acerca de la verdad. Su miedo empapa el ambiente igual que la humedad. Se me cuele dentro de la piel.

—...*por todos los dioses, por favor...*

—...*si me mata...*

—...*por el amor de los dioses, ¿qué robó...?*

El corazón me golpea en el pecho mientras sus voces me atacan a ráfagas, pensamientos interrumpidos que amenazan con superarme. Más nubes de color turquesa se elevan en el aire. Igual que las avispas, bajan en picado hacia mí. Comienzo a caer en la negrura de mi mente...

—¡Contestadle!

Gracias a los cielos. El ladrido de Kaea me trae de nuevo al presente.

Parpadeo y agarro la empuñadura de mi espada. El suave metal me ancla en la realidad. Con el tiempo, el miedo se disipa. Pero la inquietante sensación permanece...

—¡He dicho que le contestéis! —gruñe Kaea—. No me obliguéis a repetirlo.

Los aldeanos mantienen la mirada clavada en el suelo.

Kaea se irrita aún más con su silencio y pasa al ataque.

Surgen los gritos cuando agarra a una anciana por el pelo canoso. Kaea arrastra por la arena a la mujer, que no para de gemir.

—Almirante...

Me atraganto al ver que Kaea desenfunda la espada. Coloca la hoja contra el cuello arrugado de la mujer. Una única gota de sangre cae al suelo.

—¿Queréis seguir callados? —sisea Kaea—. Pues si seguís callados, ¡moriréis!

—¡No sabemos nada! —exclama una chiquilla.

Todos los que estamos en la playa nos quedamos paralizados.

A la chica le tiemblan las manos. Las entierra en la arena.

—Podemos hablaros de su hermano y de su padre. Podemos contaros lo hábil que es Zélie con el palo. Pero ni un alma en Ilorin sabe adónde ha ido o por qué.

Miro con seriedad a Kaea; suelta a la anciana como si fuese una muñeca de trapo. Camino a grandes zancadas por la arena mojada hasta que llego a la chica.

Tiembla todavía más cuando me acerco a ella, pero soy incapaz de decir si es de miedo o de frío, porque la marea nocturna le lame las rodillas. No lleva nada más que un camisón empapado, harapiento y arguellado.

—¿Cómo te llamas?

Ahora que estoy tan próximo, me percató de que su piel de color roble destaca entre los tonos más oscuros de cerezo y caoba que lucen el resto de aldeanos. Quizá tenga algo de la nobleza en la sangre. Un padre que se salió del redil.

Al ver que no me contesta, me agacho y le digo en voz baja:

—Cuanto antes contestes, antes nos iremos.

—Yemi —suelta entonces. Coge arena entre las manos mientras habla—. Os contaré todo lo que deseéis saber, pero solo si nos dejáis en paz.

Asiento con la cabeza. Una concesión fácil de cumplir. Obligación o no, no quiero ver más cadáveres.

No soporto escuchar más gritos.

Alargo la mano y desato la cuerda que le sujetaba las manos. Se estremece cuando la toco.

—Danos la información que necesitamos y te prometo que tu pueblo estará a salvo.

—¿A salvo?

Yemi me mira a los ojos con un odio tan profundo que me atraviesa como una espada. Aunque no llega a abrir la boca, su voz resuena en mi mente.

«Hace mucho tiempo que no estamos a salvo».

CAPÍTULO DOCE



ZÉLIE

Cuando por fin dejamos que Nailah pare a descansar, me duelen los ojos después de horas de llorar en silencio. En menos de cinco segundos, tanto ella como Tzain caen rendidos en el suelo cubierto de musgo y consiguen escapar de la realidad fracturada en la que vivimos para adentrarse en la seguridad del sueño.

Amari inspecciona el terreno y tiembla con el frío del bosque. Al final, extiende la túnica en el suelo y se duerme encima, demasiado digna para permitir que el suelo entre en contacto con su cabeza descubierta. Me la quedo mirando y recuerdo lo cerca que estuve de arrojarla a las llamas.

Ahora el recuerdo me resulta lejano, como si fuese otra persona quien albergase todo aquel odio.

Lo único que siento ahora es un enfado frío, un enfado que no vale la pena que siga alimentando. Apostaría las quinientas monedas de plata a que la princesa no durará ni un día más.

Me abrigo bien con la túnica y me cobijo entre el cuerpo de Nailah, deleitándome en la sensación de su suave pelaje contra mi piel. A través de las hojas sombrías, el cielo lleno de estrellas reaviva la magia de la visión de Mama Agba en mi mente.

—Ha regresado —susurro para mí misma.

Con la locura del día, aún me cuesta creer ese hecho. Podemos reclamar nuestra magia.

Podemos prosperar.

—Oya...

Susurro el nombre de la Diosa de la Vida y la Muerte, mi protectora, que me ha otorgado el don de la magia. De pequeña, la invocaba tantas veces que habría podido pensarse que dormía junto a mí, pero ahora que busco las palabras apropiadas para rezar, no sé qué decir.

—*Bá mi s r* —pruebo, pero carece de toda la convicción y el poder que tenía el canto de Mama Agba.

Ella creía en su conexión con Orúnmila hasta el punto de ser capaz de

conjurar una premonición. En estos momentos, sin embargo, a mí me basta con creer que hay alguien ahí arriba.

—*Ràn mí l w* —prefiero decir. «Ayúdame». Esa súplica parece mucho más real, mucho más propia de mí—. Mama Agba dice que me has elegido. Baba está de acuerdo, pero yo... tengo miedo. Hay mucho en juego. No quiero echarlo a perder.

Decirlo en voz alta hace que mi miedo se convierta en algo más tangible, un peso nuevo que pende en el aire. Ni siquiera fui capaz de proteger a Baba. ¿Cómo se supone que voy a salvar a los *maji*?

No obstante, en cuanto el miedo respira, experimento una leve sensación de alivio. Surge la idea de que Oya podría estar aquí, justo a mi lado. Bien saben los dioses que no hay forma de que yo pueda superar esto sin ella.

—Por favor, ayúdame —repito una vez más—. *Ràn mí l w* . Por favor. Y protege a Baba. Pase lo que pase, por favor, que él y Mama Agba estén a salvo.

Sin saber qué más decir, agacho la cabeza. Aunque estoy tensa, casi creo sentir que mis oraciones se elevan a los cielos. Me aferro a ese breve momento de consuelo que me ofrece la sensación y lo obligo a superponerse al dolor, al miedo, a la pena. Lo mantengo hasta que me acuna en sus brazos y me mece para ayudarme a dormir.

Cuando me despierto, noto algo raro. Antinatural. Algo no marcha bien.

Me levanto, con la esperanza de encontrar la mole adormilada de Nailah a mi lado, pero no la veo por ninguna parte. El bosque ha desaparecido, ni rastro de árboles ni musgo. En lugar de eso, estoy en medio de un campo de juncos altísimos que silban al mecerse con el viento.

—¿Qué sucede? —pregunto en un susurro, confundida por la sensación de frescor y por la luz.

Bajo la mirada hacia mis manos y luego inclino la cabeza hacia atrás. No hay cicatrices ni quemaduras que marquen mi piel. Está lisa y tersa, como el día en que nací.

Me incorporo en ese interminable campo de juncos que se extiende en todas direcciones. Incluso de pie, los tallos y las hojas crecen muy por encima de mi cabeza.

A lo lejos, las plantas pierden brillo y se emborronan en un tono blanquecino al acercarse al horizonte. Es como si merodease por un cuadro sin terminar, atrapada en los juncos del lienzo. No estoy despierta, pero tampoco estoy dormida.

Floto en un mundo mágico intermedio.

El polvo baila bajo mis pies cuando me desplazo entre esas plantas celestiales. Los minutos parecen prolongarse durante horas y, al mismo tiempo, no me importa el paso del tiempo dentro de este laberinto. El aire es fresco y vigorizante, como en las montañas de Ibadan en las que crecí. «Tal vez sea un santuario», digo para mis adentros. Un descanso regalado por los dioses.

Estoy preparada para abrazar ese pensamiento cuando percibo la presencia de otro ser. Me da un vuelco el corazón y me doy la vuelta. Dejo incluso de respirar cuando caigo en la cuenta de lo que sucede.

Lo primero que reconozco es el ardor de sus ojos color ámbar, una mirada que, a partir de este momento, jamás podré olvidar. Pero ahora que está quieto, sin espada ni llamas que lo rodeen, aprecio las curvas de sus músculos, el brillante tono de su piel cobriza, el extraño mechón blanco de su pelo. Cuando está quieto, las facciones que comparte con Amari se destacan, imposibles de pasar por alto. «Es algo más que el capitán...».

Es el príncipe.

Me observa durante unos segundos eternos, como si yo fuese un cadáver que ha resurgido de entre los muertos. Pero luego aprieta los puños.

—¡Libérame de esta cárcel ahora mismo!

—¿Liberarte? —Arqueo las cejas, confundida. Dentro de esta ensoñación no hay diferencias de clase—. ¡Yo no he hecho nada!

—¿Y esperas que te crea? Si lo único que he visto en todo el día en mi cabeza ha sido tu maldita cara...

Hace ademán de coger la espada, pero no hay nada. Por primera vez, me fijo en que ambos llevamos una sencilla ropa blanca, somos vulnerables sin nuestras armas.

—¿Mi cara? —pregunto despacio.

—No te hagas la tonta —espeta el príncipe—. Noté lo que me hiciste en Lagos. Y todas esas... ¡voces! Acaba de una vez con estos ataques. ¡Páralos ya o me las pagarás!

Su ira ataca con un calor letal, pero la amenaza se pierde mientras le doy vueltas a sus palabras. Cree que soy yo quien lo ha traído aquí.

Cree que este encuentro lo he propiciado yo.

«Imposible». Aunque era demasiado pequeña para que Mama me enseñase la magia de la muerte, vi cómo se desplegaba. Surgía en los espíritus fríos, las flechas afiladas y las sombras sinuosas, pero nunca llegaba en sueños. Yo ni siquiera había tocado el pergamino hasta que escapé de Lagos, después de que

nuestras miradas se cruzaran y la energía eléctrica me hiciera cosquillas en la piel. Si la magia nos ha traído aquí, no puede ser la mía. Tiene que ser...

—Tú.

Suspiro sorprendida. «¿Cómo es posible?». La familia real perdió la magia hace varias generaciones. Hace años que un *maji* no toca el trono.

—¿Yo, qué?

No puedo evitar mirar de nuevo su mechón de pelo blanco, que le nace en la sien y le baja hasta la nuca.

—Lo has hecho tú. ¡Tú me has traído aquí!

Todos los músculos del cuerpo del príncipe se ponen rígidos; la rabia de sus ojos se transforma en terror. Una fría brisa se cuele entre los dos. El murmullo de los juncos que danzan llena nuestro silencio.

—Mentirosa —dice con decisión—. Solo intentas meterte en mi mente.

—No, principito. Eres tú el que se ha metido en la mía.

Las antiguas historias de Mama se cuelean entre mis recuerdos, relatos de los diez clanes y de las diferentes magias que cada uno de ellos podían generar. De niña, lo único que deseaba saber era qué hacían las Parcas como Mama, pero ella insistió mucho en que debía conocer también los demás clanes. Siempre me repetía que tuviese cuidado con los Mediadores, los *maji* que poseían poderes sobre la mente, el espíritu y los sueños. «Esos son los *maji* a quienes más debes temer, pequeña Zél. Utilizan la magia para colarse en tu mente».

El recuerdo me hiela la sangre, pero el príncipe es tan descreído que me cuesta temer sus habilidades. Teniendo en cuenta cómo contempla sus propias manos temblorosas, parece que preferiría quitarse la vida a utilizar la magia para atentar contra la mía.

No obstante, sigo sin entender cómo puede haber ocurrido... Los dioses eligen a los *divîners* desde el nacimiento. El príncipe no nació siendo *divîner*, y los *kosidán* no pueden desarrollar la magia. ¿Cómo puede haberse convertido en *maji* de repente?

Miro lo que nos rodea en busca de pistas sobre los efectos de sus capacidades como Mediador. Los juncos mágicos se mecen al viento, ajenos a todos los imposibles que soplan entre nosotros.

El poder requerido para una gesta como esta es inconcebible. Incluso un Mediador bien entrenado requeriría un encantamiento para lograr que surgiera. ¿Cómo ha podido él aunar el *ashê* de su sangre para crear este entorno cuando ni siquiera se había dado cuenta de que era un *maji*? Por el amor de los dioses, ¿qué está ocurriendo?

Mis ojos vuelven una vez más al mechón blanco escalado que recorre el pelo del príncipe, el único indicio auténtico de los *maji*. Nuestro pelo siempre es fuerte y blanco como la nieve que cubre las cimas de las montañas de Ibadan, una señal tan dominante que ni siquiera el tinte más negro podría ocultar el pelo de un *maji* durante más de unas horas.

Aunque nunca he visto un mechón semejante entre los *maji* ni entre los *divîners*, su existencia es innegable. Refleja la misma blancura que mi propio pelo.

«Pero ¿qué significa esto?». Miro hacia los cielos. ¿A qué juegan los dioses? ¿Y si el príncipe no es el único? Si los monarcas recuperan su magia...

«No».

No puedo permitir que el miedo me arrastre a una espiral descontrolada. Respiro hondo y acallo mi mente antes de que siga divagando. Amari llevaba el pergamino en Lagos. Chocó con su hermano cuando pasamos corriendo. Aunque no entiendo cómo ni por qué, debió de ocurrir entonces. Inan despertó sus poderes del mismo modo que yo desperté los míos: al tocar el dichoso pergamino.

«Y el rey también ha tocado el pergamino», me digo. Amari y seguramente la almirante, también. En ellos no se despertaron habilidades especiales. Esta magia solo reside en el príncipe.

—¿Ya lo sabe tu padre?

Noto un centelleo de alarma en los ojos del príncipe, que me da la respuesta que necesito.

—Claro que no —digo con sorna—. Si el rey lo supiera, ya estarías muerto.

Se le esfuma el color de la cara. Es tan perfecto que casi me entran ganas de reír. ¿Cuántos *divîners* han caído en sus manos? ¿Cuántos han sido asesinados, maltratados, manipulados? ¿Cuántas vidas se ha llevado por delante para destruir la misma magia que ahora corre por sus venas?

—Te propongo un trato. —Avanzo hacia el príncipe—. Déjame en paz y te guardaré este secretito. Nadie tiene por qué saber que eres una sucia lar...

El príncipe me embiste.

En un segundo me agarra la garganta con las manos y al cabo de un momento...

Abro los ojos de repente. Me saludan los sonidos familiares de los grillos y de

las hojas danzarinas. Los ronquidos de Tzain suenan rítmicos y auténticos mientras Nailah recoloca el cuerpo contra el mío.

Doy un brinco y agarro el palo para luchar contra un enemigo que no está presente. Aunque repaso con la mirada todos los árboles, tardo unos segundos en convencerme de que el príncipe no va a aparecer.

Inspiro y espiro el aire húmedo a la vez que intento tranquilizarme. Vuelvo a tumbarme y cierro los ojos, pero el sueño no regresa a mí con tanta facilidad. No estoy segura de si lo hará en algún momento. Ahora conozco el secreto del príncipe.

Y por eso, él no parará hasta que esté muerta.

CAPÍTULO TRECE



ZÉLIE

Cuando me despierto a la mañana siguiente, me encuentro más cansada aún que cuando me fui a dormir.

Me siento como si me hubiesen robado, sí, como si un ladrón se hubiese apoderado de mis sueños. Dormir suele proporcionar una escapatoria, una pausa para la desgracia con la que me enfrento al despertar. Pero como todos y cada uno de mis sueños han terminado con las zarpas del príncipe alrededor de mi garganta, las pesadillas han resultado tan dolorosas como la realidad.

—Maldita sea —murmuro.

No son más que sueños. ¿Qué tengo que temer? Aunque su magia sea poderosa, los dioses saben que tiene demasiado miedo para utilizarla.

Tzain gruñe al otro lado del claro, mientras hace una abdominal tras otra con una concentración absoluta.

Se esfuerza como si se tratase de sus ejercicios matutinos habituales antes del entrenamiento. Salvo que este año no podrá ir a entrenar más. Por mi culpa, puede que ni siquiera vuelva a jugar al *agbön* en su vida.

El sentimiento de culpa se suma a mi agotamiento y me arrastra de nuevo al suelo. Podría pedirle perdón durante el resto de mis días y, aun así, no sería suficiente. Pero antes de que pueda hundirme todavía más en mi culpabilidad, un movimiento adormilado llama mi atención. Amari se remueve bajo una inmensa capa marrón, se despierta poco a poco de su sueño real. Verla me deja un sabor amargo en la boca y reaviva la imagen de Inan.

Conociendo a su familia, me sorprende que no nos haya rebanado el pescuezo mientras dormíamos.

Busco en su pelo moreno un mechón como el de su hermano, pero mis músculos se relajan al no encontrarlo. Bien saben los dioses cuánto podrían empeorar las cosas si ella también me atrapase en su cabeza. Todavía miro con rabia a Amari cuando reconozco la capa que usa de manta. Me levanto y me coloco de cuclillas junto a Tzain.

—¿Se puede saber qué pretendes?

Hace oídos sordos y sigue con sus ejercicios. Las bolsas debajo de sus ojos me advierten de que lo mejor sería dejarlo en paz, pero estoy tan enfadada que no puedo pasar esto por alto.

—Tu capa —siseo—. ¿Por qué se la has dado?

Tzain realiza dos abdominales más antes de murmurar:

—Estaba temblando.

—¿Y?

—¿Y? —contraataca—. No tenemos ni idea de cuánto puede durar este viaje. Solo faltaría que se pusiera enferma...

—Sabes que está acostumbrada a esas atenciones, ¿no? A que la gente que se parece a ti se asegure de que no le falta de nada...

—Zél, Amari tenía frío y yo no iba a usar la capa. No le busques tres pies al gato.

Me doy la vuelta para mirar a Amari e intento olvidarme del tema. Pero en sus ojos veo los de su hermano. Noto sus manos alrededor de la garganta.

—Quiero confiar en ella...

—Pero no lo haces.

—Bueno, aunque lo intentara, en el fondo no puedo. Su padre ordenó el Asalto. Su hermano incendió nuestra aldea. ¿Qué te hace pensar que ella es diferente?

—Zél...

Tzain se calla al ver que Amari se aproxima, siempre delicada y prudente. No tengo forma de saber si nos ha oído o no. En cualquier caso, no puedo fingir que me importe.

—Creo que esto es tuyo. —Le tiende la capa—. Gracias.

—Bah, no te preocupes. —Tzain toma la capa y la dobla para meterla en su bolsa—. Hará más calor cuando entremos en la selva, pero avísame si vuelves a necesitarla.

Amari sonrío por primera vez desde que nos hemos conocido y se me eriza el vello de furia cuando veo que Tzain le devuelve la sonrisa. ¡Parece mentira! Basta con una cara bonita para hacerle olvidar que es la hija de un monstruo.

—¿Y ya está? —pregunto.

—Eh, bueno, en realidad... —Se queda callado un instante—. Me preguntaba... ¿Qué plan tenemos para, eh...?

Un rugido intenso sale del estómago de Amari. Se le ruborizan las mejillas y se agarra la esbelta cintura, sin poder contener otro rugido de hambre.

—Perdonadme —se disculpa—. Lo único que comí ayer fue una barra de pan.

—¿Una barra entera?

Salivo solo de pensarlo. Hace lunas que no he probado una buena rebanada de pan. Aunque me cuesta imaginar que los pedruscos rancios que intercambiamos en el mercado puedan compararse con una barra recién hecha de la cocina de palacio.

Me entran ganas de reprocharle a Amari la buena suerte que tiene, pero entonces mi propio estómago se retuerce, totalmente vacío. Ayer pasé todo el día sin probar bocado. Si no como algo pronto, también se despertará una fiera en mi estómago.

Tzain se mete la mano en los bolsillos de los pantalones negros y saca el mapa descolorido que nos dio Mama Agba. Seguimos su dedo, que va repasando la costa desde Ilorin y se detiene justo delante de un punto que marca el asentamiento de Sokoto.

—Estamos a una hora de allí más o menos —informa—. Es el mejor lugar en el que podemos parar antes de dirigirnos al este, hacia Chândomblé. Habrá mercaderes y comida, pero nos hará falta algo para el trueque.

—¿Qué pasó con las monedas que me dieron por el pez vela?

Tzain vuelca mi mochila de cuero. Gruño al ver que unas escasas monedas de plata y la diadema de Amari se caen al suelo.

—Casi todo se perdió en el incendio —suspira Tzain.

—¿Qué podemos intercambiar? —pregunta Amari.

Tzain se queda mirando la delicadeza de su vestido. Incluso con las manchas de suciedad y unas cuantas quemaduras, su longitud, el corte elegante y el forro de seda denotan su origen noble.

Amari sigue los ojos de Tzain y frunce las cejas.

—No lo dirás en serio...

—Lo cambiaré por un buen montón de monedas —intervengo—. Y vamos a entrar en la selva, por el amor de los dioses. Con esas pintas no vas a poder moverte.

Amari escudriña mis pantalones drapeados y el *dashiki* recortado. Se aferra con más fuerza a la tela del vestido. Me asombra que piense que tiene opción a negarse cuando yo podría tumbarla en el suelo y arrancárselo a la fuerza.

—Pero entonces ¿qué me pongo?

—La túnica. —Señalo la pringosa tela marrón—. Cambiaremos el vestido por comida y ya buscaremos ropa nueva por el camino.

Amari retrocede un paso y mira hacia el suelo.

—¿Estabas dispuesta a desafiar a los guardias de tu padre para salvar el

pergamino pero ahora no quieres quitarte ese estúpido vestido?

—No lo arriesgué todo por el pergamino. —A Amari se le quiebra la voz. Por un instante, le brillan los ojos con la amenaza de las lágrimas—. Mi padre mató a mi mejor amiga...

—¿Tu mejor amiga o tu esclava?

—Zél —me advierte Tzain.

—¿Qué? —me encaro con él—. ¿Es que tus mejores amigos te planchan la ropa y te hacen la comida sin que les pagues?

A Amari se le enrojecen las orejas.

—¡Sí que pagábamos a Binta!

—Un sueldo digno, estoy segura.

—Solo intento ayudarlos. —Amari estruja la falda del vestido—. He renunciado a todo para ayudar a vuestra gente...

—¿Nuestra gente? —pregunto echando humo por la nariz.

—Podemos salvar a los *divîners*...

—¿Quieres salvar a los *divîners* pero ni siquiera te ofreces a vender ese maldito vestido?

—¡De acuerdo! —Amari levanta los brazos rendida—. Cielos, lo haré. No había dicho que no.

—Oh, gracias, atenta princesa, ¡salvadora de los *maji*!

—Ya basta. —Tzain me da un codazo cuando Amari se coloca detrás de Nailah para cambiarse.

Sus delicados dedos tocan los botones de la espalda del vestido, pero antes de desabrocharlos vacila y mira por encima del hombro. Pongo los ojos en blanco y tanto Tzain como yo miramos hacia otro lado.

«Princesa».

—Tienes que aflojar un poco, Zél —murmura Tzain mientras miramos los árboles de caoba autóctonos que recubren los vibrantes bosques de Sokoto. Una pequeña familia de babuinotes de culo azul se balancean entre las ramas y hacen que las jugosas hojas se sacudan cuando las sueltan para pasar de un árbol a otro.

—Si no es capaz de soportar estar con una *divîner* que su padre no haya esclavizado, es libre de volver a su ridículo palacio.

—No ha hecho nada malo.

—Tampoco ha hecho nada bueno —replico a Tzain.

¿Por qué insiste tanto en defenderla? Es como si de verdad pensase que la princesa se merece algo mejor. Como si, en cierto modo, la víctima fuese ella.

—Soy la última persona que daría una oportunidad a un noble, pero Zél, mírala. Acaba de perder a su amiga más querida, y en lugar de dedicarse a llorar, ha arriesgado su vida para ayudar a los *maji* y los *divîners*.

—¿Se supone que debo sentirme mal porque su padre mató a la única sirvienta *maji* que le caía bien a Amari? ¿Dónde ha estado escondida su indignación todos estos años? ¿Dónde estaba después del Asalto, eh?

—Tenía seis años —responde Tzain con el mismo tono neutro—. Era una niña, igual que tú.

—Con la diferencia de que esa noche ella pudo darle un beso a su madre. Nosotros, no.

Me doy la vuelta para montar encima de Nailah, segura de que ya le he dado a Amari tiempo suficiente para cambiarse de ropa. Pero cuando echo un vistazo, su espalda desnuda todavía está al descubierto.

—Por todos los dioses...

Se me encoge el corazón al advertir la escabrosa cicatriz grabada a lo largo de toda la columna de Amari. La marca se le hinca dentro de la piel, es tan espeluznante que hace que mi propia piel se estremezca de dolor.

—¿Qué?

Tzain se da la vuelta justo antes de que la princesa se vuelva a toda prisa, y ahoga un suspiro al ver la marca. Ni siquiera las cicatrices que surcan la espalda de Baba tienen un aspecto la mitad de terrorífico que esta.

—¡Cómo te atreves!

Amari se apresura a cubrirse con la túnica.

—No pretendía espiar —digo a toda prisa—. Te lo prometo, pero... Por los dioses, Amari. ¿Qué te sucedió?

—Nada. Un... un accidente, cuando mi hermano y yo éramos pequeños.

Tzain se queda boquiabierto.

—¿Tu hermano te hizo eso?

—¡No! No fue a propósito. No era... No quería... —Amari se detiene. Tiembla a causa de una emoción que no sé describir—. Queríais mi vestido, pues aquí lo tenéis. ¡Vamos a cambiarlo y asunto zanjado!

Se arropa bien con la túnica y monta en Nailah, ocultando la cara en la capucha. Como no tenemos nada más que añadir, a Tzain y a mí no nos queda más remedio que hacer lo mismo.

Tzain murmura una disculpa antes de azuzar a Nailah para que avance. Yo también intento pedirle perdón, pero las palabras se me atragantan cuando veo su espalda, a pesar de estar cubierta por la túnica.

«Por todos los dioses».

No quiero ni imaginarme qué otras cicatrices oculta su piel.

El clima mejora cuando llegamos al claro del bosque que señala el asentamiento de Sokoto. Varios niños *kosidán* corren junto a la orilla del lago cristalino y chillan de alegría cuando una de las chicas se cae al agua. Los nómadas montan el campamento entre los árboles y las zonas pantanosas; los carros y carretas de los mercaderes se suceden en fila, con sus productos expuestos por toda la costa rocosa. El aroma de uno de los puestos a carne de antilopentarios especiada me envuelve y hace que me ruja el estómago.

Me contaron que, antes del Asalto, Sokoto era el hogar de los mejores Sanadores. La gente viajaba desde todos los rincones de Orisha con la esperanza de que los curase la magia de su tacto. Mientras repaso a los viajeros, intento imaginarme qué debe de sentirse. Si Baba todavía estuviera con nosotros, quizá le hubiera gustado verlo. Un momento de solaz antes de perder nuestro hogar.

—Qué tranquilidad...

Amari suspira y se agarra bien la túnica antes de bajarse de Nailah.

—¿Nunca habías estado aquí? —pregunta Tzain.

Niega con la cabeza.

—Apenas salía del palacio.

Aunque el aire fresco me llena los pulmones mientras caminamos, la estampa reaviva el recuerdo de la carne quemada. En el lago veo las olas tranquilas del mercado flotante de nuestra aldea, el barco de coco en el que debería estar mientras me peleo con Kana por un racimo de plátanos. Sin embargo, igual que toda Ilorin, el mercado ha desaparecido, abrasado y hundido en el fondo del mar. Los recuerdos se desmoronan entre los maderos calcinados.

Otro fragmento de mí arrebatado por la monarquía.

—Vosotras dos id a cambiar el vestido —indica Tzain—. Yo llevaré a Nailah a beber agua. A ver si podéis encontrar también unas cuantas cantimploras.

Me hundo ante la perspectiva de tener que ir a regatear con Amari, pero sé que no se apartará de mi lado hasta que le consiga ropa nueva. Nos separamos de Tzain y atravesamos varios campamentos de tiendas hasta llegar a la hilera de carros de mercancía.

—Puedes relajarte. —Enarco una ceja. Amari se encoge cada vez que alguien la mira por casualidad—. No saben quién eres, y nadie va a fijarse en esa túnica.

—Ya lo sé —contesta Amari a toda prisa, pero suaviza la expresión—. Es que

nunca he estado rodeada de gente así.

—Es aterrador, ¿verdad? Hay orishanos que se dedican a algo más que servir a la familia real.

Amari inspira profundamente, pero se traga los reproches. Casi me siento mal. ¿Dónde está la gracia si no contraataca?

—¡Cielos, mira eso! —Amari afloja el ritmo cuando pasamos por delante de una pareja que está montando la tienda de campaña. El hombre utiliza brotes de viña para atar docenas de ramitas largas y delgadas y formar con ellas un cono, mientras su pareja crea una capa protectora apilando musgo encima—. ¿De verdad puede dormir alguien dentro de una cosa así?

Parte de mí se muere de ganas de ignorar su pregunta, pero Amari se queda observando la sencilla tienda igual que si fuese de oro.

—Cuando yo era pequeña, nos pasábamos el día construyendo tiendas como esa. Si la montas bien, puede resguardarte incluso de la nieve.

—¿En Ilorin nieva?

Sus ojos vuelven a resplandecer, como si la nieve fuese una leyenda antigua sobre los dioses. Qué extraño que haya nacido para gobernar un reino que no ha visto nunca.

—En Ibadan —respondo—. Vivíamos allí antes del Asalto.

Al oírme mencionar el Asalto, Amari se queda callada. La curiosidad desaparece de sus ojos. Agarra la túnica con más fuerza y se concentra en mirar el suelo.

—¿Fue eso lo que le ocurrió a tu madre?

Me pongo rígida; ¿cómo puede tener la osadía de preguntarme eso cuando ni siquiera se atreve a pedir comida?

—Perdona si te parezco demasiado directa... Es que tu padre lo mencionó ayer.

Visualizo la cara de Mama. Su piel negra parecía relucir en ausencia del sol. «Te quería con locura». Las palabras de Baba reverberan en mi mente. «Ahora mismo estaría muy orgullosa de ti».

—Era una *maji* —respondo al fin—. Y muy poderosa, por cierto. Tu padre tiene suerte de que Mama no contase con la magia durante el Asalto.

Mi mente rememora la fantasía de Mama invocando su magia, una fuerza letal en lugar de la víctima indefensa que acabó siendo. Habría vengado a los *maji* caídos, habría marchado por Lagos con un ejército de muertos. Habría sido ella la que hubiese rodeado el cuello de Saran con una sombra negra.

—Sé que esto no cambiará nada las cosas, pero lo siento —susurra Amari en

voz tan baja que apenas la oigo—. El dolor de perder a la persona que amas es... —Cierra fuerte los ojos—. Sé que odias a mi padre. Comprendo que me odies a mí también.

La pena se trasluce en el rostro de Amari y, a la vez, ese odio del que habla se aplaca dentro de mí. Sigo sin entender cómo es posible que su criada fuese algo más que una sirvienta cualquiera para ella, pero es innegable que siente dolor.

«¡No!».

Sacudo la cabeza mientras la culpa rellena el espacio que queda entre las dos. Tanto si llora como si no, no obtendrá mi comprensión. Y no es la única con ganas de fisgonear.

—Por cierto, ¿tu hermano siempre ha sido un asesino sin corazón?

Amari se vuelve hacia mí con las cejas levantadas por la sorpresa.

—No creas que vas a poder preguntarme por mi madre y a la vez esconder la verdad que oculta esa horrorosa cicatriz.

Amari fija la vista en los carros de mercancías. No obstante, incluso entonces veo el pasado que se repite detrás de sus ojos.

—No fue culpa suya —responde al fin—. Nuestro padre nos obligaba a combatir.

—¿Con espadas de verdad?

Aparto la cabeza. Mama Agba nos hizo entrenar durante años antes de permitirnos coger un palo.

—La primera familia de Padre vivía entre algodones —añade con voz distante—. Eran débiles. Él decía que murieron por eso. No iba a permitir que a nosotros nos pasara lo mismo.

Habla como si fuese algo normal, como si todos los padres cariñosos derramasen la sangre de sus hijos. Siempre me había imaginado el palacio como un refugio seguro, pero, por todos los dioses, ¿así es como ha transcurrido su vida?

—Tzain nunca haría algo así. —Frunzo los labios—. Nunca me haría daño.

—Inan no tuvo opción. —Se le ensombrece el rostro—. Tiene un buen corazón. Pero se ha descarriado.

Sacudo la cabeza. ¿De dónde surge su lealtad? Durante todo este tiempo había pensado que la gente de sangre noble vivía a salvo. Nunca imaginé la crueldad que el monarca podría infligir a su propia estirpe.

—Un buen corazón no deja cicatrices como esa. Ni hace que los pueblos sean pasto de las llamas.

Un buen corazón no me atenaza la garganta con las manos e intenta

enterrarme viva. Cuando veo que Amari no responde, sé que es la última vez que vamos a hablar de su hermano. Bueno. Si no quiere contarme la verdad sobre Inan, yo tampoco lo haré.

Me trago su secreto en silencio y, en lugar de pensar en eso, me concentro en la carne de antilopentario a la brasa mientras nos acercamos a los puestos y las carretas de los mercaderes ambulantes. Estamos a punto de llegar al carromato de un anciano vendedor con un buen surtido de productos cuando Amari me tira de la bolsa.

—Nunca te he dado las gracias por salvarme la vida. Me refiero a Lagos. —Baja la mirada al suelo—. Pero también intentaste matarme dos veces... Así que a lo mejor una cosa anula la otra, ¿no?

Tardo un segundo en darme cuenta de que está de broma. Me sorprende cuando sonrío. Por segunda vez hoy, Amari me sonrío con dulzura y atisbo la razón por la que a Tzain le costaba tanto apartar la mirada.

—Ah, dos hermosas damas —dice un anciano *kosidán*, a la par que nos invita a aproximarnos con un gesto.

Da un paso adelante, el pelo canoso le brilla al sol.

—Por favor. —La sonrisa del mercader se ensancha y se le marcan las arrugas en la piel curtida—. Entrad. Os prometo que encontraréis algo que os guste.

Caminamos hasta los peldaños por los que se sube a su carromato, tirado por dos guepardarios tan enormes que su cabeza queda a la altura de la nuestra. Acaricio el pelaje moteado de uno de ellos y me detengo a repasar las muescas que hay en el grueso cuerno que le sale como una protuberancia de la frente. El animal ronronea y me lame la mano con su lengua serrada antes de que entremos en el espacio abarrotado de productos.

El fuerte olor de los tejidos viejos me azota mientras recorremos el recargado carromato. En un rincón, Amari revuelve un montón de ropa vieja mientras yo me detengo a inspeccionar un par de cantimploras de ante forradas de mangostaria.

—¿Para qué habéis venido al mercado? —pregunta el vendedor con un surtido de relucientes collares en la mano. Se inclina hacia delante y sus ojos hundidos, propios de los oríshanos de la frontera norte, parecen crecer ante nosotras—. Estas perlas proceden de las bahías de Jimeta, pero esas resplandecientes hermosuras son de las minas de Calabrar. Con esto os garantizo que cualquier hombre volverá la cabeza, aunque estoy seguro de que no os hacen falta joyas para conseguirlo.

—Necesitamos provisiones para un viaje. —Sonrío—. Cantimploras y

material de caza. Ah, y también pedernal.

—¿Cuánto tenéis?

—¿Qué podéis darnos a cambio de esto?

Le entrego el vestido de Amari y lo despliega. Lo asoma por la ventana para verlo con luz natural. Pasa los dedos por las costuras como lo haría un hombre que conoce bien las telas, y se detiene con cuidado a inspeccionar las quemaduras que rodean el bajo de la falda.

—Está bien hecho, de eso no hay duda. Un tejido rico, un corte excelente. Sería mejor que no tuviera quemaduras, pero eso se arregla con un dobladillo nuevo.

—Entonces ¿qué? —lo presiono.

—Ochenta monedas de plata.

—No nos conformaremos con menos de...

—No soy amigo de regatear, preciosa. Mis precios son justos y mis ofertas también. Ochenta es mi última palabra.

Aprieto los dientes, pero sé que no habrá forma de hacerlo cambiar de opinión. Un mercader ambulante que ha comerciado por toda Orisha no es tan fácil de embaucar como un noble aislado.

—¿Qué podéis ofrecernos por ochenta? —pregunta Amari mientras coge unos pantalones drapeados amarillos y un *dashiki* negro sin mangas.

—Además de esa ropa..., estas cantimploras..., un cuchillo para despellejar..., unos cuantos pedernales...

El mercader comienza a llenar una cesta de mimbre y recopila los utensilios que puedan ayudarnos en nuestro viaje.

—¿Con esto basta? —me susurra Amari.

—De momento. —Asiento con la cabeza—. Si añade ese arco...

—No os lo podéis permitir —interviene el mercader.

—Pero ¿y si el viaje no termina en Chân... en el templo? —Amari baja la voz—. ¿No nos hará falta más dinero? ¿Más comida? ¿Más provisiones?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Ya se nos ocurrirá algo.

Me doy la vuelta para marcharme, pero Amari frunce el entrecejo y rebusca en el fondo de mi mochila de cuero.

—¿Cuánto nos dais por esto?

Saca la diadema de piedras preciosas.

Al mercader casi se le salen los ojos de las órbitas cuando contempla ese adorno tan valioso.

—Por todos los dioses... —suspira—. ¿Dónde demonios habéis encontrado

eso?

—No importa —contesta Amari—. ¿Cuánto?

Sopasa la diadema en las manos y se queda boquiabierto cuando ve que tiene un leopardario de nieve incrustado de diamantes. Levanta la vista hacia Amari, una mirada lenta y deliberada. Luego me mira a mí, pero no modifico la expresión.

—No puedo aceptarlo.

Aparta la diadema.

—¿Por qué? —Amari se lo pone en las manos a la fuerza—. ¿No os importa quitarme el vestido del cuerpo, pero no queréis quitarme la corona de la cabeza?

—No puedo. —El mercader sacude la cabeza sin cesar, pero cuando el oro descansa en sus manos, ya no está tan convencido—. Aunque quisiera, no hay nada por lo que pueda cambiároslo. Vale más que todo lo que tengo.

—Entonces ¿cuánto podríais darnos? —le pregunto.

Hace una pausa, el miedo baila con la avaricia. Mira a Amari una vez más antes de contemplar la diadema que brilla en sus manos. Saca un manojo de llaves del bolsillo y aparta un cajón de madera para dejar a la vista una caja fuerte de metal. Después de abrir el cerrojo y la tapa, inspecciona la montaña de monedas relucientes que hay dentro.

—Trescientas piezas de oro.

Me abalanzo sobre él. Con esas monedas mi familia podría vivir una vida entera. ¡O incluso dos! Me doy la vuelta para celebrarlo con Amari cuando su mirada me devuelve a...

«No tendría esto si no fuera por mi sirvienta... Es lo único que me queda de Binta».

Había tanto dolor en sus ojos... Un dolor que reconozco muy bien. Un dolor que sufrí cuando era pequeña, la primera vez que mi familia no pudo pagar los impuestos del rey.

Durante meses, Tzain y Baba salieron a pescar de sol a sol; por la noche, aceptaban otros trabajos mandados por los guardias. Hicieron todo lo posible para evitar que yo me viese involucrada, pero, al final, sus esfuerzos resultaron insuficientes. Ese día entré en el mercado flotante, con el amuleto de oro de Mama. Era el único objeto de ella que pude recuperar, tirado al suelo y roto cuando los guardias se la llevaron a rastras.

Después de la muerte de Mama, me aferré a ese amuleto como si fuese el último pedazo que quedaba de su alma. Todavía me froto el cuello a veces, como si me picara su ausencia.

—No es necesario que lo hagas.

Siento un aguijón al decir esas palabras delante de tanto oro, pero desprenderme del amuleto de Mama fue como si le arrancara el corazón; un dolor tan intenso que no se lo deseo ni siquiera a Amari.

Su mirada se suaviza y sonrío.

—Te burlaste de mí porque no quería quitarme el vestido, y tenías razón. Estaba obsesionada con lo que ya había perdido, pero después de todo lo que ha hecho mi padre, mis sacrificios nunca serán suficientes. —Amari hace un gesto con la cabeza en dirección al mercader. Ya ha tomado una decisión—. No pude salvar a Binta. Pero con el oro de esta venta...

Podríamos salvar a los *divîners*.

Miro a Amari con intensidad mientras el mercader coge la diadema y apila el oro en unas bolsitas de terciopelo.

—¡Llevaos el arco! —exclama radiante—. ¡Llevaos todo lo que queráis!

Paseo la mirada por el carromato hasta detenerme en una resistente mochila de cuero decorada con círculos y líneas. Me acerco para inspeccionar su firme textura, pero me detengo al darme cuenta de que el diseño está formado por un montón de cruces dibujadas con puntos. Paso las manos por encima de la marca del clan camuflada, el símbolo secreto de Oya, mi diosa hermana. Si los guardias llegaran a descubrir la verdad que se esconde en el estampado de esa bolsa, confiscarían el carromato entero del mercader. Incluso es posible que le cortasen las manos.

—¡Ten cuidado! —grita el vendedor.

Retiro la mano a toda prisa antes de darme cuenta de que habla con Amari.

La princesa le da vueltas a una empuñadura vacía en las manos.

—¿Qué es esto? ¿Le falta la hoja?

—Apártala de tu cuerpo y sacúdela.

Igual que ocurre con mi palo plegable, al sacudir la empuñadura se extiende una larga hoja de sable con una letal punta curvada. Resplandece con una elegancia mortífera y, para mi sorpresa, las manos pequeñas de Amari parecen sostenerlo con soltura.

—Me llevo esto.

—Si no sabes cómo utilizarlo... —advierte el mercader.

—¿Qué os lleva a pensar que no sé?

Arqueo una ceja hacia Amari y recuerdo la mención del accidente durante el entrenamiento de lucha. Di por hecho que la cicatriz era de la espada de su

hermano, pero ¿acaso ella empuñaba otra espada? A pesar de haberla visto escapar de Lagos, no me imagino a la princesa enfrascada en una batalla.

El mercader recopila nuestra colección de monedas y bienes y nos insta a marcharnos. Nos proporciona todo lo que necesitamos para viajar hasta Chândomblé. Regresamos al encuentro de Tzain en silencio, pero entre la cicatriz, la diadema y el sable, ya no sé qué pensar. ¿Dónde está la princesa malcriada a la que me habría gustado estrangular? Y ¿de verdad sabrá blandir ese sable?

Cuando pasamos por delante de un árbol de papayas, me detengo y sacudo el tronco hasta que cae un fruto amarillo. Le doy a Amari unos segundos para alejarse antes de lanzarle la papaya madura a la cabeza.

Durante lo que dura un latido, Amari parece ajena a lo que ocurre: «¿Cómo podré explicárselo luego?». Sin embargo, en cuanto el fruto pasa silbando cerca de ella, tira la cesta al suelo y se da la vuelta como el rayo, con su nuevo sable desplegado. Su velocidad es descomunal.

Suspiro al ver que la papaya madura cae al suelo cortada en dos mitades perfectas. Amari sonrío y recoge una mitad. Le da un mordisco triunfal.

—Si quieres agredirme, tendrás que esforzarte un poco más.

CAPÍTULO CATORCE



INAN

Matar a la chica.

Matar la magia.

Mi plan es todo lo que tengo.

Sin él, el mundo se me escurre entre los dedos. La maldición *maji* que ha caído sobre mí amenaza con salir de mi piel.

«Te propongo un trato», susurra la chica en mi cabeza, y frunce los labios al hablar. «Nadie tiene por qué saber que eres una sucia lar...».

—Maldita sea.

Aprieto los dientes. No basta para anular el resto de su malvado comentario. Con el recuerdo de su voz, mi infección aflora a la superficie, me pica bajo la piel, que me abrasa. Conforme aumenta el picor, las voces rotas crecen. Más altas. Más agudas.

Como si intentase tragarme un ladrillo a la fuerza, lucho por tragarme la magia.

«Uno..., dos...».

Cuento mientras combato. El aire que me rodea empieza a refrescarse. El sudor se me acumula en la frente. Cuando por fin logro neutralizar la magia, respiro de manera entrecortada, jadeando. Pero por lo menos consigo aplacar la amenaza. Por un breve instante, estoy a salvo. Sol...

—Inan.

Me vuelvo a toda prisa y compruebo que lleve bien puesto el casco. Paso el pulgar por encima de la hebilla por decimoquinta vez hoy. Juro que noto cómo crece el mechón blanco.

Justo delante de las narices de Kaea.

La almirante cabalga a la cabeza y me indica que le tome el relevo y guíe yo. No debe darse cuenta de que he ido detrás de ella todo el día para evitar que pudiera mirarme. Hace apenas unas horas estuvo a punto de descubrirlo. Me pilló desprevenido mientras miraba mi reflejo en un arroyo. Si se hubiera acercado un poco antes... Si yo me hubiese entretenido un poco más...

«¡Concéntrate, Inan!».

¿Qué estoy haciendo? Esas suposiciones y lamentos no me llevan a ninguna parte.

Matar a la chica. Matar la magia. Eso es lo único que tengo que hacer.

Aprieto los muslos contra mi leopardaria de nieve, Lula, para azuzarla a seguir a Kaea, con cuidado de esquivar los cuernos que sobresalen de su espalda. Si le golpeo demasiado fuerte en uno de ellos, mi montura me tirará de la silla sin contemplaciones.

—Vamos. —Tiro de las riendas de Lula cuando gruñe—. No seas tan vaga, maldita bestia.

Lula enseña los colmillos serrados, pero acelera el paso. Avanza en zigzag entre los robles marula y se agacha para no chocar con los babuinontes que se columpian de las ramas cubiertas de frutas.

Le acaricio el pelaje moteado en señal de agradecimiento cuando llegamos hasta donde está Kaea. La leopardaria suelta otro gruñido grave, pero frota el hocico contra mi mano.

—Decidme —dice Kaea cuando ya estoy cerca—. ¿Qué os dijo el aldeano?

«¿Otra vez?». Cielos, esta mujer no se rinde.

—Hay algo en su historia que no encaja. Necesito que me la repitáis una vez más.

Kaea alarga la mano por detrás de su pantenaria para liberar el halcón de fuego petirrojo de la jaula. El ave se apoya en la silla de montar mientras Kaea le ata una nota a una pata. Seguro que es un mensaje para Padre. «Seguimos la pista del pergamino hacia el sur. Además, sospecho que Inan es un *maj*...».

—Me aseguré que era cartógrafo —miento—. La ladrona y Amari fueron a verlo después de escapar de Lagos.

Kaea levanta el antebrazo y el halcón de fuego extiende sus anchas alas antes de echar a volar y perderse en el cielo.

—¿Cómo supo que se dirigían al sur?

—Las vio trazar la ruta en el mapa.

Kaea aparta la mirada, pero antes me percató del brillo de la duda en sus ojos.

—No deberías haber interrogado a nadie en mi ausencia.

—¡Y la aldea no debería haber ardido! —exclamo—. Sigo sin ver para qué nos sirve obsesionarnos con lo que podría y no podría haber pasado.

«Relájate, Inan». No es con Kaea con quien estoy furioso.

Pero ya ha fruncido los labios. He tirado demasiado de la cuerda.

—Lo siento. —Suspiro—. No quería decir eso.

—Inan, si no sois capaz de gestionar esto...

—Estoy bien.

—¿De veras? —Me mira a los ojos seria—. Porque si creéis que me he olvidado del pequeño episodio que os sucedió, siento decirlo que os equivocáis.

«Malditos sean los cielos».

Kaea estaba presente la primera vez que la magia me atacó en las costas de Ilorin. La noche que me llenó la cabeza de sonidos.

Se me hace un nudo en la garganta cuando trato de empujar esa maldición más abajo.

—No pienso permitir que el príncipe muera mientras yo estoy de guardia. Si vuelve a suceder algo así, os mando directo al palacio.

Se me encoge el corazón hasta tal punto que el dolor me aprisiona el pecho. No puede mandarme de vuelta a casa en estas condiciones.

Antes tiene que morir la chica.

«Te propongo un trato». Su voz vuelve a colarse en mi cabeza. Es tan real que me da la impresión de que me está susurrando al oído. «Déjame en paz y te guardaré este secretito. Nadie tiene por qué saber que eres una sucia lar...».

—¡No! —grito—. No fue un episodio. Lo de la playa. Yo..., yo... —Respiro hondo. «Relájate»—. Me pareció ver el cadáver de Amari. —«Exacto, eso es», pienso—. Me dio vergüenza darme cuenta de hasta qué punto me afectaba.

—Ay, Inan... —La dureza en la expresión de Kaea se suaviza. Alarga el brazo y me coge de la mano—. Perdóname. No puedo imaginarme lo terrible que debió de ser.

Asiento con la cabeza y le aprieto la mano. Demasiado fuerte. «Suéltala». Pero el corazón se me acelera. Una nube de color turquesa parece irradiar de mi pecho y fluye como el humo de una chimenea. Regresa a mí el olor a romero y ceniza. Los gritos de la chica en llamas resurgen...

El calor de las llamas me lame la cara. Un humo sofocante me llena los pulmones. A cada segundo, el fuego reptará más cerca de mi cuerpo, elimina toda oportunidad de escapar.

—¡Socorro!

Caigo al suelo. Mis pulmones rechazan el aire rancio. Las llamaradas me atrapan los pies...

—¡Socorro!

Tiro de las riendas de Lula. El animal suelta un gruñido amenazador y se detiene en seco.

—¿Qué ocurre? —Kaea vuelve la cabeza desde su montura.

Hundo las manos en el pelaje de Lula para ocultar el temblor. Se me acaba el tiempo. La magia es cada vez más potente.

Como un parásito que se alimenta de mi sangre.

—Amari —digo medio atragantado. Me quema la garganta igual que si la tuviera llena de humo—. Estoy preocupado. Nunca había salido del palacio. Podría salir malherida.

—Ya lo sé —me consuela Kaea con voz dulce. Me pregunto si hablará de la misma manera cuando Padre pierde los estribos—. Pero no está del todo indefensa. Hay una razón por la que el rey se pasó tantos años insistiendo en que los dos aprendierais a utilizar la espada.

Me obligo a decir que sí y finjo escuchar a Kaea mientras sigue hablando. Una vez más, empujo la maldición a lo más profundo de mi ser, pasando por alto el modo en que cambia la textura del aire a mi alrededor, volviéndolo más fino. Sin embargo, aunque la magia remite, mi corazón sigue latiendo desbocado.

El poder me arde dentro. Se burla de mí. Me corrompe.

«Mátala», me recuerdo.

Mataré a esa chica. Mataré esta maldición.

Si no puedo...

Me obligo a respirar hondo.

Si no puedo, estoy muerto.

CAPÍTULO QUINCE



AMARI

Solía soñar con escalar una montaña.

A altas horas de la noche, cuando todo el mundo en palacio se había ido a dormir, Binta y yo corríamos por los pasillos pintados a la luz de una antorcha y nos deslizábamos por los suelos de baldosas hasta llegar al salón de la guerra de Padre. Cogidas de la mano, acercábamos la antorcha al tapiz del mapa de Orisha, un mapa que parecía tan grande como la vida ante nuestros jóvenes ojos. Pensaba que Binta y yo podríamos ver el mundo juntas.

Creía que, si dejábamos el palacio, podríamos ser felices.

Ahora, mientras me agarro a la empinada superficie de la tercera montaña que hemos escalado hoy, me pregunto por qué soñaría alguna vez con ascender algo más alto que la escalinata de palacio. El sudor se me pega a la piel y empapa la tela rugosa del *dashiki* negro. Un ejército interminable de mosquitos zumba y me pica en la espalda. Se están dando un festín, porque no puedo soportar soltarme de la montaña el tiempo suficiente para apartarlos.

Ha transcurrido otro día entero de travesía, junto con una noche de sueño reparador, menos mal. Aunque el clima se suavizó una vez que salimos de Sokoto y nos adentramos más en la selva, me di cuenta de que Tzain había vuelto a taparme con su capa cuando empecé a conciliar el sueño. Gracias a nuestras provisiones, comer es más fácil. Incluso la carne de zorro y la leche de coco empiezan a saberme a pollo y a té de la cocina del palacio. Pensaba que las cosas comenzaban a mejorar por fin, pero ahora siento tal opresión en el cuerpo que apenas puedo respirar.

Llevamos buena parte del día de camino y hemos ascendido miles de metros, lo cual nos ha proporcionado unas vistas asombrosas de la jungla que tenemos debajo. Verdes de todas las tonalidades cubren el terreno y crean doseles interminables bajo nuestros pies. Un río susurrante se contonea entre los arbustos tropicales, y es la única agua a la vista. Conforme ascendemos, su caudal se ve cada vez más estrecho, se va encogiendo hasta convertirse en poco más que una fina línea azul.

—¿Cómo puede existir algo aquí arriba? —pregunto entre jadeos.

Respiro hondo y tiro con fuerza de la roca que tengo por encima de la cabeza. Al principio de nuestro viaje no comprobaba antes los asideros. Mis rodillas arañadas son un buen recordatorio de por qué no debo volver a cometer el mismo error. Cuando veo que la piedra aguanta firme, me agarro y asciendo un poco más por la montaña. Introduzco los pies en una grieta. La urgencia de gritar se acumula dentro de mí, pero me obligo a acallarla. Ya he ocultado las lágrimas dos veces. Sería humillante sollozar de nuevo.

—Amari tiene razón —contesta Tzain por detrás de mí y busca una zona lo bastante ancha para que Nailah pueda subir.

Su leonaria se muestra temerosa desde que estuvo a punto de resbalar por la anterior montaña que escalamos. Ahora solo se atreve a trepar si Tzain le demuestra antes que el lugar es seguro.

—¡Seguid subiendo y no hagáis más preguntas! —grita Zélie desde arriba—. Está aquí. ¡Tiene que estar aquí!

—¿De verdad lo visteis? —pregunta Tzain.

Vuelvo a pensar en el momento vivido en la tienda de Mama Agba, el momento en que el futuro explotó ante nuestros ojos. Todo parecía tan mágico entonces. Incluso robar el pergamino parecía una buena idea.

—Todos vimos cómo escalábamos los tres... —empiezo a responder.

—Pero ¿visteis este templo legendario? —insiste Tzain—. Que Mama Agba nos viera escalando no tiene por qué significar que Chândomblé exista en realidad.

—¡Sube y calla, Tzain! —grita Zélie a pleno pulmón—. Confía en mí. Sé que es real.

Es el mismo razonamiento que lleva gritando todo el día, la tozudez que nos ha traído a cruzar de un precipicio a otro. La realidad y la lógica no importan para ella. Necesita aferrarse a esto con uñas y dientes, el fracaso ni siquiera entra en el reino de sus posibilidades.

Miro hacia abajo para responder a Tzain, pero ver los árboles de la selva miles de metros más abajo hace que me flojeen los músculos. Presiono el cuerpo contra la montaña y agarro con fuerza las rocas.

—¡Ey! —exclama Tzain—. No mires hacia abajo. Lo haces genial.

—No mientas.

Casi sonrío.

—Sigue subiendo, vamos...

El pulso me palpita en los oídos cuando vuelvo a mirar hacia arriba. Ya veo el

siguiente repecho. Aunque me tiemblan las piernas, me obligo a continuar.

«Por todos los cielos, si Binta pudiera verme ahora...».

Su hermosa cara se filtra como las gotas de sangre en mi mente con toda su antigua gloria. Por primera vez desde que la vi morir, me la imagino viva, sonriendo y a mi lado. Hubo una noche, en la sala de la guerra, en la que se deshizo el nudo de la cofia. Su pelo plateado cayó en varias capas sedosas y le cubrió toda la cabeza.

«Y ¿qué ropa os pondréis cuando crucemos la cordillera de Olasimbo?», bromeó cuando le conté mis planes de escapar juntas al mar de Adetunji. «Aunque tuvieseis que correr, la reina preferiría caerse muerta antes de permitirnos que llevarais pantalones». Se llevó la mano a la cabeza y fingió gritar, imitando el agudo tono de voz de Madre. Me reí con tantas ganas esa noche que estuve a punto de orinarme encima.

A pesar de las circunstancias, una sonrisa aflora en mi cara. Binta era capaz de imitar a cualquier persona de palacio. Sin embargo, mi sonrisa se desvanece cuando pienso en nuestros sueños perdidos y en los planes abandonados. Yo creía que podríamos escapar por los túneles del palacio. Una vez que estuviéramos fuera, no volveríamos a entrar nunca. Todo parecía tan seguro en ese momento... Pero ¿acaso Binta supo en todo momento que era un sueño que nunca vería hecho realidad?

Esa pregunta me ronda mientras llego al siguiente repecho y me doy impulso para subir. La montaña se aplanan y proporciona un breve espacio de descanso, lo bastante ancho para poder tumbarme en la hierba silvestre.

Mientras me pongo de rodillas, Zélie se desploma en un jardín de bromelias autóctonas y aplasta los vistosos pétalos rojos y violetas con los pies. Me inclino hacia delante e inspiro su dulce aroma. A Binta le habrían encantado.

—¿Podemos quedarnos aquí? —pregunto mientras la fragancia a clavo me tranquiliza.

No puedo ni imaginarme seguir el ascenso. La promesa de Chândomblé nos ha traído hasta aquí, pero se acabó.

Levanto la cabeza justo en el momento en que Nailah clava las garras para subir al repecho. Tzain la sigue, cubierto de sudor. Se quita el *dashiki* sin mangas y bajo la mirada: la última vez que vi el cuerpo de un chico fue cuando nuestras cuidadoras nos bañaban juntos a Inan y a mí.

Me ruborizo y se me calientan las mejillas al caer en la cuenta de lo mucho que me he alejado del palacio en todos los sentidos. Aunque no es ilegal que los miembros de la realeza y los *kosidán* entablen relaciones, a diferencia de lo que

ocurre entre *divîners* y *kosidán*, Madre sería capaz de meter a Tzain en la cárcel por lo que acaba de hacer.

Me aparto, deseosa de poner más distancia entre la piel desnuda de Tzain y mi rostro sonrojado. Pero cuando me muevo, mis dedos topan con algo liso y hueco.

Me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con un cráneo aplastado.

—¡Cielos! —grito, y retrocedo hecha un ovillo.

Se me eriza el vello de la nuca. Zélie se incorpora de un brinco y extiende el palo de combate, lista para luchar en cuanto sea preciso.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Señalo el cráneo fracturado, que se halla encima de una pila de huesos rotos. Un agujero espeluznante por encima de la cuenca ocular señala su muerte violenta.

—¿Creéis que podría ser otro escalador? —pregunto—. ¿Alguien que murió en el intento?

—No —responde Zélie con una extraña confianza—. No es eso.

Inclina la cabeza e inspecciona el cráneo con más detalle. Una ráfaga fría recorre el ambiente. Zélie se agacha y estira la mano hacia el hueso destrozado. Sus dedos apenas rozan la calavera cuando...

Suspiro cuando el calor pegajoso de la jungla se transforma de golpe en un frío helador. Esa sensación gélida se me cala en la piel, y me llega hasta los huesos. Sin embargo, la ráfaga polar solo dura unos segundos. Tan rápido como ha surgido, se desvanece y nos deja abrumados en la montaña.

—¡Ah! —Zélie jadea como si acabase de volver a la vida.

Agarra con tanta fuerza las bromelias que las flores se desprenden de cuajo de los tallos.

—Por todos los dioses, ¿qué ha sido eso? —pregunta Tzain.

Zélie sacude la cabeza y abre los ojos más y más a cada segundo.

—Lo he notado. Era su espíritu... ¡su vida!

—Magia —reconozco.

Da igual cuántas veces lo vea, su despliegue siempre consigue crear un conflicto dentro de mí. A pesar de que resurgen todas las advertencias contra la magia que Padre me hizo en la infancia, mi corazón se llena de admiración.

—¡Vamos! —exclama Zélie mientras echa a correr como un rayo y se dirige a la siguiente cuesta de la montaña—. Es más fuerte que todo lo que había sentido hasta ahora. ¡El templo tiene que estar cerca!

Avanzo como puedo para seguirla, y aparto mi temor en un deseo de alcanzar

el último saliente. Cuando me incorporo y alzo la mirada para ver qué hay sobre el empinado tramo que acabamos de ascender, no creo lo que veo. Chândomblé.

Está aquí de verdad.

Unos bloques de piedra cubiertos de musgo están apilados en montañas de escombros, que pueblan hasta el último centímetro de la superficie plana. La destrucción es lo único que queda de los templos y los altares que en otro tiempo cubrieron esta tierra. A diferencia de la jungla y de las montañas inferiores, aquí no cantan los grillos ni pían los pájaros, ni siquiera zumban los mosquitos. El único signo de que en algún momento llegó a existir vida son los cráneos partidos que se abarrotan junto a nuestros pies.

Zélie se detiene delante de un cráneo, con las cejas enarcadas, aunque no sucede nada.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Su espíritu... —Se inclina hacia delante—. Se ha despertado.

—¿Despertarse de dónde?

Retrocedo un paso y me tropiezo contra unos escombros. Otro escalofrío me llena con un miedo impronunciable, pero no puedo discernir si es real o solo está dentro de mi mente.

—No lo sé. —Zélie se rasca el cuello—. Hay algo en el templo que amplifica mi *ashê*. Puedo sentir mi magia, en serio.

Antes de que pueda formularle otra pregunta, Zélie se inclina de nuevo y toca otra calavera.

Me llevo la mano al pecho al instante. Esta vez no es un frío helador lo que la recorre como un relámpago, sino una imagen, teñida de oro. Templos y torres magníficos se elevan, estructuras asombrosas adornadas con imponentes cascadas. Hombres, mujeres y niños de piel oscura con sofisticadas túnicas de ante deambulan por el lugar, unas hermosas líneas y símbolos motean su piel y forman elegantes remolinos blancos.

Aunque el fogonazo dura solo unos segundos, la imagen de los lujosos suelos del santuario se queda fija en mi memoria mientras miro las ruinas que tengo delante. Chândomblé era un templo radiante.

Ahora no es más que aire.

—¿Qué crees que sucedió aquí? —le pregunto a Zélie, aunque temo que ya lo sé.

Padre destruyó la belleza de la magia en mi vida. ¿Por qué no iba a hacer lo mismo por todo el mundo?

Espero la respuesta de Zélie, pero no me contesta. Su cara se endurece con

cada segundo que pasa... Ve algo más, algo que yo no logro advertir. Una suave luz color lavanda empieza a brotar de sus dedos y sale a la superficie mientras Zélie explora sus poderes por primera vez.

Al verla, mi curiosidad aumenta. ¿Qué otras cosas puede ver? Aunque la noción de la magia sigue haciendo que se me acelere el pulso, parte de mí desearía poder experimentar su arrebató por lo menos una vez. El arcoíris que irradiaba la mano de Binta me baña la mente hasta que oigo que Tzain nos llama.

—Mirad esto.

Seguimos la voz de Tzain hasta que nos encontramos frente a la única estructura de la montaña que sigue en pie. El templo se alza hacia el cielo, construido contra la empinada cara de la última inclinación rocosa. A diferencia de los bloques de piedra, esta estructura está construida con metal ennegrecido, surcado por restos amarillos y rosados que indican que en otro tiempo brillaba como el oro. Las viñas y el musgo crecen por los laterales y oscurecen filas interminables de runas mágicas grabadas en el friso del templo.

Zélie se dirige a la entrada sin puerta, pero Nailah suelta un discreto gruñido.

—No pasa nada, Nailah. —Zélie le da un beso en el hocico—. Quédate aquí, ¿de acuerdo?

Nailah refunfuña y se desploma detrás de una pila de piedras rotas. Una vez que Nailah se ha aposentado, entramos por la apertura y recibimos encantados el aura mágica, tan densa que casi puedo notar su peso dentro de la sala. Tzain se acerca más a Zélie mientras yo me entretengo en pasar la mano por el aire; las oscilaciones de energía mágica se escurren entre mis dedos igual que los granos de arena.

Los rayos de luz se cuelan por el óculo resquebrajado del techo, iluminando la cúpula pintada. Las imágenes se suceden hasta llegar a unas hileras de pilares, decorados con cristales de colores y minerales relucientes.

«¿Por qué no destruyeron esto?», me pregunto mientras paso los dedos por los grabados. Curiosamente, el templo está casi intacto, un árbol solitario en un bosque calcinado.

—¿Ves alguna puerta? —pregunta a gritos Tzain desde la otra punta de la estancia.

—Nada —responde a Zélie también en voz alta.

El único elemento visible en toda la sala es una estatua gigantesca encastrada contra la pared del fondo, cubierta de polvo y viñas trepadoras. Andamos hasta allí y Tzain pasa las manos por la piedra gastada. La estatua parece representar a

una anciana vestida con ropajes suntuosos. Una corona dorada adorna sus rizos blancos esculpidos en piedra, el único metal sin manchas que se aprecia.

—¿Es una diosa? —pregunto mientras escudriño la estatua.

En todos mis años de vida, nunca he visto una representación de una sola deidad. Nadie se atrevería a colocar una en el palacio. Siempre había dado por hecho que la primera vez que viese un dios o una diosa, tendría un aspecto similar a los retratos reales que cuelgan del salón principal. Sin embargo, a pesar de la suciedad, esta estatua conserva un aire regio que ni el cuadro más magnífico podría transmitir.

—¿Qué es eso?

Tzain señala un objeto en la mano de la mujer.

—Parece un cuerno. —Zélie alarga la mano para inspeccionarlo—. Qué extraño... —Repasa el metal oxidado con la mano—. Tengo la impresión de oírlo en mi mente.

—¿Y qué dice? —le pregunto.

—Es un cuerno, Amari. No «dice» nada.

Se me sonrojan las mejillas.

—Bueno, si es una escultura, ¿no tendría por qué emitir sonidos!

—Callad, por favor. —Zélie se lleva el dedo índice a los labios y luego coloca ambas manos en el metal—. Creo que intenta transmitirme algo.

Contengo la respiración al ver cómo junta las cejas, concentrada. Al cabo de unos momentos eternos, empiezan a brillarle las manos con una resplandeciente luz plateada. Parece que el cuerno se alimenta de su *ashê*, y brilla con más fuerza cuando Zélie se esfuerza.

—Ten cuidado —le advierte Tzain.

—Ya lo tengo. —Zélie asiente, pero empieza a sacudirse—. Está cerca. Solo hace falta un último empujón...

Un lento crujido ruge bajo nuestros pies. Doy un respingo al oírlo. Nos damos la vuelta, sorprendidos, al ver que una baldosa enorme se separa del resto del suelo. La abertura revela una escalera que baja en espiral hacia una habitación tan oscura que lo oculta todo en la negrura.

—¿Creéis que es seguro bajar? —susurro.

Los latidos se me aceleran cuando contemplo la oscuridad. Me agacho y me asomo por la compuerta para ver mejor, pero no se aprecia ninguna fuente de luz.

—No hay ninguna otra puerta. —Zélie se encoge de hombros—. ¿Qué otra opción nos queda?

Tzain corre al exterior y regresa con un hueso de fémur carbonizado y envuelto en un retal que ha cortado de su capa. Zélie y yo retrocedemos, pero él pasa por delante y enciende la tela con el pedernal, para crear una antorcha casera.

—Seguidme —nos indica. Su voz autoritaria hace que disminuya mi miedo.

Empezamos a descender con Tzain a la cabeza. Aunque el haz de luz de la antorcha ilumina nuestros pasos, no alcanza nada más. Mantengo una mano puesta en la pared rugosa y cuento las respiraciones hasta que por fin llegamos a la planta inferior. En cuanto mis pies dejan el último escalón, la compuerta que tenemos encima se cierra con un crujido ensordecedor.

—¡Cielos!

Mi chillido reverbera en la oscuridad. Me cobijo en Zélie.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto temblando—. ¿Cómo salimos de aquí?

Tzain se da la vuelta e intenta volver a subir los peldaños, pero se detiene en cuanto oímos un siseo. Al cabo de unos segundos la antorcha se apaga y nos deja en la más absoluta negrura.

—¡Tzain! —grita Zélie.

El siseo crece hasta que una bocanada de aire dulzón y cálido me rocía como si fuera lluvia. Cuando inhalo, mis músculos empiezan a ralentizarse al instante, y al poco noto que se me nubla la mente.

—Veneno —logra pronunciar Tzain antes de que oiga el golpe seco de su cuerpo al caer a plomo al suelo.

Ni siquiera tengo oportunidad de asustarme antes de que la oscuridad me envuelva por completo.

CAPÍTULO DIECISÉIS



INAN

Noto un murmullo y el silencio que se expande en el ambiente cuando mi legión desciende sobre Sokoto. No tardo mucho en averiguar por qué.

Somos los únicos guardias a la vista.

—¿Dónde están las patrullas? —pregunto en voz baja a Kaea.

El silencio es ensordecedor. Es como si esta gente no hubiese visto nunca en directo el sello de Orïsha. Solo los cielos saben lo que haría Padre si presenciara semejante falta de respeto.

Desmontamos de nuestros animales junto a un lago tan limpio que refleja los árboles que lo rodean como si fuese un espejo. Lula enseña los dientes a un grupo de niños. Se desperdigan mientras ella bebe agua.

—No mandamos guardias a los asentamientos nómadas. Sería un desperdicio de recursos, teniendo en cuenta que los viajeros cambian de lugar cada pocos días.

Kaea se desabrocha el casco y el viento le alborota el pelo. El cuero cabelludo me pica y me entran ganas de hacer lo mismo, pero tengo que ocultar el mechón blanco a toda costa.

«Encuéntrala». Respiro el aire limpio y fresco e intento olvidar mi mechón blanco, aunque sea por un momento. A diferencia del calor y la neblina de Lagos, el ambiente de este pequeño asentamiento es puro. Revitalizante. Cada respiración limpia apaga el ardor de mi pecho mientras intento aplacar la maldición, pero el pulso se me acelera al estudiar las caras de los *divîners* que nos rodean. He estado tan obsesionado en acabar con la chica que no me he parado a pensar en cómo podría acabar ella conmigo.

Agarro la empuñadura de la espada mientras salto con la mirada de un *divîner* al siguiente. Todavía no he comprobado la envergadura de la magia de la chica. ¿Cómo podría defenderme si me atacase?

«¿Y si lucha con las palabras?». Siento un escalofrío de terror; la magia que siento dentro me abrasa. Bastaría con que la chica señalase mi casco, identificase

la maldición que oculta debajo. Entonces, Kaea vería mi mechón blanco. Todo el mundo descubriría mi secreto...

«Concéntrate, Inan». Cierro los ojos y sujeto con vigor el cálido peón de *sênet*. No puedo permitirme que mis pensamientos sigan girando en espiral. Tengo que cumplir con mi obligación. Orïsha está amenazada.

Conforme los números instauran el orden a la fuerza en mi mente, busco la empuñadura curvada de mi cuchillo arrojadizo. Con magia o no, con un golpe certero podría desarmarla. Una hoja afilada podrá atravesarle el pecho a pesar de sus poderes.

Sin embargo, por más que me dedico a confabular y pensar maniobras, salta a la vista que la chica no está aquí. Aunque no faltan *divîners* que me miren con asombro, sus ojos plateados no se encuentran entre ellos.

Suelto el cuchillo mientras algo que no sé discernir se desinfla en mi pecho. Me hunde igual que la decepción.

Y, a la vez, es un alivio.

—Tomad estos carteles —ordena Kaea a los soldados. Le entrega a cada uno de los diez hombres un rollo de pergamino con un retrato de la cara sucia de la chica dibujado con tinta—. Averiguad si alguien la ha visto a ella o a una leonaria con cuernos de toro: no es habitual encontrar esos animales tan cerca de nuestra costa. —Entonces Kaea se vuelve hacia mí con los labios fruncidos por la determinación—. Registraremos a los mercaderes. Si es cierto que se dirigieron al sur, este es el primer lugar en el que podrían haber cogido provisiones.

Asiento con la cabeza e intento relajarme, pero me resulta imposible al estar tan cerca de Kaea. Se percata de cualquier movimiento, por pequeño que sea; sus orejas parecen moverse casi con cualquier sonido, igual que las de los felinos.

Camino detrás de ella y, con cada paso, el esfuerzo de suprimir mis poderes se vuelve más insoportable. El acero de la armadura empieza a pesarme como si fuese de plomo. Aunque caminamos despacio, me cuesta mantener el paso. Con el tiempo, comienzo a quedarme rezagado. Me inclino hacia delante y apoyo las manos en las rodillas. «Solo tengo que recuperar el alie...».

—¿Qué hacéis?

Doy un respingo, pasando por alto la intensidad de mi maldición cuando oigo el tono irritado de Kaea.

—Las... las tiendas. —Señalo las chozas naturales que tengo delante—. Las estaba inspeccionando.

A diferencia de los postes metálicos y las pieles de hipones curtidas que

empleamos para montar nuestras tiendas de campaña, estos cobijos están hechos de ramas y recubiertos de musgo. De hecho, su estructura resulta curiosamente eficaz. El ejército podría adoptar sus técnicas.

—No es el momento de fijarse en la arquitectura rudimentaria. —Kaea entrecierra los ojos—. Concentraos en la tarea que tenemos entre manos.

Gira sobre sus talones y camina todavía más deprisa, ahora que le he hecho perder tiempo. Me apresuro a seguirla, pero cuando nos aproximamos a los carromatos y las carretas, una mujer robusta me llama la atención. A diferencia del resto de nómadas, no nos mira con interés. Es más, no nos mira en absoluto. Dirige la atención hacia el hatillo de mantas que acuna en el pecho.

Igual que un estornudo contenido, mi maldición aflora a la superficie. Las emociones de la madre me golpean con la fuerza de un bofetón en la cara: chispas de rabia, pálidas ráfagas de miedo. Pero, por encima de todo, un afán protector que quema, desafiante como una leopardaria de nieve que vigila a su único cachorro. No comprendo por qué hasta que el hatillo que tiene contra el pecho se pone a llorar.

«Un niño...».

Mis ojos se desplazan desde la piel color castaño de la mujer hasta la voluminosa piedra que agarra con vigor. Su terror se me cuela en los huesos, pero su resolución me quema con más fuerza todavía.

—¡Inan!

Vuelvo a concentrarme en el presente... No me queda más remedio que hacerlo cada vez que Kaea me llama. Pero mientras me acerco a los carromatos de los mercaderes, vuelvo a mirar a la mujer por última vez y me trago la maldición, a pesar de que me arde en el estómago. ¿De qué tiene miedo? Y ¿qué iba a hacerle yo a su hi...?

—Esperad.

Me detengo cuando pasamos por delante de un carromato tirado por guepardarios de un cuerno. Las criaturas con manchas me observan con ojos anaranjados. Unos colmillos afilados asoman bajo sus labios perfilados de negro.

—¿Qué?

Una nube color turquesa flota alrededor de la puerta, más grande que el resto que han ido apareciendo ante mí.

—Este tiene mucha variedad.

Intento parecer despreocupado mientras nos dirigimos al carromato.

«Y el aroma a sal marina del alma de la chica».

Aunque lucho contra mi magia, su olor me rodea cuando atravieso la nube. La

divîner aparece en mi mente con todo detalle, su piel oscura es casi luminiscente bajo el sol de Sokoto.

La imagen dura apenas un segundo, pero ese fogonazo basta para retorcerme las vísceras. Siento la magia igual que un parásito dentro de la sangre. Me recoloco el casco y cruzamos el umbral de la puerta.

—¡Bienvenidos, bienvenidos!

La ancha sonrisa del anciano vendedor se escurre de su cara oscura con la rapidez de un chorro de pintura fresca. Se pone de pie y se agarra a los lados del carromato para no perder el equilibrio.

Kaea sacude el pergamino con el retrato de la *divîner*.

—¿Has visto a esta chica?

El mercader entrecierra los ojos y se limpia las gafas con la camisa. Muy despacio. «Quiere ganar tiempo». Coge el cartel.

—No puedo decir que la haya visto.

Se le forman gotas de sudor en la frente. Miro a Kaea; ella también se ha dado cuenta.

No hace falta magia para saber que este incauto miente.

Me paseo por el pequeño carromato, rebuscando, tirando algunos objetos para ver qué encuentro. Hallo un frasquito con forma de lágrima que tiene tinte negro y me lo meto en el bolsillo.

El mercader se queda quieto durante un rato. Demasiado quieto para ser alguien que no tiene nada que ocultar. Se pone tenso cuando me acerco a una caja grande de madera, así que le doy una patada con el pie. Las astillas salen volando. Detrás aparece una caja fuerte.

—No...

Kaea empuja al vendedor contra la pared y lo cachea. Me lanza un manojo de llaves. Pruebo todas y cada una de las llaves en la cerradura de la caja fuerte. «¿Cómo se atreve a mentirme?».

Abro el cofre con ímpetu y con la esperanza de encontrar una pista incriminatoria. Pero entonces atisbo las joyas de la diadema de Amari. Se me corta la respiración.

Verlo hace que retroceda en el tiempo y me devuelve a la época en la que éramos niños. El día en que se la puso por primera vez. El momento en que le hice daño...

Me escondo detrás de las cortinas de la enfermería del palacio. Lucho por contener las lágrimas como sea. Mientras me oculto como un cobarde, los médicos que van a curarle las heridas a Amari dejan su espalda a la vista. Se

me revuelve el estómago al ver el tajo en la espalda. Rojo y en carne viva, el corte le recorre toda la columna. La sangre mana cada vez más y lo empapa todo.

—Lo siento —sollozo entre las cortinas, y hago una mueca cada vez que las agujas del médico la hacen chillar de dolor—. Lo siento.

Me muero de ganas de gritar: «Te lo prometo. ¡No volveré a hacerte daño nunca!».

Pero las palabras no salen de mi boca.

Amari está tumbada en la camilla. Grita sin cesar.

Reza para que la agonía termine.

Al cabo de unas horas, Amari se queda callada. Sigue tumbada en la camilla, y tan agotada que ni siquiera puede hablar. Mientras gime, su sirvienta, Binta, se sube a la camilla y le susurra algo que, no sé cómo, consigue arrancar una sonrisa en los labios de Amari.

Escucho y observo con atención. Binta consuela a Amari mejor que cualquiera de nosotros. Le canta hasta que se duerme gracias a su voz melódica, y cuando Amari concilia el sueño, Binta coge la antigua tiara dentada de Madre y se la pone a Amari en la cabeza...

No había día en que Amari no luciera esa tiara. La única pelea contra Madre que ganó mi hermana en su vida. Haría falta un gorileón para lograr arrancársela de la cabeza.

Para que esta joya esté aquí, mi hermana tiene que estar muerta.

Aparto a Kaea con brusquedad y le pongo el cuchillo en la garganta al mercader.

—Inan...

Silencio a Kaea con un gesto. No es momento de contenerse ni de mostrar discreción.

—¿De dónde has sacado esto?

—La... la chica me lo dio —dice con voz ronca el mercader—. ¡Ayer!

Agarro el pergamino.

—¿Ella?

—No. —El vendedor niega con la cabeza—. Estuvo aquí, pero me lo dio otra chica. Tenía la piel de color cobre. Ojos brillantes... ¡como los vuestros!

«Amari».

Eso significa que continúa viva.

—¿Qué compraron? —interrumpe Kaea.

—Un sable... Varias cantimploras. Parecía que fuesen a hacer un viaje, como

si quisieran ir a la jungla.

Kaea abre los ojos como platos. Me arranca el pergamino de las manos.

—Tiene que ser el templo. Chândomblé.

—¿A qué distancia está?

—Un día entero al galope, pero...

—Salgamos ya. —Agarro la diadema y me dirijo a la puerta—. Si cabalgamos rápido, es posible que las atrapemos.

—Esperad —me indica Kaea—. ¿Qué hacemos con él?

—Por favor... —el mercader tiembla—. ¡No sabía que era robado! Pago mis impuestos cuando toca. ¡Soy leal al rey!

Vacilé al mirar al desdichado hombre.

Sé lo que se supone que debo decir.

Sé lo que haría Padre.

—¿Inan? —pregunta Kaea.

Coloca la mano en la espada. Necesito darle una orden. No puedo mostrar debilidad. «La obligación antes que uno mismo».

—¡Por favor! —suplica el vendedor, aferrándose a mi indecisión—. Podéis llevaros el carromato. Podéis llevaros todo lo que tengo...

—Ha visto demasiadas cosas... —interrumpe Kaea.

—Esperad un momento —siseo.

Noto cómo el pulso me martillea las sienas.

Los cadáveres abrasados de Ilorin se suceden en mi mente. La carne quemada. La niña que lloraba.

«Hazlo», me obligo. «Un reino vale más que una vida».

Sin embargo, ya se ha derramado suficiente sangre. Mis propias manos han derramado tanta...

Antes de que pueda decir nada, el mercader corre despavorido hacia la salida. Una mano llega hasta la puerta. Una explosión encarnada llena el aire.

La sangre me salpica el pecho.

El mercader se tambalea y se desploma en el suelo con un golpetazo rotundo.

El cuchillo arrojadizo de Kaea le sale por la nuca.

Después de exhalar con dificultad su último suspiro, el mercader se desangra en silencio. Kaea me mira mientras se agacha para extraer el cuchillo como si recogiera la rosa perfecta de un jardín.

—No debéis tolerar a quienes se entrometen en vuestro camino, Inan. —Kaea pisa el cadáver y limpia la hoja hasta que queda reluciente—. Y mucho menos a quienes saben demasiado.

CAPÍTULO DIECISIETE



AMARI

Una neblina abandona mi mente cuando parpadeo y recupero la consciencia. Mi visión entremezcla el pasado y el presente. Por un instante, aún noto el brillo plateado de los ojos de Binta.

Sin embargo, cuando pasa la alucinación, el destello de las llamas de unas velas baila por las paredes de piedra tosca. Un roedor corretea junto a mis pies y doy un respingo. Es entonces cuando me doy cuenta de que estoy inmovilizada, atada a Tzain y Zélie por una firme cuerda.

—¿Chicos?

Zélie se sacude a mi espalda, su voz todavía suena medio adormilada. Se remueve y forcejea, pero da igual cuánto intenta liberarse, las cuerdas no ceden.

—¿Qué ha passssado? —pregunta Tzain arrastrando las palabras.

Tira de los nudos, pero ni siquiera su considerable fuerza logra liberarnos de las ataduras. Durante unos minutos, lo único que se oye en la caverna son sus gruñidos. No obstante, al cabo de un rato otro sonido aumenta de volumen; nos quedamos petrificados al oír unos pasos que se aproximan.

—El sable —susurra Zélie—. ¿Llegas a cogerlo?

Rozo con los dedos los de Zélie mientras tanteo a mi espalda en busca de la empuñadura extensible, pero solo agarro el aire.

—No está —contesto en otro susurro—. ¡Se lo han llevado todo!

Estudiamos la cueva en penumbra e intentamos localizar el bronce de mi empuñadura, el resplandor del palo plegable de Zélie. Alguien ha robado todas nuestras cosas. Ni siquiera tenemos el...

—¿Pergamino? —pregunta una voz atronadora.

Me tenso cuando un hombre de mediana edad aparece a la luz de las velas, vestido con una túnica de ante sin mangas. Espirales y grecas blancas cubren cada centímetro de su piel oscura.

Zélie coge aire y lo contiene.

—Un *sêntaro*...

—¿Un qué? —susurro.

—¿Quién anda ahí? —gruñe Tzain, y se contorsiona contra las cuerdas para ver qué ocurre. Enseña los dientes en señal de desafío.

El hombre misterioso ni siquiera parpadea.

Se apoya en un bastón tallado en piedra, agarrado a la cara que hay esculpida en el mango. Una furia innegable le arde detrás de los ojos dorados. Empiezo a pensar que no va a moverse jamás, cuando de repente se abalanza hacia nosotros; Zélie da un respingo al notar que el hombre le agarra un mechón de pelo.

—Liso —murmura con un deje de decepción—. ¿Por qué?

—¡Quitadle las manos de encima! —grita Tzain.

Aunque Tzain no supone una amenaza ahora mismo, el hombre se retira y suelta el pelo de Zélie. Saca el pergamino del cinturón de la túnica y entrecierra los ojos dorados.

—Hace años que le robaron esto a mi pueblo.

Tiene un acento fuerte y pesado, distinto de los dialectos orishanos que había oído hasta ahora. Miro con fijeza el pergamino enrollado que tiene en la mano y reconozco unos cuantos símbolos del rollo en su propia piel.

—Nos lo robaron. —Su voz adquiere un tono violento—. No permitiré que hagáis lo mismo.

—Os equivocáis —suelto—. ¡No hemos venido a robar!

—Eso es justo lo que dijeron ellos. —Arruga la nariz mientras me olfatea—. Apesta a su misma sangre.

Me aparto y me encojo, apoyada en los hombros de Tzain. El hombre me mira con un odio que no puedo esquivar.

—Dice la verdad —se apresura a añadir Zélie, con una voz que suena de lo más convincente—. Somos diferentes. Los dioses nos han enviado. ¡Una Vidente nos guio hasta aquí!

«Mama Agba...». Vuelvo a pensar en sus palabras de despedida. «Estamos destinados a hacer esto», me entran ganas de gritarle. Pero ¿cómo puedo defender eso cuando lo único que desearía ahora mismo sería no haber visto nunca ese pergamino?

El *sêntaro* echa humo por la nariz. Levanta los brazos y el aire retumba con la amenaza de la magia. «Nos va a matar...». El corazón me late desbocado. Aquí es donde termina nuestro viaje.

Las antiguas advertencias de Padre resuenan en mi cabeza: «Contra la magia, no tenemos ninguna posibilidad». Contra la magia, estamos indefensos.

Contra la magia, podemos darnos por muertos.

—Vi lo que era esto antes —dice Zélie luchando contra el nudo que se le forma en la garganta—. Vi las torres y los templos, a los *sêntaros* que tenían vuestro aspecto.

El hombre baja los brazos poco a poco, y sé que Zélie por fin ha captado su atención. Traga saliva. Rezo a los cielos para que encuentre las palabras apropiadas.

—Sé que se presentaron en vuestro hogar, destruyeron todo lo que amabais. A mí me hicieron lo mismo. Y a miles de personas que se parecen a mí.

Se le quiebra la voz y cierro los ojos. Detrás de mí, Tzain se pone tenso. Se me seca la garganta al darme cuenta de a quién se refiere Zélie. Mi intuición no se equivocaba.

Padre destruyó este santuario.

Vuelvo a pensar en todas las ruinas, en los cráneos machacados, en la mirada severa de Zélie. La pacífica aldea de Ilorin cubierta en llamas. Las lágrimas que resbalaban por la cara de Tzain.

La cascada de luz que escapó de las palmas de Binta me llena el pensamiento, más hermosa que los propios rayos del sol. ¿Dónde estaría yo ahora si Padre hubiera permitido vivir a Binta? ¿Qué aspecto tendría todo Orïsha si hubiera accedido a darles una oportunidad a los *maji*?

El sentimiento de culpa me invade y hace que me entren ganas de replegarme y desaparecer cuando el hombre vuelve a levantar los brazos.

Aprieto los ojos todo lo que puedo y me preparo para el dolor...

Las cuerdas se desvanecen; nuestras pertenencias reaparecen junto a nosotros.

Todavía estoy abrumada por la magia cuando el misterioso hombre se aleja, apoyado en el bastón. Mientras nos levantamos, pronuncia una escueta orden:

—Seguidme.

CAPÍTULO DIECIOCHO



ZÉLIE

El agua gotea por las paredes excavadas en la piedra mientras nos adentramos en el corazón de la montaña, acompañados del rítmico golpeteo del bastón de nuestro guía. Las velas doradas se suceden en fila por la piedra rugosa e iluminan la oscuridad con su suave resplandor. Mientras piso la fría roca, observo sin pestañear al hombre, todavía incapaz de creer que tenga a un *sêntaro* ante mis propios ojos. Antes del Asalto, solo los líderes de los diez clanes de *maji* llegaban a conocerlos en esta vida. Mama Agba se caerá de la silla cuando se lo cuente.

Aparto a Amari para acercarme más al *sêntaro*, con la intención de inspeccionar las marcas pintadas con tinta en el cuello del hombre. Se mueven por su piel con cada paso, bailan con las sombras de la llama.

—Se llaman *sênbaría* —responde el hombre, como si pudiera percibir mi mirada—. El idioma de los dioses, tan antiguo como el tiempo mismo.

«Ahora ya sé qué aspecto tienen». Me inclino hacia delante para estudiar los símbolos que con el tiempo acabaron convirtiéndose en el idioma yoruba, dándonos la lengua con la que invocar nuestra magia.

—Son muy hermosos —respondo.

El hombre asiente.

—Las cosas que crea Madre Cielo siempre lo son.

Amari abre la boca, pero la cierra al instante, como si se lo pensara dos veces. Algo se remueve en mi interior al verla caminar con nosotros y observar cosas que solo los *maji* más poderosos de la historia han tenido derecho a contemplar.

Carraspea y parece rebuscar en lo más profundo de su ser hasta encontrar la voz perdida.

—Disculpadme —interviene—. Pero ¿tenéis nombre?

El *sêntaro* se da la vuelta y arruga la nariz.

—Todo el mundo tiene nombre, niña.

—Ay, no me refería...

—Lekan —la interrumpe—. Olamilekan.

Las sílabas hacen cosquillas en los rincones más recónditos de mi cerebro.

—*Olamilekan* —repito—. ¿«Mi riqueza... aumenta»?

Lekan se vuelve hacia mí con una mirada tan intensa que estoy convencida de que puede ver a través de mi alma.

—¿Recuerdas nuestra lengua?

—Algunas palabras. Mi madre me la enseñó cuando era pequeña.

—¿Tu madre era una Parca?

Me quedo boquiabierta por la sorpresa. Es imposible identificar los poderes de un *maji* a simple vista.

—¿Cómo lo habéis sabido? —pregunto.

—Lo percibo —responde Lekan—. La sangre de las Parcas corre densa por tus venas.

—¿Podéis percibir la magia en personas que no sean *maji* ni *divîners*? —La pregunta sale de mí sin que pueda evitarlo, cuando Inan me viene a la cabeza—. ¿Es posible que un *kosidán* posea magia en la sangre?

—Como *sêntaros*, nosotros no hacemos esa distinción. Todo es posible cuando se trata de los dioses. Lo único que importa es la voluntad de Madre Cielo.

Se da la vuelta y me deja con más preguntas que respuestas. ¿Qué parte de la voluntad de Madre Cielo implica que las manos de Inan me estrangulen?

Intento apartar los pensamientos que me llevan a él mientras seguimos avanzando. Tengo la impresión de haber viajado un kilómetro por lo menos a través de los túneles cuando Lekan nos conduce a una cúpula ancha y oscura horadada en la montaña. Levanta las manos con la misma solemnidad que antes, provocando que el aire zumbe con la energía espiritual que desprende.

—*Ìm lè àw n òrìshà* —canta, el encantamiento yoruba fluye de sus labios como el agua—. *Tàn sí mi ní kía báàyí. Tan ìm lè sí ìpàs aw n m r !*

De repente, las llamas que rodean las paredes se apagan a la vez, igual que la antorcha casera de Tzain. Pero, al instante, vuelven a encenderse con nueva vida e inundan de luz hasta el último rincón de la piedra.

—Por...

—Todos...

—Los dioses...

Nos sentimos maravillados al entrar en la cúpula decorada con un mural tan magnífico que me quedo sin palabras. Cada metro de piedras está cubierto de vistosas pinturas que ilustran a los diez dioses, los clanes de los *maji*, y todo lo

imaginable. Son mucho más impresionantes que los toscos dibujos de los dioses que solían existir antes del Asalto, que los cuadros escondidos que aparecían aquí y allá, que los escasos tapices tejidos que solo se mostraban en la protección de la noche. Esas imágenes eran como resplandores de unos rayos de luz. Este mural es como mirar cara a cara al sol.

—¿Qué es eso? —pregunta en un susurro Amari. Da vueltas con la intención de captar todas las imágenes de vez.

Lekan nos indica que nos acerquemos, así que tiro de Amari y la sostengo cuando se tambalea, mareada. El *sêntaro* coloca las manos en la piedra antes de responder:

—El origen de los dioses.

Sus ojos dorados relucen y una brillante energía sale de su palma y se expande por la pared. Conforme la luz viaja por la pintura, la obra de arte resplandece y, poco a poco, las figuras cobran vida.

—Cielos... —exclama Amari, y me agarra de la muñeca.

La magia y la luz aumentan de intensidad conforme el alma del mural se vuelve animada ante nuestros ojos.

—Al principio, nuestra Madre Cielo creó los cielos y la tierra y trajo la vida a la inmensa oscuridad. —Unas luces resplandecientes salen en espiral de las palmas de una anciana que reconozco porque era la estatua que vimos en el primer piso. Su túnica de color púrpura reluce como la seda alrededor de su regia silueta mientras los nuevos mundos cobran vida—. En la tierra, Madre Cielo creó a los seres humanos, sus hijos de sangre y hueso. En los cielos, dio a luz a los dioses y las diosas. Cada uno de ellos pasó a dar cuerpo a un fragmento distinto de su alma.

Aunque Mama Agba ya me había contado esta historia, nunca la había sentido tan real como en este momento. Trasciende el reino de las fábulas y los mitos y se convierte en auténtica historia. Todos nos quedamos mirando con los ojos y la boca muy abiertos mientras los seres humanos y los dioses surgen a la vez de Madre Cielo. Los humanos caen a la tierra marrón, a la par que las deidades recién nacidas flotan entre las nubes del cielo.

—Madre Cielo amaba a todos sus hijos, todos ellos creados a su imagen y semejanza. Para vincularnos a todos, compartió sus dones con los dioses y así nacieron los primeros *maji*. Cada una de las deidades tomó una parte del alma de Madre Cielo, una magia que se suponía que debían ofrecer a los seres humanos de la tierra. Yem ja tomó las lágrimas de los ojos de Madre Cielo y se convirtió en la Diosa del Mar.

Una impresionante diosa de piel oscura con vivarachos ojos azules deja caer una única lágrima en el mundo. En cuanto aterriza, explota y crea los océanos, los lagos y los arroyos.

—Yem ja proporcionó el agua a sus hermanos humanos, y enseñó a quienes la adoraban cómo controlar su vida. Sus pupilos estudiaron las enseñanzas de su diosa protectora con una disciplina férrea y obtuvieron el dominio del mar.

«El nacimiento de los Amos de las Mareas», recuerdo de pronto. Por encima de nosotros, los miembros pintados del clan Omi sacuden las aguas a su antojo, haciéndolas bailar con una facilidad pasmosa.

Lekan narra el origen de un dios tras otro y explica la simbología de cada deidad y de sus *maji* conforme vamos avanzando. Nos enteramos de la historia de Sàngó, quien tomó el fuego del corazón de Madre Cielo para crear a los Abrasadores; de Ayao, quien tomó el aire del aliento de Madre Cielo para crear a los Amos del Viento. Estudiamos a nueve dioses y diosas, hasta que solo nos queda uno.

Espero a que Lekan empiece su última exposición, pero entonces se vuelve hacia mí, con una intensa expectación presente en la mirada.

—¿Yo?

Doy un paso adelante; las palmas de las manos me sudan cuando me coloco en su lugar. Esta es la parte de la historia que mejor me sé, el relato que Mama me contó tantas veces que incluso Tzain era capaz de recitarlo de memoria. Pero cuando era pequeña, no era más que un mito, una fantasía que los adultos ingeniaban para entretener a los niños. Por primera vez, el relato parece real, está tejido en la urdimbre de mi propia vida.

—A diferencia de sus hermanas y hermanos, Oya eligió esperar hasta el final —enuncio en voz alta—. No tomó nada de Madre Cielo, como habían hecho sus hermanos. En lugar de eso, le pidió a Madre Cielo que le diera algo.

Observo mientras mi diosa hermana se desplaza con la gracia de un huracán, retratada con todo su poder y su resplandor. La belleza de piel obsidiana se arrodilla ante su madre, sus ropajes rojos flotan como el viento. La estampa me deja sin aliento. Su porte denota potencia, una tormenta se fragua bajo su piel negra.

—En reconocimiento a la paciencia y la sabiduría de Oya, Madre Cielo la recompensó con el dominio sobre la vida —continúo—. Pero cuando Oya compartió este don con sus pupilos, la habilidad se transformó en el poder sobre la muerte.

Se me acelera el pulso al ver que las distintas Parcas del clan Ikú despliegan

sus letales habilidades, la clase de *maji* en la que yo estaba destinada a convertirme. Aunque estén dentro del mural, sus sombras y sus espíritus se elevan, obedientes ejércitos de los muertos, y destruyen la vida con tormentas de ceniza.

La representación mágica me transporta mentalmente a la época vivida en Ibadan, cuando observaba a los mayores recién elegidos que demostraban su destreza ante nuestro clan de Parcas. Cuando eligieron a Mama, las sombras negras de la muerte que giraron a su alrededor eran magníficas. Aterradoras y al mismo tiempo fascinantes, bailaban a sus órdenes.

En ese momento supe que, por muchos años que viviera, nunca vería nada tan hermoso. Solo tenía la esperanza de que, algún día, pudiera unirme a Mama en su magia. Quería que me observara y se sintiera la mitad de orgullosa de lo que yo me sentía entonces de ella.

—Lo siento.

Se me forma un nudo en la garganta. Lekan parece comprenderlo al instante. Asiente y da un paso adelante para continuar con el relato.

—Oya fue la primera en darse cuenta de que no todos sus hijos sabrían gestionar un poder tan inmenso. Se convirtió en selectiva, igual que su madre, y compartió su habilidad solo con aquellos que mostraban paciencia y sabiduría. Sus hermanas y hermanos siguieron su ejemplo y, al cabo de poco, la población de *maji* menguó. En esa nueva era, todos los *maji* pasaron a recibir la gracia de una cabellera blanca rizada, en homenaje a la imagen de Madre Cielo.

Me aparto de la cara los mechones lisos, con las mejillas cada vez más sonrojadas. Aunque alguien podría considerar que soy sabia, es imposible que haya un solo dios allá arriba que piense que soy paciente...

La mirada de Lekan se dirige al último conjunto de dibujos del mural celestial, en el que varios hombres y mujeres adornados con símbolos blancos se arrodillan y rezan.

—Para proteger la voluntad de los dioses en esta tierra, Madre Cielo creó a mi pueblo, los *sêntaros*. Dirigidos por la *mamaláwo*, ejercemos el papel de guardianes espirituales y tenemos la labor de vincular el espíritu de la Madre Cielo con los *maji* de la tierra.

Se queda callado cuando el dibujo de una mujer se eleva sobre los *sêntaros* con una daga de marfil en una mano y una piedra reluciente en la otra. Aunque va vestida con una túnica de cuero, igual que sus hermanos y hermanas, la *mamaláwo* luce una diadema muy ornamentada en la cabeza.

—¿Qué lleva en las manos? —pregunto.

—La daga de hueso —responde Lekan, y la saca de su propia túnica—. Una reliquia sagrada tallada del esqueleto del primer *sêntaro*. —La daga parece bañada en un barniz azul claro y emite una energía que enfría como el hielo. Las mismas *sênbaría* que Lekan lleva pintadas en los brazos destacan en la empuñadura—. Quien la empuña capta la fortaleza de la fuerza vital de todos aquellos que la han empuñado antes.

»En la mano derecha sostiene la piedra del sol, un fragmento vivo del alma de Madre Cielo. Al sostener el espíritu de Madre Cielo, la piedra la une con este mundo y mantiene viva la magia. Una vez cada siglo, nuestra *mamaláwo* llevaba la piedra, la daga y el pergamino a un templo sagrado para llevar a cabo el ritual de unión. Al hacer aflorar su sangre con la daga y utilizar el poder contenido en la piedra, la *mamaláwo* sellaba la conexión espiritual de los dioses con la sangre de los *sêntaros*. Mientras nuestro linaje sobreviviera, también lo haría la magia.

Conforme la *mamaláwo* del mural canta, sus palabras bailan por toda la pared, convertidas en símbolos pintados. Su sangre gotea de la daga de marfil. El brillo de la piedra del sol envuelve todo el mural en su luz.

—Entonces ¿fue eso lo que ocurrió? —Tzain parece observar el mural, pero tiene la mirada perdida, el cuerpo rígido—. ¿No llevó a cabo el ritual? ¿Por eso murió la magia?

Aunque dice la palabra *magia*, lo que oigo en su voz es *Mama*. Eso es lo que la dejó indefensa.

Así fue como el rey nos la arrebató.

La chispa de los ojos de Lekan se desvanece y las imágenes pierden su vida animada. Por un instante, la magia del mural muere y se transforma en pintura seca, un cuadro normal y corriente.

—La masacre de los *maji*, «el Asalto», como lo llama vuestra gente, no fue un acontecimiento azaroso. Antes de que yo empezase mi peregrinaje, vuestro rey entró en los templos de Chândomblé alegando que se adoraban a dioses falsos. En realidad, lo que Saran buscaba era un arma contra los propios dioses. —Lekan se da la vuelta para que no podamos verle la cara, solo los símbolos que lleva pintados en los brazos. Parecen encogerse cuando se desploma dentro del haz de luz de la vela, marchito a causa del intenso dolor de su corazón—. Se enteró del ritual, de cómo la magia de Orïsha estaba anclada en la sangre de los *sêntaros*. Cuando regresé de mi peregrinación, Saran había masacrado a mi pueblo, con lo cual cortó el vínculo con Madre Cielo y arrancó la magia de nuestro mundo.

Amari se lleva la mano a la boca, unas lágrimas silenciosas le surcan las

mejillas rosadas. No concibo cómo un hombre puede ser tan cruel. No sé lo que haría yo si ese hombre fuese mi padre.

Lekan se dirige a nosotros de nuevo y en ese momento me doy cuenta de que nunca comprenderé su soledad, su dolor. Después del Asalto, a mí todavía me quedaban Tzain y Baba. Lo único que le quedaba a él eran esqueletos; cadáveres y dioses silenciosos.

—Saran coordinó las masacres, una justo detrás de la otra. Mientras mi pueblo se desangraba en este suelo y la magia desaparecía, instruyó a sus guardias para que matasen al vuestro.

Cierro los ojos, intentando ahuyentar las imágenes de fuego y sangre que me evoca el Asalto.

Mama aferrándose a la cadena de *majacita* negra que le pusieron alrededor del cuello.

Mis gritos mientras se la llevaban a rastras.

—¿Por qué no hicieron nada? —grita Tzain—. ¿Por qué no se lo impidieron?

Apoyo la mano en su hombro y aprieto para paliar su rabia. Conozco a mi hermano. Sé que esos gritos enmascaran su sufrimiento.

—Mi pueblo tiene la labor de proteger la vida humana. No tenemos permitido arrebatarla.

Nos quedamos callados un buen rato, en el que solo los sollozos de Amari rompen el silencio. Mientras observo las paredes pintadas, comienzo a ser consciente de hasta dónde estarían dispuestos a llegar algunos para mantenernos sometidos.

—Pero ahora la magia ha regresado, ¿verdad? —pregunta Amari secándose los ojos. Tzain le ofrece un retal de la capa, pero su gesto amable solo parece conseguir que broten más lágrimas—. El pergamino funcionó con Zélie y Mama Agba —continúa Amari—. También transformó a mi amiga. Si somos capaces de hacer llegar el pergamino a todos los divîners de Orîsha, ¿no será suficiente?

—Saran rompió el vínculo antiguo entre los *maji* y los dioses celestiales cuando asesinó a los *sêntaros*. El pergamino devuelve la magia porque posee la capacidad de encender la chispa de una nueva unión con los dioses, pero para que ese vínculo sea permanente y la magia regrese a nuestro mundo para siempre, es necesario llevar a cabo el ritual sagrado. —Lekan extrae el pergamino con reverencia—. Me pasé años buscando los tres artefactos sagrados, pero fue casi en vano. Solo logré recuperar la daga de hueso, y en ocasiones temía que Saran hubiese logrado destruir los otros dos elementos.

—Creo que no pueden destruirse —dice Amari—. Mi padre ordenó a su

almirante que se deshiciera del pergamino y la piedra del sol, pero no lo consiguió.

—El almirante de tu padre no lo consiguió porque los artefactos no pueden ser destruidos por manos humanas. Cobraron vida gracias a la magia. Solo la magia puede provocar su muerte.

—Entonces ¿podemos lograrlo? —insisto—. ¿Estamos a tiempo de devolver la magia al mundo?

Por primera vez, Lekan sonríe, y la esperanza reluce detrás de sus ojos dorados.

—El solsticio centenario está a punto de producirse, el décimo centenario de los dones de la Madre Cielo a la humanidad. Es nuestra última oportunidad de enmendar nuestros errores. La única oportunidad que queda para mantener viva la magia.

—¿Cómo? —pregunta Tzain—. ¿Qué tenemos que hacer?

Lekan desenrolla el pergamino e interpreta sus símbolos y dibujos.

—En el solsticio centenario, aparece una isla sagrada en la costa norte del mar de Orinion. Es donde se ubica el templo de nuestros dioses. Debemos llevar el pergamino, la piedra del sol y la daga de hueso y después recitar el antiguo encantamiento reflejado en este rollo. Si completamos el ritual, podremos crear nuevos lazos de sangre y restaurar el vínculo, con lo que aseguraremos el futuro de la magia durante otros cien años.

—¿Y todos los *divîners* se convertirán en *maji*? —pregunta Amari.

—Si realizáis el ritual antes de que termine el solsticio, todos los *divîners* que hayan alcanzado los trece años de edad se transformarán.

«El solsticio centenario», repito para mis adentros, y calculo cuánto tiempo nos queda. La graduación estival de Mama Agba siempre ocurre en luna creciente, después de la recolecta anual del pez tigre. Si el solsticio cae...

—Esperad —exclama Tzain—. ¡Queda menos de una luna!

—¿Qué? —Se me hunde el corazón—. ¿Qué sucede si no llegamos a tiempo?

—Si os lo perdéis, Orïsha no volverá a ver la magia jamás.

Noto un vértigo en el estómago, como si me hubiesen tirado montaña abajo. «¿Una luna? ¿Una luna o nunca jamás?».

—Pero la magia ya ha empezado a resurgir. —Tzain sacude la cabeza, incrédulo—. Renació con el pergamino. Si somos capaces de hacerlo llegar a todos los *divîners*...

—No funcionará —lo interrumpe Lekan—. El pergamino no está vinculado con la Madre Cielo. Solo establece el vínculo con cada deidad hermana. Sin el

ritual, la magia no durará más allá del solsticio. La única forma de lograrlo es reestablecer la unión de los *maji* con la Madre Cielo.

Tzain saca el mapa y Lekan traza la ruta hasta el punto en el que aparecerá el templo sagrado. Rezo para que sea factible llegar hasta esa ubicación, pero Tzain se alarma y se le salen los ojos de las órbitas.

—Esperad. —Amari levanta las manos—. Tenemos el pergamino y la daga de hueso, pero ¿dónde está la piedra del sol?

Mira la túnica de Lekan con expectación, pero este no nos muestra ninguna piedra resplandeciente.

—He seguido la pista de la piedra desde Warri a partir del momento en que tocó tierra. De hecho, había encontrado ya un rastro en Ibeji, pero tuve que abandonar la búsqueda, porque mi espíritu me llamó para que volviese. Doy por supuesto que fue para que pudiera encontrarme con vosotros.

—Entonces ¿no la habéis recuperado? —pregunto.

Lekan niega con la cabeza y Tzain explota.

—Pero ¿y qué queréis que hagamos, eh? ¡Solo en el trayecto ya consumiremos una luna entera!

La respuesta es tan clara como las imágenes de la pared. Los *divîners* nunca se convertirán en *maji*. Saran siempre lo controlará todo.

—¿No podéis ayudarnos? —pregunta Amari.

—Puedo echaros una mano —asiente Lekan—, pero tengo mis limitaciones. Solo una mujer puede ser nuestra *mamaláwo*. Yo no puedo realizar el ritual.

—¡Pero tenéis que hacerlo! —le urge Amari—. ¡Sois el único *sêntaro* que queda!

—No funciona así. —Lekan niega de nuevo con la cabeza—. Los *sêntaros* no son como los *maji*. Vuestro vínculo con los dioses se cimienta en vuestra sangre. Pero lo que necesitamos para completar el ritual es el vínculo con la Madre Cielo Buruku.

—Entonces ¿quién puede llevarlo a cabo?

Lekan me mira con intensidad.

—Un *maji*. Alguien unido a los dioses.

Tardo un momento en asimilar las palabras de Lekan; cuando por fin lo hago, me entran ganas de reír.

—Si Madre Cielo te hizo llegar el pergamino a través de una descendiente del linaje de Saran, su voluntad está clara.

«Pues su voluntad se equivoca», estoy a punto de contestar. No puedo salvar a los *maji*. Si a duras penas puedo salvarme a mí.

—Lekan, no. —Se me encogen las entrañas igual que cuando Amari me agarró en el mercado de Lagos—. No soy lo bastante fuerte. Ni siquiera he realizado un encantamiento en mi vida. Dijisteis que el pergamino solo me vinculaba con Oya. ¡Tampoco estoy unida a la Madre Cielo!

—Eso puedo solucionarlo.

—Entonces, estableced la unión con vos directamente. ¡O vinculad a Tzain!

Empujo a mi hermano para colocarlo delante. Incluso Amari sería una mejor candidata que yo.

Sin embargo, Lekan me coge de la mano y tira de mí. Sin soltarme, avanza por la sala abovedada. Antes de que pueda poner más pegos, me reprende:

—Los dioses no se equivocan.

Las gotas de sudor se agolpan en mi frente mientras ascendemos otro tramo de escalones de piedra. Subimos peldaño tras peldaño en dirección a la cima de la montaña. A cada paso, mi mente se retuerce y se marea, y me recuerda todas las posibilidades de que esta gesta salga mal.

«Si por lo menosuviésemos ya la piedra del sol...».

«Si la guardia real no fuese pisándonos los talones...».

«Si Lekan permitiese que otra persona llevara a cabo el ritual...».

Se me encoge el pecho y siento que me asfixio ante la amenaza del fracaso. Vuelve a mi mente la sonrisa torcida de Baba, la esperanza de sus ojos. «Mientras nos falte la magia, nunca nos tratarán con respeto».

Necesitamos este ritual. Es nuestra única esperanza. Sin él, nunca tendremos poder.

La monarquía siempre nos tratará como si fuésemos larvas.

—Ya hemos llegado.

Por fin alcanzamos el último escalón y salimos del templo a la menguante luz del día. Lekan nos conduce a una reluciente torre de piedra que se eleva en la cima de la montaña, muy por encima del primer templo en el que entramos. Aunque en la entrada observamos unas cuantas baldosas rajadas, el lugar está prácticamente intacto. Unos pilares imponentes sustentan la estructura y se inclinan formando varias hileras de elegantes arcos.

—¡Uau! —exclamo, y paso los dedos por las *sênbaría* grabadas en cada columna.

Los símbolos resplandecen a la luz del atardecer que se cuele por las arcadas.

—Aquí.

Lekan señala el único ornamento de la torre, una bañera de obsidiana llena de un agua azulada de la que sale vapor. El líquido empieza a borbotear cuando el *sêntaro* se acerca, a pesar de que no se ve ninguna llama de fuego danzarina.

—¿Qué es esto?

—Tu iniciación. Cuando termine con el rito, tu espíritu habrá quedado unido al de Madre Cielo.

—¿Podéis hacer eso? —pregunta Amari.

Lekan asiente y un atisbo de sonrisa le asoma a los labios.

—Era mi labor con mi pueblo. Me preparé durante toda mi vida para hacerlo.

Junta las manos como si quisiera rezar y deja la mirada perdida y apacible. Entonces, se vuelve de repente y mira a Tzain y a Amari.

—Debéis iros. —Los señala—. Ya he roto siglos de tradición al dejaros llegar hasta aquí. No puedo permitir que observéis nuestro ritual más sagrado.

—Por todos los demonios, ya lo creo que sí. —Tzain se coloca delante de mí con los músculos flexionados, listo para el ataque—. No pienso dejaros solo con mi hermana.

—Tú deberías quedarte —susurra Amari—. Yo no tengo derecho a ver esto...

—No. —Tzain extiende la mano delante de Amari y la detiene antes de que pueda escabullirse escaleras abajo—. Quédate. Sin nosotros, no hay ritual.

Lekan frunce los labios.

—Si os quedáis, estáis obligados a guardar el secreto.

—Lo juramos. —Tzain sacude la mano—. No diremos nada.

—No te tomes este juramento a la ligera —advierte Lekan—. Los muertos no lo harán.

Lekan dirige la mirada hacia Amari; ella está a punto de derretirse. El *sêntaro* se aparta de ellos para agarrar el borde de la bañera de obsidiana. El agua hierve en cuanto entra en contacto con su piel.

Se me seca la garganta cuando me aproximo a la bañera y una nueva bocanada de vapor me golpea en la cara. Oya, ayúdame. Ni siquiera soy capaz de vender un pescado sin provocar la destrucción de toda mi aldea. ¿Cómo se supone que voy a ser la única esperanza de los *maji*?

—Si accedo a hacer esto, debéis iniciar a otras personas.

Lekan suspira con frustración.

—Madre Cielo te ha traído aquí...

—Por favor, Lekan. Tenéis que hacerlo. No puedo ser la única.

Lekan chasquea la lengua y me azuza para que entre en la bañera.

—De acuerdo —acepta—. Pero primero tengo que hacer el rito de iniciación

contigo.

Con cautela, meto un pie en la bañera y me introduzco lentamente hasta que el agua me cubre todo el cuerpo y solo la cabeza queda fuera. Mi ropa flota alrededor mientras el calor me adormece las extremidades. Es como un bálsamo tras el esfuerzo de la escalada de hoy.

—Empecemos.

Lekan me coge de la mano derecha y saca la daga de hueso que lleva entre los pliegues de la túnica.

—Para liberar el poder divino, debemos sacrificar lo que es más divino para nosotros.

—¿Vais a utilizar magia de sangre?

Tzain da un paso hacia mí, con el cuerpo tenso por el miedo.

—Sí —responde Lekan—, pero tu hermana no correrá peligro. Lo mantendré todo bajo control.

Se me acelera el pulso al recordar el cuerpo abatido de Mama cuando empleó la magia de sangre por vez primera. El poder ilimitado le desgarró los músculos. Incluso con la ayuda de los Sanadores, tardó una luna entera en recuperar la capacidad de andar.

Fue el riesgo que corrió para salvar a Tzain cuando estuvo a punto de ahogarse de niño, un sacrificio que le permitió aferrarse a la vida. Pero a raíz del sacrificio que hizo Mama, fue ella quien estuvo a punto de morir.

—Estarás a salvo —me asegura Lekan, que parece leerme el pensamiento—. Esto no es como cuando los *maji* utilizan la magia de sangre. Los *sêntaros* tenemos la capacidad de guiarla.

Asiento, aunque una leve punzada de miedo todavía se me atasca en la garganta.

—Perdóname —dice Lekan—. Puede que te duela.

Inspiro hondo mientras me hace un corte en la palma de la mano y aprieto los dientes para soportar el escozor cuando la sangre empieza a brotar. El dolor se transforma en asombro al ver que la sangre se cubre de una resplandeciente luz blanca.

En el momento en que toca el agua, noto que algo me abandona, algo más profundo que un simple corte. Las gotitas rojas convierten el agua azulada en blanca; las burbujas del hervor aumentan conforme va cayendo la sangre.

—Ahora relájate. —La voz atronadora de Lekan disminuye entonces hasta adquirir un timbre más suave. Se me cierran los ojos—. Despeja la cabeza de pensamientos, respira hondo. Libérate de las ataduras terrenales.

Me muerdo la lengua para no renegar. Hay demasiadas ataduras con las que romper. Las llamas de Ilorin me lamen la mente, los ecos de los gritos de Bisi resuenan en mis oídos. Las manos del príncipe me atenazan la garganta. Aprietan. Me asfixian.

Sin embargo, mientras mi cuerpo se empapa en el agua caliente, toda la presión empieza a aflojarse. La seguridad de Baba... La furia de Inan... Una por una, todas las cargas se hundén. Me abandonan en oleadas hasta que incluso la muerte de Mama parece evaporarse en el agua hirviendo.

—Bien —me anima Lekan—. Tu espíritu se ha limpiado. Recuerda, sientas lo que sientas, yo estaré a tu lado.

Coloca una mano en mi frente y otra en mi esternón antes de entonar:

— *m Mama, Arábìnrin yà. Sí b̀n iyebíye r . Tú idán mím r síl .*

Un extraño poder serpentea alrededor de mi piel. El agua hierve con intensidad renovada y se me para la respiración cuando su calor se apodera de mí.

— *m Mama...*

«Hija de Madre Cielo», repito mentalmente.

— *Arábìnrin yà...*

«Hermana de Oya».

— *Sí b̀n iyebíye r ...*

«Ofréceme tu preciado don».

— *Tú idán mím r síl ...*

«Libera tu magia sagrada».

El aire vibra con la energía eléctrica, más fuerte que todo lo que he sentido hasta ahora. Sobrepasa el zumbido de las zarpas de Inan, eclipsa el arrebató de tocar el pergamino por primera vez. Se me calientan las yemas de los dedos, que se encienden con una luz blanca. Mientras Lekan canta, el poder viaja por mis venas y las hace brillar por debajo de mi piel.

— *m Mama, Arábìnrin yà...*

Cuanto más alto sube el tono de su encantamiento, más reacciona mi cuerpo. La magia sobrecoge todas y cada una de las células de mi ser, late cuando Lekan me sumerge la cabeza bajo el agua. Mi cráneo presiona contra el suelo de la bañera y una nueva clase de aire se me mete en la garganta. Por fin comprendo las palabras de Mama Agba.

Es como respirar por primera vez.

— *m Mama...*

Las venas se abultan bajo mi piel conforme crece la magia, una hinchazón que

parece a punto de reventar. Detrás de los ojos, unas láminas de color rojo bailan a mi alrededor, rompen como las olas, dan vueltas como los huracanes.

Mientras me pierdo en su hermoso caos, emerge una tímida visión de Oya. Fuego y viento bailan a su alrededor como dos espíritus, girando y girando igual que las sedas rojas de su falda.

—*Arábìnrin yà...*

Su baile me transforma y abrasa todo lo que llevaba atrapado dentro de mí sin saberlo. Calcina el interior de mi cuerpo como una llama, pero al mismo tiempo me enfría la piel como el hielo, liberando olas inexploradas.

—*¡Sí b̀ùn iyebíye r !* —grita Lekan por encima del agua—. *¡Tú idán mím r síl !*

En una última sacudida, se libera el tsunami y la magia fluye por todos los rincones de mi ser. Se ancla a cada una de mis células, mancha mi sangre, conquista mi mente. En su poder atisbo a la vez el principio y el final, los vínculos inquebrantables que unen las vidas de todos nosotros.

El rojo de la ira de Oya gira a mi alrededor.

El color plata de los ojos de Madre Cielo brilla...

—*¡Zélie!*

Abro los ojos tras parpadear unas cuantas veces y me encuentro a Tzain sacudiéndome por los hombros.

—*¿Estás bien?* —me pregunta inclinándose sobre el borde de la bañera.

Asiento con la cabeza, pero soy incapaz de articular palabra. No hay palabras para lo que siento. Solo la sensación de cosquilleo que la experiencia ha dejado tras de sí.

—*¿Puedes levantarte?* —pregunta Amari.

Intento incorporarme para salir de la bañera, pero en cuanto lo hago, el mundo entero empieza a girar.

—*No te muevas* —me indica Lekan—. Tu cuerpo necesita descansar. La magia de sangre seca la fuerza vital.

«Descansar», repito. Descansar con un tiempo que no tenemos. Si la pista de Lekan sobre la ubicación de la piedra del sol es correcta, tenemos que dirigirnos a Ibeji para encontrarla. No puedo completar el ritual sin la piedra, y ya vamos muy escasos de tiempo. Solamente quedan tres cuartos de una luna para el solsticio.

—*Debes reposar una noche* —insiste Lekan, que en cierto modo presiente mi

urgencia—. Iniciarse en la magia es como añadir un nuevo sentido. El cuerpo necesita tiempo para recuperarse del esfuerzo.

Asiento y cierro los ojos, luego me desplomo en la piedra fría. «Mañana os pondréis en marcha. Dirigíos a Ibeji, encontrad la piedra. Id a la isla sagrada. Realizad el ritual».

Repito el plan una y otra vez, dejando que su repetición me acune hasta quedarme dormida. «Ibeji. Piedra. Isla. Ritual».

Al cabo de un rato, mi mente se funde en una suave negrura, a pocos segundos de conciliar el sueño. Estoy casi dormida cuando Lekan me toma por los hombros y me obliga a ponerme de pie.

—¡Viene alguien! —exclama—. ¡Rápido! ¡Tenemos que irnos!

CAPÍTULO DIECINUEVE



INAN

«...por medio mundo...».

«...¿Por qué no pueden decirnos qué robó?».

«...si ese malnacido piensa que voy a arriesgarme a morir pasando por ese precipicio...».

—¡Inan, frenad! —me ordena Kaea desde abajo.

Tardo un instante en percatarme de que no es una de las numerosas voces que abarrotan mi cabeza.

Cuanto más me acerco a Chândomblé, más alto resuenan.

«Malditos sean los cielos». Las quejas de los guardias zumban como abejas recolectoras pululando dentro de mi cráneo. Aunque quiero sacarlas de ahí, no puedo arriesgarme a aplacar ahora mi magia; incluso el menor de los esfuerzos por conseguirlo provoca que me fallen las piernas, y podría caer por el barranco.

El aguijón de la magia revuelve todo mi interior, un virus que me destruye por dentro. Pero no tengo otra alternativa. No puedo escalar si me debilito mentalmente.

Tengo que dejar que la oscuridad me inunde.

Sin embargo, esa magia maldita me hiere mucho más que la quemazón que me abrasa el pecho cuando intento luchar contra mis poderes. Cada vez que me asalta un pensamiento ajeno a mí, me pica horrores la piel. Cada fogonazo de la emoción de otra persona provoca una mueca en mis labios.

La magia culebrea dentro de mí. Venenosa, como un millar de arañas que me subieran por todo el cuerpo. Quiere más de mí. La maldición quiere abrirse paso en...

Me tambaleo y estoy a punto de perder pie.

Las piedras caen rodando en avalancha por debajo de mis pies.

Gruño mientras mi cuerpo cae a plomo contra la pared de la montaña y me agarro como puedo. No consigo encontrar asidero para los pies.

—¡Inan! —grita Kaea desde el saliente anterior.

Es más una distracción que una ayuda. Espera con las monturas y los demás

soldados mientras yo marco el camino.

La cuerda y el pedernal se me caen de los bolsillos del cinturón mientras me balanceo ante el abismo. La diadema de Amari también se cae.

«¡No!».

Aunque es un riesgo, suelto la mano izquierda y agarro la diadema antes de que se escape de mi alcance. Mientras mis pies descubren un nuevo hueco en el que apoyarse, los recuerdos que no puedo erradicar afloran a la superficie.

«¡Ataca, Amari!».

La orden de Padre atronó por las paredes de piedra de la bodega del palacio. En la parte subterránea y oscura, donde sus órdenes eran la ley. Las manitas de Amari temblaban, apenas tenía fuerza para sujetar la espada de hierro.

No era como las espadas de madera con las que nos obligaba a combatir normalmente, hojas toscas y romas que magullaban, pero no cortaban. El hierro era afilado. Tenía la punta dentada. Con el golpe certero, conseguiríamos algo más que un moretón.

Acabaríamos sangrando.

«¡He dicho que ataques!».

Los gritos de Padre retumbaban como un trueno. Un mandato que nadie podía desafiar. Y, aun así, Amari negó con la cabeza. Dejó caer la espada.

Me estremecí al oírla caer en el suelo con el estruendo propio del metal. Severo y ensordecedor. El desafío de su acción se reforzaba en cada repiqueteo del arma.

«¡Recógela!».

me entraron ganas de gritar.

Por lo menos, si me atacaba, yo podría defenderme.

«¡Ataca, Amari!».

La voz de Padre adoptó un tono tan grave que podría haber roto la piedra.

Y, a pesar de todo, Amari se hizo un ovillo y apartó la mirada. Las lágrimas le cubrían la cara. Lo único que veía Padre era su debilidad. Después de todo lo que ha ocurrido, creo que bien podía ser una muestra de fortaleza.

Padre se volvió hacia mí con la cara seria, cambiante por las sombras que proyectaba la antorcha.

«Tu hermana se ha elegido a sí misma. Como rey, debes elegir Orísha».

Todo el aire se evaporó de la habitación. Las paredes se cernieron sobre nosotros. Las órdenes de Padre se hicieron eco en mi mente. Su exigencia de luchar contra mí mismo.

«¡Ataca, Inan!».

La furia relucía en sus ojos encendidos. «¡Ahora te toca atacar a ti!».

Amari gritó y se cubrió los oídos. Todo mi ser deseaba correr a su lado. Protegerla. Salvarla. Prometerle que nunca más tendríamos que luchar el uno contra el otro.

«¡La obligación por encima de uno mismo!». La voz de Padre resonó áspera y severa. «¡Demuéstrame que puedes ser rey!».

En ese momento, todo se detuvo.

Avancé enarbolando la espada.

—¡Inan!

Los ladridos de Kaea me devuelven al presente y se abren paso entre las profundidades de mis recuerdos.

Aprieto el cuerpo contra la pared de la montaña, con un pie todavía colgando. Gruño y continúo el ascenso, sin detenerme hasta que alcanzo el siguiente repecho. El sudor emana de mi cuerpo mientras paso el pulgar por encima del sello ornamentado de la diadema de Amari.

Nunca hablamos de lo ocurrido. Ni siquiera una vez. Ni siquiera con el paso de los años. Amari era demasiado buena para sacar el tema. Yo, demasiado cobarde.

Continuamos con nuestra vida, mientras un abismo invisible siempre se cernía entre nosotros. Amari nunca tuvo que volver a entrar en esa bodega. Yo no pude salir.

Aunque me tiemblan los músculos, me meto la diadema en el bolsillo. No tengo tiempo que perder. Ya fallé una vez a mi hermana. No repetiré el mismo error.

Mientras me incorporo, el espíritu de la *maji* late dentro de mí con más fuerza que nunca. Un arrebató que ni ella puede controlar. El aroma a sal marina de su alma es tan fuerte que supera el olor a clavo de las bromelias que olfatea mi nariz. Me detengo cuando noto los tallos aplastados junto a mis pies.

«Huellas».

Ha estado aquí.

Está cerca.

«Estoy cerca...».

«Mátala», resuena mi corazón mientras me aferro al borde de la montaña. «Mata a la chica. Mata la magia».

Cuando por fin tenga en mis garras a esa chica, todo esto habrá valido la pena. Recuperaré mi reino de una vez.

La diadema de Amari me da golpecitos en el costado conforme sigo el

ascenso. Entonces no fui capaz de salvarla de Padre. Pero hoy, la salvaré de sí misma.

CAPÍTULO VEINTE



ZÉLIE

—¡Más rápido! —nos azuza Lekan mientras corremos por los pasillos del templo.

Tzain me lleva cargada a hombros y me agarra fuerte por la cintura para que no me caiga.

—¿Quién es? —pregunta Amari, aunque el temblor de su voz indica que ya lo sabe.

Su hermano ya la dejó marcada una vez. ¿Quién sabe si no volverá a ocurrir?

—Mi palo... —murmuro.

Necesito aunar toda mi energía para poder pronunciar esas palabras. Pero tengo que luchar. Es necesario para lograr que sigamos con vida.

—Si no te tienes en pie... —Tzain me sujeta antes de que resbale por su espalda—. Calla. Y por el amor de los dioses, ¡agárrate bien!

Llegamos al final de un pasillo y Lekan apoya la palma de la mano en la piedra. Los símbolos pintados bailan por su piel y viajan hasta entrar en la pared. Cuando ya no queda ni una sola *sênbaría* en su brazo derecho, la piedra hace un clic y se desliza una puerta corredera que da a una sala dorada. Entramos en esa maravilla secreta, abarrotada desde el suelo al techo con estanterías de finos rollos de pergamino de distintos colores.

—¿Vamos a escondernos aquí? —pregunta Tzain.

Lekan desaparece detrás de una estantería alta y, al cabo de poco, regresa con los brazos llenos de rollos negros.

—Hemos venido a recuperar estos encantamientos —nos aclara—. Los poderes de Zélie necesitan madurar si va a ser ella quien desempeñe el papel de *mamaláwo*.

Antes de que Tzain pueda poner objeciones, Lekan los mete en mi mochila de cuero junto con el pergamino del ritual.

—¡Muy bien! —exclama Lekan—. ¡Seguidme!

Con Lekan como guía, zigzagueamos por el serpenteante templo a toda velocidad, descendemos tramos de escaleras interminables. Otra pared se abre

ante nosotros y emergemos en el lateral del templo deslustrado. Recibimos con alegría el calor de la selva.

A la luz del atardecer, me palpita la cabeza. La montaña entera grita, rebosante de vida. Aunque antes ya notaba el murmullo de la energía espiritual, ahora el terreno del templo me abrumba con alaridos y lamentos encantados. Los espíritus con forma de sombras de los *sêntaros* masacrados merodean alrededor de mi cuerpo como si fuesen imanes en busca de metal al que adherirse.

«Iniciarse en la magia es como añadir un nuevo sentido». Las palabras de Lekan resurgen. «El cuerpo necesita tiempo para recuperarse del esfuerzo».

Solo que esa recuperación no llega. La magia anula todos mis sentidos y hace que me resulte casi imposible ver. Las imágenes vienen y van, confusas, mientras Tzain se abre camino entre los escombros. Lekan está a punto de conducirnos al interior de la selva cuando caigo en la cuenta.

—¡Nailah!

—Esperad —susurra Tzain a la espalda de Lekan. Se para en seco—. Nuestra leonaria está delante del templo.

—No podemos arriesgarnos...

—¡No! —grito con todas mis fuerzas.

Tzain aprieta la mano contra mi boca para amortiguar el sonido. Con guardias o sin ellos, no pienso abandonar a Nailah. No dejaré en la estacada a mi amiga más fiel.

Lekan suelta un suspiro de frustración, pero nos colamos de nuevo en el templo. Con la vista medio nublada, advierto que nos indica que corramos a su lado y luego se esconde contra la pared lateral del santuario para desde allí asomar la cabeza y espiar la fachada principal.

Entre el cementerio de calaveras y ruinas, veo que Inan se agacha. Luego ayuda a su almirante mientras los soldados restantes urgen a sus monturas a sortear la última pendiente antes del repecho final. Tiene una mirada enloquecida, el deseo de encontrarnos es más intenso que antes. Busco al príncipe que temblaba en la ensoñación. En lugar de eso, lo único que veo son las manos que me agarraron con fuerza por la garganta.

Por delante de Inan, tres guardias van dando patadas a las piedras hechas añicos y a los huesos rotos. Están cerca.

Demasiado cerca para que podamos escondernos.

—*Sùn, mí kàn, sùn. Sùn, mí kàn, sùn.*

Lekan entona un encantamiento en voz muy baja, como si pasase un hilo por el ojo de una aguja, mientras mueve el bastón formando círculos.

Las palabras crean un bucle de humo blanco que gira en espiral y se retuerce en el aire.

«Duerme, espíritu, duerme», traduzco. «Duerme, espíritu, duerme».

Observamos la espiral de humo, que se desliza por el suelo como una serpiente. Se enrosca alrededor de la pierna del guardia más próximo a nosotros y aprieta hasta que se cuela dentro de su piel. El guardia se tambalea hacia delante y acaba por desplomarse detrás de una pila de piedras. El espíritu de Lekan hace que ponga los ojos en blanco antes de perder la consciencia.

El humo blanco sale de su cuerpo e incapacita al siguiente soldado con los mismos medios. Justo cuando ese hombre cae al suelo, Inan y la almirante consiguen que la feroz leopardaria de nieve suba por la pendiente.

—Lekan —susurra Amari con perlas de sudor en la frente.

A esta velocidad, no vamos a conseguirlo.

Nos atraparán antes de que podamos escapar.

Lekan canta cada vez más deprisa, mueve el bastón como si diese vueltas a un *tubani* en una perola de hierro. El espíritu se desliza hacia el último guardia, a pocos segundos de alcanzar a Nailah. Los ojos amarillos de la leonaria miran con la malicia de una depredadora.

«No, Nailah. Por favor...».

—¡Aaah!

El grito ensordecedor del guardia reverbera en el ambiente.

Una bandada de pájaros echa a volar asustada. La sangre le brota del muslo cuando Nailah suelta las gigantescas fauces.

Inan se da la vuelta con una mirada letal. Sus ojos aterrizan en mí y se entrecierran; un depredador que por fin ha atrapado a su presa.

—¡Nailah!

Mi leonaria galopa entre las ruinas desmoronadas y nos alcanza en unos cuantos latidos. Tzain asegura mi cuerpo a la silla de montar antes de que todos los demás se suban a toda prisa. Luego sacude las riendas mientras Inan y la almirante desenvainan las espadas. Antes de que puedan alcanzarnos, Nailah se pone en marcha y vuela por la montaña. Tal es la velocidad a la que corre, que las piedras rotas salen despedidas de sus patas y caen por el estrecho precipicio con un repiqueteo.

—¡Por aquí! —Lekan señala la densa maleza de la selva—. Hay un puente a pocos kilómetros de distancia. Si conseguimos cruzar y cortarlo, ¡no tendrán forma de seguirnos!

Tzain sacude las riendas de Nailah y la leonaria surca la selva a un ritmo

vertiginoso, esquivando lianas y árboles inmensos. Oteo por entre la maleza y a lo lejos distingo un puente, pero un rugido amenazador me recuerda que Inan nos va pisando los talones. Vuelvo la cabeza para mirar lo que tengo detrás. Unas gruesas ramas azotan la mastodóntica constitución de su leopardaria de nieve mientras se abre camino entre la maleza. Cada vez más cerca de nosotros, enseña los dientes, tan ávida de sangre como su amo.

—¡Amari! —chilla Inan.

Amari se tensa y me agarra fuerte.

—¡Corre más deprisa!

Nailah galopa más rápido de lo que la he visto correr en toda mi vida, pero, no sé cómo, logra encontrar el ímpetu para empujar todavía un poco más. Sus saltos alargan nuestra vida, pues crean la distancia necesaria entre nuestros perseguidores y nosotros.

Acabamos de cruzar la zona de maleza y nos paramos en seco antes del frágil puente. Unas lianas marchitas sujetan la madera podrida y sirven de barandilla; basta una ráfaga de viento para que toda la estructura se tambalee.

—Uno por uno —nos ordena Lekan—. No aguantará el peso de todos juntos. Tzain, guía a Zélie...

—No.

Bajo al suelo y casi me desplomo cuando toco la tierra pedregosa. Mis piernas parecen de agua, pero me obligo a ser fuerte.

—Nailah la primera... Es la que más tardará.

—Zél...

—¡Vamos! —grito—. ¡Se nos acaba el tiempo!

Tzain aprieta los dientes y agarra a Nailah por las riendas. La guía a través del desvencijado puente; se encoge al oír que los maderos crujen con cada paso que dan Nailah y él. En cuanto llegan al otro lado, empujo a Amari para que cruce, pero no me suelta del brazo.

—Estás débil —dice con voz entrecortada—. No lograrás cruzar sola.

Tira de mí hacia el puente y el estómago me da un vuelco cuando cometo el error de mirar abajo. Por debajo de los tablones de madera podrida, unas rocas escarpadas bajan centenares de metros, creando un abismo impresionante que amenaza con aniquilar a cualquiera que tenga la desgracia de caer.

Cierro los ojos y me agarro a las lianas que forman la barandilla del puente. Ya están desgastadas y deshilachadas. El terror me apresa el pecho con tanta fuerza que ni siquiera puedo respirar.

—¡Mírame a mí! —me ordena Amari, y me obliga a abrir los ojos.

Aunque su cuerpo también tiembla, una feroz determinación reluce en su mirada ambarina. Se me nubla la vista cuando me agarra de la mano y me fuerza a avanzar de un enclenque tablón a otro. Parece una tortura. Ya llevamos la mitad del trecho recorrido cuando Inan irrumpe de entre la tupida maleza, con la almirante a la zaga.

Es demasiado tarde. Nos van a atrapar...

—*Àgbáj w àw n òrìsà!* —Lekan golpea el suelo con el bastón—. *Yá mi ní agbára à r!*

Su cuerpo explota con un potente brillo blanco que rodea los cuerpos de las monturas. Suelta el bastón y levanta los brazos. Junto con ellos, las bestias se elevan por el cielo.

Inan y su almirante chillan al caer de los lomos de sus leopardarias, con los ojos como platos por el terror. Lekan echa los brazos hacia atrás y así tira a los animales precipicio abajo.

«Por todos los dioses...».

Sus mastodónticos cuerpos se retuercen. Se sacuden mientras arañan el cielo con las garras. Sin embargo, sus rugidos se cortan de cuajo en cuanto quedan perforados por las rocas puntiagudas.

Una rabia aterrada se apodera de la almirante. Con un grito gutural, se pone de pie de un salto y corre hacia Lekan con la espada.

—Larva asquero...

Se abalanza hacia delante, pero queda atrapada por la magia de Lekan. Inan corre en su ayuda, pero él también queda atrapado en la luz blanca: otra mosca en la telaraña de Lekan.

—¡Corred! —nos grita este.

Las venas se le marcan bajo la piel. Amari tira de mí para que avancemos más rápido, aunque el puente se debilita con cada paso que damos.

—¡Ve tú! —le mando—. ¡No aguantará si cruzamos las dos!

—No puedes...

—Me las apañaré. —Me fuerzo a abrir los ojos—. Tú corre y ya está. Si no lo haces, ¡nos caeremos las dos!

Le brillan los ojos, pero no hay tiempo que perder. Amari acaba de cruzar el puente a toda velocidad y salta a la otra orilla. Cae desplomada.

Aunque me tiemblan las piernas, sigo avanzando y deslizo las manos por la barandilla de lianas. «Vamos». La vida de Lekan está en juego.

El puente emite un crujido terrorífico, pero continúo caminando. Ya casi estoy al otro lado. Voy a conseguirlo...

Las lianas se rompen.

El estómago me sube a la garganta cuando el puente se desploma bajo mis pies. Me fallan los brazos y los zarandeo, desesperada por agarrarme a algo, lo que sea. Me aferro a un tablón cuando el puente golpea contra la cara pedregosa de la montaña que forma el precipicio.

—¡¡Zélie!!

Tzain suena alarmado y veo que se asoma por el borde. Me tiembla el cuerpo y el tablón de madera que tengo agarrado es mi único salvavidas. Oigo sus inconfundibles crujidos. Sé que no aguantará.

—¡Escala!

A través de la visión borrosa y anegada en lágrimas, advierto que el puente roto ha formado una especie de escalera de mano. Tres tablones son todo lo que necesito salvar para llegar a las manos extendidas de Tzain.

Tres tablones entre la vida y la muerte.

«¡Escala!», me ordeno, pero mi cuerpo no se mueve. «¡Escala!», vuelvo a gritar mentalmente. «¡Vamos! ¡Sigue!».

Con mano temblorosa, agarro el tablón superior y me doy impulso para escalar.

«Uno».

Agarro el siguiente tablón y tiro de nuevo de mi cuerpo, con el corazón a punto de salirse por la garganta cuando otra liana cede.

«Dos».

Solo falta un tablón. «Vamos, puedes conseguirlo. No has llegado hasta aquí para morir ahora». Me aferro al último tablón.

—¡No!

La madera se me escapa de las manos.

El tiempo transcurre en un instante y en una eternidad. El viento me azota la espalda con furia y me empuja hacia la tumba. Cierro los ojos para dar la bienvenida a la muerte.

—¡Ah!

Una fuerza atronadora surca mi cuerpo y me deja los pulmones sin aire. La luz blanca rodea mi piel: «La magia de Lekan...».

Igual que si fuese la mano de un dios, la fuerza de su espíritu me eleva y me propulsa hasta los brazos de Tzain. Me doy la vuelta para mirarlo a la cara justo cuando la almirante se libera de sus ataduras de luz.

—Lekan...

La espada de la almirante se clava en el corazón de Lekan; los ojos se le salen

de las órbitas y se le abre la boca, inerte. El bastón se le cae de la mano.

La sangre de Lekan se desparrama al tocar el suelo.

—¡No! —grito.

La almirante saca la espada con un gesto vigoroso. Lekan se desploma, arrebatado de nuestro mundo en un instante. En cuanto el espíritu abandona su cuerpo, se cuela dentro del mío. Durante unos segundos, veo el mundo a través de sus ojos.

...corriendo por el patio del templo con los niños sêntaros, una alegría sin igual ilumina su mirada dorada... Su cuerpo se yergue mientras la mamaláwo cubre de tinta cada rincón de su piel y pinta los bellos símbolos en color blanco... Se le parte el alma, una y otra vez, al desplazarse por las ruinas masacradas de su pueblo y su gente... Su espíritu se eleva como nunca al realizar su primer y único ritual de iniciación...

Cuando termina la visión, solo un susurro permanece dentro de mí, una palabra vacilante entre la negrura de mi mente.

«Vive», susurra su espíritu. «Ocurra lo que ocurra, debes sobrevivir».

CAPÍTULO VEINTIUNO



INAN

Hasta hoy, la magia no tenía rostro.

Por lo menos, no más allá de las fábulas de los vagabundos y de las historias que contaban las sirvientas cuchicheando. La magia murió hace once años. Solo vivía en el miedo de los ojos de Padre.

La magia no respiraba. No golpeaba ni atacaba.

La magia no mataba a mi leopardaria ni me atrapaba dentro de su red.

Miro por el precipicio; veo el bulto inerte del cuerpo de Lula, empalado en una roca puntiaguda. Tiene los ojos abiertos y la mirada perdida. La sangre le mancha el pelaje moteado. De niño vi a Lula despedazar a un gorileón que le doblaba el tamaño.

Ante la magia, ni siquiera ha podido luchar.

—Uno... —susurro para mí mismo, mientras me alejo de esa horripilante estampa—, dos..., tres..., cuatro..., cinco...

Me encantaría que los números logaran frenar mi pulso acelerado, pero el corazón me late todavía con más fuerza. No hay movimientos tácticos. No hay forma de contraatacar.

Ante la magia, somos como hormigas.

Observo una fila de esas criaturas de seis patas hasta que noto algo pegajoso bajo el tacón de metal de la bota. Me agacho y sigo las gotas encarnadas del cadáver del *maji*; todavía le brota sangre del pecho.

Lo analizo, es como si viera al *maji* por primera vez. Cuando estaba vivo, parecía tres veces más grande de lo que es en realidad, una bestia vestida de blanco. Los símbolos que cubrían su piel oscura resplandecían cuando lanzó a nuestras monturas por los aires. Con su muerte, los símbolos se han desvanecido. Sin ellos, parece extrañamente humano. Extrañamente vacío.

Sin embargo, incluso muerto, su cadáver me provoca un escalofrío de terror. Mi vida estaba en sus manos.

Tuvo la oportunidad de arrebatármela.

Paso el pulgar por el peón deslustrado. Me escuece la piel mientras me alejo

del cuerpo del *maji*. «Ahora lo entiendo, Padre».

Con la magia, podemos darnos por muertos.

«Pero sin ella...».

Mi mirada se desplaza otra vez hacia el hombre muerto, hacia las manos que recibieron el don de los cielos, más fuerte que la tierra. Orisha no puede sobrevivir a ese poder. Pero si utilizásemos la magia en nuestro beneficio...

Un sabor amargo me llega a la lengua cuando doy con la nueva estrategia. Su magia es un arma; la mía también podría serlo. Si existen *maji* capaces de arrojarme por un abismo solo con sacudir la mano, la magia es mi única oportunidad de recuperar el pergamino.

Pero el mero pensamiento hace que se me forme un nudo en la garganta. Si Padre estuviera aquí...

Bajo la vista hacia el peón de *sênet*. Casi puedo oír el eco de su voz. «La obligación antes que uno mismo».

Los daños colaterales no importan. Aunque eso suponga una traición a todo lo que conozco, mi obligación de proteger Orisha es lo primero. Suelto el peón.

Por primera vez, me dejo ir.

Empieza poco a poco. Entrecortada. Repta por una extremidad y luego por otra, hasta invadirme por completo. Se libera la presión del pecho. La magia que me obligo a acallar empieza a removerse por debajo de mi piel. Ante esa sensación latente, se me encoge el estómago, agitado por las náuseas que me provoca la repugnancia. Pero recuerdo que nuestros enemigos sí utilizarán la magia contra nosotros.

Si tengo que cumplir esta obligación y salvar mi reino, debo hacer lo mismo.

Me hundo en la cálida vibración que late desde dentro. Poco a poco, aparece una nebulosa de la consciencia del *maji*. Borrosa y azul como las otras, gira por encima de su cabeza. Cuando la toco con la mano, la esencia del muerto es lo primero que me impacta: un aroma complejo. Rústico. A madera quemada y a carbón.

Frunzo los labios mientras me zambullo en su lánguida psique, que ahora busco en lugar de esquivar. Un único recuerdo empieza a aflorar en mi mente. Un día tranquilo, cuando su templo vibraba de vida. Él corría por el césped bien cuidado, de la mano de otro niño.

Cuanta más rienda suelta doy a mi magia, mayor es la sensación titilante. Una bocanada de limpio aire de montaña me llena la nariz. Una canción distante resuena en mis oídos. Cada uno de los detalles adquiere nitidez y contundencia. Como si el recuerdo almacenado en su consciencia fuese mío.

Al cabo de un rato, empieza a revelarse un dato nuevo. Un alma. Un nombre. Algo sencillo...

«Lekan...».

Unos tacones de metal repican contra el precipicio de piedra.

«¡Cielos!». Doy un respingo y me obligo a amortiguar la magia.

El olor de madera y carbón se desvanece al instante. En su lugar reaparece un agudo dolor en el estómago.

Me pellizco el puente de la nariz e intento recuperarme del latigazo mental. Al cabo de unos segundos, Kaea emerge de entre la densa maleza.

El pelo empapado en sudor se le pega a la piel morena, ahora salpicada de la sangre de Lekan. Conforme se acerca, me aseguro de llevar bien puesto el casco que me tapa la cabeza. Ha estado a punto de descubrirlo...

—No hay forma de cruzar —dice, y suspira mientras se sienta a mi lado—. He peinado un kilómetro entero. Con el puente destruido, no podemos acceder a la siguiente montaña.

«No me sorprende...». El breve atisbo que he tenido de los pensamientos de Lekan me ha bastado para intuirlo. Era inteligente. Buscó el único camino que les permitiría escapar.

—Le dije que no lo hiciera. —Kaea se quita la pechera protectora—. Sabía que esto no saldría bien. —Cierra los ojos—. El rey me culpará a mí de su rebelión. Nunca volverá a mirarme de la misma manera.

Sé a qué mirada se refiere; la que indica que ella es el sol y él, el cielo. Es la mirada que Padre reserva solo para Kaea. La que le dedica cuando cree que están a solas.

Me aparto y me toco la bota, sin saber qué decir a continuación. Kaea nunca se desmorona delante de mí. Hasta hace un momento, pensaba que no se desmoronaba jamás.

En su desesperación veo la mía. Mi concesión, mi fracaso. Pero ese lugar no es el que me corresponde. Debo ser un rey más fuerte.

—Dejad de lloriquear —espeto.

Todavía no hemos perdido la guerra.

La magia tiene un rostro nuevo.

Eso únicamente significa que debo atacar con un arma nueva.

—Hay un puesto de guardia al este de Sokoto —digo. «Hay que encontrar a esa *maji*. Encontrar el pergamino»—. Podemos avisar de que el puente se ha desplomado mandando un mensaje con el halcón de fuego. Si nos envían una legión de trabajadores forzosos, podremos construir otro.

—Fantástico. —Kaea entierra la cara en las manos—. Facilitemos las cosas para que las larvas regresen y nos asesinen cuando hayan recuperado sus poderes.

—Las encontraremos antes de que eso ocurra.

«Mataré a esa chica».

Seré nuestro salvador.

—¿Con qué medios? —pregunta Kaea—. Solo conseguir a los hombres y las provisiones nos llevará días. Construirlo...

—Tres días —la interrumpo.

«¿Cómo se atreve a poner en entredicho mi razonamiento?». Almirante o no, Kaea no debería desafiar una de mis órdenes.

—Si trabajan de día y de noche, pueden lograrlo. —continúo—. Conozco esclavos que construyen palacios en menos tiempo.

—Y ¿de qué nos serviría un puente, Inan? Aunque lo construyamos, cuando hayamos terminado ya no habrá ni rastro de esa larva.

Me detengo a mirar al otro lado del precipicio. El aroma a sal marina del alma de la chica casi ha desaparecido, perdido entre los arbustos de la selva. Kaea tiene razón. Un puente solo serviría para llevarnos a la siguiente montaña. Cuando caiga la noche, ya no seré capaz de notar la presencia de la *divîner*.

«A menos que...».

Me doy la vuelta para mirar el templo y recuerdo cómo hizo surgir las voces dentro de mi cabeza. Si fue capaz de provocar eso, tal vez ese lugar me permita percibir más cosas mediante la magia.

—Chândomblé. —Muevo mentalmente las fichas de una partida de *sênet*—. Vinieron en busca de respuestas. A lo mejor yo también puedo encontrarlas.

«Exacto. Eso es». Si descubro qué es lo que amplifica mi maldición, puedo utilizarlo para seguir la pista de la chica. Solo por una vez.

—Inan...

—Funcionará —la interrumpo—. Reúne a los trabajadores forzosos y controla la construcción mientras yo busco en el templo. Allí encontraremos el rastro de la chica. Sacaré a la luz las pistas que nos digan hacia dónde se dirigían.

Me meto en el bolsillo la pieza de Padre; en su ausencia, noto el aire frío contra la piel. Esta batalla no ha terminado. Al contrario, la guerra no ha hecho más que empezar.

—Enviad el mensaje y reunid un equipo. Quiero que los esclavos se presenten aquí antes del amanecer.

—Inan, como capitán...

—No me dirijo a vos en calidad de capitán —la interrumpo de nuevo—. Os lo ordeno en calidad de príncipe.

Kaea se pone rígida.

Algo se rompe entre nosotros dos, pero obligo a mi mirada a no inmutarse. Padre no toleraría su fragilidad.

Yo tampoco puedo tolerarla.

—De acuerdo. —Aprieta los labios hasta formar una línea finísima—. Vuestros deseos son órdenes para mí.

Conforme se aleja dando zancadas, veo la cara de la *maji* en mi mente. Su maldita voz. Los ojos plateados.

Me quedo mirando el vacío, hacia el punto en el que ha desaparecido el alma con olor a sal marina para perderse entre los árboles de la selva.

—Sigue corriendo —susurro.

«Voy a por ti».

CAPÍTULO VEINTIDÓS



AMARI

Cuando vivía en palacio, todas las ventanas de mis aposentos me permitían mirar únicamente hacia los patios interiores. Padre había mandado construir esa nueva ala justo después de que yo naciera y había insistido en que todas las ventanas sin excepción diesen al patio. Lo máximo que podía ver del mundo exterior eran las orquídeas leopardo de los jardines reales en plena floración. «Lo único que debe importarte es el palacio», solía decirme Padre cuando le suplicaba que me dejase tener una vista diferente. «El futuro de Orisha se decide dentro de estas paredes. Como princesa, tu destino también se decidirá aquí».

Intentaba aferrarme a esas palabras, permitir que la vida palaciega me saciara, igual que servía para saciar a Madre. Me esforzaba por socializar con las otras *oloyes* y sus hijas. Trataba de encontrar entretenimiento en los cotilleos de palacio. Pero por la noche, solía colarme en los aposentos de Inan y trepaba hasta el balcón desde el que se divisaba nuestra capital. Imaginaba qué habría más allá de los muros de madera de Lagos, el hermoso mundo que tanto anhelaba ver.

«Algún día», le susurraba a Binta.

«Sí, algún día, desde luego». Me contestaba ella con una sonrisa.

Cuando soñaba con escapar, nunca imaginé el infierno de la selva, todos los mosquitos, el sudor y las piedras afiladas. Sin embargo, tras cuatro días en el desierto, estoy convencida de que no hay límite para los infiernos que puede contener Orisha. El desierto no proporciona carne de zorrantes con la que alimentarse, ni agua ni leche de coco para saciar la sed. Lo único que nos ofrece es arena.

Interminables montañas de arena.

A pesar del pañuelo grande que llevo atado alrededor de la cara para protegerme, apenas puedo respirar, los granos de arena se me meten en la boca, la nariz, las orejas. Su persistencia solo encuentra rival en el sol abrasador, la estocada final para esta tierra yerma e inhóspita. Cuanto más viajamos por ella, más me pican los dedos por las ganas de agarrar las riendas de Nailah y tirar de

ella en dirección contraria. Pero, cielos, aunque nos diésemos la vuelta ahora mismo, ¿adónde iría yo?

Mi propio hermano me persigue. Lo más probable es que Padre desee ver mi cabeza. Me cuesta imaginar todas las mentiras que Madre tejerá en mi ausencia. Tal vez si Binta estuviese todavía en el palacio, me arriesgaría a volver arrastrándome con el rabo entre las piernas. Pero incluso ella ha desaparecido.

Esta arena es lo único que me queda.

La tristeza se asienta en mí cuando cierro los ojos y me imagino su cara. Basta pensar en ella un instante para sentir que puedo escapar del infierno de este desierto. Si Binta estuviese aquí, seguro que sonreiría, se reiría de los granos de arena que se le metieran entre los dientes. Sabría encontrar la belleza en lo que nos rodea. Binta sabía ver la belleza de todas las cosas.

Antes de que pueda impedirlo, los pensamientos sobre Binta me transportan y me devuelven a nuestros días en palacio. Una mañana, cuando éramos pequeñas, me colé con ella en los aposentos de Madre, ansiosa por enseñarle mis joyas favoritas. Mientras me subía al tocador, no paraba de divagar acerca de los pueblos que Inan vería en sus visitas militares.

—No es justo —me quejaba—. Él irá hasta Ikoyi, que está muy lejos. Verá el mar de verdad.

—También tendréis vuestra oportunidad.

Binta se mantenía alejada del tocador, con las manos pegadas a los laterales del cuerpo. Sin importar cuántas veces le insistiera en que se uniese a mí, repetía que no podía.

—Algún día...

Me pasé el valioso collar de esmeraldas de Madre por encima de la cabeza, cautivada por cómo brillaba a la luz del espejo.

—¿Y tú qué harás? —le pregunté—. Cuando nos escapemos, ¿qué aldea te gustaría ver?

—La que sea —dijo Binta con la mirada perdida—. Todas. —Se mordió el labio inferior y su cara se iluminó con una sonrisa—. Creo que me gustaría verlo todo. Nadie de mi familia ha traspasado nunca los muros de Lagos.

—¿Por qué no?

Arrugué la nariz y me puse de pie. Alargué la mano para coger el estuche que contenía la diadema antigua de Madre. Me faltaba muy poco para llegar a ella. Me incliné hacia delante.

—¡Amari, no hagáis eso!

Antes de que las palabras de Binta me frenasen, perdí el equilibrio. Con una

sacudida, se me cayó el estuche al suelo sin querer. Al cabo de dos segundos, todo lo demás empezó a precipitarse también.

—¡Amari!

Aún no me explico cómo pudo llegar tan rápido Madre. Su voz se hizo eco bajo los arcos de la entrada de su habitación en cuanto se percató del desaguisado que había provocado.

Pero no me salían las palabras, así que fue Binta quien dio un paso al frente.

—Lo siento muchísimo, Alteza. Me mandaron que limpiara vuestras joyas. La princesa Amari vino a ayudarme, nada más. Si debéis castigar a alguien, castigadme a mí.

—Criaja perezosa. —Madre zarandéó a Binta por la muñeca—. Amari es una princesa. ¡No está aquí para cumplir con tus obligaciones!

—Madre, no es...

—Calla —me soltó Madre, que echaba humo por la nariz mientras se llevaba a Binta a rastras—. Está claro que hemos sido demasiado permisivos contigo. No te irá mal recibir unos azotes.

—¡No, Madre! Esperad...

Nailah se tambalea y me extrae de las profundidades de mi sentimiento de culpa. El rostro joven de Binta se evapora de mi mente mientras Tzain se esfuerza por evitar que nos precipitemos por una montaña de arena. Me agarro de los estribos de cuero y Zélie se inclina para aferrarse al pelaje de Nailah.

—Lo siento, amiga —procura calmarla Zélie—. Te prometo que enseguida llegaremos.

—¿Estás segura?

Mi voz sale seca, tan quebradiza como la arena que nos rodea. Pero soy incapaz de decir si el nudo que tengo en la garganta está provocado por la falta de agua o por el recuerdo de Binta.

—Ya estamos cerca. —Tzain se da la vuelta y entrecierra los ojos para protegerse del potente sol. A pesar de tener los ojos casi cerrados, noto que su profunda mirada castaña me atrapa y me sonrojo sin querer—. Si no llegamos hoy, seguro que recalamos en Ibeji mañana.

—Pero ¿y si la piedra del sol no está en Ibeji? —pregunta Zélie—. ¿Y si la pista que nos dio Lekan no era acertada? Solo nos quedan trece días hasta el solsticio. Si no está aquí, lo tenemos crudo.

«No puede haberse equivocado...».

El pensamiento me revuelve el estómago vacío. Toda la determinación que sentí en Chândomblé se esfuma. «Cielos». Todo esto sería mucho más fácil si

Lekan siguiese vivo. Con su guía y su magia, que Inan nos persiguiese no sería una amenaza. Tendríamos alguna posibilidad de encontrar la piedra del sol. Incluso puede que ya estuviésemos de camino hacia la isla sagrada para realizar el ritual.

Pero ahora que Lekan ha muerto, no estamos más cerca de salvar a los *maji*. Como mucho, nos estamos quedando sin tiempo. Vamos directos a la muerte.

—Lekan no nos habría indicado el camino a la ligera. Está aquí. —Tzain hace una pausa y alarga el cuello—. Y a menos que eso sea un espejismo, ya hemos llegado.

Zélie y yo miramos por delante de los hombros anchos de Tzain. El calor se desprende de la arena a oleadas y emborrona el horizonte, pero al cabo de un rato, un cuarteado muro de arcilla cristaliza hasta hacerse visible. Para mi sorpresa, no somos más que tres de los numerosos viajeros que se aproximan a la ciudad desértica desde todas las direcciones. A diferencia de nosotros, varias partidas migratorias viajan en caravanas fabricadas con madera reforzada y embellecidas con oro, unos vehículos tan adornados que sin duda pertenecen a unos nobles.

Un latigazo de emoción me recorre mientras entrecierro los ojos para ver mejor. Cuando era pequeña, una vez oí que Padre advertía a los generales sobre los peligros del desierto, una zona dominada por los Terreros. Aseguraba que su magia podía transformar cualquier grano de arena en un arma letal. La noche en que me enteré, le conté a Binta lo que había oído mientras ella me desenredaba del pelo.

«Eso no es verdad», me corrigió. «Los Terreros del desierto son pacíficos. Utilizan la magia para crear asentamientos con arena».

En ese momento me imaginé cómo debía de ser una ciudad de arena, una que no se ciñese a las leyes ni a los materiales que gobernaban nuestra arquitectura. Si era cierto que los Terreros gobernaban el desierto en otros tiempos, sus magníficas ciudades se habían derrumbado y habían desaparecido junto con ellos.

No obstante, después de cuatro días de periplo por el desierto fantasmal, no cabe duda de que el modesto asentamiento de Ibeji titila ante nosotros. El primer signo de esperanza en esta desdichada tierra baldía. «Gracias a los cielos».

Puede que, al fin y al cabo, sí sobrevivamos.

Unas cabañas y varias *ahérés* de arcilla nos dan la bienvenida cuando cruzamos la muralla. Igual que en los suburbios de Lagos, las chozas de arena son robustas y cuadradas, bañadas por los rayos del sol. La *ahéré* más grande de

todas reluce a lo lejos, con un sello distintivo que conozco a la perfección. El leopardario de nieve tallado relumbra al sol y enseña sus afilados colmillos, listo para morder.

—Un puesto de guardia —anuncio con voz áspera, tensándome sobre la montura de Nailah.

Aunque el sello real está grabado en la muralla de arcilla, se ondula en mi mente igual que las banderas de terciopelo del salón del trono de Padre. Después del Asalto, el monarca había prohibido el sello antiguo, una valerosa leonaria con cuernos de toro que siempre me hacía sentir segura. En lugar de ese animal, proclamó que nuestro poder fuera representado por los leopardarios de nieve: monturas despiadadas. Puras.

—Amari —susurra Zélie. Me saca de mis pensamientos.

Desmonta de Nailah y se cubre mejor la cara con el pañuelo. Me insta a que haga lo mismo.

—Será mejor que nos dividamos. —Tzain se desliza por el lomo de Nailah y nos ofrece su cantimplora—. No deberían vernos juntos. Vosotras id a buscar agua. Yo encontraré algún sitio en el que pasar la noche.

Zélie asiente y se pone en marcha, pero una vez más, Tzain me sostiene la mirada.

—¿Estás bien?

Me obligo a decir que sí con la cabeza, aunque me siento incapaz de articular palabra. Basta mirar de reojo el sello real para que la garganta se me llene de arena.

—No te separes de Zélie y todo irá bien.

«Porque eres débil», imagino que masculla, aunque sus ojos oscuros transmiten cariño. «Porque, a pesar del sable que llevas, no puedes protegerte a ti misma».

Me aprieta el brazo con afecto antes de tomar a Nailah por las riendas y conducirla en sentido opuesto. Me quedo mirando su silueta de hombros anchos y lucho contra el deseo de seguirlo hasta que Zélie susurra mi nombre.

«Todo saldrá bien». Intento sonreír con la mirada, pese a que Zélie ni siquiera me ha mirado. Creía que las cosas habían empezado a mejorar entre nosotras después de lo sucedido en Sokoto, pero cualquier benevolencia que me hubiese ganado entonces se esfumó en cuanto mi hermano se presentó en el templo. Desde hace cuatro días Zélie apenas me ha dirigido la palabra, como si hubiese sido yo quien hubiese matado a Lekan. Las únicas veces que sí me doy cuenta de que me mira, la pillo observando mi espalda.

Aun así, me quedo a su lado mientras recorremos las calles desiertas y buscamos en vano algo de comer. Mi garganta se muere de ganas de probar agua fresca, una barra de pan recién hecho, un buen pedazo de carne. Pero, a diferencia del barrio de mercaderes de Lagos, aquí no hay coloridos puestos de comida, ni mostradores repletos de succulentas delicias. La aldea parece casi tan muerta de hambre como el desierto que la rodea.

—Por todos los dioses —perjura Zélie en voz baja.

Se detiene cuando sus temblores se acentúan.

Aunque el sol brilla con ferocidad, le castañetean los dientes como si estuviese en una bañera llena de cubitos de hielo. Desde el rito de iniciación, tiembla cada vez más, y se estremece en cuanto percibe que los espíritus de los muertos andan cerca.

—¿Tantos hay? —susurro.

Jadea cuando uno de los temblores termina y le da tregua.

—Es como si caminase por un cementerio.

—Bueno, con este calor, es probable que esto sea un cementerio.

—No sé si es por eso. —Zélie mira alrededor y se ajusta aún más el pañuelo—. Cada vez que noto un espíritu, me sabe a sangre.

Me recorre un escalofrío al oírlo, aunque el sudor me sale por todos los poros de la piel. Si Zélie nota sabor a sangre, no quiero saber por qué.

—Quizás... —me callo y me detengo en medio de la arena cuando veo un grupo numeroso de hombres que inundan la calle.

A pesar de ir ocultos con capas y máscaras, sus ropajes cubiertos de polvo llevan el sello real de Orisha.

«Guardias».

Me agarro de Zélie para no perder el equilibrio mientras ella alarga la mano en busca del palo. Todos los soldados apestan a licor; algunos trastabillan al andar. Me tiemblan las piernas, como si fuesen de agua.

Entonces, tan rápido como han aparecido, se dispersan y desaparecen entre las *ahérés* de arcilla.

—Recupera la compostura.

Zélie se zafa de mi brazo. Lucho para no caerme de bruces en la arena. No hay comprensión en su mirada; a diferencia de los ojos de Tzain, sus ojos plateados denotan rabia.

—Es que... —Mis palabras son débiles, aunque deseo que sean contundentes—. Disculpa. Me han pillado desprevenida.

—Si vas a comportarte como una princesita, entrégate a los guardias. No estoy

aquí para protegerte. Estoy aquí para luchar.

—Eso no es justo. —Me abrazo el cuerpo—. Yo también estoy luchando.

—Bueno, teniendo en cuenta que tu padre es el que ha provocado este desaguisado, yo en tu lugar lucharía con un poco más de ímpetu.

Dicho esto, Zélie se da la vuelta y se marcha levantando polvo con sus grandes zancadas. Me arde la cara, pero la sigo, asegurándome de mantener cierta distancia esta vez.

Continuamos avanzando hacia la plaza central de Ibeji, en la que desemboca un cúmulo de calles serpenteantes y cabañas cuadradas fabricadas con arcilla roja. Al acercarnos, veo más nobles que se congregan; destacan con sus brillantes kaftanes de seda y los sirvientes que los siguen. Aunque no reconozco a ninguno de ellos, me ajusto el pañuelo. Me preocupa que el menor desliz pueda desvelar mi identidad. Pero ¿puede saberse qué hacen aquí, tan lejos de la capital? Hay tantos nobles que solo se ven superados en número por los trabajadores forzosos atados con grilletes.

Hago una breve pausa, abrumada ante la gran cantidad de esclavos que abarrotan el camino estrecho. Hasta hoy, solo había atisbado a algunos prisioneros que llevaban para servir en palacio: siempre amables, limpios, peinados al gusto de Madre. Igual que Binta, pensaba que todos vivían una vida sencilla, a salvo en el interior de las paredes del palacio. Nunca me planteé de dónde provenían, en qué otros lugares podrían acabar.

—Cielos...

La estampa hace daño a la vista. En su mayoría *divîners*, los trabajadores son muchísimo más numerosos que los habitantes de la aldea, y van vestidos con unos harapos roídos. Su piel oscura está llena de ampollas a causa del sol abrasador, dañada por el polvo y la arena que parecen haberse fundido con su ser. Cada uno de ellos es poco más que un esqueleto en movimiento.

—¿Qué sucede? —susurro, calculando la cantidad de niños encadenados que hay.

Casi todos son jóvenes: incluso los de mayor edad siguen pareciendo más jóvenes que yo. Intento encontrar las materias primas que deben de haber excavado en las minas, las carreteras recién construidas, las nuevas fortalezas erigidas en esta aldea del desierto. Sin embargo, no veo ni rastro de adónde se dirigen sus esfuerzos.

—¿Qué hacen aquí?

Zélie mira a los ojos a una chica de piel oscura con el pelo blanco como ella.

La esclava lleva un vestido blanco hecho jirones; tiene los ojos hundidos, casi desprovistos de toda vida.

—Los obligan a hacer trabajos forzados —murmura Zélie—. Tienen que ir donde les mandan.

—Pero no siempre deben de estar tan mal, ¿verdad?

—En Lagos, vi gente con peor aspecto todavía.

Zélie avanza hacia el puesto de guardia de la plaza central y a mí se me revuelven las entrañas. Aunque no tengo comida con la que llenarme el estómago, me siento más lúcida que nunca. Todos esos años sentada en silencio a la mesa...

Bebiendo té mientras la gente moría.

Alargo el brazo para llenar la cantimplora en el pozo y evito la mirada maliciosa del guardia. Zélie estira el brazo para hacer lo mismo...

El guardia blande la espada con furia.

Ambas damos un respingo, con el corazón a punto de salirnos por la boca. La espada se clava en el marco de madera en el que unos segundos antes descansaba la mano de Zélie. Agarra el palo que lleva en el cinturón, con la mano temblorosa por la ira.

Mis ojos siguen la espada hasta el soldado furioso que la empuña. El sol ha oscurecido su piel color caoba, pero su mirada brilla con vigor.

—Ya sé que las larvas como tú no sabéis leer —masculla mirando a Zélie—, pero, por el amor de los cielos, a ver si aprendéis a contar.

Golpea una señal descolorida con la hoja de la espada. La arena cae de las hendiduras de la madera y deja a la vista un mensaje deslucido: UNA TAZA = UNA MONEDA DE ORO.

—¿Habláis en serio?

Zélie echa humo.

—Podemos pagarlo —susurro, y meto la mano en su mochila.

—¡Pero ellos no!

Señala a los trabajadores forzosos. Un puñado de esclavos que transportan cubos beben un agua tan contaminada que bien podría ser arena. Sin embargo, no es el momento para la rebelión. ¿Cómo es posible que Zélie no lo vea?

—Nuestras más sinceras disculpas.

Doy un paso al frente y pongo mi tono de voz más deferente. Casi sueno creíble. Madre estaría orgullosa de mí.

Coloco tres monedas de oro en la mano del guardia y cojo la cantimplora de Zélie, obligándola a retroceder mientras la relleno.

—Toma.

Le pongo la cantimplora en la mano a la fuerza, pero Zélie chasquea la lengua para mostrar su repugnancia. Agarra la cantimplora y regresa a donde están los prisioneros. Se acerca a la niña morena vestida de blanco.

—Bebe —la apremia Zélie—. Rápido. Antes de que lo vea tu carcelero.

La joven esclava no pierde ni un segundo. Bebe agua con avidez, sin duda está saboreando el primer líquido que ingiere desde hace días. Cuando termina de dar un trago contundente, pasa la cantimplora al *divîner* que hay encadenado delante de ella. A regañadientes, les entrego a los demás esclavos las otras dos cantimploras que tenemos.

—Qué amable eres —susurra la niña a Zélie, mientras se relame las últimas gotas de agua que le quedan en los labios.

—Siento no poder hacer más.

—Has hecho más que suficiente.

—¿Por qué hay tantos trabajadores forzosos por aquí? —pregunto intentando olvidar lo seca que tengo la garganta.

—Los carceleros nos han mandado aquí por lo del circo.

La chica señala con la cabeza hacia un punto que apenas se advierte al otro lado del muro de arcilla. Al principio, no distingo nada contra las dunas rojas y las olas de arena, pero al cabo de poco, el anfiteatro empieza a destacarse.

«Cielos...».

Nunca he visto una estructura tan impresionante. El anfiteatro, con una serie de arcos y pilares erosionados, se extiende por el desierto y cubre buena parte de su árida superficie.

—¿Lo estáis construyendo?

Arrugo la nariz. Padre nunca aprobaría que los presos construyeran un edificio como este aquí fuera. El desierto es demasiado árido; no hay tantas personas que puedan sobrevivir en semejante tierra.

La chica niega con la cabeza.

—Competimos aquí. Los carceleros dicen que, si ganamos, quedarán saldadas todas nuestras deudas.

—¿Competís? —Zélie frunce la frente—. ¿Para qué? ¿Para lograr la libertad?

—Y riquezas —interviene el obrero que hay delante de la chica. Le resbala el agua por la barbilla—. Suficiente oro para llenar el mar.

—Pero no nos hacen competir por eso —espeta la chica—. Los nobles ya son ricos. No necesitan oro. Lo que buscan es la reliquia de Babalúayé.

—¿Babalúayé?

—El Dios de la Salud y la Enfermedad —me recuerda Zélie—. Cada dios tiene una reliquia legendaria. La de Babalúayé es el *ohun è aiyé*, la joya de la vida.

—¿Y es auténtica de verdad? —pregunta.

—No es más que un mito —responde Zélie—. Una historia que los *maji* les cuentan a los *divîners* cuando se van a dormir.

—No es un mito —dice la chica—. La he visto con mis propios ojos. Se parece más a una piedra que a una joya, pero es real. Garantiza la vida eterna.

Zélie ladea la cabeza y se inclina hacia delante.

—Esa piedra... —Baja la voz—. ¿Qué aspecto tiene?

CAPÍTULO VEINTITRÉS



ZÉLIE

El circo vibra con la cháchara ebria de los nobles mientras el sol se hunde en el horizonte. Aunque cae la noche, el anfiteatro relumbra de luz; hay faroles colgados de los pilares de los muros. Nos abrimos paso a codazos entre las hordas de guardias y nobles que llenan las gradas de piedra. Me agarro a Tzain para mantener la estabilidad, pues me tropiezo más de una vez mientras recorremos las desgastadas escaleras de arena.

—¿De dónde ha salido toda esta gente? —murmura Tzain.

Se abre paso a empellones entre dos *kosidán* tapados con kaftanes cubiertos de polvo. Aunque es poco probable que el número de habitantes de Ibeji llegue al millar, hay miles de espectadores que llenan las gradas, entre ellos, una sorprendente cantidad de mercaderes y nobles. Todos observan con atención el profundo foso del circo, unidos en su exaltación ante los inminentes juegos.

—Estás temblando —dice Tzain cuando nos sentamos.

Noto la piel de gallina por todo el cuerpo.

—Hay cientos de espíritus —susurro—. Cuantísimas personas han muerto aquí...

—Tiene sentido, si los condenados a trabajos forzados construyeron el lugar. Seguro que murieron a docenas.

Asiento y bebo un trago de la cantimplora, con la esperanza de quitarme el sabor a sangre de la boca. Da igual lo que coma o beba, el regusto metálico no se me pasa. Hay demasiadas almas a mi alrededor atrapadas en el infierno del *apâdi*.

Siempre me enseñaron que, cuando los orïshanos morían, los espíritus benditos se elevaban al *alâfia*: la paz. Una liberación del dolor de nuestra tierra, un estado que solo existe en el amor de los dioses. Una de nuestras obligaciones sagradas como Parcas era guiar a los espíritus perdidos hasta el *alâfia* y, a cambio, ellos nos prestarían su fuerza.

Sin embargo, los espíritus abrumados por el peso del pecado o del trauma no pueden elevarse al *alâfia*; no pueden abandonar esta tierra. Anclados a su dolor,

permanecen en el *apâdi*, donde reviven los peores momentos de sus recuerdos humanos una y otra vez.

De niña, sospechaba que el *apâdi* era un mito, una advertencia conveniente para evitar que los niños se portasen mal. Pero ahora que me he iniciado en el mundo de las Parcas, puedo sentir la tortura de los espíritus, su inconmensurable agonía, su dolor interminable. Escudriño el anfiteatro, incapaz de creer la cantidad de espíritus atrapados en el infierno del *apâdi* dentro de estas paredes. Nunca había oído hablar de algo semejante. Por el amor de los dioses, ¿qué ha ocurrido aquí?

—¿Deberíamos echar un vistazo por el foso? —susurra Amari—. ¿Buscar en el anfiteatro a ver si hay pistas?

—Esperemos a que empiece la competición —dice Tzain—. Será más fácil cuando todos estén distraídos.

Mientras esperamos, miro más allá de las ornamentadas sedas de los nobles para inspeccionar el hondo foso con suelo metálico. La imagen resulta curiosa en contraste con los ladrillos de arena que rellenan los resquebrajados arcos y los peldaños de las gradas. Busco marcas de sangre que indiquen una masacre en el metal: el golpe de una espada, el corte de unas fauces gigantes de alguna montura salvaje. Pero el metal está intacto y sin una sola mancha. «¿Qué clase de competición es esta...?».

Una campana reverbera por el aire.

Alzo los ojos al constatar que despierta una oleada de vítores excitados. Todos se ponen de pie y nos obligan a Amari y a mí a levantarnos subidos a los peldaños para poder ver. Los vítores aumentan de volumen cuando un hombre enmascarado y vestido de negro asciende una escalerilla metálica y se coloca en una plataforma muy por encima del foso. Lo rodea una extraña aura, algo imponente, algo dorado...

El presentador se quita la máscara y revela una cara sonriente de un tono marrón claro, bronceada por el sol. Se lleva un cono metálico a los labios a modo de megáfono.

—¿Estáis preparados?

La multitud ruge con tal ferocidad que me pitan los tímpanos. Un rumor profundo retumba en la distancia, sube y sube de volumen hasta que...

Las puertas de metal se abren de par en par a ambos lados del foso e irrumpe un interminable torrente de agua. «Tiene que ser un espejismo». Y, sin embargo, no paran de entrar litros y litros de agua, olas que cubren el suelo metálico y rompen con el estruendo de un mar en expansión.

—¿Cómo es posible? —susurro casi para mis adentros, al recordar a los trabajadores forzosos, reducidos a piel y huesos.

¿Tantas personas agonizan deshidratadas y malgastan el agua en esto?

—¡No os oigo! —anima el presentador—. ¿Estáis listos para la batalla más emocionante de vuestra vida?

Mientras la muchedumbre borracha grita, varias puertas metálicas del anfiteatro se abren en los laterales. Uno por uno, diez barcos de madera entran flotando, navegan por las olas de ese mar artificial. Los barcos miden casi doce metros, todos cuentan con un mástil alto, velas desplegadas. Flotan mientras la tripulación de cada uno de ellos toma posición, dirige el timón de madera y organiza las líneas de cañones.

En cada uno de los barcos, un capitán vestido con mucha pompa se yergue junto al timón. Pero cuando observo las distintas tripulaciones, se me encoge el corazón.

La prisionera del vestido blanco está sentada junto a docenas de remeros, con lágrimas en los ojos oscuros, la chica que nos habló de la piedra. El pecho le sube y le baja, agitado. Agarra un remo en un intento de salvar la vida.

—Esta noche, diez capitanes de toda Orisha lucharán para ganar una riqueza más suculenta que la de un rey. El capitán y la tripulación que ganen se bañarán en un mar de gloria, ¡un océano de oro interminable! —El presentador eleva las manos y dos guardias entran a rastras un enorme baúl lleno de relucientes monedas de oro. Un eco de admiración y avaricia recorre las gradas—. Las reglas son sencillas: para ganar, hay que matar al capitán y a la tripulación de todos los demás barcos. Durante las últimas dos lunas, nadie ha sobrevivido al combate del anfiteatro. ¿Será esta noche en la que por fin podremos coronar a un vencedor?

Los vítores del público vuelven a encenderse. Los capitanes se suman a los gritos, con los ojos relucientes ante las palabras del presentador. A diferencia de sus indefensas tripulaciones, ellos no tienen miedo.

Lo único que quieren es ganar.

—Si esta noche gana algún capitán, le espera un premio especial, un reciente hallazgo más valioso que cualquier premio que hayamos ofrecido hasta ahora. No me cabe duda de que los rumores sobre su grandeza son los que han motivado que muchos de vosotros hayáis venido hoy a ver el espectáculo. —El presentador deambula por la plataforma para crear más expectación. El miedo se apodera de mí cuando se lleva el cono metálico a los labios una vez más—. El capitán que gane se irá de aquí con algo más que un baúl de oro. Recibirá la joya

de la vida, perdida en el tiempo hasta este momento. La legendaria reliquia de Babalúayé. ¡El don de la inmortalidad!

El presentador saca la reluciente piedra del abrigo. Las palabras se me agolpan en la garganta. Más brillante que el mural de Lekan cuando cobraba vida, la piedra del sol refulge. Es del tamaño de un coco y reluce con tonos anaranjados, amarillos y rojos que laten bajo su exterior de cristal liso. Justo lo que necesitamos para completar el ritual.

Lo último que nos hace falta para devolver la magia al mundo.

—¿La piedra otorga la inmortalidad? —Amari inclina la cabeza—. Lekan no lo mencionó.

—No —respondo—. Pero da la impresión de que podría.

—¿Quién crees que ga...?

Antes de que Amari pueda terminar la pregunta, unas detonaciones ensordecedoras explotan en el foso.

El anfiteatro retumba cuando el primer barco dispara.

Dos balas de cañón salen de las estructuras metálicas, despiadadas en su objetivo. Impactan entre los remeros del barco más cercano y al estallar se llevan varias vidas de golpe.

—¡Ah!

Un dolor insoportable me atraviesa el cuerpo, aunque no recibo el ataque de nada visible. El espeso sabor a sangre me baña la lengua, más fuerte que nunca.

—¡Zél! —grita Tzain.

Por lo menos, creo que grita. Es imposible oírlo entre todos los alaridos. Cuando el barco se hunde, los vítores del público se mezclan con los chillidos de los muertos que abruman mi mente.

—Lo noto —digo, y aprieto los dientes para evitar soltar un aullido desafinado—. Noto cada una de las muertes.

Una cárcel de la que no puedo escapar.

La explosión de los cañones sacude las paredes del anfiteatro. Astillas y tablones rotos vuelan por los aires cuando se hunde el siguiente barco. La sangre y los cadáveres caen como gotas de lluvia en el agua, mientras que los supervivientes heridos luchan por no hundirse.

Cada nueva muerte me golpea con la misma fuerza que el espíritu de Lekan en Chândomblé, flotando por mi mente y mi cuerpo. La cabeza me estalla a causa de la amalgama de recuerdos disparatados e inconexos. Mi cuerpo alberga todo su dolor. Entro y salgo de la agonía, con la esperanza de que ese horror termine

pronto. Veo un fogonazo de la chica de blanco, solo que ahora yace ahogada en la marea roja.

No sé cuánto dura... diez minutos, diez días.

Cuando por fin termina el baño de sangre, me siento demasiado débil para pensar, para respirar. Poco queda de los diez barcos o de sus capitanes, todos han caído a manos de otro.

—¡Parece que esta noche tampoco habrá vencedor!

La voz del presentador atruena por encima de los chillidos de los espectadores. Blande la piedra y la mueve para asegurarse de que capta toda la luz.

La piedra resplandece por encima del mar encarnado, brilla sobre los cadáveres que flotan entre los restos de madera rota. La escena hace que la muchedumbre grite todavía más fuerte de lo que ha gritado en toda la noche. Quieren más sangre.

Quieren otro combate.

—¡Tendremos que esperar a ver si los capitanes de mañana pueden ganar este magnífico premio!

Me apoyo en Tzain y cierro los ojos. A este paso, habremos muerto antes de llegar siquiera a tocar esa piedra.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



INAN

Los gritos distantes de los carceleros se oyen por encima de los débiles tintineos de la construcción. Los ladridos contrariados de Kaea reinan sobre todos ellos. Aunque a regañadientes, parece que ha tomado las riendas de la situación. Tras tres días a sus órdenes, el puente está casi terminado.

Sin embargo, a pesar de que se nos ha abierto una nueva vía para llegar al otro lado de la montaña, no estoy más cerca de encontrar pistas sobre las fugitivas. Da igual cuánto me esfuerce, el templo es un enigma, un misterio interminable que no sé descifrar. Aunque he liberado en parte mi magia, no es suficiente para lograr seguirle el rastro a esa chica. Me queda poco tiempo.

Si tengo alguna posibilidad de encontrar a esa muchacha, tendré que dejar que actúe toda mi magia.

Darme cuenta de eso me atormenta, pone en tela de juicio todas mis creencias. Pero la alternativa es mucho peor. La obligación va antes que uno mismo. Orisha es lo primero.

Respiro hondo y suelto mis últimas ataduras poco a poco. El dolor del pecho mengua. Al cabo de un rato, el escozor de la magia me cubre la piel.

Tengo la esperanza de que el aroma del mar sea lo primero que me llegue, pero, tal como ha ocurrido los días anteriores, lo único que llena esos estrechos pasadizos es el olor a madera y carbón.

Cuando doblo otra esquina, el aroma se vuelve abrumador; una nube color turquesa pende del aire. Paso la mano por la nebulosa y permito que entre en mí lo que queda de la conciencia de Lekan.

—*Lekan, ¡basta!*

Risas y gritos de alegría resuenan cuando doblo otra esquina. Me apoyo contra la piedra fría mientras los recuerdos del *sêntaro* se apoderan de mí. Pasan unos niños fantasma chillando, van desnudos y con el cuerpo pintado. Su euforia rebota y hace eco, vibrante contra los muros de piedra.

«No son reales», me recuerdo mentalmente, con el corazón a punto de salirme

por la boca. Sin embargo, aunque intento aferrarme a esa mentira, el brillo travieso en los ojos de uno de los niños impone la verdad.

Con la antorcha en la mano, avanzo y recorro a toda prisa los estrechos pasillos del templo. Por un momento, noto en el aire una ráfaga de olor marino, enterrado en el aroma del carbón. Doblo otra esquina y aparece una segunda nube turquesa. Corro hacia ella, y aprieto los dientes cuando el nuevo fognazo de la conciencia de Lekan aparece ante mí. El olor a madera es embriagador. El aire cambia. Suena una voz suave.

—*Pero ¿tenéis nombre?*

Se me tensa todo el cuerpo. La forma tímida de Amari se materializa ante mis ojos. Mi hermana me mira con aprensión, el miedo nubla su mirada ambarina. Un aroma ácido se me mete en los orificios nasales. Me pica la nariz, casi me escuece.

—*Todo el mundo tiene nombre, niña.*

—*Ay, no me refería...*

—*Lekan —su voz resuena en mi cabeza—. Olamilekan.*

Casi me echo a reír al ver a Amari; tiene un aspecto ridículo con esa ropa común y corriente. Sin embargo, incluso después de todo lo que ha pasado, sigue siendo la misma chica de siempre: una amalgama de emociones detrás de un muro de silencio.

Mis propios recuerdos se cuelan... La breve mirada que intercambiamos de un lado a otro del puente. Yo pensaba que sería su salvador; en lugar de eso, he sido la causa de su dolor.

—*¿«Mi riqueza... aumenta»?*

Emerge de nuevo el recuerdo de Lekan en el que sale la joven *maji*. Cobra vida ante las llamas de la antorcha.

—*¿Recuerdas nuestra lengua?*

—*Algunas palabras. —La chica asiente con la cabeza—. Mi madre me la enseñó cuando era pequeña.*

«Por fin». Después de todos estos días, el aroma del mar me golpea como una ráfaga de viento. No obstante, por primera vez desde que nuestros caminos se cruzaron, la imagen de la chica no me invita a coger la espada. A través de la mirada de Lekan es una muchacha dulce pero impresionante. Su piel morena parece brillar a la luz de la antorcha, que destaca aún más los fantasmas escondidos tras sus ojos plateados.

«*Ella es la elegida*». El pensamiento de Lekan retumba en mi mente. «*Ocurra lo que ocurra, debe sobrevivir*».

—¿La elegida para qué? —me pregunto en voz alta. El silencio es la única respuesta.

Las imágenes de la chica y de Amari se desvanecen, y me quedo mirando el punto en el que estaban un momento antes. Su aroma desaparece. Aunque intento recuperar ese fognazo, no ocurre nada. Me veo obligado a continuar.

Mientras mis pasos resuenan por los recovecos y las rendijas del templo, noto el cambio en mi cuerpo. El esfuerzo por reprimir la magia se ha convertido en un agotamiento constante. Me cuesta respirar. Aunque el zumbido de la magia dentro de mi cabeza todavía me revuelve el estómago, mi cuerpo se recrea en su nueva libertad. Es como si hubiese pasado años ahogándome bajo el agua.

Por un instante, puedo sacar la cabeza para respirar aire puro.

Hago varias inspiraciones profundas y aprieto el paso, atravesando los pasillos y salas del templo con un vigor nuevo. Persigo los fantasmas de Lekan en busca de respuestas, con la esperanza de volver a encontrar a la chica. Cuando doblo la siguiente esquina, el aroma de su alma me sobrecoge. Entro en la sala abovedada. Los restos de la conciencia de Lekan laten allí con más fuerza que en cualquier otro momento de la semana. Una nube color turquesa parece cubrir todo el espacio. Antes de que pueda frenar, la sala resplandece con un destello blanco.

Aunque permanezco en las sombras, veo que la conciencia de Lekan baña con su luz las erosionadas paredes. Me quedo boquiabierto mientras escudriño el magnífico mural de los dioses. Todos y cada uno de los retratos lucen unos colores llamativos.

—¿Qué es esto? —pregunto en un suspiro, admirado ante la maravilla que tengo delante.

Las pinturas son tan expresivas que parecen cobrar vida.

Levanto la antorcha hacia los dioses y las diosas, hacia los *maji* que bailan a sus pies. Es imponente. Sobrecogedor. Cuestiona todo lo que me han enseñado a pensar.

Durante mi infancia, Padre me llevó a creer que quienes se aferraban a los mitos de los dioses eran débiles. Confiaban en seres que no podían ver, dedicaban su vida a entidades sin rostro.

Yo elegí poner mi fe en el trono. En Padre. En Orīsha. Pero ahora, mientras contemplo los dioses, no soy capaz de articular palabra.

Me maravillo ante los océanos y los bosques que emanan de sus dedos, ante el mundo de Orīsha creado por sus manos. Un júbilo extraño parece respirar entre

las capas de pintura y llena Orisha con una luz que no sabía que pudiera contener.

Ver ese mural me obliga a aceptar la verdad, que confirma todo lo que Padre me contó el otro día en el salón del trono. Los dioses son reales. Están vivos. Unen los hilos de las vidas de los *maji*. Pero, si todo eso es cierto, por todos los cielos, ¿puede saberse por qué uno de ellos ha forjado un vínculo conmigo?

Estudio de nuevo cada uno de los retratos y observo los diferentes tipos de magia que parecen brotar de las manos de los dioses. Cuando llego a un dios vestido con ostentosas túnicas color cobalto, me detengo. La maldita magia se enciende en mí al verlo.

El dios es alto, imponente y con músculos bien cincelados. Un *ipélè* azul oscuro se extiende sobre su pecho ancho igual que un chal, destaca contra su piel marrón oscura. Un humo color turquesa da vueltas en sus manos, muy similar a las nebulosas que aparecen cuando se manifiesta mi maldición. Cuando muevo la antorcha, una pulsación de energía viaja por mi cráneo. La voz de Lekan retumba en mi cabeza a la vez que aparece otra nube azul.

—*Orí tomó la paz de la cabeza de Madre Cielo para convertirse en el Dios de la Mente, el Espíritu y los Sueños. En la tierra, compartió este don único con sus discípulos, y les permitió conectar mentalmente con todos los seres humanos.*

—El Dios de la Mente, el Espíritu y los Sueños... —susurro, mientras encajo todas las piezas del puzzle.

Las voces. Los retazos de las emociones de otras personas. El extraño espacio de ensueño en el que me sentí atrapado. Eso es.

El dios del que provengo.

La rabia arde dentro de mí al comprenderlo. «¿Qué derecho tienes?». Hace unos días, ni siquiera sabía que existiera este dios, y sin embargo, ¿se ha atrevido a envenenarme?

—¿Por qué?! —grito, y mi voz se hace eco dentro de la cúpula.

Casi espero que el dios me conteste con otro grito, pero solo el silencio me responde.

—Te arrepentirás —murmuro para mis adentros.

No estoy seguro de si eso indica que estoy loco o si, en algún lugar, a pesar de todo el bullicio del mundo, el dios puede oírme. Ese bastardo se acordará para siempre de este día. La magia con la que me ha maldecido será la perdición de esa misma magia, lo juro.

Se me retuercen las entrañas y me doy la vuelta a toda prisa, se me encoge el estómago cuando invoco esta maldición con más fuerza todavía. No hay forma

de luchar contra ella. Si quiero encontrar las respuestas, solo hay un lugar al que puedo ir a buscarlas.

Me tumbo en el suelo y cierro los ojos, dejo que el mundo se desvanezca mientras la magia corre por mis venas. Si quiero aniquilar esta maldición, necesito toda la magia que esté a mi alcance.

Necesito soñar.

CAPÍTULO VEINTICINCO



ZÉLIE

—¿No hay guardias a la vista?

Amari otea por los pasillos de piedra que se alejan del foso del anfiteatro. Unos arcos erosionados se curvan sobre nuestra cabeza, unas piedras resquebrajadas bajo nuestros pies. Una vez que se han alejado los pasos, Amari asiente con la cabeza y salimos como un rayo. Nos escondemos entre los envejecidos pilares y avanzamos a toda prisa para lograr nuestro objetivo antes de que nos vean.

Horas después de que muriera el último hombre y los espectadores abandonaran los asientos, los guardias drenaron el mar rojo del circo. Pensé que los horrores de los juegos acabarían allí, pero ahora los restallidos de los látigos se hacen eco entre las gradas vacías. Las guardias obligan a una nueva partida de prisioneros a limpiar la sangre y las vísceras que no se ha llevado la corriente de agua al vaciar el foso. No quiero ni imaginarme la tortura que debe de suponer para ellos. Limpiar la masacre de esta noche para convertirse en carnaza mañana.

«Volveré», decido. «Los salvaré». En cuanto haya realizado el ritual y haya devuelto la magia al mundo, en cuanto Baba esté sano y salvo. Encargaré a un grupo de Terreros que desmoronen esta monstruosidad y la devuelvan a la arena del desierto. Ese presentador pagará por todas y cada una de las vidas de *divîners* que ha desperdiciado. Todos los nobles responderán por sus delitos.

Dejo que los pensamientos de venganza me calmen mientras nos aplastamos contra una pared medio destrozada. Cierro los ojos y me concentro todo lo que puedo. La piedra del sol remueve el *ashê* de mi sangre. Cuando abro los ojos, su brillo es débil, como una luciérnaga que se pierde en la noche. Sin embargo, al cabo de un rato, el resplandor aumenta hasta que el aura de la piedra del sol me calienta las plantas de los pies.

—Está más abajo —susurro.

Recorremos los pasadizos vacíos y bajamos las escaleras. Cuanto más nos acercamos a la base putrefacta del foso, más hombres tenemos que esquivar. Cuando por fin llegamos a la parte inferior, estamos prácticamente a un dedo de

los despiadados carceleros y de los obreros exhaustos. Los látigos resuenan por encima de nuestros pasos. Nos escondemos detrás de un arco de piedra.

—Es aquí —susurro señalando un portón de hierro.

Una luz brillante se cuela por las rendijas y llena el arco con el calor de la piedra del sol. Paso los dedos por encima del pomo metálico de la puerta, una rueda oxidada sujeta por un candado gigante.

Saco la daga que me había dado Tzain y la introduzco en el estrecho ojo de la cerradura del candado. Por mucho que intento apretar, la punta de la daga se queda bloqueada por un intrincado conjunto de dientes.

—¿Puedes abrirlo? —susurra mi hermano.

—Eso intento.

Es más complicado que el típico candado. Para pasar por el ojo de la llavecita necesitare algo más con más punta, algo con un gancho.

Recojo un clavo oxidado del suelo y lo aprieto contra la pared para curvar la punta. Una vez doblado, cierro los ojos y me concentro en el delicado tacto de los dientes del candado. «Ten paciencia». La vieja lección de Mama Agba se hace eco en mi mente. «Deja que el tacto se convierta en tus ojos».

Se me acelera el corazón mientras aguzo el oído por si oigo pasos que se acercan, pero cuando forcejeo con el clavo doblado, noto que por fin los dientes ceden. Un pequeño giro a la izquierda y...

Se oye un discreto clic. El candado se abre y siento tal alivio que me entran ganas de llorar. Agarro la rueda que hace de pomo y la giro a la izquierda, pero el metal no se mueve.

—¡Está atascada!

Amari sigue vigilando mientras Tzain tira de la rueda oxidada con todas sus fuerzas. El metal gime y chilla tan fuerte que ahoga los gritos de los guardias, pero aun con todo, la rueda no gira.

—¡Ten cuidado! —susurro.

—Ya lo intento.

—Pues inténtalo más...

La rueda se parte con un débil crujido. Nos quedamos mirando la pieza de metal rota en la mano de Tzain. En nombre de todos los dioses, ¿qué se supone que debemos hacer ahora?

Tzain arremete con todo el cuerpo contra la puerta. Aunque esta retiembla con el impacto, se niega a ceder.

—¡Vas a alertar a los guardias! —advierde Amari en un susurro.

—¡Necesitamos la piedra! —contesta Tzain—. ¿De qué otra forma vamos a

conseguirla?

Me estremezco con cada embestida de Tzain, pero tiene razón. La piedra está tan cerca que el calor de su brillo me calienta como una hoguera recién encendida.

Una sarta de improperios se me pasa por la cabeza. «Por todos los dioses, ojalá tuviéramos la ayuda de algún otro *maji*». Un Soldador sería capaz de torcer la puerta de metal. Un Abrasador podría fundir el pomo y liberar el pestillo.

«Media luna», me recuerdo. «Media luna para enderezarlo todo».

Si queremos recuperar la piedra del sol a tiempo para el solsticio, tenemos que hacerlo esta noche sin falta.

Suspiro al ver que la puerta se abre un milímetro. Ya estamos cerca. Lo presiento. Unos cuantos golpes más y al fin se abrirá del todo. Unos cuantos empujones más y la piedra será nuestra.

—¡Eh!

La voz de un guardia reverbera en el túnel. Nos quedamos petrificados. Unos pasos retumban contra el suelo de piedra y se aproximan a nosotros con una rapidez escalofriante.

—¡Por aquí!

Amari señala un hueco justo por delante de la puerta donde se esconde la piedra del sol, abarrotado de balas de cañón y cajas de pólvora. Justo cuando nos acuclillamos detrás de las cajas, un joven *divîner* entra en la habitación a toda prisa, su pelo blanco destaca con la luz tenue. En cuestión de segundos, lo acorralan el presentador y otro guardia. Se quedan quietos cuando ven medio abierta la puerta que protege la piedra del sol.

—Larva asquerosa. —El presentador tuerce los labios con asco—. ¿Para quién trabajas? ¿Quién ha hecho esto?

Antes de que el joven tenga oportunidad de hablar, el restallido de la vara del presentador lo desloma. Cae desplomado al suelo de piedra. Mientras grita, otro guardia se une a la paliza.

Me estremezco detrás de la caja de madera, con los ojos llenos de lágrimas. El chico ya tenía la espalda en carne viva por los latigazos anteriores, pero ninguno de los monstruos tiene piedad. Lo van a matar a golpes.

Morirá por mi culpa.

—¡Zélie, no!

El siseo de Tzain me hace dudar un segundo, pero no basta para detenerme. Salgo de nuestro escondite de un brinco y contengo las náuseas al ver al muchacho.

Unos cortes rabiosos le seccionan la piel. La sangre le chorrea por la espalda. Su vida pende de un hilo, un hilo que se deshilacha ante mis propios ojos.

—¿Quién demonios eres tú? —espeta el presentador, y saca un puñal.

Se me eriza la piel cuando se acerca a mí con su hoja de *majacita* negra. Tres guardias más corren a su lado.

—¡Gracias a los dioses! —Me obligo a reír mientras intento dar con las palabras necesarias para solucionar este entuerto—. ¡Os he buscado por todas partes!

El presentador entrecierra los ojos, incrédulo. Agarra la vara con más fuerza todavía.

—¿Me buscabas a mí? —repite—. ¿En este sótano? ¿Junto a la piedra?

El chico gime y me encojo cuando un guardia le da una patada en la cabeza. Su cuerpo yace inmóvil en un charco de sangre. Parece que le ha dado la estocada final. «Pero entonces ¿por qué no percibo su espíritu?». ¿Dónde está su último recuerdo? ¿Su dolor final? Si ha ido directo al *alâfia* es posible que yo no lo sienta, pero ¿cómo puede alguien pasar al otro mundo en paz después de una muerte como esta?

Me obligo a mirar de nuevo al desdeñoso presentador. No hay nada que pueda hacer ahora por el *divîner*. El chico ha muerto. Y, a menos que piense en algo rápido, yo también puedo darme por muerta.

—Sabía que os encontraría aquí. —Trago saliva. Solo hay una excusa válida en esta situación—. Quiero participar en vuestros juegos. Dejadme competir mañana por la noche.

—¡No puedes decirlo en serio! —exclama Amari cuando entramos por fin en la seguridad de las arenas del desierto—. Ya viste ese baño de sangre. Lo notaste... ¿Y ahora quieres formar parte de él?

—Quiero la piedra —me defiendo—. ¡Quiero seguir viva!

A pesar de mi ira, la imagen del chico apaleado se cuela de nuevo en mi mente.

«Mejor sería eso. Mejor muerto a golpes y latigazos que despedazado por una bomba en un barco». Pero da igual lo mucho que me esfuerzo por convencerme, sé que esas palabras no son ciertas. No hay dignidad en una muerte así, apaleado hasta el último aliento por algo que ni siquiera había hecho. Y ni siquiera pude ayudar a su espíritu a pasar a la otra vida. Por mucho que lo deseara, no supe ser la Parca que necesitaba el muchacho.

—El anfiteatro está abarrotado de guardias —murmuro—. Si no hemos podido atrapar la piedra hoy, es imposible que podamos robarla mañana.

—Tiene que haber algún modo —interviene Tzain. Los granos de arena se le pegan a los pies cubiertos de sangre—. Después de todo esto, no dejarán la piedra del sol aquí esta noche. Tendremos que averiguar dónde van a guardarla a partir de ahora...

—Nos quedan solo trece días antes del solsticio. Trece días para cruzar Orisha y navegar hasta la isla sagrada. No tenemos tiempo para hacer pesquisas. ¡Tenemos que coger la piedra y salir corriendo ya!

—La piedra del sol no nos servirá de nada cuando nuestros cadáveres cubran el suelo del foso —dice Amari—. ¿Cómo vamos a sobrevivir? ¡En esa competición mueren todos!

—No jugaremos con las mismas cartas que el resto.

Meto la mano en la mochila y saco uno de los rollos negros de Lekan. La tinta blanca reluce en la etiqueta, y se traduce por *Reanimación de los muertos*. Este encantamiento era una práctica común entre las Parcas, a menudo era la primera técnica que dominaban los nuevos *maji*. La magia garantiza al que lo ejecuta la ayuda de un espíritu atrapado en el infierno del *apâdi* a cambio de ayudar a ese espíritu a pasar en paz a la otra vida.

De todos los encantamientos contenidos en los rollos que nos dio Lekan, este era el único que ya conocía. Todas las lunas, Mama dirigía a un grupo de Parcas hasta la solitaria cima de alguna montaña de Ibadan y empleaba este conjuro para limpiar nuestra aldea de almas atrapadas.

—He estudiado este rollo —me apresuro a decir—. Contiene un encantamiento que mi madre solía realizar. Si consigo dominarlo, seré capaz de transformar a los espíritus muertos del anfiteatro en auténticos soldados.

—¿Has perdido el juicio? —exclama Amari—. Pero si apenas podías respirar en las gradas cuando notaste a todos esos espíritus. Tardaste horas en recuperar las fuerzas y poder caminar bien. Si no pudiste manejar la situación ahí arriba, ¿qué te hace pensar que podrás conjurar la magia en estas salas subterráneas?

—Los muertos me sobrepasaron porque no sabía qué hacer. No tenía el control de la situación. Si me aprendo este encantamiento y sé someter a los muertos, podríamos contar con un ejército secreto. ¡Hay miles de espíritus enfadados en ese anfiteatro!

Amari se dirige a Tzain.

—Dile que es una locura. Por favor.

Tzain se cruza de brazos y cambia de postura, calibrando los riesgos mientras

alterna la mirada entre Amari y yo.

—Primero, a ver si sabes cómo hacerlo. Después, ya decidiremos.

La noche clara proporciona al desierto un frío helador que es casi tan insoportable como el despiadado sol. Aunque el viento frío hace volar la arena de las dunas que rodean Ibeji, el sudor me cae a gotas por la piel. Llevo horas intentando llevar a cabo el encantamiento, pero cada uno de los intentos me sale peor que el anterior. Al cabo de un rato, decido mandar a Tzain y a Amari de vuelta a la cabaña que hemos alquilado. Por lo menos, así podré fracasar a solas.

Alumbro el rollo de pergamino de Lekan a la luz de la luna, procurando encontrarle sentido a la traducción en yoruba garabateada debajo de las *sênbaría*. Desde el rito de iniciación, recuerdo con precisión nuestra antigua lengua materna, con la misma claridad que cuando era niña. Sin embargo, no importa cuántas veces recite las palabras, el *ashê* no fluye dentro de mí. No hay rastro de magia. Y cuanto más aumenta mi frustración, más me convengo de que no debería tener que hacer esto yo sola.

—Vamos. —Aprieto los dientes—. *Oya, bá mi s r !*

Si lo arriesgo todo para realizar la tarea encomendada por los dioses, ¿por qué no están aquí cuando más los necesito?

Suelto un suspiro tembloroso e hincó las rodillas en el suelo. Me paso la mano por las ondas que acaban de salirme en el pelo. Si hubiera sido *maji* antes del Asalto, nuestra maestra del clan me habría enseñado los encantamientos de adolescente. Ella habría sabido exactamente qué debería hacer para lograr despertar mi *ashê* ahora mismo.

—Oya, por favor.

Vuelvo a mirar el rollo, intentando descubrir si me he olvidado de algo. Se supone que el encantamiento debe crear una animación, un espíritu de los muertos encarnado en los materiales físicos que me rodean. Si todo sale bien, debería formarse una animación a partir de las dunas. Pero han transcurrido horas y ni siquiera he logrado mover un grano de arena.

Al repasar el mensaje con los dedos, veo la cicatriz reciente de la palma de mi mano y me paro sin querer. La miro a la luz de la luna e inspecciono dónde me cortó Lekan con la daga de hueso. El recuerdo de la sangre que brillaba con luz blanca todavía me llena la mente. El flujo de energía del *ashê* fue muy poderoso, un ímpetu cegador que solo la magia de sangre puede proporcionar.

«Si la utilizase ahora...».

Los latidos del corazón se me aceleran al pensarlo. El encantamiento fluiría entonces con naturalidad. No me costaría nada lograr que una legión de animaciones se levantara del suelo.

No obstante, antes de que el pensamiento pueda tentarme más, la voz áspera de Mama se me aparece. Su piel hundida. Su respiración superficial. El trío de Sanadores que se esforzaban en vano por reanimarla.

«Prométemelo», me susurró, y apretó la mano después de haber empleado la magia de sangre para devolver a Tzain a la vida.

«Júramelo. Pase lo que pase, no puedes hacerlo jamás. Si lo haces, no sobrevivirás».

Se lo prometí. Se lo juré por el *ashê* que algún día correría por mis venas. No puedo romper la promesa porque no soy lo bastante fuerte para realizar el encantamiento.

Pero si esto no funciona, ¿qué otra opción me quedará? No debería ser tan difícil. Hace apenas unas horas, el *ashê* vibraba en mi sangre. Ahora no siento absolutamente nada, maldita sea.

«Espera un momento».

Me quedo mirando las manos y recuerdo al joven *divîner* que murió desangrado delante de mis propios ojos. No fue solo su espíritu lo que no pude sentir. No he percibido la fuerza de los muertos desde hace horas.

Vuelvo a concentrarme en el pergamino y busco algún significado oculto detrás de sus palabras. Es como si mi magia se hubiese secado como la sangre en el anfiteatro. No he sentido nada desde...

«Minoli...».

La chica de blanco. Esos grandes ojos vacíos.

Ocurrieron tantas cosas a la vez que no me di cuenta de que el espíritu de la chica me había transmitido su nombre.

Al morir, los otros espíritus del foso me transmitieron su dolor. Su odio. En sus recuerdos noté el aguijón de los latigazos de los guardias. Percibí en la lengua la sal de las lágrimas derramadas. Pero Minoli me llevó a los campos de tierra de Minna, donde sus hermanos de nariz afilada y ella trabajaban la tierra para la cosecha de maíz de otoño. Aunque el sol brillaba con brutalidad y el trabajo era duro, cada momento de su jornada transcurría con una sonrisa, con una canción.

—*Ìw ni ìgb kànlé mi òrìshà, ìw ni mó gbójú lé*—canto las palabras en alto, mi voz se transmite con el viento.

Mientras repito la letra, una voz conmovedora canta en mi mente.

Allí fue donde Minoli pasó sus últimos momentos, sustituyendo el brutal circo por el pacífico campo de cultivo en su mente. Allí fue donde eligió vivir.

Allí fue donde eligió morir.

—*Minoli* —susurro el encantamiento en lo más profundo de mi mente—. *mí àw n tí ó ti sùn, mo ké pè yín ní òní. padà jáde nínú yà mím yìn. Súre fún mi p lú b̀̀n iyebíye r .*

De repente, la arena se arremolina ante mí. Retrocedo al ver que un torbellino similar a una neblina se eleva y gira en oleadas antes de volver a aposentarse en el suelo.

—¿Minoli? —pronuncio su nombre con tono interrogante, aunque en el fondo ya conozco la respuesta.

Cuando cierro los ojos, el aroma a tierra me llena la nariz. Unas suaves semillas de maíz se me escapan entre los dedos. El recuerdo reluce: vívido, vibrante, vivo. Si reside en mí con tanta fuerza, debo creer que ella también lo hace.

Repito el encantamiento con convicción, a la vez que extendiendo las manos hacia la arena.

—Minoli, te invoco hoy. Preséntate en este nuevo elemento, bendíceme con tu preciosa lu...

Unas *sênbaría* blancas saltan del pergamino y se apresuran a pegarse a mi piel. Los símbolos bailan por mis brazos e infunden nuevos poderes a mi cuerpo. Los poderes me entran en los pulmones igual que la primera bocanada de aire después de bucear bajo el agua. Mientras la arena forma remolinos a mi alrededor con la fuerza de una tormenta, una figura granulada emerge del torbellino, su forma es tosca, pero tiene vida y movimiento.

—Por todos los dioses.

Contengo la respiración mientras el espíritu de Minoli se inclina hacia delante con una mano de arena. Sus dedos granulados me rozan la mejilla antes de que el mundo entero se funda en negro.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



INAN

Un aire frío me llena los pulmones. He regresado. La escena onírica vive. Apenas hace unos segundos estaba sentado bajo la imagen de Orí... Ahora me encuentro en el campo de juncos danzarines.

—Ha funcionado —digo sin poder creérmelo mientras paso los dedos por los tallos verdes que se mecen al viento.

El horizonte sigue siendo un borrón blanco, que me rodea igual que las nubes del cielo. Pero algo ha cambiado. La vez anterior, el campo de extendía hasta donde se perdía la vista. Ahora los juncos marchitos forman un círculo espeso a mi alrededor.

Toco otro tallo, sorprendido por las ásperas muescas que irradian de su centro. Mi mente repasa rutas para escapar y planes de ataque, pero mi cuerpo se siente extrañamente en casa. Es un gran alivio no verme obligado a reprimir la magia, tengo la sensación de respirar de nuevo. El ambiente de esta escena onírica transmite una paz poco natural, como si más que en cualquier otro lugar de Orísha, fuese aquí donde perten...

«Céntrate, Inan». Busco el peón de *sênet*, pero aquí no puedo aferrarme a él. En lugar de eso, sacudo la cabeza, como si así pudiera sacudirme también los pensamientos traicioneros. Esto no es mi hogar. No es la paz. Solo es el corazón de mi maldición. Si cumplo mi cometido, este lugar dejará de existir.

«Mata a la chica. Mata la magia». Mi obligación serpentea en mi mente hasta que se apodera de lo más profundo de mi ser. No tengo alternativa.

Debo seguir el plan.

Imagino la cara de la chica. Con una brisa repentina, los juncos se separan. La *maji* se materializa como si fuese una nube de condensación, su cuerpo se va formando mientras un humo azul viaja desde sus pies hasta sus brazos.

Contengo la respiración y cuento los segundos. Cuando la nebulosa azul se eleva, se me tensan los músculos; su forma de color obsidiana se ve insuflada de vida.

Se halla de espaldas a mí, tiene el pelo diferente. Los mechones blancos que

antes caían en lisas capas sedosas, ahora le caen en cascada por la espalda en unas ondas vaporosas.

Se da la vuelta. Poco a poco. Presenta una gracia casi etérea. Pero cuando sus ojos plateados se encuentran con los míos, la rebelde que conozco emerge de nuevo.

—Vaya, veo que te has teñido el pelo. —Señala el tinte que oculta mi mechón blanco y sonrío con burla—. No te iría mal darte otra capa. Aún se adivina un poco que eres una larva.

«Maldita sea». Solo hace tres horas desde la última vez que me lo teñí. Por instinto, me toco el mechón. La sonrisa de la chica se ensancha todavía más.

—En realidad, estoy contenta de que me hayas llamado para que venga, principito. Hay algo que me muero de ganas de saber. Os crío el mismo bastardo, pero Amari es incapaz de matar una mosca. Así que, dime, ¿cómo llegaste a convertirte en semejante monstruo?

La paz del ensueño se evapora en un instante.

—Qué incauta —mascullo con los dientes apretados—. ¡Cómo te atreves a insultar a tu rey!

—¿Te divertiste en la visita al templo, principito? ¿Cómo te sentiste al ver todo lo que había destruido el rey? ¿Te sentiste orgulloso? ¿Inspirado? ¿Animado a hacer lo mismo?

Los recuerdos que Lekan tenía de los *sêntaros* pasan como un rayo por mi mente. La expresión traviesa en los ojos del niño que corría. Las ruinas y los restos del templo dejaban claro que esas vidas perecieron de forma violenta.

Una parte minúscula de mí rezaba para que no hubiese sido a manos de Padre.

La culpa me penetra como la espada que atravesó el pecho de Lekan. Sin embargo, no puedo olvidar lo que está en juego. «La obligación antes que uno mismo».

Esas personas murieron para que Orisha pudiese vivir.

—¿Es posible? —Zélie da un paso adelante, intenta retarme—. ¿Es remordimiento lo que veo ahí? ¿Acaso el principito esconde un corazoncillo marchito?

—Qué ignorante eres. —Sacudo la cabeza—. Demasiado cegada para comprenderlo. En otros tiempos, mi padre estaba de vuestra parte. ¡Apoyaba a los *maji*!

La chica resopla. Me da rabia constatar que su reacción se me cuela debajo de la piel.

—¡Tu gente mató a su familia! —grito—. ¡Tu gente provocó el Asalto!

Retrocede como si le hubiese dado un puñetazo en las entrañas.

—¿Es culpa mía que los hombres de tu padre entrasen a la fuerza en mi casa y se llevasen a mi madre?

El recuerdo de una mujer de piel oscura llena su mente con tal claridad que se introduce en la mía sin que pueda evitarlo. Igual que la chica, la mujer tiene los labios carnosos, pómulos altos, los ojos ligeramente rasgados. La única diferencia está en la mirada. No es color plata. Es negra como la noche.

El recuerdo graba algo en su interior.

Algo negro.

Mezclado con odio.

—Me muero de ganas —dice la chica en un susurro—. Me muero de ganas de que descubra lo que eres. A ver lo valiente que te sientes cuando tu padre entregue a su propio hijo.

Un escalofrío violento me recorre la espina dorsal. «Se equivoca».

Padre estaba dispuesto a perdonar a Amari por su traición. Cuando consiga deshacerme de la magia para siempre, me perdonará esto.

—Eso no ocurrirá nunca —intento sonar seguro de mí mismo—. Soy su hijo. La magia no cambiará las cosas.

—Tienes razón —dice con otra sonrisa sarcástica—. Estoy segura de que te dejará vivir.

Se da la vuelta y se pierde entre los juncos. Mi convicción se marchita con sus mofas. La mirada vacía de Padre invade mi mente. En cuanto la noto, empieza a faltarme el aire.

«La obligación antes que uno mismo». Oigo su voz. Impasible. Orisha debe ser siempre lo primero.

Aunque eso implique asesinarme...

La chica suspira. Me tenso y me doy la vuelta a toda velocidad para escudriñar los juncos en movimiento.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

«¿Habré invocado el espíritu de Padre en este lugar?».

No obstante, no aparece nada. Por lo menos, ningún ser humano. Cuando la chica se adentra en el horizonte blanco que rodea la escena onírica, los juncos florecen bajo sus pies.

Crecen tan altos que casi me llegan a la cabeza, de un verde intenso que busca el sol. La chica da otro paso tembloroso hacia el horizonte y la exuberancia de los juncos se extiende aún más.

—Por todos los cielos...

Como si fuese una ola que rompe contra la arena, los juncos se extienden por todo el horizonte y empujan hacia atrás los límites blancos de la ensoñación. Un calor zumba en el centro de mi cuerpo. «Mi magia...».

No sé cómo, la está aprovechando.

—¡No te muevas! —le ordeno.

Sin embargo, la chica se eleva para adentrarse corriendo en el espacio blanco. La escena onírica cede ante sus caprichos, salvaje y viva bajo su reinado. Mientras la chica corre, los juncos que crecen bajo sus pies se transforman en tierra suave, con helechos blancos, árboles altísimos. Crecen hacia el cielo y oscurecen el sol con sus hojas dentadas.

—¡Basta! —chillo, corro con todas mis fuerzas por ese nuevo mundo que crece en la estela de la chica.

La potencia de la magia me hace jadear, se desliza por mi pecho y me retumba en la cabeza.

A pesar de mis gritos, ella sigue corriendo, parece que tenga fuego en los pies. De pronto, la tierra suave que pisa se transforma en dura roca. No se detiene ni un momento hasta que se encuentra de bruces con un impresionante acantilado.

—Por todos los dioses —dice sin resuello al ver la grandiosa cascada que ha creado solo con el tacto.

Se forma una interminable pared de espuma blanca, que cae en un lago tan azul que resplandece como los zafiros de Madre.

Me quedo mirando a la chica anonadado, aún noto en la cabeza el pulso del flujo de la magia. Al mirar por el borde del acantilado, se ve un follaje de color verde esmeralda que llena las grietas de la escarpada piedra. Junto al límite exterior del lago, hay una pequeña hilera de árboles que se funde en un tono blanco.

—Por el amor de los cielos, ¿cómo has conseguido hacer eso? —le pregunto.

Este nuevo mundo posee una belleza innegable. Hace que todo el cuerpo me vibre como si me hubiera tomado una botella entera de ron.

Sin embargo, la chica no me presta la menor atención. En lugar de eso, se desprende de sus pantalones drapeados. Grita y salta por el acantilado, para caer salpicando en el agua.

Me asomo por el borde justo cuando reaparece en la superficie, completamente empapada. Por primera vez desde que la conozco, me sonrío. Una alegría sincera ilumina sus ojos. La imagen me transporta al pasado tan rápido que no puedo evitarlo. El recuerdo de la risa de Amari se me cuela en los oídos. Los gritos de Madre siguen a esa risa...

—¡Amari! —chilla Madre, y se agarra a la pared al notar que está a punto de caerse.

Amari se ríe mientras se escapa corriendo, empapando las baldosas del suelo con los restos del agua del baño. Aunque la persigue un ejército de niñeras y cuidadoras, no son capaces de atrapar a la decidida niña. Ahora que Amari ha decidido escapar, no hay nada que hacer.

No se detendrá hasta que obtenga lo que quiera.

Salto por encima de una niñera, que se ha caído, y aterrizo en el suelo. Me río con tantas ganas que me falta la respiración. En un instante, me saco la camiseta. Al instante siguiente, mis pantalones vuelan por los aires. Los sirvientes del palacio se ríen al vernos corretear y esconden las risitas para que no los pille la mirada severa de Madre.

Cuando por fin llegamos a la piscina real, somos un par de diablillos desnudos y saltamos justo a tiempo de empapar el vestido más elegante de Madre...

No recuerdo la última vez que Amari se rio tan fuerte que le salió agua por la nariz. Desde que le hice daño, no ha vuelto a ser la misma conmigo. Reservaba la risa para el deleite de su amiga Binta.

Al ver nadar a la chica, todos esos recuerdos vuelven a mí, pero cuando más tiempo la miro, menos pienso en mi hermana. La chica se quita también la parte de arriba y me falta el aliento. El agua resplandece alrededor de su piel morena.

«Aparta la mirada». Vuelvo la cabeza y procuro escudriñar las muescas de la piedra del acantilado en lugar de mirar a la chica. «Las mujeres son una distracción», me diría Padre. «Tienes que concentrarte en el trono».

El mero hecho de estar cerca de la chica me parece un pecado, que amenaza la ley inquebrantable que obliga a mantener separados a los *maji* y los *kosidán*. No obstante, a pesar de esa norma, mis ojos se empeñan en mirarla. Me atrae tanto que es imposible no contemplarla.

«Es un truco», me convenzo. «Otra forma de colarse dentro de tu mente». Pero cuando sale de nuevo a la superficie, me quedo sin palabras.

Si es un truco, ha surtido efecto.

—¿De verdad? —me obligo a decir.

Intento pasar por alto las curvas de su cuerpo bajo el agua que se ondula.

Levanta la mirada y entrecierra los ojos, como si recordase que existo.

—Perdóname, principito. No había visto tanta agua desde que incendiaste mi aldea.

Los aullidos de los aldeanos de Ilorin entran reptando en mi cabeza. Aplasto el

sentimiento de culpa como si fuese un bicho. «Mentira». Es culpa suya.

Ayudó a Amari a robar el pergamino.

—Estás loca.

Me cruzo de brazos. «Aparta la mirada». No dejo de contemplarla.

—Si tu agua costara una moneda de oro por cada taza, harías exactamente lo mismo que yo.

«¿Una moneda de oro por cada taza?». Le doy vueltas a la frase mientras ella vuelve a zambullirse en el agua. Incluso para la monarquía, esas monedas son valiosas. Nadie podría permitirse esos precios. Ni siquiera en...

«Ibeji».

Abro los ojos como platos. He oído hablar de los guardias corruptos que dirigen el asentamiento del desierto. Son tan ruines que no les importa abusar con los precios, y más, cuando el agua va escasa. Me esfuerzo para ocultar la sonrisa. La he pillado. Y ni siquiera se ha dado cuenta.

Cierro los ojos para salir de la escena onírica, pero el recuerdo de la sonrisa de Amari me detiene un instante.

—¿Y mi hermana? —pregunto a gritos por encima del bramido del agua—. ¿Está bien?

La chica me mira a la cara un buen rato. No espero una respuesta, pero hay algo indescifrable que arde en sus ojos.

—Tiene miedo —contesta al fin—. Y no debería ser la única. Ahora eres una larva asquerosa, principito. —Sus ojos se oscurecen—. Tú también deberías tener miedo.

Un aire espeso me invade los pulmones.

Denso, pesado y caliente.

Abro los ojos y me encuentro la imagen pintada de Orí sobre mí. «He vuelto a la realidad».

—Por fin.

Sonrío a mi pesar. Todo esto acabará pronto. Cuando la atrape y recupere el pergamino, la amenaza de la magia morirá para siempre jamás.

El sudor me resbala por la espalda mientras mi mente organiza los siguientes pasos. ¿Cuánto falta para que terminen de construir el puente? ¿A qué velocidad podemos cabalgar hasta Ibeji?

Me incorporo de un brinco y agarro la antorcha. «Debo encontrar a Kaea». Hasta que no me doy la vuelta, no me percató de que ya está allí.

Ha desenvainado la espada. Me apunta directamente al corazón.

—¿Kaea?

Tiene muy abiertos los ojos color avellana. Un levísimo temblor en la mano hace que la hoja de su espada se sacuda. Se yergue y apunta con más seguridad hacia mi pecho.

—¿Qué era eso?

—¿Qué era el qué?

—Ni se os ocurra —masculla entre dientes—. Habéis murmurado algo. Y teníais la cabeza... ¡rodeada de luz!

Las palabras de la chica se hacen eco en mis oídos.

«Ahora eres una larva asquerosa, principito. Tú también deberías tener miedo».

—Kaea, bajad la espada.

Vacila. Sus ojos se desvían a mi pelo. «El mechón...».

Seguro que se destaca otra vez.

—No es lo que pensáis.

—¡Sé lo que he visto!

El sudor le chorrea por la frente y se le acumula en el labio superior. Da un paso al frente sin dejar de blandir la espada. Me veo obligado a retroceder contra la pared.

—Kaea, soy yo. Inan. Nunca os haría daño.

—¿Desde hace cuánto? —susurra—. ¿Desde hace cuánto sois un *maji*? —pronuncia la palabra con la misma repugnancia que si fuese una maldición. Como si yo fuese la asquerosa imagen de Lekan. No el chico que conoce desde el nacimiento. Ni el soldado que ha instruido durante años.

—Esa chica me ha contagiado. No es permanente.

—Mentís. —Separa los labios con asco—. ¿Acaso estáis... estáis compinchado con ella?

—¡No! ¡Buscaba pistas! —Doy un paso adelante—. Sé dónde está...

—¡No os acerquéis más! —grita Kaea.

Me quedo petrificado con las manos en el aire. En sus ojos no hay ni rastro de comprensión.

Solo un miedo desbocado.

—Estoy de vuestra parte —susurro—. Siempre lo he estado. En Ilorin, tuve el presentimiento de que se dirigía al sur. En Sokoto, percibí que había ido a ver a aquel mercader. —Trago saliva. El pulso se me acelera cuando Kaea da otro

paso al frente—. No soy vuestro enemigo, Kaea. ¡Solo quiero averiguar dónde está!

Kaea me mira con fijeza. El temblor de la espada aumenta.

—Soy yo —suplico—. ¡Inan! El príncipe heredero de Orisha. El heredero del trono de Saran.

En cuanto menciono a Padre, se rinde. Su espada cae por fin al suelo. «Gracias a los cielos». Me fallan las piernas y me derrumbo contra la pared.

Kaea se sujeta la cabeza entre las manos durante unos minutos antes de mirarme.

—¿Por eso os habéis comportado de un modo tan extraño toda la semana?

Asiento con la cabeza. Parece que el corazón se me vaya a salir del pecho.

—Quería contároslo, pero tenía la sensación de que reaccionaríais así.

—Lo siento. —Se apoya en la pared—. Pero después de lo que me hizo esa larva, tenía que asegurarme. Si fuerais uno de ellos... —Sus ojos vuelven a fijarse en mi mechón blanco—. Tenía que asegurarme de que estabais de nuestra parte.

—Siempre. —Toco el peón de Padre—. Nunca he dudado. Quiero que la magia muera. Necesito mantener Orisha a salvo.

Kaea me analiza, todavía con un leve atisbo de alarma.

—¿Dónde está ahora la larva?

—En Ibeji —digo al instante—. Estoy seguro.

—Muy bien. —Kaea se endereza y envaina la espada—. He venido porque ya han terminado el puente. Si están en Ibeji, organizaré a un grupo de soldados y saldremos esta misma noche.

—¿Vos organizaréis a los soldados?

—Sí, porque vos debéis regresar a palacio de inmediato —contesta Kaea—. Cuando el rey se entere de...

«Me muero de ganas —repica de nuevo la voz de la chica—. Me muero de ganas de que descubra lo que eres. A ver lo valiente que te sientes cuando tu padre entregue a su propio hijo».

—¡No! —exclamo—. Me necesitáis. No podréis seguirla sin mis habilidades.

—¿Vuestras habilidades? Sois un lastre, Inan. En cualquier momento podríais volveros en nuestra contra o poneros en peligro. Y ¿qué ocurre si alguien lo descubre? ¡Pensad en qué dirá el rey!

—No podéis. —Alargo el brazo hacia ella—. ¡No lo entenderá!

Kaea mira el pasillo del templo con la cara sombría. Empieza a retroceder.

—Inan, mi obligación...

—Vuestra obligación es obedecerme. ¡Os ordeno que paréis!

Kaea echa a correr a toda velocidad por los pasillos mal iluminados. Salgo como un rayo detrás de ella y, cuando la alcanzo, la tiro al suelo.

—Kaea, por favor, haced... ¡Ah!

Me clava el codo en el esternón. El aire se me obstruye en la garganta. Se libera de mis brazos y consigue ponerse en pie, lista para subir las escaleras.

—¡Socorro!

Sus gritos se vuelven frenéticos y se hacen eco por todas las estancias del templo.

—¡Parad ya, Kaea!

Nadie puede enterarse. Nadie puede saber lo que soy.

—¡Es uno de ellos! —chilla—. ¡Lo ha sido desde el princi...!

—¡Kaea!

—¡Detenedlo! Inan es un *maj*...

Kaea se queda congelada, como si se hubiese topado con una pared invisible.

Su voz acaba reducida al silencio. Todos sus músculos tiemblan.

La energía de color turquesa emana de mi palma y va directa al cráneo de Kaea, la paraliza igual que hizo la magia de Lekan. La mente de Kaea lucha por liberarse de mi atadura mental, combate contra una fuerza que yo ni siquiera sabía que podía desplegar.

«No...».

Miro mis manos temblorosas. No sé discernir de dónde sale el miedo que corre por mis venas.

«Es verdad, soy uno de ellos».

Soy el propio monstruo que persigo.

A Kaea empieza a faltarle el aliento, respira entrecortada. Mi magia continúa brotando sin control. Un grito estrangulado escapa de la boca de la almirante.

—¡Soltadme!

—¡No sé cómo! —grito a modo de respuesta. El miedo me comprime la garganta. El templo amplifica mis habilidades. Cuando más intento reprimir la magia, más lucha esta por salir a flote.

Los gritos agónicos de Kaea se intensifican. Los ojos se le enrojecen. La sangre le sale por las orejas y baja por el cuello.

Mis pensamientos van a mil por hora. Todos los peones de mi tablero mental se desmoronan, convertidos en polvo. No hay manera de arreglar esto.

Si antes ya me tenía miedo, ahora me aborrece.

—¡Por favor! —suplico.

Tengo que conseguir que se calme. Tiene que escucharme. Soy su futuro rey...

—¡Aaaah!

Un suspiro entrecortado sale de los labios de Kaea. Pone los ojos en blanco.

La luz turquesa que la atenazaba se evapora, desaparece en la nada.

Su cuerpo se desploma en el suelo.

—¡Kaea!

Corro a su lado y aprieto la mano contra su cuello, pero el pulso le late muy débil. Al cabo de un momento, deja de latir.

—¡No! —grito, como si mis sollozos pudieran devolverla a la vida.

La sangre le brota de los ojos, le sale por la nariz. Emanan también de su boca.

—Lo siento.

Me atraganto con las lágrimas. Intento limpiarle la sangre de la cara, pero solo consigo embadurnarle la piel. Se me tensa el pecho, que se llena con el eco de su sangre.

—Lo siento. —Se me nubla la vista—. Lo siento. Lo siento muchísimo...

—Larva —susurra Kaea agonizante.

Luego, nada más. Su cuerpo se pone rígido.

La luz abandona sus ojos color avellana.

No sé cuánto tiempo permanezco velando el cadáver de Kaea. La sangre gotea sobre los cristales de color turquesa que se le han quedado adheridos al pelo negro. Una señal de mi maldición. Resplandecen y noto el intenso olor a hierro y vino. Algunos fragmentos de la conciencia de Kaea vienen a mí.

Veo el día en que conoció a Padre, cómo lo consoló cuando los *maji* asesinaron a su primera familia. El beso que compartieron en secreto en el salón del trono mientras Ebele se desangraba a sus pies.

El hombre que besa a Kaea es un desconocido para mí. Un rey que no he visto nunca. Para él, Kaea es más que su sol. Es lo único que queda de su corazón.

Y yo se la he arrebatado.

Doy un respingo y suelto de repente el cuerpo de Kaea, me aparto de ese charco de sangre. Reprimo la magia hasta ocultarla en lo más profundo, aunque el esfuerzo me debilita y noto un dolor intenso en el pecho, afilado como la espada que podría haberle clavado por la espalda a Kaea.

Padre no puede enterarse de esto.

Esta monstruosidad no ha sucedido.

Puede que Padre me hubiese perdonado por ser un *maji*, pero nunca me perdonará esto.

Después de todo el tiempo transcurrido, la magia ha vuelto a arrebatarme a su amor.

Retrocedo un paso. Luego otro. Sigo dando pasos atrás hasta que termino huyendo de este terrible error. Solo hay una forma de salir de este embrollo.

Y me espera en Ibeji.

CAPÍTULO VEINTISIETE



AMARI

Aunque los juegos todavía no han empezado, el anfiteatro hierve de animación. Los gritos de los borrachos reverberan por los pasadizos de piedra, todos los espectadores están sedientos de sangre. ¡Nuestra sangre! Trago saliva y aprieto los puños a los lados del cuerpo para ocultar el temblor de las manos.

«Sé fuerte, Amari. Sé fuerte».

La voz de Binta resuena en mi cabeza con tanta claridad que me escuecen los ojos. Cuando estaba viva, el sonido de su voz me daba fuerzas, pero esta noche sus palabras quedan ahogadas por los gritos de quienes ansían carnaza.

—A los espectadores les va a encantar. —El presentador sonrío mientras nos conduce a los tres a la zona subterránea—. Las mujeres nunca compiten de capitanas. Gracias a vosotras, he podido cobrarles el doble.

Zélie resopla, pero carente de su sorna habitual.

—Me alegro de que nuestra sangre valga un poco más.

—La novedad siempre vale un extra. —El presentador le sonrío con asco—. Recuérdalo si alguna vez montas un negocio. Una larva como tú podría ganarse una gran cantidad de monedas.

Zélie agarra a Tzain por el brazo antes de que este tenga tiempo de reaccionar y fulmina al presentador con una mirada letal. Pasa los dedos por el palo metálico.

«Hazlo», me entran ganas de susurrarle.

Si deja inconsciente al presentador de un golpe, tal vez tengamos otra oportunidad de robar la piedra del sol. Cualquier cosa sería mejor que el destino que nos espera si nos montamos en ese barco.

—Basta de cháchara.

Zélie respira hondo y suelta el palo.

Se me encoge el corazón mientras seguimos avanzando. «Vamos directos a la muerte».

Cuando entramos en la oxidada bodega que alberga el barco, la tripulación que nos han designado apenas levanta la vista. Los trabajadores forzosos parecen

pequeños contra la inmensa quilla del barco de madera, debilitados por años de arduas tareas. Aunque la mayoría de ellos son *divîners*, el mayor parece tener como mucho un par de años más que Tzain. Un guardia abre los candados de sus cadenas, un momento de falsa libertad antes de la masacre.

—Dadles las órdenes que queráis. —El presentador habla como si los prisioneros fuesen ganado—. Tenéis treinta minutos para pensar la estrategia. Entonces empezarán los juegos.

Dicho esto, se da la vuelta y se marcha de la oscura bodega. En cuanto desaparece, Tzain y Zélie sacan barras de pan y cantimploras de nuestras mochilas y las distribuyen entre la multitud. Pensaba que los presos devorarían ese modesto festín, pero se limitan a mirar el pan rancio como si fuese la primera vez que han visto comida en su vida.

—Comed —los anima Tzain—. Pero no demasiado rápido. Comed despacio o podría sentaros mal.

Un muchacho *divîner* avanza para tomar un bocado de pan, pero una mujer demacrada lo retiene.

—Por todos los cielos —murmuro.

El chico no puede tener mucho más de diez años.

—¿Qué es esto? —pregunta un *kosidán* de más edad—. ¿Vuestra idea de la última cena?

—Aquí no va a morir nadie —les asegura Tzain—. Si seguís mis indicaciones, salvaréis la vida y ganaréis el oro.

Si Tzain siente la mitad del terror que siento yo, sabe disimularlo. Se alza imponente, transmite respeto y confianza tanto con la voz como con la actitud. Al verlo, casi me parece posible creer que saldremos bien parados. Casi...

—No nos embaucaréis con pan —interviene una mujer con una cicatriz espeluznante que le cruza el ojo—. Aunque ganemos, nos mataréis para quedaros con el oro.

—Vamos detrás de la piedra. —Tzain niega con la cabeza—. No nos interesa el oro. Si colaboráis con nosotros, os prometo que podréis quedaros hasta la última moneda.

Analizo la multitud y odio la pequeña parte de mí que quiere que se amotinen. Sin tripulación, no podríamos entrar en el combate. A Zélie y Tzain no les quedaría otro remedio que bajarse del barco.

«Sé valiente, Amari». Cierro los ojos y me obligo a respirar hondo. Bajo tierra, el recuerdo de la voz de Binta es más intenso, suena con más fuerza aún en mi mente.

—No tenéis alternativa. —Todos los ojos se vuelven hacia mí y me sonrojo. «Sé valiente». Puedo hacerlo. Esto no es muy distinto de los discursos de palacio —. No es justo ni está bien, pero es la realidad. Tanto si queréis colaborar con nosotros como si no, tenéis que subir a ese barco.

Intercambio una mirada con Tzain y me anima a continuar. Carraspeo mientras camino y saco fuerzas de flaqueza para parecer convencida.

—Todos los demás capitanes que competirán esta noche solo quieren ganar. Les da igual quién muera o resulte herido. Nosotros queremos que viváis. Pero eso solo ocurrirá si confiáis en nosotros.

La tripulación mira por toda la bodega y se dirige al más fuerte de todos: un *divîner* casi tan alto como Tzain. El tapiz de cicatrices que le cubre la espalda parece ondear mientras se acerca a nosotros. Mira a Tzain a los ojos.

Da la impresión de que todos contienen la respiración mientras esperamos su veredicto. Casi me fallan las piernas cuando extiende la mano.

—¿Qué tenemos que hacer?

CAPÍTULO VEINTIOCHO



AMARI

—¡Contrincantes! ¡En posición!

La voz del presentador retumba bajo el foso. El corazón me late desbocado. Los treinta minutos han pasado en un suspiro, mientras Tzain discutía las estrategias y delegaba órdenes. Dirige a nuestra tripulación igual que un general experimentado, curtido por años de guerra. Los presos confían en todas y cada una de las palabras de Tzain, con una chispa de esperanza en los ojos.

—De acuerdo. —Tzain asiente con la cabeza—. Vamos allá.

Después de haber comido y con esperanza renovada, los trabajadores se mueven con ímpetu. Sin embargo, cuando veo que todo el mundo sube arrastrando los pies a la cubierta del barco, noto mis pies pesados como el plomo. El rugido del agua a presión se aproxima, y con él llegan a mí todos los cuerpos que se ahogaron en su cólera. Ya noto el agua que me cala las extremidades y me empuja al fondo.

«Aquí acaba todo...».

Faltan pocos instantes para que empiecen los juegos.

La mitad de los prisioneros se colocan en los puestos de remo, listos para proporcionarnos velocidad. El resto toma posición alrededor de los cañones con la eficiente formación concebida por Tzain: dos trabajadores maniobrarán la boca del cañón para apuntar, dos cargarán la pólvora por la parte de atrás. Al cabo de poco, todos están ya en el barco.

Todos salvo yo.

Mientras sube el nivel del agua, obligo a mis pies de plomo a moverse y me monto en el barco. Camino por la cubierta para ponerme en posición detrás de uno de los cañones, pero Tzain me intercepta el paso.

—No tienes por qué hacerlo.

El terror resuena tan fuerte en mis oídos que tardo un momento en asimilar las palabras de Tzain. «No tienes por qué hacerlo».

«No tienes por qué morir».

—Solo hay tres personas que conozcamos el ritual. Si todas vamos en el

barco... —Carraspea y se traga el fatídico pensamiento—. No he llegado tan lejos para nada. Pase lo que pase, al menos uno de nosotros tiene que sobrevivir.

«De acuerdo». Tengo las palabras en la punta de la lengua, desesperadas por salir de mi boca.

—Pero ¿y Zélie? —digo en lugar de eso—. Si alguien va a quedarse en tierra, debería ser ella.

—Si tuviéramos alguna posibilidad de ganar sin que ella montara en el barco, estaría intentando convencer a mi hermana en lugar de a ti, no lo dudes.

—Pero...

Dejo la frase a medias cuando el agua del foso sube y salpica el barco. En cuestión de minutos, la bodega estará llena y quedaré atrapada en esta cámara mortuoria. Si voy a correr, tiene que ser ahora. Dentro de un momento será demasiado tarde.

—Amari, vete —me insiste Tzain—. Por favor. Nosotros lucharemos mejor si no tenemos que preocuparnos de si te hacen daño.

«Nosotros». Casi soy capaz de encontrar ánimo para reír. Detrás de nosotros dos, Zélie se agarra a la barandilla, con los ojos cerrados y los labios apretados mientras ensaya el encantamiento. A pesar del miedo evidente, sigue luchando. Nadie le permite huir.

«Si vas a comportarte como una princesita, entrégate a los guardias. No estoy aquí para protegerte. Estoy aquí para luchar».

—Mi hermano me persigue —susurro mirando a Tzain—. Mi padre también. Quedarme en tierra no me mantendrá con vida ni mantendrá vivo el secreto del pergamino. Solo servirá para hacerme ganar tiempo. —El agua me salpica los pies y doy un paso adelante. Me uno al equipo encargado de los cañones—. Puedo hacerlo —miento.

Puedo luchar.

«Sé valiente, Amari».

Esta vez me aferro a las palabras de Binta y me cubro el cuerpo con ellas, como si fuesen una armadura. Puedo ser valiente.

En honor de Binta, debo ser lo que haga falta.

Tzain me aguanta la mirada un momento y luego asiente con la cabeza. Se aleja para ocupar su lugar. Con un gemido, el barco empieza a avanzar mecido por el agua y nos lleva a la batalla. Navegamos a través del último túnel. Los gritos de la multitud son cada vez más salvajes, enloquecidos por la sed de nuestra sangre. Por primera vez, me pregunto si Padre tiene constancia de este «entretenimiento». Si lo supiera, ¿le importaría?

Me agarro de la barandilla del barco con todas mis fuerzas, un intento fútil de controlar los nervios. Antes de que pueda serenarme, entramos en el foso, expuestos, a la vista del mundo entero.

El olor a salmuera y vinagre me azota como una ola cuando parpadeo ante esa estampa tan asombrosa. Los nobles ocupan las primeras filas de gradas, justo por encima del foso, y sus vistosas sedas ondean cuando dan golpes con los puños contra la barandilla protectora.

Me doy la vuelta y se me encoge el corazón al cruzar la mirada con un joven *divîner* de ojos grandes que hay en otro barco. Su cara desprovista de expresión lo dice todo.

Para que uno de los dos viva, el otro debe morir.

Zélie entrelaza los dedos y cruje los nudillos. Se dirige a la proa del barco. Murmura el encantamiento e intenta mantener la calma entre tantas distracciones mientras nos preparamos.

La muchedumbre ruge cada vez que un barco entra en los juegos, pero cuando repaso a nuestros contrincantes, caigo en la cuenta de una terrible realidad. Anoche había diez barcos.

Hoy hay treinta.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



ZÉLIE

«No...».

Cuento una y otra vez, con la esperanza de que alguien diga que ha habido un error. Es imposible que vencamos a veintinueve barcos más. Nuestro plan apenas bastaría para volcar a diez.

—Tzain —chillo mientras corro hacia él. No puedo evitar verbalizar todo mi miedo—. ¡No puedo hacerlo! No puedo tumbarlos a todos.

Amari me sigue, tiembla tanto que está a punto de caerse por la borda. La tripulación le va a la zaga y bombardea a Tzain con un sinfín de preguntas. Sus ojos echan fuego cuando lo rodeamos como un enjambre, intentando concentrarse en una sola cosa. Pero entonces aprieta la mandíbula. Cierra los ojos.

—¡Silencio!

Su voz atruena por encima de la locura, silenciando nuestros lamentos. Observamos a Tzain, que se hace una composición de lugar de los otros barcos mientras el presentador anima a la multitud.

—Abi, dirígete al barco de la izquierda. Dele, tú al de la derecha. Formad una alianza con la tripulación. Decidles que duraremos más si apuntamos a los barcos que están más lejos.

—Pero y sí...

—¡Id! —El grito de Tzain anula sus objeciones y los dos hermanos se echan a correr—. Remeros —continúa—, nuevo plan. Solo la mitad de vosotros se quedará a los remos. Mantened el barco en movimiento. No ganaremos mucha velocidad, pero si nos quedamos quietos, estamos muertos. —La mitad de los prisioneros retoman sus posiciones junto a los remos de madera. Tzain se vuelve hacia el resto de nosotros, el campeón de *agbön* vivo en sus ojos—. Los demás, uníos al grupo de los cañones y apuntad a los barcos de la primera fila. Quiero una sucesión de cañonazos sin interrupción. Pero no corráis demasiado... Si no, se nos acabará la pólvora.

—¿Y el arma secreta? —pregunta Baako, el más fuerte de la tripulación.

La breve calma que sentí al saber que Tzain estaba al mando se evapora. Se me encoge tanto el corazón que un dolor agudo me recorre el costado.

«El arma no está lista», me entran ganas de gritar. «Si habéis puesto vuestra fe en ella, moriréis».

Ahora me lo imagino: Tzain gritando por encima del agua, yo conteniendo la respiración mientras intento hacer aflorar mi magia. No soy una *maji* tan buena como Mama. ¿Y si no puedo ser la Parca que necesitan?

—Está bajo control —lo tranquiliza Tzain—. Solo debéis aseguraros de que sigamos vivos el tiempo suficiente para poder utilizarla.

—¿Quién está preparado... para la batalla de su vida?

La multitud ruge en respuesta a la provocación del presentador. Los gritos ahogan su voz a pesar del megáfono. Agarro a Tzain por el brazo cuando la tripulación se divide. Tengo la garganta tan seca que me cuesta hablar.

—¿Y qué plan tienes para mí?

—El mismo que antes. Solo hace falta que invoques a más muertos.

—Tzain, no puedo...

—Mírame. —Me coloca una mano encima de cada hombro—. Mama era la Parca más poderosa que he visto jamás. Tú eres su hija. Sé que puedes hacerlo.

Noto una presión en el pecho, pero no sé si es por el miedo o por otra cosa.

—Inténtalo por lo menos. —Me aprieta los hombros—. Aunque solo consigas una animación, será de ayuda.

—Diez..., nueve..., ocho..., siete...

—¡Sobrevive! —grita antes de colocarse junto a las municiones.

—Seis..., cinco..., cuatro..., tres...

Los vítores alcanzan un nivel ensordecedor mientras corro hacia la barandilla del barco.

—Dos...

Ahora ya no hay posibilidad de echarse atrás. O conseguimos la piedra...

—¡Uno!

...O morimos en el intento.

Suena un cuerno y salto por la borda para zambullirme en el cálido mar con una velocidad asombrosa. A la vez que toco el agua, nuestro barco retumba.

Han lanzado los primeros cañonazos.

Las vibraciones reverberan dentro del agua y se me cuelan dentro. Los espíritus de los muertos enfrían el espacio que tengo alrededor; muertes frescas de los juegos de hoy.

«Muy bien», pienso mientras me preparo, recordando la animación de Minoli.

Se me pone la piel de gallina cuando los espíritus se acercan a mí, se me encoge la lengua al saborear la sangre, a pesar de que mantengo la boca cerrada. Las almas están desesperadas por que las toque, por encontrar la manera de volver a la vida. Es la hora de la verdad.

Si soy una auténtica Parca, tengo que demostrarlo ahora.

— *mí àw n tí ó ti sùn, mo ké pè yín ní òní...*

Espero ver que las animaciones salen del agua como un remolino ante mí, pero lo único que escapa de mis manos son unas burbujas. Lo intento otra vez, amparándome en la energía de los muertos, pero por mucho que me concentro, no consigo invocar ninguna animación.

«Maldita sea». Mi garganta se queda sin aire; lo intento aún más rápido y noto que se me acelera el pulso. No puedo hacer esto. No puedo salvarnos...

Una detonación atruena por encima de mi cabeza.

Salgo despedida cuando el barco que teníamos al lado se hunde. Cadáveres y restos del naufragio llueven dentro del mar artificial. El agua se enrojece alrededor. Un cuerpo ensangrentado se hunde hasta el fondo ante mis ojos.

«Por todos los dioses...».

El terror me atenaza el pecho.

Una bala de cañón un poco más hacia la derecha y podría haber sido Tzain.

«Vamos», me azuzo mientras el escaso aire que me queda en los pulmones mengua un poco más. No puedo permitirme fallar. Necesito mi magia ahora mismo.

«Oya, por favor». La oración me resulta extraña, como un idioma medio aprendido y olvidado por completo. Pero después de mi rito de iniciación, nuestro vínculo debería ser más fuerte que nunca. Si la llamo, tiene que contestar.

«Ayúdame. Guíame. Ofréceme tu fuerza. Permite que proteja a mi hermano y libere a los espíritus atrapados en este lugar».

Cierro los ojos e invoco la energía eléctrica de los muertos para que entre en mis huesos. He estudiado a fondo el encantamiento del pergamino. Puedo hacerlo.

Puedo ser una Parca ahora mismo.

— *mí àw n tí ó ti sùn.*

Una luz de color lavanda brilla en mis manos. Un calor agudo corre por mis venas. El encantamiento abre mis senderos espirituales y permite que el *ashê* fluya por ellos. El primer espíritu se eleva dentro de mi cuerpo, preparado para recibir mis órdenes. A diferencia de Minoli, lo único que conozco de esta

animación es su muerte; me duele el estómago a causa del cañonazo que le atravesó las entrañas.

Cuando termino el encantamiento, la primera animación flota ante mí, un remolino de venganza, burbujas y sangre. La animación adquiere constitución humana y forma su cuerpo a partir del agua que nos rodea. Aunque su expresión está nublada por las burbujas, noto la resolución militante de su espíritu. Mi propio soldado. El primero de un ejército de los muertos.

Por un brevísimo instante, el triunfo supera el agotamiento que me entumece los músculos. Lo he conseguido. Soy una Parca. Una verdadera hermana de Oya.

Una punzada de tristeza me penetra. Ojalá Mama pudiera verme en estos momentos.

Pero, por lo menos, todavía puedo honrar su espíritu.

Lograré que todas las Parcas caídas estén orgullosas de mí.

— *mí àw n tí ó ti sùn...*

Con un *ashê* cada vez más escaso, me pongo a cantar y doy vida a otra animación. Señalo un barco y luego les doy la orden.

—¡Hundidlo!

Para mi sorpresa, las animaciones surcan el agua con la velocidad de una flecha. Salen disparadas hacia mi objetivo y se disponen a atacar.

El agua retumba cuando impactan contra el barco y abren un boquete en la quilla. Los tablones de madera vuelan como si fuesen lanzas y el agua se cuele por el agujero formando remolinos.

«Lo he logrado...».

No sé si buscar a Oya en el cielo o dentro de mis propias manos. Los espíritus de los muertos han respondido a mi llamada. ¡Se han doblegado a mis deseos!

El agua se traga el barco entero y vuelca el navío. La tripulación caída intenta llegar como sea a la parte superior, bracea y patatea hacia el borde del foso. El terror se apodera de mí al ver que una chica se sumerge en el agua con las extremidades destrozadas. Se me encoge el pecho cuando su cuerpo inconsciente empieza a hundirse como el plomo.

—¡Salvadla!

Pronuncio la orden, pero mi unión con las animaciones se apaga igual que el último aliento que me queda en el pecho. Empiezo a notar que el espíritu de los soldados se desvanece y deja el infierno de este anfiteatro para entrar en la paz de la otra vida.

Mientras buceo hacia la superficie, las animaciones se zambullen igual que rayas manta con cuernos en la cola y rodean a la chica antes de que le dé tiempo

de llegar al fondo del foso. El *ashê* zumba en mis venas cuando la levantan en volandas y la colocan sobre un madero flotante para darle una oportunidad de vivir.

—¡Aaah!

En cuanto llego a la superficie, me pongo a toser. Algo me abandona en el momento en que las animaciones desaparecen. Doy las gracias en silencio a sus espíritus mientras intento recuperar el aliento.

—¿Lo habéis visto? —brama el presentador.

El anfiteatro se alborota. Nadie sabe qué ha volcado el barco.

—¡Zélie! —grita Tzain desde arriba, con una sonrisa enloquecida en el rostro a pesar de la pesadilla que nos rodea.

Su sonrisa desprende un resplandor que no he visto desde hace más de una década, una luz que irradiaba cada vez que mi hermano veía la magia de Mama en acción.

—¡Eso es! —Señala con el dedo—. ¡Sigue haciendo eso!

El orgullo me hincha el pecho y me calienta por dentro. Respiro hondo antes de volver a meter la cabeza en el agua.

Luego me pongo a cantar.

CAPÍTULO TREINTA



AMARI

El caos.

Hasta este momento, no había llegado a comprender esa palabra del todo. El caos era sinónimo de los gritos de Madre antes de una comida. Equivalía al jaleo de las *oloyes* cuando se aposentaban en sus sillas bañadas de oro.

Ahora el caos me rodea de verdad, late en cada una de mis inspiraciones, en cada latido. Canta mientras la sangre lo salpica todo, grita mientras los barcos explotan y caen en el olvido.

Salgo corriendo hacia la parte posterior del barco y me cubro la cabeza para protegerme de la siguiente detonación. Nuestro navío se sacude cuando otro cañonazo da en el casco. Solo quedan diecisiete barcos en pie y, no sé cómo, nosotros continuamos en la brecha.

Ante mí, todo el mundo se desplaza con una precisión sin precedentes, luchan a pesar del martirio. Los tendones se marcan en el cuello de los tensos remeros mientras hacen avanzar el barco; el sudor cae por la cara de la tripulación mientras carga más pólvora en los cañones.

«Vamos», me grito. «Haz algo. ¡Lo que sea!».

Pero, por mucho que lo intento, no puedo ayudar. ¡Ni siquiera puedo respirar!

Se me encogen las entrañas cuando una bala de cañón parte en dos la cubierta de otro barco. Los gritos de los heridos me agujonean los oídos como esquirlas de cristal. El hedor a sangre mancha el aire y me recuerda las palabras de Zélie. El día que llegamos a Ibeji, notó el sabor de la muerte.

Hoy yo también noto ese sabor.

—¡Nos atacan! —grita Tzain, y señala entre el humo.

Otro barco se aproxima, sus remeros jadean, con las armas preparadas. «Cielos...».

Van a abordarnos.

¡Van a atacar nuestro barco!

—¡Amari, encárgate de los remeros! —chilla Tzain—. ¡Ayúdame a dirigir esta batalla!

Como un capitán sin miedo, se pone en marcha y desaparece antes de poder ver la parálisis que ataca mis pies. Me falta aire en los pulmones. ¡Cielos! Se me ha olvidado cómo hay que respirar.

«Te entrenaste para esto». Agarro el sable cuando el otro barco se acerca. «¡Sangraste para esto!».

Sin embargo, cuando el enemigo salta al abordaje, los años de lecciones aprendidas a la fuerza se congelan en las yemas de mis dedos. Aunque intento desplegar la hoja del sable retráctil, me tiemblan las manos, inútiles. «¡Golpea, Amari!». La voz de Padre me retumba en los oídos, se introduce como un corte nuevo en la cicatriz de mi espalda. «Levanta la espada, Amari. Ataca, Amari. Lucha, Amari».

—No puedo...

Después de todos estos años, sigo sin ser capaz. Nada ha cambiado. Soy incapaz de moverme. Soy incapaz de luchar.

Lo único que sé hacer es quedarme quieta.

«¿Por qué estoy aquí? Por el amor de los cielos, ¿en qué pensaba?». Podría haber dejado ese pergamino y haber regresado a mis aposentos. Podría seguir llorando la muerte de Binta en mi habitación. Pero elegí esto, una decisión fatídica que en su momento me pareció la adecuada. Pensé que podría vengar a mi querida amiga.

Y en lugar de consuelo, solo encontraré la muerte.

Me pego al lateral del barco en un intento de esconderme mientras la tripulación lucha contra los invasores. Su sangre me salpica los pies. Su angustia reverbera y se me cuela en los oídos.

El caos me rodea, es tan sobrecogedor que me cuesta ver con claridad. Tardo un segundo más de la cuenta en percatarme de que una de las espadas se dirige a mí.

«Ataca, Amari».

No obstante, mis extremidades no se mueven. La hoja del sable silba, directa hacia mi cuello...

Tzain grita mientras empotra el puño en la mandíbula del hombre.

Otro atacante cae desplomado, pero antes, le hace un corte en el brazo a Tzain con el sable.

—¡Tzain!

—¡Apártate! —me chilla. Se agarra el bíceps ensangrentado.

—¡Lo siento!

—¡Sal del medio de una vez!

Unas calientes lágrimas de vergüenza se me acumulan en los ojos al verlo marcharse. Me retiro a un rincón, al fondo del barco. No debería haber embarcado. No debería estar aquí. No debería haber salido jamás del palacio...

Un estallido atronador llega a mis oídos. Nuestro barco se sacude con una fuerza tan violenta que me tira al suelo. Me agarro de la barandilla del barco para protegerme de las sacudidas. Ya está.

Nos han dado.

Antes de tener oportunidad de incorporarme, otra bala de cañón estalla en nuestra cubierta. Los tablones rotos vuelan por los aires, acompañados de mucho humo. La nave da tumbos y la proa se inclina hacia arriba. El humo me llena los pulmones y resbalo sin querer por la cubierta manchada de sangre.

Me sujeto a la base del mástil y me aferro con todas mis fuerzas para conservar la preciosa vida. Litros de agua barren la carnicería que acaba de tener lugar en el barco.

Con otra sacudida, nuestro barco empieza a hundirse.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



ZÉLIE

—¡Zélie!

Vuelvo a la superficie y saco la cabeza con ímpetu. Tzain se agarra de la barandilla del barco; aprieta los dientes por el esfuerzo. Lleva la ropa y la cara cubiertas de sangre, pero no acierto a saber si es suya o no.

Solo quedan otros nueve barcos flotando en el foso. Nueve navíos permanecen en pie en este baño de sangre. Pero la popa de nuestro barco está sumergida en el agua.

Nuestro barco se hunde.

Respiro hondo y vuelvo a zambullirme en el mar artificial. Al instante, la bilis me sube a la garganta. Nubes de color rojo y despojos varios hacen que sea casi imposible ver.

Me esfuerzo por mantener los ojos abiertos mientras pateo con todas mis fuerzas. Cada brazada que consigo dar es una brazada en medio de un agua espesa y densa a causa de la sangre.

— *mí àw n tí ó ti sùn...*

A pesar de que sigo cantando, la última gota de *ashê* se me escurre entre los dedos. No soy lo bastante fuerte. Mi magia se está secando. Pero si no consigo hacerlo, Tzain y Amari podrían morir. Nuestro barco se hundirá, nuestra oportunidad de obtener la piedra del sol desaparecerá. No seremos capaces de devolver la magia.

Miro la cicatriz que tengo en la palma de la mano. El rostro de Mama aparece como un fogonazo ante mí.

«Lo siento», pienso, dirigiéndome a su espíritu.

No me queda otra opción.

Me muerdo la mano. El regusto metálico de la sangre me llena la boca cuando los dientes desgarran la piel. La sangre se extiende por el agua y brilla con una luz blanca que envuelve mi silueta. Los ojos me hacen chiribitas mientras la luz viaja por mi interior, vibra dentro de mi sangre, irradia calor hasta el centro de mi ser.

El *ashê* se abre paso por mis venas y me desgarran la piel desde dentro hacia fuera.

— *mí àw n tí ó ti sùn...*

Unas olas rojas relumbran en mi mente.

Oya vuelve a bailar para mí.

El agua gira en remolinos alrededor y vibra con una nueva vida cargada de violencia. La magia de sangre se impone y ejecuta mis deseos. Con una sacudida, un nuevo ejército de animaciones da vueltas ante mis ojos.

Su piel acuosa burbujea con sangre y luz blanca, cobra vida con la fuerza de una tormenta. Diez animaciones más se despiertan para unirse al ejército, el agua se arremolina aún más mientras sus cuerpos toman forma. Atraen la sangre y los despojos hacia su piel y crean una nueva armadura para el ejército de los muertos. Me miran cuando la última animación empieza a avanzar.

—¡Salvad el barco!

Mis soldados fantasma surcan el agua con la velocidad de los tiburones de dos aletas, más feroces que cualquier barco o cañón que haya a la vista. Aunque me arden las entrañas, la exaltación de mi magia sobrepasa el caos de nuestra lucha.

El placer me embarga cuando veo que siguen mi orden silenciosa y desaparecen entre los agujeros que han dejado las balas de cañón. Un segundo después, toda el agua acumulada dentro del barco empieza a salir.

«¡Sí!».

En un instante, nuestro barco gana flotabilidad y vuelve a emerger a la superficie. Cuando han logrado extraer toda el agua, las animaciones se funden con la madera y rellenan los agujeros con los restos acuosos de sus cuerpos.

«¡Ha funcionado!».

Pero mi asombro no dura mucho.

Aunque las animaciones han desaparecido, la extenuación provocada por la magia de sangre continúa.

Siento que la piel se me cae a tiras mientras la potente magia me araña por dentro, el cuerpo me abrasa como si la magia de sangre me estuviera destrozando los órganos. La violencia se extiende por los músculos. Mis manos se quedan entumecidas.

—¡Socorro!

Intento gritar, pero lo único que sale de mi garganta son burbujas. El horror se hunde en mis huesos. Mama tenía razón.

Esta magia de sangre va a destrozarme.

Nado hacia la superficie, pero cada patada me cuesta más que la anterior.

Pierdo la sensibilidad de los brazos; luego, la de los pies.

Igual que los espíritus vengadores, la magia de sangre me supera, se me aferra a la boca, el pecho, la piel. Aunque lucho por salir a la superficie, no puedo moverme. Con lo cerca que estábamos de salir a flote y ahora nuestro barco se hunde más y más.

—¡Tzain!

El mar encarnado amortigua el sonido de mis gritos.

El poco aire que me quedaba en los pulmones desaparece.

El agua lo llena todo.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



AMARI

Me agarro al borde del barco, el corazón me late desbocado cuando noto que la embarcación se hunde cada vez más lenta hasta detenerse con brusquedad.

—¡Lo ha conseguido! —Tzain da un puñetazo contra la barandilla del barco—. ¡Zél, lo has logrado!

Pero, al ver que Zélie no sale a la superficie, el triunfo desaparece de la expresión de Tzain. Grita su nombre una y otra vez, hasta que se queda afónico.

Me asomo por la borda y escudriño las aguas, buscando con frenesí el resplandor del pelo blanco contra el rojo sangre. Solo queda un barco más a flote, pero Zélie no se ve por ninguna parte.

—¡Tzain, espera!

Salta por la borda y deja al barco sin capitán. El último barco gira en el agua y altera su curso.

—Y como habéis visto, ¡nuestros últimos contrincantes se han quedado sin pólvora! —anuncia el presentador con voz cantarina—. Pero solo un capitán puede llegar al final. Para que haya un vencedor, ¡solo un capitán puede salir con vida!

—¡Tzain! —grito asomada por la borda.

Se me encoge el corazón al ver acercarse al último barco. No puedo hacerlo yo sola. Lo necesitamos a él si queremos hundir ese último barco.

Los remeros del enemigo mueven los remos al límite de sus fuerzas, mientras que los que manejaban los cañones se arman con sables y cuchillos. Nuestra tripulación también abandona sus puestos y corre a buscar las lanzas y los sables amarrados al barco. Aunque yo tiemblo, ellos no dudan ni un instante. Están preparados, ansiosos, listos para poner fin a este infierno.

El alivio me sobrecoge cuando Tzain reaparece en la superficie, agarrando con un brazo el cuerpo inconsciente de Zélie. Libero una cuerda del lateral y se la tiro por la borda; Tzain la asegura por debajo de las axilas de Zélie y nos grita para que la icemos.

Tres prisioneros se unen a mí y entre todos tiramos para levantar a Zélie hasta

la cubierta. El enemigo está a pocos segundos de nosotros. Si Zélie consiguiera invocar a sus animaciones de nuevo, podríamos sobrevivir a esto.

—¡Despierta!

Sacudo a Zélie, pero no se mueve. Al tocarla, le noto la piel ardiendo. La sangre le resbala por la comisura del labio.

Cielos, no va a funcionar. Tenemos que hacer que Tzain regrese al barco como sea. Clavo las uñas en los nudos que atan el torso de Zélie, pero antes de poder deshacer el último cabo, el barco enemigo arremete contra el nuestro.

Nuestros competidores nos abordan con un rugido salvaje.

Me pongo en pie y blando el sable como una niña que intentase apartar a una leonaria con una llama. Agarro la empuñadura sin técnica alguna, nada indica que me pasé años aprendiendo con sudor y lágrimas.

«Ataca, Amari». La voz de Padre retumba de nuevo en mi mente y me devuelve a todas las lágrimas que derramé cuando me ordenó que combatiera contra Inan. Tiré el arma. Me negué.

Entonces fue cuando la hoja de mi hermano me desgarró la espalda.

Se me revuelve el estómago cuando nuestra tripulación entra en combate, la posibilidad de la victoria los alienta. Reducen al enemigo con facilidad y esquivan los sables para repartir golpes letales a los otros prisioneros. Unos hombres enloquecidos corren hacia nosotros, pero por la gracia de los dioses, nuestra tripulación consigue cortarles el paso. Un hombre muere a pocos pasos de mí, la sangre se le acumula en la boca cuando otro prisionero le clava un cuchillo en la garganta con saña.

«Que termine de una vez, por favor», suplico. «¡Que salgamos bien parados!».

Pero, mientras rezo, el capitán del otro barco aparece en escena blandiendo el sable. Me preparo para el ataque, pero entonces me doy cuenta de que no va a por mí. Apunta con el sable hacia abajo, en un ángulo lateral.

Su objetivo es Zélie.

El tiempo se congela para mí cuando el capitán se aproxima, su hoja resplandeciente se acerca más y más a cada segundo que pasa. Todo lo que me rodea queda enmudecido.

A continuación, la sangre lo salpica todo.

Durante un instante, estoy tan conmocionada que no soy consciente de lo que acabo de hacer. Pero cuando el capitán se desploma, mi sable cae con él. Lo lleva atravesado en las entrañas.

El anfiteatro se queda en silencio. El humo empieza a disiparse.

Cuando el presentador habla, me falta el aliento.

—Parece que tenemos un ganador...

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



ZÉLIE

Quinientas treinta y ocho.

Ese es el número de veces que me han desgarrado el cuerpo.

La cantidad de espíritus que han perecido por un divertimento. La cantidad de almas inocentes que chillan en mis oídos.

Los cadáveres flotan entre la madera en el interminable mar de sangre. Su presencia mancha el ambiente e invade mis pulmones con cada respiración.

«Que los dioses nos ayuden». Cierro los ojos e intento ahogar la tragedia. A pesar de todo el sufrimiento, los vítores no cesan. Las alabanzas no terminan. Mientras nos muestran como trofeos en la plataforma, la muchedumbre se regocija como si de verdad hubiera motivos para celebrar este baño de sangre.

A mi lado, Tzain me agarra con fuerza; en realidad, apenas me ha soltado desde que me sacó en brazos del barco. Su expresión sigue vacía, pero noto sus remordimientos.

Pese a que el competidor que lleva dentro ha prevalecido, continuamos cubiertos por la sangre de quienes han caído en combate. Tal vez hayamos triunfado, pero esto no es una victoria.

A mi derecha, Amari está petrificada, con las manos aferradas a la empuñadura de su sable retráctil. No ha dicho ni una palabra desde que nos bajamos del barco, pero los prisioneros me dijeron que fue ella quien me protegió y mató al otro capitán. Por primera vez, al verla no pienso en Saran ni en Inan. Veo a la chica que robó el pergamino.

Veo la semilla de una guerrera.

El presentador se esfuerza por sonreír mientras Dele y Baako arrastran el reluciente baúl lleno de oro. Un oro que probablemente pensaba quedarse él, un oro ganado a cambio de cada una de esas muertes.

La multitud ruge cuando nuestra tripulación recibe el premio, pero ninguno de los prisioneros sonrío al ver el botín. Las riquezas y la libertad de los grilletes no son nada cuando saben que este horror los atormentará todas las noches.

—Vamos, no os demoréis más. —Aprieto los dientes y me aparto de la

protección de Tzain—. Ya habéis tenido vuestro espectáculo. Ahora desprendeos de la piedra del sol.

El presentador entrecierra los ojos, la piel oscura se le deforma por unas arrugas marcadas.

—El espectáculo no termina nunca —sisea apartándose el cono metálico de la boca—. Y mucho menos cuando lo da una larva.

Sin querer, frunzo los labios al oír las palabras del presentador. Aunque apenas me quedan fuerzas, no puedo evitar pensar en un motín. ¿Cuántas animaciones serían necesarias para arrastrar a ese hombre a la masacre, para hundirlo en el fondo de su propio mar rojo?

Supongo que el presentador presiente mi silenciosa amenaza, porque la sonrisa desaparece de sus labios. Da un paso atrás y levanta el megáfono, de espaldas a la multitud.

—Y ahora... —Su voz atruena por el anfiteatro. Su voz continúa con la farsa, pero su rostro no consigue ocultar la decepción—. Os presento... ¡la piedra de la inmortalidad!

Incluso desde lejos, el calor de la piedra del sol se cuele en mis huesos temblorosos. Los tonos anaranjados y amarillos laten bajo su exterior de cristal como la lava fundida. Igual que una polilla, me siento atraída hacia su luz sagrada.

«La última pieza», pienso mientras recuerdo las palabras de Lekan. Ahora que contamos con el pergamino, la piedra y la daga, por fin tenemos todo lo que necesitamos. Podemos dirigirnos al templo sagrado y llevar a cabo el ritual. ¡Podemos devolver la magia al mundo!

—Que no se te olvide. —Tzain me pone la mano en el hombro y aprieta—. Pase lo que pase, siempre estaré a tu lado.

—Yo también —dice Amari con cariño, ahora que ha recuperado la voz.

Aunque la sangre seca le cubre la cara, sus ojos resultan reconfortantes.

La miro y asiento con la cabeza antes de dar un paso al frente. Alargo la mano para coger la piedra del sol. Por primera vez, la muchedumbre se queda callada, su curiosidad se nota en el ambiente.

Me preparo para lo que pueda ocurrir al sujetar un fragmento vivo del alma de Madre Cielo. Pero, en cuanto mis dedos tocan la superficie pulida, sé que nada podría haberme preparado para esto.

Igual que en el ritual de iniciación, el contacto con la piedra me otorga una fuerza más poderosa que todo lo que he experimentado hasta ahora. La energía

de la piedra del sol me calienta la sangre y electrifica el *ashê* que corre ansioso por mis venas.

La multitud suspira maravillada mientras la luz de la piedra brilla entre los huecos de mis dedos. Incluso el presentador se sorprende; que él supiera, la piedra no era más que un complemento de su pantomima.

La energía continúa llenándome y burbujea dentro de mi cuerpo como el agua hirviendo. Cierro los ojos y veo aparecer a Madre Cielo, más gloriosa de lo que me la había imaginado.

Sus ojos plateados brillan contra la piel de ébano, enmarcados por los cristalitos que cuelgan de su tiara. Unos espesos rizos blancos le caen sobre la cara como si fuesen lluvia, y se retuercen con la potencia que irradia su ser.

Su espíritu me atraviesa como un relámpago que rompe una nube de tormenta. Es más que la sensación de respirar.

Es la esencia misma de la vida.

— *mí àw n tí ó ti sùn...* —susurro las primeras palabras del encantamiento casi para mis adentros, y noto una avalancha de energía inigualable. Con el poder de la piedra del sol, podría invocar a cientos de animaciones de los muertos. Podría dirigir un ejército imparable.

Podríamos apoderarnos del anfiteatro, reducir al presentador, castigar a todos y cada uno de los espectadores que han alentado la masacre por deporte. Pero eso no es lo que quiere Madre Cielo. No es lo que necesitan esos espíritus.

Uno por uno, los muertos corren por mi ser con sus chillidos, no para convertirse en animaciones, sino para escapar. Es igual que la limpieza que Mama llevaba a cabo cada vez que había luna llena. Una purga final para ayudar a los espíritus a ascender al *alâfia*.

Mientras las almas escapan de su trauma para entrar en la paz de la otra vida, la imagen de Madre Cielo empieza a desvanecerse. Una diosa con la piel como la noche ocupa su lugar, vestida con una ondeante túnica roja, hermosa y con los ojos marrón oscuro.

«Por todos los dioses».

Oya brilla en mi mente como una antorcha en la oscuridad. A diferencia del caos que experimenté cuando empleé la magia de sangre, esta visión presenta una gracia etérea. Está quieta, pero es como si el mundo entero girase en su presencia. Una sonrisa triunfal se expande por sus labios...

—¡Aaaah!

Abro los ojos de golpe. La piedra del sol brilla con tanta intensidad en mis manos que no me queda más remedio que apartar la mirada. Aunque ya ha

disminuido la descarga eléctrica inicial que sentí al tocarla, noto su poder murmurando dentro de los huesos. Es como si el espíritu de Madre Cielo se hubiese propagado por mi cuerpo y hubiese cosido todas las heridas provocadas por la destrucción de la magia de sangre.

Al cabo de un rato, la luz cegadora pierde intensidad y la apabullante imagen de Oya desaparece de mi mente. Me tropiezo al intentar retroceder y caigo en brazos de Tzain, sin soltar la piedra en ningún momento.

—¿Qué es lo que acaba de ocurrir? —pregunta Tzain en un susurro, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. El aire... Daba la impresión de que el anfiteatro completo temblase.

Aprieto la piedra del sol contra mi pecho e intento aferrarme a las imágenes que bailaban en mi cabeza. La luz que emanaba de los cristales de la tiara de Madre Cielo; el brillo de la piel de Oya, oscura y hechizadora como la reina de la noche.

«Así debía de sentirse Mama...». Se me hunde el corazón al comprenderlo. Por eso Mama adoraba la magia.

Esto es sentirse viva de verdad.

—¡La Inmortal! —grita un hombre desde las gradas.

Al oírlo parpadeo, vuelvo a orientarme en el anfiteatro. El grito se propaga por las demás gradas hasta que todos se unen al vítor. Cantan un título falso, su alabanza resulta furibunda.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Amari.

—Mejor que bien —contesto con una sonrisa.

Tenemos la piedra, el pergamino, la daga.

Ahora sí que existe una posibilidad real de conseguirlo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO



AMARI

Las celebraciones se prolongan varias horas más, aunque no comprendo cómo alguien puede tener ganas de celebrar nada. Qué desperdicio tan tremendo de vidas. Una de ellas, arrebatada con mis propias manos.

Tzain intenta protegernos de la muchedumbre, pero ni siquiera él es capaz de contrarrestar la fuerza de los espectadores cuando salimos del anfiteatro. Nos siguen por las calles de Ibeji como si fuese un desfile, inventan apodos para conmemorar la ocasión. Zélie se convierte en «la Inmortal», mientras que Tzain pasa a ser «el Comandante». Cuando me ven a mí, los espectadores gritan el sobrenombre más ridículo de todos. Me estremezco al oírlo otra vez:

—¡La Leonaria!

Quiero gritarles que se equivocan; deberían sustituir «leonaria» por un apodo más pertinente, como «cobarde» o «impostora». No hay ferocidad alguna en mis ojos, ni una bestia rabiosa escondida dentro de mí. Ese apodo es falso, no hay vuelta de hoja, pero a los espectadores, propulsados por el alcohol, no les importa en absoluto. Lo único que necesitan es algo que gritar. Algo que alabar.

Cuando nos acercamos a la *ahéré* que hemos alquilado, Tzain por fin nos suelta de la mano. Gracias a él hemos llegado sanas y salvas a nuestra cabaña de arcilla y ahora nos turnamos para lavarnos detrás de la choza la sangre que se nos ha pegado.

Mientras el agua fría me recorre el cuerpo, me froto con todas mis fuerzas, desesperada por eliminar de mi piel cualquier resto de aquel infierno. Al ver que el agua se tiñe de rojo, pienso en el capitán que maté. «Cielos...».

Cuánta sangre había...

Empapó el kaftán azul marino que el prisionero llevaba adherido a la piel, impregnó las suelas de cuero de mis zapatos, me manchó los bajos de los pantalones. En sus últimos instantes de vida, el capitán se llevó la mano al bolsillo, temblando. No sé qué quería coger. Antes de que pudiera sacar nada, su mano cayó inerte al suelo.

Cierro los ojos y me clavo las uñas en las palmas de las manos, suelto un

suspiro profundo entre temblores. No sé qué me perturba más: haber matado a ese hombre o saber que podría volver a hacerlo.

«Ataca, Amari». La voz de Padre me susurra al oído.

Lo borro de mi mente a la vez que elimino los últimos restos de sangre del circo de mi piel.

De vuelta en la *ahéré*, la piedra de sol brilla dentro de la mochila de Zélie, ilumina el pergamino y la daga de hueso con sus tonos rojos y amarillos girasol. Hace apenas un día, me costaba creer que tuviésemos dos de los artefactos sagrados, y, sin embargo, aquí delante tengo los tres. Nos quedan todavía doce días hasta el solsticio centenario, así que podremos llegar a tiempo a la isla sagrada. Zélie podrá realizar el ritual. La magia regresará de una vez por todas.

Sonrío para mis adentros y visualizo las luces resplandecientes que escaparon de las manos de Binta. Imagino que la espada de Padre no logra detenerlas, sino que duran para siempre. Una belleza que yo podría presenciar día tras día.

Si lo logramos, la muerte de Binta tendrá sentido. De un modo u otro, la luz de Binta se extenderá por Orisha. El agujero que dejó en mi corazón podrá sanar algún día.

—¿No te lo crees? —susurra Tzain desde el vano de la puerta.

—Algo así. —Le sonrío con timidez—. Me alegro mucho de que por fin haya terminado la pesadilla.

—Por lo que he oído, se les ha acabado el negocio. Sin las monedas del botín, no pueden permitirse sobornar a los carceleros para que les entreguen más presos.

—Gracias a los cielos. —Pienso en todos los jóvenes *divîners* que perecieron. A pesar de que Zélie ayudó a sus espíritus a pasar al otro mundo, sus muertes siguen pesando sobre mis hombros—. Baako me dijo que los otros trabajadores forzosos y él utilizarán el dinero para saldar las deudas de más *divîners*. Si tienen suerte, serán capaces de salvar de los grilletes a cientos de personas.

Tzain asiente con la cabeza y mira a Zélie, que duerme en el rincón de la cabaña. Recién bañada, está casi escondida entre el suave pelaje de Nailah, recuperándose de la energía cegadora recibida por la piedra del sol. Al observarla, ya no siento el cosquilleo incómodo que suele recorrerme en su presencia. Cuando la tripulación le contó que había sido yo quien había puesto fin a la batalla, me dedicó algo muy parecido a una sonrisa.

—¿Crees que tu padre sabía que existía algo así?

Levanto la cabeza de repente. Tzain aparta la mirada y se le endurece el semblante.

—No lo sé —contesto en voz baja—. Pero si lo supiera, no estoy segura de si lo impediría o no.

Un silencio incómodo se cierne entre nosotros y nos roba ese breve momento de alivio. Tzain alarga el brazo para coger un rollo de venda, pero hace una mueca. Debe de dolerle horrores el brazo.

—Permíteme...

Doy un paso adelante y evito mirar las vendas enrojecidas que le cubren el bíceps. Su única herida de guerra, sufrida porque yo me metí en su camino.

—Gracias —murmura Tzain cuando le acerco el rollo de venda.

Se me encoge el estómago a causa de la culpa que me corroe las entrañas.

—No me des las gracias. Si me hubiera quedado fuera del barco, no tendrías esa herida.

—Tampoco tendría a Zél.

Me mira a los ojos con una expresión tan cariñosa que me pilla desprevenida. Estaba segura de que iba a guardarme rencor, pero si hay algo que transmitan sus ojos, es agradecimiento.

—Amari, he estado pensando... —Toma la venda y la desenrolla, para luego volverla a enrollar—. Cuando pasemos por Gombe, deberías ir al puesto de guardia. Cuéntales que te han secuestrado, échanos la culpa de todo.

—¿Lo dices por lo que ocurrió en el barco? —procuro hablar en un tono neutro, pero no puedo evitar que se cuele un leve tono de alarma.

¿A qué viene eso? Hace un momento me ha dado las gracias por estar aquí.

—¡No! —Tzain cubre el espacio que nos separa y me coloca una mano prudente en el hombro. Para ser tan alto, su tacto tiene una ternura sorprendente—. Has estado fabulosa. No quiero ni pensar en lo que habría sucedido si no hubieses estado allí. Pero la expresión que tenías después... Si te quedas con nosotros, no puedo garantizarte que no tengas que volver a matar.

Bajo la mirada al suelo, cuento las grietas formadas en la arcilla. Me está ofreciendo otra vía de escape.

Intenta impedir que me manche las manos de sangre.

Pienso de nuevo en ese momento vivido en el barco, cuando me arrepentí de todo y deseé no haber robado el pergamino. Esta es la escapatoria que suplicaba tener. La ansiaba con todo mi corazón.

«Podría funcionar».

Pese a que noto un arrebató de culpabilidad, imagino lo que podría ocurrir si me entregase. Si contase la historia adecuada, derramase lágrimas suficientes y echase mano de unas mentiras perfectas, podría convencerlos a todos. Si me

mostrase lo bastante arrepentida, Padre podría llegar a creer que me había secuestrado aquella malvada *maji*. No obstante, aun cuando me planteo la posibilidad, ya sé cuál será la respuesta.

—Me quedo. —Me trago la parte de mí que quiere rendirse, la entierro en lo más profundo de mi ser—. Puedo hacerlo. Ayer os lo demostré.

—Que sepas luchar no significa que estés hecha para...

—Tzain, ¡no me digas para qué estoy hecha y para qué no!

Sus palabras me acribillan como un alfiler, me encierran de nuevo entre las paredes de palacio.

«¡Amari, pon la espalda recta!».

«No te comas eso».

«Ya basta de postre, ¿no crees?».

No.

Se acabó. Ya he vivido según esas normas y lo único que conseguí fue perder a mi amiga. Ahora que me he escapado, no regresaré nunca. Esta huida tiene que servir para algo más.

—Soy una princesa, no una muñeca. Trátame como a todos los demás. Mi padre es responsable de este dolor. Yo seré la que le ponga fin.

Tzain da un respingo y levanta las manos en señal de rendición.

—De acuerdo.

Inclino la cabeza.

—¿Y ya está?

—Amari, yo quiero que te quedes. Solo necesitaba saber que era tu elección. Cuando robaste ese pergamino, no podías imaginar que todo acabaría complicándose de esta manera.

—Ah...

Contengo una sonrisa. «Yo quiero que te quedes». Sus palabras hacen que me ardan las orejas. Va en serio, Tzain quiere que me quede con ellos.

—Bueno, gracias —digo en voz baja. Me siento de nuevo—. Yo también quiero quedarme. A pesar de lo fuerte que roncas.

Tzain sonrío y así suaviza todas las arrugas serias de su rostro.

—En fin, no es que tú seas muy silenciosa, princesa. A juzgar por cómo roncas, debería haberte llamado Leonaria desde el principio.

—Ja, ja, ja. —Entrecierro los ojos y cojo las cantimploras. Confío en no haberme ruborizado—. Me acordaré la próxima vez que necesites ayuda para alcanzar un rollo de venda.

Tzain sonrío con ironía mientras salgo de la cabaña, una sonrisa pícaro que me

levanta el ánimo y aligera mis pasos. El fresco aire nocturno me saluda como si fuese un viejo amigo, huele fuerte a licor de ogogoro y a vino de palma, repartidos durante la celebración.

Una mujer encapuchada me para por la calle y esboza una sonrisa ancha.

—¡La Leonaria!

Su exclamación aviva los vítores de quienes la rodean. Me sonrojo, pero esta vez el nombre no me parece tan inadecuado. Sacudo la mano con modestia y me escabullo de la multitud para perderme entre las sombras.

Puede que me haya equivocado.

Quizá sí lleve dentro una leonaria agazapada.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO



INAN

El aire del desierto está muerto.

Me abrasa cada vez que inhalo.

Ahora que carezco de las firmes instrucciones de Kaea, las respiraciones se entremezclan, enturbiadas por la magia que se llevó a la almirante.

No me había dado cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo cuando cabalgaba junto a Kaea. Al viajar solo, los minutos se transforman en horas. Los días se funden con las noches. Las provisiones de comida se agotan en primer lugar. El agua no dura mucho más.

Cojo la cantimplora que llevo colgada de la silla de montar de la pantenaria robada y escurro las últimas gotas. Si es cierto que Orí me observa desde allá arriba, debe de estar riéndose de mí.

Ataque *maji*.

Kaea asesinada.

Persigo el pergamino.

Inan

El mensaje que envié a casa con los soldados no tardará en llegar a destino.

Conociendo a Padre, enviará una partida de guardias en cuanto lo lea, les ordenará que regresen con la cabeza del culpable o no se molesten en regresar. Qué poco sabe que el monstruo que persigue soy yo.

El sentimiento de culpa me desgarras las entrañas igual que la magia que luché por suprimir. Padre nunca comprenderá hasta qué punto me estoy autocastigando.

«Cielos».

Me palpita la cabeza mientras intento inmovilizar la magia. La introduzco en mis huesos, la reprimo hasta colocarla en un lugar tan recóndito que ni siquiera sabía que existía. Lo que trato de combatir ahora es algo más que un simple dolor en el pecho o una respiración entrecortada, es un temblor constante que

sacude mis manos. El odio ardiente de los ojos de Kaea. El veneno de su última palabra.

«Larva».

La oigo una y otra vez. Un infierno del que no puedo escapar. Con ese único insulto, Kaea ha conseguido declararme indigno de ser rey.

Ese improperio echa por tierra todo lo que me he esforzado por conseguir. La obligación que me esfuerzo por cumplir. El destino que la propia Kaea me dictó.

«Maldita sea». Cierro los ojos para olvidar los recuerdos de aquel fatídico día. Fue Kaea la que me encontró después de que hiriera a Amari, escondido en el rincón más oscuro de mi habitación, aferrado a la espada ensangrentada.

Cuando tiré el arma blanca al suelo, Kaea volvió a ponérmela en las manos.

«Eres fuerte, Inan». Sonrió. «No dejes que esa fuerza te asuste. La necesitarás toda tu vida. La necesitarás para ser rey».

—¡Fuerza! —me mofo.

Justo la fuerza es lo que me hace falta ahora mismo. Solo utilicé la magia para proteger a mi reino. Kaea debería haberlo comprendido mejor que nadie.

La arena me azota en la cara mientras paso por la muralla de arcilla de Ibeji. Aparto a la fuerza los pensamientos sobre Kaea. Está muerta. No puedo cambiarlo.

La amenaza de la magia continúa viva.

«Mata a la chica». Ya de madrugada, esperaba que el asentamiento del desierto estuviese durmiendo, pero las calles de Ibeji hierven con los últimos coletazos de alguna celebración. Nobles de baja estofa y aldeanos dan generosos tragos a sus copas, a cual más borracho. De vez en cuando gritan nombres míticos, alaban a «la Leonaria», «el Comandante» o «la Inmortal». Nadie presta atención al soldado desaliñado que se mezcla con ellos, ni se molestan en mirar de reojo siquiera la sangre seca que me motea la piel. Nadie se da cuenta de que soy su príncipe.

Tiro de las riendas de la pantenaria y me detengo delante de un aldeano que parece lo bastante sobrio para recordar cómo se llama. Alargo la mano y saco el cartel arrugado.

Entonces capto el aroma del mar.

Aunque he reprimido mentalmente todos los restos de mi magia, esta sigue actuando. Inconfundible, como una brisa oceánica. Me toca la piel como si fuese la primera gota de agua que pruebo en días. De repente, todas las piezas encajan.

«Está aquí».

Sacudo las riendas y azuzo a la pantenaria para que siga el aroma.

«Mata a la chica. Mata la magia».

Recuperaré mi vida.

El animal derrapa y paramos en un callejón lleno de *ahérés* de arcilla. El olor del mar es sobrecogedor. Está aquí. Escondida. Detrás de una de esas puertas.

Se me hace un nudo en la garganta cuando desmonto de la pantenaria y desenvaino la espada. El filo capta la luz de la luna.

Echo abajo la primera puerta.

—¡Qué haces! —chilla una mujer.

Incluso a pesar del mareo que nubla mis pensamientos, veo que no es ella.

«No es la chica».

No es lo que necesito.

Respiro hondo y sigo buscando, dejo que el aroma salado del mar guíe mis pasos. Es esta puerta. Sí, esta *ahéré*. Es lo único que se interpone en mi camino.

Derrumbo la puerta de arcilla e irrumpo gruñendo y con los dientes apretados. Levanto la espada para atacar...

Allí no hay nadie.

Veo pilas de sábanas dobladas y ropa vieja. Todas manchadas de sangre. Pero la cabaña está vacía, lo único que hay dentro es el pelo que ha dejado una leonaria y el inconfundible olor de la chica.

—¡Eh, tú! —grita un hombre desde la puerta.

No me doy la vuelta para mirarlo.

La chica ha estado aquí. En esta ciudad. En esta cabaña.

Y ahora se ha ido.

—No puedes en...

Una mano me agarra por el hombro.

Al cabo de un instante, mis manos rodean la garganta del hombre.

Suelta un alarido cuando le pongo la punta de la espada sobre el corazón.

—¿Dónde está la chica?

—No sé de quién me hablas... —suplica.

Le rozo el pecho con la hoja afilada. Aparece una fina línea de sangre. Sus lágrimas parecen de plata a la luz de la luna.

«Larva», susurra la chica con la voz de Kaea. «Nunca serás rey. Ni siquiera puedes atraparme».

Aprieto todavía más las manos con las que le oprimo la garganta.

—¡¿Dónde está?!

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS



ZÉLIE

Después de seis días de viajar por el infierno del desierto, los exuberantes bosques del valle del río Gombe son más que bienvenidos. La tierra montañosa respira llena de vida, repleta de árboles tan anchos que un solo tronco llenaría todo el espacio de una *ahéré*. Zigzagueamos entre los gigantes que se erigen como torres, la luz de la luna se cuele por sus hojas mientras viajamos hacia el serpenteante río. Su murmullo es una canción para mis oídos, suave como el rumor de las olas del mar.

—Qué tranquilidad... —dice Amari encantada.

—Sí. Es casi como estar otra vez en casa.

Cierro los ojos y absorbo el sonido arrullador, dejo que me llene con la calma que sentía las mañanas tempranas que dedicábamos a remendar la red de pescar con Baba. En ese lugar tan remoto, en medio del mar, era como si viviésemos en nuestro propio mundo. Era el único momento en el que me sentía segura de verdad. Ni siquiera los guardias podían tocarnos.

Relajo los músculos y dejo que el recuerdo se aposente. No me he sentido tan bien desde hace semanas. Cuando teníamos que localizar los artefactos sagrados y notábamos la espada de Inan en la espalda, daba la sensación de que cada segundo era un instante robado a la muerte o, en el mejor de los casos, prestado. No teníamos lo que era preciso para el ritual y las probabilidades de conseguir los tres elementos mágicos eran mucho menores que las de acabar asesinados. Pero ahora lo tenemos todo: el pergamino, la piedra del sol y la daga de hueso están a salvo, en nuestras manos. Por una vez, me siento más que relajada. Todavía nos quedan seis días para el solsticio centenario, de modo que por fin siento que podemos lograrlo.

—¿Creéis que la gente contará historias sobre esta aventura? —pregunta Amari—. ¿Sobre nosotros?

—Más les vale... —se mofa Tzain—. Con toda la inmundicia que hemos tenido que esquivar para conseguir devolver la magia, confío en que nos dediquen un festival entero.

—¿Dónde podría empezar esa historia? —Amari se muerde el labio inferior—. ¿Cómo la titularían? ¿«Los invocadores de la magia»? ¿«Los artífices del ritual que devolvió la magia con los artefactos sagrados»?

—Eso no suena bien. —Arrugo la nariz y me reclino en el lomo peludo de Nailah—. Semejante título no superaría la prueba del tiempo.

—¿Y si le dieran un título mucho más simple? —propone Tzain—. ¿«La princesa y el pescador», por ejemplo?

—Suena a historia de amor.

Pongo los ojos en blanco. Me parece oír la sonrisa que transmite la voz de Amari. No me cabe duda de que, si me incorporase, pillaría a Tzain sonriendo también.

—Pues sí, suena a historia de amor —me burlo—. Pero no acaba de tener gancho. Si de verdad queréis una historia de amor, ¿por qué no la llamáis «La princesa y el jugador de *agbön*»?

Amari vuelve la cabeza y se le suben los colores a las mejillas.

—Eh, no me refería... Esto..., no quería decir...

Al final, opta por cerrar la boca antes de estropearlo más.

Tzain me fulmina con la mirada, pero en realidad no lo hace con auténtica malicia. Mientras nos acercamos al río Gombe, no sé si pensar que es tierno o es irritante que la menor burla sirva para ponerlos nerviosos.

—¡Por todos los dioses, qué barbaridad!

Me deslizo por la cola de Nailah y aterrizo encima de unas piedras grandes y lisas que delimitan la orilla embarrada del río. Es bastante ancho, y traza un camino de curvas que cruza el corazón del bosque y los troncos de los impresionantes árboles. Me arrodillo en el barro y me llevo el agua a los labios, recordando cómo quemaba la garganta seca en el desierto. El agua helada alivia tanto en este ambiente húmedo que me siento tentada de meter la cara entera en el río.

—Zél, todavía no —dice Tzain—. Ya encontraremos agua más adelante. Todavía nos queda un buen trecho.

—Ya lo sé, pero solo será un sorbo. Y a Nailah le iría bien descansar un poco.

Le froto el cuerno a Nailah y le rozo el cuello con la cara. Sonrío cuando ella también me acaricia con el hocico. Incluso ella aborrecía el desierto. Desde que nos hemos ido, se nota que galopa con fuerzas renovadas.

—Lo hago por Nailah —concede Tzain—. No por ti.

Baja de un salto y se acuclilla junto al río para rellenar con mucho cuidado la

cantimplora. Mis labios dibujan una amplia sonrisa. No puedo dejar pasar esta oportunidad.

—¡Por todos los dioses! —Señalo con el dedo—. ¿Qué es eso?

—¿Qué...?

Lo empujo por detrás. Tzain chilla mientras se cae de bruces en el río, salpicando mucho. Amari suspira al ver emerger a Tzain, empapado, con los dientes castañeteando de frío. Me mira a los ojos y esboza una sonrisa traviesa.

—Date por muerta.

—¡Primero tendrás que pillarme!

Antes de que me dé tiempo a echar a correr, Tzain se lanza sobre mí y me agarra por la pierna. Grito mientras me sumerge en el río. El agua está tan fría que me perfora la piel como las agujas de madera de Mama Agba.

—¡Por los dioses!

Intento coger aire.

—¿Ha valido la pena?

Tzain se echa a reír.

—Es la primera vez que te tomo el pelo desde hace siglos, así que tendré que decir que sí.

Amari baja de Nailah de un salto. Suelta una risita mientras niega con la cabeza.

—Qué ridículos sois los dos.

La sonrisa de Tzain se vuelve todavía más maliciosa.

—Somos un equipo, Amari. ¿No deberías hacer el ridículo también?

—Desde luego que no.

Amari se aparta, pero es imposible que se libre de esta. Tzain sale del agua a la velocidad de una pitón orishana de río. Amari apenas logra cubrir unos cuantos metros antes de que mi hermano la derribe. Sonrío al oírla chillar y reír a la vez, pronunciando todas las excusas que se le ocurren cuando Tzain se la carga a la espalda para llevarla al agua.

—No sé nadar.

—No es tan profundo.

Mi hermano se ríe.

—Soy una princesa.

—¿Y las princesas no se bañan?

—¡Tengo el pergamino!

Se lo saca del cinturón y le recuerda a Tzain su propia estrategia. Para evitar

que todos los elementos estuvieran en el mismo sitio, él lleva la daga de hueso, Amari guarda el pergamino y yo protejo la piedra del sol.

—Buen argumento. —Tzain le arrebató el pergamino de la mano y lo coloca en la silla de montar de Nailah—. Y ahora, Su Majestad, vuestro baño real os espera.

—¡Tzain, no!

El grito de Amari es tan fuerte que los pájaros salen despavoridos de los árboles. Tzain y yo nos echamos a reír cuando cae al agua y empieza a brucear como loca a pesar de que hace pie.

—No hace gracia. —Amari tiembla de frío, pero sonrío sin querer—. Me las pagarás.

Tzain hace una reverencia.

—Como gustéis.

Otra clase de sonrisa aparece en mi rostro, una que me calienta a pesar de encontrarme sentada a orillas de un río helador. Hacía demasiado tiempo que no veía jugar a mi hermano. Amari se empeña a fondo para intentar zambullirlo en el agua, aunque no debe de pesar ni la mitad que él, y eso que está calada hasta los huesos. Tzain deja que lo agarre y chilla fingiendo dolor, parece que vaya a dejarla ganar...

De pronto, el río se desvanece.

Los árboles.

Nailah.

Tzain.

El mundo da vueltas a mi alrededor mientras una fuerza familiar me arrastra.

Cuando el torbellino termina, unos juncos me hacen cosquillas en los pies. El aire fresco me llena los pulmones.

En cuanto caigo en la cuenta de que estoy en la ensoñación del príncipe, algo me empuja de nuevo al mundo real.

Jadeo y me agarro el pecho a la vez que noto que el frío del río vuelve a lamerme los pies. El fogonazo onírico solo ha durado un momento, pero ha sido muy potente, más intenso que nunca. Siento un escalofrío en el centro de mi ser al percatarme de la realidad. Inan no solo está en mis sueños.

Está cerca.

—Tenemos que irnos.

Tzain y Amari se ríen con tantas ganas que ni siquiera me oyen. Él ha vuelto a levantarla en volandas y amenaza con tirarla al río de nuevo.

—Parad. —Les tiro agua—. ¡Tenemos que irnos ahora mismo! ¡Aquí no

estamos a salvo!

—Pero ¿qué dices? —dice entre risitas Amari.

—Es Inan —suelto sin preámbulo—. Está cer...

Se me quiebra la voz en la garganta. Un sonido distante se acerca a la carrera.

Los tres volvemos la cabeza hacia la dirección de la que procede el ruido, un golpeteo constante.

Al principio no logro descifrarlo, pero cuando se aproxima reconozco el repicar rítmico de las patas. Cuando rodean la última curva del río, veo por fin lo que más temía: Inan viene hacia nosotros a toda velocidad.

Rabioso a lomos de su pantenaria.

El shock frena mis pasos mientras salimos alarmados del río. El agua que hace un momento nos daba felicidad ahora nos entorpece el paso, la corriente es tan fuerte que a Amari y Tzain les cuesta salir. «Qué tontos somos». ¿Cómo hemos podido ser tan ilusos? El único segundo en el que nos permitimos relajarnos es el segundo en el que Inan logra atraparnos.

Pero ¿cómo ha sorteado Inan el puente roto de Chândomblé? ¿Cómo ha sabido adónde ir? Aunque hubiese encontrado el modo de seguirnos la pista hasta Ibeji, nos marchamos de aquel infierno hace ya seis noches.

Corro hacia Nailah y me monto la primera, agarro las riendas con fuerza. Tzain y Amari se apresuran a montarse detrás de mí. Sin embargo, antes de que pueda sacudir el cuero de las riendas, me doy la vuelta... «¿Qué es lo que no me cuadra?».

¿Dónde están los guardias que viajaban con él antes? ¿Y la almirante que mató a Lekan? Después de sobrevivir al ataque de un *sêntaro*, dudo mucho que Inan se atreviera a atacar sin tener las espaldas cubiertas.

Pero, a pesar de toda la lógica de la razón, no aparece ni un solo guardia más. El principito es vulnerable. Está solo.

Y puedo combatir contra él.

—¿Qué haces? —grita Tzain cuando suelto las riendas de Nailah y la hago parar en seco antes de que hayamos emprendido la marcha siquiera.

—Yo me encargo.

—¡Zélie, no!

Pero no me doy la vuelta.

Tiro la mochila al suelo y bajo de un salto del lomo de Nailah. Aterrizo de cuclillas. Inan hace parar a su montura y también desciende, blandiendo la espada y ávido de sangre. Con un gruñido, la pantenaria huye, pero Inan no parece darse cuenta. Unas manchas encarnadas le salpican el uniforme, la

desesperación arde en sus ojos color ámbar. Pero al mismo tiempo, parece demacrado. La fatiga emana de su piel como el calor. Una expresión demente le nubla la vista.

El intento de suprimir sus poderes lo ha debilitado.

—¡Espera! —exclama Amari con voz temblorosa.

Aunque Tzain intenta retenerla, la princesa baja de la silla de montar de Nailah. Sus delicados pies tocan el suelo sin hacer ruido, pasan por delante de mí con pasos titubeantes.

El rostro de Amari pierde el color y veo el miedo que la ha atenazado toda su vida. La chica que me agarró hace varias semanas en el mercado. La princesa con la cicatriz que le recorre la espalda.

No obstante, mientras se mueve, su semblante adopta una expresión distinta, una seguridad similar a la del barco. Eso le permite acercarse a su hermano, la preocupación eclipsa el terror de sus ojos.

—¿Qué ha pasado?

Inan redirige la espada, deja de apuntarme al pecho para amenazar a Amari. Tzain baja de un salto dispuesto a pelear, pero lo agarro por el brazo.

—Deja que lo intente ella.

—Sal de en medio.

Inan habla con voz firme, pero le tiembla la mano.

Amari se detiene un segundo, iluminada por la luz de la luna que se refleja en la hoja del arma de Inan.

—Padre no está aquí —dice la princesa al fin—. No me harás daño.

—No lo sabes.

—Puede que tú no. —Amari traga saliva—. Pero yo sí lo sé.

Inan permanece callado un buen rato. Quieto. Demasiado quieto. Las nubes cambian y brilla la luna, que ilumina el espacio que los separa. Amari da un paso adelante. Luego otro, esta vez más largo. Cuando coloca una mano en la mejilla de Inan, las lágrimas llenan los ojos del príncipe.

—No lo entiendes —dice con voz rota, todavía aferrado a la espada—. La destruyó. Nos destruirá a todos.

«¿La?». Tanto si sabe de qué le habla Inan como si no, a Amari no parece importarle. Guía la espada de su hermano hacia el suelo, como si calmase a un animal salvaje.

Por primera vez, me doy cuenta de lo diferentes que son su hermano y ella, el contraste entre la cara redonda de Amari y la angulosa mandíbula cuadrada de

Inan. Aunque comparten la misma mirada ambarina y la piel color cobre, da la impresión de que allí terminan sus similitudes.

—Esas son las palabras de Padre, Inan. Sus decisiones. No las tuyas. Nosotros somos quienes gobernamos nuestras vidas. Somos quienes tomamos las decisiones.

—Pero Padre tiene razón. —A Inan se le quiebra la voz—. Si no paramos la magia, Orisha se derrumbará.

Sus ojos vuelven a mí, así que agarro el palo con más fuerza. «Atrévete y verás», quiero gritarle. Ya me he cansado de huir.

Amari redirige la atención de Inan, sus delicadas manos lo cogen por la nuca.

—Hermano mío, Padre no es el futuro de Orisha. El futuro somos nosotros. Y estamos de parte del bando correcto en esta batalla. Tú también puedes hacerlo.

Inan mira con fijeza a Amari y, por un momento, no sé quién es. ¿El capitán despiadado, el principito, el *maji* asustado y abatido? Hay un anhelo en su mirada, un deseo de abandonar la lucha. Pero cuando levanta la barbilla, el asesino que conozco se impone.

—Amari... —la llamo.

Inan la aparta y avanza a toda velocidad, con la espada levantada a la altura de mi pecho. Salto delante de Tzain y blando el palo de combate. Amari lo ha intentado.

Ahora me toca a mí.

Se oye un tintineo metálico cuando la espada de Inan choca contra el metal de mi palo. Espero la oportunidad de contraatacar, pero ahora que se ha despertado el auténtico Inan, no se rendirá fácilmente. Aunque está fatigado, sus golpes son feroces, alimentados por el odio que siente hacia mí, odio por lo que sé. No obstante, mientras me defiende de cada uno de sus ataques, mi propia rabia se acrecienta. El monstruo que quemó la aldea, el hombre responsable de la muerte de Lekan. La raíz de todos nuestros problemas.

Y puedo borrarlo del mapa.

—Veo que has seguido mi consejo —le chillo, y esquivo un golpe de espada con una voltereta—. Casi no se te ve el mechón blanco. ¿Cuántas capas de tinte te has puesto ahora, eh, principito?

Apunto con el palo hacia su cráneo y golpeo con intención de matar, no de herir. Estoy cansada de pelear.

Estoy cansada de que se entrometa.

Agacha la cabeza para evitar el golpe del palo y se apresura a apuntarme a la

garganta con la espada. Giro para esquivar la estocada y ataco. Una vez más, nuestras armas chocan con un agudo tintineo metálico.

—No vas a ganar —siseo, pese a que me tiemblan los brazos de tanto hacer fuerza—. Aunque me mates, seguirás siendo quien eres.

—Me da igual. —Inan retrocede de un brinco y se libera para preparar el siguiente golpe—. Si tú mueres, la magia morirá también.

Avanza y levanta la espada soltando un alarido.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE



AMARI

A pesar de todos los años dedicados a combatir con mi hermano, verlo luchar ahora es como ver a un enemigo desconocido. Aunque se mueve más despacio que de costumbre, los golpes de Inan son despiadados, movidos por una rabia ardiente que no logro comprender. Zélie y él intercambian ataques, y la batalla transcurre entre los constantes choques metálicos de la espada y el palo. Cuando la dinámica del propio combate los aleja de nosotros y se adentran en el bosque, Tzain y yo corremos tras ellos.

—¿Estás bien? —me pregunta Tzain.

Me encantaría decir que sí, pero al ver a Inan, se me rompe el corazón. Después de todo este tiempo, estaba tan cerca de enmendar las cosas y hacer lo correcto...

—Se van a matar el uno al otro —susurro, y me encojo de dolor con cada uno de sus ataques cargados de odio.

—No. —Tzain sacude la cabeza—. Zél lo va a matar a él.

Me detengo y analizo los movimientos de Zélie, poderosa y precisa, la luchadora que siempre ha sido. Pero no solo intenta paliar los golpes del príncipe: combate para acabar con él.

—¡Tenemos que impedirlo!

Corro sin escuchar las súplicas de Tzain, que me insiste en que no me meta en medio. La pelea hace caer a nuestros hermanos rodando colina abajo, hasta que terminan en lo más profundo del valle arbolado. Voy como un rayo a buscarlos, pero cuanto más me acerco, menos sé qué hacer si logro llegar a ellos. ¿Debería sacar el sable o permanecer desarmada y meterme en medio del peligro? Se atacan el uno al otro con tal sed de venganza que no sé si alguno de esos dos planes lograría detenerlos. Ni siquiera sé si llegarían a dudar al verme.

Sin embargo, mientras corro, otra incógnita me distrae; la presión de unos ojos escondidos. Sabría reconocer esa sensación de acecho en cualquier lugar, me acostumbré a hacerlo tras una vida de sufrirla dentro de las paredes de palacio.

Cuando la sensación crece, freno hasta pararme, casi dando un traspié, con el

fin de averiguar de dónde procede. «¿Habrá congregado Inan a otros soldados?». Luchar solo no es típico de él. Si el ejército se acerca, podríamos estar en una posición más vulnerable de lo que pensaba.

Pero el sello de Orïsha no aparece por ninguna parte. En lugar de eso, unas hojas se sacuden por encima de nosotros. Antes de que pueda extender el sable retráctil, una especie de latigazo corta el aire...

Nailah se derrumba en el suelo soltando un alarido, tiene unas contundentes boleadoras enredadas en las patas y el hocico. Me doy la vuelta justo cuando una red cae sobre su impresionante figura y la captura con la facilidad de un cazador furtivo experimentado. Sus rugidos enjaulados acaban reducidos a unos gemidos asustados mientras Nailah lucha en vano por liberarse. Y esos gemidos dan paso al silencio. Está indefensa cuando cinco soldados emergen del bosque y se la llevan a rastras.

—¡Nailah!

Tzain entra en acción de un salto y empuña el cuchillo de despellejar. Se da impulso hacia delante a una velocidad de escándalo, con el filo listo para cortar...

—¡Aaaah!

Tzain cae al suelo a plomo con las muñecas y los tobillos apresados por unas boleadoras. El cuchillo de caza acaba en el suelo del bosque cuando le lanzan una red y lo atrapan como a un gato salvaje.

—¡No!

Corro tras él y extendiendo la hoja de mi sable. El corazón me martillea en el pecho. Agacho la cabeza y esquivo una boleadora con facilidad, pero cuando reaparecen las cinco siluetas que han apresado Nailah, no sé por dónde escapar. Se entremezclan con las sombras, enmascarados y vestidos de negro. En algún instante azaroso, consigo verles los ojos de un negro azabache. «No son soldados».

Pero si no forman parte de la guardia de Inan, ¿quiénes son estos guerreros? ¿Por qué nos atacan? ¿Qué buscan?

Ataco con el sable a la primera figura que se aproxima y agacho la cabeza para evitar el golpe de otra. Cada amago me hace perder tiempo, un tiempo que ni Tzain y Nailah tienen.

—¡Tzain! —lo llamo mientras otras figuras enmascaradas emergen de la oscuridad y se lo llevan a rastras.

Lucha por liberarse de la red con todas sus fuerzas, pero un golpe certero en la cabeza anula su resistencia.

—¡Tzain!

Blando el sable hacia un asaltante que arremete contra mí, pero golpeo un instante demasiado tarde. El hombre enmascarado agarra mi sable y me desarma. Otro me tapa la cara con una tela empapada.

El olor ácido me quema y siento un escozor tremendo. Suelto un último grito y, a continuación, solo veo oscuridad.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO



ZÉLIE

Los gritos de Amari reverberan entre los árboles.

Inan y yo nos quedamos congelados en mitad de un ataque. Volvemos la cabeza a la vez y vemos a Amari forcejeando con un hombre enmascarado a varios metros de distancia.

Aunque se resiste, le tapan la boca con un guante negro. Abre mucho los ojos antes de ponerlos en blanco, desmayada.

—¡Amari!

Inan sale corriendo tras ella y, sin pensarlo, lo sigo. Pero el bosque está vacío. No encuentro a Nailah. No veo a Tzain.

—¿Tzain?

Me apoyo en un árbol y escudriño las formas de los demás árboles que llenan el valle. Una nube de polvo se levanta a lo lejos, junto a un cuerpo, pesado y fuerte, atrapado en una red. Una mano cuelga inerte contra las cuerdas. «No...».

—¡Tzain!

Corro como el rayo.

Más rápido de lo que me creía capaz de correr.

Es como si volviese a tener seis años y corriese detrás de la cadena para agarrarme a Mama con uñas y dientes.

Aparto los recuerdos mientras corro sin dejar de gritar el nombre de Tzain en la oscuridad de la noche. No puede sucedernos esto. Ni a mí, ni a Tzain.

Otra vez no.

—¡Tzain!

Los gritos me desgarran la garganta, los pies me fallan al impactar contra la tierra polvorienta. Adelanto a Inan, que va en busca de Amari. Podré salvar a Tzain...

—¡No!

Unas cuerdas tensas me apresan los tobillos y me tiran al suelo. Se me sale todo el aire de los pulmones cuando una red me inmoviliza el cuerpo.

—¡Aaaah! —vuelvo a gritar.

Forcejeo y me retuerzo mientras me arrastran por el bosque. Se han llevado a Tzain. Se han llevado a Amari.

Y ahora me han atrapado a mí.

Las piedras y las ramas sueltan me arañan la piel y, en uno de los golpes, se me cae el palo de la mano. Intento desenterrar la daga de Tzain, pero también se me escapa de las manos. El polvo se me mete en los ojos, que me escuecen, aunque intento parpadear mucho para sacarme las motas. Es inútil. He perdido...

La cuerda que sujeta mi red chasquea.

Mi cuerpo rueda y al momento se detiene, mientras las dos figuras enmascaradas que me arrastraban caen propulsadas hacia delante. En un abrir y cerrar de ojos, Inan se abalanza sobre ellos y los ataca cuando todavía siguen en el suelo.

Uno de los hombres enmascarados corre, supongo que para ocultarse bajo las raíces del enorme árbol. El otro se mueve demasiado despacio; Inan coloca la empuñadura de la espada contra la sien del hombre, que flexiona las rodillas, rendido.

Cuando el hombre se hace un ovillo en el suelo, Inan se dirige a mí. Coge bien la espada.

Echa fuego por los ojos.

Me tiemblan los dedos cuando rompo las cuerdas con las manos desnudas. Tengo que librarme de esta trampa como sea. Mientras Inan se acerca, el sello de Orisha capta la luz de la luna y con su resplandor llega todo el dolor infligido bajo la vigilancia de su leopardaria. Las botas de los guardias. La sangre en la tierra. La cadena negra alrededor del cuello de Mama.

La paliza que le dieron a Tzain.

El empujón con el que me tiraron al suelo.

Cada nuevo recuerdo comprime todo mi interior, me aplasta las costillas. Contengo el aliento al notar que Inan se agacha y me inmoviliza los brazos con las rodillas.

«Así es como acaba todo...».

La hoja de la espada de Inan resplandece sobre mi cabeza.

«...Exactamente igual que empezó».

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE



INAN

«Qué cerca estoy».

Ese único pensamiento me consume mientras avanzo hacia la chica. Atrapada en la red, está indefensa. No tiene el palo. Ni la magia.

Si la mato, habré cumplido con mi obligación. Protegeré a Orisha de su locura. Todos los pecados cometidos en esta cacería serán perdonados. El único ser vivo que conoce mi maldición se esfumará con ellos.

—¡Ja!

Le inmovilizo los brazos con las rodillas y aprieto todavía más fuerte cuando ella se resiste. Levanto la espada y le aplasto el esternón con una mano, en un ángulo que conseguirá que la hoja le atraviese el corazón.

Sin embargo, en el instante en que mi mano le toca el pecho, la magia ruge dentro de mi piel. Una fuerza que no hay forma de detener. Más fuerte que cualquier manifestación de la magia que haya sentido hasta ahora.

—¡Aaaah!

Jadeo. El mundo desaparece en una ardiente nube azul. Aunque lucho, no puedo escapar.

Mi maldición me somete.

«Cielos rojos».

«Gritos estridentes».

«Sangre a borbotones».

En un segundo, el mundo entero de la chica pasa volando ante mis ojos. Noto dentro de mi propio pecho el intenso dolor de su corazón.

Más desgarrador que cualquier dolor que pudiese haberme imaginado.

Una piedra fría me golpea en el pie descalzo cuando la chica escala por las montañas nevadas de Ibadan. El olor cálido del arroz *jollof* me envuelve. Me da un vuelco el corazón cuando los guardias tiran abajo de una patada la puerta de madera de su casa. Los guardias de Orisha.

Mis guardias.

Verlo es suficiente para asfixiarme. Como si un gorileón me apretujara la

garganta.

Mil ejemplos pasan como destellos ante mí, mil crímenes cometidos bajo el sello de Orïsha.

El leopardario de nieve brilla cuando el puño con guante de hierro del guardia choca contra la mandíbula de su padre.

Reluce cuando la cadena cubierta de sangre asfixia a su madre.

Lo veo todo. El mundo que creó Padre.

El dolor que la chica se ha visto obligada a soportar.

—¡Mama!

Zélie grita. Un aullido tan desgarrador que no parece humano.

Tzain le tapa la cara y le lleva al rincón de la cabaña, un intento desesperado de evitarle ver el dolor del mundo.

Todo ocurre muy rápido. Es un borrón, y a la vez, el tiempo se vuelve eterno.

Se extiende mientras la chica corre tras su madre.

Se congela cuando llega por fin al árbol...

«Cielos».

El horror se me clava en la mente. La *maji* está inmovilizada por cadenas de *majacita*. Ornamentos de muerte.

Ahorcada a la vista de todo el mundo.

Su herida reverbera por todo mi ser y llega el centro de mi cuerpo. Una sentencia para todos los *divîners* que sobrevivieron a aquella noche.

En la Orïsha de Padre, ese era el único final reservado a los *maji*.

Saco fuerzas de flaqueza para reprimir a toda costa los recuerdos de Zélie. Su dolor me arrastra igual que una corriente de agua vengativa.

Me sacudo y regreso de golpe a la realidad.

Mi espada aún pende sobre su pecho.

«Malditos sean los cielos».

Me tiembla la mano. Todavía estoy a tiempo de ejecutarla. Sin embargo, soy incapaz de moverme.

No puedo, cuando lo único que veo es a la chica asustada y devastada.

Es como si la viera de verdad por primera vez: el ser humano que hay detrás de la *maji*. El miedo contenido en el dolor. La tragedia ocasionada en nombre de Padre.

«Padre...».

La verdad se impone, un licor amargo que me arde al bajar por la garganta.

Los recuerdos de Zélie no se asemejan a los actos de los villanos contra los

que siempre me advirtió Padre. Solo hablan de las familias que destruyó con su ira.

«La obligación antes que uno mismo». Su credo resuena una vez más en mis oídos.

Mi padre.

Su rey.

El heraldo de todo este sufrimiento.

Grito y golpeo con la espada. Zélie se encoge ante mi velocidad.

Las cuerdas que la atrapaban caen al suelo polvoriento.

Zélie abre los ojos como platos y retrocede, preparada para mi ataque. Pero no llega.

No puedo ser otra de las personas que enarbolan el sello de Orisha y le causan dolor.

Zélie se queda boquiabierta. Las preguntas y la confusión se adivinan en la curva de su boca. Pero entonces, vuelve la cara hacia la figura enmascarada que hay tirada en el suelo. Abre de nuevo los ojos al caer en la cuenta.

—¡Tzain!

Se pone en pie tan rápido que casi se tropieza al levantarse. El nombre de su hermano se hace eco en la oscuridad.

Al constatar que no obtiene respuesta, se derrumba. A mi pesar, me hundo con ella.

Por fin sé la verdad.

Sin embargo, no sé qué esperan los cielos que haga yo ahora.

CAPÍTULO CUARENTA



ZÉLIE

Ignoro cuánto tiempo permanezco tumbada en la tierra polvorienta.

Diez minutos.

Diez días.

Un frío inigualable me cala hasta los huesos.

El escalofrío de sentirme sola.

No lo entiendo. ¿Quiénes eran esas figuras enmascaradas? ¿Qué buscaban? Se movían tan deprisa que habría sido imposible esquivarlas.

«A menos que hubiésemos seguido corriendo...».

La verdad me deja un regusto amargo en la lengua. Ni siquiera el enmascarado más rápido habría podido igualar la velocidad de Nailah. Si nos hubiésemos limitado a continuar galopando a lomos de Nailah, aquellos hombres no nos habrían tendido una emboscada. Amari y mi hermano estarían a salvo. Pero no hice caso de la advertencia de Tzain y él pago el precio de mi error.

Tzain siempre acaba pagando por mí.

Cuando corrí detrás de los guardias que apresaron a Mama, él soportó la paliza para poder protegerme. Cuando salvé a Amari en Lagos, él renunció a su hogar, su equipo, su pasado. Y cuando decido luchar contra Inan, no es a mí a quien atrapan. Es a él. Siempre es Tzain quien paga por mis errores.

«Levántate», replica una voz dentro de mi cabeza, más severa que nunca. «Ve a buscar a Tzain y Amari. Libéralos ya».

No sé quiénes son los hombres enmascarados, pero sean quienes sean, han cometido un error fatal. Un error que me aseguraré que sea el último.

Aunque noto el cuerpo pesado como el plomo, me arrastro hasta ponerme en pie y me acerco hacia donde yacen Inan y la figura enmascarada.

Inan está recostado contra un tronco, con la cara descompuesta; todavía se agarra el pecho. Cuando me ve, lleva la mano a la empuñadura de la espada, pero sigue sin atacarme.

El fuego que lo animaba a luchar contra mí se ha extinguido; en sus cenizas,

se han formado unos círculos oscuros bajo sus ojos. Parece más pequeño que antes. Los huesos se le marcan en la piel pálida.

«Lucha contra la magia...». Me percató cuando noto que el aire se enfría a mi alrededor. Intenta reprimir su magia.

Se está debilitando otra vez.

«Pero ¿por qué?». Lo miro a la cara, cada vez más confundida. ¿Por qué me liberó de la red que me retenía? ¿Por qué no vuelve a amenazarme con la espada?

«El porqué no importa», tintinea la voz severa dentro de mi mente. Sea por el motivo que sea, el caso es que continuó viva.

Si pierdo más tiempo, mi hermano podría morir.

Le doy la espalda a Inan y piso el pecho del chico enmascarado. Una parte de mí se muere de ganas de quitarle la máscara, pero todo será más fácil si no le veo la cara. Cuando me arrastraba por el bosque parecía un gigante. Ahora, su cuerpo flácido parece frágil. Extremadamente débil.

—¿Adónde los habéis llevado? —le pregunto.

El chico se remueve, pero no contesta. «Mala elección».

La peor elección.

Alargo el brazo para recoger el palo caído y, de un golpe seco, le rompo los huesos de la mano. Inan levanta la cabeza cuando el chico suelta un violento alarido que se hace eco en la noche.

—¡Contéstame! —chillo—. ¿Adónde los habéis llevado?

—No lo... ¡ah!

Sus gritos suben de volumen, pero no es suficiente. Quiero oírlo suplicar. Quiero verlo sangrar.

Suelto el palo y saco la daga del cinturón. «La daga de Tzain...».

El recuerdo del momento en el que me la puso en las manos antes de que entrase en Lagos se abre paso entre mi dolor.

«Por si acaso», dijo aquel día.

Por si acaso lo ponía en peligro.

—¡Dímelo! —Me arden los ojos—. ¿Dónde está la chica? ¿Dónde está mi hermano? ¿Dónde está vuestro campamento?

El primer ataque es voluntario, un corte en el brazo para conseguir que hable. Pero cuando la sangre empieza a fluir, algo surge en mí, un ansia animal que no puedo contener.

El segundo ataque es rápido, el tercero ocurre tan deprisa que no me doy ni

cuenta. La parte más oscura de mi rabia se libera mientras lo acuchillo una y otra vez, expulsando todo mi dolor.

—¿Dónde están?

Le clavo la daga en la mano mientras se me nublan los laterales de la visión. Mama se desvanece en la oscuridad. El cuerpo atrapado de Tzain la sigue.

—¡Respóndeme! —grito y le clavo la hoja puntiaguda una vez más—. ¿Adónde los han llevado? ¿Dónde está mi hermano?!

—¡Eh!

Una voz grita desde arriba, pero apenas la oigo. Se llevaron la magia. Se llevaron a Mama. No dejaré que se lleven también a Tzain.

—Te voy a matar. —Desplazo la daga para apuntar el corazón del chico y la echo hacia atrás—. Te voy a ma...

—¡Zélie, no!

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO



INAN

Alargo los brazos y la agarro por las muñecas justo a tiempo.

Se pone rígida cuando tiro de ella para incorporarla.

En cuanto nuestra piel se toca, mi magia despierta y amenaza con engolfarme en los recuerdos de Zélie una vez más. Aprieto los dientes y obligo a la bestia a doblegarse. Solo los cielos saben lo que podría pasar si vuelvo a perderme dentro de su mente.

—Suéltame —masculla.

Su voz. Todavía transmite toda la rabia y la ferocidad de hace un momento. Ignora por completo que he visto sus recuerdos.

Ahora la veo tal como es.

Incapaz de detenerme, me empapo de Zélie, absorbo cada curva, cada línea. La marca de nacimiento con forma de media luna en el cuello. Las chispas blancas que nadan en las piscinas plateadas de sus ojos.

—¡Suéltame! —repite Zélie, con más violencia que antes. Me da un rodillazo en la entrepierna; me aparto justo a tiempo.

—Espera.

Trato de razonar con ella, pero ahora que no puede atacar al hombre enmascarado, su rabia ha encontrado un nuevo objetivo. Tensa los dedos alrededor de la tosca daga. Vuelve a prepararse para atacar.

—Eh...

«Zél». La palabra aparece en mi mente. Una voz áspera. La voz de su hermano.

Tzain la llama Zél.

—¡Zél, para!

Suena extraña en mis labios, pero Zélie se detiene, aturdida al oír su apodo. Junta las cejas en muestra de dolor. Igual que las juntó cuando los guardias se llevaron a rastras a su madre.

—Cálmate. —Aflojo la presión con la que la agarro. Una leve muestra de

confianza—. Tienes que parar de una vez. Si sigues así, matarás al único que puede darnos pistas.

Me mira a la cara. Las lágrimas acumuladas en sus pestañas oscuras le caen por las mejillas. Otra oleada de recuerdos dolorosos sale a la superficie. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para reprimirlos.

—¿«Darnos»? —pregunta Zélie—. ¿Desde cuándo vamos juntos?

El verbo suena todavía más raro al salir de su boca. Se supone que no tenemos que compartir nada. Se supone que no formamos ningún equipo, no hay ningún «nosotros».

«Mata a la chica. Mata la magia».

Antes me parecía mucho más sencillo. Es lo que habría querido Padre.

Es lo que él ya intentó.

Sin embargo, la *maji* colgada del árbol todavía sigue grabada como una cicatriz en mi mente.

Uno de los interminables crímenes de Orïsha.

Al mirar a Zélie, obtengo por fin la respuesta a la pregunta que tanto temía formular. No puedo ser como Padre.

No seré esa clase de rey.

Le suelto las muñecas, pero en mi interior suelto muchas más cosas. Las tácticas de Padre. Su Orïsha. Todo lo que ahora sé que no quiero ser.

Mi obligación siempre ha sido hacia mi reino, pero me debo a una Orïsha mejor. Una nueva Orïsha.

Un país en el que un príncipe y un *maji* pudieran coexistir. Un país en el que incluso Zélie y yo pudiésemos formar un «nosotros».

Si de verdad voy a cumplir con mi obligación hacia mi reino, esa es la Orïsha que debo gobernar.

—Sí, darnos pistas —repito procurando que mi voz transmita confianza—. Estamos juntos en esto. Nos necesitamos el uno al otro. También se han llevado a Amari.

Busca mis ojos con la mirada. Llena de esperanza. Pero, al mismo tiempo, lucha contra esa esperanza.

—Hace diez minutos amenazaste a Amari con esta misma espada. Lo único que quieres es el pergamino.

—¿Ves el pergamino por alguna parte?

Zélie mira alrededor, hacia el lugar en el que tiró la mochila antes de que empezáramos a pelear, pero cuando ve el espacio vacío, se le oscurece el

semblante. Se han llevado a su hermano. A su montura, a su aliada. Y el pergamino que los dos necesitamos tampoco está.

—Tanto si quiero recuperar a mi hermana como el pergamino, esos hombres tienen las dos cosas. De momento, nuestros intereses coinciden.

—No te necesito. —Zélie entrecierra los ojos—. Los encontraré yo sola.

Sin embargo, el miedo sale por los poros de su piel igual que el sudor.

El miedo a estar sola.

—Sin mí, estarías atrapada en una red. Tu único posible informador estaría muerto. ¿En serio crees que puedes enfrentarte a esos guerreros sin mi ayuda?

Espero que lo reconozca. Se limita a mirarme con fijeza.

—Tomaré ese extraño voto de silencio como un sí.

Mira la daga que aún sujeta en la mano.

—Si me das un solo motivo para matarte...

—Me hace gracia que creas que podrías hacerlo.

Nos encaramos como si continuásemos luchando, con un palo invisible que contiene el ataque de una espada igual de invisible. Pero cuando se da cuenta de que no puede seguir oponiéndose a mí, Zélie regresa junto al chico que se desangra en el suelo polvoriento.

—De acuerdo, principito. ¿Qué hacemos ahora?

Me arde la sangre al oír ese apodo, pero me obligo a dejarlo pasar. La nueva Orisha tiene que empezar en algún momento.

—Levántalo.

—¿Por qué?

—Por todos los cielos, hazlo y punto.

Desafiante, enarca una ceja, pero agarra al pobre desgraciado y lo levanta. El enmascarado mueve un poco los párpados y gime. Un calor incómodo cubre el ambiente cuando me acerco a ellos.

Hago inventario de la situación del hombre enmascarado. «Ambas manos rotas. Tantas heridas que me faltan dedos para contarlas». Parece un pelele en manos de Zélie. Tenemos suerte si no se desangra aquí mismo.

—Escúchame bien. —Lo agarro por la barbilla y lo obligo a mirarme a los ojos—. Si quieres seguir vivo, te recomiendo que empieces a hablar. ¿Dónde está nuestra familia?

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS



AMARI

Lo primero que siento es un dolor punzante, que se extiende por mi cabeza con tal intensidad que me despierto atormentada. El escozor sigue poco después, me aguijonea a causa de los innumerables cortes y arañazos que salpican mi piel.

Parpadeo varias veces hasta que consigo abrir los ojos, pero la oscuridad no desaparece; tengo la cabeza metida dentro de una bolsa de tweed. La tela áspera se me pega a la nariz cuando respiro demasiado hondo, un intento inútil de evitar el ataque de nervios.

«¿Qué sentido tiene todo esto?».

Intento mover los brazos, pero no lo consigo, pues tengo las muñecas atadas a una columna. «Espera, no es una columna». Logro moverme un poco para explorar la superficie rugosa. «Un árbol...».

Eso significa que seguimos en el bosque.

—¿Tzain?

Cuando intento pronunciar su nombre en voz alta, una mordaza me lo impide. Las cortezas de cerdo fritas se me revuelven en el estómago. No sé quién es esta gente, pero desde luego, ha tomado todas las precauciones posibles para protegerse.

Me esfuerzo por oír alguna otra pista: una corriente de agua, el movimiento de otros cautivos. Sin embargo, no percibo ningún otro sonido. Me veo obligada a hurgar en mis recuerdos para obtener más información.

Aunque no veo nada, cierro los ojos y revivo el ataque sorpresa: Tzain y Nailah desaparecieron en sendas redes tejidas, un hedor ácido me dejó sin conocimiento. Tantas figuras enmascaradas, rápidas y silenciosas, que se fundían entre las sombras. Esos extraños guerreros son los culpables.

Nos redujeron a todos.

«Pero ¿por qué?». ¿Qué es lo que quiere esta gente? Si su propósito era robarnos, ya lo han conseguido. Si deseaban nuestra muerte, a estas alturas ya no estaría respirando. Tiene que tratarse de otra cosa, un ataque que forma parte de

un plan más ambicioso. Con tiempo suficiente, podré descifrarlo. Encontraré la manera de escapar...

—Se ha despertado.

Me pongo tensa y me quedo muy quieta al oír una voz femenina. Algo cruje mientras unos pasos se aproximan. Noto un leve olor a salvia cuando se acerca a mí.

—¿Vamos a buscar a Zu?

Esta vez percibo un deje curioso en su voz, un acento que solo había oído en los nobles que procedían del este. Visualizo el mapa de Orisha que tenía Padre. Aparte de Ilorin, la única localidad del este lo bastante grande para que sus nobles fueran a palacio es Warri.

—Zu puede esperar —le responde una voz masculina con el mismo acento del este del país.

El calor que desprende su cuerpo me azota como una ola cuando se acerca a mí.

—¡Kwame, no!

Me arranca la bolsa de la cabeza con tanta brusquedad que el cuello me da un latigazo hacia delante. El palpar de mi cabeza resurge con la intensidad de la luz repentina de una antorcha. Se me nubla la vista al procurar olvidarme del dolor con el propósito de captar todo lo que ocurre a mi lado.

La cara de un *divîner* llena mi campo de visión, unos ojos marrones oscuros entrecerrados en un gesto de sospecha. Una barba tupida destaca su mandíbula bien definida. Conforme se acerca, me fijo en un pequeño aro de plata que lleva en la oreja derecha. A pesar de la expresión amenazante, el joven no puede ser mucho mayor que Tzain.

Detrás de él se alza otra *divîner*; es guapa, tiene la piel oscura y ojos felinos. Unos largos rizos blancos le caen por la espalda y se le enredan en los brazos cuando los cruza. Estamos dentro de una tienda de campaña grande de lona, construida alrededor de los troncos de dos árboles mastodónticos.

—Kwame, las máscaras.

—No las necesitamos —responde. Noto el aliento caliente contra la cara—. Por una vez, es ella la que corre peligro. No nosotros.

Veo otro cuerpo sentado detrás de él, atado a una inmensa raíz del árbol, con la cabeza escondida en otra bolsa de tela. «Tzain». Suspiro al reconocer su figura, pero el alivio no dura mucho. Hay una mancha de sangre en la parte superior de la bolsa de Tzain, densa y oscura. Varios cortes y magulladuras le recorren la piel; habrá costado mucho transportarlo hasta aquí.

—¿Quieres hablar con él? —pregunta Kwame—. Pues dime de dónde sacasteis el pergamino.

Se me huela la sangre cuando sacude el pergamino delante de mi cara. «Cielos. ¿Qué más nos habrán robado?».

—¿Buscas el sable? —Parece que Kwame me ha leído el pensamiento, pues se saca la daga de hueso de la cintura—. No podíamos dejar a tu novio con un arma como esta.

Kwame corta la mordaza que me tapaba la boca, sin vacilar, aunque me roza la mejilla en el proceso.

—Tienes una única oportunidad —me dice apretando los dientes—. No te molestes en mentir.

—Me la llevé del palacio real —me apresuro a confesar—. Tenemos la misión de devolver la magia al mundo. Nos la han encomendado los dioses.

—Voy a buscar a Zu... —interviene la chica que hay detrás.

—Espera, Folake. —Kwame habla con un tono severo—. Sin Jailin, necesitamos respuestas antes de dirigirnos a ella.

Se vuelve hacia mí y entrecierra de nuevo los ojos.

—¿Un *kosidán* y una noble tienen la misión de devolver la magia, pero no hay ningún *maji* con vosotros?

—Sí que...

Me detengo y asimilo toda la información que ha revelado con esa sencilla pregunta. Me devuelve a las comidas en el palacio, las ocasiones en las que debía buscar la verdad escondida tras las sonrisas y las mentiras. Piensa que estamos solos. Eso significa que Zélie e Inan habrán escapado. O que no llegaron a atraparlos. «Es bastante probable que sigan a salvo...».

No acabo de estar segura de si eso debería darme esperanza o no. Juntos, Zélie e Inan podrían encontrarnos. Pero si tenemos en cuenta la violencia con la que luchaban, uno de los dos ya debe de haber muerto.

—¿Se te han acabado las mentiras? —pregunta Kwame—. Bien. Ahora dime la verdad. ¿Cómo nos habéis encontrado? ¿Qué hace una noble como tú con un pergamino como este?

«¿Un pergamino como este?».

Clavo las uñas en la tierra. «Por supuesto». ¿Por qué no me he dado cuenta desde el principio? Kwame no parpadeó siquiera cuando dije que el pergamino servía para devolver la magia al mundo. Y, aunque es un *divîner*, tocarlo por primera vez no ha hecho que su magia reaccionara.

«Porque no es la primera vez que lo toca...».

De hecho, es posible que se trate justo del tesoro que sus compañeros enmascarados y él andaban buscando.

—Mira...

—No —me interrumpe Kwame, y se dirige a Tzain.

Le arranca la bolsa de la cabeza. Tzain está casi inconsciente, la cabeza le cuelga hacia un lado. La ansiedad se apodera de mi pecho cuando Kwame coloca la daga de hueso en la garganta de Tzain.

—Dime la verdad.

—¡Ya lo he hecho! —chillo, e intento liberarme de las ataduras.

—Tenemos que ir a buscar a Zu.

Folake retrocede hasta la entrada de la tienda, como si la distancia física la absolviera de este horror.

—¡Necesitamos saber la verdad! —me chilla a su vez Kwame—. Miente. ¡Y sé que tú también te has dado cuenta!

—No le hagáis daño —suplico.

—Te he dado una oportunidad. —Kwame aprieta los labios—. Esto es culpa tuya. No volveré a perder a mi familia...

—¿Qué pasa aquí?

Desvío la mirada hacia la entrada de la tienda y veo aparecer a una muchacha con los puños apretados. Su *dashiki* verde contrasta con el tono marrón coco de su piel. Lleva el pelo blanco recogido en lo alto de la cabeza, en un peinado ahuecado y voluminoso, como si fuese una nube. Dudo que tenga mucho más de trece años, pero Kwame y Folake muestran respeto en su presencia.

—Zu, quería ir a buscarte —se apresura a decir Folake.

—Pero antes yo quería respuestas —añade Kwame—. Mis vigilantes los vieron junto al río. Tenían el pergamino.

Los ojos marrones oscuro de Zu se abren mucho cuando toma el pergamino que tenía Kwame y estudia la desgastada tinta. El modo en que pasa el pulgar por encima de los símbolos basta para confirmar lo que sospechaba.

—Ya habíais visto antes el pergamino.

La chica me mira a la cara y se fija en los cortes de mi piel, luego contempla la herida de la frente de Tzain. Lucha por mantener la expresión impassible, pero sin querer, hace una mueca con los labios.

—Deberíais haberme despertado.

—No había tiempo —dice Kwame—. Empezaron a moverse. Teníamos que actuar antes de perderlos a todos de vista.

—¿A todos? —pregunta Zu—. ¿Había más gente con ellos?

—Otros dos —responde Folake—. Escaparon. Y Jailin...

—¿Qué le pasa?

Folake intercambia una mirada de culpabilidad con Kwame.

—Todavía no ha regresado. Cabe la posibilidad de que lo hayan hecho prisionero.

La cara de Zu se ensombrece. Aprieta tan fuerte el pergamino que lo arruga.

—¿No fuisteis a buscarlo?

—No había tiempo...

—¡No te atrevas a usar esa excusa! —espeta Zu—. Nunca dejamos a nadie en la estacada. ¡Nuestro trabajo es conseguir que todos estén a salvo!

Kwame baja la barbilla hacia el pecho. Se remueve y cruza los brazos.

—Estaba en juego el pergamino, Zu. Si van a venir más guardias, lo necesitamos. Calibré el riesgo.

—No somos guardias —intervengo—. No formamos parte del ejército.

Zu me mira a la cara antes de caminar hacia Kwame.

—Nos has puesto a todos en peligro. Confío en que te hayas divertido jugando a ser rey.

Aunque sus palabras son duras, cada una de ellas está cargada de tristeza. Con las finas cejas enarcadas, parece todavía más joven de lo que es en realidad.

—Reúne a todos los demás en mi tienda —le indica a Kwame antes de señalar a Tzain—. Folly, límpiale la herida y véndale la cabeza. Lo único que nos faltaría es que pillase una infección.

—Y ¿qué pasa con ella? —Folake mueve la cabeza en dirección a mí—. ¿Qué quieres que hagamos?

—Nada. —Zu me mira a la cara, con una expresión indescifrable—. No iré a ninguna parte.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES



INAN

El silencio nos rodea.

Denso y pesado, flota en el aire.

El único sonido entre Zélie y yo son nuestros pasos mientras ascendemos por la colina más alta del bosque. Se asombra de que, con este suelo tan blando y las pesadas redes, las figuras enmascaradas no dejasen más huellas. Cada vez que tropiezo en el camino, tengo la impresión de que desaparece el rastro.

—Por aquí.

Zélie va la primera, escudriñando los árboles.

Sigo el consejo del chico enmascarado al que interrogamos y busco en los troncos el símbolo de su pueblo pintado: una X con dos medias lunas que divergen. Según dijo, seguir esos discretos símbolos es la única manera de descubrir su campamento.

—Ahí hay otro.

Zélie señala a la izquierda y cambia la dirección en la que avanzamos. Escala con una desenvoltura envidiable, pero yo me esfuerzo por seguirle los pasos. Colgado del hombro llevo al guerrero inconsciente, que me desequilibra y convierte en una lucha cada nueva respiración. Casi se me había olvidado cuánto cuesta respirar cuando quiero reprimir la magia.

Para combatir contra Zélie, me vi obligado a dejarme ir. Necesité hacer acopio de todas mis fuerzas para controlar la situación gracias a la magia. Ahora tengo que recurrir a esas mismas fuerzas para volver a mantener la magia a raya. Da igual cuánto me esfuerzo, el riesgo de sentir el dolor de Zélie sigue latente. Una amenaza constante que va en aumento...

Se me resbala un pie. Gruño y clavo el talón en la tierra para evitar caer pendiente abajo. Basta ese desliz para que mi maldición aflore de nuevo.

Igual que una leopardaria que escapa de su jaula, la magia se libera.

Cierro los ojos cuando la esencia de Zélie entra en torrente dentro de mí con la fuerza de una ola en pleamar. Primero es fría y brusca, luego suave y cálida. El olor del mar me rodea, el claro cielo nocturno se refleja en sus olas negras.

Viajes al mercado flotante con Tzain. Horas pasadas en un barco de coco con Baba.

Hay partes de los recuerdos, partes de ella, que encienden algo en mi interior. Pero la luz solo dura un momento.

Luego me sumerjo en la oscuridad de su dolor.

«Cielos». Lo reprimo todo, alejo de mí todas las partes de la chica, junto con este virus. Cuando por fin desaparece, me siento más ligero, aunque el esfuerzo de suprimirlo me provoca un dolor agudo en el pecho. Hay algo en su esencia que invoca mi maldición, la hace aflorar a la menor ocasión. Su espíritu parece rondarme, choca contra mí con la fuerza del mar turbulento.

—Por tu culpa, vamos muy lentos —grita Zélie mirando hacia atrás, mientras se acerca a la cima de la colina.

—¿Quieres llevarlo tú a cuestas? —le pregunto—. Me encantará ver cómo se desangra encima de ti para variar.

«Quizá si cerrases esa desdichada mente, no invertiría tanta energía en impedir que te colases en mí».

Sin embargo, antes de decirlo me muerdo la lengua; no todas las partes de ella son desdichadas. Entrelazado con los recuerdos de su familia hay un amor visceral, algo que no he sentido nunca. Vuelvo a pensar en los días en los que peleaba contra Amari, las noches que pasaba esquivando la ira de Padre. Si Zélie tuviera mi magia, ¿qué partes de mí podría ver?

La pregunta me atormenta mientras aprieto los dientes para culminar el ascenso. Cuando llego a la cima, suelto el cuerpo de nuestro cautivo y camino hacia el altiplano. El viento me azota la cara y me muero de ganas de quitarme el casco.

Miro a Zélie; ella ya conoce mi secreto. Por primera vez desde que me salí este maldito mechón, no tengo que esconderme.

Me desabrocho el casco y saboreo la sensación de la brisa fresca recorriéndome el cráneo mientras me acerco al escarpado borde de la colina. Cuánto tiempo hacía que no podía quitarme el casco sin miedo.

Debajo de nosotros, las colinas boscosas del valle del río Gombe se extienden bajo las sombras y la luz de luna. Unos árboles mastodónticos pueblan la tierra, pero desde aquí arriba, se destaca un símbolo único. A diferencia de la extensión azarosa de árboles que constituye el bosque, esta arboleda está organizada, forma un círculo gigante. Desde nuestra atalaya se distingue su X, pintada en algunas de las hojas de los árboles.

—Nos ha dicho la verdad. —Zélie parece sorprendida.

—No le dimos mucha opción.

—Aun con todo. —Se encoge de hombros—. Podría habernos mentido sin más.

Entre la disposición circular de árboles, han erigido una muralla protectora, formada a partir de barro, piedras y ramas cruzadas. Aunque rudimentaria, la muralla es alta, se eleva varios metros por encima de los troncos de los árboles.

Dos siluetas armadas con espadas se encuentran delante de la muralla, vigilando lo que debe de ser la puerta de entrada. Igual que el chico al que interrogamos, los guerreros llevan máscaras y van vestidos de negro de la cabeza a los pies.

—Sigo sin comprender quiénes son —murmura Zélie casi para sus adentros.

Me hago eco de su pregunta. Aparte de su ubicación, la única información más que le hemos sonsacado al muchacho ha sido que su gente también iba detrás del pergamino.

—Tal vez si no lo hubieses dejado medio muerto a golpes, habríamos obtenido más respuestas.

Zélie resopla.

—Si no hubiese golpeado a ese chico, jamás habríamos encontrado este lugar. Se pone en marcha y empieza el descenso por la pendiente boscosa.

—¿Adónde crees que vas?

—A buscar a nuestros hermanos.

—Espera. —La sujeto por el brazo—. No podemos irrumpir allí sin más.

—Puedo reducir a dos hombres.

—Hay muchos más hombres escondidos. —Señalo varios puntos alrededor de la puerta. Zélie tarda un momento en ver a través de las sombras. Los soldados camuflados están tan quietos que se ocultan por completo en la oscuridad—. Hay por lo menos treinta solo en este lateral. Y eso sin contar los arqueros agazapados en los árboles.

Señalo un pie que cuelga de una rama, el único signo de vida en las tupidas hojas.

—Si su formación va pareja a la cantidad de pies que hay en el suelo, calculo que podría haber por lo menos otros quince enmascarados allá arriba.

—Entonces, atacaremos al amanecer —decide Zélie—. Cuando no puedan esconderse.

—La luz del sol no va a cambiar la cantidad de guerreros contra los que tendremos que luchar. Lo más sensato es pensar que son tan hábiles combatiendo como los hombres que se llevaron a Amari y Tzain.

Zélie arruga la nariz al oírlo; a mí también me chirría. El nombre de su hermano suena extraño al salir de mi boca.

Se da la vuelta; los rizos blancos refulgen a la luz de la luna. Antes tenía el pelo liso como la hoja de una espada, pero ahora luce unos rizos apretados, que se ondulan todavía más con el viento.

Esos rizos me evocan uno de los recuerdos infantiles de Zélie, cuando era niña y sus rizos eran todavía más pequeños. Su madre chasqueaba la lengua mientras trataba de cepillarle el pelo a la niña para hacerle un moño, hasta el punto de tener que invocar a las oscuras sombras para mantener quieta a Zélie cuando su hija se resistía.

—¿Cuál es la estrategia? —Zélie se cuela en mis pensamientos.

Vuelvo a concentrarme en la muralla y dejo que los hechos de la batalla barran todos los recuerdos de la madre de Zélie y su pelo indomable.

—Gombe está a solo medio día de distancia a lomos de una leopardaria. Si me marchó ahora, puedo volver con varios guardias por la mañana.

—¿Hablas en serio? —Zélie retrocede—. ¿Quieres meter a los guardias en esto?

—Necesitamos fuerza armada si queremos entrar en ese campamento. ¿Qué otra opción nos queda?

—Con los guardias, tú tendrás alguna opción. —Zélie me clava el dedo en el pecho—. Yo no.

—Ese chico es un *divîner*. —Señalo a nuestro prisionero—. ¿Y si hay más detrás de la muralla? Ahora cuentan con el pergamino. No sabemos a qué tendremos que enfrentarnos.

—Por supuesto. El pergamino. Siempre sale el pergamino. Qué tonta he sido de pensar que lo importante podía ser rescatar a mi hermano y a tu hermana...

—Zélie...

—Piensa otro plan, anda —me exige—. Si hay *divîners* detrás de esa muralla y traes al ejército, no recuperaremos a nuestros hermanos. Todos morirán en cuanto lleguen los soldados.

—Eso no es cierto...

—Si metes a los guardias en esto, les contaré tu secreto. —Se cruza de brazos—. Cuando vengan a por nosotros, me aseguraré de que también te matan a ti.

Se me retuercen las entrañas y doy un paso atrás. La espada de Kaea reaparece en mi mente. El miedo con el que agarraba la empuñadura. El odio en sus ojos.

Una extraña tristeza me embarga mientras meto la mano en el bolsillo y

envuelvo con ella el peón de Padre. Me como todas las palabras con las que querría contraatacar. Ojalá Zélie se equivocase.

—Entonces ¿qué propones hacer tú sin la ayuda de los guardias? —la presiono—. No veo ninguna forma de cruzar esa muralla sin una fuerza armada.

Zélie vuelve a mirar el campamento y se abraza el cuerpo. Veo que tiembla, aunque la humedad que nos rodea me hace sudar.

—Yo conseguiré que entremos —dice al fin—. Una vez dentro, cada uno irá por su lado.

A pesar de que no lo dice, sé que está pensando en el pergamino. Una vez que derribemos esa muralla, la lucha por conseguirlo será más encarnizada que nunca.

—¿Qué clase de plan tienes en mente?

—A ti qué te importa.

—Sí que me importa, si quieres que ponga mi vida en tus manos.

Me mira a la cara de inmediato. Con dureza. Con desconfianza. Pero, entonces, apoya las manos en el suelo y empuja. Un murmullo surge en el aire.

— *mí àw n tí ó ti sùn...*

Sus palabras doblagan la tierra a su antojo. Se resquebraja, cruje y se parte. Una figura terrestre se alza bajo su tacto. Le ha dado vida gracias a la magia de sus manos.

—Cielos —maldigo al ver su poder.

¿Cuándo ha aprendido ese truco? Además, no parece importarle que me entere de sus poderes; se vuelve hacia el campamento.

—Se llaman animaciones —me dice—. Cumplen mis órdenes.

—¿Cuántas puedes hacer?

—Por lo menos ocho, tal vez más.

—Con eso no bastará.

Sacudo la cabeza.

—Son poderosas.

—Ahí abajo hay demasiados guerreros. Necesitamos una fuerza más contundente...

—Vale. —Zélie gira sobre sus talones—. Si atacamos mañana por la noche, ya me las ingeniaré para invocar más animaciones durante el día.

Empieza a caminar, pero al poco se detiene.

—Ah, y un consejo, principito. No pongas tu vida en mis manos a menos que quieras que acabe con ella.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO



ZÉLIE

Unas perlas de sudor me empapan el *dashiki* deshilachado y gotean en la piedra de la montaña. Me tiemblan los músculos por el esfuerzo de practicar un centenar de encantamientos, pero Inan no se rinde. Se levanta después de nuestra última escaramuza y se sacude la tierra endurecida del pecho desnudo. Aunque tiene un buen verdugón hinchado y rojo en la mejilla, provocado por mi última animación, Inan se cuadra.

—Otra vez.

—¡Maldita sea! —exclamo jadeando—. Dame un respiro.

—No hay tiempo para descansar. Si no puedes hacerlo, tendremos que pensar otro plan.

—El plan está bien —mascullo entre dientes—. ¿Qué más necesitas para que te lo demuestre? Serán fuertes, no necesitamos tantos...

—Zélie, ahí abajo hay más de cincuenta guerreros. Hombres armados, listos para la batalla. Si crees que ocho animaciones bastarán...

—¡Para ti bastan y sobran! —Señalo el hematoma que se le está formando en el ojo, la sangre que le mancha la manga derecha del kaftán—. A duras penas consigues reducir a cada uno de ellos. ¿Qué te hace pensar que ellos podrán manejarse con más?

—¡Pues que son cincuenta! —grita Inan—. Yo no estoy ni a la mitad de mis fuerzas. No puedes utilizarme a mí de medida.

—Entonces, demuéstrame que me equivoco, principito. —Aprieto los puños, ansiosa por hacer brotar más sangre real—. Demuéstrame lo débil que soy, anda. ¡Demuéstrame lo fuerte que eres en realidad!

—Zélie...

—¡Basta! —rujo, y aprieto de nuevo las palmas contra el suelo.

Por primera vez, mis senderos espirituales se abren sin necesidad de pronunciar el encantamiento; mi *ashê* se escurre y las animaciones fluyen solas. Con un murmullo, cobran vida y se levantan de la tierra siguiendo mi orden

silenciosa. Inan abre los ojos como platos cuando diez animaciones salen a la carga cruzando la colina.

Sin embargo, en el breve instante previo al ataque, entrecierra los ojos. Una vena se le abulta en la garganta. Se le tensan los músculos, que destacan en la fuerte constitución de su cuerpo. La magia emerge como una brisa suave, calienta el aire que nos rodea.

Entonces, parte por la mitad a dos animaciones, que se desmoronan en el polvo. Arremete como un rayo contra las demás, defendiéndose y atacando al mismo tiempo. «Maldita sea». Me muerdo el interior del carrillo y mastico. Es más rápido que los guardias normales.

Más letal que el típico príncipe.

— *mí ti àw n tí ó ti sùn...* —vuelvo a cantar, para dar vida a otras tres animaciones a la vez.

Confío en que el alboroto detenga un poco a Inan, pero después de unos segundos frenéticos, solo él queda en pie. El sudor le chorrea por la frente, la tierra seca se le pega a los pies.

Doce animaciones más tarde, sigue en pie.

—¿Satisfecha?

Aunque jadea, parece más vivo de lo que lo he visto jamás. El sudor brilla en las curvas de sus músculos; por una vez, es algo más que piel y huesos. Le suben los colores a la cara cuando clava la espada en una grieta del suelo.

—Si yo he podido tumbar a doce a pleno rendimiento, ¿cuántos crees que podrán ventilarse esos cincuenta guerreros?

Aprieto las palmas contra el precipicio. Fabricaré una animación que no podrá vencer. La tierra ruge, pero mi *ashê* es tan escaso ya que no puede insuflar vida a más soldados fantasma. Si no recurro a la magia de sangre, no podré hacerlo. Por más que me esfuerzo, no surge ninguna animación más.

No sé si Inan ve la desesperación reflejada en mi rostro o si la percibe gracias a su magia. El caso es que se pellizca el puente de la nariz a la par que emite un gruñido grave.

—Zélie...

—No —lo interrumpo.

Dirijo la mirada hacia la mochila. La piedra del sol está escondida debajo del cuero, me tienta en silencio.

Si la utilizase, podría conjurar animaciones más que suficientes para derribar a cincuenta guerreros. Pero Inan no sabe que la tengo. Y si esos hombres enmascarados van detrás del pergamino, seguro que también desean la piedra.

Estoy cada vez más frustrada, aunque sé que tengo razón. Existe una posibilidad de recuperar el pergamino y la daga de hueso, pero si la piedra del sol cae en las manos del *maji* equivocado, se volverá tan poderoso que no podré contraatacar ni recuperarla nunca.

«Pero si utilizase la magia de sangre...».

Me miro la mano; las marcas del mordisco alrededor del pulgar apenas han empezado a cicatrizar. Un sacrificio de sangre sería más que suficiente, pero después de lo que ocurrió en el anfiteatro de Ibeji, no quiero volver a utilizar la magia de sangre jamás.

Inan me observa con ojos expectantes, lo cual corrobora mis reticencias. No puedo emplear ninguna de las dos cosas.

—Es cuestión de tiempo, nada más.

—No tenemos tiempo. —Inan se pasa la mano por el pelo; el mechón blanco parece más ancho que antes—. Todavía te falta mucho para lograrlo. Si no puedes hacerlo, tendremos que convocar a los guardias.

Respira hondo y el calor de su magia empieza a disiparse. El color desaparece de su piel. Su vigor muere cuando reprime la magia.

Es como si le chuparan el aliento vital.

—Quizás el problema no soy yo. —Se me quiebra la voz y cierro los ojos. Lo aborrezco por hacerme sentir débil. Lo aborrezco por debilitarse a sí mismo—. Si utilizases tu magia, no nos harían falta guardias.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—Mi magia no tiene habilidades ofensivas.

—¿Estás seguro? —Lo presiono, pues recuerdo las historias de Mama, los dibujos de los Mediadores que nos enseñó Lekan—. ¿Nunca has paralizado a nadie? ¿Nunca has realizado un ataque mental?

Un fognazo le cruza el rostro, algo que no sé interpretar. Se aferra a la empuñadura de la espada y aparta la mirada. Cuanto más reprime su magia, más se enfría el ambiente.

—Por todos los dioses, Inan. Ten un poco de carisma. Tu magia podría servir para salvar a Amari, ¿por qué no haces todo lo que puedes por conseguirlo? —Me acerco más a él e intento hablar con delicadeza—. Guardaré tu absurdo secreto. Si utilizamos tu magia para atacar...

—¡No!

Retrocedo de un brinco ante la rotundidad de la voz de Inan.

—Mi respuesta es no. —Traga saliva—. No puedo. No pienso hacerlo nunca

más. Sé que recelas de los guardias, pero soy su príncipe. Te prometo que los mantendré bajo control...

Me doy la vuelta y camino hacia el borde de la pendiente de la colina. Cuando Inan grita mi nombre, aprieto los dientes y lucho contra la urgencia de aplastarlo con el palo de combate. Nunca salvaré a mi hermano. Nunca recuperaré la daga ni el pergamino. Sacudo la cabeza y lucho contra el remolino de emociones que quiere explotar dentro de mí.

—Zélie...

—Dime, principito. —Me vuelvo a toda velocidad—. ¿Qué duele más? ¿Lo que sientes cuando utilizas la magia o el dolor de reprimirla?

Inan da un respingo.

—Es imposible que lo entiendas.

—Bah, lo entiendo perfectamente. —Me planto delante de su cara, lo bastante cerca para ver la barba incipiente que le ensombrece las mejillas—. Estarías dispuesto a ver morir a tu hermana y ver que toda Orisha arde en llamas si así pudieras mantener en secreto tu magia.

—¡Solo si mantengo en secreto mi magia podré lograr que Orisha esté a salvo! —El aire se calienta cuando surgen sus poderes—. La magia es la raíz de todos nuestros problemas. ¡Es la raíz del sufrimiento de Orisha!

—¡La raíz del sufrimiento de Orisha es tu padre! —Me tiembla la voz de tanta rabia—. Es un tirano y un cobarde. ¡Y siempre lo será!

—Mi padre es tu rey. —Inan me provoca—. Un rey que trata de proteger a su pueblo. Destruyó la magia para que Orisha estuviese a salvo.

—Ese monstruo destruyó la magia para poder asesinar a miles de personas. ¡Destruyó la magia para que los inocentes no pudieran defenderse!

Inan hace una pausa. El aire continúa calentándose mientras el sentimiento de culpa se cuele en su expresión.

—Hizo lo que consideró correcto. —Habla despacio—. Pero no se equivocó al destruir la magia. Se equivocó con la opresión que siguió a su desaparición.

Me tiro del pelo, la ignorancia de Inan me saca de quicio. ¿Cómo es capaz de defender a su padre? ¿Cómo puede no ver lo que ocurre de verdad?

—Nuestra falta de poder y nuestra opresión van unidas, son lo mismo, Inan. Sin poder, solo somos larvas. Sin poder, ¡la monarquía nos trata como despojos!

—El poder no es la respuesta. Solo servirá para intensificar la lucha. Tal vez no puedas confiar en mi padre, pero si aprendes a confiar en mí, a confiar en mis guardias...

—¡¿Confiar en los guardias?! —grito tanto que, sin duda, todos los guerreros

escondidos en este maldito bosque oyen el estruendo de mi voz—. ¿Los mismos guardias que encadenaron a mi madre? ¿Los guardias que molieron a palos a mi padre y lo dejaron medio muerto? ¿Los guardias que me magrean siempre que tienen oportunidad, a la espera del día en que puedan abusar de mí cuando me pongan los grilletes de una vez?

Inan abre mucho los ojos, pero insiste.

—Los guardias que yo conozco son buenos. Mantienen a salvo a Lagos...

—Por todos los dioses.

Me alejo a zancadas. No puedo seguir escuchándolo. Soy tonta por haber pensado que podríamos colaborar en algo.

—Eh, oye —me grita—. Hablo contigo.

—Ya no pienso hablar más, principito. Está claro que no lo entenderás nunca.

—¿Podría decir lo mismo de ti! —Corre detrás de mí con pasos pesados—. No hace falta la magia para arreglar las cosas.

—Déjame en paz...

—Si pudieras entender de dónde vengo...

—Vete.

—No tengas miedo...

—¡Siempre tengo miedo!

No sé qué me sorprende más: la potencia de mi voz o las propias palabras.

Miedo.

Siempre tengo miedo.

Una verdad que encerré con llave hace muchos años, un hecho que he luchado por superar. Porque cuando se hace patente, me siento paralizada.

No puedo respirar.

No puedo hablar.

De pronto, me ovillo en el suelo y me llevo la palma de la mano a la boca para acallar los sollozos. No importa lo fuerte que sea, los poderes que me proporcione la magia. Siempre me odiarán en este mundo.

Siempre tendré miedo.

—Zélie...

—No. —Respiro entre sollozos—. Basta. Crees que sabes cómo me siento, pero no es verdad. Nunca lo sabrás.

—Entonces, ayúdame. —Inan se arrodilla a mi lado, con cuidado de mantener las distancias—. Por favor. Quiero comprenderte.

—No puedes. Construyeron este mundo para ti, lo construyeron para que te amaran. Nunca te han maldecido en la calle, nunca han echado abajo a patadas la

puerta de tu casa. No arrastraron a tu madre por el cuello ni la ahorcaron a la vista de todo el mundo como escarmiento.

Ahora que he soltado la verdad, no hay nada que pueda hacer para detenerla. Se me hincha el pecho mientras sollozo. Me tiemblan los dedos de tanto terror.

«Miedo».

La verdad me corta como el cuchillo más afilado que haya visto nunca. Haga lo que haga, siempre tendré miedo.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO



INAN

El dolor de Zélie se desperdiga por el aire como las gotas de lluvia.

Se me hunde en la piel.

Se me agita el pecho al verla sollozar. Se me desgarran el corazón con su angustia.

Y al mismo tiempo, siento un terror que no puede compararse con nada que haya experimentado hasta ahora. Me aplasta el alma.

Destruye todos mis deseos de vivir.

«Su mundo no puede ser esto...».

Esta no puede ser la vida que construyó Padre. Sin embargo, cuanto más me atrapa su dolor, más lo asimilo: el miedo siempre está presente.

—Si vinieran tus guardias, todo estaría igual de emponzoñado, seguiría sin haber esperanza. Es imposible vivir bajo su tiranía. Nuestra única salvación es ganar el poder.

En cuanto esas palabras salen de su boca, el llanto de Zélie se calma. Es como si hubiese recordado una verdad aún más profunda. Una manera de escapar del dolor.

—Tu gente, tus guardias... No son más que asesinos, violadores y ladrones. La única diferencia entre los criminales y ellos está en el uniforme que llevan.

Se da impulso para ponerse de pie y se limpia las lágrimas de los ojos con las palmas.

—Engañate cuanto quieras, principito, pero no finjas inocencia conmigo. No dejaré que tu padre se salga con la suya después de lo que ha hecho. No dejaré que tu ignorancia silencie mi sufrimiento.

Dicho esto, desaparece. Sus pasos ligeros se pierden en el silencio.

En ese momento me doy cuenta de lo mucho que me había equivocado.

Da igual que pueda acceder a sus pensamientos.

Nunca comprenderé todo su dolor.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS



AMARI

Había una habitación en el palacio en la que Padre solía desaparecer. Todos los días, siempre a las doce y media.

Se levantaba del trono y recorría el salón principal, con el almirante Ebele a un lado y la comandante Kaea al otro.

Antes del Asalto, yo acostumbraba a seguirlos: la curiosidad guiaba mis piernecillas. Día tras días observaba cómo desaparecían al bajar por esas frías escaleras de mármol, hasta el día en que decidí ver adónde iban en lugar de esperar arriba.

Tenía las piernas tan cortas que me vi obligada a agarrarme de la barandilla de alabastro y bajar muy despacio un escalón tras otro. Me imaginaba una sala llena de pastelitos *moín moín* al vapor y de pasteles de limón, anticipaba los juguetes relucientes que debían de esperarme allí. Sin embargo, cuando me acerqué al pie de las escaleras, no percibí el dulce olor a cítrico y azúcar. No oí risas ni diversión. Ese sótano frío solo contenía gritos.

Solo se oían los alaridos de un chico.

Un crujido brusco surcó el aire: el puño de Kaea contra la cara de un sirviente. Kaea siempre llevaba anillos voluminosos en los dedos; cuando dio el puñetazo al sirviente, esos anillos le cortaron la piel.

Supongo que grité al ver al chico ensangrentado. Supongo que grité porque todos se volvieron para mirarme. No sabía cómo se llamaba aquel sirviente. Solo sabía que era el que me hacía la cama.

Padre me cogió en brazos y me apoyó contra su cadera. Me sacó de allí sin mirarme ni un instante.

«Las cárceles no son sitios aptos para las princesas», me dijo aquel día.

Oí otro golpe cuando el puño de Kaea volvió a impactar contra la mejilla del chico.

Mientras se pone el sol y el largo día da paso a la noche, vuelvo a pensar en las palabras de Padre. No puedo evitar preguntarme qué diría si me viera ahora. Tal vez decidiera atarme con sus propias manos.

Intento pasar por alto el dolor de los hombros y tiro de las cuerdas que me inmovilizan, forcejeo pese a que la sogá me abrasa las muñecas, que tengo en carne viva. Después de arrastrar la cuerda adelante y atrás por encima de un trozo de corteza puntiaguda durante todo el día, las fibras empiezan a deshilacharse, pero tengo que seguir desgastándola si quiero liberarme.

—Cielos —suspiro mientras el sudor se me acumula sobre los labios.

Por décima vez, repaso la tienda de campaña con la mirada en busca de algo más afilado. Sin embargo, lo único que hay aquí, además de Tzain, es polvo.

La única vez que pude atisbar fuera de la tienda fue cuando Folake entró a traernos agua. Detrás de la cortina de la tienda, vi que Kwame echaba fuego por los ojos. Todavía llevaba en la mano la daga de hueso.

Me recorre un escalofrío y cierro los ojos, me obligo a respirar hondo. No logro quitarme de la cabeza la imagen de la daga contra el cuello de Tzain. Si no fuese por el débil silbido de su respiración, no estaría segura de si vive o no. Folake le limpió y le vendó la herida, pero desde entonces apenas se ha movido.

Tengo que sacarlo de aquí antes de que regresen. Tengo que encontrar la manera de salvarlo, tanto a él como la daga y el pergamino. Ya ha transcurrido una noche entera. Solo nos quedan cinco días hasta el solsticio centenario.

La cortina de la tienda ondea y se abre, así que detengo mis movimientos. Zu ha vuelto por fin. Hoy luce un kaftán negro, suave y con abalorios de color verde y amarillo cosidos en la parte inferior. En lugar de la chica combativa que entró anoche, hoy se parece más a la joven muchacha que es.

—¿Quiénes sois? —le pregunto—. ¿Qué es lo que buscáis?

No se molesta en mirarme siquiera. En lugar de eso, se arrodilla junto a Tzain.

—Por favor. —Se me acelera el corazón—. Es inocente. No le hagas daño.

Zu cierra los ojos y coloca las delicadas manos sobre las vendas de la cabeza de Tzain. Contengo la respiración al ver una suave luz anaranjada que irradia de su palma. Aunque al principio es débil, resplandece cada vez con más fulgor, y crea un calor que llena la tienda. La luz de sus manos crece hasta que cubre toda la cabeza de Tzain.

«Magia...».

El mismo asombro maravillado que me embargó cuando la luz escapó de las manos de Binta me llena en estos momentos. Igual que la de Binta, la magia de Zu es hermosa, no se parece en nada a los horrores que Padre me había llevado a creer. Pero ¿cómo lo hace? ¿Cómo ha logrado que su magia sea tan poderosa en tan poco tiempo? Debía de ser un bebé cuando ocurrió el Asalto. ¿Dónde aprendió el encantamiento que susurra ahora?

—¿Qué haces con él?

Zu no responde, tiene los dientes apretados en una mueca. Unas gotas de sudor se le forman en las sienes. La mano le tiembla ligeramente. La luz cubre la piel de Tzain mientras sus cortes visibles se encogen hasta desaparecer por completo. Los hematomas negros y morados se desvanecen del todo y vuelve a convertirse en el chico apuesto que combatió junto a mí.

—Gracias a los cielos.

Mi cuerpo se relaja al ver que Tzain gime, el primer sonido que ha emitido desde que nos apresaron. Aunque continúa inconsciente, se sacude un poco contra la cuerda.

—¿Eres una Sanadora? —le pregunto.

Zu me mira, aunque da la impresión de no verme. Se fija en los arañazos de mi piel, como si buscara más cosas que poder curar. Es como si su necesidad de sanar no estuviera solo en su magia, sino también en su corazón.

—Por favor —lo intento una vez más—. No somos vuestros enemigos.

—Pero ¿teníais nuestro pergamino?

«¿Nuestro?». Me concentro en esa palabra. No puede ser una coincidencia que tanto ella como Kwame y Folake sean todos *maji*. Seguro que hay más fuera de la tienda.

—No estábamos solos. La chica que Kwame no pudo atrapar era una *maji*, una Parca poderosa. Hemos estado en Chândomblé. Un *sêntaro* nos reveló los secretos de ese pergamino...

—Mientes. —Zu se cruza de brazos—. Una *kosidán* como tú no conocería jamás a un *sêntaro*. ¿Quién eres en realidad? ¿Dónde está el resto del ejército?

—Te estoy diciendo la verdad. —Dejo caer los hombros—. Igual que se la dije a Kwame. Si ninguno de los dos me creéis, no puedo hacer nada.

Zu suspira y saca el pergamino del interior del kaftán. Mientras lo desenrolla, su semblante duro se desmorona. Una oleada de tristeza la cubre.

—La última vez que vi esto, estaba escondida debajo de un barco de pesca. Me obligaron a sentarme y mirar cómo los guardias reales descuartizaban a mi hermana.

«Cielos...».

Zu tiene el mismo deje oriental en la voz que los otros. Debía de estar en Warri cuando Kaea recuperó el pergamino. Kaea pensaba que habían matado a todos los nuevos *maji*, pero Zu, Kwame y Folake debieron de encontrar el modo de sobrevivir.

—Lo siento mucho —susurro—. No puedo imaginarme cómo debió de ser.

Zu permanece callada un buen rato. El cansancio se apodera de ella y hace que parezca mucho mayor de lo que es.

—Era recién nacida cuando ocurrió el Asalto. Ni siquiera recuerdo cómo eran mis padres. Lo único que recuerdo es el miedo. —Zu se inclina hacia delante y tira de un hierbajo que tiene junto a los pies hasta que las raíces se separan del suelo—. Siempre me había preguntado cómo sería tener que vivir con los recuerdos de algo tan horroroso. Ahora ya no tengo que imaginármelo.

La cara de Binta se materializa en mi mente; su sonrisa franca, sus luces resplandecientes. Por un momento, el recuerdo brilla con toda su antigua gloria.

Después, se vuelve de color rojo, ahogado en su sangre.

—Eres una noble. —Zu se levanta y camina hacia mí, con un fuego nuevo en la mirada—. Casi puedo olerlo. No dejaré que tu monarquía nos aplaste.

—Estoy de vuestra parte. —Sacudo la cabeza—. Suéltame y te lo demostraré. El pergamino puede hacer mucho más que despertar la magia de quienes lo tocan. Forma parte de un ritual para devolver la magia a todo el país.

—Entiendo por qué Kwame no baja la guardia. —Zu se aparta—. Cree que te han mandado para que te infiltres entre nosotros. Con unas mentiras tan astutas, pienso que podría tener razón.

—Zu, por favor...

—Kwame.

Se le quiebra la voz. Se agarra del cuello del kaftán cuando entra el otro guerrero.

Él pasa los dedos por encima de la hoja de la daga de hueso, con la amenaza patente en su mirada.

—¿Es el momento?

A Zu le tiembla la barbilla mientras asiente con la cabeza. Cierra fuerte los ojos.

—Lo siento —susurra—. Pero tenemos que protegernos.

—Vete —le indica Kwame—. No hace falta que veas esto.

Zu se enjuga las lágrimas y sale de la tienda, después de mirarme por última vez. Cuando se marcha, Kwame entra en mi campo de visión.

—Espero que estés preparada para decir la verdad.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE



INAN

—¿Zélie?

Grito su nombre, aunque dudo que responda a mi llamada. Después de cómo huyó hace un rato, una parte de mí se pregunta si seré capaz de encontrarla en algún momento.

El sol empieza a ponerse y desaparece tras las colinas en el horizonte. Unas sombras retorcidas se extienden a mi alrededor cuando me apoyo contra un árbol para descansar.

—Zélie, por favor —la llamo entre jadeos. Me aferro a la corteza cada vez que el dolor me atraviesa las entrañas. Desde nuestra discusión, la magia me ataca para vengarse. El mero hecho de respirar ya me provoca agudos espasmos por todo el pecho—. Zélie, lo siento.

Sin embargo, cuando mis disculpas se hacen eco por el bosque, las palabras parecen carentes de sentido: no sé qué es lo que siento. ¿No comprenderla o ser hijo de Padre? Cualquier disculpa parece insulsa en comparación con todo lo que ya ha provocado.

—Una nueva Orisha —murmuro.

Ahora que lo digo en voz alta, suena todavía más ridículo. ¿Cómo se supone que voy a solucionar algo cuando estoy inevitablemente unido a la raíz del problema?

«Cielos».

Zélie ha conseguido mucho más que liarme la cabeza. Su mera presencia basta para cuestionar todo lo que he aprendido a creer, todo lo que sé que necesito. La noche se cierne sobre nosotros, pero seguimos sin tener un plan de ataque. Sin sus animaciones, esos enmascarados nos lo arrebatrán todo. A nuestros hermanos, el pergamino...

Un dolor punzante me agujonea el abdomen. Me arrodillo y me agarro del tronco para no perder el equilibrio. Igual que una leopardaria salvaje, mi magia me clava las garras para sacar la cabeza.

—¡Mama!

Cierro los ojos. Mi mente reverbera con los chillidos de Zélie. Gritos de amargura que ningún niño debería dar. Un trauma que nunca debería haber presenciado.

«Para lograr que la magia desapareciera para siempre, todos los *maji* tenían que morir. En cuanto hubieran probado ese poder, nunca dejarían de luchar hasta conseguir que regresase al mundo».

La cara de Padre entra en mi mente. La voz firme. La mirada vacía.

Le creí.

A pesar del miedo que sentía, admiré su fortaleza inquebrantable.

—¿Puedes gritar un poco más?

Abro los ojos de repente; por alguna razón, mi magia se tranquiliza en presencia de Zélie.

—Con los gemidos que pegas, me sorprende que los guerreros no te hayan atrapado a ti también.

Zélie da un paso adelante, con lo que logra calmar mi magia todavía más. Su espíritu me acaricia como una fresca brisa oceánica cuando me deslizo al suelo.

—No tengo la culpa. —Respiro sin dejar de apretar los dientes—. Me duele.

—No te dolería si la aceptases tal cual. La magia te ataca porque luchas contra ella.

Mantiene la cara seria, pero me sorprende el tono apenado de su voz. Sale de las sombras y se inclina contra un árbol. Sus ojos plateados están rojos e hinchados, señal de las lágrimas que derramó mucho después de nuestra pelea.

De repente, revivir el dolor del pasado no me parece un castigo suficiente. Yo sufro unos momentos. La pobre chica ha sufrido toda la vida.

—¿Significa eso que vas a luchar conmigo? —pregunto.

Zélie se cruza de brazos.

—No me queda otra alternativa. Tzain y Amari siguen presos. No podré liberarlos sola.

—Pero ¿qué me dices de las animaciones?

Zélie saca una esfera resplandeciente de la mochila de cuero; al instante, las antiguas conversaciones mantenidas con Kaes reaparecen en mi mente. Con los destellos anaranjados y rojos que laten debajo de su exterior de cristal, ese objeto solo puede ser la piedra del sol.

—Si buscaban el pergamino, seguro que también quieren esto.

—¿Lo tenías desde el principio?

—No quería arriesgarme a perderlo, pero nos ayudará a fabricar todas las animaciones que necesitamos.

Asiento con la cabeza; por una vez, su plan parece sensato. Podría bastar, pero la cosa no queda ahí.

«Tu gente, tus guardias... No son más que asesinos, violadores y ladrones. La única diferencia entre los criminales y ellos está en el uniforme que llevan».

Sus palabras se hacen eco en mi mente, he dejado de notar el palo de combate que frena mi espada.

Después de todo lo que ha ocurrido, no podemos volver atrás. Uno de los dos debe ceder.

—Antes me has preguntado qué me dolía más. —Me obligo a pronunciar las palabras, aunque no quieren salir—. La sensación de utilizar la magia o el dolor de reprimirla. No sé la respuesta. —Agarro la gastada pieza de *sênet* y me concentro en cómo me abrasa la palma de la mano—. Odio las dos cosas.

Estoy a punto de echarme a llorar. Carraspeo, desesperado por contener las lágrimas. No me cuesta imaginar lo rápido que volaría el puño de Padre si me viera ahora mismo.

—Odio mi magia. —Bajo la voz—. Aborrezco cómo me envenena. Pero por encima de todo, odio que me haga odiarme a mí mismo.

Saco fuerzas de flaqueza para levantar la cabeza y mirar a Zélie a los ojos. Mirarla revuelve todos los sentimientos de culpa.

Se le humedecen los ojos de nuevo. No sé qué fibra debo de haber tocado. Su alma salina como el mar empieza a encogerse. Por primera vez, preferiría que no se fuera.

—Tu magia no es un veneno. —Le tiembla la voz—. El veneno eres tú. La reprimes, luchas contra ella. No paras de tocar ese juguete patético. —Se acerca a zancadas y me arrebató el peón de la mano. Lo sacude delante de mi cara—. Idiota, esto es *majacita*. Me sorprende que no se te hayan caído los dedos.

Contemplo el peón de *sênet*, el óxido dorado y marrón que oculta su color original. Siempre había pensado que la pieza estaba pintada de negro, pero ¿y si es verdad que está fabricada con *majacita*?

Se la quito de las manos y la sujeto con delicadeza, noto cómo me hace cosquillas en la piel. Y yo pensando todo este tiempo que era porque la apretaba con demasiada fuerza.

«Pues claro...».

Me entran ganas de reír ante la ironía. Al caer en la cuenta, recuerdo el momento en el que me lo quedé. El día en que Padre me lo «regaló».

Antes del Asalto, jugábamos al *sênet* todas las semanas. Era una hora en la

que Padre se convertía en algo más que un rey. Cada pieza y cada movimiento eran una lección, un consejo para el día en el que yo fuera monarca.

Pero después del Asalto, ya no había tiempo para jugar. Padre no tenía tiempo para mí. Un día cometí el error de llevar el tablero de *sênet* al salón del trono y Padre me tiró las fichas a la cabeza.

«Déjalo», bramó cuando me agaché a recogerlas. «Los sirvientes limpian. Los reyes no».

Esta pieza es la única que logré salvar.

La vergüenza me desgarró por dentro mientras miro el metal deslucido.

El único regalo que me ha hecho en la vida, y es un símbolo de odio.

—Era de mi padre —digo en voz baja.

Un arma secreta adoptada por quienes despreciaban la magia. Creada para destruir a las personas como yo.

—Lo agarras igual que un niño agarra una manta. —Zélie suelta un hondo suspiro—. Luchas por un hombre que siempre te odiará por ser lo que eres.

Igual que su pelo blanco, su mirada plateada brilla a la luz de la luna. Más penetrante que cualquier otra mirada que me haya escudriñado antes. La contemplo.

La contemplo, aunque tengo que hablar.

Dejo caer el peón en el polvo y lo aparto de una patada. Tengo que hacer borrón y cuenta nueva. He sido un borrego. Un borrego cuando mi reino necesitaba que me comportase como un rey.

«La obligación antes que uno mismo».

Ese credo se desmorona ante mis ojos y se lleva todas las mentiras de Padre. La magia puede ser peligrosa, pero los pecados cometidos para erradicarla han convertido a la monarquía en algo igual de abominable.

—Sé que no puedes confiar en mí, pero dame esta oportunidad de demostrártelo. Conseguiré que entremos en el campamento. Te devolveré a tu hermano.

Zélie se muerde el labio.

—¿Y cuando encontremos el pergamino?

Vacilo; la cara de Padre se me aparece de repente. «Si no detenemos la magia, Orisha entera arderá».

Sin embargo, los únicos incendios que he visto los ha provocado Padre. Él y yo. Le he ofrecido toda mi vida. No puedo seguir tragándome sus mentiras.

—Es tuyo —decido—. Sea lo que sea lo que intentáis hacer Amari y tú... No me meteré en vuestro camino.

Extiendo la mano y se la queda mirando; no sé si mis palabras le bastarán. Pero al cabo de un momento eterno, me da la mano. Noto un calor extraño al tocarla.

Para mi sorpresa, tiene las manos callosas, quizás endurecidas por el empleo del palo de combate. Cuando nos soltamos, evitamos mirarnos a los ojos y, en lugar de eso, ambos miramos el cielo nocturno.

—Entonces ¿vamos a intentarlo? —me pregunta.

Asiento.

—Te demostraré la clase de rey que puedo ser.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO



ZÉLIE

«Oya, por favor, haz que esto funcione».

Rezo en silencio mientras el corazón me late desbocado. Nos movemos entre las sombras, de cuclillas, por la periferia del campamento de enmascarados. Hace un rato mi plan parecía perfecto, pero ahora que ha llegado el momento de ponerlo en práctica, no puedo dejar de pensar en todas las cosas que podrían fallar. ¿Y si Tzain y Amari no están dentro? ¿Y si tenemos que enfrentarnos a un grupo de *maji*? ¿Y qué pasará con Inan?

Cuando lo miro, el miedo crece en mi interior. Según mi plan, primero tengo que pasarle la piedra del sol al principito; o me he vuelto loca o ya he dado por perdida esta batalla.

Inan mira hacia delante con la mandíbula tensa mientras cuenta a los guardias que rodean las puertas del campamento. En lugar de su armadura habitual, viste el atuendo negro que llevaba el guerrero cautivo.

Sigo sin saber qué pensar de él, sin saber cómo interpretar todas las emociones que me ha hecho sentir. Ver su odio descontrolado me devolvió al pasado, me transportó a los días más oscuros que siguieron al Asalto. Entonces yo despreciaba la magia. Culpaba a Mama.

Maldecía a los dioses por habernos hecho así.

Se me forma un nudo en la garganta cuando intento olvidar ese antiguo dolor. Todavía noto la sombra de esa mentira dentro, obligándome a odiar mi propia sangre, a arrancarme el pelo blanco.

Casi me devoró viva, el odio hacia mí misma nacía de las mentiras de Saran. Pero ya me arrebató a Mama. No podía permitir que me arrebatara también la verdad.

En las lunas que siguieron al Asalto, me aferré a las enseñanzas de Madre, las grabé en mi corazón hasta hacerlas tan mías que fluían como la sangre. Daba igual lo que dijese el mundo, mi magia era hermosa. Incluso sin poderes, los dioses me habían bendecido con un don.

No obstante, las lágrimas de Inan hicieron aflorar de nuevo todo ese conflicto,

la mentira letal que este mundo nos obliga a tragarnos. Saran ha hecho bien su trabajo.

Inan ya se odia a sí mismo más de lo que podría hacerlo yo.

—De acuerdo —susurra—. Es el momento.

Se me hace una montaña soltar los dedos y entregarle mi mochila de cuero.

—No te fuerces demasiado —me advierte—. Y recuerda: mantén algunas animaciones detrás para que nos cubran las espaldas.

—Ya lo sé, ya lo sé. —Pongo los ojos en blanco—. Venga, muévete de una vez.

Aunque no quiero sentir nada, se me encoge el estómago cuando Inan emerge de entre las sombras y camina a paso ligero hacia las puertas. El recuerdo de su mano áspera en la mía vuelve a mí. Un extraño consuelo me embargó al tocarlo.

Las dos figuras enmascaradas apostadas a la entrada lo apuntan con sus armas. Los que están escondidos entre las sombras también se preparan. Desde arriba, oigo un coro de punteos: los arcos en los que acaban de tensar las flechas.

Aunque sé que Inan lo percibe todo, camina con valiente confianza. No se detiene hasta que se encuentra a cientos de metros de mí, ya a medio camino entre nuestro escondite y la entrada.

—He venido para hacer un trueque —declara—. Tengo algo que os interesa.

Tira mi mochila al suelo y saca la piedra del sol. Debería haberlo preparado para la descarga energética. Incluso desde lejos, oigo un suspiro.

Un temblor lo recorre de las manos a la cabeza, sus palmas emanan una suave luz azulada. Me pregunto si Orí aparece en su ojo interior.

El espectáculo es justo lo que necesitan los enmascarados. Unos cuantos salen sigilosos de las sombras y empiezan a rodearlo formando un círculo, apuntándolo con las armas y preparados para disparar.

—De rodillas —ladra una mujer tapada con una máscara, que se pone a la cabeza de los guerreros con cautela, justo delante de las puertas.

Hace un gesto con el hacha y asiente con la cabeza, tras lo cual aparecen más guerreros que estaban escondidos.

«Por todos los dioses». Ya han salido más de los que habíamos calculado. «Cuarenta... Cincuenta... ¿Sesenta?». ¿Cuántos más deben de estar apuntándolo desde los árboles?

—Primero sacad a los prisioneros.

—Antes tendremos que atarte.

La puerta de madera se abre. Inan estudia a la líder de los guerreros y retrocede un paso.

—Lo siento. —Inan se da la vuelta—. Me temo que no puedo hacer ese trato.

Salgo como un rayo de los matorrales y corro tan rápido como me lo permiten las piernas. Inan me lanza la piedra del sol como si fuese una pelota de *agbön*, arrojándola con todas sus fuerzas. Surca el aire a una velocidad vertiginosa. Tengo que dar un salto para alcanzarla. La aprieto contra el pecho y caigo al suelo dando una voltereta.

—¡Ah!

Cuando la piedra del sol me llena de energía, siento que me falta el aire, es un arrebató embriagador que empieza a resultarme adictivo. El calor explota bajo mi piel en cuanto se activa su poder, que enciende todo el *ashê* de mi sangre.

Mentalmente, capto otra imagen distinta de Oya, las sedas rojas resplandecen contra su piel negra. El viento le arremolina las faldas y le enreda el pelo, hace que los abalorios de la tiara bailen alrededor de su cara.

Una luz blanca irradia de la palma cuando extiende la mano. No noto mi cuerpo, pero a la vez, siento que alargo la mano hacia ella. Por un instante fugaz, nuestras yemas se rozan.

El mundo retumba, lleno de vida.

—¡Atrapadla!

Alguien grita detrás de mí, pero en realidad no lo oigo. La magia ruge por mi sangre y amplifica los espíritus a lo largo y ancho del bosque. Me llaman, se levantan como la ola de un tsunami. Su bramido supera los sonidos de los vivos.

Como las mareas guiadas por la luna, las almas chocan conmigo.

— *mí àw n tí ó ti sùn...*

Aprieto la mano contra el suelo. Se abre una grieta profunda en cuanto toco la tierra seca.

El suelo gime cuando mi ejército de los muertos se eleva del polvo.

Giran en remolino y salen del suelo, un huracán de ramas, piedras y tierra. Sus cuerpos se endurecen con el brillo color lavanda de mi magia. Libero la tormenta.

—¡Atacad!

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE



AMARI

Un crujido seco resuena en el aire.

Me estremezco cuando el puño de Kwame impacta contra la mandíbula de Tzain.

Este deja caer la cabeza hacia un lado, un amasijo de magulladuras, moretones y rojeces.

—¡Basta! —grito.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas. El ojo de Tzain se tiñe de sangre fresca y se van al traste todas las curas que ha hecho Zu.

Kwame se da la vuelta y me agarra por la barbilla.

—¿Quién más sabe que estáis aquí? ¿Dónde están el resto de vuestros soldados?

A pesar de todo, su voz suena agobiada, casi presa de la desesperación. Es como si a él le doliese tanto como a mí.

—No hay soldados. Id a buscar a la *maji* que viajaba con nosotros. ¡Ella os confirmará que todo lo que os he dicho es cierto!

Kwame cierra los ojos y respira hondo. Se queda tan quieto que siento un escalofrío.

—Cuando se presentaron en Warri, tenían el mismo aspecto que tú. —Saca la daga de hueso del cinturón—. Hablaban igual que tú.

—Kwame, por favor...

Clava la daga en el muslo de Tzain. No sé cuál de los dos grita más fuerte, él o yo.

—¡Si estás furioso, atácame a mí!

Me sacudo contra el árbol, tirando inútilmente de mis ataduras. Ojalá me cortara a mí en lugar de a Tzain. Ojalá me pegara a mí.

Como un ariete en el corazón, Binta entra a la fuerza en mi mente. Ella también sufrió. Sufrió en mi lugar.

Kwame apuñala a Tzain en el muslo una vez más y vuelvo a gritar, se me

nubla la vista a causa de las lágrimas. Retira la daga con mano temblorosa. El temblor se intensifica cuando desplaza la hoja hacia el pecho de Tzain.

—Es tu última oportunidad.

—¡No somos vuestros enemigos! —repito a toda prisa—. ¡Los guardias de Warri también mataron a gente a la que queríamos!

—Mentira. —Kwame se atraganta. Mantiene la mano firme y la echa hacia atrás, empuñando la daga—. Esos guardias son tu gente. Son los que quier...

La tienda se abre de repente. Folake entra tan deprisa que casi choca con Kwame.

—Nos atacan.

El rostro de Kwame se ensombrece.

—¿Sus guardias?

—No lo sé. ¡Creo que tienen a una *maji*!

Kwame le pone la daga de hueso en la mano a Folake y sale corriendo.

—Kwame...

—¡Quédate ahí! —grita como respuesta.

Folake se da la vuelta y se percata de nuestro estado. Mis lágrimas, la sangre que brota de la pierna de Tzain. Se tapa la boca, luego tira la daga al suelo de tierra y sale huyendo de la tienda de campaña.

—¿Tzain? —pregunto.

Él aprieta los dientes y aplasta el cuerpo contra la raíz del árbol. Las gotas de sangre se le expanden por la pernera del pantalón. Parpadea despacio, a pesar de que tiene los ojos tan hinchados que apenas puede abrirlos.

—¿Estás bien?

Unas lágrimas todavía más dolorosas me pican en los ojos. Apaleado. Acuchillado. Y, aun así, se preocupa por mí.

—Tenemos que salir de aquí.

Tiro de las cuerdas que me inmovilizan las muñecas con un fervor nuevo. Se oye un chasquido y la soga empieza a deshilacharse. La cuerda se me hincan en la piel, pero el pecho se me llena con otra clase de dolor.

Es como todos aquellos días vividos en palacio, cuando mis ataduras eran cadenas de oro. Debería haber luchado contra ellas igual que lucho ahora.

Si hubiera hecho algo más entonces, Binta seguiría sana y salva.

Aprieto los dientes y clavo los talones en la tierra. Con un gruñido, calzo el talón contra la corteza y balanceo el cuerpo a un lado y a otro para cambiar el peso y liberarme a tirones.

—Amari.

La voz de Tzain suena más débil. Ha perdido mucha sangre. La corteza me corta las plantas de los pies, pero presiono todavía con más ímpetu para tirar de las cuerdas.

«Ataca, Amari».

La voz de Padre resuena en mi cabeza, pero no es esa la fuerza que necesito.

«Sé valiente, Amari», susurra entonces Binta.

Sé la Leonaria.

—¡Aaaah! —grito para expresar mi dolor.

Casi suena como un rugido. La voz de Folake se oye fuera. Se abre la puerta de la tienda...

La cuerda que me retiene se rompe al fin. Doy otro tirón y me caigo de bruces en el suelo. Folake hurga en el suelo en busca de la daga de hueso. Me pongo en pie como puedo y arremeto contra ella.

—¡Aaarg! —gruñe cuando la embisto con la cabeza y la tiro al suelo.

Agarra la daga de hueso, pero la apreso por la garganta. Mientras se asfixia, le doy un codazo en las entrañas.

La daga de hueso se le cae de la mano. Envuelvo con la mano la hoja de marfil. Al tocarla siento un escalofrío, un poder extraño y violento.

«Ataca, Amari».

La cara de Padre regresa. Dura. Despiadada.

«Ya te lo advertí. Si no luchamos, estas larvas serán nuestra perdición».

Sin embargo, al mirar a Folake, veo el dolor en los ojos de Kwame. El miedo que pesaba sobre los hombros de Zu. Todo el sufrimiento que deja la estela de Padre, las vidas que ya ha arrebatado.

No puedo ser como Padre.

Los *maji* no son mis enemigos.

Suelto la daga y preparo el puño, giro las caderas para darme impulso y le pego un puñetazo en la mandíbula. La cabeza le da una sacudida. Pone los ojos en blanco antes de desmayarse.

Me aparto de ella y agarro la daga para cortar las cuerdas que sujetan las muñecas de Tzain. Cuando las cuerdas apenas han tocado el suelo, empiezo a atárselas alrededor del muslo.

—Vete. —Tzain intenta azuzarme para que huya, pero tiene los brazos demasiado débiles para sacudirlos—. No hay tiempo.

—Chist, calla.

Tiene la piel húmeda y pegajosa. Le ato las cuerdas a modo de torniquete y la

sangre fluye más despacio. Aun así, apenas puede mantener los ojos abiertos. Puede que no sea suficiente.

Asomo la cabeza por la puerta de la tienda: las figuras enmascaradas corren en todas direcciones y crean un caos impresionante. Aunque no se aprecian los límites del campamento, por lo menos podemos seguir a la oleada de gente.

—Muy bien.

Rompo una rama grande de un tronco y vuelvo a esconderme dentro de la tienda. Coloco el bastón improvisado en la mano derecha de Tzain. Me paso su otro brazo por el hombro y junto las rodillas para evitar caerme al levantar a pulso el peso de su cuerpo.

—Amari, no.

Tzain hace una mueca. Respira rápido y de forma superficial.

—Calla —le digo—. No pienso dejarte abandonado.

Apoyado en mí y en el bastón para mantener la estabilidad, Tzain se esfuerza por dar un primer paso con la pierna buena. Así avanzamos hasta la puerta de la tienda antes de tomarnos un último respiro.

—No vamos a morir aquí.

No lo permitiré.

CAPÍTULO CINCUENTA



INAN

Ante mí solo veo desconcierto.

Un laberinto de máscaras y animaciones terrestres.

Corro con todas mis fuerzas entre el caos, esquivando cuchillos, saltando por encima de las raíces de los árboles para conseguir atravesar las puertas del campamento.

Más figuras enmascaradas salen corriendo, confundidas, intentando encontrar la lógica dentro de esa locura.

«Funciona». A mi pesar, sonrío mientras corro como el rayo. Un nuevo mundo de batalla se abre ante mí. Una partida de *sênet* más caótica que cualquier cosa que pudiera haber imaginado.

Los guerreros caen por doquier, gritan cada vez que los apresan las animaciones de Zélie. Igual que crisálidas, los soldados fantasma se envuelven alrededor de los asaltantes y los inmovilizan en el suelo.

Por primera vez me resulta emocionante ver la magia en acción. No es una maldición, sino un don. Un guerrero arremete contra mí y ni siquiera tengo que llevar la mano a la empuñadura de la espada; una animación choca contra él y lo tumba para apartarlo de mi camino.

Mientras salto por encima del guerrero caído, la animación terrestre mira hacia arriba. Aunque no tiene ojos visibles, percibo su mirada. Un escalofrío me recorre cuando me acerco a la puerta.

—¡Aaaarg!

El chillido se oye lejano, pero parece resonar en mi cabeza.

El olor del mar disminuye.

Me doy la vuelta; le han clavado una flecha en el brazo a Zélie.

—¡Zélie!

Otra flecha sale volando y esta vez la alcanza en el costado. Tras el ataque, la chica cae al suelo. Nuevas animaciones se elevan para hacerle de escudos ante las flechas.

—¡Vete! —me grita desde el suelo cuando me localiza entre el infierno de

flechas.

Con una mano, sujeta la piedra del sol y con la otra se tapa la herida del costado.

Avanzo y consigo entrar por la puerta en dirección al campamento. Pero antes de que pueda seguir corriendo, veo otra cosa que me deja paralizado.

Un *divîner* con una constitución imponente sale como un rayo por las puertas. La sangre le mancha las manos y la cara. Por algún motivo, al verlo pienso en Tzain.

Sin embargo, lo más turbador es el olor a humo y cenizas. Me siento sobrecogido cuando el *divîner* pasa corriendo a mi lado. No comprendo por qué hasta que vuelvo la cabeza y veo que las manos del *divîner* empiezan a arder.

«Un Abrasador...».

Al verlo, me quedo petrificado y se reaviva en mí el miedo que Padre me ha inculcado toda la vida. El tipo de *maji* que calcinó a la primera familia de Padre. Los monstruos que encendieron sus ansias de venganza.

Un fuego indomable sale a borbotones de las manos del *maji* y se acumula en unas impactantes nubes rojas. Sus llamas brillan con nitidez en la noche, crepitan tan fuerte que parece que rujan. Mientras el sonido me inunda los oídos, me percató de que se ha transformado en un cúmulo de gritos. Las súplicas inútiles que la familia de Padre debió de pronunciar.

Una nueva oleada de flechas sale despedida de los árboles con la llegada del Abrasador y obliga a Zélie a retroceder. Son demasiadas cosas para manejarlas al mismo tiempo.

La piedra del sol se le escapa de los dedos.

«¡No!».

El mundo cambia, el tiempo se congela mientras se adivina el horror inminente. El Abrasador se abalanza sobre la piedra redonda. Supongo que ese era el plan que tenía desde el principio.

Zélie se estira para intentar recuperar la piedra, su cara atribulada se ilumina por las llamas que salen de las manos del Abrasador. Pero no llega a alcanzarla.

Los dedos del Abrasador apenas rozan la piedra cuando todo su cuerpo estalla en llamas.

El fuego arde en su pecho, sale disparado por la garganta, las manos, los pies.

«Malditos sean los cielos».

Nunca he visto nada igual.

El fuego arrasa con todo. El aire sube tanto de temperatura que escalda solo de inspirarlo. Bajo los pies del Abrasador, el suelo se chamusca y se queda rojo.

Basta su presencia para derretir la tierra que lo rodea como si fuese metal en la forja de un herrero.

Mis pies se mueven antes de que el cerebro se ponga en marcha. Corro entre los gigantescos árboles y las máscaras paralizadas con las que me topo por el camino. No he trazado ningún plan. No hay ningún ataque viable. Pero, aun así, corro.

Mientras me esfuerzo por llegar a tiempo, veo que el Abrasador se coloca las manos encendidas delante de la cara. A través de las llamas casi parece confundido, inseguro de qué hacer.

Sin embargo, cuando aprieta los puños, su actitud desvela unas oscuras intenciones. Una fortaleza nueva, una verdad redescubierta. Ahora tiene el poder.

Y se muere de ganas de utilizarlo.

—¡Zélie! —grito.

El Abrasador se dirige hacia ella dando zancadas. Un enjambre de animaciones carga contra él para vengarse, pero el *maji* se abre paso entre ellas sin dilación, ni siquiera pestañea mientras los soldados fantasma se fragmentan y volatilizan, convertidos en ascuas.

Zélie intenta levantarse del suelo para luchar, pero sus heridas son muy profundas. Vuelve a caerse al suelo y el Abrasador levanta la palma de la mano.

—¡No!

Me abalanzo para lanzarme entre su mano y el cuerpo de Zélie. Una oleada de terror y adrenalina me recorre cuando me enfrento a las llamas del Abrasador.

Un cometa de fuego da vueltas en su mano. El calor dobla el aire.

La magia se me acumula en el pecho. Se cuele en mis dedos. Revivo la imagen de mis poderes reteniendo la mente de Kaea. Levanto las manos para luchar...

—¡Para!

El Abrasador se queda congelado.

La confusión me embarga cuando veo que se vuelve hacia el lugar del que procede la voz. Una chica se abre paso por el campamento, frunce las finas cejas por la preocupación.

La luna llena le ilumina la cara, que reluce contra el recogido ahuecado de pelo blanco que lleva en la coronilla. Cuando llega hasta nosotros, mira el mechón blanco que tengo.

—Son de los nuestros.

El cometa de fuego de las manos del Abrasador se extingue.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO



ZÉLIE

«Intentó protegerme».

Entre la confusión y los numerosos interrogantes, esta sorprendente constatación es la que se impone por encima de las demás. Revive cuando Inan recupera la piedra del sol y me la pone en las manos. Vibra cuando me levanta en volandas y me aprieta contra su pecho.

Inan sigue a la chica con la corona de pelo blanco y entra conmigo en el campamento. Al pasar, los guerreros se quitan las máscaras y revelan sus rizos blancos. Casi todas las personas que hay detrás de la puerta son *divîners*.

«¿Qué es esto?».

Intento encontrar sentido a todo lo que veo en medio del laberinto de dolor: el Abrasador, los innumerables *divîners*, la chica que parece ser su líder. Pero cualquier noción de lo que podría significar todo esto se desvanece cuando por fin contemplamos su asentamiento.

En el centro de los mastodónticos árboles se aprecia la convergencia de varios valles. La pendiente crea una depresión y forma una amplia llanura abarrotada de coloridas tiendas de campaña, carromatos y carretas. Desde lejos, me llega el aroma dulce del plátano frito y el arroz *jollof*, que consigue imponerse sobre el regusto a cobre de mi propia sangre. Capto murmullos en yoruba entre la multitud, compuesta por más *divîners* de los que he visto juntos desde que era niña.

Pasamos por delante de unos cuantos *divîners* que dejan flores alrededor de un jarrón alto con ramas de lavanda. «Un altar». Un tributo a Madre Cielo.

—¿Quién es toda esta gente? —pregunta Inan a la chica a quien llaman Zu—. ¿Qué hacéis aquí?

—Dadme un momento. Por favor. Os prometo que os devolveré a vuestros amigos y responderé a todas vuestras preguntas, pero necesito tiempo.

Zu susurra a la *divîner* que tiene al lado, una muchacha con la falda verde estampada y un pañuelo a juego atado sobre el pelo blanco.

—No estaban en la tienda —susurra como respuesta la *divîner*.

—Pues encontradlos —ordena la líder con voz cansada—. No han salido por la puerta, así que no pueden haber ido muy lejos. Decidles que tenemos a sus amigos. Sabemos que dicen la verdad.

Estiro el cuello para enterarme de más, pero un doloroso calambre me recorre por dentro. Al notar que me retuerzo, Inan me estrecha con más fuerza. El latido de su corazón bombea en el interior de mis oídos, estable y fuerte, como la cresta de las mareas. Sin querer, me dejo mecer por el sonido. Una vez más, siento una confusión inmensa.

—Ese Abrasador podría haberte matado —susurro.

Bastó estar junto a ese *maji* para que me ardiera la piel. Todavía me pica, enrojecida y en carne viva y tengo una parte del brazo quemada y con ampollas.

El escozor me recuerda a las inspiraciones abrasadoras que pensé que serían las últimas que pudiera dar. Por primera vez en mi vida, la magia no fue mi aliada.

Casi fue mi verdugo.

—¿En qué pensabas? —le pregunto.

—Estabas en peligro —me responde—. Yo no.

Baja el brazo y acaricia uno de los cortes que tengo en la cara. Un cosquilleo extraño viaja por mi cuerpo ante su tacto. Cualquier posible respuesta se ahoga en mi garganta. No sé qué decir a eso.

Inan continúa bañado en el resplandor que ha provocado el contacto con la piedra del sol. Con la magia todavía a flote, su piel cobriza se ve sana y exuberante. A la luz de la antorcha, sus huesos se pronuncian de forma elegante, en lugar de sobresalir de manera abrupta bajo su piel.

—Aquí estaréis bien.

Zu nos lleva a una tienda de campaña en la que han colocado unos cuantos catres improvisados.

—Déjala aquí.

Zu señala uno de los jergones, e Inan me tumba con cuidado. En cuanto mi cabeza toca el algodón salvaje, lucho por contener las náuseas.

—Necesitamos licor y vendas para las heridas —dice Inan.

Zu niega con la cabeza.

—Ya me encargo yo.

Coloca la palma en la herida del costado y siento un escalofrío. Noto una especie de aguijón que me acribilla las entrañas mientras Zu canta.

—*Babalúayé, dúró tì mí bayi bayi. Fún mi ní agbára, kí nle fún àw n tókù ní agbára...*

Me obligo a levantar la cabeza; una brillante luz anaranjada brilla bajo las manos de Zu. El sufrimiento que me provoca al principio su tacto se transforma en un calor que me entumece. Las ardientes punzadas de mi interior se enfrían y dan paso a un dolor mucho más leve.

La suave luz de sus manos se abre paso en mi piel y se expande por todos los músculos desgarrados y todos los ligamentos rotos.

Suelto un largo suspiro mientras la magia de Zu me sana las heridas.

—¿Te encuentras bien?

Levanto la mirada; no me había dado cuenta siquiera de que estaba apretando la mano a Inan. Se me calienta la cara cuando lo suelto y me paso los dedos por el lugar en el que la flecha me atravesó. La sangre todavía me hace cosquillas debajo de la piel, pero la herida está completamente curada.

Las preguntas afloran de nuevo, en voz más alta ahora que no tengo que luchar por salir del laberinto de dolor. En la última hora, he presenciado más tipos distintos de magia de los que había visto en toda una década.

—Ya puedes empezar a hablar.

Analizo a Zu; el tono rojizo de su piel morena me resulta extrañamente familiar, me recuerda a los pescadores que navegaban hasta Ilorin cada dos lunas para intercambiar su trucha de agua salada por nuestro pez tigre cocido.

—¿Qué ocurre? ¿Qué lugar es este? ¿Dónde están la daga de hueso y el pergamino? Y ¿dónde están nuestros hermanos? Dijiste que teníais a mi hermano...

Hago una pausa cuando la cortina de la tienda se abre de repente; Amari entra tambaleándose con Tzain medio inconsciente colgado de su brazo. Me incorporo de un salto para ayudarla. Mi hermano está tan machacado que apenas se aguanta en pie.

—¿Qué le habéis hecho?! —chillo.

Amari saca la daga de hueso y apunta a la garganta de Zu.

—¡Cúrale!

La chica da un paso atrás con las palmas extendidas.

—Déjalo en el suelo. —Respira hondo—. Enseguida responderé a todas vuestras preguntas.

Nos sentamos en un silencio tenso y digerimos todo lo ocurrido mientras

Zulaikha sana la pierna y la cabeza de Tzain. Detrás de ella, Kwame y Folake permanecen de pie muy atentos, con el semblante serio.

Cuando Kwame se remueve un poco, llevo la mano a la mochila de cuero de forma instintiva, en busca del calor de la piedra del sol bajo la piel. Todavía me cuesta mirarlo a la cara sin visualizar las llamas que le rodeaban el rostro.

Me recuesto sobre Nailah, aliviada de haberme reunido con ella después de que Zu ordenase a su gente que liberase a mi montura. Escondo la mochila detrás de su pata para que no se vea ni la bolsa ni la piedra que contiene. Sin embargo, cuando a Zu empiezan a temblarle las extremidades a causa del esfuerzo del encantamiento, me entran ganas de sacar la piedra del sol y prestársela.

Observar a Zu en acción es como sentirme de nuevo una niña de cinco años, que sigue a Mama con vendas y cazos de agua caliente. Cada vez que una Sanadora de la aldea era incapaz de atender en solitario a algún enfermo de Ibadan, Mama y ella trabajaban juntas. Se sentaban codo con codo, la Sanadora utilizaba la magia de sus manos mientras Mama se aseguraba de que el paciente no exhalara su último aliento. «Las mejores Parcas no solo gobiernan a los muertos, pequeña Zél. También ayudamos a los demás a vivir».

Me quedo mirando las manos menudas de Zu y recuerdo las manos de mi madre. Aunque es joven, Zu demuestra tener mucho control sobre la magia. Todo cobra sentido cuando nos enteramos de que fue la primera *divîner* que tocó el pergamino.

—No me di cuenta del poder que tenía —nos dice. Tiene la voz ronca por el desgaste de la magia. Folake le tiende un cuenco de madera lleno de agua. Zu le da las gracias con un gesto de la cabeza antes de dar un sorbo—. Cuando los guardias irrumpieron en Warri y atacaron, nos pillaron desprevenidos. Escapamos por los pelos cuando nos arrebataron el pergamino.

Inan y Amari se miran el uno al otro, sus ojos mantienen una conversación silenciosa. La culpa que ha ensombrecido el rostro de Inan durante todo el día se contagia al de Amari.

—Después de lo de Warri, supimos que necesitábamos un lugar en el que pudiéramos sentirnos a salvo. Un lugar en el que los guardias no pudiesen cazarnos. Al principio eran solo unas cuantas tiendas de campaña, pero cuando mandamos mensajes cifrados a los *divîners* de Orîsha, el campamento empezó a crecer.

Inan se sacude.

—¿Construisteis este asentamiento en menos de una luna?

—No tengo la sensación de haberlo construido. —Zu se encoge de hombros—. Es como si los dioses hubiesen enviado a montones de *divîners* hacia aquí. Antes de que me diera cuenta de lo que ocurría, el campamento se montó solo.

Un atisbo de sonrisa asoma a la cara de Zu, pero se desvanece en cuanto mira a Amari y a Tzain. Traga saliva con dificultad y baja la mirada. Se pasa las manos por los brazos una y otra vez.

—Las cosas que os hemos hecho... —Zu se corrige—. Las cosas que permití que os hicieran... Lo siento tanto. Os prometo que me entraban náuseas. Pero desde el momento en que nuestros vigilantes vieron a una noble con el pergamino, no podíamos arriesgarnos. —Cierra los ojos con fuerza, un fino río de lágrimas sale de ellos—. No podíamos permitir que aquí sucediese lo mismo que sucedió en Warri.

Al ver las lágrimas de Zu, no puedo evitar que me piquen los ojos. El rostro de Kwame se contrae de dolor. Quiero odiarlo por lo que le hizo a Tzain, pero no puedo. No soy mejor que él. En todo caso, soy peor. Si Inan no me hubiese detenido, habría apuñalado a aquel *divîner* enmascarado hasta matarlo solo para obtener respuestas. Ahora estaría bocabajo, tirado en la tierra del bosque, en lugar de tumbado en un catre, atendido por unos compañeros mientras espera a que Zu lo sane.

—Lo siento —se obliga a decir Kwame, con voz grave y contenida—. Pero les prometí a estas personas que haría cualquier cosa por mantenerlas a salvo.

Mi mente le pinta llamas alrededor de la cara una vez más, pero en cierto modo, ya no me parecen tan amenazadoras. Su magia me heló la sangre, pero no hacía más que luchar por su pueblo. Nuestro pueblo. Ni siquiera los dioses lo culparían por eso. ¿Cómo voy a culparlo yo?

Zu se limpia las lágrimas de las mejillas con las palmas de las manos. En ese momento parece mucho más joven de lo que el mundo le ha permitido ser. Antes de poder evitarlo, me inclino hacia delante y la estrecho en mis brazos.

—Cuánto lo siento —dice entre sollozos, apoyada en mi hombro.

—No pasa nada. —Le froto la espalda—. Intentabas proteger a tu gente. Hiciste lo que tenías que hacer.

Miro a los ojos a Amari y a Tzain, y ambos asienten con la cabeza para mostrar su conformidad. No podemos culparla. No, sabiendo que nosotros haríamos exactamente lo mismo.

—Toma. —Zulaikha saca el pergamino del bolsillo de su *dashiki* negro y me lo pone en las manos, casi a la fuerza—. Todos los habitantes del campamento os apoyaremos en lo que necesitéis. Me siguen a mí porque fui la primera en tocar

el pergamino, pero si lo que ha dicho Amari es cierto, tú has sido elegida por los dioses. Todos cumpliremos tus órdenes, sean las que sean.

La incomodidad que siento al pensarlo me pone los pelos de punta. No puedo ser quien guíe a estas personas. Si a duras penas sé guiarme a mí misma...

—Gracias, pero lo que hacéis aquí está bien. Sigue manteniendo a salvo a estas personas, Zu. Nuestra misión es llegar a Zaria y zarpar en barco. Solo quedan cinco días para el solsticio.

—Tengo familia en Zaria —interviene Folake—. Unos comerciantes de quienes podemos fiarnos. Si voy con vosotros, podría conseguir que os dejaran su barco.

—Yo también iré. —Zulaikha me coge de la mano. Sus dedos me agarran de tal manera que transmiten una esperanza casi tangible—. Aquí ya hay suficientes personas para mantener el campamento a salvo, y seguro que no os iría mal contar con una Sanadora.

—Si me permitís acompañaros... —A Kwame se le quiebra la voz. Carraspea y se obliga a mirar a los ojos a Tzain y a Amari—. Me gustaría combatir a vuestro lado. El fuego siempre es una buena defensa.

Tzain penetra a Kwame con una mirada fría y se frota el muslo herido. Aunque Zu detuvo la hemorragia, su magia no tuvo poder suficiente para eliminar todo el dolor.

—Protege a mi hermana, o la próxima vez que cierres los ojos, serás tú el que los abra con una daga clavada en la pierna.

—Trato hecho.

Kwame extiende la mano. Tzain alarga el brazo y le corresponde con el mismo gesto. Un silencio pacífico llena la tienda mientras se disculpan mutuamente con ese apretón de manos.

—¡Tenemos que celebrarlo! —Una sonrisa ancha irrumpe en el rostro de Zu, tan radiante e inocente que hace que vuelva a parecer la muchacha que debería ser. Su júbilo es tan contagioso que incluso Tzain acaba sonriendo—. Hace tiempo que me apetece hacer algo divertido, una fiesta para reunir a todos los que habitan en el campamento. Sé que no es la época del año adecuada, pero creo que mañana deberíamos celebrar el Àj y .

—¿El Àj y ?

Me inclino hacia delante, incapaz de creer lo que acabo de oír. Cuando era pequeña, celebrar el día de Madre Cielo y el nacimiento de los dioses era la mejor parte del año. Baba siempre nos compraba a Mama y a mí pañuelos a juego para la cabeza, de seda y con pedrería, con una cola larga que flotaba por

nuestra espalda. Para el último Àj y antes del Asalto, Mama se pasó todo el año ahorrando con intención de comprar unos aritos bañados en oro para adornarme las trenzas por todo el pelo.

—Sería perfecto. —La voz de Zu se acelera conforme aumenta su exaltación—. Podríamos despejar algunas tiendas y realizar la procesión inaugural. Y buscar un sitio adecuado para las historias sagradas. Podríamos montar un escenario y dejar que todos los *maji* tocasen el pergamino. ¡Así todos recuperarían sus poderes!

Un cosquilleo de duda me recorre, arde con el eco de las llamas de Kwame. Hace apenas un día, convertir a todos estos *divîners* en *maji* habría sido un sueño para mí, pero por primera vez, me muestro reticente. Más magia implica más potencia, más probabilidades de que la piedra del sol caiga en las manos equivocadas. «Pero si lo superviso de cerca... Si todos estos *divîners* ya siguen a Zu...».

—¿Qué opinas? —pregunta Zu.

Alterno la mirada entre ella y Kwame. Este esboza una sonrisa.

—Suena fabuloso —decido—. Será un Àj y inolvidable.

—¿Y qué pasa con el ritual? —pregunta Amari.

—Si nos marchamos justo después de la celebración, todavía tendremos tiempo. Nos quedan aún cinco días para llegar a Zaria, y si utilizamos el barco de Folake, reduciremos el tiempo a la mitad.

A Zu se le ilumina la cara, es como si fuese su propia fuente de luz. Me aprieta la mano y me sorprende del calor que me embarga con su tacto. Es más que otra aliada. Es el principio de nuestra comunidad.

—¡Entonces lo haremos! —Zu toma de la mano también a Amari, dando saltitos—. Es lo mínimo que podemos hacer. No se me ocurre mejor manera de honraros a los cuatro.

—A los tres —corrige Tzain. Su tensión corta de cuajo mi emoción y el ambiente de camaradería. Señala a Inan con la cabeza—. Él no va con nosotros.

La tensión se apodera de mi pecho cuando Inan y Tzain se miran a los ojos. Sabía que este momento acabaría por llegar. Solo confiaba en que tardase más en hacerlo.

Zu asiente enseguida, pues percibe la tensión.

—Os dejaremos a solas para que podáis hablarlo entre vosotros. Tenemos muchísimas cosas que preparar para mañana.

Se pone de pie y Kwame y Folake la siguen. Nos dejan en completo silencio.

Me obligo a mirar el pergamino que tengo en las manos. ¿Y ahora qué? ¿Ahora qué hacemos nosotros? ¿Hay siquiera un «nosotros»?

—Sé que puede ser difícil de asimilar. —Inan es el primero en hablar—. Pero cuando os atraparon a Amari y a ti, cambiaron algunas cosas. Soy consciente de que es mucho pedir, pero si tu hermana es capaz de aprender a confiar en mí...

Tzain vuelve la cabeza hacia mí a toda velocidad. Las chispas que le salen por los ojos me atacan como un palo de combate directo a la garganta. Su cara lo dice todo: «Dime que no es verdad».

—Tzain, de no haber sido por él, a mí también me habrían atrapado...

«Porque quería matarme con sus propias manos. Cuando los guerreros nos atacaron, él todavía quería atravesarme el corazón con la espada».

Respiro hondo y vuelvo a empezar, mientras paso las manos por encima del palo. No puedo permitirme meter la pata. Necesito que Tzain me escuche.

—Yo no confiaba en él, al menos, al principio. Pero Inan luchó a mi lado. Cuando me vi amenazada, se puso en peligro para salvarme. —Parece que se me encoge la voz. Incapaz de mirar a nadie, contemplo fijamente mis manos—. Ha visto y ha sentido cosas que yo no podría transmitirle a nadie más.

—¿Cómo quieres que me crea eso?

Tzain se cruza de brazos.

—Porque... —Miro a Inan—. Es un *maji*.

—¿Qué?

Amari se queda boquiabierta y mira de inmediato a Inan. Aunque me he fijado en que más de una vez observaba el mechón blanco de su hermano, ahora es cuando cae en la cuenta.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé —contesta Inan—. Ocurrió en Lagos, no sé cuándo.

—¡¿Justo antes de que calcinaras nuestra aldea?! —grita Tzain.

Inan aprieta la mandíbula.

—Entonces no lo sabía...

—Pero lo sabías cuando atravesaste a Lekan con la espada.

—Nos atacó. Mi almirante temía por nuestra vida.

—¿Y cuando intentaste matar a mi hermana anoche? ¿Entonces también eras un *maji*?

Tzain trata de ponerse en pie, pero hace una mueca de dolor. Se lleva la mano al muslo.

—Déjame que te ayude... —intervengo, pero Tzain me aparta la mano con brusquedad.

—Dime que no eres tan tonta. —Otra clase de dolor se adivina detrás de sus ojos—. No puedes confiar en él, Zél. *Maji* o no, no está de nuestra parte.

—Tzain...

—¡Intentó matarte!

—Por favor. —Inan se pronuncia—. Sé que no tenéis motivos para confiar en mí. Pero ya no quiero seguir luchando. Todos deseamos lo mismo.

—¿Y qué es? —pregunta Tzain a la defensiva.

—Una Orïsha mejor. Un reino en el que los *maji* como tu hermana no tengan que vivir con un miedo constante. Quiero que las cosas mejoren. —Inan me mira a los ojos con esas pupilas ambarinas—. Quiero hacerlo por ti.

Me obligo a desviar la mirada, porque temo que mi cara me delate. Luego me dirijo a Tzain, con la esperanza de que las palabras de Inan lo hayan conmovido. Pero veo que aprieta los puños con tanta fuerza que le tiemblan los antebrazos.

—Tzain...

—Bah, déjalo. —Se levanta con una mueca y se dirige a la salida de la tienda, tratando de contener el dolor de la pierna—. Siempre lo mandas todo al traste. ¿Por qué ibas a cambiar ahora?

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS



AMARI

—¡Inan, espera!

Me abro paso entre los *divîners* que abarrotan el pasillo de hierba que queda entre dos largas hileras de tiendas de campaña. Sus miradas de curiosidad me pesan sobre los hombros, pero no bastan para distraerme de las preguntas que se agolpan en mi cabeza. Cuando Tzain se marchó, Zélie corrió tras él, intentando en vano hacerle comprender la situación. Pero entonces mi hermano corrió tras ella, y me dejaron sola en la tienda.

Inan se para cuando oye mi voz, aunque no se da la vuelta. Sigue a Zélie con la mirada, la busca mientras ella desaparece entre la multitud. Cuando por fin se vuelve hacia mí, no sé qué pregunta debería formular antes.

Es como si volviese a encontrarme dentro de las paredes del palacio, tan cerca de él y a la vez siempre a varios mundos de distancia.

—Deberías dejar que Zulaikha te curase esas heridas.

Me agarra por las muñecas e inspecciona los verdugones granates y la sangre seca acumulada donde las cuerdas me abrasaron la piel. Olvidarme del dolor era fácil cuando tenía que llevar a Tzain a cuestas, pero ahora el punzante latido es constante, me arde cada vez que el viento fresco roza la carne viva de mis muñecas.

—Cuando se haya recuperado. —Aparto las manos y cruzo los brazos para esconderlas—. Se ha quedado agotada después de sanar a Tzain y todavía tiene que ocuparse de Jailin. No quiero que Zu acabe enfermando.

—Me recuerda a ti. —Inan sonríe, pero esa sonrisa no llega hasta sus ojos—. Ponías la misma cara de loca cuando tenías una idea y sabías que acabarías saliéndote con la tuya.

Sé de qué cara habla; él también ponía una similar. Dibujaba una sonrisa tan ancha que se le arrugaba la nariz y casi se le cerraban los ojos. Era la expresión con la que lograba sacarme de la cama para colarnos en los establos reales o para meternos de cabeza en un saco de azúcar en la cocina de palacio. En aquella

época feliz en la que las cosas eran más sencillas. Antes de que Padre y Orisha se interpusieran entre nosotros a la fuerza como una cuña.

—Hace mucho tiempo que quiero darte esto.

Inan rebusca en el bolsillo. Espero una amenaza de muerte de Padre. Me quedo sin aliento cuando veo el resplandor de la diadema antigua.

—¿Cómo es posible?

Se me quiebra la voz en cuanto me la pone en la mano.

Aunque está mellada, oxidada y manchada de sangre, basta con sujetarla para notar un calor nuevo en el corazón. Es como recuperar un pedacito de Binta.

—La llevo encima desde que estuvimos en Sokoto. Pensé que te gustaría recuperarla.

Aprieto la tiara contra el pecho y lo miro a la cara. Siento una oleada de gratitud. Sin embargo, esa gratitud solo sirve para empeorar nuestra realidad.

—¿De verdad eres un *maji*?

Me cuesta plantear la pregunta mientras analizo el mechón blanco de Inan. Con diadema o sin ella, continúo sin comprenderlo: ¿qué poderes tiene? ¿Por qué él y no yo? Si los dioses ordenan quién recibe los dones, ¿qué los llevó a elegir a Inan?

Mi hermano asiente y se pasa las manos por el mechón blanco.

—No sé cómo ni por qué. Ocurrió cuando toqué el pergamino en Lagos.

—¿Lo sabe Padre?

—¿No ves que sigo respirando?

Inan intenta hablar con despreocupación, pero el dolor se filtra en sus palabras. La imagen de la espada que mató a Binta se adueña de mi mente. Qué fácil es imaginarse a Padre clavando esa misma espada también en el pecho de Inan.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

Todas las demás preguntas se desvanecen cuando la única que importa aflora por fin. Siento que cada ocasión en la que lo he defendido delante de Zélie se hincha dentro de mí como un globo. Pensaba que conocía cómo era el verdadero corazón de mi hermano. Ahora ya no estoy segura de conocerlo en absoluto.

—Entiendo que te comportases así bajo la influencia de Padre, pero él no está aquí —lo presiono—. ¿Cómo se supone que voy a confiar en ti cuando has estado luchando contra ti mismo todo este tiempo?

Inan deja caer los hombros. Se rasca la nuca.

—No puedes —responde—. Pero me ganaré tu confianza. Te lo prometo.

En otra vida, esas palabras habrían bastado, pero la muerte de Binta todavía

marca mis recuerdos como una cicatriz. No puedo evitar pensar en todas las señales, todas las oportunidades que tuve de liberarla de la vida en palacio. Si hubiese estado más alerta entonces, mi amiga seguiría viva.

—Esas personas... —Me aferro a la diadema—. Significan el mundo para mí. Te quiero, Inan, pero no permitiré que hagas daño a los *maji* igual que me lo has hecho a mí.

—Ya lo sé. —Inan inclina la cabeza—. Pero te juro por el trono que esa no es mi intención. Zélie me ha enseñado lo equivocado que estaba acerca de los *maji*. Sé que he cometido errores.

Suaviza la voz cuando pronuncia el nombre de Zélie, como si le viniese a la mente un recuerdo agradable. Más preguntas borbotean en mi interior cuando se da la vuelta para buscarla entre la muchedumbre, pero de momento, elijo acallarlas. No puedo ni imaginar qué hizo Zélie para lograr hacer cambiar de opinión a mi hermano, pero lo único que importa ahora es que ha cambiado para bien y parece más que decidido.

—Por tu bien, confío en que no cometas más errores.

Inan me mira a los ojos. Me cuesta descifrar su expresión cuando me repasa de arriba abajo.

—¿Eso es una amenaza?

—Es una promesa. Si sospecho que nos traicionas, será a mi sable al que tendrás que enfrentarte.

No sería la primera vez que nuestras espadas entrechocasen. Y desde luego, seguro que no sería la última.

—Te lo demostraré, os lo demostraré a todos —declara Inan—. Estáis de parte del bando correcto. Lo único que deseo es daros mi apoyo.

—Bien.

Me inclino para abrazarlo, aferrándome a su promesa.

Pero cuando sus manos me abrazan por la espalda, no puedo quitarme de la cabeza que acaba de apoyar los dedos justo encima de mis cicatrices.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES



ZÉLIE

A la mañana siguiente, Zu irrumpe impaciente en mi tienda.

—Tengo muchas cosas que mostrarte. —Me sacude un brazo—. Zélie, vamos. ¡Ya casi es mediodía!

Después de dejar que me azuce durante un rato, acabo por ceder y me siento en el catre. Meto los dedos entre los apretados rizos que ahora dan volumen a mi pelo para rascarme la cabeza.

—Date prisa. —Zu me lanza a los brazos un *dashiki* rojo sin mangas—. Todos te esperan fuera.

Cuando se marcha, sonrío a Tzain, pero mi hermano sigue de espaldas a mí. A pesar de que sé que está despierto, no emite sonido alguno. El silencio incómodo que se cernió entre nosotros anoche regresa, todos los suspiros frustrados y las palabras vacías que llenaron nuestra tienda. Por más que me esforcé en pedirle perdón repetidas veces, Tzain no quiso responderme.

—¿Quieres venir? —le pregunto en voz baja—. Te irá bien para la pierna caminar un poco.

Nada. Es como hablar con la pared.

—Tzain...

—Me quedo. —Se remueve en el jergón y se rasca el cuello—. No me apetece caminar con «todos».

Recuerdo lo que acaba de decir Zu. He dado por hecho que se refería a Kwame y Folake, pero lo más probable es que Inan también esté esperando fuera. Si Tzain continúa disgustado, ver a Inan solo servirá para empeorar las cosas.

—De acuerdo. —Me pongo el *dashiki* y me recojo el pelo con un pañuelo estampado en azul y rojo que me ha prestado Zu—. No tardaré en regresar. Intentaré traerte algo de comer.

—Gracias.

Me aferro a esa respuesta como a un clavo ardiendo; la repito mentalmente. Si

Tzain es capaz de murmurar una palabra de agradecimiento en estas circunstancias, a lo mejor las cosas pueden solucionarse en el futuro.

—Zél. —Mira por encima del hombro y busca mis ojos—. Ten cuidado. No quiero que te quedes sola con él.

Asiento con la cabeza y salgo de la tienda. El peso de la advertencia de Tzain me aplasta. Pero en cuanto pongo un pie en el campamento, toda esa pesadez se evapora.

La luz del sol baña el espacioso valle; la hierba y los árboles, de un verde exuberante, explotan de vida. Los jóvenes *divîners* corretean por el laberinto de chozas, tiendas de campaña y carretas. Todas las personas lucen sus melenas blancas y unos *dashikis* con estampados muy coloridos, complementados con alegres kaftanes. Es como si la promesa de Madre Cielo estuviese ante mis ojos, hubiese cobrado vida después de todo este tiempo.

—Por todos los dioses.

Giro sin moverme del sitio, tratando de captarlo todo, mientras Zu me indica con la mano que me sume a la fiesta. Nunca había visto a tantos *divîners* en el mismo lugar, y mucho menos con tanta... alegría. La multitud se ríe y sonrío por las colinas, con el pelo blanco trenzado, recogido o suelto. Una libertad poco habitual se respira entre ellos, en su forma de caminar, en sus ojos.

—¡Cuidado!

Levanto las manos para protegerme mientras sonrío a un grupo de niños que pasan corriendo. Las personas de más edad que hay en el campamento deben de tener veintitantos años, calculo que nadie pasa de los veinticinco. De todos los *divîners* que tenemos delante, los mayores son los que más me maravillan; nunca en mi vida me había topado con tantos *divîners* adultos fuera de la cárcel y sin grilletes.

—¡Por fin!

Zu entrelaza el brazo en el mío y esboza una sonrisa tan amplia que parece que no le cabe en la cara. Tira de mí hasta llegar a la carreta pintada de amarillo en la que nos esperan Inan y Amari. Amari sonrío al verme, pero se le ensombrece la expresión al no encontrar a Tzain a mi lado.

—Prefería descansar —respondo a su pregunta implícita.

«Y no quería ver a tu hermano», añado mentalmente.

Inan me mira, está muy guapo con un kaftán de color cobalto y unos ajustados pantalones estampados. Parece distinto cuando no lleva las líneas rígidas y el metal abollado del uniforme. Más blando. Más cálido. Su mechón blanco destaca entre su pelo, por una vez no lo ha escondido bajo el casco o con tinte negro.

Nos miramos a los ojos embelesados, pero al cabo de un segundo, Zu se coloca entre nosotros y nos anima a avanzar.

—Hemos adelantado mucho, pero todavía nos quedan infinidad de cosas por preparar si queremos tenerlo todo listo esta noche.

Parece que habla a mil revoluciones por segundo, siempre descubre algo nuevo que decir antes de terminar de comunicar el pensamiento anterior.

—Aquí es donde vamos a representar las historias antiguas. —Zu señala un escenario improvisado que ocupa una loma cubierta de hierba entre dos tiendas—. Las narrará una *divîner* de Jimeta. Tenéis que conocerla, es encantadora. Creemos que será un Ama de las Mareas. ¡Ah, y mirad esto! Aquí es donde pondremos el pergamino para que los *divîners* lo toquen. ¡Me muero de ganas de verlo, será increíble!

Zulaikha se desenvuelve entre la multitud con el magnetismo de una reina. Los *divîners* se paran a mirarla cuando pasa, la señalan y hablan de nosotras en susurros al fijarse en que me ha dado la mano. Normalmente me irrita que los demás se me queden mirando, pero hoy, para mi sorpresa, me resulta gratificante. No es como cuando me miran los guardias o los *kosidán*, que querrían fulminarme. Las miradas de los *divîners* muestran reverencia, una nueva clase de respeto.

—Y ¿quieres ver lo mejor? —Zu señala un amplio claro que están decorando con farolillos pintados y telas coloridas—. Aquí es donde celebraremos la procesión inaugural. ¡Zélie, tienes que participar!

—Huy, no. ¡No sabes lo que dices!

Niego con insistencia, pero me río cuando Zu me agarra por la muñeca y empieza a dar saltos. Su alegría es contagiosa; ni siquiera Inan puede evitar sonreír.

—¡Lo harías genial! —Abre mucho los ojos—. Todavía no tenemos a ninguna Parca, y el atuendo de Oya te sentaría como un guante. Lleva una falda larga de color rojo y una blusa dorada... ¡Inan! ¿No crees que Zélie estaría increíble?

Inan abre los ojos como platos y tartamudea. Alterna la mirada entre Zu y yo, como si esperase que una de las dos lo liberara de la obligación de contestar.

—Zú, no te preocupes. —Sacudo la mano—. Seguro que encontraréis a otra persona.

—Sí, supongo que será mejor así. —Inan recupera la voz. Me contempla un instante más antes de desviar la mirada—. Pero sí, creo que Zélie estaría muy guapa.

Me ruborizo y noto la cara todavía más caliente cuando Amari nos observa a

los dos. Vuelvo la cabeza y fijo la atención en otra cosa, intentando pasar por alto que la respuesta de Inan me ha provocado un cosquilleo. Una vez más, se impone la imagen mental de cómo me llevó en brazos para introducirme en el campamento.

—Zu, ¿qué es eso?

Señalo un carromato negro con una fila larguísima de *divîners*.

—Ahí es donde Folake va a pintar los *baajis* de cada clan. —Se le iluminan los ojos—. ¡Tienes que pintarte uno!

—¿*Baajis*? —Amari arruga la nariz, confundida.

Zu señala el símbolo que lleva pintado en el cuello. Coge a Inan y a Amari de la mano y tira de ellos. Echa a correr sin soltarlos.

—Son preciosos. ¡Vamos, tenéis que verlo ahora mismo!

Zu se mueve rápido y se adentra con ellos entre la muchedumbre. Me dispongo a apretar el paso también, pero hay algo en el ambiente de este campamento que me invita a aflojar el ritmo, a caminar con calma. Cada vez que paso por delante de un *divîner*, se me aceleran los pensamientos e intento imaginar los distintos tipos de *maji* que podrían llegar a ser. Podría haber futuros Amos del Viento a la izquierda, o Videntes a la derecha. Teniendo en cuenta que hay solo diez clanes, incluso cabe la posibilidad de que haya alguna futura Parca justo delante de...

Un desconocido se choca conmigo. Va vestido de rojo y negro. Me agarra por la muñeca y me ayuda a recuperar el equilibrio antes de que me caiga hacia atrás.

—Lo siento —dice con una sonrisa—. Mis pies tienen la mala costumbre de seguir a mi corazón.

—No pa... —me quedo sin palabras.

Ese desconocido no se parece a nadie que haya visto en mi vida, no tiene sangre orïshana en las venas. Posee un color de piel que recuerda a la arenisca, repleto de tonos cobrizos. En lugar de los ojos redondos de los orïshanos, los suyos son angulares y algo caídos, una característica que destaca sus turbulentas pupilas grises.

—Roën. —Sonríe de nuevo—. Es un placer. Confío en que tengas la amabilidad de perdonar mi torpeza...

Su acento marca mucho las erres. Seguro que es un mercader, algún tipo de comerciante de otro país.

«Por fin».

Miro al joven de arriba abajo. Tzain me había hablado de los extranjeros con

los que se había topado alguna que otra vez durante los viajes por Orisha para jugar los partidos de *agbön*, pero yo nunca había conocido a ninguno en persona. A lo largo de los años había oído descripciones de comerciantes exóticos en los mercados abarrotados, y de los viajeros que pasaban por las ciudades más concurridas de Orisha. Siempre había tenido la esperanza de que alguno de ellos recalara en Ilorin, pero nunca llegan hasta nuestra distante costa oriental.

Las preguntas se agolpan en mi mente, pero entonces me doy cuenta de que el chico todavía tiene la mano apoyada en la parte baja de mi espalda. Me suben los colores a las mejillas mientras me aparto de su mano. No debería mirarlo tanto, pero a juzgar por la sonrisilla de los labios de Roën, apostaría a que le gusta.

—Hasta la próxima.

Me guiña un ojo y se pone en marcha con garbo, sin interrumpir el contacto visual. Sin embargo, antes de que pueda dar un paso más, Inan reaparece y lo agarra por el brazo.

La sonrisa desaparece de la mirada de Roën en cuanto nota la zarpa de Inan.

—No sé qué intenciones tienes, hermano. Pero si haces eso, puedes perder la mano.

—Sí, igual que los ladrones. —Inan aprieta la mandíbula—. Devuélveselo.

El extranjero de ojos grises me mira a la cara; encoje los hombros poniendo cara de corderito y saca el palo plegable del bolsillo de sus pantalones drapeados. Abro los ojos como platos mientras me llevo la mano al cinturón vacío.

—¡Cómo demonios lo has hecho!

Le arrebato el palo de combate. Mama Agba nos ha entrenado para advertir si nos toca un ladrón. Debería haber notado su mano.

—Al tropezarme.

—Entonces ¿por qué te has quedado a mi lado? —le pregunto—. Si tan hábil eres, podrías haberte marchado sin hablar conmigo.

—No he podido resistirme. —Roën sonrío como un zorronte y revela unos dientes que deslumbran con su brillo—. Por detrás solo vi el hermoso palo. No sabía que delante habría una chica aún más hermosa.

Lo miro con rabia, pero solo consigo que sonría todavía más.

—Como ya te he dicho, preciosa... —Hace una reverencia—. Hasta la próxima.

Dicho esto, se escabulle y camina hacia Kwame, que está en la otra punta. Chocan los puños en un saludo familiar e intercambian palabras que no adivino.

Kwame me mira un instante antes de que los dos desaparezcan en una tienda

de campaña. No puedo evitar preguntarme por qué se habrá reunido Kwame con un tipo como ese.

—Gracias —le digo a Inan mientras acaricio los grabados del palo.

Es lo único que me queda de Ilorin. El único vínculo con la vida que tuve en otro tiempo. Vuelvo a pensar en Mama Agba. Deseo con todas mis fuerzas poder volver a verlos a ella y a Baba.

—Si hubiera sabido que bastaba con una sonrisa encantadora para desarmarte, lo habría probado hace siglos.

—No fue su sonrisa. —Levanto la barbilla—. Nunca había visto a nadie de otro país.

—Ah, ¿era solo por eso? —pregunta Inan con una sonrisilla, sutil pero totalmente arrebatadora.

En el tiempo que llevamos juntos he visto de todo, desde rabia hasta dolor, en esos labios, pero nunca había visto nada tan parecido a una sonrisa de verdad. Se le forman hoyuelos en las mejillas y se le arruga la piel alrededor de los ojos ambarinos.

—¿Qué ocurre? —me pregunta.

—Nada.

Me vuelvo hacia el palo. Entre el kaftán y la sonrisa, cuesta creer que sigo mirando al principito...

—¡Aarg!

La sonrisa de Inan se transforma en una mueca. Aprieta los dientes y se agarra el costado.

—¿Qué te pasa? —Le pongo la mano en la espalda—. ¿Quieres que llame a Zu?

Niega con la cabeza y suelta el aire con frustración.

—No es la clase de dolor que ella podría aliviar.

Inclino la cabeza hasta que caigo en la cuenta del sentido que ocultan sus palabras. Parece tan distinto con el kaftán de color cobalto que ni me había fijado en que el aire que lo rodea es frío.

—Estás reprimiendo la magia. —Se me cae el alma a los pies—. No hace falta, Inan. Aquí nadie sabe quién eres.

—No es eso. —Inan recupera la compostura antes de erguirse—. Hay demasiada gente. Tengo que controlarla. Si la dejo suelta, alguien podría acabar herido.

Una vez más, atisbo el principito maltrecho que me atacó con la espada; sabía que tenía miedo, pero ¿hasta este punto llega el miedo que siente ante sí mismo?

—Puedo ayudarte. —Bajo la mano—. Por lo menos, un poco. Si aprendieras a controlarla, no te dolería de semejante manera.

Inan tira del cuello del kaftán, aunque no le aprieta en absoluto.

—¿De verdad me ayudarías?

—Pues claro. —Lo cojo del brazo y lo separo de la multitud—. Vamos. Conozco un sitio al que podemos ir.

El río Gombe discurre junto a nosotros y llena el aire con su canción. Pensaba que ese nuevo entorno tranquilizaría a Inan, pero ahora que nos hemos sentado, me doy cuenta de que soy yo la que necesita calmarse. Los nervios que he sentido cuando Zu me ha pedido que liderara el regreso de los *maji* vuelven a asediarme, esta vez aún más fuerte. No sé cómo ayudar a Inan. Todavía sigo tratando de averiguar cómo dominar la magia de las Parcas.

—Cuéntame. —Respiro hondo y finjo una seguridad que me encantaría sentir—. ¿Qué sientes cuando se manifiesta la magia? ¿En qué momentos la percibes con más intensidad?

Inan traga saliva. Juguetea con los dedos alrededor de un objeto fantasma.

—No sé. Es un misterio para mí.

—Toma. —Rebusco en el bolsillo y le coloco una moneda de bronce en la palma de la mano—. Deja de mover así los dedos, me pones nerviosa.

—¿Qué es esto?

—Algo con lo que puedes jugar sin envenenarte. Cógelo y cálmate.

Inan vuelve a sonreír, esta vez con franqueza. La sonrisa se ensancha y suaviza su mirada. Pasa el pulgar por la leopardaria grabada en el centro de la moneda, que indica que pertenece a Orisha.

—Creo que nunca había tenido en las manos una moneda de bronce.

—Puaj. —Siento repulsión—. Mejor cállate esas cosas o no podré digerir lo que me digas.

—Perdóname. —Inan sopesa la moneda en la palma—. Y gracias.

—Agradécemelo intentando solucionar las cosas. ¿Cuándo fue la última vez que dejaste que la magia fluyese con libertad?

Sin dejar de pasarse la moneda de bronce entre los dedos, Inan se pone a pensar.

—En aquel templo.

—¿Chândomblé?

Asiente con la cabeza.

—Amplificaba mis habilidades. Cuando trataba de encontrarte, me senté debajo de un mural de Orí y... No sé. Fue la primera vez que sentí que había algo que podía controlar.

«La ensoñación». Vuelvo a pensar en la última vez que estuvimos en ese espacio onírico, me pregunto qué debí de decirle. ¿Revelé algún secreto?

—¿Cómo funciona? —le pregunto—. Hay veces en las que tengo la sensación de que me lees el pensamiento igual que se lee un libro abierto.

—Bueno, es más un puzle que un libro —me corrige Inan—. No siempre está claro, pero cuando tus pensamientos y tus emociones son intensas, también me llegan.

—¿Y te ocurre con todo el mundo?

Niega con la cabeza.

—No con la misma intensidad. Con el resto, se parece más a un chaparrón sin paraguas. Contigo es un auténtico tsunami.

Me quedo petrificada ante la potencia de sus palabras. Intento imaginar cómo debe de ser. El miedo. El dolor. Los recuerdos de cuando nos arrebataron a Mama.

—Qué horror —susurro.

—No siempre. —Me mira a los ojos como si pudiese ver mi corazón, como si adivinase todo lo que soy—. Hay veces en las que es asombroso. Bonito, incluso.

Se me acelera el corazón. Me cae un rizo blanco delante de la cara e Inan me lo recoloca detrás de la oreja. Siento escalofríos por el cuello cuando me roza la piel con los dedos.

Carraspeo y aparto la mirada, haciendo caso omiso a los latidos que noto en la cabeza. No sé qué está pasando, pero sé que no puedo permitirme sentirme así.

—Tu magia es fuerte. —Me obligo a concentrarme en el tema—. Lo creas o no, te sale de forma natural. Canalizas de forma instintiva cosas para las que la mayoría de los *maji* necesitaría un poderoso encantamiento.

—¿Cómo puedo controlarlo? —pregunta Inan—. ¿Qué puedo hacer?

—Cierra los ojos —le indico—. Repite conmigo. No conozco los encantamientos de los Mediadores, pero sé cómo pedir ayuda a los dioses.

Inan cierra los ojos y agarra fuerte la moneda de bronce.

—Es sencillo: *Orí, bá mi s r*.

—¿Ba mi sorro?

—*Orí, bá mi s r* . —Corrijo su pronunciación con una sonrisa. Resulta tierno ver lo torpe que suena el yoruba cuando sale de sus labios—. Repítelo. Visualiza a Orí. Ábrete y pídele ayuda. En eso consiste ser *maji*. Con los dioses de tu parte, nunca estarás solo del todo.

Inan baja la mirada.

—¿De verdad están siempre ahí?

—Siempre. —Vuelvo a pensar en todos aquellos años en los que les di la espalda—. Incluso en los momentos más oscuros, los dioses siempre están ahí. Tanto si lo aceptamos como si no, ellos siempre tienen un plan.

Inan cierra aún más la mano sobre la moneda de bronce con una expresión pensativa.

—De acuerdo. —Asiente con la cabeza—. Quiero intentarlo.

—*Orí, bá mi s r* .

—*Orí, bá mi s r* —canturrea en voz baja moviendo la moneda entre los dedos.

Al principio no ocurre nada, pero conforme lo repite, el aire empieza a calentarse. Un leve brillo azul aparece en sus manos. La luz reptaba hacia mí.

Cierro los ojos y el mundo empieza a girar, un arrebato abrasador, como el del otro día. Cuando se calma la espiral del mundo, me encuentro de nuevo en el espacio onírico.

Sin embargo, esta vez, cuando los juncos me hacen cosquillas en los pies, ya no tengo por qué sentir miedo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO



INAN

Dentro de la ensoñación, se oye un murmullo en el aire similar a una melodía. Suave.

Resonante.

Mientras escucho la canción, mis ojos recorren la piel desnuda de Zélie en el lago.

Igual que un cisne de plumas negras, resplandece por encima de las olas llenas de reflejos, tiene la cara relajada, una expresión que no había visto antes en ella. Es como si por un escaso instante el mundo entero hubiese dejado de pesar sobre sus hombros.

Se zambulle y bucea unos segundos antes de volver a la superficie. Levanta la cara oscura a los rayos del sol. Con los ojos cerrados, sus pestañas parecen interminables. Sus rizos son como hilos de plata contra su piel. Cuando se vuelve hacia mí, me quedo sin aliento. Por un instante, me olvido de respirar.

Y de pensar.

En algún momento llegué a creer que Zélie tenía la cara de un monstruo.

—Es un poco raro si te limitas a mirar, ¿no crees?

Una sonrisa aparece sin querer en mi cara.

—¿Esa es tu forma más astuta de conseguir que me una a ti?

Sonríe. Una sonrisa hermosa. Al contemplarla, veo la luz del sol. Cuando se da la vuelta, anhelo volver a notar ese atisbo de luz, el calor que se ha extendido por mis huesos. Sintiendo esa urgencia, me quito la camisa y salto al agua.

Zélie manotea y escupe para quitarse el agua con la que la he salpicado al tirarme de golpe en la superficie agitada. La corriente me empuja con una fuerza inesperada. Pataleo y braceo hasta que por fin vuelvo a salir a la superficie.

Mientras me alejo nadando del rugido de la cascada, Zélie contempla el bosque que tenemos detrás: soy incapaz de ver dónde termina. Es mucho más extenso de lo que marcaba el límite blanco de la orilla del lago la última vez que estuvimos aquí.

—Intuyo que es la primera vez que te metes en un lago natural, ¿no? —

comenta Zélie.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por tu cara —responde Zélie—. Pones cara de bobo cuando estás sorprendido.

Mis labios dibujan una sonrisa, un gesto que surge cada vez con más frecuencia cuando estoy delante de ella.

—Te encanta meterte conmigo, ¿verdad?

—Me gusta casi tanto como vencerte con el palo de combate.

Esta vez es ella la que sonrío. Mi sonrisa se ensancha aún más. Se incorpora de un salto y empieza a flotar de espaldas, pasando entre los juncos mecidos por la corriente y los nenúfares que flotan.

—Si yo tuviera tu magia, me pasaría la vida aquí dentro.

Le doy la razón, aunque me pregunto cómo sería mi espacio onírico si ella no estuviera dentro. Lo único que sé crear son lánguidos juncos medio marchitos. Con Zélie, el mundo entero florece.

—Te mueves como un pez en el agua —digo—. Me sorprende que no seas un Ama de las Mareas.

—Quizá en otra vida. —Pasa la mano por el lago y observa cómo se escurre el agua entre sus dedos—. No sé por qué es así. Me gustaban los lagos de Ibadan, pero no son nada en comparación con el océano.

Como la chispa que enciende la llama, su recuerdo me atrapa: sus ojos de niña se abren maravillados; la admiración ante las olas interminables.

—¿Viviste en Ibadan?

Me acerco a ella e intento empaparme aún más de sus pensamientos. Aunque nunca me he aventurado hasta esa población del norte, los recuerdos de Zélie son tan nítidos que es como si estuviera allí ahora mismo. Me maravillo ante las alucinantes vistas que se obtienen desde la cima de la montaña, inhalo el fresco aire de la montaña y dejo que penetre en mis pulmones. Sus recuerdos de Ibadan contienen un calor especial. El manto del amor de su madre.

—Vivíamos allí antes del Asalto. —Le falla la voz cuando revive esos momentos en mi presencia—. Pero después... —Niega con la cabeza—. Allí había demasiados recuerdos. No podíamos quedarnos.

Un pozo de culpa se abre en mi pecho, teñido con el olor a carne calcinada. Los incendios que observé desde el palacio real salen a la superficie, las vidas inocentes abrasadas delante de mis jóvenes ojos. Un recuerdo que he reprimido igual que la magia, un fatídico día que ansiaba poder olvidar. Pero ver a Zélie en

estas circunstancias hace que todo vuelva a mí. El dolor. Las lágrimas. La muerte.

—En teoría, no íbamos a quedarnos en Ilorin. —Zélie habla más para sí misma que para mí—. Pero entonces vi el mar. —Sonríe para sus adentros—. Baba me dijo que no teníamos por qué marcharnos.

En la ensoñación, la herida del corazón de Zélie me ataca con una fuerza insoportable. Ilorin era su felicidad. Y yo la arrasé por completo.

—Lo siento —logro decir con mucha dificultad. Me odio todavía más al escuchar mis palabras. Suenan del todo inapropiadas. Débiles ante todo su sufrimiento—. Sé que no puedo arreglarlo. No puedo cambiar lo que he hecho, pero... Puedo reconstruir Ilorin. Cuando todo esto termine, será lo primero que haga.

Zélie suelta una risita irritada. Seca. Desprovista de toda alegría.

—Sigue diciendo cosas así de ingenuas. Al final, resultará que Tzain tenía razón.

—¿A qué te refieres? —le pregunto—. ¿Qué opina?

—Dice que, cuando todo esto termine, uno de nosotros estará muerto. Tiene miedo de que sea yo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO



ZÉLIE

No sé por qué estoy aquí.

No sé por qué le tomé el pelo a Inan para que entrase en el lago.

No sé por qué siento un cosquilleo cada vez que se acerca nadando.

«Esto es temporal», me recuerdo una y otra vez. «Ni siquiera es real». Cuando todo esto termine, Inan ya no volverá a ponerse un kaftán. No me recibirá con los brazos abiertos en su ensoñación.

Intento imaginarme al feroz guerrero que conozco, al principito que me amenazó con la espada. Pero, en lugar de eso, veo la hoja que me liberó de la red de los enmascarados. Lo veo protegiéndome de las llamas de Kwame.

«Tiene un buen corazón». Las palabras que Amari dijo hace tanto tiempo se repiten en mi mente. Pensaba que Amari no quería ver la realidad. Pero ¿acaso sabía ver algunas partes de Inan que yo no alcanzaba a adivinar?

—Zélie, yo nunca te haría daño. —Niega con la cabeza y sonrío—. No, después de todo lo que he visto.

Cuando levanta la mirada para encontrarse con la mía, la verdad se filtra. No puedo creer que no me haya dado cuenta antes. El sentimiento de culpa y de lástima con el que cargaba... «Por todos los dioses».

Seguro que lo ha visto todo.

—Creía que mi padre no tenía otra alternativa. Siempre me enseñaron que hizo lo que hizo para mantener Orisha a salvo. Pero después de acceder a tus recuerdos... —Se le quiebra la voz—. Ningún niño tendría que pasar por algo así.

Vuelvo la cara hacia las ondas del lago, sin saber qué decir. Qué sentir. Ha visto las peores partes de mí. Partes que nunca creí que pudiese compartir.

—Mi padre se equivocaba. —Inan habla tan bajo que su voz apenas se oye con el rumor de la cascada—. Tal vez debería haberme dado cuenta antes, pero lo único que puedo hacer ahora es intentar enmendar los errores.

«No le creas», me advierto. «Vive en una fantasía, en un sueño». Pero con cada promesa que hace, mi corazón se ensancha, confiando en secreto que al

menos una de esas promesas se haga realidad. Cuando Inan levanta la vista hacia mí, veo un ápice del optimismo que siempre ha brillado en los ojos de Amari. A pesar de todo, está decidido a hacerlo.

De verdad quiere que Orïsha cambie.

«Si Madre Cielo te hizo llegar el pergamino a través de una descendiente del linaje de Saran, su voluntad está clara». Las palabras de Lekan resuenan en mi mente mientras contemplo a Inan, cautivada por su mandíbula fuerte, la barba incipiente que le ensombrece las mejillas. Si se supone que un descendiente del linaje de Saran tiene que ayudarme, ¿sería posible que los dioses quisieran que Inan liderase y modificase el rumbo del país? ¿Es eso lo que estamos haciendo? ¿Es por eso por lo que lo dotaron con la magia?

Cuando Inan se acerca a mí flotando, se me acelera el corazón. Debería apartarme. Pero me quedo quieta, como si enraizara en el sitio.

—No quiero que muera nadie más —me susurra—. No puedo asumir más muertes sangrientas a manos de mi familia.

«Mentiras y camelos». Eso es todo. Pero si solo son mentiras, ¿por qué no soy capaz de alejarme nadando?

«Por todos los dioses, ¿se ha quitado la ropa?». Mis ojos se pierden en su pecho ancho, en las curvas de cada uno de sus músculos. Sin embargo, antes de que pueda mirar debajo del agua, subo los ojos de repente. ¡Madre Cielo!, ¿puede saberse qué hago?

Me obligo a nadar a través de la cascada hasta que mi espalda descansa contra la pared del acantilado. Esto es absurdo. ¿Por qué he permitido que me metiese en este espacio onírico?

Confío en que la violenta cortina de agua impida que Inan pase desde el otro lado, pero al cabo de unos segundos, nada a través de la cascada para reunirse conmigo.

«¡Vete!». Les ordeno a mis piernas que pataleen, pero quedo atrapada en la dulce sonrisa de sus labios.

—¿Quieres que me marche?

«Sí».

Eso es lo que tengo que decir. Pero cuanto más se acerca, más fuerte es el deseo de que se quede. Inan se detiene antes de quedar demasiado cerca y me obliga a responder.

«¿Quiero que se marche?».

Aunque el corazón me palpita desbocado, ya sé la respuesta.

—No.

Deja de sonreír y me mira con ternura, una mirada que nunca había visto en él. Cuando los demás chicos me miran de esa forma, me entran ganas de arrancarles los ojos. Y, sin embargo, cuando es Inan quien me mira así, quiero más.

—¿Puedo...? —deja la pregunta a medias y se sonroja, incapaz de verbalizar su deseo.

Pero no le hacen falta palabras. No, cuando una parte innegable de mi ser quiere lo mismo.

Asiento con la cabeza y levanta una mano temblorosa, con la que me acaricia la mejilla. Cierro los ojos, derretida por ese simple roce. Su tacto me arde en el pecho, me baja por la columna. Desliza la mano desde la mejilla hasta mi pelo, me masajea la cabeza a través de los rizos.

«Por todos los dioses...».

Si un guardia nos viera ahora mismo, me mataría sin pensárselo dos veces. Incluso siendo príncipe, Inan podría acabar entre rejas.

No obstante, a pesar de las reglas de nuestro mundo, la otra mano de Inan me estrecha contra él, me invita a soltarme. Cierro los ojos y me inclino hacia delante, me aproximo al principito más de lo que debería.

Sus labios rozan los míos...

—¡Zélie!

Doy un respingo y mi cuerpo regresa de golpe al mundo real.

Abro los ojos justo en el momento en el que Tzain aparta a Inan de mi lado. Lo levanta por el cuello del kaftán y lo tira al suelo.

—¡Para, Tzain! —Me levanto como puedo y me abro paso para colocarme en medio de los dos.

—¡¡No te acerques a mi hermana!!

—Debería irme. —Inan me mira un momento antes de perderse entre los árboles. Aprieta con fuerza la moneda de bronce—. Ya nos veremos en el campamento.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —le grito a mi hermano en cuanto Inan no puede oírnos.

—¿Qué me pasa a mí? ¡¿A mí?! —ruge Tzain—. Por los dioses, Zél, ¿qué demonios hacías en el bosque? ¡Pensaba que te había ocurrido algo!

—Intentaba ayudarlo. No sabe cómo controlar la magia. Le hace daño...

—Por el amor de los dioses, es el enemigo. Si le duele, ¡mejor para nosotros!

—Tzain, sé que cuesta de creer, pero quiere arreglar Orïsha. Intenta que todos los *maji* estén a salvo.

—¿Te ha lavado el cerebro? —Tzain niega con la cabeza—. ¿Para eso sirve su magia? Eres muchas cosas, Zél, pero sé que no eres tan ingenua, por favor.

—No lo entiendes. —Aparto la mirada—. Nunca te ha hecho falta. Tú eres el *kosidán* perfecto que cae bien a todo el mundo. Yo me paso el día temblando.

Tzain retrocede como si le hubiese tocado la fibra sensible.

—¿Crees que no sé lo que es levantarse todas las mañanas y preocuparse de si ese día será el último?

—¡Dale una oportunidad a Inan! Amari no es más que una princesa. Cuando regrese la magia, no será la primera en la línea de sucesión al trono. Si puedo convencer al príncipe heredero, ¡tendremos de nuestra parte al futuro rey de Orïsha!

—Ojalá oyeras las patrañas que sueltas. —Tzain se tira del pelo—. ¡No le importas nada, Zél! ¡Solo quiere meterse entre tus piernas!

Me arde la cara. El dolor se mezcla con la vergüenza. Este no es Tzain. Este no es el hermano que tanto quiero.

—Es el hijo del hombre que asesinó a Mama, por todos los dioses. ¿Tan desesperada estás?

—¡Tú estás loco por Amari! —grito—. ¿Por qué crees que eres mejor que yo?

—¡Porque ella no es una asesina! —contraataca Tzain—. ¡Ella no incendió nuestro pueblo!

Noto un murmullo en el aire. El corazón me golpea el pecho con fuerza mientras Tzain continúa con sus reproches. Sus palabras se me clavan como agujones, son más afiladas que cualquier ataque que haya sufrido antes.

—¿Qué diría Baba?

—No metas a Baba en esto...

—¿O Mama?

—¡Cállate! —le grito.

El murmullo del aire se convierte en un agitado zumbido. La parte más oscura de mi rabia sale a relucir, aunque intento refrenarla.

—Por todos los dioses, si Mama supiera que murió para que terminases siendo la ramera del príncipe...

La magia fluye por mis venas, caliente y violenta, se manifiesta con rabia y sin necesidad de pronunciar encantamiento alguno. Igual que una lanza, una sombra sale de mi brazo en espiral y le ataca con la furia de los muertos.

Todo ocurre en un parpadeo. Tzain grita. Yo me tambaleo.

Cuando termina, se agarra el hombro.

La sangre mana bajo sus dedos.

Me quedo mirando mis propias manos temblorosas, la neblina de las sombras de la muerte que giran a su alrededor. Al cabo de un momento, se desvanecen.

Pero el daño ya está hecho.

—Tzain... —Sacudo la cabeza; se me saltan las lágrimas—. No era mi intención. Te lo prometo. ¡Ha sido sin querer!

Tzain me mira como si no supiera quién soy. Como si yo encarnase una traición a todo lo que tenemos.

—Tzain...

Da un puñetazo a la pared con el semblante serio. Implacable.

Contengo un sollozo mientras caigo al suelo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS



ZÉLIE

Me quedo en la periferia del asentamiento hasta que anochece. En el bosque no tengo que enfrentarme con nadie. No tengo que enfrentarme conmigo misma.

Cuando ya no soporto seguir sentada en la oscuridad, regreso a mi tienda, aunque sé que voy a decepcionar a Zu. Rezo por no encontrarme con Tzain. Sin embargo, en cuanto Amari me ve, corre hacia mí con un kaftán de seda en la mano.

—¿Dónde estabas? —Me agarra de la mano y tira de mí para meterme en su tienda, casi me quita la ropa para ponerme el vestido de seda—. ¡Ya casi es la hora de la celebración y ni siquiera te he peinado!

—Amari, por favor...

—No te molestes en llevarme la contraria. —Aparta mi mano y me obliga a sentarme y estar quieta—. Esas personas quieren que las guíes, Zélie. Tienes que representar el papel.

«Tzain no se lo ha contado...».

Es la única explicación. Amari me pinta los labios de carmín y me perfila los ojos con carboncillo como haría una hermana mayor. Luego me pide que haga lo mismo con ella. Si supiera la verdad, tendría miedo de mí, seguro.

—Se te ha rizado muchísimo —dice mientras me sujeta un mechón con una horquilla.

—Creo que es la magia. Mama tenía el pelo igual.

—Te queda bien. Aún no he terminado y ya estás radiante.

Me ruborizo y miro el kaftán de seda que me ha obligado a ponerme. Su estampado violeta refleja aguas de un amarillo vivo y de un azul intenso; reluce contra mi piel oscura. Toco el cuello con pedrería incrustada. Ojalá Amari pudiese devolvérselo a quien sea que se lo ha prestado. No recuerdo la última vez que me puse un vestido; me siento desnuda sin tela que me cubra las piernas.

—¿No te gusta? —pregunta Amari.

—No importa. —Suspiro—. Me da igual la ropa que lleve. Solo quiero que esta noche acabe de una vez.

—¿Ha pasado algo? —tantea Amari con cautela—. Esta mañana estabas emocionada con la celebración. Ahora Zu me ha dicho que no quieres compartir el pergamino...

Frunzo los labios y agarro la tela del kaftán. Ver cómo desaparecía la sonrisa de la cara de Zu me llenó de una clase nueva de vergüenza. Todas esas personas confiando en que yo fuera su líder, cuando ni siquiera sé mantener a raya mi propia magia.

«Y mi magia no es lo único que no sé mantener a raya...».

El recuerdo del infierno de Kwame arde con tanta intensidad que siento un cosquilleo en la piel ante el calor imaginado. Me convengo de que no tengo nada que temer, pero lo único que siento ahora es miedo. ¿Y si Zu no hubiera podido controlarlo? ¿Y si Zu no hubiese llegado en ese momento? Si Kwame no hubiese apaciguado las llamas de su magia, yo ni siquiera estaría aquí ya.

—No es el momento adecuado —digo por fin—. Solo faltan cuatro días para el solsticio...

—Por eso... ¿Por qué no quieres devolver ya sus poderes a todos estos *divîners*? —Amari me agarra con más fuerza—. Por favor, Zélie, cuéntamelo. Quiero entenderlo.

Me abrazo las rodillas contra el pecho y cierro los ojos, casi sonrío ante las palabras de Amari. Recuerdo los días en los que ver la magia en acción la estremecía. Ahora es ella la que lucha por hacerla revivir mientras yo me acobardo.

Intento apartar los recuerdos del rostro de Tzain, la mirada más fría que me ha dirigido nunca. Reconocí el terror en sus ojos. Cuando Kwame tocó la piedra del sol y provocó las llamaradas, yo lo miré de la misma manera.

—¿Es por Inan? —Amari insiste al ver que me quedo callada—. ¿Tienes miedo de lo que pueda hacer?

—El problema no es Inan.

Por lo menos, no es este problema.

Amari hace una pausa y me suelta el pelo para arrodillarse a mi lado. Con la espalda recta y los hombros hacia atrás, parece la auténtica princesa que es, tan regia con ese vestido dorado que le han prestado.

—¿Qué ocurrió mientras Tzain y yo no estábamos?

Aunque me da un vuelco el corazón, no cambio la expresión de la cara.

—Ya te lo dije... Nos aliamos para poder liberaros.

—Zélie, por favor, necesito que seas sincera. Quiero a mi hermano, te lo aseguro. Pero nunca he visto esta faceta de él.

—¿A qué faceta te refieres?

—Rebelarse contra mi padre. ¿Luchar a favor de los *maji*? A Inan le ha pasado algo, y sé que tiene que ver contigo.

Su mirada indica que se lo imagina, y noto que me arden las orejas. Pienso en el espacio onírico, en el momento en que nuestros labios estuvieron a punto de tocarse.

—Ha aprendido. —Me encojo de hombros—. Vio lo que había hecho vuestro padre, lo que hacen sus guardias ahora mismo. Quiere encontrar la manera de solucionar las cosas.

Amari cruza los brazos y arquea una ceja.

—Debes de pensar que soy ciega o tonta, y sabes que no soy ciega.

—No sé de qué me hablas...

—Zélie, te mira embobado. Sonríe cómo... Cielos, ni siquiera sé cómo describirlo. Nunca lo he visto sonreír como lo hace cuando se dirige a ti. —Bajo la vista hacia el suelo y me coge por la barbilla. Me obliga a mirarla a los ojos—. Quiero que seas feliz, Zél. Más de lo que puedes imaginarte. Pero conozco a mi hermano.

—¿Qué se supone que significa eso?

Amari hace una pausa y me sujeta otro rizo con una horquilla.

—O está a punto de traicionarnos o aquí se está fraguando otra cosa.

Aparto la barbilla para soltarme y vuelvo a mirar hacia el suelo. El sentimiento de culpa se cuela por todos los rincones de mi cuerpo.

—Hablas igual que Tzain.

—Tzain está preocupado, y tiene motivos para estarlo. Puedo intentar dialogar con él, pero primero necesito saber si conviene o no.

«No conviene».

Esa es la opción más lógica. Pero, a pesar de todo lo que ha hecho, el recuerdo de Inan llevándome en brazos hasta el campamento se repite con viveza. Cierro los ojos y respiro hondo.

No recuerdo la última vez que me sentí tan segura en brazos de alguien.

—Cuando me dijiste que Inan tenía un buen corazón, pensé que eras una ingenua. Una parte de mí se siente ahora igual de ingenua, porque he visto ese corazón por mí misma. Me salvó cuando los guerreros de Zu iban a capturarme; hizo todo lo que pudo para conseguir liberaros a Tzain y a ti. Y cuando llegó el momento en que podría haber cogido el pergamino y haber huido con él, se quedó. Intentó salvarme.

Callo un momento y busco las palabras que quiere oír, las palabras que casi

me da miedo pronunciar en voz alta.

—Tiene un buen corazón. Y creo que por fin lo está usando.

Amari juguetea con los dedos. Se agarra el pecho.

—Amari...

Me rodea con los brazos y aprieta fuerte. Me quedo rígida porque me pilla desprevenida. Sin saber qué hacer, poco a poco le devuelvo el abrazo.

—Sé que puede sonarte ridículo, pero es que... —Se aparta y se limpia las lágrimas que amenazan con caerle por los ojos—. Inan siempre se ha visto atrapado entre el bien y el mal. Solo quiero creer que es capaz de hacer el bien.

Asiento con la cabeza y evalúo las cosas que quiero yo de Inan. Me da rabia contar las veces que he pensado en él hoy, las veces que he pensado en sus labios, en su sonrisa. A pesar de lo mucho que me empeño por reprimirla, el ansia permanece: la desesperación por notar su caricia otra vez...

Más lágrimas amenazan con brotar de los ojos de Amari, así que se las enjugo con la manga del kaftán.

—Basta —le ordeno—. Te vas a estropear el maquillaje.

Amari resopla.

—Me parece que eso ya lo has hecho tú.

—¡Oye! Ya te dije que no te fiaras de mí con el carboncillo.

—¿Cómo puedes blandir un palo de combate si eres incapaz de mantener el pulso firme?

Nos echamos a reír como un par de adolescentes y el sonido de la risa me resulta tan extraño que me pilla por sorpresa. Pero las risitas terminan de sopetón cuando Tzain irrumpe en la tienda de campaña. Me mira a los ojos y se detiene.

Al principio, me mira como si no me conociera, pero hay algo dentro de él que se derrite.

—¿Qué ocurre? —pregunta Amari.

A Tzain le tiembla la barbilla. Baja la mirada al suelo.

—Eh... Zél se parece a Mama.

Sus palabras me rasgan el corazón y lo calientan al mismo tiempo. Tzain nunca habla de Mama con ese tono de voz. En ocasiones, creo que la ha olvidado por completo. Pero cuando nos miramos a los ojos, me doy cuenta de que le ocurre lo mismo que a mí; lleva a Mama tan presente como el aire, un pensamiento que pasa cada vez que inspira.

—Tzain...

—Va a empezar la procesión. —Se vuelve hacia Amari—. Será mejor que termines.

Y dicho esto, se marcha y se me encoge el corazón.

Amari me da la mano.

—Hablaré con él.

—No lo hagas. —Hago caso omiso del sabor amargo en la lengua—. Solo conseguirás que se enfade contigo también.

«Y digas lo que digas, seguirá siendo todo culpa mía».

Me pongo de pie y tiro de las mangas del vestido, para alisar una arruga inexistente. Después de toda una vida de equivocaciones, hay muchísimas cosas de las que me arrepiento. Pero si solo pudiera cambiar uno de los errores cometidos en mi vida, este... este sería el que estaría dispuesta a eliminar a toda costa.

Angustiada, me dirijo a la salida y finjo que no me duele el corazón. Sin embargo, antes de que pueda salir, Amari me coge de la mano otra vez y me obliga a quedarme un poco más.

—Todavía no me has contado por qué no quieres compartir el pergamino. — Amari se pone de pie y me analiza—. Ahí fuera hay un valle entero rebosante de *divîners* esperando poder convertirse en *maji*. ¿Por qué les niegas esa posibilidad?

Las palabras de Amari me azotan igual que uno de los bofetones de Mama Agba. Igual que la espada que atravesó el pecho de Lekan. Ambos renunciaron a todo para darme la oportunidad de hacer esto y, sin embargo, lo único que hago es desperdiciarla.

Cuando en un principio pensé en compartir el pergamino con los demás *divîners* esta noche, no dejaba de imaginarme toda la belleza y alegría que repartiría esa nueva magia. Por una vez, el ambiente sería como el que se respiraba antes del Asalto. Los *maji* volverían a reinar.

Pero ahora, la sonrisa de cada *divîner* se distorsiona ante mí, convertida en el dolor que podría dejar la estela de esa magia: Terreros arrancando la tierra que pisamos; Parcas perdiendo el control y liberando oleadas de muertos. No puedo arriesgarme a que todos ellos recuperen la magia. No sin reglas. Sin líderes. Sin planes.

Y si no me veo capacitada para hacer esto ahora, ¿cómo voy a ser capaz de completar el ritual?

—Amari, es complicado. ¿Y si alguien se descontrola? ¿Y si toca la piedra del sol alguien que no debiera? ¿Podríamos iniciar a un Cáncer y morir todos por culpa de la enfermedad!

—Pero ¿qué dices? —Amari me coge por los hombros—. Zélie, ¿a qué viene

todo esto?

—No lo entiendes... —Niego con la cabeza—. No viste lo que podía hacer Kwame. Si Zu no se lo hubiese impedido... Si los carceleros tuvieran esa clase de poder, o un hombre como tu padre... —Se me seca la garganta al recordar las llamaradas—. ¡Imagina a todas las personas que podría incinerar si tuviera oportunidad de invocar a las llamas!

Lo saco todo de golpe, los miedos, las vergüenzas que me han atormentado durante todo el día.

—Y Tzain... —me detengo, porque no soy capaz de pronunciar las palabras.

Si ni siquiera puedo confiar en mí misma para mantener a raya mi magia, ¿cómo puedo esperar que se comporten un montón de *maji* sin freno de ningún tipo?

—Durante mucho tiempo había pensado que necesitábamos la magia para sobrevivir, pero ahora... Ahora ya no sé qué pensar. No tenemos plan alguno, no tenemos forma de crear normas ni establecer un control. Si la hacemos regresar sin más, podrían resultar heridas muchas personas inocentes.

Amari se queda en silencio un buen rato, para dejar que mis palabras se aposenten. Suaviza la mirada y tira de mi mano.

—Amari...

—Vamos, acompáñame.

Me arrastra fuera de la tienda y me veo transportada a otro mundo. Mientras estábamos dentro, el campamento ha cobrado vida. El valle rezuma energía juvenil, resplandece con la luz rojiza de los farolillos. Unos sabrosos pasteles de carne y porciones de plátano dulce pasan por delante de nuestras narices mientras la música vibrante y los tambores que retumban reverberan dentro de nuestra piel. Todos bailan al son de la jubilosa música, no pueden contener la emoción que les provoca la procesión.

Entre esa locura festiva atisbo a Inan, más guapo de lo que debería estar permitido, con una *agbada* de color azul oscuro y unos pantalones a juego. Cuando me ve, se queda boquiabierto. Siento un cosquilleo al saberme observada por él. Aparto la mirada, desesperada por acallar el resto de sentimientos. Inan se aproxima a nosotras, pero antes de que pueda decirnos nada, Amari tira de mí para introducirnos entre la multitud.

—¡Vamos! —invita a su hermano—. ¡No podemos perdérselo!

Zigzagueamos entre la masa mientras los asistentes al festival dan vueltas y menean el cuerpo a nuestro lado. Aunque una parte de mí quiere llorar, alargo el cuello para admirar la multitud, ansío sentir esa alegría, esa vida.

Los hijos de Orisha bailan como si no hubiera mañana, alabando a los dioses con cada paso. Glorifican con los labios el arrebató de la liberación, sus corazones cantan cánticos de libertad en yoruba. Mis oídos se ponen a bailar al escuchar las palabras en mi idioma, unas palabras que había llegado a pensar que solo escucharía dentro de mi cabeza. Parecen iluminar el ambiente con su embeleso.

Es como si el mundo entero volviese a respirar.

—¡Estás magnífica! —Zu sonrío mientras me admira—. Todos los chicos se morirán por bailar contigo, aunque creo que ya tienes un pretendiente declarado.

Ladeo la cabeza y sigo la dirección de su dedo, que señala a Inan; sus ojos me repasan como si fuese un leonario a punto de salir a cazar. Me gustaría aguantarle la mirada, alimentar el calor que nace bajo mi piel cuando me mira de esa manera. Pero me obligo a desviar la vista.

No puedo volver a herir a Tzain.

—*Mama! Òrìsà Mama! Òrìsà Mama, àwá un dúp pé egb igbe wá...*

Cuanto más nos acercamos al centro, más resuena el canto. Me transporta a las montañas de Ibadan, cuando Mama me cantaba esa estrofa como si fuese una nana antes de irme a dormir. Tenía una voz suave y con mucho cuerpo, como el terciopelo y la seda. Me pierdo en esa sensación tan familiar cuando una niña pequeña con una voz potente entona un solo entre la multitud.

—*Mama, Mama, Mama...*

Mientras las voces llenan la noche con su cántico celestial, una joven *divîner* con la piel marrón claro y el pelo blanco corto entra en el círculo. Ataviada con unas ampulosas vestimentas azules, parece encarnar el retrato que nos mostró Lekan de Yem ja, la diosa que tomó las lágrimas de Madre Cielo. La *divîner* gira y se contonea al ritmo de la canción, con un cántaro de agua en la cabeza. Cuando el coro llega al punto álgido, tira el agua al aire y abre los brazos por completo para recibir la lluvia que cae sobre su piel.

Los vítores de la multitud aumentan de volumen mientras la *divîner* sale del círculo dando vueltas y en su lugar entra bailando Folake. Los abalorios de su kaftán amarillo captan la luz y relucen mientras se mueven por su piel. Encandila a todos con su sonrisa, y más que a nadie, a Kwame. Cuando la multitud se muere de expectación, expone las palmas de las manos. La muchedumbre la aclama cuando unas chispas de luz dorada salen de esas manos y bailan junto a ella por el campamento.

—*Mama, Mama, Mama...*

Un *divîner* tras otro entra en el círculo, todos y cada uno de ellos vestidos

como los hijos de Madre Cielo. Aunque no pueden invocar la magia de verdad, sus imitaciones llenan de alegría a los espectadores. Al final, una chica que debe de tener mi edad da un paso al frente. Va vestida con unas vaporosas sedas rojas y una diadema de abalorios resplandece contra su piel. «Oya»... Mi diosa hermana.

Aunque no puede compararse con la majestuosidad de Oya en mis visiones, la *divîner* tiene un aura mágica propia. Igual que Folake, luce unos largos tirabuzones blancos que suben y bajan como un muelle mientras baila, y se enredan alrededor de su cuerpo igual que las sedas rojas. En una mano luce el *irukere* característico de Oya, un látigo corto hecho con el pelo de la melena de un leonario. Mientras da vueltas al objeto mágico alrededor del círculo, las alabanzas de los *divîners* se incrementan.

—Tú formas parte de esto. —Amari entrelaza los dedos en los míos—. No permitas que nadie nos arrebatte esta magia.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE



AMARI

La procesión termina al cabo de un rato, pero la música y el baile continúan hasta bien entrada la madrugada. Pego un mordisco a otro pastelito *moín moín* mientras disfruto de las festividades y saboreo cómo se funde en mi boca ese pastelillo de judías al vapor. Un *divîner* pasa por delante con una bandeja de *shuku shuku* y casi se me saltan las lágrimas cuando el coco dulce me toca la lengua.

—Ya era hora.

Noto el cosquilleo del aliento de Tzain detrás de la oreja y luego se extiende de forma agradable por mi cuello. Por una vez en la velada, está solo, liberado del enjambre de chicas *divîners* que llevan toda la noche tratando de conquistarlo.

—¿Perdona? —le pregunto.

Engullo el resto de *shuku shuku* de un solo mordisco.

—Te estaba buscando. Eres muy escurridiza.

Me limpio las migajas de los labios, ansiosa por ocultar que me he zampado la mitad de las provisiones del festival. Aunque, cuando me lo puse, el vestido me iba perfecto, ahora las costuras me tiran a la altura de las caderas.

—Bueno, supongo que no es fácil moverse cuando una bandada de chicas te entorpece el paso a cada momento, ¿no?

—Lo lamento mucho, princesa. —Tzain se ríe—. Pero deberías saber que se necesita tiempo para acercarse a la chica más guapa del lugar.

Me mira con dulzura, igual que la noche que me tiró al río y se desternilló cuando intenté tirarlo también como revancha. Era una faceta extraña en él; después de todo lo que ha ocurrido desde entonces, no estaba segura de si volvería a verla.

—¿Qué pasa?

—Nada. Pensaba. —Me encojo de hombros y vuelvo la cabeza hacia el mar de *divîners* danzarines—. Estaba preocupada por ti. Tienes aguante, pero

supongo que no debió de ser fácil de soportar la tortura que te hicieron en aquella tienda de campaña.

—Bueno... —Tzain sonrío—. Se me ocurren otras formas mucho mejores de pasar la noche con una chica encerrado en una tienda.

Me ruborizo tanto que estoy segura de que el color rojo de mis mejillas contrasta con las aguas doradas del vestido.

—Podría decir que la otra noche fue la primera que pasé con un chico.

Tzain suelta un bufido.

—¿Y estuvo a la altura de tus fantasías?

—No lo sé... —Me llevo los dedos a los labios—. No imaginaba que llevaría las manos atadas la primera vez...

Para mi sorpresa, Tzain suelta una sonora carcajada, más escandalosa que cualquiera que le haya oído soltar en mi presencia. Se me hincha el pecho al oírlo. No había hecho reír tanto a nadie desde que charlaba con Binta. Unas palabras implícitas nadan dentro de mí, pero antes de que pueda responder, otra risita llama nuestra atención.

Me doy la vuelta y me encuentro a Zélie a unas tiendas de distancia, bailando en la periferia de la multitud. Se ríe mientras bebe de una botella de vino de palma y hace dar vueltas sin parar a un niño *divîner*. Aunque sonrío al ver su alegría, el rostro de Tzain se ensombrece y muestra la misma tristeza que tenía en la tienda de campaña. Pero al instante, toda esa tristeza desaparece en cuanto Tzain ve a Inan. Mi hermano contempla a Zélie como si fuese la única rosa roja de un jardín de rosas blancas.

—¿Has visto eso?

Agarro a Tzain de la mano y tiro de él para acercarlo a un círculo de alegres *divîners*. Noto un cosquilleo en el estómago cuando su mano arropa la mía.

Los hombros anchos de Tzain parten la muchedumbre igual que si fuese un pastor que se desplaza entre un rebaño de ovejas. En cuestión de segundos, llegamos hasta la animada bailarina del centro del círculo, que rebosa exuberancia y vida. Su vestido de pedrería resplandece a la luz de la luna y acentúa cada contoneo y giro de sus caderas. Todas las curvas de su cuerpo se mueven al ritmo de la música y dejan a la multitud embelesada con cada gesto.

Tzain me invita a sumarnos al baile, pero lo freno cogiéndolo del brazo.

—Por el amor de los cielos, ¿se puede saber qué haces?

—Únete a la fiesta. —Se echa a reír—. Ya va siendo hora de que vea cómo te mueves.

—Te has pasado bebiendo *ogogoro* —digo entre risas.

—¿Y si bailo yo? —me pregunta—. Si yo lo hago, ¿lo harás tú también?

—Desde luego que no.

—¿Me lo prometes?

Salta en medio del círculo y deja sobresaltada a la bailarina. Toda la multitud da un paso atrás. Transcurre un largo instante en el que Tzain no se mueve, sino que se limita a mirar a todos los asistentes con una seriedad fingida en el rostro. Pero cuando empiezan a sonar los cuernos, Tzain casi estalla en un frenesí de movimiento. Se sacude y salta como si unas hormigas de fuego se le hubieran colado en los pantalones.

Me río con tantas ganas que me cuesta respirar, y me agarro del *divîner* que tengo más cerca para mantener el equilibrio. Cada uno de sus movimientos provoca más vítores y hace que el círculo de admiradores se duplique.

Mientras él sacude los hombros y se deja caer en el suelo, la chica que bailaba en el centro vuelve a sumarse y da vueltas por todo el espacio. Me irrito al ver cómo se contonea, la seducción que desprende cada golpe de sus caderas. Mira a los ojos a Tzain con un deseo de flirtear tan intenso que, sin querer, hago una mueca. ¿Cómo puedo sorprenderme? Con esa sonrisa ancha, esos músculos fuertes e imponentes...

Unas manos callosas me agarran por las muñecas. Unas manos grandes. «Las manos de Tzain».

—¡Tzain, no!

Su malicia supera mi miedo. Antes de que me dé cuenta, estoy en medio del círculo. Me quedo congelada, paralizada mientras innumerables ojos aterrizan en mí. Me doy la vuelta para escapar, pero Tzain me agarra con más fuerza y me hace girar a la vista de todo el mundo.

—¡Tzain! —chillo, pero el terror se disuelve en una risa que no puedo detener.

La emoción me recorre mientras nos movemos. Aunque suelo ser muy patosa bailando, al final consigo seguir el ritmo. Por un momento, la multitud desaparece y solo veo a Tzain: su sonrisa, sus cariñosos ojos marrones.

Podría vivir una eternidad así, dando vueltas y riendo en la seguridad de sus brazos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO



INAN

Zélie está más guapa que nunca.

De la mano de un niño *divîner*, resplandece con su vestido violeta, una diosa danzarina entre la multitud. El aroma a sal marina de su alma se impone sobre los intensos olores de los platos del festival. Me llega con toda su fuerza.

Una marea oceánica que me arrastra hacia ella.

Mientras la observo, es facilísimo olvidarme de los *maji*. De la monarquía. De Padre. En este momento, en lo único en que puedo pensar es en Zél. Su sonrisa ilumina el mundo igual que la luna llena ilumina un cielo sin estrellas.

Cuando se cansa de dar vueltas, le da un abrazo al niño. El chiquillo suelta un grito emocionado al notar que Zélie le planta un beso en la frente. Pero en cuanto él se marcha corriendo, tres jóvenes dan un paso adelante para ocupar su lugar.

—Perdona...

—Hola, soy Deká...

—Estás preciosa esta noche...

Sonrío mientras intentan cautivarla. Todos tratan de hablar más alto que los demás. Mientras charlan, rodeo a Zélie por la cintura y aprieto con los dedos.

—¿Me concedes este baile?

Se da la vuelta, furiosa. Entonces se da cuenta de que soy yo. Al ver su sonrisa, siento su emoción dentro de mí. Luego percibo un anhelo. Y un ápice de miedo. Tzain pasa fugazmente por su mente, así que la estrecho contra mí.

—Te llevaré a un sitio donde no pueda vernos.

Un calor electrizante pasa de su cuerpo al mío. La agarro más fuerte.

—Entiendo que eso es un sí.

La tomo de la mano y la guío entre la multitud, pasando por alto las miradas emboadas de sus pretendientes. Nos abrimos paso hasta el bosque que rodea el campamento. Lejos de la celebración y el baile. El aire fresco es una bendición. Va cargado con el intenso aroma de las hogueras, la corteza y las hojas húmedas.

—¿Seguro que no ves a Tzain?

—Seguro del todo.

—¿Y si...? ¡Aaaaah!

Zélie se tropieza y cae al suelo. Una risita infantil sale de su boca. Mientras reprimo la risa para ayudarla, me entra en la nariz el olor a vino de palma con miel.

—Por todos los cielos, Zél, ¿estás borracha?

—Ojalá. Quien destiló este licor no sabía lo que hacía... —Me coge de la mano y se apoya contra un tronco para mantener el equilibrio—. Supongo que me he mareado de tanto dar vueltas bailando con Salim.

—Voy a buscarte agua.

Hago ademán de alejarme, pero Zélie me coge por el brazo.

—Quédate.

Desliza los dedos entre mis manos. Noto un calor ardiente en todo el cuerpo en cuanto me toca.

—¿Estás segura?

Asiente y vuelve a soltar una risita. Su melódica risa me anima a acercarme.

—Querías sacarme a bailar, ¿no? —Sus ojos plateados despiden un brillo travieso—. Quiero bailar.

Igual que los chicos deseosos que rodeaban a Zélie hace un rato, doy un paso adelante. Cuando deslizo la mano por encima de su muñeca, cierra los ojos e inspira hondo. Hunde los dedos en la corteza del árbol.

Su reacción llena todas y cada una de las células de mi ser con un deseo irrefrenable, un impulso visceral que no había experimentado nunca. Me cuesta horrores contenerme para no besarla, para no acariciarle las curvas y apretarla contra el árbol.

Cuando abre los ojos y parpadea otra vez, me inclino hacia delante para que mis labios rocen su oreja.

—Si de verdad quieres bailar, tendrás que moverte, pequeña Zél.

Se pone tensa.

—No me llames así.

—¿Tú me llamas «principito» y yo no puedo llamarte «pequeña Zél»?

Deja caer los brazos. Aparta la cara.

—Mama me llamaba así.

«Cielos».

La suelto. Me entran ganas de darme de cabezazos contra el tronco.

—Zél, lo siento mucho. No quería...

—Ya lo sé.

Baja la mirada hacia el suelo. Su espíritu jugueteón desaparece y se ahoga en

un mar de pena. Pero entonces, una oleada de terror se forma dentro de ella.

—¿Estás bien?

Se aferra a mí sin previo aviso y aprieta la cabeza contra mi pecho. Su miedo se me cuela dentro de la piel. El terror me apresa la garganta. La consume —crudo y poderoso—, igual que aquel día en el bosque. Salvo que ahora no es la monarquía la que la atormenta; es la sombra de la muerte que surge de sus propias manos.

La abrazo y la estrecho con fuerza. Daría cualquier cosa por hacer desaparecer ese miedo. Nos quedamos abrazados un buen rato, desaparecemos el uno en los brazos del otro.

—Hueles igual que el mar.

Parpadea y me mira.

—Tu espíritu... —aclaro—. Siempre ha oído igual que el mar.

Se me queda mirando con una expresión que no sé discernir. Tampoco dedico demasiado tiempo a intentar averiguarlo. Me basta con perderme en sus ojos. Existir solo dentro de su mirada de plata.

Le sujeto un rizo detrás de la oreja. Vuelve a apoyar la cabeza en mi pecho.

—Hoy he perdido el control. —Se le quiebra la voz—. Le he hecho daño. He herido a Tzain.

Abro la mente un poco más, justo por encima del punto en el que siento puro alivio. El recuerdo de Zélie se abalanza sobre mí como una ola que rompe en la playa.

Lo siento todo, las palabras hirientes de Tzain, las sombras que surgieron enfurecidas. La culpabilidad, el odio, la vergüenza que dejó la estela de la magia.

Aprieto aún más a Zélie y noto un arrebato ardiente cuando me devuelve el abrazo con la misma intensidad.

—Yo también perdí el control una vez.

—¿Le hiciste daño a alguien?

—Peor. Maté a alguien —digo en voz baja—. Alguien a quien amaba.

Se aparta y me mira a la cara. Las lágrimas se acumulan en sus ojos.

—¿Por eso tienes tanto miedo de tu magia?

Asiento con la cabeza. El sentimiento de culpa por la muerte de Kaea me apuñala como un cuchillo.

—No quería que nadie más resultase herido.

Zélie vuelve a descansar la cabeza en mi pecho y suelta un profundo suspiro.

—No sé qué hacer —confiesa.

—¿Con qué?

—La magia.

Abro los ojos como platos. De todas las cosas que me había imaginado, nunca pensé que oiría esta duda salir de su boca.

—Esto es lo que quiero. —Zélie hace un gesto con la mano para señalar la alegría del festival—. Esto es por lo que he estado luchando, pero cuando pienso en lo que ocurrió... —Se queda sin voz. El hombro ensangrentado de Tzain llena su mente—. Estas personas son buenas. Tienen un corazón puro. Pero ¿qué ocurrirá si devuelvo la magia al mundo y quien intenta tomar el poder es un *maji* que no lo merece?

Es un miedo tan familiar que lo siento como si fuese mío. Pero, al mismo tiempo, no es tan fuerte como antes, ni muchísimo menos. Incluso cuando pienso otra vez en Kwame envuelto en llamas, la primera imagen que me viene a la mente es cómo esas llamas se extinguieron de repente en cuanto Zulaikha le indicó que parase.

Zélie abre la boca para seguir hablando, pero no le salen las palabras. Observo sus labios carnosos. Los contemplo con avidez cuando se los muerde.

—Es tan injusto —dice con un suspiro.

Bajo la mirada hacia ella. Cuesta creer que ambos estemos despiertos. ¿Cuántas veces he deseado estrecharla en mis brazos así? ¿Sentir que ella me devolvía el abrazo?

—Tú no haces más que bailar dentro de mi mente cuando yo no tengo ni idea de lo que pasa por la tuya.

—¿En serio quieres saberlo?

—¡Pues claro que quiero saberlo! ¿Te das cuenta de lo bochornoso que es no tener...?

La empujo contra el tronco. Le beso con ardor en el cuello. Suspira cuando le acaricio la espalda. Un leve gemido escapa de sus labios.

—Esto —susurro. Le rozo la piel con los labios mientras pronuncio las siguientes palabras despacio—. Esto es lo que pensaba. Esto es lo único que tengo en la cabeza.

—Inan —dice en un susurro casi ronroneando.

Hunde los dedos en mi espalda y me acerca aún más a su cuerpo. Todo mi ser la desea. Desea esto. En todo momento.

Con este deseo, lo veo todo claro. Las cosas empiezan a cobrar sentido.

No hay por qué temer a la magia.

Nos basta con tenernos el uno al otro.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE



ZÉLIE

«No puedes».

«No puedes».

«No puedes».

Da igual cuántas veces repito esas palabras, el deseo me domina como una montura fuera de control.

Tzain nos matará si se entera. Pero incluso mientras ese pensamiento me cruza la mente, hincó las uñas en la espalda de Inan. Tiro de él hacia mí, aprieto hasta que casi noto las partes duras de su cuerpo. Quiero sentir todavía más. Quiero sentirlo a él.

—Vuelve a Lagos conmigo.

Me obligo a abrir los ojos. Creo que he oído mal.

—¿Qué?

—Si lo que quieres es libertad, vuelve a Lagos conmigo.

Es como zambullirme en los lagos helados de Ibadan; un choque visceral que me arranca de nuestra fantasía. Un mundo en el que Inan no es más que un chico guapo con un kaftán que le sienta como un guante; un *maji*, no un príncipe.

—Prometiste que no te meterías en mi camino...

—Y cumpliré la promesa —me interrumpe Inan—. Pero Zélie, ahora no estamos hablando de eso.

Unos muros empiezan a formarse alrededor de mi corazón, muros que sé que él puede percibir. Se aparta y separa las manos de mi espalda para colocarlas en mis mejillas.

—Cuando logres devolver la magia, los nobles pelearán con uñas y dientes para detenerte. El Asalto se repetirá una y otra vez. La guerra no terminará hasta que una generación entera de orışhanos haya muerto.

Aparto la mirada, pero en el fondo, sé que tiene razón. Ese es el origen del miedo que no puedo reprimir, el motivo por el que no soy capaz de disfrutar de corazón del festival. Zu ha construido un paraíso, pero cuando la magia regrese, el sueño terminará. La magia no nos traerá la paz.

Solo nos ofrecerá la posibilidad de luchar.

—Y ¿cómo va a contribuir a terminar esa guerra el hecho de que yo vaya a Lagos? —le pregunto—. Ahora mismo, mientras hablamos, ¿tu padre le ha puesto precio a mi cabeza!

—Mi padre tiene miedo. —Inan niega con la cabeza—. Está desorientado, aunque tiene motivos para el temor. Lo único que ha visto el monarca hasta ahora es toda la destrucción que pueden ocasionar los *maji*. El rey nunca ha experimentado nada parecido a esto. —Señala el campamento y su rostro se ilumina con tal esperanza que prácticamente brilla en la oscuridad—. Zulaikha creó esto en una luna, y hay más *divîners* en Lagos que en cualquier otra parte de Orïsha. Imagínate lo que podríamos lograr si los recursos de la monarquía nos respaldasen.

—Inan...

Intento resistirme, pero me pone un mechón detrás de la oreja y me acaricia el cuello con el pulgar.

—Si mi padre pudiera ver esto... Verte a ti...

Basta esa caricia para que todo mi ser se estremezca y aparte las dudas. Me inclino hacia él, ávida de más.

—Vería lo mismo que me has mostrado a mí. —Inan se acerca más—. Los *maji* de hoy no son los *maji* contra los que luchó. Si construimos una colonia como esta en Lagos, comprenderá que no tiene nada que temer.

—Este asentamiento solo sobrevive porque nadie sabe que estamos aquí. Tu padre nunca permitiría que los *maji* se congregaran, salvo que fuese en galeras o en la cárcel, sujetos con grilletes.

—No le quedará alternativa. —Inan me agarra más fuerte, y por primera vez veo una chispa de desafío ardiendo en su mirada—. Cuando la magia regrese, no tendrá poder suficiente para reprimirla. Tanto si está de acuerdo conmigo desde el principio como si no, con el tiempo acabará por entender que es lo mejor. Por primera vez, podremos unirnos en un solo reino. Amari y yo lideraremos la transición. Si estás de nuestra parte, podremos conseguirlo.

Una llama de esperanza se enciende dentro de mí, una llama que más me valdría apagar. La visión de Inan empieza a cristalizar dentro de mi mente, las estructuras que los Terreros podrían erigir, las técnicas que Mama Agba podría enseñarnos a todos. Baba no tendría que volver a preocuparse por los impuestos. Tzain se pasaría el resto de la vida jugando al *ag*...

Antes de que pueda acabar de formular el pensamiento, la culpabilidad me

acecha. El recuerdo de la sangre que manaba por debajo de los dedos de mi hermano ahoga la excitación.

—No funcionaría —susurro—. La magia seguiría siendo demasiado peligrosa. Gente inocente podría resultar herida.

—Hace unos días yo habría dicho lo mismo. —Inan se aparta—. Pero esta mañana me demostraste que no era así. Bastó una única lección para que me diera cuenta de que algún día podría controlar de verdad mi magia. Si enseñásemos a los *maji* a hacer lo mismo en unas colonias designadas a eso, podrían volver a entrar en Orïsha una vez que estuviesen entrenados.

A Inan se le iluminan los ojos y habla cada vez más rápido.

—Zélie, imagínate en qué podría convertirse Orïsha. Los Sanadores como Zu erradicarían la enfermedad. Un equipo de Terreros y Soldadores eliminarían la necesidad de mano de obra forzosa. Cielos, imagina cómo podría combatir el ejército orïshano si tus animaciones lideraran el avance de las tropas.

Me toca la frente con la suya y se acerca tanto a mí que no puedo pensar con claridad.

—Será una nueva Orïsha —añade más tranquilo—. Nuestra Orïsha. Sin batallas. Sin guerras. Solo paz.

«Paz...».

Hace tanto que no sé lo que significa esa palabra... Solo consigo la paz dentro de la ensoñación. El consuelo de estar arropada en brazos de Inan.

Por un segundo, me permito imaginar el final de los conflictos de los *maji*. Pero no con espadas y revolución, sino con paz.

Con Inan.

—¿Hablas en serio?

—Más que en serio. Zél, necesito hacer esto. Quiero cumplir todas las promesas que te he hecho, pero no puedo hacerlo en solitario. Y tú no puedes hacerlo solo con la magia. Pero juntos... —Una deliciosa sonrisa se expande por su rostro y me atrapa—. Seríamos imparables. El mejor equipo que habría en Orïsha.

Miro por detrás de él hacia los *divîners* que bailan, atisbo al chico con el que he bailado antes entre la multitud. Salim da tantas vueltas que acaba tumbándose en el suelo, mareado.

Inan quita la mano de mi mejilla y entrelaza los dedos con los míos; su calor se extiende sobre mi cuerpo como si fuese una cálida manta cuando me abraza de nuevo.

—Sé que estamos destinados a trabajar juntos. —Baja la voz hasta convertirla

en un susurro—. Creo que... estamos destinados a hacer algo más juntos.

La cabeza me da vueltas al oírlo. O son sus palabras o es el alcohol. Sin embargo, a pesar del mareo, sé que tiene razón. Ese es el único modo de que todos estemos a salvo. La decisión que puede poner fin a esta lucha interminable.

—De acuerdo.

Inan me interroga con la mirada. La esperanza murmura a su alrededor como el débil eco de unos tambores.

—¿De verdad?

Asiento con la cabeza.

—Tendremos que convencer a Tzain y Amari, pero si lo dices en serio...

—Zél, nunca he hablado tan en serio en toda mi vida.

—Entonces, mi familia también tendrá que ir a Lagos.

—Por supuesto. No permitiría que fuese de otro modo.

—Y no olvides que tienes que reconstruir Ilorin...

—¡Será lo primero que hagan los Terreros y los Amos de las Mareas!

Antes de que pueda poner más peros, Inan me coge en volandas y se pone a dar vueltas. Su sonrisa se ensancha tanto que me resulta imposible no corresponderle con otra sonrisa. Me río mientras me deja en el suelo, aunque el mundo sigue dando vueltas unos instantes más.

—Creo que no deberíamos decidir el destino de Orisha mientras bailamos y damos vueltas en el bosque.

Me da la razón y desliza lentamente hacia arriba las manos por los costados de mi cuerpo, hasta volver a colocarlas sobre mi cara.

—Supongo que tampoco deberíamos hacer esto.

—Inan...

Antes de que yo pueda decirle que no podemos, que Tzain acaba de afilar el hacha y la tiene preparada a unas tiendas de distancia, Inan me besa en los labios y todo se difumina. Es un beso tierno pero intenso, que se filtra en mi interior con suavidad. Y sus labios son... tan suaves.

Más suaves de lo que había imaginado nunca que pudieran ser unos labios.

Iluminan todas las células de mi cuerpo, transmiten un calor especial por mi espalda. Cuando finalmente se aparta de mí, el corazón me late tan desbocado que me siento como si acabase de terminar un combate. Inan tarda en abrir los ojos mientras una sonrisa deliciosa le alegra la cara.

—Lo siento... —Pasa el dedo pulgar por mi labio inferior—. ¿Quieres volver al campamento?

«Sí».

Sé lo que debería hacer. Lo que probablemente me convenga hacer. Pero ahora que he probado un bocado de él, suelto todos los frenos.

Inan abre mucho los ojos cuando le cojo la cabeza y lo obligo a besarme otra vez.

Los frenos pueden esperar a mañana.

Esta noche lo quiero a él.

CAPÍTULO SESENTA



AMARI

Me río como no me he reído desde hace años mientras Tzain me da vueltas y más vueltas. Se agacha para volver a cogerme en volandas, pero entonces se detiene y me deja en el suelo. La sonrisa que le surcaba la cara de oreja a oreja hace un instante cae igual que las gotas de sudor. Sigo su línea de visión justo a tiempo de ver que Inan coge la cara de Zélie y se la acerca para darle un beso.

«¡Cielos!».

Se me escapa un suspiro de los labios. Noté que una chispa había saltado entre ellos; lo que no sabía era que el fuego prendería tan rápido. Sin embargo, al observar cómo Inan besa a Zélie, me surgen otras preguntas. Veo la ternura con la que la abraza, cómo la recorre con las manos, cómo la estrecha contra su cuerpo...

Me ruborizo y aparto la mirada; un abrazo como ese es demasiado íntimo para contemplarlo desde fuera. Aunque Tzain no comparte mi incomodidad. Al contrario, parece que mira con más ahínco. Todos los músculos se le tensan; endurece la mirada, su alegría se ha borrado por completo.

—Tzain...

Me aparta de un manotazo y sale corriendo, decidido a atacar con una furia que no había presenciado jamás.

—¡Tzain!

Se mueve como si no pudiese verme, como si no pensara detenerse hasta ponerle las manos en el pescuezo a mi hermano para asfixiarlo.

Entonces, es Zélie quien coge a Inan y acerca los labios de él a los suyos.

La estampa deja a Tzain petrificado en mitad de una zancada. Retrocede trastabillando, como si hubiese recibido un ataque físico. Entonces se quiebra de repente, rompiéndose por la mitad como una ramita entre dos puños apretados.

Me deja plantada y se adentra entre la multitud de *divîners* con paso decidido, avanza dando codazos por la fiesta hasta la zona de las tiendas de campaña. Con mucho esfuerzo, logro alcanzarlo y veo que se apresura a entrar en su tienda. Esquiva a Nailah y la mochila de Zélie para agarrar el mango del hacha...

—¡Tzain, no!

Hace oídos sordos a mis gritos y mete el hacha en su bolsa. Junto con la capa, la comida... ¿el resto de sus pertenencias?

—Pero ¿qué haces?

Tzain hace caso omiso y apretuja la capa con saña para que entre en la bolsa, como si la prenda también hubiese besado a su hermana. Alargo el brazo para tocarlo, pero aparta el hombro de una sacudida.

—Tzain...

—¡¿Qué?! —me grita. Sin querer, me encojo de miedo. Hace una pausa y suelta un hondo suspiro—. Lo siento, es que... No puedo hacerlo. Abandono.

—¿A qué te refieres con que abandonas?

Tzain se coloca las asas de cuero por la espalda y tira de ellas.

—Me marchó. Puedes venir conmigo si quieres.

—Espera, ¿qué dices?

Tzain no se detiene a responder. Antes de que me dé tiempo de decir algo más, sale disparado entre las cortinas de la entrada de la tienda y me abandona en la fría noche.

—¡Tzain!

Corro tras él tan rápido como puedo, pero no hace ademán de esperarme. Sale como un rayo del terreno del campamento y deja tras su estela todos los restos del festival. Mientras observo cómo vuela entre la hierba silvestre, me llega el leve murmullo del río Gombe. Antes de que me dé tiempo a alcanzarlo, ya ha llegado al siguiente valle.

—¡Tzain, por favor!

Se para, pero tensa las piernas como si estuviese preparado para emprender la huida de nuevo en cualquier momento.

—¿No puedes ir un poco más despacio? —le suplico—. Por lo menos... ¡respira! Sé que odias a Inan, pero...

—Me importa un carajo Inan. Todo el mundo puede hacer lo que le venga en gana, demonios. Pero que no me metan en medio.

Se me contrae el pecho ante la crueldad de sus palabras, que echan por tierra toda la ternura que había mostrado antes. A pesar de que me tiemblan las piernas, las obligo a avanzar.

—Estás disgustado. Lo entiendo, pero...

—¿Disgustado? —Tzain entrecierra los ojos—. Amari, estoy harto de luchar por mi vida, harto de pagar los platos rotos por los errores de los demás. ¡Estoy harto de hacer todo lo que puedo para mantenerla a salvo cuando lo único que

hace ella es mandarlo todo al garete! —Baja la cabeza con los hombros caídos. Por primera vez desde que lo conozco, parece una persona pequeña; es desconcertante verlo con ese aspecto—. No pierdo la esperanza de que algún día Zélie madure, pero ¿por qué iba a hacerlo cuando yo siempre estoy aquí? ¿Por qué iba a cambiar cuando siempre me tiene a mí esperando, listo para limpiar lo que ella ensucia?

Doy un paso adelante y lo agarro de las manos, entrelazo los dedos entre los suyos nudosos.

—Sé que su relación es confusa... Pero te prometo que, en el fondo de su corazón, las intenciones de mi hermano son puras. Zélie odiaba a Inan más que ninguno de nosotros. Si ahora siente eso por él, tiene que significar algo.

—Significa lo mismo que siempre. —Tzain se zafa de mis manos—. Zélie ha hecho otra estupidez, y tarde o temprano le estallará en la cara. Espera a ver la explosión si quieres, pero yo me voy. —Se le quiebra la voz—. Además, nunca quise participar en esto.

Tzain vuelve a alejarse y rompe algo en mi interior. Este no es el hombre que conozco, el hombre que he empezado a...

¿Amar?

La palabra flota en mi mente, pero no puedo llamarlo así. El amor es demasiado fuerte, demasiado intenso para lo que siento. Para lo que tengo permitido sentir. Pero aun con todo...

—Tú nunca la has dejado en la estacada —grito a su espalda—. Nunca. Ni una sola vez. Incluso cuando te ha obligado a renunciar a todo... Siempre estás a su lado.

«Igual que Binta». Visualizo la juguetona sonrisilla de mi amiga, que ilumina la fría noche. Tzain ama con tanto fervor como lo hacía ella, sin condiciones... Incluso cuando no debería hacerlo.

—¿Por qué ahora? —continúo—. Después de todo lo ocurrido, ¿por qué le haces esto?

—¡Porque él destruyó nuestro hogar! —se defiende Tzain. Una vena se le abulta en el cuello mientras chilla—. Mucha gente se ahogó. Hubo niños que murieron. Y ¿para qué? —Tzain fuerza la voz y al final hace una pausa, que dedica a abrir y cerrar los puños—. Puedo protegerla de muchas cosas, pero si sigue comportándose de esta forma tan idiota, tan descuidada... Al final la van a matar. Y yo no pienso quedarme aquí para verlo.

Dicho esto, se da la vuelta, se recoloca la mochila y se aleja, adentrándose en la oscuridad.

—¡Espera! —exclamo, pero esta vez Tzain no aminora el paso.

Con cada zancada que da, mi corazón bombea con más fuerza contra el pecho. Está decidido a hacerlo.

Se marcha de veras.

—Tzain, por favor...

Suena una corneta, que corta la noche.

Me quedo petrificada cuando oigo que se le suman otras. Entre todas silencian los tambores del festival.

Me doy la vuelta y se me para el corazón al ver de pronto el sello real que siempre me ha atormentado, reluciente en todos los uniformes que tengo ante mí. Los ojos de decenas de leopardarios de nieve parecen relucir en la oscuridad.

Los hombres de Padre han llegado.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO



ZÉLIE

Inhalo profundamente cuando Inan desliza las manos hacia mis muslos. El contacto hace que todas las partes de mi cuerpo estallen en pedazos; me cuesta concentrarme en devolverle el beso. Pero, aunque mis labios se olvidan de lo que tienen que hacer, Inan no pierde ni un segundo. Sus electrizantes besos se desplazan desde mi boca al cuello, tan intensos que apenas puedo respirar.

—Inan...

Me ruborizo, pero no vale la pena ocultarlo. Sabe lo que provocan en mí sus besos, cómo me arde la piel cuando me toca. Si mis emociones llegan a él como un tsunami, sin duda a estas alturas ya debe de saber cuánto deseo que esto ocurra. Cómo se desvive mi cuerpo por permitir que sus manos avancen y me acaricien...

Inan aprieta la frente contra la mía y desliza las manos hacia la parte baja de mi espalda.

—Créeme, Zél. Lo que provocho en ti no es nada comparado con las sensaciones que tú provocas en mí.

Se me acelera el corazón y cierro los ojos mientras Inan me estrecha contra su cuerpo. Se inclina hacia mí para darme otro beso...

Oímos una estridente corneta. Un sonido metálico surca el aire.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto.

Nos separamos al oír otro estallido metálico.

Inan me agarra con más fuerza, pero noto que empieza a cubrirse de un sudor frío.

—Tenemos que irnos.

—¿Qué sucede?

—Zél, vamos...

Me libero de sus manos y corro hacia el límite del bosque, desde donde se ve el campamento. La música de la celebración se para en seco mientras todos intentan averiguar cuál es el origen de esos sonidos. Una histeria contenida irrumpe entre la multitud, las preguntas se acumulan conforme se propaga el

nerviosismo. Sin embargo, al cabo de un rato, queda claro cuál es la procedencia de esas cornetas.

Una legión de guardias reales arremete contra la puerta que protege el campamento y la deja hecha añicos. Al instante, los soldados marchan hacia la cima de la colina desde la que se otea el valle. Iluminan el cielo negro con las llamas rojas de sus antorchas y las flechas encendidas, que refulgen en contraste con la noche.

Algunos soldados preparan los arcos, otros desenvainan sus espadas afiladas. Los más terroríficos sujetan una jauría de pantenarias salvajes; las amenazadoras bestias dan dentelladas al aire y echan espuma por las fauces, desesperadas por atrapar a sus presas.

Inan llega corriendo hasta donde estoy. Se queda de piedra al ver la estampa. El color desaparece de sus mejillas. Entrelaza los dedos en los míos.

El comandante de las tropas da un paso al frente, se distingue del resto por las líneas doradas grabadas en el hierro de su armadura. Levanta un megáfono metálico y se lo lleva a la boca, para que todos puedan oír sus órdenes.

—¡Este es el único aviso! —Su voz atruena en el silencio—. Si no os rendís, utilizaremos la fuerza. Entregadnos el pergamino y a la chica y nadie resultará herido.

Los *divîners* forman grupitos y murmuran preocupados; el miedo y la confusión se extienden entre la masa como un virus. Algunas personas intentan escapar de la multitud. Un niño se pone a llorar.

—Zél, tenemos que irnos —repite Inan, y me agarra del brazo una vez más.

Pero no siento las piernas. Ni siquiera puedo hablar.

—¡No volveré a avisaros! —grita el comandante—. ¡Entregádnoslos! Si no, ¡os los quitaremos a la fuerza!

Por un momento, no ocurre nada.

Luego, una oleada se forma entre la multitud.

Al principio el movimiento es discreto, pero, en cuestión de segundos, varias olas de gente se separan. Dejan un pasillo intermedio para permitir que pase una única persona. Su cuerpo menudo avanza despacio. Su melena blanca se mece con el viento.

—Zu... —digo en un suspiro.

Contengo las ganas de correr y empujarla para camuflarla de nuevo entre la multitud.

A pesar de su escasa edad, camina erguida y con valentía, desafiante. Su

kaftán de un verde esmeralda ondea al viento, reluce y destaca contra su piel morena.

Aunque solo tiene trece años, la legión al completo prepara las armas. Los arqueros tensan las cuerdas de los arcos. Los otros soldados preparan las riendas de sus pantenarias.

—No sé de qué chica habláis —grita Zu. El viento se lleva su voz—. Pero os aseguro que no tenemos el pergamino. Esta es una celebración pacífica. Solo nos hemos reunido para honrar a nuestros ancestros.

El silencio que sigue a sus palabras es casi ensordecedor. Las manos me tiemblan sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—Por favor... —Zu da otro paso adelante.

—¡No te muevas! —grita el comandante, y blande la espada.

—Registrad el campamento si queréis —insiste Zu—. No nos opondremos. Pero, por favor, bajad las armas. —Levanta las manos en señal de rendición—. No quiero que nadie resulte heri...

Ocurre muy rápido. Demasiado rápido.

Un momento, Zu está en pie.

Al siguiente, una flecha le atraviesa las entrañas.

—¡¡Zu!! —grito.

Pero no parezco yo.

No oigo mi propia voz. No siento nada.

El aire se agota dentro de mi pecho cuando Zu baja la mirada y sus manitas agarran el astil de la flecha.

La chica, con una sonrisa tensa y tan ancha que no le cabe en la cara, tira de la flecha, disparada con el odio de Orisha.

Se esfuerza por caminar, aunque le tiemblan las piernas, y no sé cómo logra dar un paso al frente. No retrocede hacia donde podemos protegerla.

Al contrario: avanza, para poder protegernos a nosotros.

«No...».

Las lágrimas me nublan la vista, caen a borbotones por mis mejillas. Una Sanadora. Una niña.

Y, sin embargo, sus últimos instantes de vida están teñidos de odio.

La sangre se extiende por la seda de su kaftán. El color esmeralda se oscurece con el carmesí.

Le fallan las piernas y cae al suelo.

—¡Zu!

Corro como un rayo, aunque sé que no puedo salvarla.

En ese momento, el mundo entero explota.

Vuelan las flechas y entrechocan las espadas, mientras los otros guardias sueltan a las feroces leopardarias.

—¡Zél, vamos!

Inan me tira del brazo e intenta retenerme. Pero mientras él trata de frenar mi avance a toda costa, un único pensamiento llena mi mente. ¡Por todos los dioses! «Tzain».

Antes de que Inan pueda protestar, echo a correr y me tropiezo más de una vez en mi regreso al valle. Los gritos de terror llenan la noche. Los *divîners* corren en todas las direcciones.

Corremos en vano, desesperados por esquivar a los arqueros que disparan desde el cielo. Uno por uno, los *divîners* van cayendo, acribillados por una lluvia de flechas que no parece tener fin.

Sin embargo, los arqueros no tardan en convertirse en un miedo del pasado cuando el sello de los uniformes de Orîsha se extiende entre las masas. Los soldados azuzan a las rabiosas pantenarias y permiten que sus monturas hinquen los colmillos en la carne desnuda de los *divîners*. Montados en esas bestias, diversos guardias con armadura se abren paso entre la muchedumbre, blandiendo las espadas bien afiladas. No muestran piedad alguna, atacan de forma indiscriminada, rebanan el pescuezo a todos los que se cruzan en su camino.

—¡Tzain! —grito, otra voz en el coro de alaridos.

No puede morir igual que Mama. No puede dejarnos solos a Baba y a mí.

Pero cuanto más avanzo, más cuerpos caen al suelo, más almas se desangran en la tierra polvorienta. Perdido entre la multitud, Salim aúlla, unos gritos agudos que se elevan por encima de todos los demás lamentos.

—¡Salim! —chillo, y corro como el rayo hacia el dulce muchacho con el que bailé hace un rato.

Un guardia arremete contra él, montado en una pantenaria furiosa. Salim levanta las manos para rendirse.

No tiene magia. No tiene armas. No tiene modo de luchar.

Al guardia no le importa.

Le ataca con la espada.

—¡No! —grito.

Me duelen las entrañas ante lo que veo. La hoja de la espada parte el cuerpecito de Salim.

Muere antes incluso de tocar el suelo.

Sus ojos inertes me congelan la sangre. El corazón. Los huesos.

No podemos ganar. No podemos vivir. Ni siquiera hemos tenido la oportu...

La sensación me azota en lo más profundo, en el tuétano, tan potente como el latido desbocado de mi corazón.

Agita la sangre que corre por mis venas. Priva de aire a mis pulmones.

Kwame me roza al pasar, corriendo hacia el centro de la batalla. Agarra fuerte una daga con ambas manos.

Luego abre la palma y se hace un tajo.

«Magia de sangre».

El horror se filtra en mis huesos.

Es como si el mundo frenase hasta detenerse, estirase los segundos que transcurren entre este momento y el último instante de vida que poseerá Kwame. Su sangre emana una luz blanca, que salpica el suelo al caer.

En un abrir y cerrar de ojos, la luz de marfil lo rodea e ilumina su piel oscura como si fuera un dios caído del cielo.

Cuando la luz le llega a la coronilla, sella su destino.

Su piel explota en llamas.

Las ascuas ardientes llueven de su cuerpo. Unas llamaradas recubren toda su silueta. El fuego surge de sus extremidades, le brota por la boca, por los brazos, por las piernas. Las llamas se elevan varios metros hacia el cielo, una detonación tan poderosa que ilumina los horrores de la noche. El shock detiene el ataque de los guardias justo cuando empieza el contrataque de Kwame.

Extiende los puños hacia delante. Unos torrentes de fuego surcan el campamento formando ondas ardientes. Las llamas lo incineran todo a su paso, abrasan a los soldados, destruyen el campamento.

El hedor a carne quemada llena el aire, mezclado con el olor a sangre.

La muerte es tan rápida que los soldados ni siquiera tienen ocasión de gritar.

—¡Aaaarg! —los chillidos agónicos de Kwame se imponen por encima de todo lo demás mientras tiñe de rojo la noche.

La magia de sangre lo desgarró, lo despelleja vivo, implacable.

Es más imponente que cualquier llama que un *maji* pudiese invocar por sí mismo. Arde con el poder de su dios, pero ese fuego arde a través de su cuerpo.

Su cara oscura se pone roja, las venas le estallan. La piel se le llena de ampollas y se le separa de la carne, deja a la vista el músculo tenso y el duro hueso. No puede contenerlo. No podrá sobrevivir a su propio incendio.

La magia de sangre lo devora vivo y, sin embargo, emplea su último aliento en seguir luchando.

—¡Kwame! —grita Folake desde la periferia del valle.

Un *divîner* fuerte la agarra para retenerla, y así impide que se abalance hacia el fuego abrasador.

Un remolino de llamas sale disparado de la garganta de Kwame, y con él hace retroceder aún más a los guardias. Mientras retiene el ataque de las tropas con los últimos segundos de su vida, los *divîners* reaccionan. Mi pueblo huye en todas las direcciones, escapa entre las murallas incendiadas y deja atrás la tierra devastada.

Los *divîners* logran vivir y huyen del insulso ataque de los guardias.

Gracias a Kwame, gracias a su magia, sobreviven.

Al contemplar las llamaradas, siento que el mundo entero se paraliza. Los gritos y alaridos quedan amortiguados en la nada. El festival se funde en negro. Las promesas de Inan se aparecen ante mis ojos: nuestra Orïsha, una promesa que el mundo no le permitirá cumplir. «Paz».

Nunca tendremos paz.

«Mientras nos falte la magia, nunca nos tratarán con respeto». Las palabras de Baba borbotean en mi mente. «Tienen que saber que podemos contraatacar. Si ellos queman nuestras casas, nosotros quemaremos también las suyas».

Con un último alarido, Kwame estalla como una estrella agonizante. El fuego explota en todas las direcciones, y en el suelo solo queda la carcasa carbonizada del *maji* Abrasador.

Cuando se apagan las últimas ascuas, noto que el corazón se me desgarrar. No puedo creer que alguna vez negase la verdad que transmitían las palabras de Baba. Nunca nos permitirán prosperar.

Siempre tendremos miedo.

Nuestra única esperanza es luchar. Luchar y ganar.

Y para ganar, necesitamos la magia.

Tengo que recuperar el pergamino.

—¡Zélie!

Levanto la cabeza de repente. No sé cuánto tiempo llevo quieta. El mundo parece desplazarse a cámara lenta, apabullado por el sacrificio de Kwame, cargado con todo mi dolor y mi culpa.

Tzain y Amari se aproximan desde lejos, montados a lomos de Nailah. Tzain guía a nuestra leonaria hacia mí entre el caos. Amari aprieta mi mochila contra su pecho.

Sin embargo, cuando mi nombre sale de sus labios, algunos guardias se percatan.

—¡La chica! —se gritan unos a otros—. ¡La chica! ¡Es ella!

Antes de que pueda dar un paso más, unas manos me apresan los brazos.
El pecho.
La garganta.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS



AMARI

Mientras el sol sale por el valle, un sollozo se me atasca en la garganta. Los rayos iluminan el claro del bosque achicharrado donde se celebró la procesión, los restos ennegrecidos de lo que hace apenas un día era un lugar jubiloso.

Me quedo mirando la tierra devastada en la que bailamos Tzain y yo, recuerdo las vueltas que me hizo dar, recuerdo su alegre risa.

Lo único que queda ahora de todo eso es sangre. Cadáveres secos. Cenizas.

Cierro los ojos y me llevo la mano a la boca, un intento inútil de anular esa dolorosa estampa. Aunque reina el silencio, las súplicas de los *divîners* todavía resuenan en mi mente. Los gritos de los soldados que los masacraron surgen a continuación, el siseo de las espadas que golpeaban contra la carne. Yo no soporto mirar, pero Tzain evalúa la destrucción, busca a Zélie entre los rostros de los caídos.

—No la veo.

Tzain pronuncia las palabras apenas en un susurro, como si temiera que, de hablar más alto, fuera a romperse todo lo que lleva dentro: su rabia, su dolor, el corazón desgarrado al saber que le han arrebatado a otro miembro de su familia.

Los pensamientos sobre Inan entran a la fuerza en mi mente: sus promesas, sus mentiras en potencia. Aunque no me veo con ánimo de rebuscar entre los muertos, lo presiento en el fondo de mi ser.

El cadáver de Inan no está en el campo de batalla.

Ninguna parte de mí quiere creer que lo ocurrido fue idea suya; sin embargo, no sé qué pensar. Si no fue porque él nos traicionó, ¿de qué modo nos encontraron los guardias? ¿Dónde está ahora mi hermano?

Nailah gimotea detrás de nosotros, así que le acaricio el hocico como le he visto hacer a Zélie tantísimas veces. Se me forma un nudo en la garganta cuando la leonaria me da un afectuoso golpecito con el hocico en la mano.

—Creo que se la llevaron —digo con toda la delicadeza que puedo—. Es lo que habría ordenado mi padre. Es demasiado importante para matarla.

Confío en que eso le dé esperanza, pero la expresión de Tzain se mantiene

impertérrita. Mira fijamente los cuerpos del suelo, los jadeos y la respiración entrecortada de los moribundos.

—Lo prometí. —Se le quiebra la voz—. Cuando murió Mama, hice una promesa. Dije que siempre estaría allí. Juré que cuidaría de ella.

—Y lo has hecho, Tzain. Siempre lo has hecho.

No obstante, está perdido en su propio mundo, un lugar remoto al que no pueden acceder mis palabras.

—Y Baba... —Tensa el cuerpo; aprieta los puños en un intento de dejar de temblar—. Se lo dije a Baba. Le... le dije que...

Apoyo la mano en la espalda de Tzain, pero se aparta. Es como si las lágrimas que Tzain ha luchado por contener durante toda su vida salieran de repente de su cuerpo. Se desploma en la tierra y aprieta los puños contra la cabeza con tanto ímpetu que temo que se haga daño. Es como si mostrara el corazón abierto en canal, como si la sangre desgarrada rompiera el muro que lo protege.

—No puedes rendirte.

Me siento al lado de Tzain para secarle las lágrimas. A pesar de todo, siempre se ha mantenido firme. Pero esta pérdida le resulta insoportable.

—Todavía tenemos el pergamino, la piedra y la daga. Hasta que mi padre se apodere de estos artefactos, sus hombres la mantendrán con vida. Podemos salvarla y llegar al templo. Todavía podemos enderezar las cosas.

—No hablará —susurra Tzain—. No, si al hacerlo nos pone en peligro. La torturarán. —Hinca las manos en la tierra—. Podemos darla por muerta.

—Zélie es más fuerte que cualquier persona que conozco. Sobrevivirá. Luchará.

Pero Tzain sacude la cabeza. Por más que lo intento, no logro convencerlo.

—Morirá. —Cierra los ojos con rabia—. Me dejará solo.

Los gimoteos de Nailah aumentan mientras acaricia a Tzain con el hocico e intenta lamerle las lágrimas. Ver eso me desmorona por completo, acaba de destruir los pocos fragmentos de mí que continuaban enteros. Es como ver la luz mágica que explotó de las palmas de Binta para presenciar a continuación cómo la espada de Padre le atravesaba el pecho un instante después. ¿Cuántas familias habrá dejado así Padre, destrozadas y sin posibilidad de consolarse, llorando a sus muertos? ¿Cuántas veces más tendré que permitir que lo haga?

Me incorporo y, de pie en la cima de la colina, me vuelvo hacia la ciudad de Gombe, una mota de humo que se eleva por delante de la cordillera de Olasimbo. El mapa del salón de la guerra de Padre reaparece en mi pensamiento y van cristalizando las X que marcaban sus bases militares. Mientras el contorno

del mapa se forma en mi cabeza, se me ocurre un nuevo plan. No puedo permitir que Tzain la pierda también a ella.

No dejaré que Padre venza.

—Tenemos que ponernos en marcha —digo.

—Amari...

—Ahora mismo.

Tzain levanta la cabeza del suelo. Me agacho y lo tomo de la mano. Le limpio la tierra que se le ha pegado a las lágrimas y que le mancha la cara.

—Hay un fuerte del ejército a las afueras de Gombe. Seguro que es allí donde se la han llevado. Si conseguimos entrar, podremos sacarla.

Podremos poner fin a la tiranía de Padre.

Tzain se me queda mirando con los ojos vidriosos, luchando contra la chispa de esperanza que intenta prender en ellos.

—¿Y cómo vamos a entrar?

Me doy la vuelta para contemplar la silueta de Gombe contra el cielo nocturno.

—Tengo un plan.

—¿Funcionará?

Asiento con la cabeza. Por una vez, no me da miedo tener que luchar. Ya he sido la Leonaria en otra ocasión.

Por Tzain y Zélie, volveré a serlo.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES



ZÉLIE

Unas esposas de *majacita* me abrasan la piel y me dejan en carne viva la piel de las muñecas y los tobillos. Cuelgo a varios palmos del suelo de la celda, sujeta por unas cadenas negras que me tensan los brazos y las piernas, así que me resulta imposible realizar un encantamiento. El sudor me chorrea por la piel cuando otra bocanada de aire caliente sale del ventilador. Seguro que ese calor asfixiante es voluntario.

El calor acrecentará el dolor que estoy a punto de sentir.

«Sobrevive...». Oigo el eco de las palabras de Lekan; una burla, ahora que me enfrento a mi muerte.

Le dije que era una equivocación. Se lo dije a él y a todo el mundo. Supliqué que no malgastaran su esperanza en mí; al final, ha quedado patente que soy un desastre. Me dediqué a reírme, a bailar y a darme besos mientras el rey preparaba nuestra masacre.

Unas botas con suela de metal repican fuera. Me estremezco cuando se aproximan a la puerta. Sería más fácil si la celda tuviera barrotes. Por lo menos, así podría prepararme. Pero me han encerrado en una caja de acero. Dos únicas antorchas encendidas impiden que esté en la más absoluta oscuridad.

Sea lo que sea lo que planean hacerme, es evidente que quieren ocultarlo incluso ante los guardias.

Trago saliva, un débil intento de humedecerme la boca seca. «Ya lo has hecho otras veces», me recuerdo, «más veces de las que puedes contar». Por un momento, me pregunto si los azotes constantes de Mama Agba no eran para castigarme, sino para prepararme. Me azotaba tan a menudo que al final aprendí a encajar los latigazos, aprendí a soltar el cuerpo para minimizar el dolor. ¿Acaso ella podía intuir que mi vida terminaría de este modo?

«Maldita sea». Las lágrimas me inundan los ojos por la vergüenza de todos los cadáveres que he dejado en mi estela. La pequeña Bisi. Lekan. Zulaikha.

Su sacrificio no habrá servido de nada.

«Es todo culpa mía». No tendríamos que habernos quedado con ellos. Sin

saber cómo, debimos de guiar al ejército hasta ese campamento. Sin nosotros, tal vez aún siguieran con vida. Zu habría podido sobrevivir...

Mis pensamientos se ralentizan.

La mirada furiosa de Tzain se cuela en mi mente. Me da un vuelco el corazón al pensarlo. ¿Podría haberlo planeado Inan?

«No».

Me arde la garganta con un miedo que me trago otra vez, como si fuese bilis. Es imposible. Después de todo lo que hemos compartido, no sería capaz. Si hubiera querido traicionarme, habría tenido infinidad de oportunidades. Podría haberse largado con el pergamino sin necesidad de arrebatarme la vida a todos aquellos inocentes.

El rostro de Amari se superpone al de Tzain, sus ojos ambarinos desprenden lástima. «O está a punto de traicionarnos o aquí se está fraguando otra cosa».

La sonrisa de Inan irrumpe entre su odio, la mirada cariñosa que me dedicó antes de que nos besáramos. Pero entonces se oscurece, se retuerce y arde hasta que me apresa por la garganta con la fuerza de sus garras...

—¡No!

Cierro los ojos y recuerdo cómo me cogió en brazos. «Me salvó». Dos veces. E intentó volver a salvarme. Él no es el culpable de esto. No sería capaz.

Suena un clic.

Se abre el primer candado que asegura mi puerta. Me preparo para el dolor, me aferro a las últimas cosas que me quedan.

Por lo menos, Tzain está vivo. Por lo menos, Amari y él han sobrevivido. Con la rapidez de Nailah, seguro que han escapado. Tengo que concentrarme en eso. Algo que ha salido bien. Y Baba...

La amenaza de las lágrimas me escuece en los ojos mientras recuerdo la sonrisa quebrada que recé por poder volver a ver. Cuando se entere de esto, Baba no volverá a sonreír jamás.

Cierro los ojos y dejo caer las lágrimas, que me agujonean igual que un cuchillo. Confío en que esté muerto.

Confío en que nunca tenga que experimentar este dolor.

El último candado cede y la puerta se abre con un gemido. Me preparo para encajar los golpes.

Pero cuando Inan llena el vano de la puerta, todas mis defensas se derrumban.

Mi cuerpo cae a plomo contra las cadenas cuando el principito entra, flanqueado por dos lugartenientes. Después de varios días viéndolo vestido con

kaftanes y *dashikis* prestados, se me había olvidado qué aspecto tiene de uniforme.

«No...».

Busco en él algún signo del chico que me prometió el mundo. El chico por el que estuve a punto de renunciar a todo.

Pero su mirada es distante. Tzain tenía razón.

—¡Mentiroso!

Mi grito reverbera en la celda.

Las palabras no bastan. No pueden cortar como necesito que lo hagan, pero soy incapaz de pensar en nada más. Agarro las cadenas de metal con tanta fuerza que me abrasan la piel. Necesito que el dolor me distraiga. De lo contrario, nada detendrá mis lágrimas.

—Marchaos —ordena Inan a los lugartenientes.

Me mira como si yo no fuese nada. Como si no me hubiese tenido en sus brazos hace apenas unas horas.

—Es peligrosa, Su Alteza. No podemos...

—Era una orden, no una sugerencia.

Los guardias intercambian miradas, pero salen de la celda a regañadientes. Bien saben los dioses que no pueden contravenir una orden directa de su apreciado príncipe.

«Qué listo». Niego con la cabeza. Me resulta fácil adivinar por qué Inan quiere quedarse a solas conmigo. El mechón blanco que tanto destacaba en su pelo está oculto bajo otra capa de tinte negro. No puede permitir que nadie averigüe la verdad sobre su principito.

«¿Lo tendría planeado desde el principio?».

Contraigo todos los músculos para mantener la cara inexpresiva. No pienso dejar que vea mi dolor. No pienso dejar que sepa cuánto daño me ha hecho.

La puerta se cierra de golpe y nos quedamos a solas. Me observa mientras oímos que se alejan los guardias. Cuando por fin dejamos de percibir sus pasos, la cara pétrea de Inan se desmorona y deja a la vista al chico que conozco.

Su mirada de ámbar se llena de temor cuando da un paso adelante y se fija en la mancha de sangre más grande que hay en mi vestido. Otra bocanada de aire caliente me llena los pulmones... Ignoro cuándo había dejado de respirar. Ignoro cuándo empecé a necesitar tanto a Inan.

Niego con la cabeza.

—La sangre no es mía —susurro. «Todavía no»—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo nos encontraron?

—El festival. —Inan baja la mirada—. Los *divîners* fueron a Gombe a buscar provisiones. Unos cuantos guardias empezaron a sospechar y los siguieron.

«Por todos los dioses». Contengo otra oleada de lágrimas que lucha por abrirse paso. Masacrados por una celebración. Una fiesta que no deberíamos haber hecho nunca.

—Zél, no tenemos mucho tiempo —se apresura a decir con voz ronca y nerviosa—. No he podido venir a verte hasta ahora, pero acaba de llegar una caravana militar. Alguien se acerca, y cuando llegue... —Inan se vuelve hacia la puerta y aguza el oído, creyendo oír algo que solo suena en su imaginación—. Zél, necesito que me digas cómo destruir el pergamino.

—¿Qué?

Es imposible que haya dicho lo que creo haber oído. Después de todo lo ocurrido, no puede pensar que la solución es esa.

—Si me dices cómo destruirlo, podré protegerte. Padre te matará si sigue existiendo la amenaza de que la magia pueda volver al mundo.

«Por todos los dioses».

Ni siquiera se da cuenta de que ya hemos perdido. El pergamino no significa nada si no hay alguien que pueda interpretarlo. Pero no puedo permitir que sepa eso.

Si se enteran, nos masacrarán, eliminarán a todos los hombres, a las mujeres y a los niños. No pararán hasta que nos hayan exterminado, hasta que hayan borrado nuestra existencia de la faz de la tierra con su odio.

—...son despiadados, Zél. —Inan traga saliva y me devuelve al presente—. Si no te rindes, no sobrevivirás.

—Entonces, no sobreviviré.

Inan contrae la cara.

—Si no hablas, ¡te sacarán las palabras a latigazos!

Se me forma un nudo en la garganta; ya me lo imaginaba. No puedo hablar.

—Pues me desangraré.

—Zél, por favor. —Da un paso adelante y me acaricia la cara magullada—. Sé que teníamos nuestros planes, pero tienes que reconocer que todo ha cambiado...

—¡Por supuesto que todo ha cambiado! —grito—. ¡Los hombres de tu padre mataron a Zu! ¡A Salim! A todos esos niños... —Niego con la cabeza—. Ni siquiera pudieron defenderse, ¡y los guardias los asesinaron a todos!

Inan pone una mueca y se le contrae el rostro de dolor. Sus soldados. Sus hombres. Hemos vuelto a meter la pata.

—Sí, Zélie, lo sé. —Se le quiebra la voz—. Lo sé. Cada vez que cierro los

ojos, lo único que veo es el cuerpo sin vida de Zu.

Aparto la mirada y contengo unas lágrimas nuevas. La sonrisa radiante de Zu me viene a la cabeza, su alegría continua, su luz. Deberíamos estar ya a mitad de camino hacia Zaria. Kwame y ella deberían seguir vivos.

—No deberían haber atacado —susurra Inan—. Zulaikha merecía una oportunidad. Pero los soldados pensaron que ibais a utilizar el pergamino para crear un ejército de *maji*. Y después de lo que hizo Kwame...

Inan deja la frase a medias. Todo el dolor que lo embargaba hace un momento parece encogerse, superado por el miedo.

—Kwame derribó tres pelotones en cuestión de segundos. Los quemó vivos. Incineró ese campamento. Lo más probable es que todos estuviésemos muertos si no se hubiese calcinado él.

Echo el cuerpo hacia atrás, asqueada. En nombre de los dioses, ¿se puede saber qué dice?

—¡Kwame se sacrificó para protegernos!

—Pero imagínate qué imagen les dio a los guardias. —Inan habla a toda velocidad—. Sé que las intenciones de Kwame eran puras, pero lo llevó demasiado lejos. Durante años, nos han advertido sobre esa clase de magia. ¡Lo que hizo Kwame fue mucho peor que todo lo que nos había contado Padre!

Parpadeo y escudriño la cara de Inan. ¿Dónde está el futuro rey que estaba dispuesto a salvar a los *maji*? ¿El príncipe que se arrojó a las llamas para salvarme? No conozco a este muchacho, asustado, buscando excusas para todo lo que decía aborrecer. O a lo mejor es que lo conozco demasiado bien.

Tal vez el auténtico Inan sea el que tengo delante: el principito asustado.

—No me malinterpretes, el ataque fue una abominación. Sé que tendremos que asumirlo. Pero ahora mismo, hay que actuar. Los soldados están aterrados, pensando que más *maji* como Kwame puedan volver a atacar.

—Bien. —Aprieto las cadenas para ocultar el temblor de mis manos—. Pues que sigan aterrados.

Que saboreen el terror que nos hacen tragar a nosotros.

—Zélie, por favor. —Inan aprieta los dientes—. No elijas esto. Todavía podemos unir a nuestros pueblos. Colabora conmigo y encontraré la manera de que puedas regresar a Lagos. Salvaremos Orisha con algo más seguro, algo sin magia...

—Pero ¿estás ciego o qué te pasa?! —Mi grito rebota contra las paredes—. ¡No hay nada que salvar! Después de lo que acaban de hacer, ¡ya no queda nada!

Inan me mira a la cara, al borde de las lágrimas.

—¿Crees que yo quiero esto? ¿Crees que después de planear un nuevo reino contigo es esto lo que quiero? —Veo mi propio dolor reflejado en sus ojos. La muerte de nuestro sueño. El futuro que Orisha no verá jamás—. Pensaba que las cosas podían ser distintas. ¡Deseaba que fuesen distintas! Pero, tras ver lo que hemos visto, no nos queda otra opción. No podemos dar a la gente esa clase de poder.

—Siempre hay alguna opción —mascullo entre dientes—. Y tus guardias ya han elegido la suya. Si antes les daba miedo la magia, ahora deberían empezar a temblar de terror.

—Zélie, no añadas tu cadáver a los muertos. El tema del pergamino fue el único modo que tuve de convencerlos para que te mantuvieran con vida. Si no nos dices cómo destruirlo...

Se oye un clic al otro lado de la puerta. Inan se da la vuelta como el rayo justo en el momento en el que se abre.

—Os he dicho que no ent...

Se le quiebra la voz. Se pone blanco como el papel.

—¿Padre?

Inan abre la boca, aturdido.

Incluso sin su corona, es imposible no reconocer al rey.

Entra como una tormenta, el aire se oscurece en su presencia. Una oleada de emociones me azota cuando la puerta se cierra de forma automática. Me olvido de respirar al mirar a los ojos desalmados del hombre que asesinó a Mama.

«Dioses, ayudadme».

No sé si estoy en un sueño o en una pesadilla. Me arde la piel con una rabia que no tiene punto de comparación con nada que haya sentido hasta ahora, pero al mismo tiempo, el pulso me palpita de miedo. Desde los primeros días que siguieron al Asalto he visualizado este momento, me he imaginado cómo sería encontrarme cara a cara con él. He orquestado tantas veces su muerte mentalmente que podría escribir un libro detallando todas las formas en que debería morir.

El rey Saran apoya la mano en el hombro de su hijo. Inan se estremece, como si esperase un bofetón. A pesar de todo, el ramalazo de terror en los ojos de Inan me duele. Lo he visto destrozado en otras ocasiones, pero esta es una faceta de él que desconozco.

—Los guardias me han dicho que le seguiste la pista hasta la revuelta.

Inan se yergue y aprieta la mandíbula.

—Sí, señor. Estaba en pleno interrogatorio. Si nos dejáis a solas, obtendré las

respuestas que necesitamos.

La voz de Inan permanece tan neutra que casi me creo la mentira que acaba de decir. Intenta mantenerme alejada de su padre. Debe de saber que estoy a punto de morir.

Siento un escalofrío al pensarlo, pero el temor no tarda en dar paso a una calma sobrenatural. El miedo que provoca la presencia de Saran es innegable, pero no supera mi deseo de venganza.

En este hombre, en este desgraciado, está condensado un reino entero. Una nación entera de odio y opresión, que me mira a la cara con desprecio. Es posible que fuesen los guardias quienes rompieron las puertas de Ibadan aquel día, pero solo eran sus instrumentos.

Aquí delante tengo la mente que ideó el plan.

—¿Qué pasó con la almirante Kaea? —Saran baja la voz—. ¿Es esta su asesina?

Inan abre mucho los ojos y me mira, pero cuando Saran sigue su mirada, Inan se da cuenta del error que acaba de cometer. Da igual lo que diga a continuación, no podrá evitar que el rey de Orisha se acerque a mí.

Incluso en esa celda sofocante, basta la presencia de Saran para que se me hiele la sangre. El escozor de la piel se intensifica cuando se aproxima con la espada de *majacita*. A tan corta distancia, advierto las marcas de viruela que motean su piel morena, las canas que delatan su edad extendidas por toda su barba.

Me preparo para sus insultos, pero hay algo peor en la forma de mirarme. Distante. Ajena. Como si yo fuese una especie de bestia arrastrada por el barro.

—Parece que mi hijo cree que sabes cómo murió la almirante.

A Inan se le salen los ojos de las órbitas. Lo lleva escrito por toda la cara.

«Maté a alguien», las palabras que me dijo en el festival vuelven a mí. «Alguien a quien amaba».

Pero no era simplemente alguien...

Era Kaea.

—Te he hecho una pregunta —irrumpe de nuevo la voz de Saran—. ¿Qué le ocurrió a mi almirante?

«La mató su hijo, que es un *maji*», se me pasa por la cabeza.

Detrás de Saran, Inan da un respingo, supongo que horrorizado por mis pensamientos. Son secretos que debería contar a gritos al mundo, secretos que debería escupir en este mismo suelo. Pero hay algo en el terror de Inan que hace que me resulte imposible delatarlo.

En lugar de eso, aparto la mirada, incapaz de tragar al monstruo que ordenó la muerte de Mama. Si de verdad Inan está de mi parte, entonces, cuando yo muera, puede que el principito sea la única esperanza que tengan los *di*...

La garra de Saran me obliga a mirarlo de nuevo a la cara. Todo mi cuerpo se estremece. La calma que había hace un momento en los ojos de Saran explota con una violenta rabia.

—Más te vale contestarme, niña.

Desde luego, más me vale. Y lo haría encantada.

Sería perfecto que Saran se enterase de la verdad aquí mismo e intentase matar a Inan con sus propias manos. Entonces Inan no tendría más remedio que defenderse. Matar a su padre, tomar el trono, liberar a Orisha del odio de Saran.

—Conspirando, ¿verdad? —pregunta Saran—. ¿Estás preparando uno de esos magníficos encantamientos? —Me clava las uñas con tanta fuerza que me saca sangre de la mejilla—. Si mueves un solo dedo, te juro que te cortaré las manos yo mismo.

—Pa... padre —dice Inan con voz débil, aunque se obliga a avanzar.

Saran lo mira, con la ira todavía encendida en los ojos. Sin embargo, hay algo en Inan que le hace reaccionar. Con una violenta sacudida, me suelta la cara. Frunce los labios mientras se limpia los dedos en la túnica.

—Supongo que debería estar enfadado conmigo mismo —reflexiona en voz baja—. Presta atención, Inan. Cuando tenía tu edad, pensaba que los hijos de las larvas podían vivir. Pensaba que no era necesario derramar su sangre.

Saran agarra mis cadenas y me obliga a mirarlo a la cara una vez más.

—Después del Asalto, deberíais haber intentado evitar la magia a toda costa. Se suponía que tendríais miedo. Que seríais obedientes. Ahora veo que no hay forma de educar a los de tu calaña. Las larvas como tú estáis emponzoñadas por la enfermedad que tiñe vuestra sangre.

—Podríais habernos quitado la magia sin matarnos. ¡Sin molernos a palos y despellejarnos!

El rey da un respingo cuando me sacudo contra las cadenas, igual que una leonaria rabiosa. Me muero de ganas de liberar la magia alimentada por la parte más negra de mi rabia. Una rabia que ha nacido de todo lo que este hombre me arrebató.

Otra herida abrasa mi piel mientras lucho contra la *majacita*, y hago todo lo posible por invocar mi magia a pesar del poder de las cadenas negras. Por desgracia, mi piel echa humo y todos mis esfuerzos son en balde.

Saran entrecierra los ojos, pero no puedo callarme ahora. No, cuando me

hierva la sangre y mis músculos tiemblan por liberarse.

No dejaré que mi miedo silencie la verdad.

—Nos aplastasteis para construir vuestra monarquía sobre nuestra sangre y nuestros huesos. Vuestro error no fue mantenernos con vida. ¡Fue pensar que no íbamos a contraatacar nunca!

Inan da un paso al frente, con la mandíbula tensa, y alterna la mirada entre su padre y yo. La furia de los ojos de Saran se enciende aún más cuando chasquea la lengua.

—¿Sabes qué es lo que más me intriga de tu calaña? Siempre empezáis en medio de la historia. Como si mi padre no hubiera luchado por vuestros derechos. Como si las larvas como tú no hubieseis quemado viva a mi familia.

—No puedes esclavizar a todo un pueblo por la rebelión de unos pocos.

Saran aprieta los dientes.

—Cuando eres el rey, puedes hacer lo que te dé la gana.

—Vuestra ignorancia será vuestra perdición. —Escupo a la cara a Saran—. Con magia o sin ella, no nos rendiremos. Con magia o sin ella, ¡recuperaremos lo que es nuestro!

Saran arruga los labios y hace una mueca.

—Valientes palabras para una larva a punto de morir.

«Larva».

Igual que Mama.

Igual que todos los hermanos que mandó asesinar.

—Más os vale matarme ahora mismo —susurro—. Porque no vais a encontrar ninguno de los artefactos.

Saran esboza una sonrisa lenta y siniestra, como un gato salvaje.

—Ay, niña. —Suelta una carcajada—. No estés tan segura.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO



INAN

Las paredes de la celda se ciernen sobre mí. Estoy atrapado en este infierno. Necesito hacer acopio de todas mis fuerzas para mantenerme en pie y no rendirme ante la mirada furiosa de Padre. Pero mientras que yo apenas puedo respirar, Zélie saca pecho. Más desafiante y feroz que nunca.

Le da igual su vida.

No teme a la muerte.

«¡Basta!», me entran ganas de gritarle a la cara. «¡No hables!».

Con cada palabra que pronuncia, aumentan los deseos de Padre de machacarla.

Da un puñetazo en la puerta. Bastan dos golpes secos para que la puerta metálica se abra. A continuación, entra el médico del fuerte, flanqueado por tres lugartenientes; todos ellos dirigen la mirada al suelo.

—¿Qué ocurre? —pregunto con voz áspera.

El sudor me resbala por la piel cuando otra bocanada de aire caliente sale por el ventilador.

El médico me mira a la cara.

—Si Su Alteza...

—Estáis bajo mis órdenes —interrumpe Padre—. No las suyas.

El médico se apresura a avanzar y saca un bisturí del bolsillo. Contengo un chillido cuando le hace un corte en el cuello a Zélie.

—Pero ¡¿qué haces?! —pregunto incrédulo.

Zélie aprieta los dientes mientras el médico le hunde la hoja del bisturí.

—¡Basta! —chillo.

«Ahora no. Aquí no».

Doy un paso adelante, pero Padre me agarra por el hombro y aprieta tanto con los dedos que casi me desplomo de dolor. Observo horrorizado cómo el médico hace un corte superficial con forma de X en el cuello de Zélie. Con mano temblorosa, introduce a presión una aguja gruesa y hueca en la vena que ha quedado expuesta.

Zélie intenta echar la cabeza hacia atrás, pero un lugarteniente la sujeta. El médico saca un pequeño vial con un líquido negro y se prepara para verter el suero por la aguja.

—Padre, ¿seguro que es buena idea? —pregunto dirigiéndome al rey—. Sabe muchas cosas. Hay más artefactos. La chica puede encontrarlos. Es la única persona que entiende el pergam...

—¡Basta ya!

Padre aprieta todavía más sobre mi hombro y acrecienta el dolor. Lo estoy poniendo nervioso. Si sigo así, solo lograré que le cause todavía más sufrimiento a Zélie.

El médico me mira, como si buscara una razón para detenerse. Pero cuando Padre da un puñetazo contra la pared, el médico vierte el suero a través de un orificio de la aguja hueca y lo introduce directamente en la vena.

El cuerpo de Zélie sufre espasmos y convulsiones. El suero se va extendiendo bajo su piel. La respiración se vuelve corta y rápida. Se le dilatan mucho las pupilas.

A mí también se me contrae el pecho a la vez que la sangre se me agolpa en la cabeza.

Y no es más que un eco de lo que le están haciendo...

—No te preocupes —comenta Padre, que confunde mi dolor con decepción—. De un modo u otro, acabará por contarnos lo que sabe.

Zélie tensa los músculos y las cadenas tintinean. Me apoyo en la pared para evitar que mis muslos tiemblen también. Lucho por mantener la voz tranquila. Conservar la calma es mi única oportunidad de salvarla.

—¿Qué le habéis dado?

—Algo para mantener despierta a nuestra pequeña larva —dice Padre con una sonrisa—. No podemos permitir que se desmaye antes de sonsacarle lo que queremos.

Un lugarteniente saca una daga del cinturón. Otro le arranca el vestido a Zélie de un tirón y deja a la vista la fina piel de su espalda. El soldado acerca la hoja de la daga al fuego de una antorcha encendida. El metal se calienta. Al rojo vivo.

Padre da un paso adelante. Los espasmos de Zélie se intensifican; son tan violentos que los otros dos lugartenientes tienen que retenerla.

—Admiro tu resistencia, niña. Es impresionante que hayas llegado tan lejos. Pero no sería un buen rey si no te recordara lo que eres.

La daga se introduce en su piel con una furia tan intensa que la agonía de Zélie se filtra también en mí.

—¡AAAAARG! —Un grito que hiela la sangre sale de la garganta de Zélie.
Me destroza por dentro.

—¡No! —suplico, y corro hacia ellos, dispuesto a apartar al lugarteniente de la daga.

Tumbo a uno de los guardias que sujetan a Zélie.

Le doy una patada en las entrañas al otro.

Le arreo un puñetazo al lugarteniente que está marcándole a fuego la espalda, pero antes de que pueda hacer más, Padre grita.

—¡Sujetadlo!

Al instante, dos guardias me inmovilizan los brazos. El mundo entero se funde en blanco. El olor de la carne quemada me llena la nariz.

—Sabía que no tendrías estómago para aguantar eso. —No sé cómo, la decepción de Padre logra amortiguar los gritos de Zélie—. Sacadlo de aquí —espeta—. ¡Ahora mismo!

Percibo la orden de Padre más que oírlo. Aunque intento zafarme y avanzar, me sujetan y tiran de mí hacia la puerta. Mientras tanto, los gritos de Zélie aumentan.

La siento lejos, cada vez más lejos.

Sus gritos y alaridos retumban contra las paredes metálicas. Cuando se enfría la piel que le han abrasado, distingo la forma de una *L*.

Y en cuanto la respiración de Zélie se calma un poco, el lugarteniente empieza a dibujar la *A* con la daga.

—¡No!

Me echan al pasillo. Cierran la puerta de golpe.

Aporreo tan fuerte que los nudillos se me pelan y me sangran, pero nadie sale a abrir.

«¡Piensa!». Golpeo la puerta con la cabeza y noto el bombeo de la sangre mientras crecen sus gritos. No puedo entrar.

Tengo que sacarla de ahí.

Corro como el rayo por el pasillo, pero la distancia física no aplaca la angustia. Veo ráfagas de caras preocupadas mientras avanzo por el fuerte casi trastabillando.

Mueven los labios.

La gente murmura.

No logro distinguir qué dicen por encima de los gritos de Zélie. Sus gemidos se cuelan por la puerta. Chillan todavía más fuerte dentro de mi cabeza.

Me desplomo dentro del aseo más cercano y cierro de un portazo. Sin saber

cómo, logro pasar el pestillo.

Percibo que han empezado a trazar la *R*. Es como si grabaran la curva superior de la letra en mi propia espalda. Me escuece la garganta por el ácido del vómito que se me acumula.

El mundo da vueltas a mi alrededor, violento y arrasador. Hago todo lo que puedo por no desmayarme. Tengo que aguantar.

Tengo que sacar a Zélie...

Respiro con dificultad.

El aire fresco me golpea como un ladrillo en la cara. Introduce el aroma de la hierba mojada en mis pulmones. Unos juncos marchitos me hacen cosquillas en los pies.

El espacio onírico.

Al caer en la cuenta, siento ánimos para ponerme de rodillas.

No tengo tiempo que perder. Tengo que salvarla. Tengo que llevarla a ese lugar seguro.

Cierro los ojos y visualizo su rostro. Los cautivadores ojos plateados. ¿Qué letra le habrán grabado ahora en la espalda? ¿En el corazón? ¿En el alma?

En cuestión de segundos, aparece Zélie. Jadeando. Medio desnuda.

Agarra la tierra con las manos.

Sus ojos han perdido el brillo.

Mira hacia sus propios dedos temblorosos sin reconocer dónde está.

Quién es.

—¿Zélie?

Algo falla. Tardo un segundo en darme cuenta de qué falta. Su espíritu no viene a mí como las olas del océano.

El aroma a sal marina de su alma se ha desvanecido.

—¿Zél?

La palabra parece encogerse entre nosotros dos, tira de los borrosos límites blancos de la ensoñación. Ella se queda quieta... tan quieta que no sé si me ha oído o no.

Alargo el brazo. Cuando mis dedos rozan su piel, chilla y se aparta.

—Zél...

Sus ojos transmiten algo feroz. Los temblores se intensifican.

Cuando me acerco a ella, retrocede asustada. Devastada. Rota.

Me paro y levanto las manos. Me duele el pecho al ver su estado. No hay ni

rastros de la guerrera que conozco. La luchadora que escupió a Padre a la cara.
No veo a Zél por ninguna parte.

Solo veo la carcasa que Padre ha dejado atrás.

—Estás a salvo —le susurro—. Aquí nadie puede hacerte daño.

Pero sus ojos se llenan de lágrimas.

—No lo siento —dice entre sollozos—. No puedo sentir nada.

—¿Sentir el qué?

Me aproximo a ella, pero niega con la cabeza y se aparta, arrastrando los pies por los juncos.

—No está. No está —repite sin cesar.

Se ovilla entre los juncos, se encoge a causa de un dolor del que no puede escapar.

«La obligación antes que uno mismo».

Hundo los dedos en la mugre.

La voz de Padre atruena en mi cabeza.

«La obligación por encima de todo».

Las llamas de Kwame vuelven a la vida en mi ojo interior, arrasándolo todo a su paso. Mi obligación es evitar eso.

Mi obligación tiene que ser mantener Orisha a salvo.

Pero ese credo me parece vacío, deja un agujero dentro de mí, igual que el cuchillo que ha grabado las letras en la espalda de Zélie.

La obligación no basta cuando implica destrozar a la chica que amo.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO



AMARI

«Funcionará».

Por todos los cielos, tiene que funcionar.

Me aferro a esta tímida esperanza mientras Tzain y yo nos deslizamos por los callejones entre las estructuras oxidadas de Gombe, mezclándonos con las sombras y la oscuridad.

Las fábricas de Gombe, una ciudad de hierro y metal fundido, funcionan hasta bien entrada la noche. Erigidas por los Forjadores antes del Asalto, las estructuras de metal se alzan y se inclinan creando formas imposibles.

En lugar de tener diferentes alturas que dividen las clases sociales, como Lagos, Gombe está dividida en cuatro cuadrantes, que separan la vida residencial de las exportaciones de acero. A través de las ventanas cubiertas de polvo, vemos trabajar a los *divîners* que forjan los bienes orïshanos que partirán al día siguiente.

—Espera. —Tzain me retiene mientras una patrulla de guardias con armadura cruza montando mucho estruendo—. Ahora sí —susurra cuando ya han pasado, pero su voz carece de la seguridad habitual.

«Funcionará», me repito mentalmente. Ojalá pudiera convencer también a Tzain. «Cuando todo esto termine, Zélie estará sana y salva».

Al cabo de un rato, las abarrotadas calles de naves de moledura de metal se transforman en las imponentes cúpulas de acero que pueblan el distrito central. Cuando suena la sirena, los trabajadores liberados se arraciman a nuestro alrededor, todos cubiertos de polvo y de quemaduras provocadas por el metal ferroso. Seguimos el enjambre hacia la música y los tambores que resuenan en la noche. Conforme el aroma del licor sustituye el hedor del humo, aparece ante nosotros un cúmulo de bares, todos y cada uno de ellos protegidos por cúpulas pequeñas y oxidadas.

—¿Seguro que está aquí? —pregunto mientras nos dirigimos a una estructura especialmente chapucera que parece más tranquila que el resto.

—No se me ocurre un lugar mejor donde buscarlo. Cuando estuve en Gombe

el año pasado para los Juegos de Orisha, Kenyon y su equipo me trajeron aquí todas las noches.

—Perfecto. —Me obligo a sonreír por el bien de Tzain—. Eso es todo lo que nos hace falta.

—No estés tan segura. Aunque lo encontremos, dudo que quiera ayudarnos.

—Es un *divîner*. No le quedará otra opción.

—Los *divîners* pocas veces tienen opciones. —Tzain golpea con los nudillos en la puerta metálica—. Y cuando sí las tienen, suelen elegir cubrirse las espaldas.

Antes de que pueda contestar, se abre un ventanuco en la puerta. Una voz ronca e irritada pregunta:

—¿Contraseña?

—¿Lo...ish?

—Esa es vieja.

—Vaya... —Tzain hace una pausa, como si la palabra adecuada fuese a aparecer por arte de magia—. Pues es la única que conozco.

El guardia de seguridad se encoge de hombros.

—La contraseña cambia con cada cuarto de luna.

Aparto a Tzain y me pongo de puntillas. Intento llegar al ventanuco. Me alejo con repugnancia.

—Nadie entra sin contraseña —insiste el vigilante con malas pulgas—. Y mucho menos los nobles.

—Señor, por favor...

Tzain me aparta.

—Si Kenyon está ahí dentro, ¿puedes decirle que estoy aquí? Dile que soy Tzain Adebola, de Ilorin.

Cierra el ventanuco. Me quedo mirando la puerta de metal, desesperada. Si no entramos, ya podemos ir despidiéndonos de Zélie.

—¿No hay ningún otro modo de entrar? —pregunto.

—No —gruñe Tzain—. Era imposible que esto funcionara. Estamos perdiendo el tiempo. Mientras estamos aquí, lo más probable es que Zélie ya esté mu...

Se le quiebra la voz y cierra los ojos para contener todo lo que lleva dentro. Abro sus puños apretados e intento acceder a su cara, le pongo las manos en las mejillas.

—Tzain, confía en mí. No te decepcionaré. Si Kenyon no está aquí, podemos encontrar a otra perso...

—Por los dioses. —La puerta se abre de par en par y sale un *divîner* inmenso, con los brazos morenos cubiertos de tantos tatuajes que parecen mangas—. Supongo que le debo una moneda de oro a Khani.

Lleva el pelo blanco largo y recogido en trencitas apretadas, todas ellas sujetas en un moño en lo alto de la cabeza. Abraza a Tzain y, en cierto modo, logra eclipsar su corpulenta constitución.

—Hombre, pero ¿qué haces aquí? Todavía faltan dos semanas para que le demos una paliza a tu equipo.

Tzain se ríe a la fuerza.

—Ya ves, estaba preocupado por tu equipo. Me han dicho que te has machacado la rodilla, ¿no?

Kenyon se sube la pernera del pantalón y deja al descubierto una pieza de metal anclada alrededor del muslo.

—El médico dice que no se curará antes de las eliminatorias, pero no me preocupa. Podría ganarnos con los ojos cerrados. —Entonces me mira, despacio y con condescendencia—. Por favor, dime que una preciosidad como tú no ha venido solo para ver perder a Tzain.

Este le da un empujón a Kenyon, que se echa a reír y pasa el brazo alrededor del cuello de Tzain. Me asombra que Kenyon no sea capaz de ver la desesperación que oculta Tzain.

—Es de fiar, D. —Kenyon se dirige al guardia de seguridad—. Te lo prometo. Yo respondo por él.

El dueño de la voz ronca se asoma por la puerta. Aunque no aparenta más de veinte años, tiene la cara surcada de cicatrices.

—¿La chica también?

Me señala con la cabeza. Tzain me coge de la mano.

—Es de confianza. —Tzain responde por mí—. No dirá ni una palabra.

«D.» vacila, pero se aparta y permite que Kenyon nos acompañe dentro. De todos modos, no me quita ojo de encima hasta que desaparecemos de su vista.

El retumbar de los tambores reverbera dentro de mi piel cuando entramos en el bar mal iluminado. La bóveda está abarrotada y todos los clientes son jóvenes; nadie parece mayor que Kenyon o Tzain.

Todo el mundo aparece y desaparece entre las sombras, envuelto en la luz débil y titilante de unas velas. El resplandor de las llamas ilumina la pintura desconchada y las manchas de óxido que afean las paredes.

En el rincón del fondo, dos hombres tocan un ritmo suave en la lona de sus tambores *ashiko* mientras otro golpea las teclas de madera de un baláfono. Tocan

con una facilidad fruto de la práctica y llenan las paredes metálicas con sus alegres sonidos.

—¿Qué sitio es este? —le susurro a Tzain al oído.

Aunque nunca he puesto un pie en un bar, no tardo en darme cuenta de por qué para entrar en este hace falta contraseña. Casi todos los clientes lucen melenas de pelo blanco, que crean un mar abarrotado de *divîners*. Salta a la vista que los pocos *kosidán* que han conseguido entrar tienen relación con alguno de los *divîners*, que son quienes están en su ambiente. Algunas parejas mixtas se sientan de la mano y se besan, con las caderas muy juntas.

—Se llama *tóju* —responde Tzain—. Es una clase de local que empezaron a montar los *divîners* hace unos cuantos años. Los tienen en casi todas las ciudades. Es de los pocos lugares en los que los *divîners* pueden divertirse en paz.

De repente, la antipatía del tipo de seguridad ya no me parece tan exagerada. Puedo imaginarme lo rápido que liquidaría la guardia real una fiesta como esta.

—Llevo años jugando contra el equipo de estos tíos —susurra Tzain mientras Kenyon nos conduce a una mesa que hay al fondo—. Son leales, pero muy reservados. Deja que hable yo. Será más fácil que se relajen.

—No tenemos tiempo para relajarnos —susurro como respuesta—. Si no conseguimos que luchen...

—No habrá lucha si no los convenzo antes para decir que sí. —Tzain me da un ligero codazo—. Sé que vamos justos de tiempo, pero con ellos, hay que tomarse las cosas con calma...

—¡Tzain!

Un coro exaltado surge cuando llegamos a una mesa en la que veo a los cuatro *divîners* que supongo que completan el equipo de *agbön* de Kenyon. Los jugadores son a cual más alto. Incluso las gemelas que Tzain llama Imani y Khani son casi de la misma estatura que él.

La presencia de Tzain provoca sonrisas y carcajadas. Todos se levantan, le dan la mano, le palmean con afecto la espalda, bromean con Tzain sobre el próximo torneo de *agbön*. Las indicaciones de Tzain de tomárnoslo con calma aún resuenan en mi mente, pero sus amigos están tan absortos con los juegos que ni siquiera se dan cuenta de que el mundo de Tzain se desmorona.

—Necesitamos vuestra ayuda —interrumpo en medio del barullo, la primera frase que logro pronunciar.

El equipo se calla para mirarme, como si no me hubiesen visto hasta ese momento.

Kenyon da un sorbo a una bebida de un tono naranja brillante y se vuelve hacia Tzain.

—Cuéntanos. ¿Qué necesitáis?

Permanecen en silencio mientras Tzain expone nuestra precaria situación, y murmuran apenados cuando se enteran del ataque al asentamiento de *divîners*. Se lo cuenta todo, desde el origen del pergamino hasta el ritual inminente, y termina contándoles que han capturado a Zélie.

—Solo faltan dos días para el solsticio —añado—. Si queremos lograrlo, tenemos que actuar rápido.

—Maldita sea. —Ife suspira y su cabeza afeitada refleja la luz de las velas—. Lo siento. Pero si la han metido ahí dentro, no hay forma de sacarla.

—¡Seguro que podemos hacer algo! —Tzain señala a Femi, un ancho *divîner* con la barba recortada—. ¿No puede ayudarnos tu padre? ¿Todavía soborna a los guardias?

La cara de Femi se ensombrece. Sin decir ni una palabra, se aparta arrastrando la silla y se levanta tan deprisa que casi vuelca la mesa.

—Se llevaron a su padre hace unas cuantas lunas —nos informa Khani en voz baja—. Empezó como un altercado por los impuestos, pero...

—Tres días más tarde encontraron su cuerpo —termina Imani.

«Cielos». Sigo a Femi con la mirada mientras el joven se abre paso entre los clientes. Otra víctima del poder de Padre. Una razón más por la que debemos actuar sin dilación.

Tzain se pone serio. Alarga el brazo y agarra el vaso de metal de alguien con tanta fuerza que se deforma bajo sus dedos.

—Aún no está todo perdido —intervengo—. Si no podemos sobornar a nadie para entrar por la puerta, entraremos a la fuerza para liberar a Zélie.

Kenyon resopla y da otro trago largo a su bebida.

—Somos grandes, pero no tontos.

—¿Seguro que no sois tontos? —le pregunto—. No os hace falta la fuerza, os basta con la magia.

Cuando pronuncio la palabra «magia», la mesa entera se queda petrificada, como si hubiese mascullado el peor insulto. Los demás se miran unos a otros, pero Kenyon me clava la mirada.

—No tenemos magia.

—Todavía no. —Saco el pergamino de la mochila—. Pero nosotros podemos devolveros los poderes. El fuerte se construyó para impedir la entrada de los hombres, pero no de los *maji*.

Confío en que al menos uno de ellos estudie de cerca el pergamino, pero todos se lo quedan mirando con recelo, como si fuese una bomba a punto de estallar. Kenyon se levanta de la mesa.

—Es hora de que os vayáis.

Al instante, Imani y Khani se incorporan también. Cada una de ellas me agarra de un brazo.

—¡Eh! —grita Tzain.

Se sacude cuando Ife y Kenyon intentan retenerlo.

—¡Soltadme!

El bar se detiene, pues nadie quiere perderse el espectáculo. Aunque chillo y pataleo, las chicas no ceden, sino que corren hacia la puerta como si su vida dependiera de ello. Pero al ver que Imani respira de manera entrecortada y notar que Khani me agarra con más fuerza, me doy cuenta de lo que sucede.

«No están enfadados...».

Tienen miedo.

Me zafo de sus manos con una maniobra que Inan me enseñó hace muchas lunas. Agarro la empuñadura del sable y saco la hoja con una sacudida segura.

—No estoy aquí para haceros daño —digo sin alzar la voz—. Mi único deseo es devolveros la magia.

—¿Quién demonios eres? —pregunta Imani.

Tzain se libera por fin de las garras de Kenyon e Ife. Empuja a varios *divîners* y a las gemelas hasta llegar a mi lado.

—Va conmigo. —Obliga a Imani a apartarse—. Es lo único que os hace falta saber.

—No te preocupes.

Salgo de la sombra de Tzain y dejo el círculo de su protección. Todos los ojos del bar me agujonean, pero, por una vez, no me encojo ni intento escabullirme. Me imagino a Madre delante de una panda de *oloyes*, capaz de dirigir una sala entera con un leve arqueado de las cejas. En estos momentos tengo que recurrir a ese poder.

—Soy la princesa Amari, hija del rey Saran y... —Aunque las siguientes palabras nunca han salido de mis labios, me doy cuenta de que no hay otra alternativa. No puedo permitir que la línea de sucesión se interponga en mi camino—. Y soy la futura reina de Orîsha.

Tzain levanta las cejas sorprendido, pero no permanece mucho tiempo absorto en el asombro. Al cabo de un segundo, el bar se llena de cuchicheos y

comentarios que tardan siglos en acallarse. Al final, Tzain consigue silenciar a la multitud.

—Hace once años, mi padre os arrebató la magia. Si no actuamos ahora, perderemos la única oportunidad que tenemos de recuperarla.

Paseo la mirada por todo el *tóju*, a la espera de que alguien me ponga a prueba o intente echarme otra vez. Unos cuantos *divîners* se marchan, pero la mayoría se queda, ávida de más.

Desenrollo el pergamino y lo muestro para que vean la inscripción antigua. Un *divîner* se inclina para tocarlo y da un respingo cuando una ráfaga de aire sale despedida de sus manos. La muestra espontánea del poder de la magia es la prueba que me hacía falta.

—Hay un ritual sagrado, un ritual que restituirá vuestro vínculo con los dioses. Si mis amigos no lo llevan a cabo durante el solsticio centenario, dentro de dos días, la magia desaparecerá para siempre.

«Y mi padre recorrerá las calles para masacrar otra vez a vuestro pueblo. Os apuñalará en el corazón. Os matará igual que mató a mi amiga».

Repaso la sala de lado a lado e intento mirar a los ojos a todos y cada uno de los *divîners*.

—Hay algo más que vuestra magia en juego. Vuestra propia supervivencia pende de un hilo.

Los murmullos continúan, hasta que alguien grita entre la multitud:

—¿Qué tenemos que hacer?

Doy un paso al frente, pliego la hoja del sable y levanto la barbilla.

—Hay una chica atrapada en el fuerte del ejército, a las afueras de Gombe. Ella es la clave. Necesito vuestra magia para sacarla de allí. Si la salváis, os salvaréis vosotros.

El bar permanece en silencio durante unos momentos. Todos se quedan quietos. Pero Kenyon se apoya en la pared y cruza los brazos con una expresión en el rostro que no sé descifrar.

—Aunque quisiéramos ayudar, por mucha magia que nos diera tu pergamino, no sería suficiente.

—No os preocupéis. —Meto la mano en la mochila de cuero de Zélie y saco la piedra del sol—. Si accedéis a ayudarnos, yo me encargaré de eso.

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS



INAN

Los gritos de Zélie me atormentan mucho después de haber cesado.

Estridentes.

Penetrantes.

Aunque su conciencia rota descansa en el espacio onírico, mi conexión física con su cuerpo se mantiene. Los ecos de su angustia me queman la piel. Por momentos, su sufrimiento es tan severo que me duelen los pulmones solo de intentar respirar. Me esfuerzo por ocultar la opresión cuando llamo a la puerta de Padre.

Con magia o sin ella, tengo que salvar a Zélie. Ya le he fallado una vez.

Si permito que perezca aquí, nunca me lo perdonaré.

—Entra.

Abro la puerta y reprimo la magia, mientras entro en la sala del comandante de la que se ha apropiado Padre. Lo veo de pie con la camisola de terciopelo que lleva para dormir, estudiando un mapa descolorido. Ni rastro de odio. Ni siquiera un ápice de repugnancia.

Para él, grabar a fuego la palabra LARVA en la espalda de una chica no es más que otra de las tareas del día.

—Queríais verme.

Padre decide pasar un buen rato sin contestarme. Coge el mapa y lo acerca a la luz. Una X de color rojo señala el valle de los *divîners*.

En ese momento caigo en la cuenta: la muerte de Zulaikha. Los gritos de Zélie. No significan nada para él. Porque, al ser *maji*, no son nada.

Predica que la obligación debe anteponerse a uno mismo, pero su Orïsha no incluye a esas personas. Nunca lo ha hecho.

No solo quiere erradicar la magia.

Quiere erradicarlos a ellos.

—Me has puesto en ridículo —dice al fin—. Esa no es forma de comportarte durante un interrogatorio.

—Yo no llamaría a eso interrogatorio.

Padre aparta el mapa.

—¿Qué dices?

«Nada».

Eso es lo que espera que conteste.

Sin embargo, Zélie solloza y tiembla en un rincón de mi mente.

A la «tortura» hay que llamarla por su nombre.

—Yo no me enteré de nada útil, Padre. ¿Y vos? —Mi voz va aumentando de volumen—. La única información que recibí fue hasta qué punto sabéis hacer gritar a una chica.

Para mi sorpresa, Padre sonrío. Pero su sonrisa es más peligrosa que su furia.

—Los viajes te han hecho fuerte. —Asiente con la cabeza—. Bien. Pero no malgastes la energía en defender a esa...

«Larva».

Sé lo que va a decir mucho antes de que salga de los labios de Padre. Así es como los ve a todos.

Así es como me vería a mí.

Me remuevo y me desplazo hasta lograr ver mi reflejo en el espejo. He vuelto a cubrirme el mechón blanco con tinte negro, pero solo los cielos saben cuánto durará así.

—No somos los primeros en tener que soportar esta carga. En tener que llegar a semejantes extremos para mantener a salvo nuestro reino. Los bratonianos, el pueblo *pörltöganés*... Todos aplastados porque no combatieron la magia con la contundencia necesaria. ¿Prefieres que deje con vida a aquella larva y permita que Orisha sufra el mismo destino que esos imperios?

—No es eso lo que proponía, pero...

—Una larva como esa es igual que una montura salvaje —continúa Padre—. Nunca te dará las respuestas que buscas por las buenas. Tienes que romper su voluntad, demostrarle quién está al mando. —Dirige la mirada al mapa. Marca otra X sobre Ilorin—. Lo comprenderías si hubieses tenido agallas para quedarte a verlo. Al final, la larva me contó todo lo que necesitaba saber.

Una perla de sudor me recorre la espalda. Aprieto los puños.

—¿Todo?

Padre asiente.

—Solo es posible destruir el pergamino con magia. Lo sospechaba después del fracaso del almirante Ebele, pero la chica me lo confirmó. Ahora que la tenemos atrapada, por fin contamos con todo lo que nos hace falta. Una vez que recuperemos el pergamino, haremos que ella misma lo destruya.

Noto el pulso en la garganta. Tengo que cerrar los ojos para mantener la calma.

—Entonces ¿vivirá?

—Por ahora.

Padre pasa un dedo por encima de la X que señala el valle de los *divîners*. La tinta roja es espesa. Gotea como la sangre.

—Tal vez sea lo mejor —dice con un suspiro—. Mató a Kaea. Una muerte rápida sería un regalo.

Todo mi cuerpo se tensa.

Parpadeo varias veces. Demasiadas.

—¿Qu... qué? —tartamudeo—. ¿Os ha dicho eso?

Me gustaría decir algo más, pero las palabras se me secan en la garganta. El odio de la mirada de Kaea aparece de nuevo ante mí. «Larva».

—Confesó que había estado en el templo. —Padre habla como si la respuesta fuese obvia—. Allí fue donde recuperaron el cuerpo de Kaea.

Recoge un cristalito de color turquesa, manchado de sangre. Se me revuelve el estómago cuando lo pone a la luz.

—¿Qué es eso? —le pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Una especie de residuo. —Padre aprieta los labios—. La larva dejó estas cosas en el pelo de Kaea.

Padre aplasta los restos de mi magia hasta que se deshacen en polvo. Cuando se rompen, me llega un olor a hierro y vino.

El aroma del alma de Kaea.

—Cuando encuentres a tu hermana, acaba con ella. —Padre habla para sí mismo más que para mí—. No me falta gente a la que erradicaría para manteneros a salvo a los dos, pero no puedo perdonarle su parte de responsabilidad por la pérdida de Kaea.

Agarro la empuñadura de la espada y me obligo a asentir con la cabeza. Casi noto el cuchillo grabándose la palabra TRAIADOR en la espalda.

—Lo siento. Sé que... —«Era vuestro sol»—. Sé... lo mucho que significaba para vos.

Padre da vueltas al anillo, perdido en sus emociones.

—Kaea no quería ir. Temía que ocurriese algo semejante.

—Creo que temía decepcionaros más que la propia muerte.

Nos pasa a todos. Siempre ha sido así.

Y, sobre todo, a mí.

—¿Qué pensáis hacer con ella? —pregunto.

—¿Con quién?

—Zélie.

Padre me mira y parpadea.

Ha olvidado que la chica tiene nombre.

—El médico la está atendiendo. Creemos que su hermano tiene el pergamino. Mañana la utilizaremos como señuelo para recuperarlo. En cuanto lo tengamos en nuestro poder, la larva lo destruirá de una vez por todas.

—Y después de eso... —insisto—, cuando ya no quede nada, entonces ¿qué?

—Morirá. —Padre vuelve a concentrarse en el mapa y traza una ruta—. Enseñaremos su cadáver por toda Orisha, para que todo el mundo recuerde lo que ocurre si nos desafían. Si se produce el menor brote de rebelión, los liquidaremos a todos. Allí mismo.

—¿Y si hubiera otra vía? —me atrevo a decir. Observo las ciudades del mapa—. ¿Y si escuchamos sus quejas..., si empleamos a la chica como embajadora? Hay gente..., gente que quiere. Podríamos utilizarlos para mantenerla a raya. Una *maji* que podamos controlar. —Cada palabra suena a traición, pero como Padre no me interrumpe, continúo. No me queda alternativa. Tengo que salvarla a toda costa—. He visto cosas en los viajes, Padre. Ahora comprendo a los *divîners*. Si mejoramos sus condiciones, cortaremos de raíz la posibilidad de una rebelión.

—Mi padre pensaba lo mismo.

Ahogo un suspiro.

Padre nunca habla de su familia.

Lo poco que sé de ellos procede de los cotilleos y susurros que he oído en palacio.

—Mi padre pensaba que podríamos acabar con su opresión y construir un reino mejor. Yo también lo pensaba, hasta que lo mataron. A él y a todas las personas que amaba. —Padre me pone una mano fría en el cuello—. Créeme cuando te digo que no hay otra vía. Ya viste lo que hizo ese Abrasador en su campamento.

Asiento, aunque me arrepiento de haberlo presenciado. No hay forma de oponerme a Padre ahora que he visto a personas incineradas tan rápido que ni siquiera tuvieron tiempo de chillar.

Padre me agarra más fuerte. Casi hasta el punto del dolor.

—Haz caso de mis palabras y aprende ya esta lección. Antes de que sea demasiado tarde.

Padre da un paso adelante y me abraza. Un gesto tan extraño que mi cuerpo se

estremece por el aturdimiento. La última vez que me arropó con sus brazos yo era un niño. Fue después de herir a Amari con la espada.

«Un hombre capaz de atacar a su propia hermana es un hombre que puede ser un gran rey».

Por un segundo, me permití sentirme orgulloso.

Me alegré de que mi hermana sangrara.

—No creía en ti. —Se aparta—. No pensaba que fueras a triunfar. Pero has sabido mantener Orisha a salvo. Todo esto te convertirá en un gran rey.

Incapaz de hablar, asiento con la cabeza. Padre vuelve a sus mapas. Ya ha terminado conmigo. Al no tener nada más que añadir, salgo de la habitación.

«Siente», me ordeno. Siente algo, lo que sea. Padre me ha dado lo que siempre he soñado. Después de todo este tiempo, por fin cree que voy a ser un gran rey.

Sin embargo, cuando la puerta se cierra de golpe, me fallan las piernas. Me derrumbo en el suelo.

Mientras Zélie permanezca encadenada en esa celda, el reino no significará absolutamente nada.

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE



INAN

Espero hasta que Padre se queda dormido.

Hasta que los guardias abandonan sus puestos.

Me siento entre las sombras. Al acecho. La puerta de hierro chirría cuando el médico sale de la celda.

Tiene la cara pálida por el esfuerzo, la ropa manchada con la sangre de Zélie. Verlo da más fuerza a mis deseos.

«Encontrar a Zélie. Salvarla».

Avanzo con sigilo y deslizo la llave en la cerradura. Cuando la puerta se abre con otro chirrido, me preparo para lo que voy a ver.

Pero nada puede prepararme para ese espanto.

Zélie yace desmayada, su cuerpo casi inerte, su vestido roto empapado de sangre. Al verla, se me forma un nuevo agujero dentro.

Y Padre piensa que los *maji* son los animales...

La vergüenza y la rabia compiten dentro de mí mientras selecciono la llave adecuada. No se trata de la magia. Por una vez, se trata de ella.

Abro los grilletes que le sujetan las muñecas y los tobillos y libero a Zélie de sus zarpas metálicas. La recojo en brazos y le cubro la boca. Así, cuando se despierta, amortiguo el sonido de sus gritos.

Su dolor me desgarró vivo. Los puntos que ha cosido el médico empiezan a soltarse. La sangre brota de nuevo.

—No lo noto —susurra pegada a mi piel.

Recoloco los brazos para presionar sobre las vendas que le cubren la espalda.

—Ya lo harás —intento consolarla.

«Por todos los cielos, ¿a qué se refiere?».

Su mente es como un muro, que repite la tortura sin cesar, igual que un disco rayado.

No hay rastro del océano, no hay rastro de su alma. No percibo el aroma marino. No veo más allá de su angustia. Vive en la cárcel de su dolor.

—No lo hagas. —Clava las uñas en mi hombro mientras ascendemos el

primer tramo de escaleras desiertas—. Ya me estoy desangrando. Déjame.

El calor de su sangre se me cuela entre los dedos. Aprieto con más fuerza sobre su espalda.

—Buscaremos a una Sanadora.

Las botas de unos guardias repican al doblar la esquina. Me escondo en una habitación vacía mientras espero que pasen de largo. Zélie se retuerce y ahoga un grito. La aprieto todavía más contra mi pecho.

Cuando el pasillo queda despejado, subo otro tramo de escaleras. El corazón me late desbocado a cada paso que doy.

—Te matarán —susurra mientras corro—. El rey te matará.

Me blindo al oír sus palabras.

Ahora no puedo pensar en eso. Lo único que importa es salvarla. Tengo que sacar a Zélie de aq...

Primero oigo los gritos.

Lo siguiente es el calor.

Caemos al suelo de bruces cuando una detonación en el piso de arriba retumba por los muros del fuerte.

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO



AMARI

El fuerte se erige sobre el horizonte de Gombe igual que un palacio de acero y proyecta su sombra en medio de la noche. Las tropas vigilan todas las esquinas, no dejan ni un metro sin protección durante más de unos segundos. El corazón casi se me sale por la boca mientras esperamos que los guardias que patrullan la pared sur pasen por delante. Treinta segundos es todo lo que tenemos. Rezo a los dioses del cielo para que nos baste con esos treinta segundos.

—¿Puedes hacerlo? —pregunto en un susurro a Femi, y me aparto de los altísimos arbustos de combreto en los que nos hemos escondido.

Desde que tocó la piedra del sol, no ha parado de mover las manos. Se toca los dedos, la barba, la nariz torcida.

—Estoy preparado. —Asiente con la cabeza—. Es difícil de explicar, pero lo presiento.

—De acuerdo. —Dirijo la atención de nuevo hacia la patrulla—. La próxima vez que pasen, vamos.

En el preciso instante en el que los guardias doblan la esquina, Femi y yo cruzamos como el rayo la hierba recién cortada. Tzain, Kenyon e Imani nos siguen igual de rápidos y se protegen en las sombras para evitar que los descubran los guardias de las plantas superiores. Aunque muchos *divîners* del *tóju* accedieron a ayudarnos, solo Kenyon y su equipo se atrevieron a tocar el pergamino y despertar su magia. Confiaba en que con ellos bastara para derribar el fuerte, pero ni siquiera podemos contar con que los cinco luchen.

Khani resultó ser una Sanadora e Ife despertó sus poderes como Domador. Al no poseer una magia que pudiera actuar de forma rápida, no nos pareció seguro que entrasen. Por suerte, Kenyon resultó ser un Abrasador, Femi un Soldador e Imani una Cáncer. No es el ejército de *maji* de mis sueños, pero con la potencia amplificadas gracias a la piedra del sol, estos guerreros podrían ser más que suficientes.

—Quince segundos —susurro entre jadeos cuando llegamos a la pared sur.

Femi coloca las manos contra el hierro frío y repasa las muescas y las láminas

metálicas con la pericia de un Soldador iluminado. Palpa en busca de algo que no alcanzo a ver con tanta lentitud que tiemblo, porque se nos acaba el tiempo.

—Diez segundos.

Femi cierra los ojos y aprieta con más fuerza las planchas de la pared de metal. Se me encoge el pecho con cada grano de arena que cae en el reloj.

—¡Cinco segundos!

De repente, el aire se tensa. Una luz verde brilla en la mano de Femi. La pared de metal se abre en torrente como si fuese agua.

Todos entramos a la carrera por la brecha que ha abierto el nuevo *maji* y nos colamos en el fuerte con el mayor sigilo posible. Unos pesados pasos resuenan fuera justo cuando Femi se introduce en la fortaleza. Logra cerrar de nuevo el muro unos momentos antes de que la siguiente patrulla pase por allí.

«Gracias a los cielos».

Suelto el aliento de forma lenta y prolongada, para saborear esta pequeña victoria antes de que comience la siguiente batalla. Estamos dentro.

Pero ahora viene la parte difícil.

Varias espadas pulidas adornan las paredes que nos rodean y reflejan nuestros rostros ansiosos. «Debe de ser la armería...». Si la estructura de este fuerte reproduce la que tenía el de Lagos, debemos de estar cerca de las dependencias del comandante, en el nivel superior. Eso significa que las celdas de la cárcel tienen que estar debajo...

Se mueve el pomo de la puerta. Levanto una mano e indico a todos que se agachen para que no los vean cuando la puerta de la armería se abre con un chirrido. Oigo que un guardia se aproxima y capto su reflejo en las espadas resplandecientes mientras entra.

Vigilo al guardia, al acecho, cuento cada paso que da. Ya está cerca. Un paso más y podremos...

—¡Ya! —ordenó en voz baja.

Tzain y Kenyon atacan y tumban al guardia en el suelo. Mientras le ponen una mordaza, corro a cerrar la puerta antes de que salga ningún sonido que nos delate. Cuando regreso con el resto, ya han amortiguado los gritos del guardia. Me pongo de cuclillas y desenvaino el sable, presiono el frío metal contra su garganta.

—Si gritas, te rebano el pescuezo.

El veneno de mis palabras me sorprende. Solo había oído esa clase de ponzoña en la voz de Padre. Pero surte efecto.

El soldado traga saliva cuando le quito la mordaza.

—La prisionera *maji* —ladro—. ¿Dónde está?

—¿La... qué?

Tzain saca el hacha y la coloca por encima de la cabeza del guardia, para retarle a que se atreva a volver a fingir ignorancia.

—¡La celda está en el sótano! Bajad todas las escaleras, ¡es la última a la derecha!

Femi le da una patada en la frente y lo deja inconsciente. El guardia se desploma con un golpe seco mientras corremos hacia la puerta.

—¿Ahora qué hacemos? —me pregunta Tzain.

—Esperar.

—¿Cuánto tiempo?

Escudriño el reloj de arena que cuelga del cuello de Kenyon y observo los granos que van cayendo hasta que cubren la marca del cuarto. «¿Dónde está la segunda oleada?».

—Ya deberían haber atacado...

Al instante, una detonación resuena como un trueno y reverbera por el suelo de hierro, bajo nuestros pies. Nos apretamos contra la pared mientras el fuerte retiembla y nos cubrimos la cabeza para protegernos de las espadas que llueven de las paredes. Se oyen más explosiones desde fuera, seguidas de los gritos de los guardias reales que corren alarmados. Abro una rendija de la puerta y veo pasar a los guardias a toda prisa. Van de cabeza hacia un combate que confío en que no encuentren nunca.

Los *divîners* que no quisieron despertar sus poderes accedieron a luchar desde lejos. Con el alcohol del bar, logramos fabricar casi cincuenta bombas incendiarias, mientras otros *divîners* construían las hondas que luego emplearían para arrojar los explosivos. Si las tiraban desde una distancia suficiente, calculamos que los *divîners* tendrían tiempo de atacar y luego salir huyendo en sus monturas antes de que los guardias los alcanzasen. Y mientras los guardias estuvieran distraídos, nosotros escaparíamos del fuerte.

Esperamos hasta que los pasos dejan de retumbar antes de huir de la armería y dirigimos a la escalera que hay en el centro del fuerte. Bajamos como alma que lleva el diablo un tramo de escaleras tras otro para descender todas las plantas de la torre de hierro. En cuanto hayamos bajado unos pocos niveles más, podremos liberar a Zélie. Luego iremos directos a la isla sagrada. Solo nos quedan dos días, así que llegaremos justo a tiempo para el ritual.

Sin embargo, cuando descendemos el siguiente tramo, un grupo de soldados

nos intercepta el paso. Levantan las espadas para combatir, así que no me queda más remedio que gritar.

—¡Al ataque!

Kenyon es el primero en pasar a la acción. Noto un cosquilleo de miedo por toda la piel en cuanto el calor caldea el ambiente. Un poderoso resplandor rojo forma remolinos alrededor de su puño; con el primer puñetazo, surge la primera llamarada, que empotra a los tres guardias contra la pared.

Femi es el siguiente en unirse: utiliza su magia del metal para licuar las hojas de las espadas de los guardias. Cuando se quedan apabullados ante lo que ocurre, Imani da un paso al frente. Nuestra Cáncer, tal vez la más aterradora de todos.

Emana una energía verde oscura de las manos y atrapa a los hombres en una nube maligna. En cuanto los toca, se desmoronan y su piel adopta un tono amarillo mientras la enfermedad les recorre el cuerpo con saña.

Aunque aparecen más guardias, los *maji* los reducen con sus poderes, que presentan una potencia amenazadora. Corren por puro instinto, alimentados por la fuerza electrizante e inquebrantable de la piedra del sol.

—Vamos —digo entonces.

Tzain se aprovecha de la histeria general y, pegado a la pared, se escabulle de la batalla. Lo sigo y me uno a él al otro lado del descansillo, para bajar a toda velocidad el siguiente tramo de escaleras con el fin de liberar a Zélie. Con este poder, nadie conseguirá detenernos. Ningún soldado se interpondrá en nuestro camino. Podremos vencer al ejército entero. Podremos enfrentarnos incluso a...

«¿Padre?».

Los guardias flanquean a Padre por todas partes, lo protegen del ataque mientras corre por el nivel superior, que vemos por una pasarela. Supervisa la revuelta, hasta que sus ojos marrón oscuro se topan con los míos y enfoca la vista igual que un cazador que otea hasta poner a su presa en el punto de mira. Se queda petrificado, pero solo por un instante. En cuanto cae en la cuenta de que estoy involucrada en el ataque, la rabia de Padre se dispara.

—¡Amari!

Su mirada gélida me hiela la sangre. Pero esta vez tengo el sable. Esta vez, no me da miedo atacar.

«Sé valiente, Amari».

La voz de Binta resuena con fuerza. La imagen de su sangre me llena el pensamiento. Ahora puedo vengarla. Voy a liquidar a Padre. Mientras los *maji* se ocupan de los guardias, yo le cortaré la cabeza a Padre con este sable. Será su merecido por todas las masacres, todas las pobres almas que ha matado...

—¿Amari?

Tzain llama mi atención y, mientras tanto, Padre desaparece detrás de una puerta metálica al final del pasillo. «Una puerta que Femi podría derretir con facilidad...».

—¿Adónde vas?

Parpadeo mirando a Tzain, pero no abro la boca. No hay tiempo para explicaciones. Algún día ya combatiré contra Padre.

Hoy debo combatir para salvar a Zélie.

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE



INAN

Aprieto a Zélie contra mi pecho al oír la siguiente detonación. El fuerte se tambalea. Un humo negro llena el aire. Los gritos reverberan en las paredes metálicas. Los alaridos se cuelan por la puerta carbonizada.

Entro corriendo en una habitación y miro por las ventanas con barrotes; aunque las llamas estallan contra los muros del fuerte, no aparece ningún enemigo. En lugar de eso, solo oigo a las tropas que gritan cuando prenden fuego. Las rabiosas pantenarias salen huyendo, muertas de miedo.

Nunca he visto un caos semejante, me recuerda todos los horrores de la explosión provocada por Kwame. Otro ataque *maji*. Mis soldados caen mientras los otros se imponen.

—¡No!

Me aparto a toda prisa de la ventana y asomo la cabeza por la puerta metálica cuando un grito amortiguado resuena en la planta superior. El fuego, el metal y la enfermedad siguen atacando y liquidan a un torrente interminable de soldados.

Los hombres que contratacan acaban incinerados por las llamas de un Abrasador. Los que lanzan flechas reciben el ataque de un Soldador: un *maji* con barba dobla todas las flechas e invierte su dirección, de modo que las afiladas puntas se clavan en la armadura de los arqueros.

Pero la peor de todos es la chica pecosa. Una Cáncer. Un heraldo de la muerte. Varias nubes de color verde oscuro, signo de enfermedad, salen de sus manos. En cuanto las inhalan los soldados, su cuerpo tiene convulsiones.

«Menuda masacre...».

Sí, es una masacre, no un combate.

Solo luchan tres *maji* y, sin embargo, un ejército entero se doblega ante su poder.

Es peor que la destrucción que presencié en el campamento *divîner*. Por lo menos, entonces los soldados fueron los primeros en atacar. Pero ahora su miedo prematuro parece justificado.

«Padre tenía razón...».

Ahora es innegable. Da igual cuál sea mi deseo, si la magia regresa, así es como arderá mi reino.

—Inan... —gimotea Zélie.

Su sangre caliente resbala entre mis manos. La clave del futuro de Orïsha. Desangrándose en mis brazos.

El peso de la obligación me obliga a frenar, pero ahora no puedo escuchar esa llamada. Pase lo que pase, Zélie debe sobrevivir. Ya encontraré la manera de detener la magia después de ponerla a salvo.

Corro a toda velocidad por el pasillo vacío mientras la batalla ruge en alguna planta superior. Subo un tramo de escaleras más. Otra detonación atruena.

El fuerte se sacude y el temblor me tira escaleras abajo. Agarro fuerte a Zélie mientras caemos; esta vez no consigo ahogar sus gritos.

Me pego a una pared para protegernos de la siguiente explosión. A este paso, Zélie se desangrará por completo antes de que podamos escapar.

«Piensa».

Cierro los ojos y coloco la cabeza de Zélie contra mi cuello. Repaso mentalmente la estructura del fuerte. Busco una salida. Entre los guardias, los *maji* y las bombas incendiarias, no veo la manera de escapar. Pero espera, no hace falta que huyamos... Han venido a buscarla. No tiene que salir.

Ellos tienen que entrar.

«¡La celda!». Me pongo de pie. Seguro que es ahí adonde se dirigen. Zélie grita mientras bajamos de nuevo las escaleras. Sus gritos se unen a la agonía de la noche.

—Estamos cerca —susurro cuando llegamos al último pasillo—. Aguanta un poco más. Ya vienen. Volveremos a la celda. Entonces Tzain...

«¿Amari?».

Al principio, no reconozco a mi hermana. La Amari que conozco evita blandir la espada.

Esta mujer parece lista para matar.

Amari corre como el rayo por el pasillo hacia nosotros, seguida a poca distancia por Tzain. Cuando un guardia carga contra ella con la espada extendida, no lo piensa ni un momento y le hace un corte en el muslo. Entonces Tzain le da un golpe en la cabeza, que acaba por tumbar al soldado.

—¡Amari! —grito.

Se detiene un momento. Cuando ve que llevo a Zélie en brazos, se queda de piedra. Tzain y ella corren a nuestro encuentro. Entonces es cuando ven toda la sangre.

Por instinto, Amari se lleva la mano a la boca. Pero el horror que expresa no es nada comparado con el de Tzain. Un sonido indescifrable escapa de sus labios: algo entre un alarido y un gemido. Se encoge. Es extraño ver a alguien de su tamaño menguar tanto de repente.

Zélie separa la mano con la que me agarraba del cuello.

—¿Tzain?

Su hermano suelta el hacha y corre hacia ella. En cuanto le paso a Zélie, veo que la gasa que le cubría la espalda está completamente roja.

—¿Zél? —susurra Tzain.

Las vendas sueltas dejan al descubierto la magnitud de sus heridas. Debería habérselo advertido.

Pero nada puede preparar a nadie para ver la palabra *LARVA* grabada a fuego en la espalda de Zélie.

Verlo me rompe el corazón en mil pedazos. Puedo imaginarme lo que provoca en Tzain. La abraza. Demasiado fuerte. Pero no es momento para críticas.

—Marchaos —les urjo—. Padre está aquí. Vendrán más guardias. Cuanto más esperéis, más difícil será escapar.

—¿Vienes con nosotros?

La esperanza en la voz de Amari me mata. Pensar en abandonar a Zélie me asfixia. Pero esta no es mi lucha. No puedo unirme a su bando.

Zélie vuelve la cabeza hacia mí; el miedo inunda sus ojos anegados en lágrimas. Le pongo la mano en la frente. Noto su piel ardiendo contra mi palma.

—Te encontraré —susurro.

—Pero tu padre...

Otra explosión. El pasillo se llena de humo.

—¡Marchaos! —grito mientras el fuerte se tambalea—. ¡Salid mientras podáis!

Tzain echa a correr con Zélie en brazos entre la histeria cubierta de humo. Amari se pone en marcha, pero vacila un segundo.

—No te dejaré en la estacada.

—Vete —insisto—. Padre no sabe lo que he hecho. Si me quedo, puedo intentar protegeros desde dentro.

Amari asiente con la cabeza y sigue a Tzain. Acepta mi mentira con el sable en alto. Me derrumbo contra la pared mientras los veo desaparecer por las escaleras y reprimo mi deseo de seguirlos. Han ganado la batalla. Han cumplido con su deber.

Mi lucha por salvar Orïsha no ha hecho más que empezar.

CAPÍTULO SETENTA



ZÉLIE

Escapamos del fuerte en una nebulosa, es como estar en un cuadro de locura y dolor.

Y durante todo el trayecto, mi espalda se abre, en carne viva; con cada tirón la agonía me marea y me arde como el hierro candente. Lo veo todo negro, pero sé que hemos escapado cuando el calor del fuerte da paso al aire fresco de la noche. El frío me azota en los cortes grabados en la piel mientras Nailah nos transporta a un lugar seguro.

«Todas esas personas...».

Todos esos *maji* han venido a salvarme. ¿Qué harán cuando sepan la verdad? Me han destrozado. Soy inútil.

Entre la negrura que me rodea, pruebo una cosa, lo que sea para sentir el arrebató de la magia. Pero el calor no corre por mis venas, la energía no se despierta en mi corazón. Lo único que siento son los cortes abrasadores de la daga del soldado. Lo único que veo son los ojos negros de Saran.

Me desmayo antes de que mis miedos vuelvan con toda su potencia, sin saber cuánto tiempo ha transcurrido ni dónde estamos. Cuando me despierto de ese laberinto de dolor, unas manos callosas protegen mi cuerpo y me levantan de la silla de montar de Nailah.

«Tzain...».

Nunca olvidaré la desesperación marcada en su rostro cuando me vio. La única vez que había visto esa expresión en él fue después del Asalto, cuando descubrió el cuerpo de Mama encadenado. Después de todo lo que ha hecho por mí, no puedo darle motivos para volver a poner esa cara.

—Aguanta, Zél —susurra Tzain—. Ya casi estamos.

Me tumba bocabajo y expone los horrores de mi espalda. Las heridas provocan un coro de suspiros; un muchacho empieza a llorar.

—Inténtalo —azuza una chica.

—Yo... solo he curado algunos cortes, unas magulladuras. Esto...

Siento un espasmo al contacto con las manos de la mujer, hasta que un dolor

insoponible me recorre la espalda.

—No puedo...

—Maldita sea, Khani —suplica Tzain—. ¡Haz algo antes de que se desangre!

—No pasa nada —la consuela Amari—. Toma. Toca la piedra.

Una vez más, me estremezco cuando las manos de la mujer me presionan las heridas, pero esta vez las noto templadas, me calientan como las dársenas de la marea que rodeaban Ilorin. El calor viaja por todo mi cuerpo y alivia el dolor y los escozores.

Mientras el calor teje una capa bajo mi piel, noto la primera bocanada de alivio. Al instante, mi cuerpo se sacude y se aferra a la posibilidad de dormir.

La suave tierra se aplana bajo mis pies y de inmediato sé dónde estoy. Los juncos me rozan las piernas desnudas mientras el rugido del agua de la cascada irrumpe a mi lado. Cualquiera otro día, la cascada me invitaría a acercarme.

Hoy, su rugido suena mal. Agudo, como mis gritos.

—¿Zélie?

Inan aparece ante mí, con los ojos muy abiertos por la preocupación. Da un paso adelante, pero entonces se detiene, como si temiese que fuera a romperme en pedazos si sigue avanzando.

Eso quiero.

Romperme en pedazos.

Derrumbarme en la tierra polvorienta y llorar.

Pero, por encima de todo, no quiero que sepa cómo me ha destrozado su padre.

Las lágrimas se le acumulan en los ojos y desvía la mirada hacia el suelo. Encojo los dedos de los pies y los entierro en la suave superficie mientras lo imito.

—Lo siento —se disculpa. Creo que no va a parar nunca—. Sé que debería dejarte descansar, pero tenía que ver si estabas...

—¿Bien? —termino la frase en su lugar, aunque no sé por qué no ha pronunciado la palabra.

Después de todo lo ocurrido, no sé si seré capaz de sentirme bien en algún momento.

—¿Encontraste a alguna Sanadora? —me pregunta.

Me encojo de hombros. Sí. Me han curado. Aquí en nuestra ensoñación, no

llevo el odio del mundo grabado en la espalda. Puedo fingir que la magia todavía fluye por mis venas. No tengo que luchar por hablar. Por sentir. Por respirar...

—Yo...

En ese instante, veo un rostro cuya visión me lacera la piel como si fuera una de las cicatrices de mi espalda.

Desde el día en que conocí a Inan, he visto muchas cosas en sus ojos ambarinos. Odio, miedo. Remordimiento. Lo he visto todo. ¡Todo!

Todo salvo esto.

Nunca había visto lástima.

«No».

Me embarga la furia. No dejaré que Saran me arrebatte esto también. Quiero los ojos que me miraban como si fuese la única chica de Orisha. Los ojos que me decían que podíamos cambiar el mundo. No los ojos que me ven destrozada.

Que ven que nunca volveré a recomponerme.

—Zél...

Se detiene cuando acerco su cara a la mía. Con su contacto, puedo apartar el dolor. Con sus besos, puedo ser la chica del festival.

La chica que no lleva la palabra LARVA grabada en la espalda.

Me aparto. Inan mantiene los ojos cerrados, igual que después de nuestro primer beso. Excepto que esta vez hace una mueca.

Como si nuestro beso le doliera.

Aunque nuestros labios se tocan, el abrazo no es el mismo. No me pasa los dedos por el pelo, no me roza el labio con el pulgar. Sus manos quedan suspendidas en el aire, con miedo a moverse, a sentir.

—Puedes tocarme —susurro.

Me esfuerzo por mantener la voz templada, porque no se me quiebre.

Arruga la frente.

—Zél, no es esto lo que quieres.

Vuelvo a acercar sus labios a los míos y noto su respiración, relaja los músculos cuando lo beso. En el momento en que nos separamos, coloco la frente sobre su nariz.

—Tú no sabes lo que quiero.

Abre los ojos agitado, y esta vez advierto un resplandor de la mirada que ansío. Veo al chico que quiere llevarme a su tienda de campaña, descubro la mirada que me permite fingir que todo acabará bien.

Sus dedos me rozan los labios y cierro los ojos, poniendo a prueba su contención. Me roza la barbilla con los nudillos y...

...La garra de Saran me obliga a mirarlo de nuevo a la cara. Todo mi cuerpo se estremece. La calma que había hace un momento en los ojos de Saran explota con una violenta rabia. Se me corta la respiración, ahogada en la garganta. Hago acopio de todas mis fuerzas para no gritar, me trago el terror que experimento mientras sus uñas me arañan la piel hasta hacerme sangrar.

—*Más te vale contestarme, niña.*

—¿Zél?

Hinco las uñas en el cuello de Inan. Necesito aferrarme para que dejen de temblarme las manos; necesito ahogar los gritos a toda costa.

—Zél, ¿qué ocurre?

La preocupación vuelve a reptar por su voz igual que una araña que avanza por la hierba. La mirada que tanto necesito se desmorona.

Igual.

Que.

Yo.

—Zél...

Lo beso con tantas ganas que anulo todas sus dudas, su reticencia, su sentimiento de culpa. Me caen las lágrimas mientras aprieto mi cuerpo contra él, desesperada por sentir lo mismo que antes. Me estrecha con fuerza e intenta ser tierno a la vez que muestra seguridad. Es como si supiera que, si me suelta, todo habrá terminado. Lo que nos espera al otro lado es innegable.

Un gemido se me atasca en la garganta cuando sus manos me agarran por la espalda, me sujetan por los muslos. Cada beso me transporta a un lugar nuevo, cada caricia me aparta del dolor.

Las manos de Inan suben de nuevo por mi espalda y le rodeo la cintura con las piernas, siguiendo su silenciosa indicación. Me coloca sobre un lecho de juncos y me tumba con una facilidad delicada.

—Zél... —dice entre jadeos.

Nos movemos rápido, demasiado, pero ya no podemos frenar. Porque cuando termine el sueño, todo habrá acabado. La realidad nos golpeará, dura, cruel e implacable.

No seré capaz de volver a mirar a Inan a la cara sin ver otra vez a Saran.

Así pues, nos besamos y nos aferramos el uno al otro hasta que todo desaparece. Todo se esfuma; cada cicatriz, cada herida. En este instante, solo existo en sus brazos. Vivo en la paz de su abrazo.

Inan se aparta, el dolor y el amor se arremolinan detrás de sus ojos color ámbar. Y algo más. Algo más duro. Quizás una despedida.

Es entonces cuando me doy cuenta de que esto es lo que deseo.

Después de todo, lo necesito.

—Sigue —susurro.

La respiración de Inan se acelera. Sus ojos se embriagan de mi cuerpo, pero al mismo tiempo, noto que se reprime.

—¿Estás segura?

Acerco sus labios a los míos y lo silencio con un beso lento.

—Es lo que quiero. —Asiento—. Te necesito.

Cierro los ojos mientras me estrecha contra él y dejo que sus caricias ahoguen el dolor. Aunque solo sea por un instante.

CAPÍTULO SETENTA Y UNO



ZÉLIE

Mi cuerpo se despierta antes que mi mente. Aunque mi situación ha mejorado mucho y ya no siento esa lacerante agonía, un dolor palpitante continúa recorriéndome la espalda. Me escuece al levantarme; me estremezco para huir del dolor. «¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?».

Miro la tienda de lona que han levantado alrededor de mi catre. Mi mente es un laberinto de ideas en el que solo destaca el eco del abrazo de Inan. Se me agita el corazón al pensarlo y regreso mentalmente a sus brazos. Noto algunas partes de él muy cerca... La suavidad de sus labios, la fuerza con la que me agarraban sus manos. Pero otras partes ya parecen lejanas, como si todo hubiese ocurrido en otra vida. Las palabras que pronunció, las lágrimas que compartimos. Los juncos que me hacían cosquillas en la espalda, unos juncos que no volveré a ver...

..Los ojos negros de Saran observan mientras el lugarteniente me graba a fuego la espalda.

«No sería un buen rey si no te recordara lo que eres...».

Me aferro a las sábanas. El dolor me recorre la piel. Ahogo un gemido cuando alguien entra en la tienda.

—¡Estás despierta!

Una *maji* corpulenta y pecosa con la piel marrón claro y la cabeza llena de trencitas blancas anda hacia mí. Al principio me estremezco al notar sus manos, pero cuando el calor se propaga por mi túnica de algodón, suspiro de alivio.

—Khani —se presenta—. Me alegro de verte despierta.

Vuelvo a mirarla. Recupero el vago recuerdo de ver a dos chicas idénticas a ella compitiendo en un partido de *agbön*.

—¿Tienes una hermana?

Asiente con la cabeza.

—Gemela, pero yo soy la más guapa.

Intento reírle la gracia, pero no logro expresar alegría.

—¿Cómo lo ves?

Mi voz no parece mía. Ya no. Suena apocada. Está vacía. Un pozo seco.

—Eh, pues... Seguro que con el tiempo...

Cierro los ojos y me mentalizo para la verdad.

—He logrado coser las heridas, pero... creo que las cicatrices no se marcharán.

«No sería un buen rey si no te recordara lo que eres...».

Y ahí están los ojos de Saran de nuevo. Fríos.

Desalmados.

—Es que todavía me falta práctica —se apresura a añadir Khani—. Pero seguro que una Sanadora mejor puede eliminarlas.

Asiento, pero en realidad no importa. Aunque me borren la palabra LARVA, el dolor siempre quedará. Me frote la muñeca, descolorida y escamada, con hendiduras en los puntos en los que las esposas de *majacita* me abrazaron la piel.

Más cicatrices que no se curarán nunca.

La tienda se abre otra vez y me doy la vuelta. No estoy preparada para ver a nadie más. Pero entonces lo oigo.

—¿Zél?

Habla con delicadeza. No es la voz de mi hermano. Es la voz de alguien que tiene miedo, alguien que siente vergüenza.

Cuando me doy la vuelta, se esconde en el rincón de la tienda. Me bajo del catre. Por el bien de Tzain, puedo tragarme mis miedos. Puedo contener las lágrimas.

—Eh, hola —dice.

Noto agujones en la espalda cuando abrazo el pecho de Tzain. Me estrecha en sus brazos y el dolor se intensifica, pero dejo que me apretuje tan fuerte como le haga falta para convencerse de que estoy bien.

—Me marché. —Su voz se encoge aún más—. Me enfadé y me fui de la celebración. No pensé... No sabía...

Me aparto de Tzain y esbozo una sonrisa, aunque sea falsa.

—Las heridas parecían mucho peores de lo que eran...

—Pero tu espalda...

—Está bien. Cuando Khani termine, ni siquiera quedarán cicatrices.

Tzain mira a Khani; gracias a los dioses, esta consigue responder con una sonrisa. Mi hermano busca mi mirada, desesperado por creerse la mentira.

—Se lo prometí a Baba —susurra—. Le prometí a Mama...

—Y mantuviste tu promesa. Todos los días. No te culpes por esto, Tzain. Yo no lo hago.

Aprieta la mandíbula, pero me abraza otra vez y respiro mientras sus músculos se relajan bajo mis brazos.

—Estás despierta.

Tardo unos cuantos segundos en ubicar a Amari; ahora que se ha desprendido de su habitual trenza, el pelo negro le cae en cascada por la espalda. Se mece de lado a lado cuando entra en la tienda de campaña con la piedra del sol en la mano. La piedra la baña con su gloriosa luz, pero nada se aviva dentro de mí.

Casi me desmorono al comprobarlo. «¿Qué ha ocurrido?».

La última vez que sujeté la piedra del sol, la rabia de Oya encendió como el fuego todas las células de mi ser. Me sentí como una diosa. Ahora a duras penas me siento viva.

Aunque no quiero pensar en Saran, mi mente me devuelve al sótano.

Es como si ese malnacido me hubiese arrancado la magia junto con la piel de la espalda.

—¿Cómo te sientes?

La voz de Amari me aparta de mis pensamientos, sus ojos ambarinos me penetran. Vuelvo a sentarme en el jergón para ganar tiempo.

—Estoy bien.

—Zélie...

Amari intenta mirarme a los ojos, pero esquivo la mirada. No es Inan ni Tzain. Si sigue insistiendo, no conseguiré engañarla.

Se abre la cortina de lona de la tienda y Khani sale; el sol empieza a ponerse detrás de las montañas. Se hunde bajo un pico escarpado que corta el horizonte anaranjado.

—¿Qué día es hoy? —interrumpo—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Amari y Tzain se miran a los ojos. Se me cae el alma a los pies, impotente. «Por eso no puedo sentir la magia...».

—¿Ha pasado ya el solsticio?

Tzain mira al suelo mientras Amari se muerde el labio inferior. Su voz suena en un suspiro.

—Es mañana.

El corazón me da un vuelco y escondo la cabeza entre las manos. ¿Cómo vamos a llegar a la isla? ¿Cómo voy a realizar el ritual? Aunque ya no siento el escalofrío de la energía de los muertos, susurro el encantamiento mentalmente: «*mí àw n tí ó ti sùn, mo ké pè yin ní òní*».

...el soldado termina la A con un corte rápido. Se me sale la bilis por la boca. Grito. ¡Grito! Pero el dolor no cesa...

Me arden las palmas y me las miro: me he clavado las uñas en la piel con tanta saña que me sangran las manos. Abro los puños y me limpio la sangre en el jergón. Rezo porque nadie lo vea.

Repito una vez más el encantamiento, pero ni un solo espíritu se eleva del suelo polvoriento. Mi magia se ha esfumado.

Y no sé cómo voy a recuperarla.

Ser consciente de eso reabre un agujero negro dentro de mí, un pozo de negrura que no he sentido desde el Asalto. Desde el momento en que vi a Baba desmoronado por las calles de Ibadan y supe que nada volvería a ser igual. Recuerdo mi primer encantamiento, en las dunas de arena de Ibeji, y rememoro el latigazo de energía etérea que sentí al sostener la piedra del sol y al rozar la mano de Oya. El dolor que me atraviesa es más afilado que la cuchilla que me cortó la espalda.

Es como volver a perder a Mama una vez más.

Amari se sienta en un rincón de la cama y apoya la piedra del sol en el colchón. Ojalá sus olas doradas me hablasen de nuevo.

—Y ahora ¿qué hacemos?

Si estamos tan cerca de la cordillera de Olasimbo, Zaria queda al menos a tres días de distancia. Incluso si contase con mi magia, no llegaríamos a Zaria a tiempo, por no hablar de zarpar hacia las islas sagradas.

Tzain me mira como si le hubiese dado un bofetón.

—Nos largamos. Encontramos a Baba y salimos pitando de Orísha.

—Tiene razón. —Amari asiente con la cabeza—. No quiero rendirme, pero sin duda mi padre sabe que sigues viva. Si no podemos llegar a tiempo a la isla, lo mejor es que busquemos un lugar seguro y nos reagrupemos. Encontraremos otra manera de luchar...

—Pero ¿de qué demonios habláis?

Vuelvo la cabeza a toda prisa cuando un chico casi tan corpulento como Tzain irrumpe por las cortinas de la tienda. Aunque tardo un momento en reconocerlo, recuerdo los rizos blancos de un jugador con el que se enfrentó Tzain en un torneo de *agbön*.

—¿Kenyon? —pregunto.

Dirige la mirada hacia mí, pero sus ojos no denotan nostalgia.

—Me alegra ver que has decidido despertarte.

—Me alegra ver que sigues siendo un impertinente.

Me acribilla con la mirada antes de dirigirse a Amari.

—Dijisteis que iba a devolvernos la magia. ¿Ahora pretendéis dejarnos

colgados y huir?

—No llegaremos a tiempo —grita Tzain—. Tardaremos tres días en llegar a Zaria...

—¡Y solo medio día si cruzamos por Jimeta!

—Cielos, otra vez no...

—Hay gente que ha muerto por esto —nos recrimina Kenyon—. Por ella. ¿Y ahora queréis huir porque tenéis miedo del riesgo?

Amari se enfurece y echa humo por la nariz con tal intensidad que sería capaz de derretir la piedra.

—¡No tienes ni idea de lo que hemos arriesgado! ¡Así que te recomiendo que cierres el pico!

—Criaja...

—Kenyon tiene razón —intervengo. Una nueva desesperación aflora burbujeando a la superficie. Esto no puede terminar así. Después de todo lo que he sufrido, no puedo volver a perder la magia—. Nos queda una noche. Si logramos llegar a Jimeta, encontrar un barco...

«Si puedo recuperar mi magia..., si encuentro la manera de comunicarme con los dioses...», añado mentalmente.

—Zél, no. —Tzain se inclina para mirarme a los ojos, igual que hace cuando mira a Baba. Porque Baba está delicado. Está destrozado. Y ahora yo también—. Jimeta es demasiado peligrosa. Es más fácil que encontremos la muerte que ayuda en esa ciudad. Y necesitas descansar.

—Lo que necesita es mover el culo ya.

Tzain golpea a Kenyon en la cara con tanto ímpetu que me sorprende que no tumbe también la tienda del golpe.

—Dejadlo ya. —Amari se interpone entre los dos—. No hay tiempo para ponernos a pelear. Si no podemos seguir un plan, tendremos que pensar otro.

Mientras se enzarzan en una discusión, me quedo mirando la piedra del sol, casi a mi alcance. Si alargase el brazo para tocarla... Si la rozase por lo menos...

«Por favor, Oya», rezo en silencio, «no dejes que todo termine así».

Respiro hondo y me preparo para la plenitud que ofrece el alma de Madre Cielo, para el fuego del espíritu de Oya. Mis dedos rozan la suave piedra...

La esperanza se marchita en mi pecho.

Nada.

Ni una chispa.

Al tocarla, noto la piedra fría.

Es peor que antes del rito de iniciación, antes de tocar el pergamino. Es como

si toda la magia se hubiese desangrado y hubiese abandonado mi cuerpo, para quedarse en el suelo de aquella celda subterránea.

«Solo un *maji* vinculado con el espíritu de Madre Cielo puede realizar el acto sagrado». Las palabras de Lekan resuenan en mi mente. Sin él, es imposible unir a ningún otro *maji* con Madre Cielo antes de llevar a cabo el ritual.

Sin mí, no habrá ritual. Fin de la historia.

—¿Zélie?

Cuando levanto la cara, todos me miran y esperan expectantes la respuesta definitiva.

«Se acabó». Debería decírselo ya.

Pero cuando abro la boca para darles la noticia, no me salen las palabras adecuadas. No puede acabar así. No, después de todo lo que hemos perdido.

Después de todo lo que hemos logrado.

—Vamos.

Lo digo con poco convencimiento. Por todos los dioses, ojalá pudiera pronunciar esa palabra con más fuerza. Tiene que funcionar. No dejaré que la historia termine así.

Madre Cielo me escogió. Me utilizó. Me apartó de todo lo que amaba. No puede abandonarme de esta manera.

No puede desecharme con las manos vacías y un puñado de cicatrices en la espalda.

—Zél...

—Me grabaron a fuego LARVA en la espalda —siseo—. Vamos. Me da igual lo que cueste. No permitiré que venzan.

CAPÍTULO SETENTA Y DOS



ZÉLIE

Después de horas de viajar por el bosque que rodea la cordillera de Olasimbo, Jimeta emerge en el horizonte. Afilada y ruda como se rumorea que son sus habitantes, sus acantilados de arena y sus montículos rocosos dan al mar de Lokoja. Las olas rompen contra la base de los acantilados y entonan una canción familiar que conozco como la palma de mi mano. Aunque las olas golpean y resuenan como un trueno, basta con estar cerca del agua para tranquilizarme.

—¿Te acuerdas de cuando querías vivir aquí? —me pregunta Tzain en un susurro.

Asiento con la cabeza y esbozo una tímida sonrisa. Es agradable sentir otra cosa, pensar en otra cosa además de todas las formas en las que podrían fallar nuestros planes.

Después del Asalto, insistí en que fuésemos a Jimeta. Pensaba que sus fronteras al margen de la ley eran el único sitio en el que podríamos estar a salvo. Aunque había oído historias sobre los mercenarios y los criminales que abarrotaban sus calles, a mis ojos infantiles ese peligro palidecía en comparación con la alegría de vivir en una ciudad sin guardias reales. Por lo menos, las personas que intentasen matarnos no lucirían el sello de Orisha.

Mientras pasamos por las casitas apiñadas entre los imponentes acantilados, me pregunto lo distinta que habría sido nuestra vida. Las puertas de madera y los marcos de las ventanas salen de la roca, como protuberancias que hubiesen surgido de la propia piedra. Bañada por la luz de la luna, la ciudad sin ley casi parece pacífica. Incluso podría pensarse que es hermosa si no fuese por los mercenarios que se agazapan en cada esquina.

Mantengo el semblante serio cuando nos cruzamos con un grupo de hombres enmascarados y me pregunto cuál será su especialidad. Por lo que he oído de Jimeta, cualquiera de las personas con las que nos topemos podría haber perpetrado desde un robo común y corriente hasta asesinatos a sueldo. Corre el rumor de que la única forma de librarse para siempre de los grilletos es contratar

a un mercenario que te libere a la fuerza; son los únicos lo bastante fuertes y osados para desafiar al ejército y sobrevivir al intento.

Nailah gruñe cuando pasamos por delante de otra banda de hombres enmascarados, una mezcla de *kosidán* y *divîners*, hombres y mujeres, tanto orishanos como extranjeros. Entrecierran los ojos al ver la melena de la leonaria, como si calculasen cuánto podrían sacar por ella. Suelto un gruñido cuando uno de los hombres se atreve a avanzar un paso.

«Ponme a prueba», lo amenazo con la mirada. Compadezco al pobre desgraciado que intente meterse conmigo esta noche.

—¿Es aquí? —pregunto cuando nos detenemos ante una amplia cueva que hay al pie de los acantilados.

La boca de la cueva está inmersa en la oscuridad y es imposible ver qué hay dentro.

Asiente con la cabeza.

—Lo llaman el zorronte de mirada plateada. He oído que mató a un general de Gombe con las manos.

—Y ¿tiene un barco?

—El más rápido. Funciona con energía eólica, si no me equivoco.

—De acuerdo. —Agarro las riendas de Nailah—. Pues vamos.

—Espera. —Kenyon levanta una mano y nos detiene antes de que podamos dar un paso más—. No puedes entrar en la guarida de un clan con toda la tropa. Solo uno de nosotros puede ir.

Por su instante, todos vacilamos. «Maldita sea». No estoy preparada para esto. Tzain se lleva la mano al hacha.

—Voy yo.

—¿Por qué? —pregunta Kenyon—. Todo el plan gira en torno de Zélie. Si entra una única persona, debería ser ella.

—¿Estás loco? No mandaré a mi hermana ahí dentro sola.

—No es que esté indefensa precisamente... —se mofa Kenyon—. Con su magia, es más poderosa que cualquiera de nosotros.

—Tiene razón. —Amari apoya la mano en el brazo de Tzain—. Tal vez sea más fácil que accedan a ayudarnos si ven la magia en acción.

Entonces es cuando le digo que opino lo mismo. Cuando le digo que no tengo miedo. Que convencer a esos guerreros será fácil. Que mi magia será más fuerte que nunca.

Se me encoge el estómago al pensar en la verdad, la culpa me agujonea. Me

sentiría mucho mejor si hubiese al menos una persona que supiese que todo esto no depende de mí.

Que recuperemos o no la magia depende únicamente de los dioses.

—No. —Tzain niega con la cabeza—. Es un riesgo demasiado grande.

—Puedo hacerlo.

Le tiendo las riendas de Nailah a Tzain. Tiene que funcionar. Pase lo que pase, el desenlace tiene que responder al plan de Madre Cielo.

—Zél...

—Él tiene razón. Es más probable que los convenza si voy yo.

Tzain da un paso al frente.

—No pienso dejar que entres ahí tú sola.

—Tzain, necesitamos a sus guerreros. Necesitamos su barco. Y no tenemos nada que ofrecerles a cambio. Si queremos llegar al templo, es mejor que no empecemos la conversación saltándonos sus normas.

Le entrego a Amari la mochila con los tres artefactos sagrados y me quedo únicamente el palo de combate. Paso los dedos por los grabados e inspiro hondo, aunque me cuesta.

—No os preocupéis. —Dirijo una oración a Oya para que me proteja—. Si necesito ayuda, me oiréis gritar.

Me adentro por la boca de la cueva. El ambiente es frío y húmedo. Me desplazo hasta la pared más cercana y deslizo las manos por las resbaladizas protuberancias, utilizo la piedra para guiarme. Cada paso que doy es tímido y lento, pero me siento bien al avanzar, bien al hacer algo más que releer ese maldito pergamino con un ritual que tal vez no sea capaz de llevar a cabo.

Mientras camino, unos gigantescos cristales azules gotean del techo como si fuesen témpanos, llegan tan abajo que casi rozan el suelo de la cueva. Proporcionan una luz tenue que ilumina los murcielagotes de dos colas arracimados alrededor de su centro resplandeciente. Los animales parecen observarme conforme avanzo por la cueva. Su coro de chillidos es el único sonido que oigo hasta que me aturde la cháchara de numerosos hombres y mujeres reunidos alrededor de una hoguera.

Me paro para asimilar sus dominios, sorprendentemente grandes. El suelo en el que se hallan forma una leve depresión, cubierta con un musgo mullido que los mercenarios emplean de cojín. Los rayos de luz se filtran por las rendijas del techo e iluminan los escalones picados a mano que se adentran en las profundidades del acantilado.

Avanzo unos cuantos pasos más y la muchedumbre empieza a cuchichear.

«Que los dioses me amparen».

Me abro paso y entro en el círculo. Docenas de mercenarios enmascarados vestidos de negro me miran con lascivia, todos están sentados en una estructura de piedra que sobresale del suelo. Algunos se llevan la mano al arma, otros cambian la expresión de la cara para que resulte más desafiante. La mitad me mira como si quisiera matarme, la otra mitad como si quisiera devorarme.

Paso por alto su hostilidad y busco unos ojos grises en medio de ese mar de color ámbar y marrón. El hombre al que pertenecen esos ojos emerge de la parte delantera de la caverna, el único mercenario que no lleva la cara tapada. Aunque va vestido de negro como sus secuaces, una bufanda granate le abriga la garganta.

—¿Tú? —pregunto confundida.

No puedo ocultar mi sobresalto. La piel de tono piedra arenisca, los embaucadores ojos grises como la tormenta. «El ladrón...», el que intentó robarme el palo en el campamento *divîner*. Aunque ocurrió hace poco tiempo, me parece que haya transcurrido una eternidad.

Roën da una buena calada a un cigarrillo de liar y sus ojos angulosos recorren mi silueta. Se sienta y se apoya en una estructura circular de piedra que recuerda un trono. Su sonrisa de zorronte se extiende de oreja a oreja.

—Ya te dije que volveríamos a vernos. —Da otra calada al cigarrillo y exhala el humo poco a poco—. Pero, por desgracia, no son las circunstancias apropiadas. A menos que hayas venido a unirte a mis hombres y a mí.

—¿Tus hombres?

Roën parece pocos años mayor que Tzain. Aunque tiene la constitución de un luchador, los hombres a los que da órdenes son el doble de corpulentos que él.

—¿Te parece gracioso? —Una sonrisilla malévola se le dibuja en los labios finos, y se inclina hacia delante en su trono de piedra—. ¿Sabes qué es lo que me hace gracia a mí? Una pequeña *maji*. Que entra a trompicones en mi cueva, desarmada.

—¿Quién dice que voy desarmada?

—No parece que sepas cómo se maneja una espada. Ah, claro, si has venido porque quieres aprender, estaré más que encantado de enseñarte.

Su crudeza provoca la risa de su banda, y me arden las mejillas al oírlo. Soy un trofeo para él. Otra ingenua a la que podrá desplumar con facilidad.

Estudio la cueva y me hago una composición de sus mercenarios. Para que esto funcione, tendré que ganarme su respeto.

—Qué amable. —Mantengo la expresión seria—. Pero soy yo la que ha

venido a enseñarte.

Roën suelta una carcajada sincera que reverbera por toda la cueva.

—Continúa.

—Os necesito a tus hombres y a ti para una empresa que podría cambiar Orïsha.

Los hombres vuelven a reírse, pero esta vez el ladrón de la fiesta no los acompaña. Se inclina todavía más, hasta casi bajarse del trono.

—Hay una isla sagrada al norte de Jimeta —continúo—, a una noche entera de distancia en barco. Necesito que nos llevéis allí antes de que salga el sol.

Vuelve a apoyarse en el trono de piedra.

—La única isla que hay en el mar de Lokoja es Kaduna.

—Esta isla solo aparece una vez cada cien años.

Se oyen más burlas, pero Roën las acalla con un gesto seco de la mano.

—¿Y qué secreto esconde esa isla, pequeña *maji* misteriosa?

—La forma de devolver la magia para siempre. Para todos los *maji* que hay en las tierras de Orïsha.

Los mercenarios estallan en carcajadas y silbidos, y me gritan que me vaya. Un hombre forzudo se separa del resto. Se le abultan los músculos por debajo de la ropa de trabajo negra.

—Deja de hacernos perder el tiempo con esas mentiras —gruñe—. Roën, saca a esta cría de aquí o yo...

Me pone la mano en la espalda; en cuanto me toca, noto espasmos en todas las heridas. El dolor me transporta y me encierra de nuevo en la celda...

...las oxidadas esposas me abrasan las muñecas cuando me retuerzo. Mis gritos se hacen eco en las paredes de metal.

Y durante todo el proceso, Saran mantiene la calma, observa cómo me destrozan...

—¡Aaaarg!

Arrojo al hombre por encima de mi hombro y lo lanzo contra el suelo de piedra con un golpe rotundo. Mientras se encoge, le clavo el palo de combate en el esternón y aflojo justo antes de oír el crujido de algún hueso. Sus gritos son muy fuertes, pero no más que los que todavía resuenan en mi mente.

Parece que la cueva entera contiene la respiración cuando me inclino y coloco el extremo del palo sobre la garganta del mercenario.

—Vuelve a tocarme. —Enseño los dientes—. Y verás lo que pasa.

Se estremece en cuanto lo suelto, dándole la oportunidad de escabullirse. Después de ese escarmiento, no se oye ni una risa más.

Entienden el idioma de mi palo.

Los ojos tormentosos de Roën bailan, todavía más entretenidos que antes. Apaga el cigarrillo y camina hacia mí. Se detiene a apenas un dedo de mi cara. El olor a tabaco me marea, dulce como la leche con miel.

—Preciosa, no eres la primera que lo intenta. Kwame ya trató de devolver la magia. Y, por lo que tengo entendido, no acabó demasiado bien.

Al oír el nombre de Kwame, siento una punzada en el corazón. Me acuerdo de cuando lo vi reunirse con Roën en el campamento *divîner*. Incluso entonces, ya debía de estar preparándose. En el fondo, seguro que siempre supo que tendríamos que luchar.

—Esto es distinto. Sé la manera de devolver los poderes a todos los *maji* a la vez.

—¿Y qué recompensa nos ofreces a cambio?

—Nada de dinero —digo—. Pero os ganaréis el favor de los dioses.

—¡No me digas! —se mofa—. ¿Te parece que practicamos la buena voluntad? «Necesita algo más». Ahondo en mi mente y busco una mentira mejor.

—Los dioses me han enviado hasta ti. No es casualidad que nos hayamos vuelto a encontrar. Te han elegido porque quieren tu ayuda.

La sonrisa burlona desaparece de su rostro y, por primera vez, se muestra solemne. No alcanzo a leer la expresión que hay detrás de sus ojos cuando no es burla o maldad.

—Puede que eso baste para mí, preciosa, pero mis hombres van a necesitar algo más que la intervención divina.

—Entonces, diles que, si tenemos éxito, os contratará la futura reina de Orîsha.

Esas palabras salen de mi boca antes de que me dé tiempo a pensar si son ciertas o no. Tzain me contó las intenciones de Amari de hacerse con el trono, pero con todas las cosas que han ocurrido últimamente, no había vuelto a pensar en eso.

Sin embargo, ahora me aferro a esa intención, y utilizo la única baza que tengo. Si Roën y sus hombres no nos ayudan, no llegaremos a esa isla ni por asomo.

—Los mercenarios de la reina —musita—. No suena mal, ¿verdad?

—Desde luego. —Asiento con la cabeza—. Seguro que el cargo va acompañado de un buen puñado de oro.

Se le forma una sonrisa en las comisuras de la boca. Vuelve a repasarne con la mirada de arriba abajo.

Al final, extiende la mano y oculto una sonrisa. Procuero mantener el pulso firme mientras sellamos el pacto con un apretón de manos.

—¿Cuándo partimos? —pregunto—. Tenemos que llegar a la isla al amanecer.

—Ahora mismo. —Roën sonrío—. Nuestro barco es pequeño. Tendrás que sentarte pegada a mí.

CAPÍTULO SETENTA Y TRES



ZÉLIE

El viento llena el silencio mientras cruzamos el mar de Lokoja en el barco de Roën. A diferencia de los enormes navíos del anfiteatro de Ibeji, el barco de Roën es elegante y angular, apenas unos metros más grande que Nailah. En lugar de velas, unas turbinas metálicas aprovechan la energía que produce el viento fuerte. Nos impulsan por las aguas agitadas mientras murmuran y rotan.

Me cobijo en Tzain y Amari cuando la siguiente ola fuerte choca con el barco de metal. En contraste con el mar de Warri, en la costa de Ilorin, el mar de Lokoja es fosforescente; bajo el agua, el plancton desprende un resplandor azul brillante, que hace que el mar refulja igual que las estrellas en el cielo. Sería una estampa preciosa si no fuésemos tan apiñados dentro del barco. Entre el equipo de Kenyon y una docena de secuaces de Roën, hemos tenido que apretujarnos con hombres en los que no podemos confiar.

«No les hagas caso», me aconsejo mientras vuelvo la cara hacia el océano con intención de disfrutar de la brisa húmeda y salada del mar que me salpica la piel, algo que me encanta. Si cierro los ojos, casi puedo imaginar que estoy de nuevo en Ilorin, pescando otra vez. Con Baba. Antes de que empezase todo esto, cuando mi mayor preocupación era el combate de graduación.

Contemplo mis manos mientras pienso en todo lo que ha sucedido desde entonces. Creía que, al aproximarse el solsticio, volvería a sentir algo, pero la magia continúa sin correr por mis venas.

«Oya, por favor». Aprieto los puños y rezo. «Madre Cielo. Quien sea. Confío en vosotros».

No me defraudéis.

—¿Te encuentras bien? —susurra Amari.

Aunque lo dice con cariño, sus ojos ambarinos saben la respuesta.

—Tengo frío, nada más.

Amari ladea la cabeza, pero no insiste. En lugar de eso, entrelaza los dedos en los míos y vuelve a mirar el océano. Me toca con afecto. Como si me perdonase. Como si ya conociese la verdad.

—Jefa, tenemos compañía.

Me doy la vuelta al instante y me topo con las siluetas de varios barcos de guerra de tres mástiles en el horizonte. Hay tantos que no alcanzo a contarlos. Esas bestias de madera cortan el agua, con las láminas metálicas que indican dónde están los cañones alineadas en la cubierta de cada una de ellas. Aunque los barcos quedan difuminados por la neblina del mar, la luz de la luna ilumina el sello de Orisha. Se me encoge el pecho al verlo y cierro los ojos, luchando por apartar la imagen...

...el calor intensifica el dolor mientras la daga me corta la espalda. Da igual cuánto grite, la oscuridad no llega nunca. Pruebo el sabor de mi propia sangre...

—¿Zél?

El rostro de Amari nada entre la negrura. Le aprieto tanto la mano que le crujen los nudillos. Abro la boca para disculparme, pero no soy capaz de formular las palabras. Un sollozo amenaza con salir de mi garganta.

Amari me rodea con el otro brazo y se vuelve hacia Roën.

—¿Podemos esquivarlos?

Roën saca un telescopio plegable del bolsillo y lo aprieta contra el ojo.

—Esquivar a ese de ahí es fácil, pero no a la flota que le sigue.

Me pasa el telescopio, pero Amari sale a rescatarme y me lo arrebató. Tensa todo el cuerpo en cuanto ve la estampa.

—Por todos los cielos —maldice—. Los barcos de guerra de Padre.

Los fríos ojos de Saran refulgen en mi mente y me aparto. Me sujeto en la borda de madera del barco de Roën para mirar hacia el mar.

«No sería un buen rey si no te recordara lo que eres...».

—¿Cuántos son? —consigo preguntar con un graznido, pero no es eso lo que quiero saber.

¿Cuántos de sus lugartenientes van en esos barcos?

¿Cuántos esperan volver a dejarme cicatrices?

—Por lo menos, una docena —responde Amari.

—Busquemos otra ruta —propone Tzain.

—No seáis tontos. —El brillo malvado de los ojos grises de Roën resurge—. Ataquemos al barco más cercano.

—No —se opone Amari—. Entonces, nos delataríamos.

—Los tenemos en medio del paso. Y, por lo que parece, también se dirigen a esa isla. ¿Qué mejor manera de llegar allí que en uno de sus propios barcos de guerra?

Observo los colosales navíos que surcan el mar. ¿Dónde está Inan? Si Saran va a bordo de uno de esos barcos, ¿lo acompañará Inan?

Aceptar ese pensamiento me cuesta tanto que soy incapaz de verbalizarlo en voz alta. Vuelvo a rezar en silencio. Si algún dios de ahí arriba se preocupa por mí, no tendré que volver a mirar a la cara a Inan nunca más.

—¡Hagámoslo! —Docenas de caras se vuelven hacia mí, pero mantengo la mirada fija en el mar—. Si todos esos barcos se dirigen a la isla, tenemos que ser más astutos, más eficaces.

—Exacto. —Roën ladea la cabeza hacia mí—. Kätö, rumbo al barco más cercano.

Conforme el barco gana velocidad, el corazón me late con tanta fuerza que pienso que va a salirse de la caja torácica. ¿Cómo voy a enfrentarme de nuevo a Saran? ¿Y de qué voy a servir sin mi magia?

Agarro el palo de combate con manos temblorosas y lo sacudo para extenderlo.

—¿Qué haces?

Alzo la mirada y me encuentro con Roën.

—Tenemos que tomar el barco.

—Preciosa, las cosas no funcionan así. Nos contrataste para hacer una labor. Siéntate y déjanos trabajar.

Amari y yo nos miramos la una a la otra antes de contemplar de nuevo el monstruoso barco de guerra.

—¿De verdad crees que vas a conseguirlo sin nuestra ayuda? —pregunta Amari.

—El abordaje será fácil. La única duda es cuánto podemos tardar en llevarlo a cabo.

Hace una señal con la mano a dos de sus hombres. Sacan una ballesta con unos ganchos y una cuerda. Roën levanta el puño, suponemos que para indicar que liberen las flechas, pero se detiene y se vuelve hacia mí.

—¿Qué límite tenemos?

—¿Qué?

—¿Qué nos permites hacer? Personalmente, prefiero un corte limpio en la garganta, pero estando en el mar, ahogarlos también sería bastante eficaz.

La naturalidad con la que habla de cómo acabar con las vidas humanas me provoca un escalofrío y se me pone la piel de gallina. Es la calma de un hombre que no teme a nada. La calma que habita en los ojos de Saran. Aunque ahora

mismo no puedo percibir el espíritu de los muertos, no quiero ni imaginar cuántas almas deben de arremolinarse alrededor de Roën.

—Nada de matar.

La orden me sorprende incluso a mí, pero en cuanto sale de mis labios, sé que es lo correcto. Ya se ha derramado demasiada sangre. Tanto si ganamos como si perdemos mañana, estos soldados no tienen por qué morir.

—Qué aburrida eres —refunfuña Roën antes de dirigirse a sus secuaces—. Ya la habéis oído... Tumbadlos, pero que sigan respirando.

Al oír las protestas de algunos mercenarios, el corazón me da un vuelco; ¿cuántas veces verán en la muerte la respuesta más inmediata? Antes de tener oportunidad de preguntárselo, Roën enseña dos dedos extendidos.

Disparan la ballesta y los ganchos se clavan en la quilla de madera del otro barco.

El hombre más corpulento de la banda de Roën ata el cabo de la cuerda alrededor de su imponente cuerpo para asegurarla.

El mercenario al que Roën ha llamado Kätö deja el timón y se dirige a la cuerda recién tensada.

—Perdón —murmura Kätö en orishano cuando me roza al pasar.

Aunque una máscara le ensombrece casi todo el rostro, comparte el color de piel de Roën y los mismos ojos angulares. Pero, mientras que Roën se ha mostrado brabucón y desafiante, Kätö se ha comportado de manera cordial y seria en todo momento.

Kätö llega al otro extremo del barco y tira de la cuerda para poner a prueba su resistencia; satisfecho, salta y se agarra con ambas piernas a la soga. Abro la boca, anonadada, mientras se desliza con la velocidad de un zorronte con orejas de murciélago. En cuestión de segundos, Kätö desaparece por la borda y se difumina en la oscuridad del otro barco.

Se oye un leve gruñido, seguido de otro; al cabo de unos instantes, Kätö reaparece y da la señal para que ataquen. Cuando el último de sus hombres aborda el barco, Roën se vuelve hacia mí.

—Hablemos claro, mi misteriosa *maji*. ¿Qué me darán los dioses si hundo ese barco? ¿Puedo pedir qué prefiero, o ellos ya lo saben?

—No funciona así...

—¿O acaso tengo que impresionarlos? —Roën levanta la cabeza y se coloca la máscara por encima del puente de la nariz—. ¿Qué te parece si despejo el barco en cinco minutos?

—No conseguirás nada si no cierras la boca y vas de una vez.

Termina de ponerse la máscara y por los agujeros de los ojos advierto un brillo malicioso; no me cabe duda de que su sonrisa de zorronte también reluce debajo de la tela. Me guiña un ojo, se pone en marcha y nos deja a la espera, con el mercenario que ancla la cuerda como única compañía.

—Qué ridículo.

Chasqueo la lengua. ¿Cinco minutos para un barco de esa envergadura? Solo la cubierta parece tener capacidad suficiente para un ejército entero. Tendrán suerte si consiguen tomarlo...

Nos sentamos en medio de la noche, estremecidos ante los débiles gritos y gemidos que llegan desde arriba. Pero después de la escaramuza inicial, los ruidos dan paso al silencio.

—Solo son una docena de hombres —murmura Tzain—. ¿En serio crees que podrán tomar un bar...?

Se calla al ver que una figura oscura se desliza por la cuerda. Roën aterriza en nuestra embarcación y, de un tirón, se saca la máscara, para dejar al descubierto su sonrisa malvada.

—¿Lo habéis logrado? —pregunto.

—No —contesta con un suspiro, y me muestra los cristalitos teñidos de su reloj de arena—. Seis minutos y pico. Siete, si redondeamos. Pero si me hubieses dejado matar, ¡habrían sido menos de cinco!

—Imposible.

Tzain se cruza de brazos.

—Compruébalo tú mismo, hermano. ¡Escalera!

Una escalerilla se desenrolla por el lateral del barco del ejército y subo enseguida, haciendo caso omiso del dolor de espalda mientras trepo por los travesaños de madera. «Está de guasa». Más juegos, más mentiras.

Sin embargo, cuando llego al barco, me cuesta creer lo que veo: docenas de guardias reales yacen inconscientes, atados con cuerda de pies a cabeza. Les han quitado el uniforme a todos y han desperdigado los cuerpos por la cubierta como si fuesen basura.

Suelto el aire que no sabía que había contenido cuando veo que ni Inan ni Saran están entre los prisioneros. Al mismo tiempo, intuyo que ellos dos no se hubiesen rendido con tanta facilidad ante Roën y sus hombres.

—Hay más en la bodega —me susurra Roën al oído, y ni siquiera yo puedo evitar sonreír entonces.

Pongo los ojos en blanco, pero Roën se hincha ante ese pequeño gesto de reconocimiento.

Se encoge de hombros y hace ademán de sacudirse el polvo de los hombros.

—Supongo que es lo que se espera cuando eres el elegido de los dioses.

Mantiene la sonrisa mientras avanza por el barco, igual que un capitán que toma el mando.

—Meted a esos hombres en la mazmorra. Quitadles cualquier arma que puedan usar para escapar. Rehema, mantén el rumbo de este navío. Kāto, síguenos con nuestro barco. A esta velocidad, llegaremos a las coordenadas de la isla al despuntar el alba.

CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO



INAN

Han transcurrido dos días.

Dos días sin ella.

En su ausencia, el aire del océano se vuelve denso.

Cada respiración susurra su nombre.

Cuando miro por la borda del barco de guerra, veo a Zélie en todo. Un espejo del que no puedo alejarme. Su sonrisa brilla en la luna. Su espíritu vuela con la brisa oceánica. Sin ella, el mundo es un recuerdo viviente.

Una lista de todas las cosas de las que no volveré a disfrutar.

Cierro los ojos y revivo la sensación de estar con Zélie entre los juncos de la ensoñación. No sabía que era posible encajar tan bien en los brazos de otra persona. En ese momento —en ese preciso momento de perfección—, Zélie estaba muy hermosa. La magia era hermosa. No era una maldición, sino un don.

Con Zélie, siempre es así.

Sujeto la moneda de bronce que me regaló y me aferro a ella como si fuese el último pedazo de su corazón. Algo dentro de mí me tienta a lanzarla al océano, pero no soporto desprenderme de la última parte de Zélie que me queda.

Si hubiera podido permanecer para siempre dentro del espacio onírico, lo habría hecho. Habría renunciado a todo. Sin volver a mirar atrás.

Pero me desperté.

Cuando abrí los ojos, supe que nada volvería a ser igual.

—¿Vigilando?

Doy un respingo. Padre aparece a mi lado. Tiene los ojos tan negros como la noche.

E igual de fríos.

Me doy la vuelta, como si así pudiera esconder los anhelos enterrados en el fondo de mi corazón. Puede que Padre no sea un Mediador, pero sus represalias serán inmediatas si percibe que me falta un ápice de firmeza y resolución.

—Pensaba que estabas durmiendo —consigo decir.

—Nunca. —Padre niega con la cabeza—. No duermo antes de una batalla. Y

tú tampoco deberías.

Por supuesto. Cada segundo es una oportunidad. Una opción, un contrataque estratégico. Todas las cosas en las que sería tan fácil concentrarme si estuviese convencido de que hago lo correcto.

Estrujo la moneda con más fuerza y dejo que sus relieves se me claven en la piel. Ya he decepcionado a Zélie en otras ocasiones. No sé si tendré agallas para traicionarla de nuevo.

Alzo la mirada al cielo y me encantaría poder ver a Orí oteando entre las nubes. «Incluso en los momentos más oscuros, los dioses siempre están ahí». La voz de Zélie resuena en mi cabeza. «Ellos siempre tienen un plan».

«¿Es este vuestro plan?». Me muero por gritar a los dioses, me desespero por percibir una señal. Nuestras promesas, nuestra Orisha... Por muy distante que parezca, existe un mundo en el que nuestro sueño sigue a nuestro alcance. ¿Estaré cometiendo un gran error? ¿Existe aún la posibilidad de darme la vuelta y rectificar?

—Tienes dudas —dice Padre.

Es una aseveración, no una pregunta. Lo más probable es que huela la debilidad que se filtra con el sudor de mi piel.

—Lo siento —murmuro, y me preparo para su puñetazo.

Pero en lugar de golpearme, me da una palmadita en la espalda y mira hacia el mar.

—Yo también tuve dudas una vez. Antes de ser rey. Cuando no era más que un simple príncipe y me dejé llevar por mi propia ingenuidad.

Permanezco inmóvil, pues me preocupa que cualquier movimiento interrumpa esta revelación tan poco frecuente del pasado de Padre. Una pista del hombre que podría haber sido.

—Se realizó una votación entre la monarquía, una propuesta que integraría a los líderes de los diez clanes *maji* en la nobleza de nuestra corte real. El sueño de mi padre era unificar a los *kosidán* y a los *maji*, construir una Orisha que no se hubiese visto jamás en la historia.

Incapaz de refrenarme, levanto la vista hacia Padre, con los ojos muy abiertos ante tal posibilidad. Un acto semejante sería monumental. Cambiaría las bases de nuestro reino para siempre.

—¿La propuesta fue bien recibida?

—Por todos los cielos, no. —Padre chasquea la lengua—. Todos salvo tu abuelo estaban en contra de la idea. Pero como era el rey, no necesitaba su permiso. Podía imponer el decreto final.

—Y ¿por qué dudaste?

Padre aprieta los labios hasta convertirlos en una línea fina.

—Mi primera esposa —responde al fin—, Alika. Su buen corazón fue su perdición. Quería que yo fuese quien hiciese posible ese cambio.

«Alika...».

Me imagino la cara que habría acompañado a ese nombre. Por el modo en que Padre habla de ella, debía de ser una mujer encantadora, con un rostro todavía más encantador.

—Por ella, apoyé a mi padre. Elegí el amor por encima de la obligación. Sabía que los *maji* eran peligrosos, pero me convencí de que, si poníamos un poco de fe en el proceso, conseguiríamos colaborar todos. Pensaba que los *maji* querían unificar el país, pero lo único que han alimentado siempre ha sido el deseo de conquistarnos.

Pese a que deja de hablar, oigo el final de la historia en su silencio. El rey que pereció intentando ayudar a los *maji*. La esposa que Padre no pudo estrechar en sus brazos nunca más.

Al tomar conciencia de eso, vuelven a mí las horribles imágenes del fuerte de Gombe: los esqueletos de los guardias fundidos como el metal; los cuerpos amarillentos y emponzoñados por una enfermedad terrible. Fue una debacle. Una abominación. Y todo, a manos de la magia.

Cuando Zélie escapó, había una alfombra de cadáveres apilados unos sobre otros. No se veía el suelo.

—Ahora tienes dudas porque en eso consiste ser rey —dice Padre—. Tienes ante ti la obligación y el corazón. Elegir uno implica que el otro debe sufrir.

Padre desenfunda la espada de *majacita* negra y señala una inscripción en la punta que no había visto nunca:

«La obligación antes que uno mismo».

«El reino antes que el rey».

—Cuando Alika murió, mandé grabar esta espada, quería tener esta inscripción para no olvidar nunca mi error. Por haber elegido el corazón, nunca volveré a estar con mi único amor verdadero.

Padre me tiende la espada y se me encoge el estómago, incapaz de creerme tal gesto. Durante toda mi vida, no he visto jamás a mi padre sin esta arma colgada del cinturón.

—Sacrificar tu corazón por el bien de tu reino es un acto noble, hijo mío. Lo es todo. Es lo que significa ser rey.

Contemplo la hoja; la inscripción reluce a la luz de la luna. Sus palabras

simplifican mi misión, crean espacio para mi dolor. Un soldado. Un gran rey.
Eso es lo que siempre he querido ser.

La obligación antes que uno mismo.

«Orisha antes que Zélie».

Agarro la empuñadura de la espada de *majacita*, sin hacer caso a las ampollas que me levanta en la piel.

—Padre, sé cómo podemos recuperar el pergamino.

CAPÍTULO SETENTA Y CINCO



ZÉLIE

Cuando me acomodo en el camarote del capitán, confío en que el sueño llegue con facilidad. Mis ojos piden a gritos dormir, mi cuerpo grita aún más fuerte. Cobijada entre las sábanas de algodón y las pieles aterciopeladas de pantenaria, me pregunto si alguna vez he dormido en una cama tan blanda. Cierro los ojos y espero verme transportada a la oscuridad, pero el momento en que la inconsciencia toma el mando, me siento como si estuviera encadenada de nuevo...

«No sería un buen rey si no te recordara lo que eres...».

«No sería un buen rey si no...».

—¡Aaaah!

Las sábanas se han empapado de sudor, tanto se han mojado que la cama del capitán bien podría estar en el mar. Aunque me he despertado, es como si las paredes de metal siguieran cerniéndose sobre mí.

Al instante me pongo de pie y corro hacia la puerta. Cuando logro salir a cubierta, la brisa fresca me despeja y recibo encantada una ráfaga de viento. La luna está tan baja en el cielo que su redondez besa el mar. Su pálida luz me ilumina mientras inspiro el aire del océano.

«Respira», me digo para tranquilizarme. Por todos los dioses, cuánto echo de menos los días en los que lo único que me preocupaba al cerrar los ojos era el espacio onírico. Aunque la pesadilla ya ha pasado, todavía noto la daga cortándome la espalda.

—¿Disfrutando de la vista?

Me vuelvo como el rayo y me encuentro a Roën apoyado contra el timón. Los dientes le brillan en la oscuridad.

—Esta noche, la luna no quería salir, pero la convencí de que por ti valía la pena realizar el viaje.

—¿Siempre tienes que hacer broma de todo?

Mis palabras suenan más ariscas de lo que pretendía, pero a pesar de eso, la sonrisa de Roën no hace más que ensancharse.

—De todo no. —Se encoge de hombros—. Pero la vida es mucho más divertida así.

Cambia de postura y la luz de la luna ilumina las manchas de sangre seca de su ropa y los nudillos vendados.

—Y todo en un solo día de trabajo... —Roën menea los dedos salpicados de sangre—. Tenía que conseguir que esos soldados me hablasen de la isla mágica como fuese.

Siento náuseas al ver la sangre de sus manos. Trago saliva para contener las arcadas. «No le hagas caso». Me vuelvo hacia el mar y me aferro a la calma que me proporciona.

No quiero ni imaginar el desaguisado que habrá hecho con esos hombres. Ya he visto suficiente sangre. Me quedaré aquí, entre las olas que rompen, donde me siento segura y en paz. Aquí puedo pensar en nadar. En Baba. En la libertad...

—Las cicatrices... —la voz de Roën interrumpe mis pensamientos—. ¿Son nuevas?

Lo miro a la cara como si fuese una abeja orīshana suplicando que la aplastase.

—Y a ti qué te importa, ¿eh?

—Bueno, si quieres que te dé algún consejo, puede que sí me importe.

Roën se levanta la manga y todo el veneno que me gustaría escupirle se evapora. Unos puntos retorcidos y abultados le recorren la muñeca y suben por el brazo, hasta desaparecer debajo de la camisa.

—Veintitrés —responde a mi pregunta implícita—. Y sí, recuerdo cada una de las marcas. Mataban a uno de los miembros de mi tripulación delante de mí por cada tajo que me hacían.

Se pasa el dedo por una cicatriz en concreto y la cara se le ensombrece por el recuerdo. Al verlo, siento un cosquilleo en mis propias cicatrices.

—¿Los guardias del rey?

—No. Estos amables y gentiles hombres eran de mi patria. Un país al otro lado del mar.

Miro el horizonte y me imagino una ruta marítima diferente, un lugar alejado del ritual, de la magia, de Saran. Un país en el que el Asalto no ocurrió jamás.

—¿Cómo se llama?

—Sutōrī. —Roën deja la mirada perdida—. Seguro que te gustaría.

—Si está lleno de venganzas y maleantes como tú, te aseguro que es un reino que no pienso pisar.

Roën vuelve a sonreír. Una sonrisa amable. Más cálida de lo que esperaba.

Pero, por lo que he visto de él, esta sonrisa podría aparecer cuando cuenta un chiste o cuando le rebana el pescuezo a otro hombre.

—Sé sincera conmigo. —Se acerca todavía más y me mira directamente a los ojos—. En mi humilde experiencia, las pesadillas y las cicatrices tardan tiempo en sanar. Ahora mismo, tus heridas están demasiado tiernas para que me sienta cómodo.

—¿Qué intentas decir con eso?

Roën me pone la mano en el hombro; está tan cerca de las cicatrices que me estremezco de manera instintiva.

—Si no vas a poder hacer esto, necesito saberlo. No... —Me detiene antes de que yo pueda intervenir—. No es porque seas tú. Yo me pasé semanas sin poder hablar después de que me hicieran estas marcas. Y desde luego, no podía luchar.

Es como si se hubiese metido en mis pensamientos, sabe que mi magia se ha secado. «No puedo hacerlo», grito por dentro. «Si nos espera un ejército, vamos directos a la muerte».

Pero las palabras permanecen en mi boca y se ocultan garganta abajo. Tengo que confiar en los dioses. Necesito creer que, si me han llevado tan lejos, no van a darme la espalda ahora.

—¿Y bien? —insiste Roën.

—La gente que me hizo estas cicatrices está en esos barcos.

—No pienso poner a mis hombres en peligro solo para que puedas vengarte.

—Aunque despellejara vivo a Saran, no me serviría para vengarme. —Le quito la mano del hombro—. No se trata de él. Ni siquiera se trata de mí. Si no lo detengo mañana, destruirá a mi pueblo igual que me destruyó a mí.

Por primera vez desde la tortura, siento un atisbo del viejo fuego que solía rugir con más fuerza que mi miedo. Pero la llama es débil; en cuanto empieza a brillar, una ráfaga de viento la apaga.

—De acuerdo. Pero si nos metemos ahí mañana, más te vale mantenerte fuerte. Mis hombres son los mejores, pero vamos a enfrentarnos a una flota. No puedo permitirme que te quedes paralizada.

—¿Y por qué te preocupa eso?

Roën se lleva la mano al corazón y finge sentirse herido.

—Soy un profesional, preciosa. No me gusta decepcionar a mis clientes, y menos cuando los dioses me han elegido.

—No son tus dioses. —Niego con la cabeza—. Y no te han elegido a ti.

—¿Estás segura? —La sonrisa de Roën se vuelve peligrosa cuando se inclina en la borda—. Hay más de cincuenta clanes de mercenarios en Jimeta, preciosa.

Cincuenta cuevas en las que tu equipo y tú podríais haberos asomado. Que los dioses no irrumpieran con rayos y truenos por el techo de mi cueva no significa que no me eligieran a mí.

Busco la burla en los ojos de Roën, pero no la encuentro.

—¿Eso es todo lo que te hace falta para enfrentarte a un ejército? ¿Creer en la intervención divina?

—No es una creencia, preciosa, es un seguro de vida. No sé interpretar a los dioses, y en mi trabajo, es mejor no meterse con las cosas que uno no sabe interpretar. —Alza la cabeza hacia el cielo y grita—: ¡Pero prefiero que me paguen con oro!

Me echo a reír, unas carcajadas que me resultan extrañas... Empezaba a dudar de si sería capaz de reírme de nuevo.

—Yo no contaría demasiado con ese oro.

—No sé, no sé. —Roën alarga el brazo y me coge la mejilla—. Enviaron a una pequeña *maji* misteriosa a mi cueva. No sé qué otros tesoros vendrán después.

Se aleja, pero se detiene al cabo de unos pasos.

—Deberías hablar con alguien —me recomienda—. Las bromas no ayudan mucho, pero hablar sí. —Su sonrisa de zorronte regresa y la malicia brilla en su mirada de color acero—. Por si te interesa, mi camarote está al lado del tuyo. Según dice la gente, se me da de perlas escuchar.

Me hace un guiño y pongo los ojos en blanco mientras se aleja, exasperada. Es como si Roën no soportase hablar en serio durante más de cinco segundos.

Me obligo a mirar de nuevo el mar, pero cuanto más tiempo contemplo la luna, más razonables me parecen las palabras del mercenario. No quiero estar sola. No, si pienso que esta noche podría ser la última de mi vida. Puede que la fe ciega en los dioses me haya traído hasta aquí, pero si voy a adentrarme en esa isla mañana, necesito algo más.

Lucho contra mis dudas y recorro el estrecho pasillo del barco. Paso por delante de la puerta de Tzain y luego, de la mía. Necesito estar con alguien.

«Necesito contarle la verdad a alguien».

Cuando llego a la puerta que buscaba, golpeo con los nudillos suavemente. El corazón me late desbocado al ver que se abre la puerta.

—Hola —susurro.

—Hola —contesta Amari con una sonrisa.

CAPÍTULO SETENTA Y SEIS



AMARI

Zélie se estremece mientras le desenredo la última parte del pelo. Por las muecas que hace y por cómo se retuerce cuando la toco, podría pensarse que le estoy clavando el sable en el cráneo.

—Lo siento —me disculpo por décima vez.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Si te lo peinaras de vez en cuando...

—Amari, si alguna vez me ves peinándome, por favor, llama a una Sanadora.

Mi risa resuena contra las paredes de metal mientras le separo el pelo en tres partes. Aunque cuesta de cepillar, un arrebatado de envidia me recorre cuando empiezo a hacerle la última trenza. La melena blanca de Zélie, que en otro tiempo era suave y lisa como la seda, ahora es fuerte y rizada, y enmarca su hermosa cara igual que la melena de una leonaria. No parece darse cuenta del modo en que Roën y sus hombres la observan cuando ella mira hacia otro lado.

—Antes de que desapareciera la magia, mi pelo también era así. —Zélie habla más para sí misma que para mí—. Mama tenía que sujetarme con ayuda de unas animaciones para lograr pasarme el peine por el pelo.

Vuelvo a reírme y me imagino a unas animaciones de piedra persiguiendo a Zélie para hacer posible esta sencilla tarea.

—Creo que a mi madre le habría encantado tener animaciones. No había suficientes criadas en palacio para impedir que corriera en cueros por los salones.

—¿Por qué te gustaba tanto desnudarte? —pregunta Zélie con una sonrisa.

—No lo sé —contesto con una risita—. Cuando era pequeña, mi piel se sentía mucho mejor sin ropa.

Zélie aprieta los dientes cuando la trenza le roza la nuca. La complicidad que había entre nosotras se rompe, algo que nos ocurre constantemente. Es como si pudiera ver el muro que se construye alrededor, ladrillos elevados con palabras calladas y cementados con recuerdos dolorosos. Suelto la trenza y apoyo la barbilla en su cabeza.

—Sea lo que sea, puedes contármelo.

Zélie deja caer la cabeza; se arroja los muslos con las manos y se lleva las rodillas al pecho. Le aprieta el hombro antes de terminar la última trenza.

—Al principio pensaba que eras débil —susurra.

Me detengo; no esperaba que me dijera eso. De todas las cosas que Zélie debía de pensar de mí al principio, «débil» habría sido la más simpática.

—¿Por mi padre?

Asiente, pero percibo su reticencia a hablar.

—Cada vez que pensabas en él, te encogías. No comprendía cómo alguien era capaz de blandir la espada como tú y, al mismo tiempo, sentir tanto temor.

Le paso los dedos por las trenzas recién hechas y resigo las líneas dibujadas en la cabeza.

—¿Y ahora?

Zélie cierra los ojos y tensa los músculos. Sin embargo, cuando le pongo las manos en los brazos, es como si notase un dique a punto de ceder.

La presión aumenta, empujando contra todas sus emociones, contra todo su dolor. Cuando es incapaz de soportarlo más, libera por fin el sollozo que sé que ha estado conteniendo.

—No me lo quito de la cabeza. —Me abraza y unas lágrimas calientes me caen en el hombro—. Es como si, cada vez que cierro los ojos, tu padre me pusiera una cadena alrededor del cuello.

Estrecho con cariño a Zélie mientras llora en mis brazos, soltando todo lo que ha intentado ocultar. Noto un nudo en la garganta al oír su llanto; quien le ha causado todo este dolor es mi familia. Ahora que abrazo a Zélie, pienso en Binta y en tantos días en los que seguro que necesitaba una muestra de afecto como esta. Ella siempre estaba al pie del cañón cuando yo me sentía mal y, sin embargo, yo nunca le correspondí.

—Lo siento —susurro—. Siento todo lo que hizo mi padre. Todo lo que te ha hecho. Siento que Inan no pudiera impedirlo. Siento que los dos tardásemos tanto en intentar remediar los errores de Padre.

Zélie se abandona en mis brazos y deja que mis palabras la consuelen. «Lo siento, Binta», digo a su espíritu. «Siento no haber hecho más por ti».

—La noche en que nos escapamos, no fui capaz de dormir en aquel bosque, por más que lo intenté —reconozco en voz baja—. Estaba adormilada, pero cada vez que cerraba los ojos, veía la hoja negra de Padre lista para partirme por la mitad. —Me aparto un poco y le seco las lágrimas. La miro fijamente a los ojos

plateados—. Pensaba que, si alguna vez me lo encontraba, me desmoronaría, pero ¿sabes qué ocurrió cuando lo vi en el fuerte?

Zélie niega con la cabeza y revivo el momento; el pulso se me acelera. El recuerdo de la rabia de Padre refulge y, al mismo tiempo, lo que recuerdo es el peso del sable en la mano.

—Zélie, empuñé el sable. ¡Casi corrí tras él!

Me sonrío un instante, veo a Binta en la forma en que la sonrisa le suaviza las facciones.

—No esperaba menos de la Leonaria —bromea Zélie.

—Recuerdo el día en que alguien le dijo a la Leonaria que empezase a comportarse como es debido y dejase de ser una princesita asustada.

—No digas mentiras... —Zélie se ríe entre las lágrimas—. Seguro que fui mucho más cruel.

—Por si te hace sentir mejor, añadiré que me empujaste para tirarme a la arena antes de decirlo.

—Ah, entonces ¿ahora me toca a mí? —pregunta Zélie—. ¿Quieres devolvérmela?

Niego con la cabeza.

—Necesitaba oírlo. Te necesitaba a ti. Después de la muerte de Binta, fuiste la primera persona que me trató como algo más que una princesa tonta. Puede que no te hayas dado cuenta, pero creíste que yo podía ser la Leonaria mucho antes de que los demás pronunciaran esa palabra.

Le limpio el resto de las lágrimas y le pongo la mano en la mejilla. No pude estar ahí para Binta, pero al consolar a Zélie, siento que el agujero de mi corazón se cierra. Binta me habría dicho que fuese valiente. Con Zélie, ya lo soy.

—Da igual lo que te hizo, da igual lo que veas, créeme cuando te digo que no es para siempre —digo—. Si lograste liberarme, encontrarás la manera de salvarte a ti misma.

Zélie sonrío, pero la expresión solo dura un instante. Cierra los ojos y aprieta el puño, como hace siempre cuando formula un encantamiento.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—No puedo... —Se mira las manos—. Ya no puedo hacer magia.

Siento que se me para el corazón. Late con esfuerzo, me pesa en el pecho. Cojo a Zélie por los brazos y aprieto.

—Pero ¿qué dices?

—La he perdido. —Zélie se agarra las trenzas, con el rostro surcado por el dolor—. He dejado de ser una Parca. No soy nada.

El peso que Zélie carga sobre los hombros amenaza con romperle la espalda. Lo único que deseo es consolarla, pero esta nueva realidad hace que mis brazos se vuelvan de plomo.

—¿Cuándo te sucedió?

Zélie cierra los ojos y se encoge de hombros.

—Cuando me hicieron los cortes en la espalda, fue como si también me cortaran la magia. No he sido capaz de sentir nada desde entonces.

—Y ¿qué pasa con el ritual?

—No lo sé. —Inspira hondo y se estremece—. No puedo llevarlo a cabo. Nadie puede.

Sus palabras recortan el suelo que rodea mis pies. Casi siento cómo caigo por el agujero que han perforado. Lekan dijo que solo un *maji* vinculado con el espíritu de Madre Cielo podría realizar el ritual. Sin otro *sêntaro* que pueda celebrar el rito de iniciación de otros *maji*, nadie puede sustituir a Zélie.

—A lo mejor si tocas la piedra del sol...

—Ya lo he probado.

—¿Y?

—Nada. Ni siquiera noto su calor.

Me muerdo el labio inferior y frunzo las cejas mientras procuro que se me ocurra algo más. Si la piedra del sol no ha servido de ayuda, dudo que el pergamino sea útil.

—¿Te ocurrió en Ibeji? —le pregunto—. ¿Después de la batalla en el foso? Dijiste que sentías la magia bloqueada, ¿verdad?

—Bloqueada, pero no acabada. Estaba atascada, pero continuaba allí. Ahora no siento nada en absoluto.

La desesperación se apodera de mí y me fallan las piernas. «Deberíamos darnos la vuelta». Deberíamos despertar a uno de los hombres de Roën y redirigir el rumbo del barco.

Sin embargo, aun en estas circunstancias, el rostro de Binta resplandece ante mí, supera mi miedo, la rabia de Padre. Rememoro ese fatídico día ocurrido hace una luna, cuando sostuve el pergamino en los aposentos de Kaea. Entonces también lo teníamos todo en contra. La realidad nos decía que fracasaríamos. Pero, una y otra vez, luchamos. Perseveramos. Y salimos a flote.

—Sí puedes hacerlo —susurro. Me convengo todavía más al decirlo en voz alta—. Los dioses te eligieron. Ellos no se equivocan.

—Amari...

—Te he visto hacer cosas imposibles desde el día en que te conocí. Te has

opuesto al mundo por el bien de las personas que amas. Sé que puedes hacer lo mismo para salvar a los *maji*.

Zélie trata de apartar la mirada, pero le cojo la cara y la obligo a mirarme a los ojos. Ojalá ella pudiese ver a la persona que veo ahora, la campeona que late dentro de su cuerpo.

—¿Tan segura estás? —me pregunta.

—Nunca he estado tan segura de nada en mi vida. Además, mírate: si no eres capaz de hacer magia así, nadie lo será.

Levanto un espejo de mano y le muestro a Zélie las seis trenzas gruesas que le caen hasta el final de la espalda. El pelo se le ha rizado tanto durante la última luna que me había olvidado de lo largo que lo tiene.

—Parezco fuerte...

Se pasa los dedos por las trenzas.

Sonrío y bajo el espejo.

—Cuando devuelvas la magia al mundo, tienes que parecer la guerrera que eres.

Zélie me aprieta la mano; todavía percibo algo de tristeza en su gesto.

—Gracias, Amari. Por todo.

Apoyo la frente en la suya y nos sentamos en un silencio cómodo; el contacto traduce nuestro amor. «La princesa y la guerrera», decido mentalmente. Cuando cuenten nuestra historia el día de mañana, así será como la titulen.

—¿Te quedas conmigo? —Me aparto un poco para mirar a Zélie a la cara—. No quiero estar sola.

—Por supuesto. —Sonríe—. Algo me dice que podría quedarme dormida en esta cama.

Me coloco a un lado del colchón para dejarle sitio y Zélie se sube a la cama y se arroja bajo la manta de pantenaria. Me inclino para apagar la antorcha, pero entonces Zélie me agarra por la muñeca.

—¿De verdad piensas que va a salir bien?

Mi sonrisa se desmorona un segundo, pero lo oculto.

—Pienso que, pase lo que pase, tenemos que intentarlo.

CAPÍTULO SETENTA Y SIETE



ZÉLIE

El cielo adopta unos tonos rosados y mandarina cuando se acerca el amanecer. Unas nubes finas se desplazan con elegancia entre los colores, casi pacíficas a pesar de lo que nos aguarda hoy. Al coger el casco con el que me oculto la cara, me siento eternamente agradecida por poder contar con las armaduras del barco. Después de ponérmelo, escondo las trenzas debajo mientras Roën se me acerca con su sonrisa maliciosa.

—Siento que no tuviéramos oportunidad de charlar anoche. —Hace pucheros en broma—. Si era por lo de las trenzas, deberías saber que también soy un peluquero excepcional.

Entrecierro los ojos. Me da rabia que el uniforme le siente tan bien. Luce la armadura con confianza; si no supiera la verdad, apostararía que era suya.

—Me alegro de comprobar que no pierdes el sentido del humor aunque tu vida penda de un hilo.

La sonrisa de Roën se ensancha aún más.

—Tienes buen aspecto —me susurra mientras se abrocha el casco—. Pareces preparada.

Silba con ímpetu para congrega a nuestra tripulación y todo el mundo se pone en marcha. Amari y Tzain se abren paso hacia la parte delantera, seguidos de Kenyon y los cuatro miembros del equipo de *agbön*. Tzain me hace un gesto con la cabeza para darme ánimos. Me obligo a responder con otro movimiento de la cabeza.

—Anoche interrogué a los soldados de Saran. —La voz de Roën se eleva por encima de la brisa marina—. Se posicionarán alrededor del perímetro de la isla y dentro del propio templo. No hay manera de evitarlos cuando atraquemos, pero si no llamamos mucho la atención, no deberíamos despertar sospechas. Esperan que Zélie irrumpa con un ejército de *maji*, así que, mientras llevemos sus armaduras, lograremos mantener el efecto sorpresa.

—Pero ¿y qué hacemos una vez dentro del templo? —pregunta Amari—. Padre ordenará a sus soldados que disparen en cuanto noten el menor revuelo. A

menos que los distraigamos, atacaran tan pronto como nos vean con los artefactos sagrados.

—Cuando estemos cerca del templo, lanzaremos un ataque lejos de allí para distraer a las fuerzas armadas. De ese modo, Zélie debería quedar libre para el ritual.

Roën se vuelve hacia mí y hace un gesto para cederme la palabra. Doy un paso atrás, pero Amari me empuja hacia delante; trastabillando, me coloco en el centro de la multitud. Trago saliva y coloco las manos cruzadas detrás de la espalda. Confío con todas mis fuerzas en que mis palabras transmitan seguridad.

—Sigamos el plan trazado. Mientras no llamemos la atención de los guardias, supongo que llegaremos sin problemas al templo.

«Y entonces será cuando veáis que no puedo hacerlo. Que los dioses me han abandonado una vez más. Entonces será cuando los hombres de Saran nos atacarán».

Entonces será cuando moriremos todos.

Vuelvo a tragar saliva y sacudo las dudas que me invitan a salir corriendo. «Esto tiene que funcionar. Madre Cielo debe tener un plan». No obstante, los ojos saltones y los murmullos ansiosos me indican que esas palabras no bastan. Quieren un discurso que les dé coraje. Pero a mí también me hace falta que algo me dé coraje.

—Por todos los dioses... —maldice Tzain.

Nos volvemos hacia la pequeña flota anclada alrededor de las coordenadas de la isla. En cuanto el sol asoma por el horizonte, la isla se materializa ante nuestros ojos. Al principio es transparente como un espejismo salido del mar. Pero conforme el sol se eleva, la isla se solidifica hasta formar una enorme masa de niebla y árboles inertes.

El calor se expande por mi pecho, fuerte como cuando Mama Agba desplegó la magia por primera vez. En ese momento sentí una inmensa esperanza. Después de tantos años, dejé de sentirme sola.

La magia está aquí. Viva. Más cerca que nunca. Aunque ahora no pueda sentirla, tengo que creer que volveré a experimentarla.

Me deleito en ese pensamiento, finjo que la magia corre por mis venas, más fuerte que en ninguna otra ocasión. Hoy debería salir a borbotones, arder tan caliente como mi rabia.

—Sé que tenéis miedo. —Todos se vuelven hacia mí—. Yo también tengo miedo. Pero sé que vuestros motivos para luchar son más fuertes que vuestro miedo, porque os han traído hasta aquí. Todos y cada uno de nosotros hemos

sufrido el ataque de los guardias de un modo u otro, el ataque de esta monarquía que juró protegernos. Hoy vamos a contraatacar en nombre de todo nuestro pueblo. ¡Hoy nos las van a pagar!

Los gritos de aquiescencia resuenan por el aire; incluso los mercenarios se suman a los vítores. Sus exclamaciones alimentan mi espíritu y liberan las palabras que había atrapadas dentro.

—Puede que aquel ejército tenga mil hombres, pero ninguno de ellos cuenta con el apoyo de los dioses. Nosotros tenemos la magia de nuestra parte, así que manteneos fuertes, mantened la confianza.

—¿Y si todo se va al infierno? —pregunta Roën cuando los vítores se apagan.

—Atacad —contesto—. Luchad con uñas y dientes.

CAPÍTULO SETENTA Y OCHO



ZÉLIE

Se me seca la garganta al ver un mar interminable de soldados patrullando el perímetro de la isla. Es como si la totalidad del ejército de Orïsha hubiese venido a montar guardia.

Detrás de ellos se alza un bosque de árboles ennegrecidos, rodeados de niebla y volutas de humo. La energía que rodea el bosque provoca ondas en el aire, un signo de la potencia espiritual que se esconde entre los árboles.

Cuando el último de nuestros tripulantes disfrazados de soldado sale del bote de remos, Roën nos conduce hacia el templo.

—Caminad con brío —nos dice—. Tenemos que movernos.

En el momento en que ponemos el pie en la costa oriental, siento de inmediato la energía espiritual que se respira. Incluso sin el rumor de la magia en mis huesos, esta irradia del suelo, fluye desde los árboles carbonizados. Cuando Roën abre mucho los ojos, sé que él también la ha percibido.

Caminamos entre los dioses.

Noto un extraño tamborileo al pensarlo, no es exactamente el arrebató de la magia, sino el impulso de algo mayor. Al recorrer la isla, casi puedo sentir el aliento de Oya en cómo se enfría el aire que nos rodea. Si están aquí, a mi lado, entonces a lo mejor hice bien en confiar en ellos. A lo mejor es cierto que tenemos alguna posibilidad.

Pero para conseguirlo, es preciso que burlemos a los guardias.

El corazón me late con fuerza mientras pasamos por entre las interminables hileras de soldados que patrullan la isla. A cada paso que doy, me convengo un poco más de que son capaces de ver a través de nuestros cascos, pero lucir el sello de Orïsha nos protege de su mirada. Roën nos guía con zancadas decididas, se desenvuelve con soltura bajo la armadura del comandante. Con ese paso lleno de confianza y su piel color arenisca, incluso los oficiales de verdad se apartan a su paso.

«Ya casi estamos», pienso. Me pongo tensa cuando un soldado nos observa un segundo de más. Cada paso hacia el bosque se prolonga en una trepidante

eternidad. Tzain lleva la daga de hueso, mientras que Amari agarra con fuerza la mochila de piel en la que guarda la piedra del sol y el pergamino; por mi parte, tengo la mano sobre el palo de combate, lista para el ataque. Pero incluso cuando pasamos por delante de la última fila de tropas, los soldados apenas se fijan en nosotros. Siguen con la mirada clavada en el mar, esperando ver llegar al ejército de *maji* que nunca se presentará.

—Por todos los dioses —suspiro en voz baja cuando conseguimos alejarnos lo suficiente de los últimos soldados para que no nos oigan.

Mi frágil calma explota en un amasijo de nervios. Me obligo a respirar.

—Lo hemos conseguido.

Amari me coge del brazo, por debajo del casco le veo la piel pálida. Nuestra primera batalla ha terminado.

Ahora empieza la segunda.

Una niebla fría nos envuelve mientras nos desplazamos por el bosque, la neblina lame los árboles. Cuando avanzamos unos kilómetros, se espesa tanto que impide que pase el sol y entorpece mucho la vista.

—Qué extraño —me susurra Amari al oído, con los brazos extendidos para evitar chocarse contra un árbol—. ¿Crees que será siempre así?

—No lo sé.

Algo me dice que esta niebla es un regalo de los dioses.

«Están de nuestra parte...».

Quieren que ganemos.

Me aferro a esas palabras, confiando en que sean ciertas. Los dioses no serían capaces de abandonarnos ahora; no me fallarían aquí. Sin embargo, mientras nos acercamos al templo, sigo sin notar el calor en las venas. Pronto la niebla dejará de servirme de refugio.

Para mi bochorno, quedará expuesta ante todo el mundo.

—¿Cómo lo supiste? —susurro mientras el templo empieza a dibujarse entre la niebla, al pensar en aquel aciago día en el mercado—. En Lagos, ¿por qué viniste hacia mí?

Amari se da la vuelta, su mirada ambarina brilla a pesar de la niebla blanca.

—Por Binta —contesta en voz baja—. Tenía los ojos de plata. Igual que los tuyos.

Sus palabras despiertan algo en mí: son una señal de la mano más poderosa. Nos hemos visto conducidas a este momento, empujadas de las formas más nimias y oscuras. Independientemente de cómo termine este día, estamos

haciendo lo que quieren los dioses. Mas ¿qué propósito pueden querer si la magia no fluye por mis venas?

Abro la boca para contestar a Amari, pero me detengo al percibir que la energía espiritual se intensifica. Pesa sobre nosotras igual que la gravedad, nos empuja hacia abajo a cada paso.

—¿También lo notáis? —susurra Tzain.

—Es imposible no hacerlo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Roën mirando hacia atrás.

—Solo puede ser...

«El templo...».

No hay palabras para describir la pura magnificencia de la pirámide que se yergue ante nosotros. Se alza hacia el cielo, todas y cada una de sus secciones están construidas con oro traslúcido. Como sucedía en Chândomblé, unas intrincadas *sênbaría* enuncian la voluntad de los dioses. Los símbolos relucen a pesar de la ausencia de luz, pero en cuanto llegamos, empieza la auténtica batalla.

—Rehema —ordena Roën—. Lleva a tu grupo al límite de la costa sur. Montad un escándalo impresionante en la playa y desapareced en la niebla. Seguid a Asha para encontrar el camino.

Rehema asiente y se cala el casco hasta que lo único que vemos son sus ojos marrón claro. Choca el puño con Roën antes de adentrarse con dos hombres y dos mujeres en la niebla.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto.

—Esperar —responde Roën—. Deberían distraer la atención del ejército y dejar despejado el templo.

Los minutos se prolongan como si fuesen horas, una eternidad que pesa igual que la muerte. Cada segundo que transcurre es otro segundo en el que mi mente se recrea en los remordimientos. ¿Y si los capturan? ¿Y si mueren? No puedo permitir que más personas perezcan por esto.

No puedo permitir que más sangre me manche las manos.

Una columna de humo negro se eleva en la distancia. La distracción de Rehema. El humo empuja hasta cortar la niebla y toma altura hacia el cielo. En cuestión de segundos, una corneta aguda se propaga por el aire.

Los guardias salen gritando del templo y se dirigen hacia la costa sur. Tantos hombres son los que corren que enseguida me doy cuenta de que no puedo llegar a concebir el auténtico tamaño del templo.

En cuanto pasa la primera riada de soldados, Roën nos indica que entremos y

nos abrimos paso a través del aire viciado. Ascendemos los peldaños de oro tan rápido como podemos, sin detenernos hasta llegar a la planta principal y entrar en el templo.

Unas vistosas joyas decoran cada centímetro de las paredes, con diseños exquisitos. A nuestro alrededor, la sobrecogedora imagen de Yem ja motea las paredes doradas con topacios y zafiros azules; olas hechas de diamantes relucientes fluyen de las yemas de todos sus dedos como haces de luz. Sobre nosotros, refulgen las brillantes esmeraldas de Ògún, que rinden tributo a su poder sobre la tierra. A través de los techos de cristal, atisbo cada plano: las diez plantas del templo están dedicadas a los dioses.

—Eh, venid...

Amari se acerca a una escalera que hay en el centro de nuestra planta y que desciende al subterráneo. La piedra del sol resplandece en su mano.

«Ya está...». Aprieto los puños húmedos y pegajosos.

Aquí era donde se suponía que teníamos que ir.

—¿Estás preparada? —pregunta Amari.

«No». Lo llevo escrito por toda la cara. Pero en cuanto me hace un gesto con la cabeza, bajo el primer peldaño y encabezo el descenso de todo el grupo por la fría escalera.

Al desplazarme por ese espacio estrecho, vuelvo sin querer a cuando estuvimos en Chândomblé. Igual que en aquel templo, la luz de unas antorchas ilumina el angosto camino y resplandece contra las paredes de piedra. Me transporta al momento en el que todavía teníamos una oportunidad de vencer.

Al momento en el que yo todavía poseía la magia.

Toco las paredes con las palmas de las manos y rezo en silencio a los dioses. «Por favor... Si podéis ayudarme, necesito que sea ahora». Trato de ganar tiempo mientras descendemos más y más; el sudor me baja por la espalda, aunque el aire es tan frío que me pone la piel de gallina. «Por favor, Madre Cielo», vuelvo a rezar. «Si puedes arreglar esto, hazlo ahora».

Espero ver el brillo de sus ojos plateados, el toque eléctrico que me recorra los huesos. Pero cuando comienzo a rezar de nuevo, siento que la magnífica tierra sagrada silencia todas mis palabras.

Once estatuas de oro se alinean en la cúpula santa, todas ellas erigidas hacia el cielo. Se yerguen sobre nosotros con una altura devastadora, nos acechan tan imponentes como las montañas de la cordillera de Olasimbo. Los dioses y las diosas están grabados con todo lujo de detalles en el metal precioso; desde las

arrugas de la piel de Madre Cielo hasta todos y cada uno de sus rizos, no se han ahorrado ninguna línea, ninguna curva.

La mirada de todas las deidades está fija en la estrella de piedra de diez puntas que resplandece abajo. Cada una de las puntas de la estrella está señalada por un puntiagudo pilar de piedra, con grabados de *sênbaría* tallados en los cuatro lados de cada pilar.

En el centro se eleva una única columna de oro. Sobre ella, han horadado una semiesfera. Redondeada y suave: del tamaño exacto de la piedra del sol.

—Por todos los dioses... —murmura Kenyon cuando entramos en ese ambiente cargado.

«Exacto, “todos los dioses” es justo lo que tenemos delante».

Es como si caminásemos por los cielos.

Con cada paso, me siento poderosa bajo la vigilancia de los dioses, protegida por su mirada etérea.

—Puedes hacerlo.

Amari me entrega el pergamino y la piedra del sol. Toma la daga de hueso que le tiende Tzain y la desliza en el cinturón de mi uniforme.

Asiento con la cabeza y tomo los otros dos objetos sagrados. «Puedes hacerlo», me repito. «Por lo menos, inténtalo».

Doy un paso adelante, preparada para poner fin a este viaje. Pero entonces, una silueta se mueve a lo lejos.

—¡Una emboscada! —grito.

Despliego el palo de combate al ver emerger a varios hombres. Se mueven como las sombras, reptan desde detrás de todas las estatuas, de todos los pilares. En el frenesí, todos sacamos las armas y miramos aquí y allá para anticipar el siguiente ataque. Sin embargo, cuando el descontrol se apacigua, veo a Saran, con una sonrisa de satisfacción en la cara. Y entonces veo a Inan, con expresión incómoda y la espada de *majacita* en la mano.

Verlo me desgarran las entrañas; una traición más fría que el hielo. Me lo prometió.

Juró que no se interpondría en nuestro camino.

Pero antes de que pueda desmoronarme de verdad ante su rostro, veo lo peor de todo. Una estampa tan alarmante que no puede ser real.

Me da un vuelco el corazón cuando lo arrastran hacia nosotros.

—¿Baba?

CAPÍTULO SETENTA Y NUEVE



ZÉLIE

«Se suponía que estaba a salvo».

Ese es el pensamiento que me impide aceptar la verdad. Escudriño entre los uniformes para ver si descubro la forma arrugada de Mama Agba, espero su ataque. Si los guardias han atrapado a Baba, ¿dónde está mi maestra? ¿Qué le habrán hecho? Después de todo lo ocurrido, no puede haber muerto. Es imposible que Baba esté aquí delante.

Y, sin embargo, tiembla bajo las garras de Inan... Con la ropa hecha jirones, amordazado, la cara ensangrentada. Lo han apalizado por mis errores. Y ahora, me lo van a arrebatar.

Igual que se llevaron a Mama.

Los ojos ambarinos de Inan me transmiten la verdad de su traición, pero no es la mirada que conozco. Es un desconocido. Un soldado. La carcasa del principito.

Se suponía que Baba estaba a salvo.

—Supongo que la situación habla por sí misma, pero como los de vuestra calaña sois unos zoquetes, te lo aclararé. Entrega los artefactos y podrás recuperar a tu padre.

Me basta con oír la voz de Saran para sentir las cadenas en las muñecas otra vez...

«No sería un buen rey si no te recordara lo que eres...».

Luce una ampulosa túnica de color púrpura y una sonrisa desafiante. Pero incluso él parece pequeño en comparación con las estatuas de los dioses que lo miran por encima del hombro.

—Podemos reducirlos —susurra Kenyon a mi espalda—. Tenemos la magia. Ellos solo tienen guardias.

—No podemos arriesgarnos —interviene Tzain con la voz quebrada.

Baba niega sutilmente con la cabeza. No quiere que lo salvemos.

«No».

Doy un paso adelante, pero Kenyon me agarra del brazo y me obliga a darme

la vuelta.

—¡No puedes rendirte!

—Suéltame...

—¡Piensa en alguien más que en ti misma! Sin el ritual, todos los *divîners* morirán...

—¡Ya estamos todos muertos! —chillo.

Mi voz reverbera contra la cúpula, revelando la verdad que me encantaría poder modificar. «¡Dioses, por favor!». Suplico una última vez, pero no sucede nada.

Han vuelto a abandonarme.

—Mi magia ha desaparecido. Pensaba que volvería a mí, pero no lo ha hecho...

Me tiembla la voz y miro hacia el suelo, me trago la vergüenza. El enfado. El dolor. ¡Cómo se atreven los dioses a inmiscuirse en mi vida a la fuerza para dejarme luego en la estacada!

A pesar de todo, lo intento una vez más, en busca de algún resto de *ashê* que pueda quedarme. Pero me lo han quitado.

No dejaré que me arrebaten nada más.

—Lo siento. —Las palabras están vacías, pero son lo único que tengo—. Pero si no puedo llevar a cabo el ritual, por lo menos no perderé a mi padre.

Kenyon me suelta. El odio se queda corto para describir las miradas que recibo de los hombres congregados. Solo Amari me mira con comprensión; incluso Roën parece anonadado.

Avanzo un paso mientras aprieto la piedra del sol y el pergamino contra mi pecho. La daga de hueso me presiona la piel, casi me corta al caminar. Cuando ya he recorrido la mitad del espacio, Kenyon grita:

—¡Te salvamos! —Sus aullidos rebotan contra las paredes—. ¡Hay gente que ha muerto por esto! ¡Hay gente que ha muerto por ti!

Sus palabras se me clavan en el alma, igual que todas las personas a las que he dejado atrás. Bisi. Lekan. Zulaikha. Puede que incluso Mama Agba.

Todos muertos.

Porque se atrevieron a creer en mí.

Se atrevieron a pensar que podríamos vencer.

Conforme me acerco a Inan, los temblores de Baba se vuelven frenéticos. No puedo dejar que su estado influya en mi decisión. «No quiero dejarlos ganar, Baba».

Pero no puedo dejarte morir.

Agarro la piedra del sol y el pergamino con más fuerza todavía mientras Inan avanza hacia mí y empuja ligeramente a Baba para que haga lo mismo. Sus ojos ambarinos piden disculpas a gritos. Unos ojos en los que no volveré a confiar jamás.

«¿Por qué?», me muero por preguntar, pero la pregunta se marchita en mi garganta. A cada paso, el eco de su beso me presiona en los labios y viaja por mi cuello. Me quedo mirando las manos de Inan sobre los hombros de Baba, unas manos que yo debería haber aplastado. Juré que moriría antes de dejar que un guardia se aprovechara de mí. Y, sin embargo, ¿dejé vía libre a su capitán?

«Sé que estamos destinados a trabajar juntos. Estamos destinados a hacer algo más juntos».

Sus mentiras zalameras resuenan en mi oído, cada una de ellas provoca más lágrimas que la anterior.

«Seríamos imparables. El mejor equipo que habría en Orïsha».

Sin él, Ilorin seguiría en pie. Lekan estaría vivo. Yo estaría aquí para salvar a mi pueblo, no para destrozar su destino.

Cuando las lágrimas salen a borbotones, noto como si me abrieran en canal. Es peor que las cuchilladas del lugarteniente de Saran. A pesar de todo, fui yo quien le dejó entrar.

Yo le dejé ganar.

Baba niega con la cabeza una vez más, mi última oportunidad de salir huyendo. Pero ahora todo ha terminado. En realidad, terminó incluso antes de empezar.

Arranco a Baba de las garras de Inan y tiro al suelo el pergamino y la piedra del sol. Cuando estoy a punto de sacar también la daga de hueso, me acuerdo de que Inan no lo ha visto nunca. En lugar del objeto sagrado, arrojo el cuchillo oxidado de Tzain y mantengo la verdadera daga de hueso escondida en el cinturón. Podré aferrarme a esa única cosa. Me quedaré ese único artefacto ahora que me han quitado todo lo demás.

—Zélie...

Antes de que Inan pueda pronunciar una sola palabra traicionera más, le quito la mordaza a Baba y me alejo. Mientras mis pasos reverberan en la tierra sagrada, me concentro en las estatuas en lugar de en las miradas de odio.

—¿Por qué? —pregunta Baba en un suspiro. Su voz suena débil pero autoritaria—. ¿Por qué, cuando estabas tan cerca?

—Nunca estuve cerca. —Me trago un sollozo—. Nunca. Ni una sola vez.

«Lo has intentado», me consuelo. «Has hecho todo lo que has podido y más».

No tenía que ser. Los dioses se equivocaron al elegirme.

«Por lo menos, ya ha terminado todo. Por lo menos, estás vivo. Puedes marcharte en aquel barco, encontrar un nuevo...».

—¡No!

Me quedo de piedra cuando los gritos de Inan resuenan contra las paredes de la cúpula con un timbre ensordecedor. Baba me arroja al suelo y un silbido vuela por el aire.

Me muevo para proteger a Baba, pero es demasiado tarde.

La punta de flecha le perfora el pecho a mi padre.

Su sangre se derrama en el suelo.

CAPÍTULO OCHENTA



ZÉLIE

Cuando vinieron a por Mama, me quedé sin respiración. Pensé que no iba a ser capaz de respirar nunca más. Pensé que nuestras vidas estaban unidas por una cuerda. Que si ella moría, yo también lo haría.

Me escondí como una cobarde mientras apaleaban a Baba hasta dejarlo medio muerto, confiando en que Tzain sería quien me defendiera. Pero cuando le pusieron la cadena alrededor del cuello a Mama, algo en mí se despertó. Por mucho miedo que me dieran los guardias, nada podía compararse con el terror que sentía ante la posibilidad de que se llevaran a Mama.

La seguí por entre el caos de Ibadan, aunque la sangre y el polvo me salpicaban las rodillas infantiles. La seguí tan lejos como pude hasta que lo vi.

Absolutamente todo.

La colgaron de un árbol como un ornamento de la muerte, en el centro de nuestra aldea montañosa. A ella y a todos los demás *maji*, para aplastar todas las amenazas a la monarquía.

Ese día juré que nunca volvería a sentirme así; prometí que nunca me arrebatarían a otro miembro de mi familia. Pero mientras sigo aquí paralizada, la sangre brota de los labios de Baba. Lo prometí.

Y ahora he llegado demasiado tarde.

—¿Baba?

Nada.

Ni siquiera un parpadeo.

Sus ojos marrón oscuro están vacíos. Destrozados. Huecos.

—Baba —susurro de nuevo—. ¡Baba!

Mientras su sangre se extiende por mis dedos, el mundo se vuelve negro y el cuerpo se me calienta. En la oscuridad lo veo todo... Lo veo a él.

Corre por las calles de Calabrar, dando patadas a una pelota de *agbön* por el barro con su hermano menor. El niño que hay en él tiene una sonrisa que nunca le he visto a Baba, una sonrisa que ignora el dolor del mundo. Con una patada

vigorosa, la pelota rebota y aparece el rostro joven de Mama. Es imponente. Radiante. Lo deja embelesado.

Su rostro se funde y da paso a la magia de su primer beso, a la maravilla de ver a su hijo primogénito. Esa admiración se difumina y Baba aparece acunando a su hijita para que se duerma, pasándome las manos por el pelo blanco.

En su sangre, siento el momento en el que se despertó después del Asalto, la herida en el corazón que no se le curó nunca.

En su sangre, lo siento todo.

En su sangre, lo siento a él.

El espíritu de Baba resquebraja mi ser igual que la tierra que se resquebraja por la mitad. Cada sonido llega un poco más alto, cada color brilla un poco más fuerte. Su alma penetra en mí más que ningún otro impulso mágico que haya sentido jamás, más hondo que la magia misma. No son los encantamientos los que corren por mis venas.

Es su sangre.

Es él.

El sacrificio definitivo.

La mayor magia de sangre que podría invocar.

—¡Matadla!

Los dos primeros guardias arremeten contra mí, con las espadas en alto y apuntándome. Corren ávidos de venganza.

El último error que cometerán en su vida.

Cuando se aproxima, el espíritu de Baba se desprende de mi cuerpo y forma dos sombras retorcidas y afiladas. La oscuridad blande el poder de la muerte, da órdenes al poder de la sangre. Las sombras atraviesan las pecheras de acero de los soldados y los despedazan como si fuesen trozos de carne. La sangre salpica mientras una materia oscura se derrama de los agujeros perforados en su pecho.

Los hombres se atragantan al respirar por última vez, se les abultan los ojos, derrotados. Resoplan con dificultad y sus cuerpos se derrumban, convertidos en ceniza.

«Más».

Más muerte. Más sangre.

La parte más negra de mi rabia por fin posee el poder que siempre ha anhelado, la oportunidad de vengar a Mama. Ahora a Baba. Gobernaré estas sombras de muerte y acabaré con ellos.

Con todos y cada uno de ellos.

«No». La voz de Baba resuena en mi mente, firme y fuerte. «La venganza

carece de sentido. Todavía hay tiempo de solucionar las cosas».

—¿Cómo?

Echo un vistazo al pandemónium cuando los hombres de Roën y el equipo de Kenyon se enfrascan en la batalla. «La venganza carece de sentido», me repito. «La venganza carece de sentido...».

Mientras las palabras se asientan, lo veo, la única persona que huye de la batalla. Inan se agacha y corre hacia la piedra del sol entre la locura de soldados, esquivando los sables de los secuaces de Roën.

«Mientras nos falte la magia, nunca nos tratarán con respeto», repite el espíritu de Baba. «Tienen que saber que podemos contraatacar. Si ellos queman nuestras casas...».

Yo también quemaré las tuyas.

CAPÍTULO OCHENTA Y UNO



INAN

La chica que abracé en sueños no se ve por ninguna parte.

En su lugar, ruge un monstruo.

Enseña unos colmillos letales.

Dos sombras negras salen disparadas de las manos de Zélie y surcan el aire como dos serpientes venenosas, ávidas de sangre. Venganza. Atraviesan a los dos primeros guardias. Entonces, hay algo que cambia en los ojos plateados de Zélie.

Su mirada se fija en mí. La piedra del sol brilla en mi mano. Apenas tengo tiempo de sacar la espada antes de que me ataque la primera sombra.

Afilada y con punta de sable, choca contra mi espada y retrocede volando. El siguiente ataque llega al instante. Tan rápido que no puedo contenerlo...

—¡Príncipe Inan!

Un guardia se lanza sobre mi cuerpo. Cambia su vida por la mía. La sombra le atraviesa el cuerpo... Jadea antes de quedar reducido a cenizas.

«¡Cielos!».

Me resguardo de esa locura. Las sombras reculan para preparar el siguiente asalto. Cuando echo a correr, Zélie me persigue. El alma salada como el mar ruge como una tormenta oceánica.

Ni siquiera con la potencia de la piedra del sol soy capaz de detenerla. Nadie puede. Estoy muerto.

Perecí en el instante en que su padre tocó el suelo.

«¡Cielos!».

Contengo las lágrimas. Todavía noto dentro de mí el corazón roto de Zélie. Un sufrimiento tan fuerte que sería capaz de sacudir la tierra. Se suponía que el hombre tenía que vivir. Se suponía que yo iba a salvarla. Pensaba mantener las promesas que le hice. Pensaba convertir Orïsha en un lugar mejor...

«Concéntrate, Inan». Me obligo a respirar hondo y despacio. Cuento hasta diez. No puedo rendirme. La magia continúa siendo una amenaza. Y solo yo puedo ponerle fin.

Corro como el rayo por la cúpula hasta la estatua de Orí. Las consecuencias se agolpan en mi mente. Si Zél lleva a cabo el ritual, nos borrará del mapa. Y entonces, toda Orísha será pasto de las llamas. No puedo permitir que ocurra eso. Pase lo que pase, mi plan no puede variar: coger la piedra, recuperar el pergamino.

Aniquilar la magia.

Lanzo la piedra del sol al suelo con todas mis fuerzas. «¡Por todos los cielos, rómpete!». Sin embargo, la piedra rueda sin hacerse ni una sola muesca. Si hay algo que pueda destruirse, tiene que ser el pergamino.

Me lo saco del bolsillo y me meto de cabeza en la batalla. Zélie se apresura a recoger la piedra. Con los pocos segundos de vida que me quedan, los engranajes de mi mente giran a toda velocidad. Las antiguas palabras de Padre resuenan una vez más. «Solo es posible destruir el pergamino con magia».

«Magia...».

¿Y si pruebo con la magia?

Concentro la energía de mi mente en el pergamino y pierdo la pista de Zélie en el torbellino de guerreros. Un brillo color turquesa rodea el rollo desgastado. El olor a salvia y hierbabuena me llena la nariz mientras un recuerdo extraño me ocupa la mente.

La histeria del templo se difumina. La conciencia de un *sêntaro* surge como un fogonazo: generaciones de mujeres con elaborados dibujos de tinta blanca tatuados en la piel. Todas cantan en un idioma que no puedo comprender.

El recuerdo solo dura un instante, pero es suficiente para saber que mis esfuerzos caerán en saco roto. Mi magia no bastará.

El pergamino continúa intacto.

—¡Socorro!

Me vuelvo a toda prisa al oír más gritos; las sombras de Zélie acribillan a más hombres. Una materia oscura les consume el cuerpo cuando las puntas de flecha negra les salen con brusquedad del pecho.

Antes de que puedan derrumbarse en el suelo, los soldados se desintegran, convertidos en cenizas. En un segundo, todo cobra sentido: la respuesta hasta ahora oculta se hace visible ante mí.

Quizá si fuese un Abrasador, mis llamas podrían incinerar el pergamino, pero mi magia de Mediador no sirve de nada para esta empresa. El pergamino no tiene ninguna mente que yo pueda controlar, ningún cuerpo que mi magia pueda paralizar. Mi magia no puede desintegrar el pergamino.

Pero la magia de Zélie, sí.

Nunca la he visto desplegar sus poderes de semejante manera. Su magia lo destruye todo a su paso, violenta y retorcida, aúlla mientras siembra el caos en el templo sagrado con la fuerza de un tornado. Sus puntas de flecha negras se vengan con la saña de unas lanzas, ensartan las armaduras, atraviesan la carne sin piedad. Cualquier desgraciado que se topa en su camino se deshace en cenizas.

Si lo hago bien, el pergamino también se deshará.

Respiro hondo. Probablemente sea la última vez que lo haga. Las letales puntas de flecha de Zélie disparan a los intestinos de cuatro soldados y les perforan las entrañas. Sus cuerpos se desmoronan, convertidos en polvo, en cuanto caen al suelo.

En el momento en que Zélie arremete contra otro grupo de soldados, corro hacia delante.

—¡Es todo culpa tuya! —chillo.

Zélie se queda petrificada. Creo que nunca me odiaré más que en este momento. Pero necesito extraer todo este dolor de ella. El asunto no puede quedar entre ella y yo.

Nunca debió ser así.

—¡Tu padre no tenía por qué morir! —grito.

Es una línea que no debería haber cruzado. Pero tengo que liberar toda su furia. Necesito un golpe letal.

—¡Ni lo menciones!

Echa fuego por los ojos. Llena de dolor, odio y rabia. Su angustia me llena de remordimientos. Pero, aun así, sigo pinchando.

—No tendrías que haber venido. ¡Lo habría llevado de vuelta a Lagos!

Las sombras giran a su alrededor como un viento fuerte que da paso a un tornado.

Zélie ya está cerca.

Mi vida también se acerca a su fin.

—Si hubieras confiado en mí, si hubieras colaborado conmigo, seguiría vivo. Él. —Trago saliva—. Y Mama Agba...

Las sombras arremeten contra mí con tal velocidad que me quedo sin aliento. Saco fuerzas de flaqueza para colocar el pergamino delante de mi pecho. En ese instante, Zélie se da cuenta de su error: entiende la trampa que le he tendido.

Grita y retira la mano, pero ya es demasiado tarde.

Las sombras destrozan el pergamino en su trayectoria.

—¡Nooooo! —Los gritos de Zélie reverberan por la cúpula hueca.

La ceniza en la que se ha convertido el pergamino flota en el aire. Las sombras se marchitan y se difuminan, hasta desaparecer mientras unas partículas se desprenden de sus manos.

«Lo has hecho...».

No acabo de asimilar el desenlace. Todo ha terminado. He ganado.

Orïsha está a salvo por fin.

La magia morirá para siempre.

—¡Hijo!

Padre corre hacia mí desde la periferia de la batalla. Con una sonrisa sin igual dibujada en el rostro. Trato de devolverle la sonrisa, pero un guardia se acerca demasiado a él. Levanta la espada, decidido a atacar a Padre por la espalda. «¿Un motín?».

No.

Uno de los mercenarios.

—¡Padre! —grito.

Mi advertencia no le llegará a tiempo.

Sin pensarlo más, invoco el poder que me queda después de haber tocado la piedra del sol. Una energía azulada vuela desde mis manos.

Igual que en Chândomblé, mi magia penetra por la cabeza del mercenario y lo paraliza al instante. Lo congelo el tiempo suficiente para que un guardia le atraviese el corazón. Así salvamos a Padre del ataque.

Pero en cuanto ve mi magia, Padre se queda petrificado.

—No es lo que pensáis... —intento justificarme.

Padre da un respingo y retrocede como si yo fuese un monstruo en quien no puede confiar. Frunce los labios, asqueado. Todo mi ser se desmorona.

—No tiene importancia. —Hablo tan rápido que las frases se agolpan—. Me contagiaron, pero se me está pasando. Lo he hecho. He aniquilado la magia.

Padre pateo al mercenario con saña. Agarra los cristales color turquesa que han quedado prendidos del pelo del asaltante. Se mira las manos y su rostro se contrae. Veo cómo va encajando las piezas del puzzle. Son los mismos cristales que me mostró en el fuerte.

Los mismos cristales que extrajeron del cadáver de Kaea.

Padre echa fuego por los ojos. Agarra la empuñadura de la espada.

—Esperad...

Me clava la espada sin dudar.

Se le enrojecen los ojos de rabia. Agarro la afilada hoja, pero estoy demasiado débil para lograr arrancármela.

—Padre, lo siento...

Entonces, saca la espada con un grito ahogado. Caigo de rodillas y aprieto las manos contra la herida que sangra a borbotones.

La sangre caliente se escurre entre las rendijas de mis dedos.

Padre vuelve a levantar la espada, esta vez para darme la estocada final. No hay amor en sus ojos. Ni rastro del orgullo que transmitía hace apenas unos segundos.

El mismo miedo y el odio que hervía en la última mirada de Kaea tiñe ahora la de Padre. Soy un desconocido para él. «¡No!». He renunciado a todo para ser su hijo.

—Padre, por favor —suplico agonizante.

Entre jadeos, pido su perdón. Se me nubla la vista... Por un instante, comprendo todo el dolor de Zélie. El destino destruido de los *maji*. La muerte de su padre. El dolor de su corazón se mezcla con el mío; un nauseabundo recordatorio de todo lo que he perdido.

He sacrificado demasiadas cosas para que todo termine así. Después de todo el dolor que he causado en su nombre...

Alargo el brazo hacia él con la mano temblorosa. Una mano cubierta por mi propia sangre. No puedo haberla derramado en balde.

Esto no puede acabar así.

Antes de que sea capaz de tocarlo, Padre me aplasta la mano con el tacón de su bota metálica. Entrecierra los ojos oscuros.

—No eres hijo mío.

CAPÍTULO OCHENTA Y DOS



AMARI

Aunque una docena de hombres salen disparados hacia nosotros, no pueden competir con la venganza de mi sable. A mi lado, Tzain los ataca a diestro y siniestro con el hacha, lucha a pesar de que las lágrimas le caen a mares por la cara. Es su dolor el que me impulsa a luchar, su dolor y el de Binta, el dolor de cada pobre alma que murió a causa de la vida de Padre. Toda esta sangre y esta muerte... Una mancha interminable en cada inspiración.

Me abro paso entre los guardias blandiendo el sable. Primero golpeo con cierta debilidad.

Un guardia se tambalea cuando le corto un tendón.

Otro cae al suelo cuando le rebano el muslo.

«Lucha, Amari». Me insto a avanzar, me obligo a ver más allá de los sellos orishanos que adornan sus armaduras, más allá de las caras que caen a manos de mi sable. Estos soldados han jurado proteger Orisha y su corona, pero traicionan su voto sagrado. Vienen en busca de mi cabeza.

Uno de ellos me lanza la espada. Me agacho y el arma aterriza en el soldado que tiene más cerca. Me preparo para contraatacar cuando...

—¡No!

Los gritos de Zélie desde el otro lado del templo me hacen saltar en el instante en que clavo la hoja en otro soldado. Veo cómo Zélie se arrodilla, temblando, con ceniza entre los dedos. Corro a ayudarla, pero freno en seco al ver que Padre levanta la espada y se la clava en el estómago a uno de sus soldados. Cuando el muchacho cae de rodillas, se le resbala el casco. No es un soldado.

«Es Inan».

Todo mi interior se queda helado al ver brotar la sangre de los labios de mi hermano.

Es como si me clavasen una espada en las entrañas. Es mi sangre la que se derrama. El hermano que me llevó a hombros por los pasillos del palacio. El hermano que hurtaba pastelillos de miel de la cocina para dármelos cuando Madre me prohibía tomar postre.

El hermano con el que Padre me obligó a combatir.

El hermano que me hizo el corte en la espalda.

«No puede ser». Parpadeo varias veces, confiando en que la imagen se corrija.
«Él no...».

No, el chico que renunció a todo para ser todo lo que Padre deseaba.

Sin embargo, ante mis propios ojos, veo que no ha sido un error. Padre levanta de nuevo la espada, preparado para cortarle la cabeza a Inan. Piensa quitarlo de en medio.

Igual que liquidó a Binta.

—Padre, por favor —suplica Inan, y alarga el brazo con el último aliento de vida que le queda.

Pero Padre le pisa la mano y se la aplasta.

—No eres hijo mío.

—¡Padre!

Mi voz no parece mía cuando echo a correr como una leonaria. En cuanto Padre me ve, su rabia estalla.

—Los dioses me han maldecido con unos hijos como vosotros —escupe—. Traidores que apestan a mi sangre.

—Tu sangre es la verdadera maldición —respondo con la misma rabia—. Y acabará hoy.

CAPÍTULO OCHENTA Y TRES



AMARI

Los primeros hijos de Padre eran deseados y amados, pero también eran débiles y frágiles. Cuando Inan y yo nacimos, Padre no permitió que nos ocurriera lo mismo.

Durante años, nos obligó a Inan y a mí a darnos puñetazos y magullarnos ante su atenta mirada, sin ceder nunca, por mucho que nos esforzásemos. Cada batalla era una oportunidad de corregir sus errores, de devolver a la vida a su primera familia. Si nos volvíamos lo bastante fuertes, ninguna espada podría doblegarnos, ningún *maji* nos abrasaría. Luchábamos para obtener su aprobación, inmersos en una batalla por conseguir su amor, una batalla que ninguno de los dos ganaría jamás.

Levantábamos las armas el uno contra el otro porque ninguno de nosotros tenía el coraje suficiente para levantarla contra él.

Ahora, mientras levanto el sable a la altura de sus ojos alimentados por la ira, veo a Madre y a Tzain. Veo a mi querida Binta. Encuentro en ellos a todas las personas que intentaron contraatacar en algún momento, todas las almas inocentes que ha despedazado su espada.

—Me enseñaste a luchar contra los monstruos —murmuro, y avanzo blandiendo el sable—. He tardado demasiado tiempo en comprender que el verdadero monstruo eras tú.

Arremeto contra él y lo pillo por sorpresa. No puedo amedrentarme ante él; si lo hago, sé cómo terminará esta batalla.

Aunque levanta la espada para defenderse, tengo más fuerza que él y le hago un corte peligrosamente cerca del cuello. Se arquea, pero cargo contra él de nuevo. «Ataca, Amari. ¡Lucha!».

Describo un arco rápido con la hoja del sable y le corto en el muslo. Se tambalea dolorido, sin tiempo para prepararse para la estocada final. No soy la niña que él conoce. Soy una princesa. Una reina.

Soy la Leonaria.

Me doy impulso y freno uno de los ataques de Padre contra mi pecho. Sus

espadaos son despiadados ahora que mis ataques ya no le pillan desprevenido.

Los restallidos y choques de nuestras hojas resuenan por encima de la locura general a la vez que más guardias abarrotan las escaleras. Tras liquidar a los soldados que había en el templo sagrado, los hombres de Roën atacan a la nueva oleada. Sin embargo, mientras luchan, Tzain corre hacia mí desde el otro lado de la sala, a unos segundos de distancia.

—Amari...

—¡Vete! —le azuzo, a la par que me defiendo de la espada de Padre.

Tzain no puede ayudarme en esta situación, es el combate para el que me he entrenado toda la vida. Ahora es una cuestión entre el rey y yo. Solo uno de los dos sobrevivirá.

Padre trastabilla. Este es mi momento, la oportunidad de poner fin a este baile interminable.

«¡Hazlo ya!».

La sangre me palpita en los oídos cuando me inclino hacia delante y levanto el sable. Puedo liberar a Orisha de su mayor monstruo. Abolir el origen de su dolor.

Pero en el último momento, vacilo y cambio el ángulo del arma. Nuestras espadas chocan por encima de su cabeza.

«Malditos sean los cielos».

No puedo terminar así el conflicto. Si lo hago, no seré mejor que él.

Orisha no sobrevivirá si empleamos sus tácticas. Padre debe ser derrotado, pero clavarle el sable en el corazón es demasiado...

Padre blande la espada hacia atrás. El impulso me empuja hacia delante.

Antes de que pueda apartarme, Padre da la vuelta a su arma y la hoja me corta la espalda.

—¡Amari!

Los gritos de Tzain suenan distantes cuando me tambaleo hasta caer sobre un pilar sagrado. La piel me arde al rojo vivo, me abrasa con la misma agonía que me provocó Inan de niña.

A Padre se le hinchan las venas del cuello cuando carga hacia delante, sin atisbo de duda, ahora que se dispone a darme el golpe definitivo.

No pestañea ante la idea de asesinar a su propia hija, carne de su carne y sangre de su sangre. Ha tomado una decisión.

Ahora es el momento de que yo tome la mía.

Me aparto del peligro justo en el instante en que la espada golpea el pilar y se descantilla al chocar contra la piedra. Antes de que Padre pueda huir, empujo el sable hacia delante sin dudarle más.

A Padre se le salen los ojos de las órbitas.

La sangre mana de su corazón y me salpica las manos. Resopla y el líquido encarnado sale de sus labios para acabar extendiéndose por la piedra.

Aunque me tiembla la mano, hundo la hoja todavía más. Las lágrimas me nublan la vista.

—No te preocupes —susurro mientras exhala el último aliento—. Seré mucho mejor reina que tú.

CAPÍTULO OCHENTA Y CUATRO



ZÉLIE

—vamos.

Canalizo toda mi energía en el polvo del pergamino destruido. No puede ocurrirnos esto. No, ahora que estábamos tan cerca.

La energía de Baba se introduce en mis brazos y sale despedida por las yemas de mis dedos en forma de sombras retorcidas. Pero el pergamino no se eleva de entre las cenizas. Es el fin...

Hemos perdido.

El horror me afecta tanto que me cuesta respirar.

Lo único que necesitábamos, destruido con mis propias manos.

—¡No, no, no, no!

Cierro los ojos e intento recordar el encantamiento. Leí el pergamino decenas de veces. ¿Cómo empezaba el maldito ritual?

«*Ìya a n run, àwa m kèpè l ni...* No». Sacudo la cabeza, repaso los fragmentos de las palabras que recuerdo. Era «*àwa m re kèpè l ni. ¿Y luego...?*».

Por todos los dioses.

¿Qué venía luego?

Un chasquido seco resuena por la cúpula, retumba como el trueno. Cuando se oye, el templo al completo se sacude. Todos se quedan paralizados en el momento en que la piedra y el polvo empiezan a llover del techo.

La estatua de Yem ja comienza a resplandecer, su brillo resulta cegador. La luz empieza en sus pies descalzos, viaja por las curvas y pliegues de sus prendas esculpidas. Cuando le llega a los ojos, las cuencas doradas relucen con un brillo azul y bañan la cúpula en su suave color.

La estatua de Ògún es la siguiente en cobrar vida, sus ojos resplandecen con tonos verde oscuro; Sàngó muestra sus feroces rojos; Ochumaré los vistosos amarillos.

—Una cadena... —digo en un suspiro, mientras sigo el camino de Madre Cielo—. Por todos los cielos...

«El solsticio».

¡Se está produciendo!

Palpo entre las cenizas, buscando algo. Lo que sea. El ritual antiguo está pintado en este pergamino. ¿No deberían estar en él también los espíritus de los *sêntaros* que lo trazaron?

Sin embargo, mientras espero a que el frío de los muertos me sobrecoja, caigo en la cuenta de la cantidad de cadáveres que hay desperdigados por el templo. No he sentido que sus muertes pasaran a través de mí, no he sentido nada en absoluto.

Lo único que sentí fue a Baba.

La magia de mi sangre.

—Un vínculo...

La verdad me golpea como un garrote. Un vínculo que comparto con él debido a nuestra sangre. Se suponía que el encantamiento del pergamino tenía que conectarnos con Madre Cielo a través de la magia, pero ¿y si existía otra forma de llegar a ella?

Mi mente piensa a toda velocidad e intenta calcular las posibilidades. ¿Sería capaz de establecer una conexión con mis ancestros a través de nuestra sangre? ¿Podríamos retroceder, forjar una nueva unión con Madre Cielo y con sus dones a través de nuestros espíritus?

Amari avanza como puede y aparta a un soldado de la tierra sagrada. Aunque le gotea sangre por la espalda, sus golpes son feroces, casi salvajes, cuando arremete contra los guardias que acaban de llegar. E incluso cuando el ejército entero empieza a fluir hacia el templo, Roën y sus hombres no se rinden.

Pelean contra todo pronóstico.

Si ellos no se han rendido, yo tampoco puedo hacerlo.

El corazón me late desbocado mientras me incorporo. La siguiente estatua se ilumina, bañando la cúpula de luz azul. Solo quedan unos pocos dioses aún en sombra ante Madre Cielo. El final del solsticio está cerca.

Recojo la piedra del sol del suelo, arde al tocarla. En lugar de a Madre Cielo, veo sangre. Veo hueso.

Veo a Mama.

Esa es la imagen a la que me aferro cuando coloco la piedra del sol en la única columna dorada del centro de la cúpula. Si la sangre se ha despertado en mis venas, ¿por qué no va a despertarse también la sangre de otros antepasados?

Saco la auténtica daga de hueso del cinturón de los pantalones y me hago un corte en cada palma. Con las manos ensangrentadas, presiono la piedra del sol y libero la sangre del vínculo, lista para el sacrificio definitivo.

—¡Ayudadme! —grito en voz alta, apelando a su fortaleza—. ¡Por favor! ¡Tendedme una mano!

Igual que un volcán en erupción, el poder de mis ancestros fluye a través de mí, tanto de los *maji* como de los *kosidán*. Todos y cada uno de ellos se aferran a nuestro vínculo, al corazón mismo de nuestra sangre. Sus espíritus giran en espiral con el mío, con el de Mama, con el de Baba. Nos damos impulso hacia delante y nuestras almas luchan para meterse en la piedra del sol.

—¡Más! —les grito, para invocar a todos los espíritus unidos a nuestra sangre.

Excavo por nuestro linaje, retrocedo aferrándome con uñas y dientes hasta llegar a los primeros que recibieron los dones de Madre Cielo. Con cada nuevo antepasado que surge, mi cuerpo chilla. Mi piel se desgarga como si la despellejasen. Pero lo necesito.

Los necesito.

Sus voces empiezan a resonar, un coro de muertos vivientes. Espero oír las palabras que estaban escritas en el pergamino destruido, pero los espíritus entonan un encantamiento que no he leído nunca. Sus extrañas palabras se hacen eco en mi mente, en mi corazón, en mi alma. Se abren paso a la fuerza hasta mis labios, aunque no sé qué provocará ese conjuro.

—*Àwa ni m r nínú j àti egungun!*

Unos senderos espirituales explotan dentro de mí. Lucho por poder pronunciar las palabras adecuadas entre mis propios gritos mientras la piedra del sol zumba bajo mis manos. La luz viaja por el pecho de Madre Cielo, hasta la mano en la que sujeta el cuerno. Casi ha terminado.

El solsticio casi ha llegado a su fin.

—*A ti dé! Ìkan ni wá! Dà wá p Mama! Kí ìtánná wa tòn p lú bìn àiníye r l kan síi!*

Se me cierra la garganta y me cuesta respirar, y todavía más hablar. Sin embargo, me obligo a continuar, canalizando toda la energía que me queda.

—*J kí agbára idán wa tòn kárí* —grito cuando la luz alcanza ya la garganta de Madre Cielo.

Las voces cantan con tanta intensidad en mi mente que el mundo entero debe de oírlas. Me dan impulso para que termine de pronunciar el encantamiento, desesperadas mientras el resplandor cruza el puente de la nariz de Madre Cielo. Con su sangre, seré capaz de terminar mi cometido.

Con su sangre, soy imparable.

—*Tan ìm là ayé l kan sii!*

La luz llega hasta los ojos de Madre Cielo y estalla con un resplandor blanco

justo cuando pronuncio las últimas palabras del conjuro. La piedra del sol se rompe en mil pedazos entre mis manos. Su luz amarilla explota e ilumina todo el templo. No sé qué ha ocurrido. No sé lo que he hecho. Pero, conforme la luz invade todas las fibras de mi ser, el mundo entero resplandece.

La Creación da vueltas a mi alrededor, el nacimiento del ser humano, el origen de los dioses. Su magia irrumpe en la sala en oleadas, un arcoíris de los tonos más brillantes que se puedan imaginar.

La magia inunda todos los corazones, todas las almas, a todos los seres. Nos conecta a todos, teje una red entre toda la humanidad.

La potencia energética me desgarró la piel. El éxtasis y la agonía fluyen a la vez, indistinguibles del placer y el dolor.

Cuando los colores palidecen, veo la verdad: estaba ante mis ojos, y al mismo tiempo, permanecía oculta.

Todos somos hijos de sangre y hueso.

Todos somos instrumentos de venganza y virtud.

Esta verdad me arropa, me mece igual que una madre mece a su hijo en brazos. Me envuelve en su amor mientras la muerte me atrapa y se me traga.

CAPÍTULO OCHENTA Y CINCO



ZÉLIE

Siempre me había imaginado la muerte como un viento invernal, pero el calor me rodea igual que los océanos de Ilorin.

«Un regalo», pienso mientras entro en la paz y la oscuridad del *alâfia*. El pago por mi sacrificio.

¿Qué otra recompensa podía haber sino el fin de una batalla interminable?

—*Mama, Òrìsà Mama, Òrìsà Mama, àwá ún dúp pé egb igbe wa...*

Las voces murmuran dentro de mi piel mientras un sonido elaborado resuena en la negrura. Unos sudarios plateados de luz serpentean en la oscuridad, me bañan con sus hermosos tonos. Mientras la canción continúa, un copo de nieve de luz cae por la oscuridad con una voz que suena más alta que las demás. Dirige la oración y las alabanzas, reverbera en el tejido de los sudarios.

—*Mama, Mama, Mama...*

La voz de luz es lisa como la seda, suave como el terciopelo. Se envuelve alrededor de mi silueta, me acoge en su calor. Y, aunque no puedo sentir mi cuerpo, floto por la negrura hacia la voz.

Ya había oído este sonido antes.

Conozco esta voz. Este amor.

La canción gana intensidad, alimenta la luz. Deja de ser un copo de nieve y toma forma ante mis ojos.

Primero emergen los pies, la piel negra como el cielo nocturno. Es radiante contra las túnicas de seda roja, rica y vaporosa con su forma celestial. Unas joyas de oro tintinean en las muñecas, los tobillos, el cuello; todas ellas hacen destacar todavía más la resplandeciente diadema de pedrería que le cae sobre la frente.

Hago una reverencia mientras escucho el coro, incapaz de creer que me encuentre a los pies de Oya. No obstante, cuando la diosa levanta la diadema enredada en su espesa melena de pelo blanco, sus ojos de color marrón oscuro hacen que se me pare el corazón.

La última vez que vi esos ojos estaban vacíos, desprovistos de la mujer que amaba. Ahora esos ojos bailan y unas lágrimas relucientes caen de los párpados.

—¿Mama?

No puede ser.

Aunque mi madre tenía un rostro radiante como el sol, era humana. Era parte de mí.

Pero cuando ese espíritu me toca la cara, el amor familiar se extiende por todo mi cuerpo. Las lágrimas caen de sus bellos ojos marrones mientras susurra:

—Hola, mi pequeña Zél.

Unas lágrimas calientes me agujerean los ojos y me derrumbo en su abrazo espiritual. Su calor empapa todo mi ser, llena mis vacíos. Siento todas las lágrimas que he derramado, todas las plegarias que he pronunciado. Veo todas las veces que elevé los ojos al cielo en nuestra *ahéré* y deseé estar aquí, mirando atrás.

—Pensaba que te habías ido para siempre —digo con voz quebrada.

—Eres una hermana de Oya, amor mío. Ya sabes que nuestro espíritu nunca muere. —Me separa un poco y me enjuga las lágrimas con sus suaves túnicas—. Siempre he estado contigo, siempre te he acompañado.

Me aferro a ella, como si en cualquier momento su espíritu pudiera escurrirse entre mis dedos. Si hubiera sabido que Mama me esperaba en el reino de la muerte, la habría recibido con los brazos abiertos, habría corrido hacia la muerte. Con Mama, tengo todo lo que he deseado, la paz que se llevó al morir. Con ella, por fin estoy a salvo.

Después de todo este tiempo, he vuelto a casa.

Me pasa los dedos por las trenzas antes de darme un beso en la frente.

—No puedes ni imaginar lo orgullosos que estamos de todo lo que has hecho.

—¿Orgullosos?

Sonríe.

—Ahora Baba también está aquí.

—¿Se encuentra bien? —pregunto.

—Sí, amor mío. Está en paz.

Se me acumulan tantas lágrimas que no logro apartarlas, por más que parpadeo. Conozco pocos hombres que merezcan la paz más que Baba. ¿Sabía que su espíritu terminaría en esta gracia, junto a la mujer que ama?

—*Mama, Mama, Mama...*

Las voces cantan aún más fuerte. Mama vuelve a estrecharme en sus brazos e inspiro su aroma. Tras todo este tiempo, sigue oliendo a especias y salsas, las mezclas con las que cocinaba su arroz *jollof*.

—Lo que hiciste en el templo no tiene punto de comparación con las cosas

que habían visto los espíritus hasta ahora.

—No reconocí el encantamiento —confieso negando con la cabeza—. No sé lo que hice.

Mama toma mi cara en las manos y me da un beso en la frente.

—Pronto lo sabrás, mi poderosa Zél. Y durante todo el proceso, nunca me apartaré de tu lado. Da igual lo que sientas, da igual a qué te enfrentes cuando creas que estás sola...

—Tzain... —entonces caigo en la cuenta. Primero Mama, después Baba, ¿ahora yo?—. ¿Cómo podemos traerlo aquí?

—Mama, *Òrìsà Mama, Òrìsà Mama...*

Mama me agarra con más fuerza conforme las voces aumentan de volumen, hasta volverse casi ensordecedoras. Las arrugas surcan su frente lisa.

—Tzain no pertenece a este mundo, amor mío. Todavía no.

—Pero, Mama...

—Y tú tampoco.

Las voces atruenan con tal volumen que ya no sé si entonan cánticos o chillan de dolor. Se me retuercen las entrañas cuando asimilo las palabras de Mama.

—Mama, no... ¡Por favor!

—Zél...

Vuelvo a agarrarme a sus brazos. El miedo se me atasca en la garganta.

—Yo quiero esto. ¡Quiero quedarme aquí con Baba y contigo!

No puedo regresar a aquel mundo. No sobreviviré a tanto dolor.

—Zél, Orisha te necesita.

—No me importa. ¡Yo os necesito a vosotros!

De pronto, sus palabras se agolpan mientras su luz empieza a difuminarse con el coro de voces celestiales. A nuestro alrededor, toda la oscuridad se ilumina y nos inunda en una ola de luz.

—Mama, no me dejes... ¡Por favor, Mama! ¡Otra vez no!

Le brillan los ojos cuando empieza a llorar, unas lágrimas calientes que aterrizan en mi rostro.

—Esto no ha terminado, pequeña Zél. No ha hecho más que empezar.

EPÍLOGO



Cuando abro los ojos, quiero cerrarlos otra vez. Quiero ver a mi madre. Quiero verme envuelta en la cálida negrura de la muerte, no quiero mirar los tonos morados que manchan el cielo abierto.

Sobre mí, el aire parece ondearse adelante y atrás, mece mi cuerpo con suavidad. Es un tipo de flujo que reconocería en cualquier parte. El ir y venir de las olas del mar.

Tan pronto como caigo en la cuenta, las quemaduras y las heridas acribillan todas las células de mi cuerpo. El dolor es intenso. El dolor que acompaña a la vida.

Se me escapa un gemido y oigo unos pasos apresurados.

—¡Está viva!

En un instante, unas caras ocupan mi campo de visión: la esperanza de Amari, el alivio de Tzain. Cuando se apartan, Roën y su sonrisa burlona siguen ahí.

—¿Kenyon? —logro preguntar—. ¿Käto? Rehema...

—Están vivos —me asegura Roën—. Nos esperan en el barco.

Con su ayuda, me siento contra la fría madera de la barca de remos que utilizamos para atracar en la isla sagrada. El sol se hunde bajo el horizonte y nos oculta en la sombra de la noche.

La imagen del templo sagrado pasa como un fogonazo por mi mente y me preparo para la pregunta que tanto terror me produce formular. Clavo la mirada en los ojos marrón oscuro de Tzain; el fracaso me dolerá menos si sale de sus labios.

—¿Lo hemos conseguido? ¿Ha regresado la magia?

Se queda quieto. Su silencio hace que se me caiga el alma a los pies. Después de todo. Después de Inan. Después de Baba.

—¿No ha funcionado? —me obligo a insistir, pero Amari sacude la cabeza.

Me tiende una mano ensangrentada y, en la oscuridad, una vibrante luz azul se desprende de su mano como un remolino. Un mechón blanco destaca como un relámpago en su pelo negro.

Por un momento, no sé qué pensar de la estampa que tengo delante.

Entonces, la sangre se me hiela en las venas.

NOTA DE LA AUTORA



Derramé muchas lágrimas antes de escribir este libro. Muchas lágrimas mientras lo revisaba. E, incluso ahora que descansa en tus manos, sé que volveré a derramar lágrimas.

Aunque puede que ir a lomos de leonarias gigantes y llevar a cabo rituales sagrados pertenezca al reino de la fantasía, todo el dolor, el miedo, el sufrimiento y la pérdida de este libro son reales.

Escribí *Hijos de sangre y hueso* en una época en la que no paraba de ver en las noticias las historias de hombres, mujeres y niños negros desarmados a los que disparaba la policía. Sentía miedo, rabia e impotencia, pero este libro fue la única cosa que me hizo sentir que podía hacer algo para remediarlo.

Me dije que, si una sola persona lo leía y gracias a sus páginas cambiaba de forma de pensar o de sentir, entonces habría logrado hacer algo significativo contra un problema que, con demasiada frecuencia, creo que me supera.

Ahora este libro existe y tú lo estás leyendo.

Desde el fondo de mi corazón, gracias.

No obstante, si esta historia te ha afectado de algún modo, lo único que pido es que no permitas que ese sentimiento quede atrapado en las páginas de este texto.

Si has llorado por Zulaikha y Salim, llora también por otros muchachos inocentes como Jordan Edwards, Tamir Rice y Aiyana Stanley-Jones. Tenían quince, doce y siete años cuando la policía los mató a tiros.¹

Si se te ha roto el corazón ante el duelo de Zélie por la muerte de su madre, entonces deja que se te rompa también por todos los supervivientes de la brutalidad policial que tuvieron que ser testigos de cómo asesinaban a sus seres queridos ante sus ojos. Supervivientes como Diamond Reynolds y su hija de cuatro años, que estaban en el coche cuando sacaron a la fuerza a Philando Castile, le dispararon y lo mataron.²

Jeronimo Yanez, el oficial que lo mató, quedó libre de todos los cargos.³

Estos son solo algunos de los nombres trágicos que componen una larga lista de vidas negras truncadas demasiado pronto. Madres a quienes arrebataron a sus

hijas, padres a quienes arrebataron a sus hijos, padres que vivirán el resto de su vida con un dolor que ningún progenitor debería llegar a conocer.

Por supuesto, se trata de uno de los numerosos problemas que asolan nuestro mundo y hay muchos días en los que esos problemas continúan superándonos. Pero deja que este libro sea la prueba de que siempre podemos hacer algo para contraatacar.

Como dice Zélie en su ritual: «*Abogbo wa ni m r nínú j àti egungun!*».

«Todos somos hijos de sangre y hueso».

E, igual que Zélie y Amari, tenemos el poder para modificar las maldades del mundo.

Nos han doblegado durante demasiado tiempo.

Ahora es el momento de alzarnos.

AGRADECIMIENTOS

He tenido la inmensa suerte de conocer y trabajar con algunos de los mejores seres humanos que puede ofrecernos el mundo y creo que eso solo ha sido posible porque Dios los puso en mi vida. Gracias, Dios, por todo lo que has hecho y por todas las bendiciones que me has otorgado.

Mamá y papá, gracias por sacrificar todo lo que conocíais y amabais para darnos todas las oportunidades del mundo. Siempre os estaré agradecida por vuestro apoyo cuando me embarqué en esta aventura. Papá, me enseñaste a no conformarme nunca y siempre me animaste a hacer las cosas lo mejor posible. Te quiero y sé que la abuela nos protege desde arriba todos los días. Mamá, creo que mis personajes pierden a su madre cuando son jóvenes porque a ti te ocurrió y ese siempre ha sido mi peor miedo. Gracias por quererme y apoyarme de tantas formas que me resulta imposible enumerarlas. ¡Gracias también a las tías y los tíos que me ayudaron con las traducciones del yoruba!

Tobi Lou, si no hubieras sido tan increíble conmigo cuando éramos pequeños, mi rencoroso ser infantil no se habría visto lo bastante motivado para llegar a ser lo mejor que podía ser. Gracias por perseguir tus sueños con tanto ahínco, porque así supe que yo sería capaz de hacer lo mismo. Toni, fuiste mi enemiga mortal durante los primeros quince años de tu existencia y te portaste fatal conmigo el 25 de noviembre de 2017. (¡Te dije que te arrepentirías!) A pesar de todo, te quiero muchísimo, estoy orgullosa de ti y sé que serás la más famosa de los Adeyemi.

Jackson, mi refugio y mi primer lector. Has creído en mí y en mi libro desde antes de que empezase. Gracias por ser mi fan número uno y mi apoyo incondicional, y por alentarme cuando tenía demasiado miedo para creer en mí misma. Marc, Deb y Clay, ¡gracias por aceptarme en vuestra familia con los brazos abiertos y un montón de quesos ahumados! Os quiero mucho a todos, y Clay, estoy orgullosa de poder llamarte hermanito.

DJ Michelle «Meesh» Estrella, eres una persona increíble y una artista igual de increíble. ¡Gracias por los símbolos tan preciosos del libro!

Brenda Drake, gracias por hacer un sacrificio tan altruista para ayudar a tantos escritores a cumplir sus sueños. Ashley Hearn, volcaste tu corazón y tu mente privilegiada en este manuscrito y me ayudaste a contar la historia que siempre había deseado contar. ¡Te quiero y tengo mucha suerte de que hayas sido mi mentora!

Hillary Jacobson y Alexandra Machinist, ambas desafiáis al término «agentes de ensueño», porque superáis con creces todo lo que haya podido soñar en mi vida. Sois fantásticas y valientes, y es una bendición poder trabajar con vosotras. Gracias por hacer posible lo imposible.

A Josie Freedman, el agente cinematográfico más épico del mundo, gracias por sustituir mi sueño de trabajar alguna vez en una película, la que fuera, por la realidad de hablar de mi propia película con algunas de las personas más geniales de Hollywood. Hana Murrell, Alice Dill, Mairi Friesen-Escandell y Roxane Edouard, gracias por lograr que mi historia fuese global. Literalmente, significa un mundo para mí.

Jon Yaged y Jean Feiwel, gracias por creer en esta saga hasta un punto increíble. Habéis convertido Macmillan en un hogar fabuloso y es una suerte inmensa poder publicar este libro con vosotros.

¡QUERIDÍSIMO CHRISTIAN TRIMMER! Tú eres mi Mama Agba: el adulto malicioso, mágico y vestido de forma impecable que me ofrece té, un palo metálico y sabios consejos cuando más lo necesito. ¡Gracias por ser un campeón increíble para mí y para este libro!

¡QUERIDÍSIMA EMPERATRIZ TIFFANY LIAO! Tú eres mi Amari. Te remangaste y acuchillaste al capitán de los contrincantes para salvarme la vida, me trenzaste el pelo en el barco y me dijiste que creías en mí cuando ni siquiera yo creía en mí misma. Tiff, lo eres todo y tengo la inmensa suerte de poder trabajar con una mujer tan increíble y fantástica como tú. Rich Deas, cada línea, cada trazo y cada letra de este libro es impecable, brillante. Gracias por ponerle la cubierta más impactante al libro de mi corazón.

A mi equipo de marketing y publicidad de Macmillan, ¡CHICOS, SOIS INCREÍBLES! Gracias por todo lo que habéis peleado para presentarle este libro al mundo. A mi maravillosa publicista Molly Ellis: los mejores días son los que recibo un email de tu parte diez veces. Me siento muy afortunada de trabajar contigo. Kathryn Little, eres una directora fantástica y exigente, y me han encantado todos los momentos en los que he podido interactuar contigo. Mary Van Akin, no puedo teclear tu nombre sin pensar: «¡Y ERES UNA RENEGADA!» y echarme a reír. Eres la MEJOR a la hora de crear bombas publicitarias. ¡Mejores

amigas para siempre! Mariel Dawson, eres una diosa y todo lo que has hecho por este libro ha sido precioso y tan épico como tú. Ashley Woodfolk, eres una escritora, una experta en marketing y una amiga magnífica. Te quiero y estoy emocionadísima de saber que este libro se publica a la par que tu *The Beauty That Remains!* Allison Verost, sé que esta increíble campaña no habría podido realizarse sin tu guía y tu apoyo. Y agradezco especialmente al resto de mi fabuloso equipo, incluidos Brittany Pearlman, Teresa Ferraiolo, Lucy Del Priore, Katie Halata, Morgan Dubin, Robert Brown y Jeremy Ross.

Gracias al departamento de ventas de Macmillan por vuestro cariño y por defender el libro a ultranza. Agradezco en especial a Jennifer Gonzalez, Jessica Brigman, Jennifer Edwards, Claire Taylor, Mark Von Bargen, Jennifer Golding, Sofrina Hinton, Jaime Ariza y AJ Murphy. A Tom Nau y a todos los de producción, ¡gracias por haber cumplido nuestras fechas de entrega para que esto pudiese convertirse en algo real! A Melinda Ackell, Valerie Shea y los demás correctores de pruebas, gracias por vuestra ardua labor. A Patrick Collins, que logró que el interior de este libro fuese tan bonito como el exterior. A Laura Wilson, Brisa Robinson y Borana Greku de Macmillan Audio. Y a todas las personas de ese maravilloso edificio que han puesto su granito de arena en este libro, os lo agradezco de todo corazón.

Al equipo de la película *Children of Blood and Bone*; no hay palabras para describir lo que significa para mí que estéis detrás de la película. Gracias por vuestro entusiasmo y por la pasión volcada en la historia. Patrik Medley y Clare Reeth, sois unas personas magníficas con las sonrisas más magníficas que he visto. Gracias por enamoraros de este libro y ayudarlo a encontrar un hogar fantástico. Elizabeth Gabler, Gillian Bohrer y Jiao Chen, gracias por acoger a esta obra en un hogar tan increíble, con un estudio en el que se han rodado muchas de mis películas favoritas. He disfrutado muchísimos de todos y cada uno de los minutos que he compartido con vosotros, y me muero de ganas de ver cómo avanza la historia. Karen Rosenfelt, gracias por aportar tu talento a la hora de producir esta película. Wyck Godfrey, ¡gracias por aportar tu entusiasmo a este proyecto todo el tiempo que pudiste! Marty Bowen, John Fischer y Temple Hill Productions, gracias por haber hecho las películas que me han encantado desde que era adolescente y por haber añadido *Children of Blood and Bone* a vuestra épica lista. David Magee y Luke Durett, gracias por crear un guion excepcional.

Barry Haldeman, Joel Schoff, Neil Erickson, ¡gracias por esforzaros tanto para guiarme durante este proceso tan frenético!

Romina Garber, eres una luz en el universo y un sol resplandeciente en mi propia vida. Gracia por ser una amiga tan maravillosa y apoyarme siempre. Marissa Lee, tu talento supera las palabras, y has hecho de mí una mejor persona y una mejor escritora. ¡Gracias por todo el amor y la alegría que has traído a mi vida! Kristen Ciccarelli, te estaré eternamente agradecida por todas las veces en que me has ayudado a superar los escollos de este relato y de mi propia vida. Mi vida, mi libro y mi corazón son mejores porque te tengo a ti. Kester «Kit» Grant, ¡mi querida esposa literaria! Eres una persona bella por dentro y por fuera, y me muero de ganas de que el mundo conozca *A Court of Miracles*. Hillary's Angels, ¡gracias por tu interminable fuente de amor, apoyo y risas!

Shea Standefer, eres la persona más compasiva que he conocido nunca y tu talento no tiene límites. Adalyn Taylor Grace, ¡cuánto te quiero! Eres mi eterna compinche de maldades y dejás que te envíe tantas fotos del grupo BTS y de otros chicos interesantes que sin duda eres una verdadera amiga. Gracias a las dos por estar siempre ahí cuando os necesito.

Daniel José Older, Sabaa Tahir, Michael Dante DiMartino y Bryan Konietzko, gracias por crear las historias que hicieron que entrasen ganas de crear este libro. Dhonielle Clayton, Zoraida Cordova y D. J. O., gracias por ayudarme a convertir *Hijos de sangre y hueso* en una historia que presento con orgullo al mundo. Angie Thomas, Leigh Bardugo, Nic Stone, Renée Ahdieh, Marie Lu y Jason Reynolds, gracias por el amor, el apoyo, los consejos y la inspiración que me habéis dado, cada uno en momentos distintos de mi viaje. Estoy orgullosa de escribir en una época en la que unos autores tan increíbles como vosotros ofrecéis vuestros relatos al mundo.

Morgan Sherlock y Allie Stratis, no sé qué he hecho para merecer a unas mejores amigas tan maravillosas, pero estoy contentísima de haber podido contar con vosotras durante mi infancia y adolescencia, y de seguir teniéndoo a las dos. Os quiero y estoy muy orgullosa de las mujeres en las que os habéis convertido, aunque nunca jamás os perdonaré que me dejarais cortarme el flequillo. Shannon Janico, siempre has sido una amiga increíble y te has convertido en una mujer asombrosa. Te quiero y cada niño al que das clase es uno de los niños más afortunados del mundo. Mandi Nyambi, eres la mujer más inteligente, apasionada y trabajadora que conozco. Gracias por ser como una hermana para mí. Te quiero, estoy orgullosa de ti; no dejes de conquistar el mundo. Yasmeen Audi, Elise Baranouski y Juliet Bailin, siempre me habéis querido y apoyado, y me habéis alentado para que cumpliera mis sueños. Os quiero y es una bendición teneros en mi vida. Estoy muy orgullosa de todo lo

que habéis conseguido y de todo lo que vais a conseguir. Gracias también a Elise: puedes utilizar este texto como prueba cada vez que alguien dude de lo unidas que estamos en realidad.

A mis amigos del club de boxeo TITLE Boxing y a Cody Montarbo, ¡gracias por mantener mi cordura! A Lin-Manuel Miranda, gracias por crear una música tan inspiradora que me acompañó durante todas mis noches en vela. A las personas negras que destacan, gracias por inspirarme y motivarme. Una ovación especial para Michelle y Barack Obama, Chance the Rapper, Viola Davis, Kerry Washington, Shonda Rhimes, Lupita Nyong'o, Ava DuVernay, Zulaikha Patel, Kheris Rogers, Patrisse Cullors, Alicia Garza y Opal Tometi.

A mis profesores, gracias por ayudarme a descubrir quién soy y qué quiero transmitir. Mi más profundo agradecimiento al señor Friebel, la señora Colianni, el señor McCloud, el señor Woods, el señor Wilbur, a Joey McMullen, Maria Tartar, Christina Phillips Mattson, Amy Hempel y John Stauffer.

Y por último pero, desde luego, no menos importante: gracias a mis lectores. Nada de todo esto sería posible sin vosotros. Gracias por emprender el viaje a Orisha. Tengo muchísimas ganas de continuar la aventura con vosotros.

NOTAS

- ¹ Velez, Ashley, «I Made It to 21. Mike Brown Didn't», *The Root*, 2017.
- ² Park, Madison, «After Cop Shot Castile, 4-Year-Old Worried Her Mom Would Be Next», *CNN*, 2017.
- ³ Smith, Mitch, «Minnesota Officer Acquitted in Killing of Philando Castile», *The New York Times*, 2017.

SIGUE NUESTRO CATÁLOGO EN:
www.editorialmolino.com